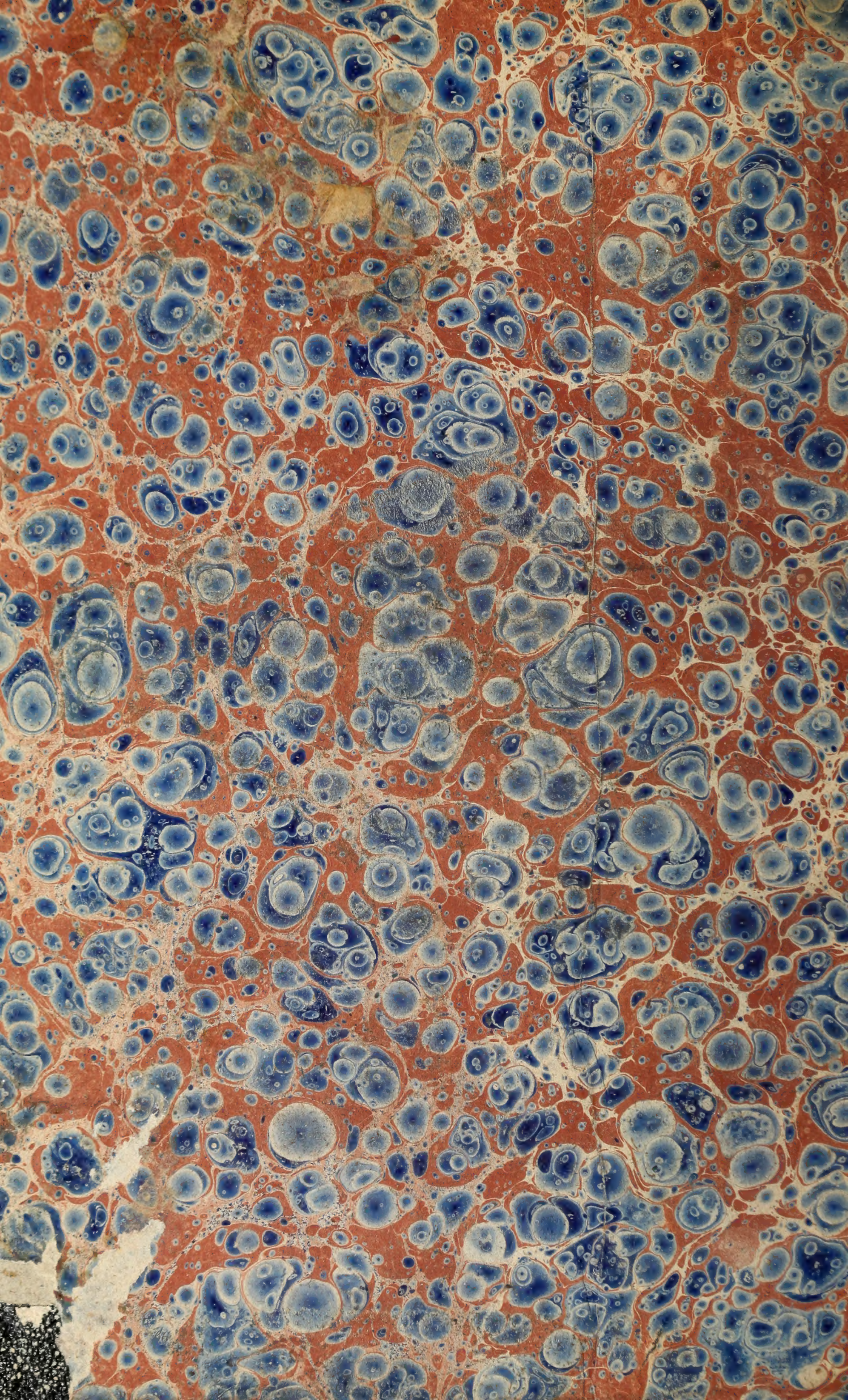
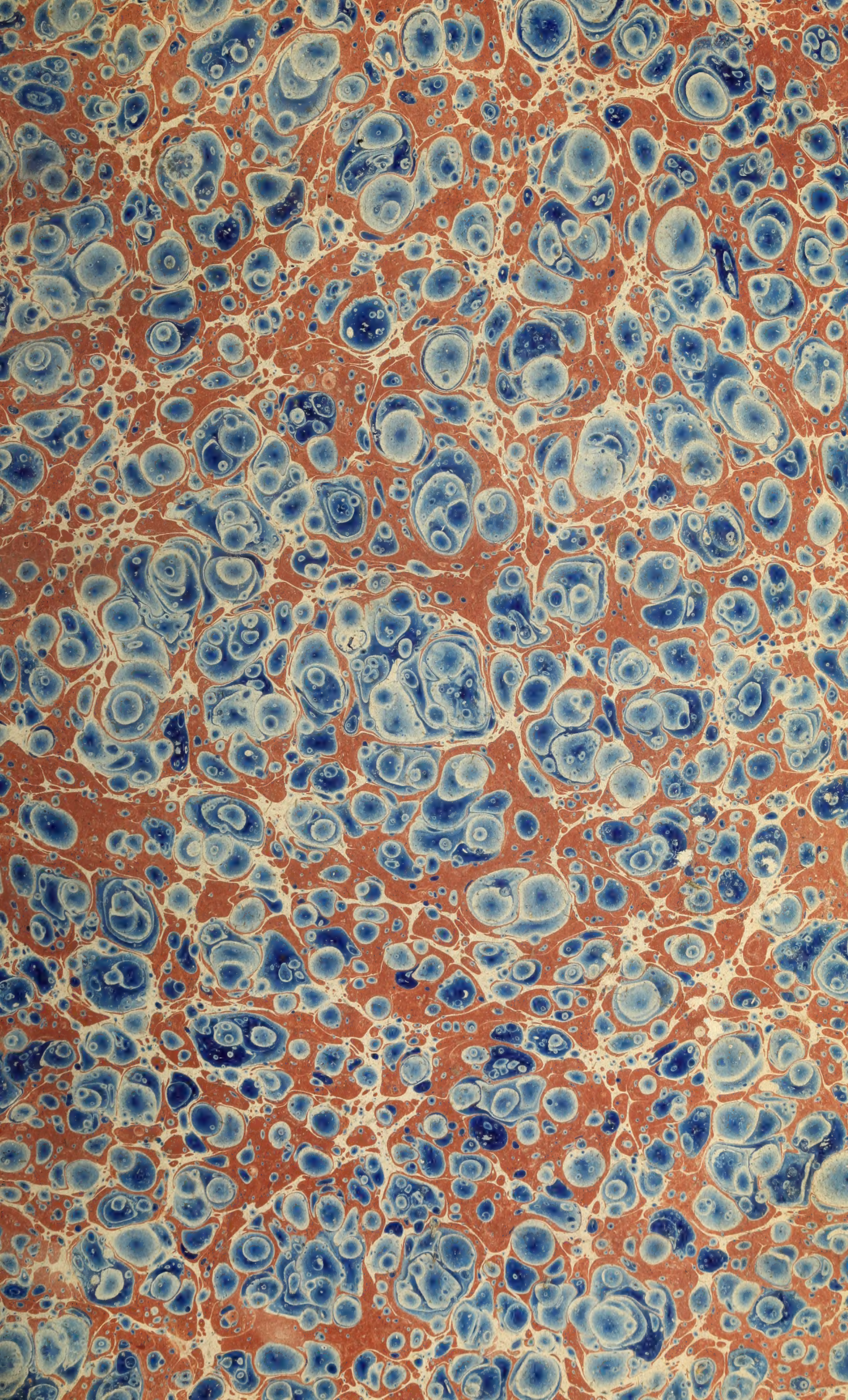
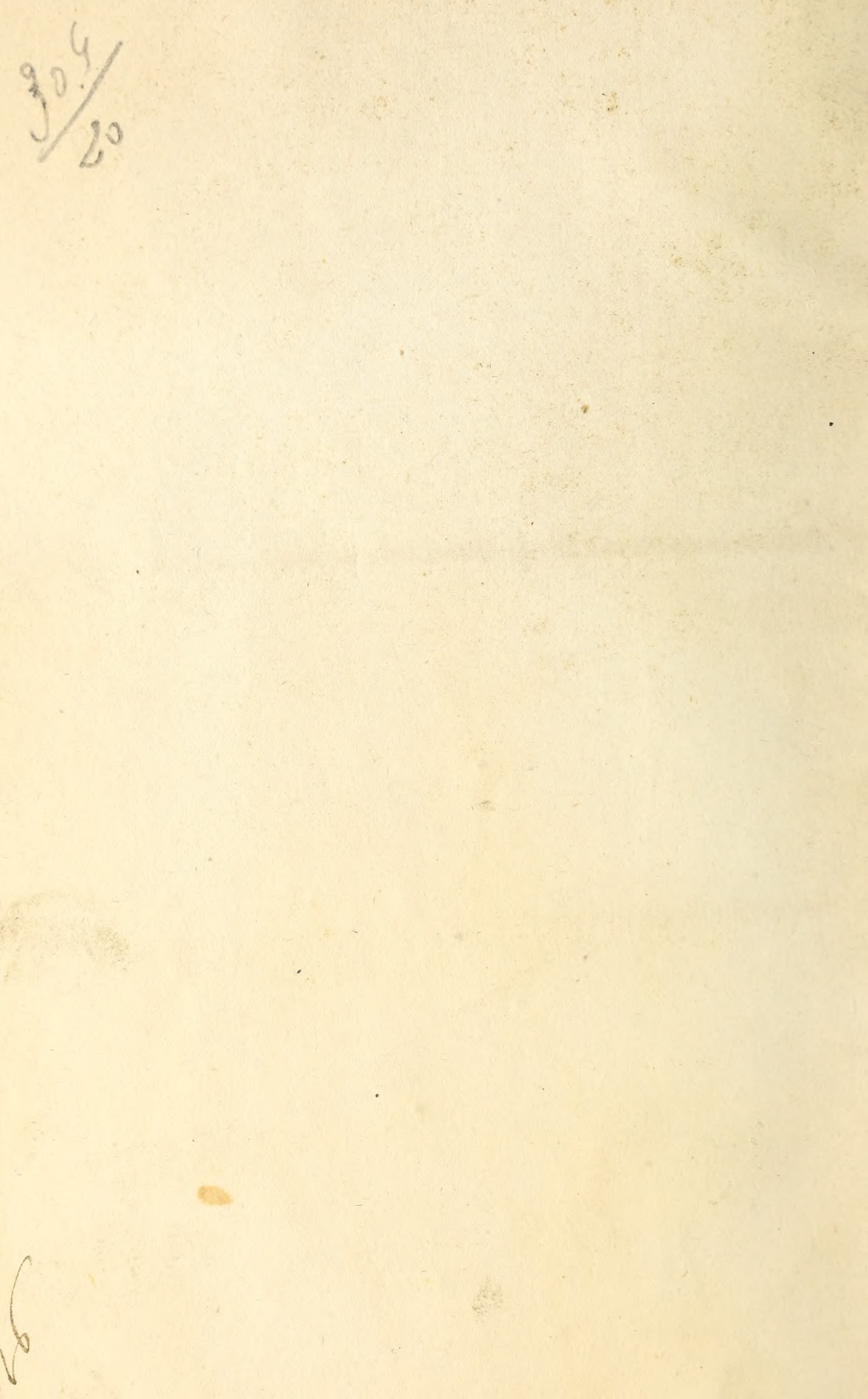






D. JUAN I DE CASTILLA,

ó

LAS DOS CORONAS.

D. JUAN I DE CASTILLA

ó

LAS DOS CORONAS.

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL DE

D. JOSÉ RIBOT Y FONTSERÉ.



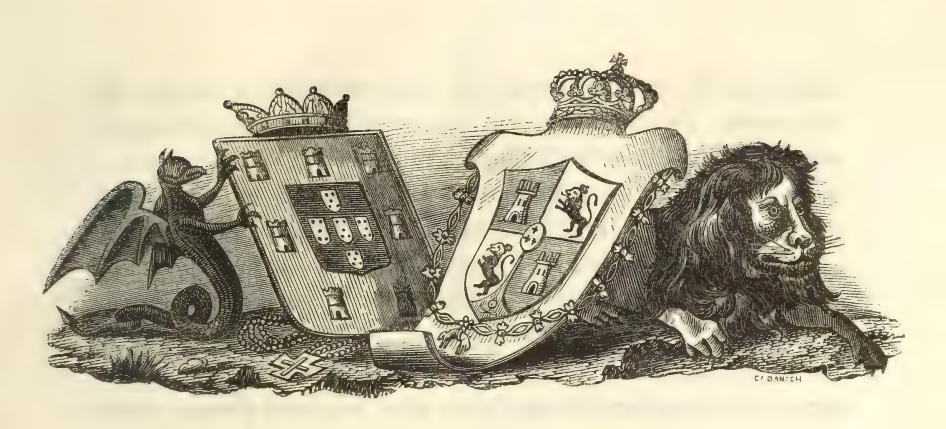
MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ REPULLÉS.
Calle del Nuncio, 19, pral.
1852.





Dn. Juan 1o. Rey de Castilla y de Leon.

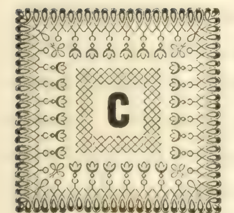


D. JUAN I DE CASTILLA.

INTRODUCCION.

CAPITULO PRIMERO.

En que se habla de un entierro y de un viaje misterioso.



ASTILLA no celebró, como de costumbre, la fiesta de Pentecostés en 1379. Mientras en Sevilla y Toledo el repique de campanas anunciaba á los fieles la gloriosa venida del Espíritu Santo, las del templo de Santo Domingo de la Calzada[1], que pocos dias antes habian llenado de regocijo los pechos castellanos, anunciando la

entrevista de los dos monarcas, que concertaron la paz de sus reinos, Castilla y Aragon, con sus badajadas monotonas cubrieron de duelo á Burgos, anunciándole la triste despedida de su rey que volaba á la eternidad. La muerte inesperada de don Enrique de Trastamara fué una pérdida irreparable para sus vasallos, que empezaban, tras largos años de guerra, á gozar de las dulzuras de la paz en el esterior del reino, y en el interior se veían libres de aquellas escenas de turbulencias y de sangre que dieron un carácter histórico tan singular al reinado de don Pedro el Bravo, siempre ganoso de aventuras. Mas no temieron, como al morir Alfonso XI, que aquellos actos se renovasen, porque las inclinaciones del primer don Juan, educado por la bondadosa doña Juana, eran muy distintas de las del primer don Pedro, educado por la vengativa doña María.

Doña Juana en los primeros años de su enlace habia olvidado hasta los atractivos de su belleza para no pensar mas que en ceñirse la corona de Castilla. Este fué su único pensamiento, y quiso el cielo que su ambicion quedase satisfecha. Despues se acordó de que era hermosa, y sintió en su pecho de reina latir un corazon de muger. Amó al rey su esposo, y le amó con entusiasmo: amó á su hijo, y le amó con delirio... tambien amó al malogrado Carrillo, y le amó con su dignidad de reina y con su pureza de ángel. Apenas hubo bebido en la fuente de la ambicion, se le apagó la sed: entonces no se acordó de que era reina, sino para hacerse amar y sentar á su hijo en el trono que dejó vacío su esposo.

Pasaron los primeros dias de luto, y la ciudad de Toledo ofrecia un fúnebre espectáculo. El cadáver de don Enrique fué trasladado desde Burgos, seguido de una numerosa y taciturna comitiva, y al llegar á la capilla de los Reyes, una muger, cubierta de negro, que se hallaba confundida entre la multitud, dió un grito desesperado, que llamó la atencion de los concurrentes. Cerca de ella estaba un caballero, terriblemente armado, de cuyo brazo se asió la

desconocida. «¡Sostenedme, conde!» le dijo, y dejó caer su cabeza en el hombro del guerrero.

—¡Valor, señora!—esclamó el caballero:—aun habeis de recibir otro golpe; no apureis en este todas las fuerzas.

Continuó la ceremonia religiosa, y algunas horas despues desfiló silenciosamente la comitiva fúnebre, dejando depositados en la última morada los restos mortales del malogrado monarca.

La reina doña Juana, en el concepto de todos, no debió estar presente en este acto por haber manifestado deseos de permanecer en Burgos, donde recibió el pésame de la nobleza castellana. Don Juan el primero, proclamado rey de Castilla y Leon el mismo dia en que murió su padre, aguardó en su real palacio al respetuoso acompañamiento, y con voz apagada dirigió la palabra á sus humildes cortesanos. —¡Nobles señores!—les dijo—acabais de postraros ante mi padre y vuestro rey para darle un último á Dios. ¡Guardad su memoria, y pedid al cielo que dé acierto al hijo para conservaros la paz que os proporcionó su padre! Cúmplase su voluntad en un todo: el aragonés es ya nuestro amigo y aliado, la Inglaterra y Portugal bien pronto estipularán su avenencia, y el sol de Castilla no esparcirá sus rayos, como hasta aqui, sobre torrentes de sangre. El dia en que ciña mis sienes la real corona, no ha de quedar en las cárceles del reino ni un inglés, ni un portugués: todos serán ámpliamente libres, y distribuiré gracias entre mis vasallos. Si entre vosotros queda algun descontento, pida á su rey justicia; y si esta no le basta, pídale favor.

Un profundo silencio sucedió á las palabras del rey.

—¡Nadie responde!—prosiguió don Juan con cierta admiracion.—¡Nadie! ni don Fadrique, ni... ¿dónde está el duque de Benavente?... Y don Alonso, ¿dónde está? ¿Conspiran tal vez estos bastardos? Sí: ¡conspiran tal vez sobre la tumba de su padre! No importa: les perdono.

Inclinó la cabeza con ademan de sentimiento, y poco

despues dió las gracias al séquito funerario, que se despidió dolorosamente conmovido. Quedaron solo en palacio con el rey algunos prelados y doctores para tratar con urgencia de las negociaciones con la Santa Sede por haberlo asi dispuesto don Enrique al tiempo de espirar, previniendo á los prelados y señores de la corte que, en su nombre, encargasen mucho al príncipe don Juan que con respecto á la Iglesia y cisma, tomase buen consejo y mirase bien lo que debia practicar, toda vez que era aquel un caso muy dudoso y peligroso, y añadió que fuese siempre amigo de la Francia, de la cual habia él recibido muchos favores.

Don Juan no se sentia en disposicion de deliberar sobre un asunto tan delicado, y creyó prudente aplazar esta entrevista para cuando fuese á Toledo el conde de Ledesma, en quien tenia depositada su confianza, y habia quedado en Burgos con la reina doña Juana.

—¡Señor!—esclamó el Maestre de Santiago:—conozco muy bien al conde de Ledesma, y me parece haberle visto en la capilla de los Reyes: era él.

—Os engañásteis, Fernandez, contestó el rey con viveza: Ledesma no debió separarse de mi madre.

—Sin embargo, señor, replicó el Maestre, el conde iba con otra muger, ocultándose de sus amigos y confundiéndose con la plebe.

—¿Estais seguro de ello?

—Como lo estoy de que hablo con V. A.

—¿Y quién era esta muger? ¿la conocísteis?

—No, su faz estaba velada.

—Permitid, señor, que interrumpa á V. A., dijo con hipócrita zalamería don Pedro Martinez de Luna, cardenal de Aragon. Ya veis con cuánta urgencia reclama la santa Iglesia que los pueblos católicos se libren del peligro en que los ha metido ese escandaloso cisma que estamos atravesando. Sé muy bien que V. A. sufre en este momento una opresion de espíritu inevitable sin duda, pero que no llega

á impedirle el tomar una resolucion, cuando la necesidad apremia, y la necesidad de la Iglesia es hoy, señor, mas imperiosa que la del sentimiento, mas que la del trono de Castilla, mas aun que la de la paz entre los príncipes de la tierra. El conde de Ledesma no hace falta aqui. Es el conde un escelente hombre de armas, tan capaz ahora de decidir improvisadamente un combate, como en sus verdes años una conquista amorosa; pero si á sus altos conocimientos militares se confiase la decision del cisma, nunca España reconoceria una cabeza en su Iglesia.

—Otra cosa esperaba de vos, contestó con desenfado el maestre, porque al fin sois cardenal de Aragon, legado del antipapa, y es á Clemente á quien urge la sorpresa.

—¿Del antipapa, decís? preguntó indignado el cardenal. Ved, don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, que hablais del papa Clemente y no de Urbano; que en Aviñon y no en Roma está el solio pontificio, mal que pese á muchos como vos, y notad bien, don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, que no es buen católico ni buen castellano el que tan ligeramente y con tanto desden habla de conflictos entre la Iglesia y el trono de Castilla.

—De vuestro tono amenazador, dijo el maestre, no debe hacer gran caso el castellano. Cuán impotente sea Roberto nos lo esplica el próximo destronamiento de la reina de Nápoles, intentado por Urbano. Ya veis, cardenal, á qué punto han llegado las cosas, y bien pronto se alzará gefe de aquel reino el descendiente del de Cicilia don Carlos de la Paz ó de Durazo, que viene de Hungría con el apoyo del papa Urbano, de ese que llamais cismático por suponer que se apoderó de los votantes el miedo en el cónclave al tiempo de ser elegido, y Urbano destronará á doña Juana de Nápoles como cismática, y pagará esta reina con su trono el favor y ausilio que ha prestado al antipapa Roberto.

—¡Tal vez! respondió el legado de Clemente.

—Sí, tal vez, replicó el maestre.

El rey oyó con desagrado esta conversacion habida en su

presencia y despidió á don Pedro Martinez de Luna, despues de prometerle formalmente ocuparse del cisma, pasadas las fiestas de su coronacion. — Soy jóven todavía, dijo el monarca, cuento apenas 22 años y se quiere sorprender mi inesperiencia obligándome á decisiones aventuradas que el rey de Aragon no se ha atrevido todavía á sancionar definitivamente. Yo quiero acertar, cardenal; no quiero precipitarme. Despues de mi coronacion, se tratará de los asuntos de la Iglesia. ¡A Dios, cardenal!... ¡Maestre! quiero hablaros.

Picóle al jóven rey la curiosidad de saber el verdadero objeto del misterioso viajero de Burgos, no pudiendo atinar en la disculpa que daria el conde de Ledesma por haber dejado en aquella ciudad á la reina viuda, si bien llegó á inferir de la nunca desmentida fidelidad del conde, que la reina doña Juana le habria enviado de incógnito á la corte para fines particulares que no podia adivinar. Sabia el rey cuánto le queria su virtuosa madre, y al ver que ni don Alonso, ni el duque de Benavente asistieron á los fúnebres sufragios de su padre, receló de ellos y creyó que la reina viuda, que conocia perfectamente el carácter revoltoso de los dos espúreos, debió tambien haber entrado en recelos y enviado á Ledesma para refrenar cualquiera intentona en caso necesario. El riesgo de una conjuracion interior interesaba mas á don Juan que el cisma de la Iglesia, y fué principalmente por esta razon que aplazó para mas tarde el reconocimiento de uno de los dos papas, á pesar de las exigencias del legado de Clemente.

Sin embargo, el rey se engañó: ningun objeto político llevaba Ledesma en su viaje de Burgos, ni la reina doña Juana en su justa afliccion se habia acordado de los dos bastardos del de Trastamara. Las sospechas del rey debian desvanecerse pronto, porque la duda agitaba demasiado su espiritu: merecia su entera confianza el maestre de Santiago don Pedro Fernandez, á quien dió encargo reservado de investigar los pormenores del viaje de Ledesma, y este paso, tan prudente á primera vista, fué indudablemente la

causa que hizo zozobrar por vez primera el reinado de don Juan I de Castilla.

Dejemos á nuestro jóven rey abandonado á sus augustias y meditaciones profundas, y volvamos la vista á la capilla de los Reyes de Toledo. No bien descendió al sepulcro don Enrique de Trastamara, un inmenso gentío recorria las calles de la ciudad por donde debia pasar el acompañamiento del duelo: no quedó en la capilla mas que la señora del negro manto y el caballero que la acompañaba. El dia se mantuvo sereno durante la mañana, y el ardor del sol abrumaba las cabezas, como si la estacion se hubiese anticipado dos meses, como si en un dia se hubiese rendido la primavera para entregar el mes de mayo á la discrecion del sol abrasador de agosto; preludio casi infalible del trastorno inmediato que debia esperimentar la atmósfera dentro de algunas horas. Por la tarde oyéronse retumbar á lo lejos algunos truenos, y una nube negra vino despues á encapotar el azulado horizonte: parecia que el cielo abandonaba tambien sus galas para no escarnecer al pueblo castellano.

—Ved, señora, que la tempestad se acerca y será preciso desistir de vuestro proyecto, dijo el caballero al oido á la dama misteriosa.

—¿Creeis, contestó ella, que tan poca cosa podrá contenerme?

—Sé bien hasta qué punto llega la firmeza de vuestro carácter, y cuánto puede la exaltacion de una muger nobilísima, dotada de vuestra dignidad y de vuestras prendas.

—¡Ah, conde! esclamó sollozando la triste desconocida; pasó el tiempo de mi ambicion y de mis glorias, como pasa la luz del sol desde que amanece hasta que llega al ocaso; pero el sol repite su carrera constante y la mia se ha interrumpido: mis glorias no volverán á amanecer.

—¿Qué mas deseabais, señora? preguntó con admiracion el noble guerrero. Permitid que os reconvenga por la ofensa que inadvertidamente estais haciendo á una persona respetable muy inmediata á vos, y aun á vos misma. Vos sois madre.

—Teneis razon: mas yo prescindia de esta circunstancia al hablaros esclusivamente de mí, y no creais, conde, que me atreva á echar de menos mi condicion pasada, ni que envidie la suerte de mi nuera; os lo juro. Vos me habeis comprendido mal.

—Entonces, señora, contestó el caballero inclinando respetuosamente la cabeza, perdonad mi poca reflexion.

—No es estraño; yo no habré sabido esplicarme, conde; yo debia deciros que mi pecho ha sido despedazado por otros sentimientos mas vivos, por otras impresiones mas apremiantes. ¡Ojalá estuviese hoy mi mente ocupada en sus primeras ilusiones! ¡Ojalá estuviese aspirando todavía á ser colocada al punto donde me elevó el destino! Entonces no hubiera tenido ocasion de hacerme sensible como las demas mugeres, ¡yo que por mi gerarquía me creía tan distante de todas ellas y á tal grado superior!... tanto, conde, que, estando despierta, habia llegado á soñar que el ser yo y el ser muger era una cosa enteramente distinta, incompatible!... ¡Necia de mí! poco tiempo despues de haber saboreado las fantásticas consecuencias de mi ambicion hubiera trocado mi alcurnia con la suerte de la muger mas despreciable. Desde entonces he creido tambien que yo no soy muger como las otras, porque las mugeres no sufren tanto.

—Y ahora ¿nada ambicionais? preguntó con intencion el caballero.

—¿Yo? ¿qué he de ambicionar? Retirarme de la corte, vivir muerta para Castilla con un recuerdo en Burgos, y un pésame en Toledo... sola entre dos sepulcros, recogiendo una flor del uno para echarla en el otro. ¿Qué mas puedo apetecer? ¿Y vos, conde, habíais creido que podia desear otra cosa?

—¡Señora! volved en vos y dejad que os repita las palabras de que hace poco me habia arrepentido. ¿Habeis ya olvidado que sois madre?

—Es verdad: y vos, conde, ¿pensais calmar mi dolor re-

cordándomelo? Si yo no fuese madre, no tendria que avergonzarme tanto, yo tal vez no me arrepentiria de nada.

—¿Sabe vuestro hijo...

—¿Pudísteis imaginaros que su madre viviera si él supiese algo? ¡Ah! no, mi hijo lo ignora todo, y vos y Elvira no descubrireis mi secreto: mi hijo no lo sabrá jamás. ¡Y á pesar de mi íntima conviccion me avergüenzo delante de él! Ved, conde, lo que sería de esta madre desgraciada, si pudiese imaginar que algun dia su hijo ha de ruborizarla con una mirada de indignacion. Yo no viviria, no: os lo juro... no tendria valor para vivir.

—¡Qué esceso de amor propio os exalta, señora! ¡Y qué! me hablais de rubor porque muger como las demas os habeis sentido apasionada sin saber que fueseis capaz de haceros impresionable á la simple vista de un objeto. ¿Quién pudiera echároslo en cara como una falta? Perdísteis vuestra altivez desmesurada, y como muger sucumbísteis á vuestro corazon: era muy natural que asi sucediese, y ni vos ni nadie en este mundo es responsable de sus impresiones. ¿Se os puede imputar acaso una accion indigna de vos? ¿perdísteis el honor, señora?

La dama enlutada levantó la cabeza, y fijando su vista en el caballero, le dijo con amable dignidad:

—Miradme bien, conde.

El caballero la estuvo mirando largo rato, y ella continuó inalterable:

—Vuestra pregunta queda contestada, dijo sonriéndose imperceptiblemente, y su noble compañero dejó tambien escapar de sus labios una sonrisa.

La tempestad estaba suspendida sobre las angostas y desiguales calles de Toledo: relámpagos rasgaban la atmósfera y espantosos truenos conmovian la tierra. La capilla de los Reyes no podia permanecer abierta, y el atento sacristan, con esmerada cortesía invitó á los dos incógnitos á que saliesen de ella.

—Dejadme orar un momento, sacristan, dijo la muger

misteriosa postrándose de rodillas sobre la losa fria de don Enrique.

—No lleveis prisa, señora, contestó el sacristan; cerraré la capilla para impedir que se agolpe el populacho y cometa profanaciones en la casa de Dios. Vos saldreis cuando bien os parezca, y si arrecia la tempestad, podeis quedaros en mi humilde morada, donde no os faltará lo necesario.

—Aceptad, señora, dijo á la aflijida castellana su noble compañero. No os habeis acordado de tomar algun refrigerio, y sin reparar vuestras fuerzas, no podeis emprender tan precipitado viaje.

—Dejadme rezar, conde, contestó la señora.

Mientras tanto el sacristan se dirigió con paso lento á la puerta de la capilla, donde reinaba un silencio sepulcral. El caballero quedó en pie detras de la desconocida, aguardando que concluyese el rezo y meditando á la vez si en razon del mal tiempo le convendria aconsejarla que desistiese de emprender la marcha. La tempestad iba aumentando progresivamente; caia el agua á torrentes, las calles se inundaban, soplaba con toda su fuerza el viento de levante, que dejaba oir sus silbidos al azotar las ramas de los árboles, y una que otra vez, la luz del relámpago aparecia entre las tinieblas de la tormenta. Con todo, la muger misteriosa no abandonó su edificante posicion, ni el miedo alteró en lo mas mínimo su firmeza de alma: era al fin una muger demasiado resuelta en sus propósitos para que pudiese cejar ante el riesgo imponente de las tempestades. Una centella cayó con violencia en las inmediaciones del templo de los Reyes, y el sacristan, que desde el umbral contemplaba las variaciones de la atmósfera, dió un grito aterrador que introdujo la alarma en aquel recinto.

—¡Vírgen de los Reyes! esclamó, tened piedad de nosotros.

Y el trueno retumbaba por el espacio, reproducido por numerosos ecos y alternando sus rugidos con las repetidas esclamaciones del sacristan amedrentado.

—Vuestro grito, sacristan, dijo levantándose la enluta-

da, me ha causado mas asombro que la luz del rayo y el estampido del trueno.

—Y ¿á quién no asusta, señora, replicó el sacristan, un rayo caido á tan poca distancia?

—A mí, contestó la incógnita, que tengo otra tempestad en el corazon, una tempestad de lágrimas; á mí, que ningun temor me infundiera la impetuosidad de un rayo, si le viera fulminado por la mano de Dios contra mi cabeza, porque desprecio esa vida que, sobre ser tan angustiosa, es tan débil que puede apagarla un rayo.

—Pero la vida... ¡oh! yo quiero mucho la vida, señora, dijo el sacristan con una resolucion tan franca, que apenas pudo el guerrero contener la risa. Si despreciara mi vida ofendiera á Dios y á mí mismo: soy mas dichoso en mi retiro que el rey de Castilla en su trono, y ahora que empiezo á saborear la calma despues de los embates de una juventud fogosa, mirando la vida con indiferencia, sería un ingrato con el mundo que me deja ser feliz entre tantos desgraciados.

—¿Con que vos tambien... insinuó la desconocida.

—Sí, contestó el eclesiástico interrumpiéndola; tambien he sido jóven y he vivido de ilusiones y quimeras; tambien alguna vez vagas fantasmas me recuerdan lo que pasó y no ha de volver jamás.

—¡Jamás! repitió la noble dama: ¡qué funesta palabra para el que ve escapar el pasado, y no ve en el presente ningun augurio de un porvenir risueño!

—No querais apurar tanto la investigacion de los altos designios de la Omnipotencia, señora; dijo el cura con gravedad. A nadie es dado hacerse profeta, y ¡ay del que vive desesperado! Yo tambien desconfié; tambien perdí toda esperanza: cansado del mundo le volví las espaldas, y aunque alguna vez mi corazon siente cierta angustia, la reflexion la ahoga, y acaso por compadecer á los que se afanan en buscar la dicha dentro del bullicio, porque esta dicha es una ficcion, una mentira.

—Decís bien, y ¡ojalá pueda tomar leccion de vos para dar á mi carácter la fuerza del vuestro!

Luego se volvió al caballero, y le dijo:

—¡Conde! partamos.

—Sigue la tormenta, señora, advirtió tímidamente el guerrero.

—A pesar de ella, respondió resueltamente la incógnita.

Y con paso grave se dirigió á la puerta de la capilla. ¡Cuán bella era! ¡cuán arrogante y misteriosa se acercaba á la calle, como si el mundo entero debiese inclinarse á sus plantas! Su esbelto talle y agraciado continente escedian á cuanta perfeccion ha soñado el hombre en sus bellos ideales; parecia que la naturaleza habia agotado todo su saber en la creacion de aquella imágen. El negro manto que la cubria formaba un contraste maravilloso con la blancura de la tez que se divisaba al trasluz de su velo, y á pesar de haberse marchitado su agraciada fisonomía, no por esto dejaba de ser encantadora.

No bien hubo salido del templo, á las voces de «¡Rui! ¡Alvar!» que dió el guerrero, dos hombres armados que se hallaban en un patio inmediato al santuario acudieron con cuatro briosos caballos, dos de ellos ricamente enjaezados. Mientras tanto de la parte del Tajo y camino que va á Burgos llegan velozmente otros dos hombres, cuyos vestidos, chorreando agua, daban una prueba auténtica de que no les habia arredrado la lluvia.

—¡Conde! dijo la dama, ¿creeis que somos de peor condicion que esos dos hombres?

—Lo que yo creo, señora, respondió el caballero, es que esos dos hombres... á estas horas y desafiando los peligros...

—¿Qué vais á decirme?

—Nada, señora, que alguien me ha conocido, y le habrá dicho al rey...

—No importa: el rey no lo estrañará.



D. Juan I. — *Lam.* 2

—Y si luego se empeña en querer saber por qué he dejado á su madre en Burgos, ¿cómo quedamos?

—Del mismo modo. ¿Temeis por vos, conde? ¿teneis miedo?

Las facciones del guerrero se encendieron de tal modo, que revelaban tal vez demasiado la impresion causada en él por la apóstrofe que acababa de dirigírsele.

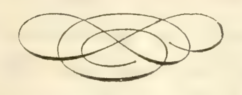
—¿Yo miedo, cuando estais vos á mi lado, y por vos y para vos abandono á la suerte mi vida, y tal vez hasta mi honor castellano? ¡Ah! vos no creeis, señora, que yo tenga miedo.

Los dos hombres que acababan de descubrirse siguieron su rumbo, y desaparecieron tomando otro camino. La dama misteriosa montó en su caballo con la ayuda del conde. «¡Arriba!» dijo el intrépido, poniendo el pie en el estribo, y á su voz montaron á un tiempo los dos escuderos, y huyeron todos á un tiempo en medio de la tormenta, como si el Tajo les hubiese arrojado con su corriente impetuosa.

—¡A Dios, reina viuda de Castilla! dijo una voz atronadora, que obligó á la noble dama á dar un grito.

Era otro incógnito que se habia escondido en la capilla, para rezar tambien por el alma de don Enrique.

El sacristan quedó estático, y poco despues al cerrar la capilla de los Reyes esclamó: «¡Dios eterno! ¡salva á mi patria, salva á Castilla!»





CAPITULO II.

En que se trata de lo que pasó en una hosteria, donde fueron á parar los viajeros incógnitos, que ya no lo son para nuestros lectores.



La fuerza de voluntad de la reina viuda no bastaba á luchar con la tormenta, y tuvo al fin que sucumbir. Cruzaba el agua por todas partes, los caminos estaban intransitables, y los caballos no podian dar un paso. Necesario fué desistir del proyecto. En vano hincaban los ginetes la espuela en los hijares de sus briosos caballos; el de doña Juana se habia metido en un charco, y fué preciso que los tres hombres montados desplegaran todas sus fuerzas para librarla del conflicto, hasta que al fin se la llevó el conde en su soberbio alazan, quedando los escuderos en el camino para sacar á salvo el de la reina.

A dos leguas de Toledo y camino de Burgos, se descubria una miserable hostería, conocida por la casa del Alavés, donde se apearon los misteriosos viajeros, causando admiracion á las pobres gentes que alli se habian refugiado para guarecerse de la lluvia. No bien se hubieron apeado, se les presentó la ventera, frotándose ligeramente las manos, y ofreciendo sus buenos servicios á los huéspedes con aquella sonrisa artificial de semejantes mugeres, que esti-

mula á los viajeros por mas que conozcan su tendencia y significado.

— Convendrá á vuestras mercedes un buen sitio para descanso, dijo la ventera. Aqui estarán perfectamente.

—¿Hay aposentos arriba? preguntó el conde.

—Sí señor, contestó la ventera. ¿Cuántos necesitan?

— Cuantos haya.

Doña Juana no pronunció una sola palabra, limitándose á hacer un gesto desdeñoso para dar á comprender al conde que lo que queria no era conversacion, sino despachar pronto. Efectivamente, conoció el guerrero que debia evitar la presencia de la ventera, á la cual indicó que les acompañara á la habitacion en que debian alojarse. Asi lo hizo con poca satisfaccion propia, pues era bastante entremetida, y deseaba entrar en conversacion con la ilustre dama. El deseo de esta no procedia de su orgullo, sino de la displicencia que le causaban las contrariedades del viaje, y de la necesidad que tenia de quedar sola con el conde para desahogar su espíritu, agitado con la idea de lo que le habia pasado en la capilla de los Reyes. Todavía sonaba en sus oidos aquel «¡á Dios, reina viuda de Castilla!» que heló su sangre de estupor sin poder adivinar de dónde procedian aquellas palabras pronunciadas en tono de amenaza. Sin esta circunstancia, si el viaje de Toledo á Burgos hubiese pasado desapercibido como el de Burgos á Toledo, la reina se hubiera mostrado amable con la simpática ventera, cuyos modales parecian mas propios de una dama de la corte que de una muger de condicion humilde.

Jóven que apenas contaba veinte y cuatro años, era la esposa del alavés un tipo de hermosura, y no parecia nacida para alternar con gentes de baja ralea; sin embargo, era humilde con todos, y en su semblante se dejaba entrever una conmocion repentina al dirigir la palabra á una persona de distincion, como si la asaltase una idea vergonzosa, ó como si algun recuerdo funesto resucitase en ella su pasado. Doña Juana la miró y en seguida bajó los ojos:

la ventera no advirtió la mirada, y siguió obsequiosa como antes.

—Señora, dijo, la humedad puede quebrantar vuestra salud; ha sido empresa arriesgada la de vuestras mercedes. ¡Salir de Toledo sin respetar el Tajo en un dia tan borrascoso!...

La reina y el conde se dirigieron automáticamente una mirada significativa, que advertida por la ventera, la obligó á avergonzarse de su imprudencia. Pero este sentimiento de vergüenza pasó pronto.

—Es verdad, continuó; si yo hubiese tenido que aconsejar á esta señora, no hubiera permitido que se espusiese á ser víctima de la tempestad, sean cuales fueren los motivos que la hayan obligado á poner su vida en tal riesgo.

—Basta ya de conversacion, dijo el conde con cierto desenfado; ved si nos dais algo que comer, pues la señora necesita cobrar aliento.

—Teneis razon, caballero; voy á serviros.

—Aguardad, repuso el conde; vendrán dos hombres montados, y les dareis acogida.

—Bien, señor: pero no sé dónde colocarlos.

—¿Cómo?

—No sé dónde dormirán.

—¡Oh! son hombres de un temple especial, dijo el conde, con cierto desprecio: no duermen.

—Todo pues está corriente.

—Sobre todo, que esten bien cuidados los caballos.

—¡Desgraciadamente no está aqui mi marido! Él entiende eso á las mil maravillas; pero hoy cabalmente le han mandado á buscar por orden del rey...

—¡Por orden del rey! dijeron á un tiempo admirados los dos huéspedes.

—Y debe de ser cosa urgente, cuando un caballero, lleno de distinciones, ha venido solo á desempeñar el mensage en lo mas recio de la tempestad. Se cree que el rey tra-

ta de hacer algunas investigaciones acerca de la misteriosa desaparicion de su madre y el conde de Ledesma. Dicen que en Burgos no se habla de otra cosa, y cada cual habla á su manera.

La reina quedó como asombrada, y volviéndose al caballero, le dijo:

—Conde, basta ya.

Al oir la ventera la voz de la dama, se tapó el rostro con las manos, y lanzando un grito de sorpresa desapareció con rapidez.

El conde quedó estático no comprendiendo aquella escena: contempló un instante á doña Juana, y se aumentó su sorpresa al ver que una lágrima surcaba silenciosamente la megilla de la reina, y que se iba poniendo pálida.

—¿Qué es eso, señora? preguntó el conde de Ledesma atónito.

—Una leccion mas, conde, contestó la reina: esta pobre muger es digna de mi proteccion. ¿No os parece que sabrá complacerme, y que podrá celocarse en mi cámara al lado de Elvira?

—Es tan hermosa, que será la envidia de las cortesanas; pero por lo mismo nunca le perdonarán estas la humildad de su estraccion. Mas valiera, si tratais de protegerla, que se diese á su marido una colocacion lejos de la corte, ó ya que la quereis á vuestro lado, dar al alavés una colocacion en vuestra cocina, ó en caballerizas.

—Para vivir retirada, necesito rodearme de personas humildes, que comprendan mi corazon estudiando el suyo propio. Elvira y esa jóven no pueden dejar por su corazon de comprender el mio.

—¿Pero olvidais, señora, que esta jóven es una ventera, y vos madre del rey de Castilla? ¡Retiraros vos! Eso es imposible, y hasta ridículo en vuestras circunstancias. ¿Qué pensará de vos el rey? Y aun suponiendo que accediese don Juan á ese proyecto, que concebísteis en un momento de agitacion, y al cual renunciareis restablecida la cal-

ma en vuestro espíritu, ¿dejareis por eso de ser reina? La muger del alavés...

—Puede pasar de ventera á dama de honor, como su marido pasó de hombre de armas á ventero.

—¿Quién será? dijo el conde á sus solas, y quedó meditando un largo rato.

La ventera, entre tanto, se sobrepuso á la alarma que le habia ocasionado la presencia de la reina viuda, y procuró disimular su afectacion á los huéspedes refugiados en la tienda, que ávidos de curiosidad, la aguardaban para que les hiciese relacion histórica de aquellos personages misteriosos.

—Y bien, patrona, dijo uno de ellos, ¿es hoy la venta del alavés el alcázar de los magnates castellanos, ó nos hallamos en un palacio encantado?

—Antes, replicó otro, debiera decirnos la alavesa si su marido es hombre de buena sangre, ó si tiene propension á malos hechos, porque son escasos los que no han de pedir la absolucion de algun pecadillo, y es muy fácil que ocultamente...

La ventera contestó á esta apóstrofe indecente con un ademan de desprecio que no carecia de dignidad, pero que fué insuficiente para imponer al descomedido interlocutor. Prorumpió este en una carcajada, que fué cortada á tiempo por uno que acababa de entrar, y de apoyarse de codos contra una mesa, el cual tenia larga barba, que le hacia no menos respetable que sus escelentes puños. Poniendo de repente en estos toda su lógica, salió á la defensa de la ventera incorporándose, asiendo de la cintura al deslenguado, y arrojándole á la calle en menos tiempo del que se necesita para decirlo. La ventera le dió las gracias con una mirada. El atleta no aspiraba al parecer á otra recompensa.

Esta escena significativa no interesaba á los curiosos de la venta, que esperaban con ansia las esplicaciones de la alavesa acerca del real mandato que motivó la partida de

su esposo, y de la estraña aparicion de los susodichos incógnitos: sin embargo, no se atrevian á interrogarla, temerosos de deslizarse y de verse, como su compañero, arrojados á la calle, y luego, como su compañero, desaparecer avergonzados, y no sin dejar antes amoldada en el lodo su fisonomía. El hombre de la barba, riéndose de la zozobra que su proeza acababa de infundir, invitó á la ventera á acceder á los deseos de todos, abriendo de este modo la puerta á las investigaciones, que no dejaban de interesarle á él, algo mas que á todos los otros. La angustiada jóven se hizo la desentendida, y entonces su campeon se mostró resentido, y desistió de importunarla; los otros repitieron sus instancias.

—¿Qué inconveniente puede tener la alavesa en complacer á sus amigos? preguntó uno.

—¿No habeis podido descubrir siquiera á qué clase pertenecen vuestros huéspedes? dijo otro. Yo presumo que son personages de la alta nobleza de Castilla, que vienen de la ceremonia fúnebre del rey don Juan.

—Yo he sospechado otra cosa, contestó el primero: convengo en la categoría de esas personas misteriosas; pero el fin que llevan en su viaje ¿cómo adivinarlo? Los dos solos en un dia de diluvio... y un caballo para los dos... ¿qué prueba sino que los dos van fugitivos? ¿Es eso un rapto? ¿El hombre es un seductor? No quiere testigos ni caballos, porque en circunstancias apuradas... ¿no es verdad? ¿Doy en el blanco?

—No, respondió secamente la ventera.

—Pues entonces vos lo sabeis, y os negais sin embargo á revelarlo. Ved que podeis infundir sospechas de complicidad... ó cuando menos de estar iniciada en las confidencias de palacio, segun sea la clase de los personages que acabais de hospedar en vuestra casa. Las apariencias al menos nos harán formar un triste juicio de los amos de esta acreditada hostería.

La jóven alavesa tomó el partido de guardar silencio,

con el cual aumentó las dudas y escitó mas y mas la curiosidad de los huéspedes. Solo el hombre de larga barba permaneció indiferente á la conversacion, como si le ocupase otro pensamiento mas interesante. Taciturno y cabizbajo, despidiendo con disimulo uno que otro suspiro, permitió leer en su semblante cierto sufrimiento: sus suspiros se asociaban frecuentemente á una mirada suave y pasagera dirigida á un solo objeto, siempre á ella, siempre á la alavesa. No es estraño que la jóven encantadora produjese tales encantos. Era muy bella. La negra cabellera de aquel ángel desterrado del cielo y condenado al infortunio, su mirada dulce y penetrante, su porte humilde y magestuoso, su cutis delicado con cierto tinte moreno que daba realce á sus ojos rasgados y completaba la animacion de su graciosa fisonomía, su voz sonora y su carácter bondadoso formaban tal conjunto de perfecciones, que podian rivalizar ventajosamente con los atractivos de la reina viuda, y no debe admirarnos que hácia esa beldad se sintiese el hombre de larga barba dominado por una pasion irresistible, por un sentimiento inevitable.

Habia la ventera preparado la comida para la reina, y no se atrevia á subir aquella escalera que acababa de bajar con tanta velocidad. ¿Qué temores podia infundir la madre de don Juan I á la jóven alavesa? ¿acaso á esa muger de linage oscuro la amedrentaba la presencia de una señora tan elevada? ¿ó habia mediado algun pasage misterioso entre dos mugeres de tan opuesta condicion? Todo se hacia maravilloso en la casa del alavés. La visita de un maestre de Santiago, el haber el rey elegido un hombre, que sacó de su oscuridad, para confiarle una mision delicada y alusiva nada menos que á la real familia, la reina en casa del alavés y la ventera temblando, ¿qué significa tanto misterio? Y aquel hombre desfigurado que mira con desden á cuantos le rodean, que no se pára en nada de lo que allí pasa y nada le interesa de cuanto escita la curiosidad de los mas indolentes, aquel hombre de larga barba, cuya imaginacion

se concentra en ella, como si en ella estuviese el mundo entero, ¿qué espera? ¿cuáles son sus miras? . . . . .
. . . .

El sol de aquella tarde con sus luminosos rayos empezaba á abrirse paso al trasluz de las nubes para alumbrar el cuadro que ofrecia la tierra despues de la tormenta. La voz del conde hizo recobrar aliento á la alavesa.

—¡Subid pronto! es ya tarde, la dijo con desenfado.

El hombre mal humorado de la tienda frunció las cejas.

—¡Que asi la manden! esclamó, dándose en la frente una palmada.

Subió con timidez la ventera, y al mismo tiempo entraron los dos escuderos conduciendo el caballo de la reina.

—¡Qué veo! esclamó el hombre de larga barba.

Los huéspedes de la tienda, aprovechando la bonanza y temerosos de algun fracaso, empezaron á mirarse unos á otros y desfilaron silenciosamente de aquel sitio, dejando solo al hombre misterioso, que se habia ocultado en un rincon y reclinado en un banco. Los escuderos dejaron sus caballos en el pesebre, y el conde desde su cuarto asomado á la ventana les ordenó que permaneciesen abajo esperando nuevas órdenes de S. A., que se habia retirado en otro aposento. La ventera no se atrevia á penetrar en la estancia de la reina viuda, y quedó parada como una estátua en el umbral de la puerta sin atreverse á pedir venia, ni á retroceder. Doña Juana habia notado la turbacion de la alavesa, y viendo que no se determinaba á proferir una palabra, rompió el silencio, y asi pudo conseguir que ambas se desahogasen oportunamente.

—Entra, dijo la reina: pasó el tiempo de los estravíos, y la reina viuda de Castilla no tiene valor para vengarse de la debilidad de una muger. Nada temas y acércate.

La ventera temblaba de tal modo, que á poco se le cae la fuente de las manos. Doña Juana se levantó, y tomando lo que llevaba, lo puso sobre la cama y prosiguió sin la menor alteracion:

— Siéntate, Violante.

— ¡Señora! esclamó la alavesa doblando la rodilla, permitid antes que vuestra vasalla...

— Levántate y quítame el vestido, dijo la reina interrumpiéndola: quiero acostarme y dispensarte la gracia de servir de algo á la madre del rey.

Despues que la reina se hubo acostado y tomado algun refrigerio, dispuso que se sirviese al conde de Ledesma y luego á los escuderos, previniendo á la alavesa que inmediatamente volviese á entrar en su aposento. Cumplióse el mandato de S. A., y una vez servidos los escuderos volvió la ventera á la estancia de doña Juana, quedando de pie junto á la cabecera de la cama.

— Me habeis dicho que volviese y cumplo vuestra orden, señora, esperando me deis otras para serviros como debo. Sé que soy altamente indigna de dirigiros la palabra, continuó con una voz que interrumpian los sollozos, sé que deberia tragarme la tierra para evitaros á vos el disgusto de verme y á mí la vergüenza de oir vuestras justas reconvenciones. No trato de disculparme, ni de alegar en mi defensa ningun motivo que pueda desvanecer vuestra prevencion, no: yo os ofendí, y ni mi edad, que era entonces de diez y ocho años, ni mi humilde posicion pueden disculparme á vuestros ojos. Verdad es que vuestro esposo era el rey, que me sacó del polvo y me hizo reina de su corazon... yo, imbécil, le amé, porque una muger jóven y sin fortuna no resiste tan facilmente los amores de un rey jóven y galante, un rey como don Enrique...

Doña Juana hizo un gesto que revelaba á la vez dolor y cólera y desprecio.

— ¡Ah! perdonad, señora, continuó la alavesa, si he tenido la osadía de poner su nombre en mis labios. Yo no soy digna de nombrarlo á vuestra presencia, y por esto os decia que no podeis oir descargos que el tribunal del cielo los tomaria en cuenta para absolverme; porque vos érais la esposa y mi señora ademas, y ante la esposa no hay

rival disculpable, y mas cuando la esposa es una reina.

La reina quiso ocultar una lágrima.

—¡Y vos tan buena, prosiguió la ventera, que me habeis permitido tocar vuestro vestido y estar sentada á la cabecera de vuestra cama, cuando debíais haberme matado con una mirada. Sois una santa, reina de Castilla. ¡Oh! yo no sé si prefiriera el rigor de vuestra justa indignacion al bálsamo de vuestra clemencia. Cuanto mas grande os haceis, mas pequeña yo me encuentro, señora.

Doña Juana le alargó la mano, y la ventera se la besó con tal ternura, que la reina no pudo contener las lágrimas.

—Me has oprimido el corazon, Violante, dijo la reina: no temas á tu rival; está desarmada. Siéntate, te digo, y háblame de Enrique y de su amor (Violante tomó asiento). El que ha conocido al conde de Trastamara, continuó doña Juana, y le ha visto rey, siente el vacío del trono, porque teme nuevas calamidades en su patria hasta que la duda se desvanezca; mas la que, como nosotras, ha conocido á Enrique amante, ¿no es verdad que llora sin consuelo y sin la esperanza halagüeña de llenar aquel vacío?

La alavesa quedó muda sin saber qué responder á esa pregunta, cuya contestacion en cualquier sentido la comprometia.

—Responde, Violante, insistió doña Juana.

—Yo... Señora... yo no me atrevo á contestaros. ¿Por qué á mí me lo preguntais? ¿Por qué me obligais á constituirme vuestro verdugo? ¿Os complaceis ahora en que os dé nuevo martirio?

—Me complazco en oir hablar de Enrique, porque yo no quisiera acordarme mas que de Enrique. ¿Me comprendes, Violante. No me ocultes nada de lo que sentiste en aquellos tiempos venturosos, nada de lo que siente tu corazon ahora. Llora sin temer que te reconvenga por tu llanto la reina viuda de Castilla: tienes una rival tan tierna como valerosa, tan humilde como altiva. Yo no soy la reina ahora, no; soy

como tú una muger desdichada; la ahogan sus dolores, y no sabe dónde depositar sus lágrimas.

—¿Qué podrá deciros vuestra antigua adversaria que sea bastante para calmar los pesares de una reina?

—Cuéntame tu historia, Violante. Quiero estudiar las impresiones de tu corazon, y tal vez la historia de tu edad caprichosa sosegará algun tanto los vaivenes de mi edad reflexiva. Dos recuerdos se hermanan á veces por analogía, como por simpatías se enlazan dos voluntades, y asi como dos voluntades aunadas reparten el placer y el dolor, tambien la comparacion de un recuerdo análogo identifica los efectos del sentimiento, antes aislado, y modifica de tal modo nuestras sensaciones, que el corazon se dilata y sus latidos se esparcen hasta que llegan á percibir el eco que corresponde á otra impresion nueva. Esta impresion hace vacilar el pensamiento y no le permite concretarse. ¿No has observado alguna vez al referírsete una historia parecida á la tuya, interesarte sin querer por las personas que figuran en ella? ¿Y no te has hecho la ilusion de que estas personas se interesan tambien por tí y te ayudan á soportar la carga de tus sufrimientos? Si tanto puede la fantasía, ¿qué mucho que la realidad venga á consolarnos? ¿No es cierto que la amistad mas duradera, la mas simpática, es la que se forma por analogía de impresiones?

—Vos, doña Juana, reina madre del de Castilla, ¿brindais con vuestra amistad á Violante la alavesa, la esposa de un ventero?

—A la que fué querida de un rey y envidiada de una reina, dijo doña Juana con intencion.

—Me matais, señora, contestó la alavesa bajando los ojos.

—No me acordaba. Mi palabra empeñada me obliga á respetarte.

A esta impresion de la reina, pronunciada con la dignidad de su carácter, sucedieron algunos momentos de silencio.

—Habla ya, prosiguió doña Juana, cuéntame tus aventuras sin rebozo, y si en el decurso de tu historia notas en

mí algun arrebato, no hagas caso, no: será una convulsion pasagera.

—Ya que os empeñais...

—Sí, Violante; puedes empezar.

La alavesa dió un suspiro, y luego, incorporándose, empezó á referir la historia de su vida con voz apagada, y sin levantar los ojos.

—Nací en Álava, y á la edad de catorce años quedé huérfana. Mi padre murió en el campo de batalla, cuando apenas yo contaba cinco meses, y mi pobre madre se trasladó á Vizcaya, despues á Guipúzcoa, donde tenia un hermano que fué de los mas entusiastas defensores del rey don Pedro.

—¿De don Pedro? preguntó la reina con viveza.

—Sí: del bravo rey que le libró del suplicio á que iba á ser condenado por intrigas de Duguesclin, de aquel francés villano que fué, segun cuentan, quien tomó parte en la lucha entre el rey don Pedro y don Enrique de Trastamara, dando á este la victoria que le negaba la suerte.

—¡Miserable! dijo la reina enfurecida; ¿y eso dices á la que partió sus glorias con don Enrique en el solio de Castilla?

—Perdonad, contestó Violante: mas debo recordaros que no ocultando la verdad, cumplo vuestro mandato. Si un sentimiento de gratitud pudo hacer de mi tio un defensor de don Pedro, su honor castellano le hizo despues un partidario de don Enrique contra la Inglaterra. ¿Lo comprendeis, señora?

—Prosigue.

—El rey visitó las provincias y vos le acompañásteis. Salia á menudo á visitar los puertos, y un dia de primavera le vi al anochecer en el de Fuente-Rabía, en cuya ciudad me educaron las religiosas de la Misericordia. Mi madre habia muerto y mi tio tambien: las monjas me ampararon, y salia todos los jueves con el prior de aquella casa piadosa. Al dia siguiente fué el rey al convento, se sentó á mi lado, y para darme una prueba de deferencia, me dió á besar su

real mano. «¿Por qué una muger ha de besar la mano al rey?» me pregunté luego. Yo se la besé con timidez y él apretó la mia entre las suyas: entonces hubiera querido estársela besando siempre.

— ¡Desgraciada! dijo la reina dirigiendo á la alavesa una mirada de compasion.

— Don Enrique repetia con frecuencia sus visitas; siempre preguntaba por mí... y me daba á besar la mano á mí sola. Me acuerdo que un dia se la besé sin pedirle venia... ¡y él quedó tan contento! ¡y yo tan ciega!... Hizo al pío establecimiento muchas dádivas, adornó el humilde templo con alhajas de buen precio... y todo para usurpar á las religiosas otra alhaja mejor. Me llevó á palacio con promesa de colocarme entre nuestras damas, me ofreció títulos, y nada cumplió: me tenia en una estancia inmediata á su aposento, y allí pasaba á mi lado diciéndome que me amaba, y yo le creía, porque á la verdad en esta parte no me engañaba el rey. Yo era esclava, pero era feliz: ¡vos misma envidiásteis mi esclavitud cuando sorprendísteis mis amores! Nada debo esplicaros de aquella escena funesta, sino que la justicia de Dios hizo espiar mi falta con un tormento igual al que vos sufrísteis. Los remordimientos me decidieron á rechazar al rey, mientras los celos me devoraban: ¡ah! tenia celos... hasta de vos, señora. El bondadoso prior de aquella casa benéfica vino á visitarme, acompañado de un hidalgo, cuyo nombre no es desconocido de cierta persona muy elevada de la corte. Le espliqué mi desgracia y salpiqué sus hábitos de amargas lágrimas. Dos dias despues con permiso del rey vino á verme el hidalgo, cuya conducta me decidió á dedicarle mis amores y renunciar á los de don Enrique. Empezaba á quererle, le queria, y huí de palacio para probarle la fé de mis promesas; me oculté y arrostré todas las consecuencias del desaire hecho á un soberano que me amaba con ardor; hice al rey traicion para no faltar á mis deberes; supe que estaba triste y mi corazon se despedazaba, y á pesar de mi pasion tuve la firmeza de carácter

suficiente para resistir los impulsos de mi voluntad... ¡yo que sabia que una palabra bastaba! ¡yo que no me contaba feliz sino con don Enrique, que tenia en su pecho mi morada, yo que tenia mi bien, mi mundo, mi todo en don Enrique! Y el hidalgo, señora, despues que llegué á amarle, despues de tan apreciables sacrificios, que no los hiciera otra muger desamparada, jóven como yo, y como yo desgraciadamente hermosa... ¡ah! cuando pienso en ello me vuelvo loca...

—¿Qué hizo el hidalgo? preguntó doña Juana con exigencia.

—¿Qué hizo? continuó la alavesa. Mal caballero, me rechazó... No me atrevo á proseguir: no querais saber el desenlace de esta historia, porque vos habeis creido complaceros con ella, y os habeis engañado horriblemente.

—No te detengas.

—Pues bien: Mendoza me dió acogida en su casa por la intimidad que tenia con mi amante. Vivia en el arrabal, á corta distancia del Tajo, y de alli no salia mas que de noche, para no comprometer al generoso guardador, que merecia el favor del rey por hechos de armas que le coronaron de gloria en cien combates. Mi amante fué introducido en palacio, y llegó á ser muy favorito de una señora de alta categoría. Un dia pude oir como le decia á Mendoza: «Tú que envidias mi suerte, porque poseo el corazon de un ángel, quédate en paz con este cielo de que soy indigno, y déjame condenar. ¡Cuánto lo siento! pero yo acabo de besar una preciosa mano, la mano de la...» de la ilustre señora de quien os hablaba. «Puedo asegurarte, Mendoza, que ella tambien me quiere, porque me ha mirado, se ha sonreido, ha estrechado mi mano; y... nos hemos comprendido. —¡Pobre Violante! esclamó Mendoza.» No pude contenerme: di un grito desesperado, y abrasada de celos, ceñí una daga, y salí rabiosa para asesinar á mi rival, que se habia dejado besar la mano. Penetré las antesalas del real alcázar, y un hombre tan delirante como yo, se arro-

ja á mis brazos... ¡era el rey!—«¿Tú aqui? me preguntó admirado el entusiasta don Enrique.—¡Señor! esclamé, dejadme: no vengo por vos.—¿Por mí no vienes, pérfida? Y ¿quién te ha dado acogida, miserable? ¿Olvidaste que tu amante era el rey de Castilla? Huye: no quieras que te ahogue esta mano, que tantas veces has acariciado.—¡Me haceis temblar, don Enrique! le respondí.—¿Todavía estás aqui? me dijo enfurecido; huye con tu cómplice, que no ha de ser de Castilla ni noble, ni soldado.—¡A Dios, don Enrique! esclamé: decidle á la reina que me perdone.» Y huí despavorida: me siguieron, me vieron entrar en mi retiro, y Mendoza perdió sus honores. Entonces conocí cuán imprudente amagaba la muerte á mi rival, porque yo tambien habia besado la mano del rey, y vos sufrísteis primero. ¿No es verdad, reina de Castilla?

—Y tu segundo amante, ¿qué se hizo? dijo la reina sin atender á la pregunta de la alavesa.

—Murió como bravo, y en el cementerio de Burgos está su cadáver. Yo seguí la suerte de Mendoza, y me casé con él: le conocí en Álava; es honrado alavés; pero sin títulos, sin honores, sin derecho á la participacion de las glorias de soldado, buscamos un retiro en esta posada, y aqui teneis la historia de la ventera.

—¿Y tu rival? Nada me has contado de esa gran señora y de sus amores.

—Es otra historia que os va á interesar menos que la mia, dijo con desden la alavesa.

—Sin embargo, me la contarás en Burgos, donde vas á colocarte entre mis damas.

—¿Quién? ¿Yo, señora? ¡Imposible!

—La reina, que te perdona, te lo manda.

La alavesa bajó respetuosamente los ojos con ademan de acceder á la voluntad de la reina, y despues de haber obtenido su real permiso para retirarse, salió del aposento, quedando muy satisfecha de tan singular entrevista. Doña Juana concilió el sueño con espíritu tranquilo, como si

hubiese remediado la pena que la estaba ahogando, como si aquella visita misteriosa á la tumba de su esposo no hubiera sido mas que un dilatado sueño.

Violante bajó á la tienda, escribió largo rato y dejó luego su escrito sobre una mesa. No bien hubo concluido, cuando se le adelantó con paso lento el hombre de larga barba y la llamó por su nombre. Volvióse la ventera admirada, y no pudo reconocer las facciones del barbudo, apesar de descubrir en su voz y en sus ojos la semejanza de un objeto que debió haber visto en otras ocasiones. Meditó, atormentó su memoria, pero en vano.

El hombre misterioso comprendió la indecision de la alavesa, y meneando la cabeza con la sonrisa en los labios, dejó á la jóven titubeando un buen rato, hasta que cansada de pensar y de rebuscar en vano un tipo de semejanza, dijo muy resuelta: — «No os conozco.»

—Bien lo decia yo—contestó el barbudo—que no me habíais de reconocer: y sin embargo, Violante, mas de una vez me habeis mirado con desden, haciendo alarde de vuestra hermosura para rechazarme.

—Seais quien fuereis, no me creais tan vana. para dejar de corresponder á un hombre, nunca he tomado en cuenta mas que mi deber.

—Y el deber no os impedia ser con otro mas amable.

—Pero ¿quién sois vos?

—No se os ocultará, Violante. ¿De que me sirviera permanecer aquí misterioso y haber procurado que el alaves saliese de su retiro, si al fin no conseguia entrar con vos en ajustes amorosos?

—¿Así me hablais? ¿Y vos, mal caballero, decís que habeis tenido la audacia de ausentar á mi esposo para seducirme? Necio y villano por demás habeis sido; pues se ha frustrado vuestro proyecto, ya lo veis: no estoy sola aquí y hay espadas de buen temple que me defenderán.

—No las temo, y al menor grito que deis sois perdida. Oidme, Violante: ¿qué ventaja puede ofreceros esa condicion oculta á que os redujo la tenacidad de vuestra suerte? ¿No os va-

liera mas la alta proteccion de un hombre de elevada cuna?

—¡Dejadme!—dijo la alavesa.—¡Dejadme en paz, señor! no querais esponerme á arrostrar todas las consecuencias de vuestra amenaza.

—Tan pérfida sois, Violante, que á no ser tan hermosa me avergonzara de importunaros. ¿Podeis hacer ya mas que haberme humillado hasta tal punto? Cuando me veais el rostro que cubre la barba postiza, cuando sepais mi noble orígen, no os arrepentireis de haber sido mi favorita, como lo fuisteis de un rey.

La ventera palideció y ocultó su rostro con ambas manos.

—No os ruboriceis—continuó el hombre misterioso—ceded sin temor á mis instancias, y aunque no os puedo acercar tanto al trono como lo estabais en otro tiempo, puedo alejaros de esa oscuridad y dejaros respirar al aire de la ventura mejor que don Enrique de Trastamara, porque al fin no espondré vuestra suerte al peligroso conflicto de tener que competir con una reina celosa. Riquezas no os han de faltar, ni á vuestro esposo un título de Castilla, que pueda alternar con la principal grandeza; sereis tan grande como hermosa, tan feliz como grande, y sobre todo sereis de vuestro protector querida y señora. ¿Qué mujer se atreviera á rehusar con desden un pacto tan ventajoso? Ceded, encantadora Violante: ceded á la pasion del que no supo veros sin adoraros. ¿Tendreis valor para negar la dicha á quien con vuestro amor, y solo con vuestro amor, puede ser dichoso?

—Dejadme, os repito, en nombre del cielo. Si vos no podeis darme lo que el honor me dá, si títulos no han de faltarle al generoso alavés sin menoscabar su honra, sin que sea su concesion el premio de mi adulterio, el precio de la infidelidad de una esposa traidora ¿porqué he de complaceros haciéndome indigna de él y á él de vos?

—¡Títulos! esclamó con sorpresa el barbudo.—¿De dónde ha de sacarlos vuestro esposo, privado hasta de la gloria de empuñar las armas en defensa de su rey? ¡Un título para el que no puede ser simple soldado en Castilla!

—Y vos solo os creeis con derecho para rehabilitarle?

—Me hace temblar vuestra pregunta,—respondió con viveza el hombre de la barba. —No me lo negueis, Violante; pedisteis favor al jóven rey de Castilla y os ha perdonado la injuria que irrogasteis á su madre doña Juana, á esa reina virtuosa, que merecia otras consideraciones por parte de su vasalla; que la humillasteis ignominiosamente.....

—¡Callad!

—Sí; que el odioso favoritismo ha pasado del uno al otro rey, y don Juan primero de Castilla se olvida de la honra de su madre para no acordarse mas que de vuestra hermosura. Él está apasionado como don Enrique, y si no ha tenido valor para dirijiros una declaracion formal á fin de no aumentar la afrenta de doña Juana, tampoco lo tuvo para acabar con vos y con vuestro esposo. Nada ignora el rey de cuanto está pasando; él me lo ha contado, sabe quién sois vos, quién es el alavés, y no ignora los pormenores de vuestra historia, de vuestra vida aventurera; mas no olvideis doña Violante que vuestra rival, la madre del castellano, vive todavía, y es jóven, y es reina viuda, una reina que ultrajasteis y.....¿no temeis la venganza de una reina ultrajada?

—¿Yo?—dijo la alavesa aparentando indiferencia á la pregunta del misterioso.—El furor de la reina se calmará—continuó, contrayendo sus labios una triste sonrisa.

—Si el rey no tuviese un rival.....

—¿Que estais hablando?

—Si yo no existiese, entónces..... tal vez la reina os perdonaria. Solo siendo mia podeis salvaros de su venganza; de otra suerte no os valdrá el ausilio de espadas de buen temple en defensa vuestra. Miserable! ¿quién os ha de defender ahora revolcada en el polvo, donde cualquiera puede pisaros á menos que yo os levante?

— La reina—contestó el conde de Ledesma bajando precipitadamente la escalera.

Un sordo rumor se esparció en aquel recinto; la alavesa encendió una luz, porque empezaba á anochecer; Rui y

Alva se pusieron sobre las armas, y colocado el conde frente á frente del barbado, ambos se miraron con altanería.

—¿Qué haremos de ese hombre? — preguntaron los escuderos.

— Decid mas bien que haré yo de vosotros y del conde — respondió el barbudo, y en aquel mismo acto se arrancó la barba que desfiguraba su rostro interesante.

Era un gallardo jóven que apenas contaba diez y siete años. Los escuderos temblaron á su presencia; el conde cruzó los brazos con tranquila calma, y la alavesa se colocó á su lado como implorando su ausilio.

— Ya veis don Alonso — dijo el conde — que no es de nobles la ofensa que acabais de dirigir al rey vuestro padre.

Al oir la hostalera estas palabras, sus facciones se animaron, no pudiendo contener la oportuna interrupcion que hizo á las reflecciones de Ledesma.

— ¡Don Alonso hijo del rey y de una amiga! — dijo con intencion marcada. — Si respetara como vos la memoria de vuestro padre, diria que el bastardo de un bastardo no ha de imponerme leyes, ni darme consejos: mas no me atrevo á culpar vuestra intencion, porque es hija de vuestro amor hácia mi pobre persona, y yo nunca odio á los que me aman. Desistid sin embargo, y pues no podeis contar con igual correspondencia, os juro por mi amarga vida que no he de ser á mi esposo infiel ni con vos ingrata.

— No es esta la ocasion, Violante—respondió el jóven desentendiéndose de las palabras de la alavesa. — Con vos me he de entender ahora, conde de Ledesma — añadió dirigiéndose al conde; — con vos, que habeis tenido la audacia de tomar parte en un asunto mio, puramente personal; con vos que acabais de censurar mi conducta y de hacerme cargos, sin respetar la distancia inmensa que va de un Ledesma á un hermano del rey.

— Aplazadlo para mas tarde — contestó el conde, y á una señal que hizo, los escuderos abandonaron aquel sitio, y Violante se trasladó á la estancia de la reina.

Don Alonso y el conde quedaron hablando en reserva hasta

que el sueño los venció, y se acostaron ambos en el aposento destinado á Ledesma. La conversacion que habia mediado entre los dos personajes se redujo á meras reflexiones que con mucho acierto dirigió el conde al bastardo del rey difunto, previniéndole los males que su arrebatado amor vendria á ocasionar á la pobre alavesa, cuya edad desproporcionada dejaría sentir sus efectos dentro de pocos años. El fogoso jóven se desentendió de las saludables advertencias del mas leal defensor del pueblo castellano, porque don Alonso estaba obcecado, y toda su ambicion en aquellos momentos se cifraba en la ventera. Tenia don Alonso mucha bondad de corazon; era jóven generoso y de pensamientos muy altos; no obstante su carácter belicoso y atrevido y la circunstancia de estar dotado de buen talento y regular instruccion, ponian en continua zozobra al gobierno de su hermano. Apesar de esta circunstancia, que á primera vista parece debia hacerle odioso á los ojos de las personas sensatas, su intrepidez le hacia amable con todos, y con su natural franqueza y buen trato, sin desmentir á la dignidad de su posicion social, logró crearse un partido á su gusto, del que se valia cuando le interesaba hacer oposicion al rey. El mismo don Juan primero le queria tanto, que no sabia guardarle resentimiento cada vez que armaba motines contra su gobierno; le prendia y luego le perdonaba, como veremos mas adelante.

El conde de Ledesma, que conocia perfectamente las cualidades del bastardo y sus inclinaciones, y que desde Alfonso XI habia estado constantemente en los pormenores de la real casa, sabia el medio mas apropósito para contener sus escesos juveniles y atraerlo con la dulzura de las palabras. Así fué que amortiguó algun tanto su furor, poniendo trabas al vuelo de su conquista amorosa: sin embargo no pudo lograr que desistiese de su proyecto de obtener á todo trance la correspondencia de aquella muger heroica y misteriosa.

Nada se oyó durante aquella noche mas que algunos suspiros que alternativamente se sucedian de una á otra estancia. Al amanecer del dia siguiente se enjaezaron los cuatro caballos y otro que habia en el pesebre.

La reina madre partia para Burgos y la seguia la ventera con el mayor sigilo. El tiempo estaba delicioso: don Alonso dormia un sueño muy tranquilo, ignorando la desaparicion de la alavesa. Al dispertar, aguardaba ansioso oir los pasos de aquella muger que tan sublimes impresiones habia dejado en su corazon; mas no es facil describir la sorpresa que vino á causarle el profundo silencio que reinaba en todas partes. Se levantó enfurecido como un tigre hambriento, á quien sacaran de sus garras la presa que fuese á devorar; dió gritos aterradores, que alarmaron á una pobre vieja que habia dormido en la posada.

—¡Señor, señor!—esclamó la anciana subiendo la escalera—¿Porqué alborotais con tan desenfrenada gritería? ¿qué accidente os ha sobrevenido? ¿soñais acaso?

—¿Quién está aquí?—preguntó agitado don Alonso.

—Yo, señor—respondió asustada la pobre vieja.

—No necesito que vos digais si estais aquí: mi pregunta no alude á vos. Responded pronto.

—No puedo responderos otra cosa.

—¿Cómo? ¿Os burlais de mí, vieja maldita?

—Sosegaos, hidalgo, que mia no es la culpa si hemos quedado solos.

—¿Qué estais hablando? El conde de Ledesma, que dormia en esta habitacion en este mismo cuarto.....

—Se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

—Si señor.

—¿Y la alavesa?

—Doña Violante quereis decir ¿eh? pues doña Violante .. la ilustre doña Violante se ha marchado tambien.

—¡Que escucho! ¿ilustre la llamais?..... ¿Qué significa este misterio, Dios mio?

—¿Vos no sabeis lo que pasa y dormíais en este cuarto? ¡imposible!

—Esplicaos.

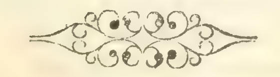
—Allí dormia una gran señora al lado de doña Violante—

dijo la vieja con misterio, señalando el aposento de doña Juana.

— La gran señora parece ha dejado ajustaditas ciertas cuentas pasadas con la alavesa, que de algun tiempo habian quedado así..... pendientes entre las dos. Dios ha querido que el negocio terminase, llevándose esta gran señora á la alavesa sin pedir consentimiento á su marido, que está en Toledo á las órdenes del rey.

— No sé si me he dispertado..... ó si sois vos la que soñais ahora. Mas..... el conde, dijo, «la reina» la reina protegiendo á Violante!..... y yo que queria indisponer á las dos para que el rey no la permitiese acercarse á su alcázar! ¡Maldicion! Todo se ha perdido para mí, por mi mala estrella, y ahora mi hermano recogerá el fruto de mi vergonzosa aventura. ¿Y lo sufrirá don Alonso? ¿Y fuera caballero el que menguado se dejara usurpar una conquista, que le cuesta tantos pesares, tantas humillaciones? ¡Desechado por una ventera y burlado por un hombre que se llama rey!..... ¡Ah don Juan primero, don Juan primero! ¡Cuantas lágrimas te ha de costar el haberte declarado mi rival! Mientras yo viva, te lo juro, no habrá paz en Castilla; yo me gozaré en tus derrotas y sobre tus ruinas mi propia mano ceñirá el laurel á tu adversario aunque sea moro y renegado.

Huyó como un lobo rabioso, y la vieja se quedó allí como quien vé visiones.





CAPITULO III.

En que se trata de lo que pasó en un cementerio.

El regreso de la reina viuda á Burgos produjo en los habitantes de aquella ciudad una sensacion profunda: doña Juana habia desaparecido, y su desaparicion era orígen de muchos comentarios. Habia salido de noche sin ser vista, y entró del mismo modo con el mayor sigilo. Su marcha imprevista no fué sabida hasta el siguiente dia de haberla emprendido; tampoco lo fué su regreso hasta al siguiente de haberse verificado. Muchos seguian aun dudando de que hubiese salido de la ciudad de los reyes, y presumian con algun fundamento que sus prácticas religiosas la indujeron á permanecer oculta cierto tiempo, alternando sus humildes devociones con los cánticos sublimes de las esposas de Jesucristo. Vino á confirmarles en esta creencia la conducta ascética que observó sucesivamente la madre del castellano, pues pasaba la mayor parte del tiempo orando al pié de los altares, y no se la veia concurrir á los paseos sino de tránsito, y siempre con la cabeza inclinada y fijos los ojos en la tierra que pisaba. Sus momentos de solaz consistian en esparcir flores y derramar una que otra lágrima sobre

un sepulcro; siempre del templo al cementerio del cementerio á su alcázar, sin la menor pompa, ni manifestar el mas leve deseo de distinguirse por su elevada posicion, prefiriendo el silencio de la morada mortuoria á las sinceras demostraciones de sus entusiastas vasallos, he aquí la transformacion repentina de la que antes orgullosa habia ocupado el trono que el bastardo de Trastamara hizo suyo despues de haberlo salpicado con la sangre de su hermano. No era fácil adivinar el verdadero objeto de la reina madre en la conducta que estaba observando: los mas la atribuian á un esceso de misantropía producido por la honda afliccion que debió naturalmente causarle la inesperada muerte de su esposo.

Todo respiraba tristeza y pavor como si la mano de la Omnipotencia estuviese próxima á fulminar el anatema sobre los pueblos de Castilla ó como si la ira tremenda de Dios acabase de azotar á la humanidad con el látigo de sus venganzas, haciendo estremecer la tierra con una mirada de enojo. ¡Pobres castellanos! Amenazados con la guerra por los ingleses, dispuesto Portugal á encender otra vez la tea de nuevas discordias, paralizada por el cisma la obediencia religiosa al sucesor de san Pedro, donde quiera la confusion y la zozobra se habian apoderado de todos los ánimos, y por fin la muerte de un rey que se habia esforzado en darles la paz capitulando honrosamente con otras potencias no les permitia fijarse demasiado en la vida privada que observaba doña Juana, y bien pronto desvanecia todo concepto, que en cualquier sentido hubiesen formado, el interés general y las fundadas reflecsiones sobre el porvenir de su desgraciada patria. He aquí porque al regreso de la reina cesaron cuantas prevenciones pudo haber engendrado su misteriosa partida.

Seis dias despues, á la caida de la tarde, un hombre estaba meditabundo por las inmediaciones del cementerio, cuyas puertas acababa de cerrar el sepulturero, y sacando de su bolsillo un papel escrito, lo leyó con muestras del mas vivo interés.

—¡Es imposible! decia cerrando los dientes y frunciendo

las cejas con un movimiento convulsivo, es imposible, y sin embargo ella lo ha escrito y nos perdemos los dos. Fíate de una reina, desventurada, y bien pronto verás como se venga de una rival.

Leyó otra vez el papel y parecia que su corazon estaba luchando entre dos sentimientos encontrados: vacilaba, titubeaba y no llegaba á convencerse. «O ella me engaña, ó queda presa en el lazo» decia con aquella inquietud que produce una duda alarmante, y siguió meditando acerca del escrito que tenia á la vista.

«Parto á Burgos, porque la reina doña Juana me lo »suplica, tú quédate en Toledo, porque te lo ordena el rey »don Juan. Ya ves, Mendoza, que estrañas circunstancias »nos separan involuntariamente al uno del otro: la hostería »del alavés habrá tenido un fin singular que no dejará de ha»cerse notable en los pasages de nuestra famosa historia. »Parece un sueño. ¿Quién podia imaginar que despues de »la muerte de don Enrique de Trastamara debia Violante me»recer el favor de la reina viuda? Ya sé que va á parecerte »una vision, pero es lo cierto que S. A. me quiere á su la»do y que tan súblime rasgo de generosidad á la par que me »ruboriza me llena de entusiasmo hácia ella. Yo no podia, no »debia resistirme á los ruegos amistosos de una reina des»pues de haberme perdonado una ofensa muy grave contra »su elevada persona; de consiguiente accedí porque así lo »exigia la prudencia, y tú aplaudirás mi partida y respeta»rás la justa causa que me ha obligado á tomar semejante »resolucion. ¡Á Dios, Mendoza! levantémonos otra vez del pol»vo para no sepultarnos jamás en él. Dios ha querido poner »término á mi espiacion, y debemos bendecir su alto designio. »Así lo cree tu esposa — Violante.»

Este era el contenido de la carta que la alavesa habia dejado en una mesa de la hostería al tiempo de partir para Burgos, y que fué recogida por el mismo Mendoza á quien iba dirigida. La situacion del alavés era en estremo delicada, pues debia proceder á las investigaciones reservadas que le habia

confiado el rey don Juan para descubrir el objeto del viaje misterioso de Ledesma, que tenia relaciones íntimas con la conducta de la reina madre, y al mismo tiempo prevenirse contra el rey por los informes que habia adquirido acerca de su estraña mision. Todo fué obra del bastardo don Alonso. Sospechando don Juan que sus hermanos proyectaban rebelarse contra el trono, y que su buena madre habia enviado á Ledesma para descubrir cualquiera conspiracion que se fraguase, se valió de Pedro Fernandez, para que sofocase toda intentona de parte de don Alonso y del duque de Benavente, procurando ántes averiguar si carecian de fundamento sus temores, porque podia muy bien Ledesma no haber tenido un objeto político en la realizacion de su viaje. Fernandez no podia desempeñar personalmente el encargo del rey sin esponerse á ser reconocido y quedar desde luego frustrado el éxito de su empresa, por lo que tuvo necesidad de valerse de Alvar Perez Osorio, iniciándole en el servicio, prévia la ausencia de don Juan.

Don Alonso se presentó al rey y en conversacion privada entre los dos hermanos se resolvió dejar sin efecto las investigaciones por lo tocante al primero, limitándose esclusivamente á realizarlas en cuanto al duque de Benavente, por haber supuesto don Alonso que los deseos de enlazarse con la heredera del trono de Portugal disponian al Duque á promover una revolucion contra Castilla si llegaban á frustrarse sus lisonjeras esperanzas.

—En cuanto á mí, decia don Alonso, seria imbecilidad ó locura aspirar á ser coronado: ¿á qué pues, romperme la cabeza en hostilizar al rey de Castilla contra quien no tengo injuria que vengar? Al duque de Benavente se le propuso para esposo de doña Beatriz la hija del portugués, y de él no respondo, y hasta creo peligroso su amor propio ultrajado. Ya ves que soy franco, hermano.

—Y si Portugal desecha la boda, dijo el rey, ¿cómo puedo conciliar la paz de mi reino con los deseos del Duque? ¿Basta solo decir «quiero casarme con la inmediata

sucesora del portugués» para doblarse á los cálculos del pretendiente, aunque en una negativa se sacrifique el sosiego de ambos reinos? Por mi parte juro no faltar á la palabra que tengo empeñada; mas no olvide mi hermano que el rey de Castilla no manda en Portugal, y que una boda de esta naturaleza no basta que sea convenida y aceptada por los monarcas interesados, sino que altas razones de estado aconsejan consultar los deseos de una nacion para saber si se resigna á ser regida por un príncipe estranjero. Si se tratase de una segunda hija, cuyo derecho á la corona no fuese tan inmediato, entonces la boda no ofreciera como ahora inconvenientes y peligros. Tome el Duque paciencia y deposite en mí su confianza, si no quiere echarlo todo á perder: hágase cargo de que un rey tiene otro deber preferente al de las atenciones de su sangre, el de hacer feliz á la nacion que dirige, y cuando se trata del interés de dos reinos, no es la voluntad ni el interés personal ó dinástico de los reyes quien debe influir en el negocio, sino la política de ambas potencias. Ya sé que doña Beatriz empeñó su palabra á mi hermano, pero sé tambien que si ella quiere hacer por sí misma el contrato, se espone á la abdicacion forzosa de sus derechos como la nacion lo desapruebe.

De este modo contestó el rey á su hermano don Alonso, y éste, que solo aspiraba al amor de la bella alavesa y tenia celos de don Juan, propuso hacer las investigaciones convenientes acerca del misterioso viaje del conde de Ledesma por si tenia relacion con las supuestas discordias que se consideraba al de Benavente dispuesto á suscitar. Facilitó al rey el medio de descubrirlo todo, valiéndose de Mendoza, de quien hizo una pintura muy favorable á fin de hacerle acreedor á su gracia, siquiera por el servicio importante que iba á desempeñar, y así fué como don Alonso pudo penetrar de incógnito en la hostería del alavés aprovechando la ausencia de Mendoza.

Burladas las esperanzas del bastardo á consecuencia de la casual entrevista de la reina doña Juana con la alavesa, tra-

tó de deshacer su obra empezada previniendo contra su rey á Mendoza al tiempo de regresar á la hostería, suponiendo que aquella mision que se le confiaba era una estratagema de don Juan para hacer de Violante su dama. Mendoza, que vió desaparecer á su esposa precisamente cuando él se hallaba á las órdenes del rey, dió naturalmente crédito á la maliciosa version de don Alonso, y al leer la carta de Violante emprendió desesperado el camino de Burgos.

Por fortuna el rey obró con cautela y dejó encargado al maestre de Santiago don Pedro Fernandez, la prosecucion de las investigaciones, poniendo á Mendoza bajo sus órdenes. Esto pudo librar de un conflicto al alavés y al mismo rey don Juan. Hallándose Mendoza angustiado con la lectura de aquella carta, sorprendióle el maestre junto á la tapia del cementerio, y le dirigió la palabra con acento grave á la par que afectuoso.

—Veo que cumplís como hombre de honor y servidor fiel, Mendoza; díjole el maestre golpeándole suavemente el hombro; yo haré que el rey premie vuestros servicios.

—¿El rey? contestó Mendoza con admiracion,—¡ah señor! yo de los reyes ni espero premios, ni los quiero.

—Altivo sois por demás, y yo os confieso, Mendoza, que vuestro altivo desden me causa asombro. No hablabais así en Toledo, cuando decíais que por fin saldríais de vuestro estado escepcional y precario, y el mismo rey os dió su palabra. ¿Tan poco vale para vos la palabra del rey?

—Hay preguntas, don Pedro, que se contestan callando.

—Sin embargo de los reyes no esperais recompensas, ni las quereis: lo habeis dicho.

—Sí, para hacer gala de mi desprendimiento, dijo el alavés desdeñosamente, pues entiendo que la mejor gracia que puede hacerme el rey es no hacerme ninguna. ¿Os parece que el deber de un vasallo es servir á su rey interesadamente?

—Estais por demás sarcástico Mendoza. Se os ha tal vez metido en la cabeza que es capaz el rey de faltaros á la promesa.

La contestacion de Mendoza fué una sonrisa amarga

—Escuchad, añadió el maestre con intencion, observando el escrito que el alavés tenia en la mano. ¿Es acaso ese papel la causa de vuestras zozobras?... ¿No respondeis? ¡Oh! lo adivino; habeis recibido algun anónimo de cualquier adversario del rey, y...

—Nó; respondió secamente Mendoza.

—¿No es anónima esa carta?

—Nó.

—Decidme pues quien la firma.

—No estoy autorizado para revelar un secreto...

—Un secreto que os hace dudar de la palabra del rey. ¡Cómo! os creeis obligado á guardar reserva en un asunto que aja tal vez la reputacion del monarca?

—Advertid, señor maestre, que si yo no estoy autorizado para revelar el contenido de este billete, tampoco lo estais vos para interpretarlo. Que os habeis tomado esta molestia suponiéndole un fin sedicioso con la adicion de haberme sido remitido por un adversario de don Juan, sospecha que, aunque no careciese de fundamento, podria con mi sola palabra de honor desvanecerla, asegurándoos que os habeis equivocado y que el autor de la carta es... mi muger.

—Entiendo: un temor mugeril con que os habeis contagiado. Vuestra esposa debió quedar ansiosa y sin duda le infundió miedo mi imprevisto mensaje: no es estraño.

—Nada de eso.

—Yo no debo fiarme de vuestra palabra, cuando vos dudais de la del rey.

—¿Qué pretendeis significar con semejante observacion, señor maestre?

—Que en nombre del rey puedo obligaros á entregarme esa carta, porque vos estais bajo mis órdenes.

—Lo sé, respondió Mendoza con un movimiento de sorpresa, pero vos no me tratareis tan severamente.

—Nó.

—Pues bien; ya que os mostrais tan bondadoso, seré franco. Mas... decidme antes, gran maestre de Santiago, ¿sois caballero?

— ¿Lo dudais, y me llamais gran maestre?

— El título... ¿qué importa? replicó Mendoza con intencion meneando la cabeza.

Don Pedro Fernandez fulminó contra Mendoza una mirada de indignacion que no hizo mella en el impávido ventero. Luego reflexionó que lo que aquel hombre necesitaba era dulzura y puso freno á su altanería á fin de calmar el ánimo del confidente del rey.

— Esplicaos, le dijo; aunque me conteis que abrigábais el proyecto de templar vuestra daga para hundirla en el corazon de mi monarca y señor, no descubriré vuestro secreto.

— Es vuesa merced muy noble, y esta consideracion me determina á hablar, porque yo, señor, necesito desahogar mis penas refiriéndolas.

— Hacerlo pues sin rebozo.

Fernandez fijó su atencion en las esplicaciones del ventero, cuyo carácter simpático le interesó mas y mas á medida que su corazon se ensanchaba con el relato de su interesante historia, en la que lucharon incesantemente el amor y la generosidad.

— Un hombre de armas, decia, que tenga que habérselas con su rey, en cuya defensa enristra sin embargo su lanza y derrama su sangre, es un abandonado del cielo que le maldice y un esclavo de la tierra que le da su bendicion; porque Dios juzga la bajeza de su alma mientras que los hombres ensalzan el valor de su cuerpo. Yo me enamoré ciegamente de la favorita de un rey, yo por ese rey hubiera mil veces sacrificado la vida... y dió un mal pago á mis servicios de soldado. Pero ese rey tenia un motivo: yo le habia usurpado el cariño de Violante. Don Juan de Castilla es mas injusto que su padre y menos franco. Don Enrique de Trastamara no pudo disimular la aversion que le inspiré y me negó el derecho de utilizar mis brazos en defensa de la patria... se me declaró contrario, y en uso de su poder me castigó. Mas valió así. Don Juan me engaña ofreciéndome proteccion para robarme la presa que arranqué legítimamente á don Enrique.

—¿Qué estais hablando, Mendoza? dijo Fernandez con gesto de amenaza.

—Sí, maestre de Santiago, replicó el alavés. Esta mision fué una estratagema, y si vos lo sabeis, sois cómplice del ultrage que me está irrogando el rey de Castilla... ¡á mí que he sido siempre un defensor leal de los reyes castellanos!...

—¡Mendoza! ¡estais loco!

—En vano intentais persuadirme. Si estais iniciado en esa burla insolente, advertid, don Pedro que todavía este brazo inhabilitado para servir á la patria, no lo está para tomar satisfaccion de una infamia.

—Dejad á un lado las amenazas y recobrad la calma, porque á la verdad, Mendoza, todavía no os he comprendido. Veamos: ¿qué hablais de burla? ¿qué intenta don Juan de Castilla contra un pobre ventero? ¿qué puede pretender en medio de su afliccion? ¿qué?...

—¿Qué intenta, preguntais?—dijo Mendoza interrumpiéndole.—Vengar á su madre ó escarnecerla. En ambos casos yo soy su víctima.

—No os entiendo, contestó Fernandez encogiéndose de hombros.

—Leed, vereis el comprobante manifiesto de mi justa indignacion.

Dió Mendoza la carta al maestre de Santiago, cuyo aspecto se ponia risueño á medida que la iba leyendo. Concluyó por fin su lectura dándole mil parabienes por los buenos auspicios que presentaba su porvenir; y le reconvino amigablemente por su cólera infundada, persuadiéndole de la alta satisfaccion que el rey esperimentaria al saber que el viaje misterioso del conde de Ledesma no llevaba ningun fin político, y que lo realizó tan solo para acompañar á la reina doña Juana que indudablemente no quiso ser vista para consagrar mas silenciosamente un recuerdo á la memoria de su malogrado esposo. Con todo no consiguió Fernandez el objeto que se propuso, porque Mendoza, en su fuerte agitacion, no se

hallaba dispuesto á convencerse con buenas razones; tenia necesidad de ver y esperar para hacerse cargo de que aquella carta y aquel hombre que le habia hablado al regresar á su hostería no podian infundirle sospecha, ni causarle tan grande alarma. No podia concebirse en realidad la casual coincidencia de que desapareciese Violante con la reina viuda, mientras que el rey encargaba á Mendoza la secreta investigacion de aquel viaje. Y esto se hacia tanto mas estraño por cuanto aquellas mugeres habian sido implacables rivales. Mendoza pensaba naturalmente que ó el rey queria á Violante á disposicion de su madre, como una víctima en manos de su verdugo, para que la atormentase encarnizadamente, ó convertir á su madre en instrumento de sus pretensiones para obtener el cariño de la que antes habia osado rivalizarla. Encerrado en este dilema que se presentó á sí mismo don Alonso al ver frustrados sus planes, no podia prever ni traslucir remotamente la causa de haberse don Juan acordado de su persona desconocida para confiarle el desempeño de una mision tan importante, y por lo mismo se perdia en un laberinto de estrañas congeturas. Las sábias reflexiones de don Pedro eran insuficientes para disuadirle de lo que él llamaba su íntima conviccion: necesitaba ver para creer, y aun así hubiera dudado de su propia vista.

Felizmente la ocasion se le presentó propicia: el maestre don Pedro Fernandez, iba á dar por terminada la comision, y por terminada la hubiera dado en efecto si la casualidad no hubiese traido á aquel sitio á la reina madre acompañada de un caballero y de dos damas. Escitado en curiosidad, se empeñó en descubrir el objeto de aquel paseo solitario en aquel sitio y tan á deshora.

—Retirémonos, dijo á Mendoza, donde podamos ver y oir sin ser vistos ni oidos.

Y se ocultaron detrás de un panteon, encaramándose encima de un monton de piedras.

Llegó la comitiva, y adelantóse el caballero á llamar á la puerta del cementerio. Era el conde de Ledesma que en cumplimiento del encargo del rey no abandonaba un momento á la reina madre.

—Abrid á la reina, dijo el conde al sepulturero; paso á su alteza.

De repente se abrieron las puertas del cementerio y entró silenciosamente la régia comitiva. Parecian espectros evocados de la tumba que regresaban á su morada fúnebre. La reina levantó el velo que cubria su rostro lleno de magestad, y dirigiendo una mirada á sus damas despidió un profundo suspiro. Dió un paseo por aquel sitio de reposo, y la soledad, el verdinegro color de los cipreses, y el tierno recuerdo que ofrecia cada una de las cruces que señalaban la muerte de un hombre, inspiraban un melancólico terror á aquellas tres mugeres. Leian la inscripcion dedicada á un amante y les recordaba la felicidad que habian gozado en otro tiempo; veian esculpidas en una fria losa las armas de Castilla y se les figuraba un guerrero que en sus cuitas habia puesto á sus plantas mas de una corona.... todo tenia un fúnebre interés. Siguieron su camino, y al llegar á un panteon sencillo, se oyó un grito triplicado que parecia salir de un pecho solo. La reina y sus damas lo habian lanzado á un mismo tiempo, como si aquel panteon hubiese infundido á las tres un pensamiento idéntico. La reina perdió su color... y una de sus damas tambien.

—Si alguna de vosotras se cree en el deber de rogar por alguno de los que aquí yacen, dijo doña Juana, póstrese y ruegue sobre su tumba; no teneis necesidad de seguirme. La meditacion pide aislamiento, y no quiere testigos.

Se adelantó é inclinó sus rodillas ante el panteon que acababa de producir en el ánimo de las tres mugeres misteriosas tan terrible sorpresa. Las damas, como impulsadas por una misma idea, siguieron á la reina, y quedaron en pié, cruzando una de ellas las manos en ademan de orar. Era Violante que obedeciendo la invitacion de su alteza se acercaba á derramar una lágrima amorosa sobre aquella sepultura.

—¿Qué haces aquí? preguntó la reina con acento de admiracion.

—¡Señora! respondió Violante, obedezco á vuestra alteza.

—¿Cómo? continuó la reina con notable turbacion. ¿Qué significan tus palabras? ¿Porqué bajas los ojos, Violante?

—¡Ah, señora!

—¡No me lo digas! repuso la reina con zozobra.

—¿Queréis ahora que os esplique la historia de mis amores?—dijo Violante dejando entrever en sus labios una amarga sonrisa. ¿Queréis saber?...

—Nó, nó: mas... tu fuiste muy malvada.

—¡Señora! Ved que en esta parte de mi historia la reina soy yo. El rey dió á besar su mano á la incauta jóven, y esta robó á la reina el corazon del rey, pero la jóven humilde carecia de esperiencia y no podia resistir los halagos del soberano: la pobre huérfana se arrepintió, luchó con su pasion y llegó á vencerla despreciando al rey. Entónces habia entrado en reflexion, y sus remordimientos la disculpaban... procuró desvanecer su pasion hácia el rey, empeñando su palabra á un caballero. ¿Queréis que os diga el nombre del caballero, señora?

—¡Calla! esclamó la reina.

—¡Oh! caballero... me he equivocado: no lo fué, continuó Violante cruzándose las manos contra el pecho. No fué caballero..... porque despues la reina le vió venir para besar su mano, y él quedó prendado de aquella mano que besó... ¿quereis saber señora quién era la muger que hizo de mi vida una tempestad de celos?

—Que sé yo.

—Mis palabras, señora, no son reconvenciones. Carrillo...

—No pronuncies su nombre—dijo la reina con indignacion.

—Perdonad, contestó Violante, y despues de haberse detenido unos pocos momentos prosiguió: la reina podia haber reflexionado mejor que la huérfana, y sin embargo cayó en la misma debilidad. La pobre huérfana es la menos culpable: decidme sino, puesta la mano en el corazon, ¿podia dejar de ser amado don Enrique de Trastamara?

—Nó: esclamaron á un tiempo la reina y la otra dama.

—¿Vos tambien doña Elvira? dijo Violante á su compa-

ñera, y un profundo silencio volvió á reinar breves instantes, rompiéndolo la palabra de Elvira que hasta entónces habia permanecido como simple espectadora de aquella escena.

—Los que no existen ya no deben causar envidia, dijo doña Elvira: no hemos venido aquí para acriminarnos ni avergonzarnos la una delante de la otra, sino para rogar por los muertos.

Esta sencilla espresion restableció la calma: Violante besó la mano á doña Juana y esta estrechó la de Violante como si mútuamente la una pidiese y concediese á la vez el perdon á la otra. Luego oraron las tres por el alma de Carrillo.

Fernandez y Mendoza, que se hallaban colocados detrás del panteon, vieron cuanto pasaba y no se les escapó una sola palabra de aquel diálogo. Mirábanse de vez en cuando y no se atrevian casi á respirar temerosos de ser descubiertos. Fernandez sin embargo no pudo abstenerse de felicitar en voz baja al ventero, quien, si bien no quedaba aun satisfecho del proceder del rey, lo estaba muy cumplidamente del de doña Juana. Se comprometió en tan delicado asunto á conducirse con la mayor circunspeccion y sigilo, encargando al propio tiempo al maestre que por su parte guardase tambien la mayor reserva. Mendoza no vió en la reina viuda ni un asomo de mala fé; mas no se atrevió tampoco á desterrar todas las sospechas que le hizo concebir don Juan, á quien consideraba interesado en persuadir á su virtuosa madre del grande mérito que contraeria perdonando y protegiendo á la que fué favorita de su difunto esposo. Semejante proceder, contrario al que observó doña María con doña Leonor de Guzman, debia hacerla mas grande á los ojos del mundo, sin embargo Mendoza no vió en esto mas que un pretesto muy calculado del rey don Juan para atraerse á la pretendida de su padre.

Por otra parte los recelos que hicieron concebir á Mendoza la carta y la desaparicion de su muger, hallaban cierta confirmacion en el tono profético con que un desconocido le habló de los peligros que corria su honra. ¿De qué pudo inferir aquel hombre cuanto le refirió? ¿Qué interés pudo moverle á alar-



D. Juan I.—*Lam. 1.*

mar su corazon? No hallaba una respuesta satisfactoria á estas preguntas que él mismo se dirigia. Perdido ya en el triste laberinto de ideas vagas y confusas, dejó al tiempo el cuidado de darle para salir de él el hilo de Ariadne. Este encargo que confió al tiempo le volvió circunspecto y le hizo aguardar con calma que se despejase la incógnita. La prudencia pudo salvarle del abismo á que le precipitaba el mal intencionado don Alonso.

Dejemos á los confidentes de don Juan primero y sigamos la historia de la fúnebre visita á la morada de los muertos. El conde de Ledesma permaneció sentado en un banquillo junto al umbral de la puerta, porque sabia que doña Juana buscaba la soledad en sus meditaciones religiosas, por lo que permaneció á cierta distancia con disimulo de ella y de sus damas, sin fijarse en la conversacion que habian entablado las tres.

No duró mucho esa especie de neutralidad que se impuso el conde. Un caballero ricamente armado, y calada la visera, penetró en el cementerio.

—¡Atrás! dijo el conde de Ledesma levantándose y llevando la mano en el puño de su espada.

—¡Imprudente! contestó el guerrero desenvainando la suya y levantando la vicera.

Ledesma se detuvo al reconocer las facciones de don Fadrique.

—¿Qué buscais, don Fadrique, en este sitio solitario? preguntó con dignidad el conde.

—Y vos ¿qué haceis aquí? respondió el duque de Benavente.—¿Se han echado los muertos centinelas?

—He venido, acompañando á la reina viuda.

—¿Donde está?

—Miradla.

Le señaló el panteon de Carrillo, donde la reina permanecia devotamente postrada. El duque se detuvo sorprendido; mas luego se sonrió maliciosamente y dijo:

—Me gusta verla así... de rodillas ante aquella tumba. Cada cual ruegue por los suyos: doña Beatriz Ponce de Leon

es mi madre, y están aquí sus restos junto al panteon del buen soldado y rival de mi padre. Del marido al amante..... una lágrima en Toledo y otra en Burgos... ¿Sabeis que se necesita humor para viajar tanto?

—Ved que estais hablando de la madre del rey.

—De la viajera misteriosa. Yo tambien tengo un depósito sagrado en la capilla de los Reyes de Toledo, donde yace mí padre, y otro aquí, donde mi madre está sepultada. A mí me toca viajar tambien de Toledo á Burgos, porque mis ojos, como los de la reina, deben derramar abundantes lágrimas. Sin embargo, el llanto no ha de ahogar mis altos pensamientos. Escuchad, Ledesma: ¿sienta bien una corona en las sienes de un bastardo?

—Vuestro padre....

—Decís bien. Pues yo no he de ser menos que mi padre, y la madre del rey, mi hermano, me ha de coronar. Esta ocasion es favorable y no debo despreciarla, como la desprecié en la capilla de los Reyes.

—¿Dónde vais?—dijo Ledesma al duque que se internaba en el cementerio dirigiéndose hácia la reina.

—A rezar, respondió el de Benavente. Es deber de un hijo antes de emprender una obra grande, rogar á su madre muerta que le preste ausilio desde el cielo.

Quedó el conde de Ledesma como estasiado sin saber que responder al duque de Benavente, quien siguió mientras tanto su camino. Llegó don Fadrique cerca de la reina, y á poca distancia hincó su rodilla en la arena y oró sobre la fria losa que encerraba los restos de su madre doña Beatriz Ponce de Leon. Pocos instantes despues se levantó la reina apoyándose en los brazos de Violante, y esparció unas cuantas flores sobre el sepulcro del soldado. No bien hubo dado unos seis pasos cuando aquella voz aterradora que la hizo estremecer en medio de la tormenta, como un espectro tenaz que la seguia en todas partes, repitió las palabras, cuyo eco retumbaba todavía en las bóvedas del santuario de los Reyes. «¡A Dios, reina viuda de Castilla!» Un grito de espanto resonó en el espacioso

desierto: Ledesma acudió al ausilio de doña Juana, y brotaba fuego de los ojos del duque de Benavente, indignado por la alarma que habia producido en el ánimo de la reina su respetuoso saludo.

— ¡Madre del rey de Castilla! dijo don Fadrique. —¿Soy acaso un espíritu maligno, soy el mismo demonio que viene á turbar vuestro reposo? ¿Porqué temblais?

—¡Don Fadrique! dijo la reina esforzándose en disimular su turbacion: no estrañeis mi... sorpresa. En este sitio... en la capilla de los Reyes... en todas partes, vos!... Yo no sé porque os empeñais en seguir mis pasos.

—La casualidad, señora, de arrastrarme ideas parecidas á las vuestras y objetos idénticos ó parecidos tambien, me hacen dar con vos sin pensar en vos siquiera. ¿Por qué os he de perseguir doña Juana? ¿Qué interés puede moverme á estar donde vos estais, no siendo vuestro amante, ni vuestro enemigo? No os quiero mal, señora, por mas que á mi enlace con la hija del portugués se resista vuestra alteza y me prive de poseer una corona á medias contra la tranquilidad de ambos reinos, porque no quiere Portugal unirse á Castilla, y vos vais á proponer al primer varon que nazca de vuestro hijo. Yo os disculpo, ilustre madre de mi hermano, y si fueseis tan buena reina como buena madre, os disculparia aun mas. Vos quereis por herencia al mundo y legar todos los tronos á vuestra descendencia y solo á ella, sin acordaros de que hay palabras empeñadas y reyes comprometidos: no importa. Vos entrareis en razon y respetareis la política de vuestro esposo que supo terminar felizmente la guerra con Aragon y suspender las hostilidades con los portugueses por medio de la boda que se propuso y que está decretada ya. Vivo con esta esperanza: por lo mismo no me creo todavía con derecho de quejarme.

— Sabed, don Fadrique, — contestó la reina, — que las altas cuestiones de estado no se resuelven puramente por mi influencia, ni esta es tenida en cuenta para terminarlas en tal ó cual sentido. Si otra cosa pensais, andais por cierto muy equivocado. Por lo demás no llega mi ambicion al estremo que

suponeis, si bien en todo caso prefiero mis hijos á los de otra muger, porque sentado el problema, pronto está resuelto infaliblemente; va de legítimo á bastardo lo que de esposa á barragana.

Las damas de la reina al oir estas palabras creyeron prudente retirarse, dejando así el campo mas libre á los interlocutores. Ledesma que no habia notado en el duque la menor señal de hostilidad, siguió el ejemplo de las damas, y don Fadrique, aprovechando este movimiento inesperado, tomó á la reina por su cuenta.

—Toda vez que he empezado á molestaros, ¿quereis continuar dándome audiencia, señora?

—¿Aquí? — preguntó la reina. —Nó; mañana en mi palacio.

—Seré corto, insistió el duque. —Este sitio me parece mas apropósito para esplicaros cuanto se me ofrece deciros. Dispensadme el honor de presentaros mi brazo para vuestro descanso, y no receleis de mí como hasta el presente, señora.

No atreviéndose doña Juana á negar esta gracia al duque, acudió á sus instancias como por mero cumplido y con alguna indiferencia. Dispuso luego que su comitiva no la siguiese de cerca durante su conversacion con don Fadrique, por tener que tratar con él asuntos reservados de familia, debiendo Ledesma quedar á la mira por si creyere del caso asesorarse con él. De bracero la reina con el duque dió un corto paseo y empezó la conversacion, tomando don Fadrique la palabra con marcada intencion.

—Decidme, reina viuda de Castilla: ¿hubierais ocupado el trono al lado del castellano, si mi señor padre no hubiese llegado á hacerse rey?

—Por supuesto, contestó la reina.

—¿Y vos sabeis la historia de mi padre?

—Tengo de ella alguna noticia... sí: la sé.

—No ignorais de consiguiente su orígen.

Doña Juana se detuvo y dando al duque una mirada de encono, le dijo con su dignidad de reina:

—¡Duque! no me creais hasta tal punto condescendiente y débil que os haya concedido mi generosa audiencia para permitir que me ultrajeis. Bien veo la tendencia de vuestra pregunta y el partido que esperais sacar de ella; mas advertid y tenedllo siempre bien entendido, que la reina doña Juana nunca pedirá perdon mas que á Dios.

—Quedo tan satisfecho, contestó el duque, con lo que acabais de decirme ahora, que para mí no son vuestras palabras mas que una afirmacion de la pregunta que os he dirigido. Vos sabeis que mi padre era bastardo y sin embargo llegó á ser rey por mas que de espúreo á legítimo tanto vaya como de manceba á verdadera esposa. ¿Veis la tumba de mi madre, de aquella doña Leonor Ponce de Leon, á quien mi padre habia dedicado sus amoríos? Pues aquella muger, para vos tan despreciable, valia tanto como aquel guerrero que vos mandasteis enterrar cerca de ella. ¿Sabeis de quién os hablo, señora?

La reina se mordió los labios y se encerró en el silencio mas profundo.

—¿Quereis saber ahora cual es la condicion de un bastardo? Su nacimiento procede de una falta de sus padres, mas con frecuencia esta falta tiene disculpa, y entónces la mancha que deja en la cuna la ilegitimidad es cuasi imperceptible. En esta parte, señora, vais á darme la razon. Doña Leonor fué seducida por los atractivos de un hombre que era rey, bajo promesas que no le fueron cumplidas, y si la mancha de su pecado debe contagiar su prole tambien puede borrarla algun tanto la disculpa á que se hace acreedora la misma falta. Suponed por un momento que una reina frágil como otra muger olvida sus deberes haciendo traicion á su esposo, que la dejó participar de las glorias de su trono... Volved la vista, señora, hácia el panteon de Carrillo y decidme: si ese hombre no hubiese muerto ?pudiera la reina responder de sí misma con toda seguridad? Y á pesar de que la reina no tendria disculpa, buena madre como es, hubiera ambicionado algun trono para los descendientes del soldado. Me habeis dicho que no podia reconveniros, y que á Dios solo debiais pedir perdon: sin duda olvidasteis que

un hijo caballero puede exigir el desagravio de una ofensa irrogada á su padre, y que á un esposo ofendido se le ha de pedir perdon como al mismo Dios hasta en el sepulcro. ¡Doña Juana! Volved á la capilla de los Reyes de Toledo y dad estricta cuenta á vuestro esposo, el rey don Enrique, de las flores que habeis esparcido en el panteon de Burgos. Humillaos allí, señora.

—Me habeis herido en el rostro y en el corazon, dijo temblando la reina. No es de caballeros valerse de medios ruines para pedir una gracia á una muger, ¡Duque de Benavente! sois mi asesino, y como os creo capaz de comprometer mi honra á los ojos de mi hijo don Juan primero, yo, reina viuda de Castilla, os doy mi formal palabra de que intercederé por vuestra boda con la hija del portugués, y lo haré... os lo confieso, para que me dejeis en paz y porque os tengo miedo. Puñal en mano, don Fadrique, será siempre seguro vuestro triunfo contra una débil muger, y esta gloria no os la ha de envidiar por cierto el villano mas miserable: dejadme ya.

Soltó con violencia su brazo y se fué precipitadamente encendida de cólera y de vergüenza.

—¡Señora! esclamó el duque que iba siguiendo á la reina.

—¡Atrás! dijo esta volviendo la cabeza y continuando su camino, indigno sois de pisar el polvo que he pisado yo.

Don Fadrique se detuvo, y el conde de Ledesma y las dos damas corrieron al ausilio de la reina ultrajada.

—¡Señora! dijo el conde, mi vida es vuestra, y si quereis aceptarla, disponed de ella ahora mismo y la perderé por vos.

—Gracias, conde, contestó doña Juana: haced sin embargo que ese hombre se aleje.

—¡Duque de Benavente! gritó Ledesma con voz aterradora: retiraos. La reina lo manda.

—Obedezco á la reina, contestó el duque: y salió del cementerio calándose la vicera.

Un momento de pausa sucedió á la terrible agitacion que produjo aquella escena. Doña Elvira y doña Violante se miraban consternadas sin atreverse á preguntar la causa de aquella re-

pentina peripecia. Ni Ledesma, ni las damas pudieron comprender lo que acababa de pasar á su alteza, porque ni una palabra oyeron de la conversacion privada que tuvo con don Fadrique por hallarse distantes del sitio que ocupaban los dos personages, en cumplimiento de la órden que la misma reina les dió. No obstante como el conde de Ledesma merecia la mas completa confianza de su Alteza y era además fiel depositario de los negocios de palacio desde el tiempo de don Pedro y aun bajo el reinado de don Alonso XI; como por otra parte era el solo caballero armado que acompañaba á la reina en tan críticos momentos, no creyó incurrir en su desagrado informándose de las causas de su afliccion para dirigirla, si necesitaba ser dirigida, y vengarla si necesitaba ser vengada.

Era negocio tan delicado que no osó la reina comunicarlo á Ledesma apesar de la confianza que le inspiraba su lealtad.

—No creais que os retire mi confianza, noble conde de Ledesma, dijo la reina; mas ni mi situacion ni las leyes del decoro me permiten insinuar siquiera lo que ha mediado entre el duque de Benavente y la reina viuda de Castilla. Mis damas inseparables serán las únicas partícipes de mi dolor, porque son mugeres y comprenderán mejor que vos lo que pasa en mi corazon: ¡Elvira! ¡Violante! no os separeis nunca de mi lado y dad á vuestra reina el consuelo que necesita en medio de tantas borrascas.

—¡Señora! esclamaron á un tiempo las dos damas; y cogiendo las manos de la reina se las besaron afectuosamente humedeciéndolas con sus lágrimas.

No puede describirse la ternura que ofrecia aquel interesante cuadro. Una reina desgraciada, por un desliz de un momento, tuvo que descender hasta á sus rivales, tan desgraciadas como ella, para recoger un consuelo en medio de su espiacion y despues de un ultraje que en otro caso hubiera costado la cabeza al injuriador, ni siquiera le quedaba el derecho de quejarse, so pena de imponerse á sí misma el casti-

go de la afrenta y matar á la vez su amor propio y su reputacion. En tan duro conflicto no le quedaba otro recurso que el silencio, porque si bien por su alta dignidad de reina podia hacerse declarar inocente, la opinion pública no la hubiera absuelto.

Empezaba á anochecer y los rayos de la luna reflejaban en el fúnebre desierto. La comitiva no podia permanecer allí por mas tiempo, y la reina necesitaba repararse del trastorno que acababa de sufrir. Apoyada en el brazo del conde de Ledesma dispuso el regreso marchando con pausa la regia comitiva sin la menor ceremonia, atravesando angostas calles y llegando al real palacio sin haberlo advertido los habitantes de Burgos.

Fernandez y Mendoza, cansados ya de permanecer ocultos sobre el monton de piedras situado detrás de la tumba de Carrillo, determinaron tambien marcharse. Los fieles confidentes del rey don Juan primero, fueron los únicos sabedores de cuanto habia ocurrido en el cementerio; pues la circunstancia de haberse colocado cabalmente en un sitio inmediato al de la escena, les proporcionó la ocasion de poderlo oir todo y enterarse de todos los pormenores.

— ¿Qué hay que hacer ahora? preguntó Mendoza.

— Queda terminada la comision y es fuerza partir para Toledo, respondió el maestre.

— ¿Y allí?

— Allí se dará conocimiento al rey de cuanto acaba de ocurrir en Burgos.

— Vos ireis solo ¿no es verdad?

— ¿Por qué? ¿Sabeis Mendoza que vuestra conducta me va pareciendo estraña? Observo en vuestro modo de proceder cierto recelo, y en vuestro modo de espresaros ciertas reticencias que me hacen dudar de vuestra fé.

— ¡Por vida de Luzbel, que lo estraño despues de haberme portado con demasiada franqueza! ¿Qué vais á decirle al rey don Juan? ¿Qué su madre se deslizó? ¿Eso le direis despues que la reina ha preferido dejar impune un desacato á que tenga de él noticia su hijo? Mas ha hecho todavía: ha premiado al

mal caballero ofreciendo coronar su cabeza, que debia mas bien haberla hecho cortar, pagando así tan caro el precio del sigilo. Ya veis cuan poco agradable le ha de ser al rey saber que su madre no fué tan virtuosa como él habia creido, y á la reina doña Juana... ¡pobre señora! Vale mas dejar las cosas así... que pasen desapercibidas, señor maestre; porque al fin nuestra mision no produciria mas que mal.

—Vos, Mendoza, poco ó nada versado en los negocios de estado, veis las cosas dentro de un círculo limitadísimo, y mi vista se estiende mas allá. Bajo el aspecto moral y de familia, noticiar al rey el escándalo cometido contra la inviolable persona de su madre, no consintiéndolo esta, seria imprudente y hasta un atentado contra la paz de la real casa; seria hacer traicion á la reina y herir al rey con un dardo envenenado. Pero la ocultacion del desacato, atendidas sus consecuencias, fuera una traicion alevosa contra la patria, porque es imposible consentir que la boda proyectada sea el precio del silencio; que se haga rey á un mal caballero y peor castellano, solo para que no publique la falta de una muger. Bajo este aspecto político mi conciencia me decide á contarlo todo al rey.

—¿Y si nosotros no lo hubiésemos oido?

—¿Creeis, Mendoza, que podria saberse lo que pasa en el mundo, si todo se hiciese oculto? Es claro que si no hubiésemos presenciado aquella escena y no hubiésemos oido aquella conversacion privada, no pudiéramos dar cuenta de ella. ¿Qué hemos venido á hacer aquí? veamos: ¿Por qué hemos aceptado la comision? ¿Nos ha dicho por ventura el rey «ved, oid y luego: esplicadme lo que querais.» Sea bueno, sea malo, el rey quiere saber lo que pasa, y nosotros nos hemos comprometido á referírselo todo. No nos ha dicho «volved y dadme una buena noticia,» nó: él quiere descubrir el misterio que envuelve el viaje que emprendió Ledesma.

— Por lo mismo que no habria necesidad de mas que decirle al rey: «El viaje del conde no lleva ningun fin político...» me parece que no faltáramos á nuestra promesa sin necesidad de incurrir en compromisos.

—¿Y la patria, Mendoza?

—¿Y la reina, señor maestre?

—Se me figura, Mendoza, que otra mira dicta la conducta que pensais observar. La reina pernoctó en vuestra hostería y su indulgencia hácia vuestra esposa...

—Si así fuese, ¿no me portara como buen caballero no haciendo mal á quien bien me hizo? La reina al fin es una muger muy virtuosa y lo que se llama deslizar en ella no es mas que una prueba patente de su acrisolada virtud, porque ella sintió una impresion natural, una pasion propia de una alma sensible y... nada mas. ¿Qué otra muger, sino la reina viuda de Castilla, confiara su servicio inmediato á dos rivales conocidas que en otro tiempo la hicieron grave ofensa? Verdad es que estas dos mugeres son buenas tambien, apesar de sus faltas. Doña Elvira Iñiguez, madre de don Alonso, fué despreciada por el rey difunto, y sin embargo se desveló por él en los últimos momentos, habiendo sido la primera en consolar á doña Juana: mi esposa rechazó al rey, abandonándole en ocasion en que hubiera renunciado su trono para obtener su amor. Otra reina, otra doña María de Castilla, hubiera condenado á esas mugeres á la pena que sufrió la desgraciada doña Leonor de Guzman, pero doña Juana es tan buena que prefiere vengarse de ellas dispensándolas sus favores. Doña Juana sabe lo que es sentir, y compadece al que sufre: por eso prefiere á una muger pura, una muger arrepentida, porque la que no ha faltado todavía puede faltar mañana, y la que se arrepintió de veras responde con su arrepentimiento de su conducta ulterior. ¿Y he de ser yo el que me declare contrario de esta reina tan benévola, yo que he sido partícipe de su munificencia?

—¿Contrario? dijo el maestre con asombro.

—Sí, don Pedro; á una muger recatada que se la descubre la mas ligera mancha, se la hiere en lo que mas la embellece, en el honor; y tratándose de una reina como doña Juana, todas las naciones del universo fijarian los ojos en aquel borron que seria su descrédito y el de Castilla: de Castilla, señor, que está enemistada con dos potencias. ¡Con qué

sarcasmo nos trataria la Inglaterra! y ¡cómo se burlaria el vecino Portugal! La mejor reina de España, dirian, la que goza el renombre de virtuosa por asceticismo, fué la querida de un soldado, de un aventurero.... ¿Qué será lo peor?

—De agradecido haceis alarde y os lo aplaudo; pero ved, Mendoza, que os engañais si habeis creido ser mi ánimo dar publicidad á un escándalo que sé como vos que desprestigiaria á una reina celebrada por su dignidad y buenas dotes. La confidencia es reservada y al rey se le participa todo lo ocurrido y no mas que al rey, á quien ni vos ni yo podemos engañar sin abusar de su alta confianza. Don Juan tendrá buen cuidado en no comprometer á su madre y á su reino, quiere á los dos, como bueno, y tomará una medida preventiva contra su hermano sin menoscabar la honra de su alteza y el bienestar de sus pueblos. Ya veis cuan ecsagerados son vuestros escrúpulos; ya veis, Mendoza, que insistir en ellos es infundirme sospechas de que os hallais poco dispuesto á servir al rey, y me dais motivo para calificaros muy desventajosamente.

Se sonrió lijeramente y poniéndole una mano en el hombro, añadió:

—Partamos. No dejeis escapar la fortuna que os toca ya con su mano, y mañana al amanecer emprenderemos otra vez la marcha hácia Toledo.

—Como gusteis, señor maestre. Hasta mañana.

Gonzalez de Mendoza queda de nuevo solo y perplejo. No era ya la escena del cementerio lo que tenia pensativo á ese marido visionario, no era su mensaje lo que preocupaba su espíritu sino aquel hombre que le habló, aquel barbudo misterioso, que irritó su corazon contra el nuevo rey de Castilla, no le deja en paz. Luchó en vano para desvanecer la idea de aquel ser fantástico que desapareció de su presencia como por encanto. Por otra parte deseaba ver á Violante y hablarla para obtener de sus labios una palabra consoladora, una sonrisa significativa que espresase la felicidad de los dos; pero no podia hacerlo sin arrostrar el compromiso de ser descubierto y esponerse á alguna grave cuita por su indiscre-

cion, debiendo precisamente preveer la cólera del nuevo rey de Castilla, de ese rival presunto que no sabia si era acreedor á su gratitud ó á su odio. Se retiró, pudiendo apenas sobrellevar el peso de las ideas contradictorias que abrumaban su cabeza, y á hora muy avanzada de la noche resolvió dirigirse á las inmediaciones del palacio de la reina, llamar á su esposa y despedirse de ella con encargo de que le conservase la eterna fé que le habia jurado al pié de los altares.

Envuelto en su capa negra hasta las pestañas, recorrió misteriosamente las calles de la ciudad, y se detuvo en el sitio desde el cual debia llamar á su esposa.

Una atmósfera serena y apacible le convidaba á realizar su ronda y esperar el deseado momento de ver quebrarse en las facciones de Violante los pálidos rayos del astro de la noche. Las calles estaban desiertas y solo la voz de alerta que daban los centinelas interrumpia de una manera imponente el silencio en aquellas altas horas, alternando con las campanadas del reloj. Mendoza dirigió la vista á todos lados antes de darse á conocer á la nueva dama de su alteza: iba á pronunciar el nombre de Violante cuando se detuvo al ruido de pasos de un hombre que se adelantó hácia él resueltamente. Se mantuvo á distancia del centinela para evitar una sorpresa; pero en la imposibilidad de robarse á sus miradas en una noche que iluminaba la luna casi con tanta claridad como el sol ilumina el dia, salió al encuentro al hombre que se le acercaba, dejándole pasar de largo con el propósito de retroceder luego que aquel testigo impertinente se hallase distante del alcázar. Al pasar Mendoza junto al desconocido, ambos se miraron con indiferencia y prosiguieron su camino sin reconocerse, pues Mendoza tenia calada la visera y el otro embozado en su capa blanca no descubria mas que los ojos.

Apenas habia Mendoza avanzado doscientos pasos, le hizo retroceder el grito de «atrás» que el centinela de palacio dirigió al caballero de la blanca capa que pensaba sin duda introducirse en el alcázar sin tropezar con ningun obstáculo.

La consigna era rigurosa, pues no pudo sobreponerse á ella el embozado, á pesar de declararse individuo de la real familia y echarse abajo el embozo para ser reconocido por la centinela. Esta le reconoció en efecto, sin necesidad de que el caballero se quitase la larga barba que llevaba postiza, y que le prestaba en apariencia muchos mas años de los que realmente tenia.

—Es imposible poderos complacer, le dijo: yo bien quisiera no tener que resistirme á vuestra voluntad, pero la consigna está dada y la centinela debe cumplirla.

—¿Quién pudo haberla dado? preguntó admirado el caballero de la capa blanca.

—Las órdenes contra los individuos de la real familia, contestó la centinela; vienen siempre de muy alto. La reina lo mandó.

—¡Ah, Violante! esclamó el caballero. Ya está visto: mis ardides no pueden contigo, muger aventurera: tú estás alerta... mas no te descuides, que otro dia te haré conocer que no se burla impunemente una ventera del hijo de un rey.

Estas palabras proferidas con tono de amenaza, exasperaron á Mendoza que no perdió de ellas una sola sílaba.

Adelantóse para conocer al encubierto rival, y reconoció con asombro en aquella barba y en aquellos ojos al hombre misterioso, que le habia hecho recelar de don Juan I. Iba á arremeterle puñal en mano, pero le contuvo la centinela.

—¿A mí? gritó enfurecido el hombre de la capa blanca.

—A un hombre como vos, contestó Mendoza, cualquiera que sea su posicion se le cose á puñaladas.

—Detened á ese hombre... mas no, soltadle que el rey le espera.

—Muy enterado estais.

—De todo. ¿Cómo habeis tenido valor de arremeterme, ingrato? ¿no os acordais de mi prediccion? ¿Vos contra mí cuando de incógnito me comprometo en desagraviar á la reina y á vos? ¡Mendoza, no os detengais, volved á Toledo!

De repente se abre una ventana de palacio y asoma la cabeza una muger, esclamando con voz temblorosa y alarmante: ¡Mendoza! quédate en Burgos, no te vayas.

Una impresion momentánea dejó absortos á los contendientes. «¡Violante!» esclamaron á un tiempo, y la dama desapareció, entornando luego las portezuelas de la ventana.

Así que se hubieron repuesto de la sorpresa, el barbudo se acercó al oido de Mendoza y le dijo en voz baja:

—No os fieis de vuestra esposa, ni del rey, ni del maestre Fernandez. Creedme: volved á Toledo y esperadme allí. —Se fué; Mendoza hizo otro tanto sin saber lo que le pasaba; triste, frenético é impulsado algunos momentos por un arrebato pasagero, repetia entre dientes las palabras alternadas del barbudo y de su esposa. —«Volved á Toledo..... quédate en Burgos..... no os fieis de vuestra esposa, ni del rey ni del maestre Fernandez.» ¡Ah, Dios mio!... Mendoza ¿quien te engaña? ¿qué vas á hacer?..... ¡Vive Cristo, que no me he de fiar de Violante, ni de don Juan, ni de Fernandez, ni del demonio que me lo aconseja. Prudencia y valor: me saldré con la mia! . .
. . . .

Dieron las tres y dos hombres montados se alejaron á todo escape de la ciudad de Burgos. Eran los confidentes del rey que iban á darle cuenta de su mensaje. Entretanto Mendoza reprimia su cólera, la reina viuda suspiraba, el duque de Benavente insistia en sus planes ambiciosos, Violante estaba alerta y don Alonso, aprovechándose de la ausencia del ventero alavés, esperaba una ocasion favorable. Hasta aquí carecen de interés estos hechos aislados que se entrelazaron mas adelante de una manera estraña y dejaron mas de una huella de sangre en Castilla y Leon durante el reinado de don Juan I.



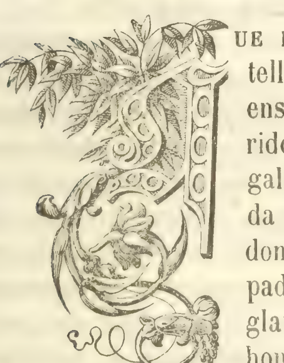


PARTE PRIMERA.

UNA CORONA.

CAPITULO I.

En que se refieren cosas curiosas que precedieron á la coronacion del rey de Castilla y de su esposa.



UE novedad ocurre en los pueblos castellanos que en menos de dos meses se ensanchan los corazones de sus aguerridos habitantes convirtiéndose el luto en gala y la tristeza en regocijo? ¿Se olvida ya la muerte de su rey el benévolo don Enrique II, ó don Juan I ha disipado los amagos de guerra con la Inglaterra y Portugal auguradas por los hombres políticos? Se ignora completamente; la situacion que atravesaban los castellanos era un enigma que solo podia descifrarlo el porvenir.

Las intenciones de don Juan primero eran sanas; sus proyectos estaban fundados en razones de conveniencia pública, y él sabia aprovechar las circunstancias favorables y prevenir los sucesos. Bravo en la guerra, pero humano con

sus enemigos y dispuesto siempre á perdonarlos, era la luz de la esperanza de los que estaban cansados de respirar una admósfera turbulenta. Portugal, sin embargo, procedia de mala fé lo mismo en la guerra que en la paz; se aprovechaba de las treguas en casos apurados para aumentar sus fuerzas y organizar su accion. Los ingleses esperaban tambien un momento oportuno para sorprender descuidados á los castellanos. La alianza de estas potencias no dejaba de ser imponente, y era muy posible, á juicio de los políticos, una gran catástrofe. El cisma que dividia la Iglesia acababa de complicar la situacion, y los pocos hombres previsores amantes de su patria compadecian al nuevo monarca y formaban pronósticos muy tristes. Pero los demás estaban contentos porque no veian mas que el presente. Como el rey era tan bueno y habia ofrecido agraciar á sus vasallos hallándose dispuestos en todo el reino los preparativos de su solemne coronacion, esperaban aquellas fiestas con ansia y con entusiasmo.

Mendoza afligido se dirigia hácia el real alcázar, y despues de haber hablado en reserva con la centinela penetró en el interior para ver al rey que debia hablarle con reserva.

Es preciso advertir que ni Fernandez ni Mendoza tuvieron ocasion de conferenciar á solas con el monarca, habiéndose limitado únicamente á participarle al tiempo de su regreso que el viaje del conde de Ledesma no tenia ningun objeto político, sin embargo de que debia estar muy alerta con respecto al duque de Benavente. Estas palabras atormentaron de tal modo el corazon de don Juan, que no tuvo un momento de sosiego hasta que quedó enterado de los pormenores del mensaje. Como las fiestas de la coronacion se acercaban, y por otra parte el cardenal de Aragon no dejaba un momento al castellano importunándole á fin de que reconociese y prometiese su obediencia al antipapa, no le habia quedado tiempo para dar audiencia privada á su confidente; pues si bien Fernandez en distintas horas podia hablar al rey, no quiso éste prestarle atencion sobre el asunto de reserva hasta haber oido al alavés; porque del maestre no estaba don Juan mas seguro que del

ventero á pesar de merecerle particular predileccion, toda vez que el alto rango de aquél y su tacto político podian inducirle á encubrir la verdad con disimulo, si así lo consideraba conveniente á la política del estado.

Entró Mendoza sin saber qué hacer, ni qué respuesta dar á las preguntas que el rey le dirijiera: deseaba verle y hubiera querido por otra parte no hallarse en su presencia. Las simpáticas facciones del monarca, su trato amable y su elevada posicion le recordaban aquellas palabras del hombre de Burgos. «No te fies del rey, ni de Violante.» Mendoza ardia en celos, y le repugnaba la presencia, ó por mejor decir, la superioridad de su rival á quien tenia que complacer.

—Y bien, Mendoza, le dijo el rey, ¿qué viste en Burgos? ¿qué noticias me traes del conde de Ledesma? ¿Qué has sabido de mi madre?

—¡Señor, contestó Mendoza, muy breve será la relacion que puedo haceros de cuanto ví y oí en la antigua ciudad de los reyes. Vuestra madre está muy triste y se dedica esclusivamente á prácticas religiosas. Un hombre se dirigió contra ella para obtener su favor y ella le rechazó... con toda la dignidad de una reina.

—¿Quién era ese hombre? preguntó el rey movido de natural curiosidad. ¿Dónde se hallaba mi madre? ¿Qué hacia?

—Os lo esplicaré todo, señor, pero permitid que empiece por el viaje de Ledesma.

Obtenida la venia del rey, Mendoza prosiguió la relacion de su mensaje.

—El conde no apareció solo: por disposicion de vuestra madre se presentó de incógnito en Toledo acompañando á una muger que llevaba velado el rostro. Inútil es decir á vuestra alteza que no se sabe quién podia ser aquella dama ilustre que sin duda mereció el honor de tributar un obsequio á la memoria del difunto rey en nombre de la misma reina. Aquel viaje, pues, y aquel carácter de incógnito que guardaron los dos viajeros tuvo un fin puramente religioso, y entiendo que vuestra madre debió disponerlo así para dar á Dios una prueba

mayor de su humildad, desterrando toda ostentacion y ceremonia al tiempo de dirigirle sus preces por el alma de don Enrique. Esto es lo que pude traslucir acerca de aquel viaje, cabiéndome la satisfaccion de aseguraros que no debió tener relacion alguna con la conducta de vuestros hermanos, de quienes no debió temerse entonces la hostilidad de que sospechabais tal vez con algun fundamento. Un dia hallándose vuestra madre en el cementerio de Burgos, quiso el duque de Benavente dirigirla algun cargo por sospechas de que ella ponia estorbos á su boda proyectada y convenida con la princesa doña Beatriz de Portugal, y despues de haberse ambos resentido de las reconvenciones que mútuamente se dirigieron en aquella conversacion particular, vuestra madre le aseguró que, léjos de contrarestar sus proyectos, tambien procuraria interponer su mediacion hasta donde alcanzase su influencia en un asunto que no debe considerarse tanto de interés de familia como de estado.

—¿Eso dijo la reina? preguntó don Juan con acento de admiracion.

—Si, señor, contestó Mendoza, y añadió que no era de una nacion sola ese interés; pues las dos potencias estaban directamente interesadas, en particular el Portugal, que tal vez no quisiera esponerse á humillar su cerviz á un castellano.

—Mi madre tenia razon: pero ¿habló movida del temor que le infundieron tal vez las amenazas de mi hermano? Di la verdad, Mendoza.

—Escuchad, señor: ¿podeis haber creido que hombre alguno se atreviese á tanto, sobre todo no estando la reina sola? A la reina seguia su comitiva compuesta del conde de Ledesma, de doña Elvira y..... de otra dama de honor, que es muy probable no os sea desconocida.

Don Juan no advirtió la intencion del alavés en ocultar el nombre de esa segunda dama, y así fué que no se detuvo en esta circunstancia, la cual ninguna influencia podia tener en el objeto de sus investigaciones, y el silencio del rey de Castilla infundió á Mendoza graves sospechas por haberse

figurado en un momento de celos que el rey trataba de disimular. Esta rápida impresion no se ocultó con facilidad á los ojos del monarca, porque la sangre hirvió momentáneamente en el corazon del ventero cuyas facciones se alteraron de una manera visible: el rey á su vez sospechó tambien de Mendoza, creyendo que sus reticencias procedian de una intencion siniestra y embozada.

—Yo, Mendoza, dijo el rey observando al confidente, con mi oro y con mis gracias puedo recompensarte dignamente por el buen servicio que me has prestado; pero advierte y tenlo bien presente ahora para que no te se olvide jamás; si este servicio no ha sido desempeñado con toda fidelidad, si has abusado vilmente de la confianza de tu rey, en una palabra, si me has sido traidor, si has tratado de venderme, el dia de mi coronacion en que amigos fieles y enemigos ilusos recibirán pruebas de mi munificencia, á tí..... á tí te mandaré cortar la cabeza para que sepan los castellanos que el sucesor de don Enrique de Trastamara, el rey don Juan primero, á la par que es grande y generoso es tambien inexorablemente justiciero.

—¡Señor! esclamó Mendoza asombrado.

—Basta, dijo el rey, y en aquel mismo acto entró el maestre de Santiago don Pedro Fernandez en el aposento de su alteza.

—A tiempo habeis venido, maestre, dijo el rey á Fernandez. —Ya que de ese hombre, continuó señalando á Mendoza, no me es fácil obtener una relacion minuciosa y detallada de cuanto ocurrió notable en el viaje del conde de Ledesma, y posteriormente en el cementerio de la ciudad de Burgos, vais á decírmelo vos sin el menor rebozo, bajo el concepto de que si ese hombre me ha ocultado la menor circunstancia que pueda hacerme recelar de su buen servicio..... ¿Comprendeis, Mendoza?

—Sí, respondió Mendoza.—Que hable el maestre, y si á V. A. no he servido bien ahora, recibiré gustoso la muerte á que acabais de condenarme, porque en este caso prefiero morir á serviros mejor.

El rey no ménos que el maestre quedó altamente sorprendido del temple de alma de Mendoza. En efecto, el valor del

soldado no podia dejar de imponer á cualquiera que de caballero hiciese alarde despues de proferida una sentencia de muerte por boca de todo un rey en un exceso de indignacion. Tomó el maestre la palabra y refirió el hecho con todas las circunstancias, sin omitir que la muger que iba con Ledesma en su viaje de incógnito era la misma reina doña Juana, esponiendo luego cuanto ocurrió en la hostería del alavés y despues en el cementerio de Burgos, añadiendo por fin, que si Mendoza no habia sido mas esplícito con su alteza, su conducta era disculpable por mediar en sus reticencias buena intencion y tal vez algunos escrúpulos reservados que al propio Mendoza incumbia, y no á él, el revelarlos.

Al oir esta relacion, don Juan esperimentó sentimientos encontrados que le hicieron palidecer y sonrojar alternativamente, si bien hizo todos los esfuerzos imaginables para disimular el pesar que se habia apoderado de su alma. La idea de un desliz cometido por su madre le ruborizó, y la consideracion de que un hombre fué capaz de echárselo en cara le llenó de cólera hasta el punto de hacerle concebir ideas de venganza. Estos precedentes de su coronacion desvanecieron en parte las ilusiones que se habia formado de aquel acto magestuoso: debió sin embargo no dar un paso imprudente, pues era necesario ocultar á su buena madre el conocimiento que tenia de su secreto. Entretanto se habia el rey olvidado de su amenaza al alavés, y así hubiera persistido si este no se hubiese espuesto á recordársela.

—Y bien, mi rey y señor, dijo Mendoza cruzando los brazos. ¿Qué quereis hacer de vuestro mal confidente, que os ha ocultado una verdad amarga y ha desobedecido á su rey para no oponerse á la voluntad de la reina madre? Yo sin embargo he desempeñado bien mi comision por mas que haya incurrido en vuestro desagrado, porque no os he ocultado, señor, cuanto he creido que podia interesaros, procurando conciliar mi compromiso con lo que todo hombre pundonoroso debe á las damas. Otro deber me imponia tambien silencio, gran señor; la gratitud. Vuestra generosa madre ha perdonado á Violante y acaba

de hacerle su dama de honor: si pudo con esta distincion borrar la mancha que llenaba de oprobio á mi esposa ¿debia en pago de tan singular munificencia llenar yo de oprobio á la reina? Mendoza sabrá morir, señor, pero nunca sabrá ser ingrato con vuestra madre.

Las palabras del alavés merecieron la aprobacion del rey, quien en premio de aquel rasgo de valor y de nobleza castellana ofrecióle armarle caballero durante las fiestas de la coronacion, dejando á su cargo la mayordomía del real alcázar.

—No puedo hacerte mas noble y mas caballero de lo que eres, dijo el rey á Mendoza; mas puedo armarte y distinguirte con un título que se confunde con los mas grandes de Castilla.

—Si me atreviese, contestó Mendoza, otra gracia pediria á vuesa alteza.

—¿Cual?

—Una contestacion á una pregunta. ¿Qué razon ó qué motivo os indujo, señor, á valeros de mi humilde persona para el desempeño del importante mensaje que me confiasteis? En vuestra respuesta, señor, está envuelta la ventura de mi vida.

—Mi hermano don Alonso me habló de tí, á quien yo no conocia; me habló de tu esposa, á quien habia visto alguna vez, y..... nada mas.

Despidiéronse los confidentes, y las dudas de Mendoza se aumentaron mas y mas despues de la seca y lacónica contestacion con que don Juan trató de satisfacer su curiosidad.

La animacion continuaba en la ciudad de Toledo: el maestre Fernando esparció la voz de que el jóven rey acababa de dar una prueba relevante de su alta benignidad utilizando el fuerte brazo de un bizarro alavés, á quien don Enrique habia condenado perpetuamente á la mengua de no poder empuñar las armas en defensa de Castilla, y que ademas le haria noble y armaria caballero en premio de los buenos servicios que tenia prestados antes de ofender al rey difunto, cuyo agravio quedaba perdonado y olvidado para siempre. Esta noticia, que cundió rápidamente entre la clase del pueblo, produjo muy buen efecto en la ciudad, y sobre todo en el ánimo del rey, quién dió

las gracias á Fernandez por la feliz idea que concibió para disimular la causa de su gracia, dándole un colorido distinto, pudiendo así mantenerse mejor la reserva y adquiriendo de este modo un aprecio y popularidad envidiables. Efectivamente los habitantes de Toledo se entusiasmaron de tal modo, que se reunieron por barrios, nombrando cada uno de ellos una comision para felicitar á don Juan primero de Castilla, y no dieron otras muestras de regocijo por no haber aun terminado el luto que debia durar hasta el dia de la coronacion.

Mendoza entretanto estaba como loco. Varias personas de distincion habian pasado á felicitarle y apenas podia disimular la incomodidad que le causaban. «¡Cuanto mas me valia, decia entre sí, la entrada y salida de los viajeros en mi hostería! Sin honores y sin distinciones no tenia al menos entónces de qué avergonzarme; pero no importa, no: contentemos á la suerte..... seré caballero y esto me valdrá siquiera el poder habérmelas sin riesgo con otros que de caballeros blasonan y son menos que villanos.» Salió á la calle y dió con el maestre de Santiago don Pedro Fernandez, de quién admitió la enhorabuena, y quedaron amigos á pesar de pertenecer don Pedro á la nobleza antigua que miraba con cierto desden á los nobles improvisados. De mucho le sirvió á Mendoza la amistad que contrajo con don Pedro, al cual debió mas de una vez la calma de su espíritu en momentos de agitacion, porque Fernandez era juicioso, inteligente y franco, y en aquellos momentos llegó cuasi á disipar la prevencion contra el rey que abrigaba el alaves recordándole su bondad con adicion de que la amenaza que le dirigió y el interés que se tomó luego en su favor por el obsequio dedicado á su buena madre, debíanle convencerle de que en su llamamiento para aquella comision reservada no hubo intencion siniestra por parte de don Juan, y le aseguró que ántes que se acordase de él, habia ya el rey dispuesto el mensaje, así que tuvo conocimiento del incógnito que guardaba Ledesma.

Estas reflexiones no dejaron de hacer gran fuerza en el ánimo del aturdido Mendoza, y despues de haber meditado con alguna detencion, empezó á entrar en recelos del hombre que

habia quedado en Búrgos; formó sus conjeturas y creyó que perteneciendo á la real familia, segun pudo inferir de algunas espresiones de la centinela, seria un amigo de don Alonso que trataba de favorecerle corriendo el riesgo por su cuenta, toda vez que á don Alonso no le conocia, y él fué sin embargo quien lo designó al rey para dar cima á la importante mision, en cuyo desempeño estaba interesada la paz de la real familia y tal vez la del reino. El tiempo debia descubrir de parte de quién procedia el engaño, así como al tiempo debia dejarse el cuidado de patentizar la inocencia ó perfidia de Violante. No le quedaba, pues, á Mendoza mas que esperar, y por lo mismo podemos prescindir del interes que ofrezca su posicion precaria y contradictoria.

El rey abrió cortes para el acuerdo del dia en que debia ser coronado, y habiéndose prefijado el 25 de julio del mismo año en que murió su padre, que fué el de 1379, determinó trasladarse á Búrgos anticipadamente para celebrar allí la solemne fiesta con toda pompa y suntuosidad.

La ciudad de Toledo se dedicaba asiduamente á los preparativos de la funcion nacional, á pesar de la envidia que le causaba la preferencia que mereció de su rey la antigua capital de las Castillas. Don Juan habia previsto una emulacion y no queriendo desairar á los toledanos, visitó las cárceles de Toledo y concedió gracia á los presos políticos, nacionales y demás que se hallaban encarcelados por delitos leves, poniéndolos inmediatamente en libertad sin esperar el momento de vestir la régia púrpura. Le acompañó la reina doña Leonor, quién con sus propias manos alivió del peso de las cadenas á cuantos las llevaban por delitos graves, ofreciéndoles nuevas gracias para despues de su coronacion. Tan grata fué la munificencia de los reyes castellanos, que Toledo en masa les iba siguiendo con entusiastas aclamaciones. Aquí empezó el bullicio, y aun puede decirse que las reales fiestas en aquella ciudad no cesaron desde aquel dia, que fué sin duda el mas feliz de Castilla la nueva.

El sol de julio abrasaba la tierra; montaban los nobles de

Castilla sus briosos alazanes ricamente enjaezados para formar el séquito real en el viaje que don Juan y doña Leonor emprendian á Búrgos; el pueblo entero esperaba que los reyes saliesen de su alcázar para victorearles, las tropas formaban la carrera, y todo respiraba entusiasmo y regocijo. Este subió de punto al ver á un hombre de la plebe que se presentó montado y se confundió con la nobleza, alternando con el maestre don Pedro Fernandez y otros caballeros. «¡El alaves!» se oyó por todas partes, y este grito fué seguido de nuevas aclamaciones.

Salieron por fin los monarcas y la voz unánime y continua de «¡viva don Juan I! ¡viva doña Leonor!» se perdia en el espacio y retumbaba en los reinos de Castilla y de Leon. Al pasar por la capilla de los Reyes se detuvo la comitiva, y las augustas personas se apearon deteniéndose un momento para orar sobre el sepulcro del malogrado monarca, de su bondadoso padre el rey don Enrique, conde de Trastamara.

—¡Padre mio! dijo don Juan. Ya que Dios me tiene predestinado para sucederos en el trono de Castilla y Leon, rogad que, como á vos, me dé acierto para que mi reinado sea de paz y bienandanza.

Concluida esta súplica, los concurrentes hincaron las rodillas para unir sus votos con los de su alteza, y luego continuaron el viaje hasta llegar á la hostería del alaves, donde se habia levantado una tienda de campaña para descanso de las augustas personas. Allí los toledanos despidieron á sus reyes con muestras del mayor agradecimiento.

No bien se hubo apeado la nobleza, cuando Mendoza fué reconocido por los viajeros que acostumbraban á hacer parada en su establecimiento, de los cuales unos no se atrevian á dirigirle la palabra, temerosos de que lo tomaria á ofensa, y otros estudiaban pretestos para entablar conversacion con él para darse cierta importancia. Entre éstos se distinguieron particularmente un hombre de mala traza y una muger anciana.

—¡Bien venido, noble Mendoza! dijo el primero, á cuyo saludo contestó Mendoza con una mirada de indiferencia.

—¿Me habeis ya desconocido, señor alaves?

—No recuerdo... mas me parece haberos visto alguna vez en mi hostería. ¡Era tan concurrida!

—Tres veces estuve en ella, y la última, que fué el dia de vuestra fortuna y de mi desgracia, no tuve el gusto de hablaros. ¡Oh, si supieseis lo que aquí pasó aquel dia!

—¿Cómo?

—Fuí atropellado por un hombre que llevaba una barba postiza y que se hizo al parecer dueño de vuestra casa, porque vos os habíais ausentado para servir al rey. ¡Y cómo miraba á la alavesa aquél barbudo!

—¿Á mi esposa?

—¡Toma! pues es una friolera. Mas ella..... por supuesto: ella no hizo caso.

Mendoza no pudo disimular su sensacion profunda que se reflejó en su semblante.

—¿Y aquel hombre pasó aquí la noche? preguntó con sobresalto.

—La vieja Andrea os esplicará lo demás, porque yo desde que tuve la desgracia de caer en sus manos, no habia puesto mas los piés en esta casa. Y á la verdad es un descrédito para los venteros el que se permitan tales desmanes en sus hosterías.

—¡Señor Mendoza, señor Mendoza! gritó la vieja Andrea, sacando la cabeza entre la multitud de curiosos.

Mendoza dejó al delator del barbudo; se fué precipitadamente donde se hallaba la vieja abriéndose paso entre una muralla de gente, y cogiéndola de la mano se la llevó á las habitaciones de arriba, para conversar mas libremente y oir su interesante relacion. Supo entónces el alaves los pormenores de la historia en aquel dia de estrañas coincidencias; la vieja le dijo que el barbudo era un jóven que se habia irritado sobremanera cuando sigilosamente desapareció la alavesa con la reina madre, y que en su enfurecimiento hablaba mal del rey como si de él tuviese celos.

—No será estraño, dijo Mendoza, que el rey y su hermano se disputen mi muger; pero como á mí no me falta derecho para figurar en la candidatura, se la disputaré á los dos.

Bajó la escalera aceleradamente, y cruzando otra vez la carretera se colocó al lado de don Pedro Fernandez y le dijo al oido:

—Sé quienes son mis rivales.

—¿Teneis mas de uno? preguntó el maestre.

—Sí: don Alonso y el rey, contestó Mendoza con desenfado.

El maestre se sonrió y le amonestó nuevamente, pero esta vez fué en vano. Mendoza se habia manifestado mas celoso que nunca, y en sus facciones llevaba escrito el sello del furor y de la venganza. ¡Pobre Violante! Si Dios no la tiene de su mano, su posicion se complicará mas y mas de una manera peligrosa y sin embargo es inocente.

El clarin da la señal, y montan los caballeros: los reyes de Castilla siguen su viaje.





CAPITULO II.

Háblase de la solemne coronacion de don Juan I de Castilla y de su esposa la reina doña Leonor, infanta de Aragon.



o habian aun transcurrido dos meses desde la muerte de don Enrique de Trastamara, cuando el príncipe don Juan, proclamado rey en la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, donde su padre acabó sus preciosos dias, recibió aquella corona que el bondadoso don Alonso XI legó á don Pedro y que le arrebató un bastardo traidora y alevosamente. No verá mas la ciudad de Burgos otro dia parecido al 25 de julio de 1379: las calles estaban concurridísimas, y sobre todo la plaza del real palacio, por la cual apénas se podia transitar.

Solo un hombre, y era precisamente uno de los mas leales servidores de los reyes de Castilla, permanecia triste y amarrido en medio de la general algazara.

Ese hombre era Mendoza, en quien luchaban encarnizadamente las pasiones de hombre y los deberes de vasallo. Solo, en una estancia del real alcázar, daba pasos precipitados que indicaban la agitacion de su espíritu y el vértigo que se habia apoderado de su cabeza, que de cuando en cuando la heria con

sus manos como si fuese ella su enemigo. Y de pronto se detuvo, y levantando al cielo los ojos esclamó: ¡ Dios mio ! me vuelvo loco.

Pasaba á la sazon Violante por un gabinete inmediato, y al oir la esclamacion se detuvo un momento. Dudando si era aquella la voz de su marido, que tan complaciente le pareció al llegar, le llamó para cerciorarse de los poderosos motivos que podian haber producido en el ánimo de su esposo tan repentina alteracion. Mendoza abrió la puerta, y Violante se asombró al contemplar en sus facciones los rasgos de turbacion y furor que en vano pretendia disimular con una fingida sonrisa. Le complacia y causaba á la vez horror la presencia de Violante; queria estrecharla contra su seno y crispaba sus nervios solo el roze de sus vestidos; luchaba su corazon entre el amor y la venganza, y al mismo tiempo deseaba sobreponerse á la impetuosidad de su propia cólera. No es posible describir el conflicto en que le ponian pasiones encontradas, ni adivinar entre tantos sentimientos cual prevaleceria al cabo sobre los demás. Sentia Mendoza cierto abatimiento que formaba un maravilloso contraste con su carácter indomable; sin embargo era preciso hacerse superior á las circunstancias y revelarse de un modo ú otro á su esposa que la tenia á su presencia, y no podia acusarla sin alegar para ello un motivo que indudablemente hubiera destruido sus planes de investigacion: la demora hubiera sido mengua, y por otra parte temia con sus reconvenciones ser injusto no pudiendo manifestarse severo ántes de saber si era ó no inocente. Las esplicaciones francas le esponian á que quedasen burladas sus esperanzas en el caso de ser Violante culpable, facilitándole con su precipitacion un medio espedito para ocultar su culpa, fingirse inocente y obligarle sin serlo á humillarse á sus plantas para pedirle perdon de ultrajes inmerecidos.

Violante formaba tambien siniestras congeturas; tambien creia tener sus razones para estudiar en el rostro de su esposo los motivos que en su concepto podian haber ocasionado la turbacion que esperimentaba. Sospechó que otra mujer..... mas apenas podia considerar capaz de una mala accion en este sen-

tido á un hombre que habia sacrificado por ella sus glorias y su fortuna. Este concepto sin embargo no era del todo infundado, porque don Alonso le dijo de paso que no siempre los maridos sabian guardar buena correspondencia, y este cargo contra Mendoza, que Violante lo atribuyó á una impostura infame del hijo de doña Elvira para arrastrarla mejor á sus pretensiones seductoras, la asaltó en aquel momento como por sorpresa, y al oir la voz desesperada de Mendoza despues de haber sido honrado con el favor del rey, llegó á recelar que aquellas distinciones inesperadas y hasta la indulgencia de doña Juana de Castilla eran efecto de un manejo bien trazado por alguna dama ilustre que se habria prendado caprichosamente del alaves. Hé aquí otra complicacion que puso á los dos esposos en el estado de atribuirse mutuamente como un crímen la proteccion de la real familia, queriéndose ambos y recelando á la vez, con la singularidad de que cada uno á sus solas juzgaba las impresiones del otro calificándolas de remordimiento. Violante que dotada de una sensibilidad sin límites tenia todo el talento mas bien en el corazon que en la cabeza, sentia mucho mas que pensaba, y se decidió la primera á romper el silencio en aquella escena por tanto tiempo muda.

—Me veis á vuestra presencia, Mendoza, dijo con voz balbuciente, y os ha afectado mi visita como si se os hubiese presentado vuestro mayor enemigo: si os causo molestia.....

—No, Violante, contestó Mendoza. ¿Cómo puede serme molesta la que no se aparta un momento de mi imaginacion, cuando solo su memoria me dá la vida y su presencia el consuelo? Aleja toda duda acerca de mi amor; tu esposo te quiere demasiado para consentir que dejes de estar tranquila. ¿Serás tan imprudente que en este dia señalado por el cielo para que el pueblo castellano ostente su alegría y su gala, vistas tú mi corazon de duelo? Prométeme estar tranquila y desvanecer todo pensamiento capaz de perturbar tu calma. Siéntate á mi lado y participemos el uno junto al otro del regocijo del pueblo castellano, y hagamos tambien á nuestro corazon partícipe de la solemne fiesta. ¡Pues qué! ¿Acaso nosotros no somos castellanos tambien? ¿Nada

debemos á ese rey, á ese don Juan primero...? ¿Me has comprendido, Violante? ¿Has podido creer que nada debemos á don Juan primero?

Estas preguntas, dirigidas á Violante con un sarcasmo tan frio y penetrante como la hoja de un puñal, léjos de asustar á la hermosa le infundieron brio y aliento.

—Por supuesto, contestó, que al rey don Juan le debemos mucho y á doña Juana tambien; pero yo á vos os debo mas que á los reyes de Castilla, y de consiguiente una palabra os basta para que renuncie á mi nueva posicion. Nadie ha tomado aun á su cargo la hostería del alaves.

— Ninguna necesidad tenemos de revolcarnos otra vez en el cieno, contestó Mendoza. ¿Te acuerdas, Violante, que así me lo escribiste?

— Conservo alguna idea.

—Se han cumplido tus deseos: has querido probar hasta qué punto llega la fuerza del favor, cuyo viento ha venido á soplar al rededor de nosotros, y de simples venteros pasamos á lo que somos: yo todo un caballero, y tú toda una dama de honor. Somos sin duda los mas favorecidos, y sin embargo los mas ingratos, sí, porque cualquiera al vernos así... tan indiferentes á la fiesta de la coronacion, diria con fundamento que no estamos aun satisfechos de la prodigalidad de los monarcas.

—Es verdad... cualquiera al vernos así... con esa indiferencia, diria « ¿nada deben esos réptiles á don Juan primero de Castilla? »

Fijáronse entrambos la vista para examinar el efecto de la ironía envuelta en sus palabras, siendo lo peor que insistiendo en su sistema de reticencias no llegaban á comprenderse. Violante que no habia formado el empeño de hacer investigaciones, y que mas dócil y menos maliciosa que su marido, no habia concebido acerca de él un pensamiento tan alarmante como el que contra ella sugirió don Alonso á Mendoza, no puso como éste tanto cuidado en proceder con disimulo, deseando el término de aquella desavenencia que era la primera entre los dos. Quiso ser franca, ó almenos escitar la franqueza de su

esposo con nuevas indicaciones, provocándole para que fuese mas esplícito toda vez que de su ironía pudo traslucir que se hallaba dominado por un resentimiento cuya causa le era desconocida.

—¿Cómo os probó la corte?—preguntó con intencion—¿qué me contais del real alcázar de Toledo?

—Y tú ¿como lo pasaste en la hostería?

—¡Oh! en la corte hay damas de todas condiciones... las hay por desgracia tan enamoradizas que se prendarian facilmente hasta de un ventero.

—Y en una hostería van personas de todas clases, y las hay de alta alcurnia tan humildes que no se desdeñan de hacerse pretendientes de la ventera; y hay venteras tan afortunadas que provocan la rivalidad entre los individuos de la familia real.

—Me hablais de don Alonso ¿no es verdad?

—Y tú ¿de qué dama me estás hablando?

—A este punto queria llegar, Mendoza; fuerza es ya que nos entendamos. Mi inocencia está patentizada á vuestros ojos; vos sois testigo de ella, y no ha mucho visteis y oisteis cuanto podia mi resolucion con el hijo de doña Elvira cerrándole la entrada en palacio.

—El hombre de la barba.....

—Ningun derecho teneis sobre él, mientras Violante se baste á sí misma para defender su honra y la vuestra. Si insistiese y me hiciese violencia.....

—¿Que hariais entónces? preguntó Mendoza interrumpiendo á Violante.

—Daria conocimiento á doña Juana para que lo hiciese presente al rey... ó yo me presentaria al mismo rey, para que me defendiese de su hermano.

—¡Miserable! esclamó Mendoza dando un grito aterrador. El rey tendria derecho para defender tu honra y librarte de su hermano, porque tu honra pertenece á don Juan I. Yo ni siquiera tendria derecho para defender la mia, porque mi honra... no pertenece á nadie. ¿Pudiste creerlo así, Violante?

—¡Mendoza! gritó asustada la inocente dama.

—¡Calla, muger... del rey! pero advierte que yo haré trizas cuantas coronas ciña el castellano, porque si el rey puede defender tu honra contra su hermano, yo quiero defender la mia contra el rey.

—Estais loco, Mendoza. Reportaos, volvamos á la tienda... huyamos de Castilla.

—¡De Castilla! ¡Yo desterrarme del reino! ¿Porqué? ¿Quieres ahora que don Juan I triunfe de mi mengua? Nó, Violante: frente á frente con el rey es como he de sostener la dignidad de caballero. Un título de Castilla, una distincion cualquiera me hace falta. Yo tendré un nombre y una posicion. ¡Ah desdichado de mí, que no me acordaba que hay honores que envilecen! ¡Ah, rey de Castilla!

Se sostuvo la cabeza con las dos manos hincando los codos en la mesa, y sus ojos tradujeron en abundantes lágrimas la amargura de su corazon. ¿Qué no hizo Violante para consolarle? Pero sus esfuerzos eran estériles, porque ignoraba la causa de la afliccion de su esposo, y llegó á persuadirse de que el infeliz era presa de alguna fantasma abortada en un acceso de delirio. La pobre muger se perdia en un laberinto de estrañas conjeturas, y recelosa tambien como su esposo, ignoraba si se hallaba en el caso de perdonar á éste ó de justificarse á sus ojos. Tan pronto se consideraba víctima de una impostura que habia menoscabado su reputacion á los ojos de su esposo, como acariciaba la idea de una rival que habia usurpado en el corazon de Mendoza el lugar que ella ocupaba. Tambien sufria, y sufria mucho, la pobre Violante. Llegó á imaginar que el favor del rey podia proceder de la influencia y mediacion de una cortesana que empleaba el favor mismo del rey en hacerle traicion. Pero la compasion que le inspiraba su esposo prevalecia sobre todos estos sentimientos y la obligaba á disimularlos.

Pasaron así largo tiempo, él llorando y ella ofreciéndole consuelos, buscando la pobre muger palabras que cayesen como un bálsamo en el corazon del afligido. Al cabo se acercó á su

esposo cuya cabeza reclinó contra su pecho, y acariciándole con sus manos, devorándole con sus besos, le dijo:

—¿Qué te aflige Mendoza? ¿No me quieres como yo te quiero? ¿No me adoras como yo te adoro? Si soy un obstáculo á tu felicidad: dímelo, Mendoza, y verás cuan pronto allano yo misma este obstáculo.

—¡Calla, Violante, calla! dijo Mendoza, no acabes de destrozar mi corazon.

El bullicio de la plaza aumentaba progresivamente; las personas de distincion llenaban las antesalas del palacio, y Violante obligada á pasar cerca de la reina madre, sentia en el alma tener que abandonar á su esposo en medio de su afliccion. Creyó oir la voz de la misma reina, y arrancándose del lado de Mendoza, esclamó con una voz dulcísima:

—¡Á Dios! Su alteza me espera: ámame siempre como yo te amo.

—Sí dijo, Mendoza, fijando en ella una mirada indefinible, te amo y quisiera no amarte: te amo, porque no sé aborrecerte! Sin embargo.....

—¿Qué quieres decir? esclamó Violante.

— No sé, contestó Mendoza con frialdad; no sé de qué me quejo..... y sin embargo sufro, y mi corazon te hace cargos que tu sola presencia los desvanece. Me quejo y no sé de que me quejo, Violante. Si estoy loco, ten piedad de mí.

Un temblor repentino estremeció su cuerpo, una palidez cadavérica cubrió su semblante. Al mismo tiempo oyó Violante la voz de doña Elvira que la llamaba y tuvo que dejar al desconsolado alaves, que á pesar de su quebranto tenia tambien que asistir á la ceremonia de la coronacion.

Un simple á Dios proferido á un tiempo por ambos esposos terminó aquella conversacion tan agitada y de que ni uno ni otro sacaron fruto alguno.

Llevaba Violante mas prisa que Mendoza, porque la reina queria visitar á su hijo don Juan antes de la ceremonia. No tenia Mendoza conocimiento de esta particularidad, ni tampoco Violante habia comprendido el objeto de esta visita, que atribuyó mas bien á etiqueta que á cariño.

Doña Elvira, la alavesa y el conde de Ledesma eran las personas determinadas por su alteza á acompañarla, y habiendo el rey tenido noticia de esta sorpresa, quiso salir al encuentro de su madre, y en el momento en que iba á salir de su estancia se le presentó acompañado de Ortiz, del maestre Fernandez y del cardenal de Aragon.

—Si quereis hablarme, madre mia, dijo el rey, aquí me teneis. Yo soy quien debo presentarme á la reina viuda, ya que en Castilla para la madre de don Juan primero no hay rey.

—Conozco vuestro cariño, hijo mio, contestó doña Juana, y si quise yo ser la primera en dar ejemplo, es porque soy vuestra madre y vos sois rey, y me complazco, hijo mio, en veros y saludaros..... rey de Castilla.

—Madre mia, ¡cuán buena sois!

—Y nada debe probaros tanto mi bondad, dijo la reina, como la manifestacion que voy á haceros de mi conducta desde la muerte de vuestro padre, para que tomeis de mí tal vez mas de un ejemplo.

—¡Señora! Sabeis que para hablarme y hasta para mandarme no necesitais mi venia.

—Pues bien. ¿Veis á esa muger? continuó señalando á Violante, es una dama que habia permanecido oculta desde que supe que me hostilizaba...

—¡Señora! esclamó Violante ocultando su rostro con vergüenza.

—No te asustes, prosiguió doña Juana. —Me hostilizaba sin faltar á sus deberes, y al considerar que nadie mejor que un enemigo arrepentido puede salir en defensa de los reyes y hacerse de ellos su mas leal vasallo, la he destinado á mi lado y nombrado mi dama de honor.

—Lo apruebo, y puesto que es tan bella y merece tanto vuestras simpatías, no sereis vos sola la generosa; yo tambien estoy dispuesto á conceder reales gracias, y no olvidaré por mi parte á los que se han hecho acreedores al aprecio de mi madre.

Violante hizo un modesto saludo.

— ¿Como os llamais? preguntóla en seguida el rey.

—Violante, respondió la alavesa.

El rey fijó en ella los ojos con entusiasmo. En aquel mismo instante entró Mendoza.

—No me es desconocido vuestro nombre y os tendré muy presente, continuó don Juan. Si sois casada, vuestro marido será tambien colocado á mi servicio. ¿Os parece bien?

—Lo está señor, dijo Mendoza con voz apagada: vuestra alteza me tiene ya ofrecido un título de Castilla, y me nombra su mayordomo. Habeis hecho ya demasiado. Me habeis sacado de mi oscuridad. Mil veces mas he ganado de lo que podia prometerme, señor, y os quedo muy reconocido.

—¿Con que eres tú, dijo el rey, el esposo de esa jóven? Pues bien, puedo hacer por tí mas de lo que he hecho favoreciendo á tu esposa.

— Lo está por vuestra madre.

— Sin embargo yo estoy dispuesto á agraciarla mas, á colocar á los dos....

— Léjos de la corte ¿no es verdad? dijo Mendoza interrumpiéndole; el maestre Fernandez le dirigió una mirada de reconvencion por su imprudencia.

El rey no comprendió la malicia que encerraba la proposicion del alaves, cuyo carácter por otra parte le interesaba, y se abstuvo de calificar en aquel acto de desacato una insinuacion, que atribuyó á un deseo particular que podia ser muy justo. Doña Juana no esperaba semejante digresion, y despues de felicitarse por el obsequio que su hijo le dispensaba con el ofrecimiento que acababa de hacer á Mendoza; desaprobó esplícitamente la pretension del alaves con respecto á ser colocado, en union de su esposa, léjos de la corte, por ser su voluntad que las dos damas de su particular predileccion, doña Elvira y doña Violante, permaneciesen constantemente á su lado. Luego hizo presente el objeto que la habia movido á recordar á don Juan su generosidad y su hidalguía.

Le habló del duque de Benavente en sentido favorable, instándole á imitar con él y con el otro bastardo don Alonso

la conducta que ella habia observado con sus damas predilectas. El rey que habia tenido noticia desde el mensaje de Fernandez de lo que habia mediado en el cementerio de Búrgos, comprendió desde luego que solo el miedo al «que dirán» rebajaba la dignidad de su madre, haciéndose intercesora de su enemigo mas encarnizado; pues si bien con respecto á don Alonso podia presumir que la reina viuda trataba de complacerle siquiera para dar á doña Elvira una relevante prueba de su buen afecto, no debió creer lo mismo por lo que atañía al atrevido duque. Sin embargo, no podia don Juan en aquel momento rechazar la indicacion de su madre sin esponerse á la triste alternativa de darle un desaire directo, ó declarar la terrible causa que le impulsaba á no acceder á la voluntad de la reina. Para disimular que estaba enterado de lo acaecido en la triste morada de los muertos, se escusó del mejor modo que pudo, suponiendo con respecto al duque que puesto que presumia ser su objeto apresurar la boda con la hija primogénita del portugués, era este asunto muy grave para resolverlo en aquel momento, y se comprometió á ocuparse de él despues de su coronacion, ofreciendo hacer en favor de sus dos hermanos cuanto estuviese de su parte y fuese digno de él, de sus hermanos, y sobretodo de la reina madre.

Deja pues conocerse la idea que llevaba doña Juana en visitar al rey poco antes de su coronacion, y no estuvo tranquila hasta que cumplió una promesa arrancada traidoramente de sus labios por un mal caballero. Don Juan palideció de ira al reflexionar que su madre tímida estaba cometiendo una bajeza que menoscababa su dignidad de reina y de muger. Conoció que no le era fácil reprimir su cólera, y viendo que la hora iba avanzando, se despidió para ir al encuentro de su esposa doña Leonor. Media hora despues se hallaban los dos esposos ocupando el trono de Castilla. . . . .

. . . .

¡Castilla y Leon por don Juan primero!» gritó un ugier desde un balcon del palacio. Un aplauso general acogió en la plaza estas palabras, que bien pronto fueron repetidas



D. Juan I.—*Lám.* 3.

con entusiasmo por toda la ciudad de Búrgos. Un repique general de campanas dispertó el júbilo en los vecinos de la antigua capital, y en ninguna parte se oian mas que vítores á don Juan primero y á su esposa doña Leonor. En medio de estas aclamaciones, el cardenal aragonés bendijo á los dos esposos y el arzobispo de Toledo postrado ante los reyes al pié del trono les presentó las dos coronas que destinó Dios á sus sienes.

—¡Mi rey y señor! dijo el arzobispo; si algun dia me he visto favorecido por el cielo es en este momento en que por mis manos os presento la corona que debeis al mismo Dios. Nuestro Dios es Dios de paz, y yo como uno de sus ministros me complazco en recordároslo. Y luego poniéndose en pié esclamó: ¡Castellanos! La patria necesita un rey como don Juan, un rey de paz y de justicia, un rey como el que Dios le envia para que restañe la sangre que riega nuestro suelo. ¡Paz con la Inglaterra! ¡paz con Portugal! que todas las naciones nos admiren y que á todos llene de orgullo el título de aliadas de Castilla.

Descendió el rey del trono con su esposa en medio de nuevas y mas estrepitosas aclamaciones.

Al salir de la iglesia recibió en corte á la nobleza, y los primeros en felicitarle fueron los dos bastardos, el duque de Benavente y don Alonso. El rey dió al primero una mirada de desprecio que procuró luego templarla para no afligir á su buena madre. Despedida la nobleza, el cardenal de Aragon pidió al rey una audiencia reservada para tratar de los asuntos de la Iglesia, y don Alonso la pidió á la reina para hablarle de un negocio privado de familia.

Mendoza entre tanto seguia en su desconsuelo y pasó á visitar al maestre don Pedro Fernandez para conferenciar acerca de su situacion y del conflicto en que le habia puesto la espresion de gracias que salió de los labios del rey en favor de Violante.

—¿Qué haré, gran maestre? le dijo temblando. Ya veis cuan tenaz es en perseguirme esa estrella que preside los destinos de mi vida. Yo no sé que hacer, señor: yo no compren-

do cuál puede ser la causa de mis angustias, por mas que sondee hasta los senos mas recónditos los pasajes asombrosos de mi historia harto célebre por desgràcia. De vos espero el consuelo y vos me direis señor, si me equivoco. El rey me insulta, el rey quiere halagarme con un título para que yo le dé otro.

—Calmaos, Mendoza, dijo el maestre; vos habeis juzgado muy mal á don Juan.

—¿Mal decís? ¿como me esplicais...?

—El tiempo os lo revelará todo. Don Juan no tenia de vuestra esposa mas que un conocimiento vago, y vos debisteis comprender que estas gracias son un obsequio á su madre y una estocada dirigida al pecho de su hermano. Tendreis rivales, Mendoza, y si no sois prudente sucumbireis á los ardides de una nobleza envidiosa é intrigante. Don Alonso os hará la forzosa, y si no os poneis alerta, don Alonso triunfará. Despreciar una acasion tan propicia, seria el peor de los delirios: debeis comprenderlo; vos habeis visto cuán facil le es á un palaciego coger el hilo de las tramas cortesanas y es preciso que os acostumbreis.....

—¿A qué?

—A ser palaciego.

—No sé como.

—La práctica es la maestra. ¿Veis á Ordóñez, Zúñiga, Urries de Castro, al conde de Niebla, á don Juan Hurtado de Mendoza y otros muchos que presenciaron el acto de la coronacion? Pues, todos ellos sufrieron como vos, durante el reinado de don Enrique, y el conde de Niebla estuvo á pique de ser decapitado en tiempos de Alonso XI por un acto de irreverencia que el rey no le queria perdonar. Ordóñez faltó á su dignidad de caballero y le fué recogido su título en tiempo de don Enrique, porque receloso de su muger, le dijo el rey en conversacion privada, que un buen caballero debia tomar paciencia en obsequio de su alteza, y habiéndose Ordóñez retirado de la corte y trasladado á una quinta, el rey le mandó encerrar en un castillo, y mientras tanto hacia á su esposa visi-

tas harto frecuentes hasta que Ordóñez le pidió perdon. La corte es el mejor asilo para impedir las intentonas de los reyes: procurad cautivaros las simpatías de la reina, que es jóven y celosa, y vereis como el rey se abstiene de molestaros.

—Presentadme á la reina, maestre.

—Prometedme antes ser prudente, no precipitaros, dejaros conducir por mi esperiencia, y hacer no mas que lo que yo os diga.

—Desde Ahora no tengo mas voluntad que la vuestra.

—Pues mañana en palacio os aguardo para felicitar á doña Leonor antes de tomar el hábito de caballero.

—No haré falta.

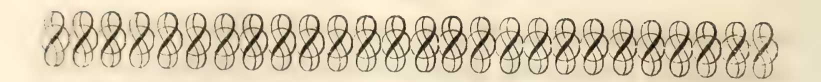
Se despidieron, salió Mendoza y el grito de «¡viva don Juan primero, viva doña Leonor!» volvió á resonar por la ciudad de Búrgos. Mendoza recorria las calles con entusiasmo y el pueblo le seguia. Don Alonso se detuvo al verle y con sonrisa desdeñosa, dijo de modo que pudiera oirle el alaves:

—¡Pobre hombre!

—¡Viva el rey! dijo Mendoza afectando no oir á don Alonso.

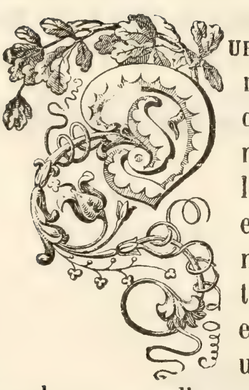
Mil voces respondieron: Viva el rey.





CAPITULO III.

En que se sigue hablando de las solemnes fiestas y de como se armaron cien caballeros.



URANTE los dias que transcurrieron del mes de julio, desde el veinte y cinco que fué el dia de la coronacion de los reyes de Castilla, siguieron las fiestas reales con un júbilo estraordinario. Si bien en palacio se levantó el acta de la coronacion, fué no obstante celebrada la festividad en la iglesia de las Huelgas donde el jóven rey don Juan para dar á Dios una espresion de gracias por la que le dispensaba en aquellos momentos, en que empezó su reinado, quiso le fuese de nuevo ceñida la corona durante el divino oficio y dar á su pueblo nuevo testimonio de la coronacion despues de una práctica pronunciada por el arzobispo de Toledo, quien celebró el santo sacrificio, repitiéndose de nuevo al pueblo castellano la aclamacion del ugier: «Oid: Castilla por don Juan primero y por su esposa doña Leonor.»

Cantado el Tedeum en accion de gracias mandó el rey que cien hombres de valía de su reino se reuniesen dos dias despues para armarles caballeros, dejando el dia intermedio para

recibir las felicitaciones, dar audiencia particular sobre asuntos de interés público, y hacer concesion de las gracias mas notables, entre las cuales fué la de escarcelar á los prisioneros de guerra ingleses y portugueses, dejándoles ampliamente libres en su territorio bajo el formal juramento que les exigió de no conjurar ni en manera alguna rebelarse contra la paz y tranquilidad de sus pueblos. Absolvió tambien de la pena de muerte á cuantos por sus delitos se habian hecho á ella acreedores.

Doña Leonor concedió tambien audiencia á cuantos se la solicitaron, entre ellos el bastardo don Alonso, quien manifestó deseos de ventilar un negocio de familia muy reservado. El cardenal de Aragon debia tambien ser oido por el rey para preparar la negociacion concerniente al cisma, y hallándose ambos de paso en uno de los corredores, dijo el cardenal á don Alonso:

—¿Donde va el hijo del rey difunto?

—A ver á la reina, contestó don Alonso.—¿Y vos?

—A ver al rey.

En efecto el cardenal entró en la estancia del rey y don Alonso en la de la reina. Cada cual tenia su mision particular. El rey recibió con amabilidad al legado del antipapa y como éste se empeñase en que durante las fiestas quedase definitivamente resuelta la apremiante cuestion del cisma, no pudo conseguir de parte del monarca mas que contestaciones evasivas dirigidas por lo visto á dar treguas á un asunto tan grave y de tan difícil resolucion. Don Juan cumplió exactamente lo que su padre don Enrique de Trastamara le dejó encargado en sus últimos momentos; esto es, que en cuanto al cisma de la Iglesia consultase bien lo que debia practicar por ser cosa demasiado delicada para poder resolverla por sí mismo con el acierto que se requeria. Realmente la duda en este punto era de mucha transcendencia para los reyes católicos, atendida la influencia poderosísima que sobre ellos tenian entónces los sumos pontífices, los cuales con la mayor facilidad hacian de la religion una bandera, armaban partidos y prestaban ayuda

á terceros pretendientes bajo la única condicion de ser obedientes al pontificado y era mas de temer en la situacion de aquellos tiempos en que se presentaba aquel punto sobradamente dudoso por ser algo arriesgado el poder determinar cuál de los dos designados por pontífices era el papa ó el antipapa. El cardenal de Aragon conocia mejor que ningun otro el estado de aquellas negociaciones, y confiado en la debilidad ó falta de esperiencia que podia atribuir á don Juan I, trató de sorprenderle aprovechando aquellos instantes de júbilo y la ventaja que llevaba á los legados de la sede apostólica. Con todo, no se hallaba dispuesto el monarca á dejarse sorprender por tener muy presentes las instrucciones que le dieron algunos doctores y jurisconsultos, á quienes confió la determinacion de todo cuanto hiciese referencia á las cuestiones eclesiásticas.

—Ya veis, dijo el rey, cuán difícil se le ha de presentar á un jóven que apenas cuenta veinte y dos años el dar en estas materias eclesiásticas una contestacion esplícita y arreglada á sus convicciones. Si me hablaseis de lo temporal, si me propusieseis el medio de conservar la paz en el reino ó de declarar una guerra justa, no tendria valor para dejar sin contestacion vuestras insinuaciones, que atendido vuestro carácter y vuestro saber, debiera considerarlas dimanadas de un buen celo y fundadas en buenas razones. Pero no es lo mismo cuando se trata de la conciencia en materias de religion, porque al paso que Roberto puede merecer mi aprecio por sus buenas dotes, ignoro hasta qué punto puede serme apreciable por la justicia de su pretension al sólio pontificio. ¿Cómo he de contestaros en esta parte si no sé todavía, ni he podido entender, cuál de los dos candidatos tiene el derecho preferente? Votó el conclave y Urbano fué elegido papa; despues algunos cardenales negaron al elegido la obediencia alegando su falta de libertad en la eleccion por haberles infundido miedo una terrible amenaza en el caso de no hacer recaer la eleccion sobre aquel candidato. Unos suponen que fué cierta la amenaza, dicen otros que no pasa de una suposicion ridícula y porque la proclamacion de Roberto, que

se verificó despues, no tan solo debe considerarse nula sino que adolece además de inmoral á causa de haberse verificado la eleccion en momentos de turbulencia sin otra mira que la de rechazar á Urbano por haberse empeñado en corregir sabiamente la conducta desarreglada de algunos cardenales. Mi señor padre, sin embargo de su consumada experiencia, no se atrevió á decidirse por tropezar en continuas dificultades; mas no creais que yo pretenda mantenerme indiferente á las necesidades de nuestra Iglesia; deseo de todo corazon que se desvanezcan pronto las desavenencias, y las desvaneceré aunque tenga para conseguirlo que poner en peligro mi honor. Me glorío de ser católico, y la fé misma me prohibe tomar una resolucion aventurada en una cuestion en que se trata nada ménos que de resolver cuál entre dos que se titulan papas, es el verdadero sucesor de san Pedro. Eso debierais mas bien arreglarlo vosotros los cardenales, asesorándoos con vuestra conciencia toda vez que no son los reyes los que deben elegir á los pontífices. Decidme, sino, cardenal, ¿puede haber papa sin la eleccion del conclave? Y cuando el conclave ha procedido al nombramiento ¿dejará de ser papa el elegido si algun rey le niega la obediencia? Si la eleccion de Urbano fué justa, despojarle con violencia de sus derechos bien adquiridos es una traicion espantosa y una ofensa á Dios, porque se venera á Jesucristo en una persona que no es su vicario. Vosotros lo sabeis mejor y os toca discutirlo. Estas son las instrucciones que he recibido de mis ilustrados consejeros, y os doy mi real palabra de que no he de tardar en convocar las córtes y obtendrán mi sancion sus resoluciones.

—Lo espero así de vuestra alteza, contestó el cardenal, persuadido de que seguireis en todo el buen consejo y particularmente el ejemplo de vuestra aliada, la Francia, donde hay tambien inteligencia y catolicismo.

Dejemos por un momento esa entrevista del cardenal de Aragon y ese enredo del cisma que se enlazó con las cuestiones de palacio formando el gérmen de trascendentales desavenencias: bastará por de pronto indicar que el legado del

antipapa no se descuidaba para salirse con la suya, escogiendo los principales resortes que debia mover para conseguir la obediencia del reino de Castilla á favor de Roberto. Probó de indagar la inclinacion de la reina doña Juana en este pun to, y habiendo hallado en ella un obstáculo invencible, aplazó sus gestiones para mas adelante. Tal fué la prevencion que se apoderó de doña Juana contra el antipapa, que léjos de acceder á las instancias del cardenal, influyó directa é indirectamente para que el rey de Castilla se decidiese por Urbano, que fué nombrado por el conclave con todos los requisitos del concilio. Un virtuoso sacerdote fué el director de la reina madre en el asunto de la Iglesia, un humilde cura, el de la capilla de los Reyes de Toledo, fundada por don Enrique de Trastamara, donde quedaron depositados sus restos mortuorios. El cardenal de Aragon solicitó la intercesion del frances.

Trasladémonos á la estancia de la reina doña Leonor, en cuya presencia se hallaba el bastardo don Alonso para conferenciar acerca de un asunto importante de la real familia. El aprecio que doña Elvira Iñiguez merecia en la corte hacia que los reyes tuviesen con su hijo una deferencia estraordinaria y le distinguiesen con su familiaridad, muy particularmente doña Leonor, que por uno de aquellos sentimientos que se comprenden y no se esplican conservaba hácia el bastardo cierta simpatía, que no le permitió tratarle sino con amabilidad y con muestras de predileccion, á pesar de la desigualdad de caracteres y de hacerse don Alonso con frecuencia enemigo del castellano.

¿Cuál podia ser el objeto de don Alonso en procurarse aquella ocasion precisamente en los momentos de júbilo para tratar asuntos de familia? ¿y qué asuntos podrian ser los que movian al bastardo á una entrevista tan urgente? Parece estraña y hasta ridícula una precipitacion de esta naturaleza cuando nadie sabia que en la corte de Castilla hubiese desavenencias de tanto interes que debiesen tomarse en consideracion en tan críticos instantes, pudiéndose presumir que solo algun amago

contra el trono ó contra la seguridad de los pueblos podia ser orígen de aquella conferencia reservada entre la reina y el bastardo. Este fué el pensamiento que formó doña Leonor al ver la premura y el sigilo con que don Alonso se propuso hablarla: mas la reina se engañó; el asunto que debia ocupar su preciosa atencion en la entrevista secreta no era de interés general, ni tampoco de momento, sino esclusivamente peculiar de doña Leonor. La habló de amores de don Juan con la ventera; dió cuerpo y realidad á las fantasmas engendradas por sus celos, ocultando á doña Leonor la causa impulsiva de su denuncia que la atribuia únicamente al buen afecto que fingia profesarla. No dijo que estuviese celoso del rey, ni que ardiese en amor por la alavesa; al contrario, se limitaba á exagerar la trascendencia de una relacion amorosa contraida por el rey con una ventera.

—Siento, amable reina, dijo don Alonso, turbar vuestro reposo precisamente en la ocasion en que vuestro espíritu está tranquilo y vuestro corazon lleno de alegría, pero me disculpa el buen deseo y el interés con que miro la honra de mi hermano el rey. Su buena fama me decidió á dar un paso que se me resiste á pesar de la necesidad que tengo de no ocultaros cuanto pasa en la corte: hablillas desfavorables, descontentos... en fin, señora, conviene precaver los males y remediarlos pronto.

—Me haceis temblar, don Alonso, dijo la reina. ¿Que estraño misterio encierran vuestras palabras? ¿Cuales son las calamidades que amagan al reino? ¿Donde están esos vasallos desairados ó poco agradecidos?

—La nobleza, señora, se cree insultada, envilecida.

—¿Como?

—La solemne fiesta preparada para el dia de hoy es en concepto de los nobles un golpe de estado. Por manos del mismo rey cien hombres de distincion recibirán la investidura y el arma de caballeros: en esta parte nadie se atreviera á censurar una recompensa á los altos servicios prestados en favor de la patria y del trono, si hubiese dejado de incluirse entre los cien hombres á un despreciable ventero, cuyo servi-

cio eminente consiste en la belleza de su muger, que, entre paréntesis, yo no sé encontrarla. Ya veis, señora, que si así se hacen nobles en Castilla, si así se pasan caballeros los maridos.....

—¿Presumís, don Alonso, dijo la reina interrumpiéndole, que don Juan primero da principio á su reinado con un acto de injusticia indisculpable, que tributa honores á un villano en ultraje de mi honra?

—Ved las pruebas y juzgad por ellas. Violante, conocida por la alavesa, mereció el desagrado de mi padre por haber sido su concubina infiel; dió la mano á un aventurero, á quien degradó el rey con la inhabilitacion perpetua de empuñar las armas en defensa del reino; mi hermano dispuesto á derramar gracias en celebridad de su real coronacion podia haber revocado el terrible decreto y levantar la inhabilitacion degradante, utilizando de nuevo los servicios de un hombre de armas reducido desde entonces á la ínfima condicion de ventero; podia haberle colocado dignamente al servicio de un doncel en calidad de escudero; en fin, todo podia haberlo hecho, menos armarle caballero y distinguirle con un título entre la nobleza de España. La hoja de sus servicios, ya os lo he dicho, la tiene su muger. Y soltó una carcajada aplaudiéndose á sí mismo.

—¿Y el rey quiere á esa muger? preguntó doña Leonor con empeño.

—El rey... contestó don Alonso, nombra caballero á su marido.

—¿Como podria impedir...?

—¡Prudencia, buena reina! es imposible retirar la órden.

—Pues entónces.....

La reina quedó meditabunda y exhaló un suspiro.

—No os desazoneis, señora, dijo don Alonso afectando buena intencion; yo me encargo de hacer en vuestro obsequio cuantas investigaciones sean necesarias para descubrir la mala correspondencia de vuestro amor; yo haré en defensa vuestra cuanto cumple á un caballero para vengar el ultraje dirigido á una señora como vos; mi brazo está á vuestra disposicion como mi espada á disposicion de mi brazo.

— ¿Qué quereis decir, don Alonso? ¿Tratais de conjuraros y conjurarme contra el rey de Castilla, contra vuestro hermano y mi esposo? ¿Ignorais que vuestro hermano y mi esposo el rey de Castilla es tambien vuestro rey y mi rey?

— Señora, no trato de medir mis armas contra las de mi hermano.

— Ni aun así puedo aceptar una defensa que ofende al rey. Yo sabré desagraviarme. De vos solo espero que me deis cuenta á menudo del resultado de vuestras investigaciones.

— En cambio solo os pido.....

— Hablad.

— Que confieis ciegamente en mí.

— En vos confío, y ojalá á vos deba poder reinar de nuevo en el corazon del rey, pues yo no quiero otro trono.

Al pronunciar doña Leonor estas últimas palabras, recogió en un pañuelo las lágrimas mal reprimidas que surcaban sus mejillas. Don Alonso sintió que oprimian su corazon ciertos remordimientos, ó por mejor decir una especie de vergüenza, hija de su mala accion de aquel momento, considerando cuan cobardemente oprimia el de una débil muger valiéndose de una impostura infame y de apariencias que debia, en lugar de exagerar, desvanecer. En aquellos momentos se sentia don Alonso arrepentido del paso precipitado que debió conducirle á tamaña indiscrecion, pero ya no le era dable retroceder ni afectar en lo mas mínimo que podia haberse equivocado. Sus pocos años y la fogosidad de su carácter podian eximirle en cierto modo de la responsabilidad de sus actos, los cuales procedian siempre de arrebatos ó arranques momentáneos, pues no era hombre que se asesorase jamás con la reflexion. Puesto ya en el empeño de continuar su obra empezada, siguiendo los planes descabellados de su pueril venganza contra el objeto de sus encantos y el rival presunto, no sabia de qué manera consolar á la afligida reina sin descubrir la idea reservada que le hacia mover aquel resorte y sin haber previsto los efectos de su necia precipitacion. No dejó sin embargo de valerle esto á don Alonso la constante proteccion de la reina en circunstancias

muy apuradas; porque doña Leonor era estremadamente agradecida con los que conocia que se tomaban interés por ella. Desde aquel dia dió á don Alonso su permiso para hablarla en cualquiera ocasion y en cualquier sitio, y hasta para tratarla con toda familiaridad; ofrecióle su influencia en todo cuanto se refiriese á su prosperidad, aunque para ello tuviese que incurrir en el desagrado de la nobleza y del mismo don Juan, añadiendo que si algun dia le conviniese su apoyo para salir de cualquier conflicto, ella se obligaba á interponer á su favor su elevada mediacion en recompensa de su caballeroso ofrecimiento y de lo mucho en que afectaba tener su honra.

Salió don Alonso, y la reina aprovechó un corto intervalo de soledad para dar desahogo á su corazon angustiado, prorumpiendo en copiosas lágrimas. Poco despues entraron sus damas de honor, y al verla en aquel estado de abatimiento esclamaron:

—¡Señora!

—¡Callad! contestó la reina fingiendo serenidad y enjugando sus lágrimas.—Que nadie sino vosotras sepa que he llorado, y si el rey pregunta por mí, decidle que estoy muy tranquila y dispuesta á conceder gracias á todos mis vasallos indistintamente, desde el ventero mas despreciable... No, nó: si el rey pregunta por mí, decidle que me siento indispuesta, mas... mejor será que digais... que no le digais nada.

Volvió de nuevo á reclinar su cabeza sin poder dar treguas al llanto, en cuyo acto fué sorprendida por el maestre de Santiago don Pedro Fernandez, que iba á pedirle venia para presentarle un favorecido por su alteza el rey, que deseaba ponerse á sus órdenes. Detúvose el maestre sin saber qué partido tomar y como la reina hubiese advertido su natural turbacion, le instó para que pasase adelante y espusiese el motivo que le conducia á su presencia.

—Un hombre que va á recibir la investidura de caballero, dijo Fernandez, desea ponerse á las órdenes de vuesa alteza.

—¡Que entre! dijo la reina con firme resolucion, animándose súbitamente sus facciones.

—Entró Mendoza é hincó su rodilla ante doña Leonor, sin causarle en aquel acto la menor sensacion la gravedad con que le recibia.

—¡Señora! dijo Mendoza, el súbdito mas leal de los reyes de Castilla espera á vuestras plantas que dispongais de su humilde persona, ofreciéndoos su brazo, su corazon y su vida. El rey vuestro esposo se digna hoy honrarme con el arma de caballero, y doblaré mi dicha si vuestra alteza me permite rendirla á vuestros piés y empuñarla en defensa vuestra.

—¿Sois casado? preguntó la reina con inquietud.

—Si, señora, respondió Mendoza.

—¿Como os llamais?

—Pedro Gonzalez Mendoza es mi nombre; soy natural de Alava y mi esposa es provinciana tambien, á cuya circunstancia debemos el ser conocidos yo por el alavés y ella por la alavesa.

—Vuestra muger se llama.....

—Violante.

—¡Violante! esclamó la reina no pudiendo reprimir sus arrebatos.—Alzad, ventero; añadió con sonrisa burlona.—Prosternaos delante de don Juan primero y de vuestra esposa; empuñad en su favor la espada que os ceñirán y dadles cuanto os sobra: no os ha de costar mucho, pues por lo visto ya les habeis cedido lo mejor.

—¡Señora! esclamó Mendoza como desesperado, no me he de levantar de vuestros piés sin haberos probado que os engañan. Renuncio la investidura y los títulos con que el rey quiere distinguirme.

—Como querais, contestó la reina con desden.

—¡Señora! replicó el alaves: hasta que Mendoza á juicio de vuesa alteza se haya hecho digno de la reina de Castilla, no será noble, ni caballero.

—¡Maestre Fernandez! dijo la bondadosa reina: ¿vos me respondeis de ese hombre?

—Con mi vida, contestó el maestre de Santiago.

Mendoza se levantó y estrechó la mano de Fernandez, sa-

liendo juntos de la estancia de la reina despues de haberla dado un respetuoso saludo : esta vez ni sabia lo que le pasaba, ni se atrevia á consultar con el maestre lo que debia practicar. Una idea funesta, un pensamiento espantoso reanimó sus decaidas fuerzas: para no ver, para no oir y para no dar una prueba manifiesta de que no quisiera haber visto ni oido, proyectó la perpetracion de un crímen y estuvo largo rato meditabundo deliberando acerca de los medios que debia emplear y la víctima que debia elegir para apacentar su venganza. El maestre observó en el semblante del alaves y en sus gestos cierta alteracion que revelaba resoluciones siniestras , y comprendió cuan indispensable era persuadirle de la necesidad de desvanecer los malos informes que de algun enemigo oculto habia recibido doña Leonor, haciéndole presente que en aquel mismo acto acababa de salir el bastardo don Alonso.

—Desengañaos , dijo Mendoza: cuando la reina no puede disimular su cólera , muy segura debe estar de la correspondencia amorosa entre el rey y Violante: la reina tiene razon, y puesto que le he ofrecido las pruebas de mi inocencia , es preciso que de una vez la dé una seguridad patente, irrecusable, siquiera de que el ultraje contra ella no pesa sobre mi conciencia. Sepa doña Leonor que el ventero alaves nunca venderá su honor por los que le puede prodigar don Juan primero, y esto ¡ vive el cielo ! lo ha de saber muy pronto.

—¿Qué ideas preocupan vuestra imaginacion exaltada? No os dejeis obcecar por los primeros impulsos de vuestra cólera; sed palaciego, y aprended en la corte á esplotar mejor esos vaivenes que os pueden dar un nombre y una fortuna inmensa. Ya os dije que aquí podiais aprender lo que en la oscuridad no se enseña, y otro que cual vos se hallara en este caso escepcional, comprara con todo su oro y con la mitad de su vida esas lágrimas de la reina y esos disturbios de la real familia. Los reyes castellanos os colocarán cerca de su trono, si vos sabeis haceros medio rey de Castilla. ¿Veis al conde de Ledesma? Pues igual prestigio os espera en palacio; iguales distinciones podeis obtener entre la nobleza.

—No las envidio, ni consiento que otro me las envidie. No quiero ser palaciego, gran maestre; yo he resuelto ser otra cosa.

—¿Qué?

—O matador ó muerto: no queda para mí otro destino. ¿Olvidais, señor, que yo soy de Violante el esposo idólatra? ¿Cómo pudisteis imaginar que para crearme un nombre y una fortuna traficaria con mi honor y con mi esposa? ¿Qué me importan todas esas distinciones y hasta el mismo trono de Castilla, sin el corazon de Violante? Yo no puedo diferir por mas tiempo esa situacion precaria y altamente arriesgada, porque si mi muger se pierde, yo me he de perder con ella. Estos son mis votos, gran maestre de Santiago. Pues bien: decidme ahora, ¿pudiera mi conducta palaciega conciliarse con mis votos?

—Perdono vuestro arrebato. A tal estremo de imprudencia no pensó conduciros quien se precia de noble.

—¡Señor! dijo Mendoza casi avergonzado, no fué mi ánimo.....

—No hablemos mas del asunto. Dejariais de ser buen palaciego si para emplear los medios de conseguir la mitad de un trono, dejaseis completamente abandonado el trono entero que poseeis. Sino decidme ¿contra quién habeis intentado descargar el golpe de vuestra venganza? ¿quien ha producido vuestra ira? ¿donde está vuestro enemigo? Si no lo sabeis aun, si vuestra imaginacion divaga en el espacio en medio de las tinieblas sin poder dar con el objeto que os debe inspirar el odio que sentís en vuestro interior, si este objeto os es desconocido todavía ¿de qué os sirven vuestros proyectos de desagravio y esa resolucion alternativa de matar ó morir, si en el primer caso no está frente de vos el adversario desconocido, y en el segundo os esponeis á darle un triunfo? Meditadlo bien, Mendoza: indagad si el corazon de Violante ha podido ser adulterado por la perfidia, porque ella tal vez es inocente y en este caso vuestro triunfo es mas seguro sin correr el riesgo de manchar vuestras manos con la sangre de un ri-

val presunto ó de revolcaros en la vuestra en un momento de precipitacion que apenas mereciera la disculpa de un arrebato necio. Hablad á Violante de modo que comprenda vuestra pena y no comparezcais hoy al templo.

—¿Qué he de hacer, pues?

—Aguardad que se celebre una fiesta para vos solo.

—Me fingiré enfermo.

— Eso mismo queria aconsejaros. Yo me encargo de ponerlo en conocimiento del rey.

— Os doy gracias, maestre. Sin vos seria en la corte un desterrado. Viviria en ella solo, enteramente solo.

—Tomad hoy lecciones, y mañana las dareis.

—No os comprendo.

—Sí, Mendoza: si hablais hoy á Violante, mañana la reina se habrá declarado en favor vuestro.

—¿Lo creeis?

—Lo sé positivamente. Con qué, pues, hasta mañana.

Fernandez estaba muy versado en las intrigas de la corte, y era sin duda el mas á propósito para poner en manos de Mendoza el hilo que habia de guiarle en tan intrincado laberinto. Si bien no era fácil que la calma renaciese en el espíritu de Mendoza por la sola intervencion del gran maestre, esta y la idea de una nueva entrevista con Violante pudieron sin embargo refrenar sus ímpetus y evitar una catástrofe que pocos momentos ántes debia parecer inevitable. Trasladada á una de las habitaciones de la real servidumbre destinada á la mayordomía, recostóse en una poltrona meditando la manera de dirigir sus quejas á Violante sin afligirla demasiado ni ser con ella injusto. Dos cosas le decidieron á ser prudente por no haberlas podido aclarar como deseaba su corazon: zozobraba en un mar de dudas. Tenia celos, y se veia obligado á ser circunspecto. Inquieto, se levantaba á menudo, se paseaba como una fiera en una jaula, hablaba solo como un loco, volvia á sentarse y á levantarse en seguida... ¡y Violante no aparecia y su desesperacion se aumentaba progresivamente!

Llegó por fin el momento deseado: noticiosos el rey y la

reina viuda de la indisposicion del alaves, que la creyeron cierta por haberla Fernandez pintado con los colores de la realidad, dieron permiso á Violante para que acudiese á sus deberes de esposa, dispensándola de acompañar á doña Juana á la iglesia de las Huelgas, donde iban á ser armados los cien caballeros. Violante esperaba ansiosa una ocasion propicia para desahogar su pecho, pero se alarmó al saber la indisposicion de Mendoza y no se acordó de su incomprensible desavenencia. Entró precipitadamente en la mayordomía: al verla su esposo, le tendió los brazos, y ella prorrumpió en amargo llanto sin poder pronunciar una palabra. Entre tanto en el templo do fueron coronados los reyes de Castilla cien castellanos recibieron la investidura y fueron armados caballeros por manos del mismo rey. La funcion se celebró públicamente y con la mayor pompa: el inmenso gentío que se habia agolpado en la casa de Dios esperaba ávidamente ver armado al ventero para repetir con estrepitoso entusiasmo los vítores á don Juan; mas la sorpresa se difundió por todas partes al observar que entre aquellos cien favorecidos no venia comprendido el alaves, lo que disgustó al jóven monarca que deseaba aumentar su prestigio y popularidad. Con este motivo hizo que la voz se esparciera entre los burgosenses de que el rey queria armar á Mendoza el dia siguiente con la plausible idea de distinguirle, repitiendo otra vez la ceremonia. Doña Leonor habia oido la órden reservada de don Juan, y como ignoraba su verdadero orígen, la atribuyó á los supuestos amores con Violante. No pudo reprimir sus celos; acercóse al rey, y le dijo al oido.

—Si yo fuese otra, si me olvidara que sois mi rey al recordar que sois mi esposo, mañana os concederia un título singular que nunca lo habeis oido en Castilla, os llamaria el rey arma muertos.

Don Juan la miró con sorpresa.

—Sí, prosiguió doña Juana; el título no os hace gracia y os causa novedad, pero es lo cierto que si no fuese por mi escrúpulo y cariño hácia vos, yo haria matar á ese hombre y á su muger.

— Nunca de tus labios habia salido una palabra de sangre, dijo el rey : necesito una esplicacion franca de la impresion que ha causado una órden nacida puramente de un esceso de munificencia y de amor á mis vasallos.

La reina se arrepintió en el mismo acto de haberse precipitado de aquel modo sin haberlo reflexionado mejor, y por mas esfuerzos que hizo para disimular al rey su impaciencia y afectar indiferencia acerca de lo que habia manifestado, no consiguió que pasase desapercibida una amenaza dirigida por una reina bondadosa contra dos vasallos que no le habian hecho ningun mal.

Larga, muy larga fué la ceremonia en la iglesia de las Huelgas, durante la cual los esposos alaveses entraron en esplicaciones acerca de la conducta que respectivamente observaban. Mendoza exigió á Violante que la hiciese una relacion minuciosa de cuanto habia ocurrido en la hostería durante su ausencia.

—La menor reserva, dijo el alaves, puede perdernos á entrambos. La reina me ha rechazado, solo porque soy tu esposo.

El rubor encendió el rostro de la tímida alavesa.

—¿Qué le he hecho yo á doña Leonor? dijo indignada — ¿de qué se queja la reina? ¿Acaso de que doña Juana me haya distinguido á pesar de mi condicion humilde? Soy yo acaso responsable de las gracias que me concede la madre de don Juan primero.

— Si doña Leonor fuese viuda como la de Trastamara, contestó Mendoza, duplicaria las gracias que te dispensa la bondad de la madre de su esposo. No es la reina de Castilla, no es la infanta de Aragon la que nos amenaza con todo el peso de su ira; es la esposa de don Juan primero, es tu implacable rival.

— ¡ Mendoza !

— Sí, que ha despreciado mi brazo para que pueda esclusivamente dedicar mis servicios á favor del rey y de Violante. Ella me lo dijo con los ojos inflamados con el fuego de la rabia, y Mendoza tuvo que oirlo avergonzado, sin poder decir á

la reina «os han engañado, señora; mi esposa no es capaz...»

—¿Y no lo dijiste Mendoza? respondió Violante con tono de amarga reconvencion.

—¿Yo? ¿Como podia acusarte sin acusarme? ¿Como podia convencer á una esposa que se cree ultrajada por los dos?

—Vuestro honor.....

—¿Qué vas á decirme, Violante? ¿No me has comprendido todavía? La reina no cree en mi honor; la reina juzga que el honor no me pertenece por habérselo vendido al rey.

Violante se dejó caer casi sin fuerzas en una silla, desapareciendo instantáneamente el hermoso color de sus mejillas. Mendoza que en sus arrebatos todo lo interpretaba en sentido desfavorable, que se creia arrastrado á la desgracia por un fatalismo espantoso, creyó hallar en el trastorno de su esposa una prueba de su culpa.

—Ni á la reina, ni á mí, esclamó, pudieras contestar de otro modo, Violante, mas que callando. Tu silencío es la confesion de tu crímen y de mi deshonor.

—No mas, dijo Violante: no desgarreis el corazon de una débil muger.

Procuró la alavesa recoger todas sus fuerzas para parecer serena y no dar á su esposo motivo de nuevas sospechas. Dijo que era inocente y que no tenia de qué pedir perdon ni á él ni á la reina de Castilla. Espúsole la causa que pudiera haber producido la odiosa sospecha de doña Leonor, y todo lo atribuyó á una impostura del pérfido don Alonso, que habia jurado vengarse de los desaires que de ella recibia incesantemente, añadiendo que mas bien su conducta era digna de elogio que de acriminacion. Iba á referirle el desagradable compromiso, á que don Alonso intentaba conducirla aquel dia en la tienda del alaves, mas su corazon estaba tan oprimido que apenas sabia cómo empezar su relacion. Algo repuesta de su trastorno, dijo:

—No lo siento por mí, sino por vos, Mendoza, —por vos, que sois hombre de pensamientos muy altos, ha de haber sido peor que una estocada el desprecio de la reina de Casti-

lla. Mis esperanzas han salido frustradas; me engañó la ostentacion, el deseo de veros figurar entre la nobleza y la consideracion de que espiaba una falta que debió pesar sobre vos siendo yo sola culpable á los ojos del difunto rey. Perdisteis vuestra posicion, y al veros reducido á la ínfima condicion de ventero, pudiendo vuestro valor distinguiros tanto, me parecia que mas de una vez habiais de mirarme con enojo, cuando se os podia ofrecer una ocasion favorable para recobrar vuestro crédito. Si pequé fué por ignorancia, no por voluntad. Un hermano del rey me perseguia y me insultaba suponiéndome dama del mismo rey. Don Alonso no ha visto en mí una muger frágil como esperaba, que á la sombra de un título se desliza sin pudor, y esto sin duda le hizo entender que viniéndome la proteccion de mas alto, era tambien mas alta la posicion de su rival: he aquí las sospechas y las pretensiones contra el rey. ¿Qué no hice yo para distraer á don Alonso? Todo se lo conté á su buena madre, y á mis instancias doña Juana le negó la entrada en el palacio. Juró vengarse y lo habrá hecho como un mal caballero, como un vil. Sí, don Alonso es un vil.

Mientras Violante dirigia tan odiosa calificacion al hermano de don Juan primero, doña Elvira Iñiguez entraba para cumplimentar á Mendoza. Aquel momento de sorpresa llenó de cortedad á los esposos alaveses. La madre de don Alonso habia oido con desagrado el final de aquella conversacion, y á pesar de la pena que le causaba la conducta de su hijo, no pudo soportar los cargos que le hacia la afligida Violante. Todo se lo hubiera perdonado á la esposa del alaves, menos la calificacion de *vil* con que acababa de denostar á su hijo. Doña Elvira tenia tanto de bondadosa como de altiva: la predileccion que en la época mas deliciosa de su vida habia obtenido del rey don Enrique de Trastamara la infundió ese carácter pundonoroso y firme que á la sazon se notaba con frecuencia en las queridas de los reyes. Violante no adquirió esa dignidad cortesana y de gran tono á consecuencia de las vicisitudes de su vida aventurera y asaz desgraciada: hé aquí el motivo de su cortedad á

la presencia de otra favorita que, como ella, lo fué de un mismo rey. La circunstancia de pertenecer doña Elvira de Iñiguez á una familia distinguida en Castilla por su alcurnia elevada, rebajaba no ménos la condicion de la pobre Violante, la cual debia mirar con cierto respeto á la madre de don Alonso, hermano de don Juan primero.

—Me pesa, dijo doña Elvira, el haberos causado molestia en tan crítica ocasion, y me pesa tanto mas, cuando en cierto modo no he dejado de representar un papel humillante y poco digno de mí.

—¡Señora! dijeron á un tiempo los alaveses persistiendo en la misma cortedad.

—Muy ridículo y menguado para la madre de un hermano del rey ha sido el descender hasta á los venteros del camino de Burgos. No tengo por lo mismo de qué quejarme si al haberme olvidado de quien soy he tocado las consecuencias del roce con personas que pueden llegar á ser nobles si la voluntad de un monarca les autoriza para que así se llamen; mas como los reyes no pueden dar nueva sangre.....

—Basta, doña Elvira, esclamó Violante con dignidad. Si á vuestra presencia hubiese tenido que hablar de vuestro hijo, ántes que calificarle como he hecho, me hubiera cortado la lengua. Yo hablaba con mi esposo y podia en conversacion privada desahogar mis sufrimientos sin guardar consideraciones de ningun género, debiendo la conversacion quedar sepultada aquí... en mi corazon y en el de Mendoza. Sed justa, doña Elvira. ¿Es de mejor condicion vuestra calidad de madre que la mia de esposa? Y si como madre de don Alonso se os hiciese un cargo que pesando sobre vos arrebatase para siempre vuestra felicidad y buen nombre ¿no os defendierais del mejor modo alegando las poderosas razones de vuestra disculpa, siendo inocente? Mi deber me obliga á desvanecer de la imaginacion de mi esposo toda idea que afecte mi honor y mi buen nombre. ¿Tan poco valen para el hermano de un rey el honor de una muger y la fama de un buen soldado? Señora; olvidad por un momento vuestra condicion de madre y prescindid de al-

curnias; poneos en mi lugar, y respetad mi posicion como yo respeto la vuestra.

—¡Llamando vil á mi hijo! ¿A eso llamais respeto?

—Ya os he dicho, contestó Violante, que mi espresion no debia haberla oido mas que mi marido, en cuyo caso nadie podia observarla ni condenarla. La habeis oido vos y no puedo resistirme á vuestras reconvenciones: si tan generosa sois y os dignais admitir mi disculpa, ya que de vos sola depende la absolucion del agravio.....

—Quedo satisfecha, contestó doña Elvira, que se complacia en humillar á la alavesa; yo ignoraba la causa de vuestro enojo despues de haber empleado por mi parte los medios mas apropósito para evitar toda indiscrecion por la de mi hijo hasta haber contribuido á que se le negase entrar en las habitaciones de la reina viuda; no podia hacer mas que acceder á vuestras instancias y secundar vuestro pensamiento contra don Alonso á quien dí el ser y amo entrañablemente. ¿Quereis de una madre mayor sacrificio que el ser justa cuando un hijo no se conduce debidamente? Y Mendoza está descontento, y vos, Violante, insultais á mi hijo despues de haberle acriminado, despues de haberme constituido en instrumento de vuestra venganza. ¿Pensais que es poco negar el paso libre á un individuo de la real familia solo para que aprenda á respetar el decoro de una dama? Vos en mi lugar tal vez me hubierais dicho «¡Doña Elvira! una muger honrada se resiste hasta la muerte,» y yo podia añadiros «si no os gusta el trato de la corte, hija mia, volved á la hostería, donde no vaya á molestaros ningun alto personage, y si aun así no os creeis segura, encerraos en un monasterio. ¿Como quereis evitar que un jóven se os declare ciegamente enamorado de vuestra belleza? Decidle que no le quereis y alejadle del mejor modo.»

—Ya lo sé, contestó Violante: podiais haberme dicho que eran demasiado necios mis escrúpulos, mas permitidme recordaros que no fuí exigente hasta el estremo á que vos llevasteis las cosas, limitándome únicamente á suplicaros que ad-

virtieseis á vuestro hijo amistosamente que dejase de molestarme, hiriendo si fuere menester su amor propio bajo el concepto de que si es desdoro para el hijo de un rey dedicarse á una ventera, que fué concubina de su padre, lo es mayor todavía el verse desdeñado de una muger de tan humilde condicion. Vos quisisteis darme otra prueba mas poderosa de vuestra deferencia.

—Os engañasteis, respondió con orgullo doña Elvira: yo no quise que don Alonso descendiese hasta á vos; y preferí hacerme instrumento de vuestra venganza á la mengua de que fueseis vos, la ventera alavesa, la que os vengaseis del hijo de un rey.

La altivez de doña Elvira, su exagerada soberbia llenó de cortedad y turbacion á la sencilla Violante, al mismo tiempo que tranquilizó al alaves por haber descubierto en parte la inocencia de su esposa. Mendoza comprendió muy bien, y supo esplicarse entónces, la conducta de don Alonso: no era ya el jóven enamorado, sino el noble vengativo el que influia tan calamitosamente en su suerte; pero no quedaban todavía desvanecidos sus escrúpulos hácia don Juan primero, de cuyos amores, segun dijo la vieja de la hostería, estaba receloso el hijo de la Iñiguez.

—Sea cual fuere la causa de vuestra disposicion, dijo Mendoza á doña Elvira, yo os doy gracias por el bien que de ella he reportado.

—Yo tambien, contestó turbada Violante.

—¿Vos? dijo doña Elvira—¿No erais vos ha poco la que frunciendo las cejas deciais. «Don Alonso es un vil?» No es esta en verdad una grande prueba de agradecimiento.

—A vos, señora, agradezco lo que hicisteis, replicó Violante, mas.....

—Proseguid.

—Yo no debo acusar á vuestro hijo: no quiero vengarme.

—Ha insistido despues.....

—No, señora, replicó Mendoza: vuestro hijo se ha vengado de su hermano y de mi esposa; vuestro hijo se ha hecho de-

lator de ambos, y á la reina de Castilla le ha llegado tambien el turno de estar celosa como yo lo estuve y como lo está don Alonso.

—La culpa es vuestra, Violante, dijo doña Elvira dirigiéndose á la alavesa.

—¡Mia, decís! esclamó Violante haciendo un movimiento de sorpresa.

—Si amais á otro y respetos no le guardais á un buen marido.... si tan pérfida sois y vanidosa que graduais vuestro cariño segun la posicion del amante... ya se vé; presentando por rival al mismo rey.....

—Basta, doña Elvira, dijo Violante interrumpiéndola; nadie en este mundo se libra de un juicio falso, ni de una impostura. Vuestro hijo podrá haber creido..... pero se equivoca.

—¡Él cree! esclamó Mendoza embravecido, ¡yo tambien creo! y el tiempo despejará la incógnita. Entre tanto yo, que soy la víctima de todos, acabo de perder el favor de la reina de Castilla.

Un grito de indignacion fué la única defensa de la desgraciada ventera, que no pudiendo soportar el peso de tan injustas inculpaciones, salió precipitadamente de la habitacion de Mendoza y fué á postrarse á las plantas de doña Leonor mientras estaba recibiendo en corte á los cien hombres que acababan de ser nombrados caballeros.

—¿Donde vais? esclamó doña Elvira, siguiendo á Violante.

Esta pregunta no pudo contener los pasos precipitados de la alavesa, ni la presencia de los cien caballeros fué bastante para retraerla de su propósito.

—¡Señora! esclamó la infeliz traspasada de dolor: soy... inocente.

No pudo proseguir y cayó á los piés de la reina, cuyos esfuerzos para levantarla fueron inútiles. Violante estaba sin sentidos. Doña Leonor dispuso que le fuesen suministrados los auxilios convenientes y que la trasladasen á una de las piezas contiguas para darle audiencia reservada, luego de

disipado aquel accidente. El rey no se hallaba presente en este acto; por haberse transferido á las cárceles á fin de dar por sí mismo la libertad á cuantos prisioneros de guerra se hallaban en ellas, recibiendo en el tránsito las mas cordiales felicitaciones y entusiastas vítores de sus leales vasallos. Concluida la ceremonia de corte, la reina se trasladó á la estancia en que se hallaba Violante, que habia vuelto ya en sí de su trastorno. Al ver la alavesa entrar á doña Leonor con paso grave y magestuoso, iba á levantarse é hincar su rodilla, de lo que la dispensó la reina y tomó asiento junto á ella.

—Solas estamos, dijo la reina: puedes ahora disculparte y patentizar tu inocencia. Presumo á que has venido, y si es cierto que eres culpable, está tu reina dispuesta á perdonarte bajo condiciones que habrás de cumplir irremisiblemente: si eres inocente, tu reina será justa contigo y te dispensará su real favor. Si eres culpable y tratas de disculparte, nota bien lo que voy á decirte, en este caso la reina no te perdona y es preciso que te dispongas á luchar con una rival tan poderosa que le bastará una sola mirada para confundirte y perderte. Llena en buen hora mi corazon de amargura confesándome tus deslices, pero no me engañes, Violante; que al ménos sepa yo por tu boca que te arrepientes de haberme ultrajado, y no dudes que cuanto puedes haber imaginado en mí de severa, lo verás en adelante de compasiva y generosa.

—¡Mi reina y señora! dijo Violante derramando abundantes lágrimas: no es una arrepentida la muger que ha venido á postrarse á vuestros piés. La compasion que acabais de ofrecerme la necesito de vos y de vos la imploro; mas no crea vuestra alteza que deba pedirle perdon, porque yo nunca me he declarado rival de mi reina, ni sabria esponerme á una lucha en que mi adversaria habia de llevarme tan inmensa ventaja. Tampoco es culpable el rey de Castilla, de cuyos labios no ha salido jamás una espresion amorosa, ni sus ojos han dirigido á mi humilde persona una mirada indigna. El rey no me ama ni yo tampoco corresponderia á insinuacion alguna contraria á mi honra ó á la vuestra.

—De eso podrá informarme la reina viuda, contestó doña Leonor con intencion.

—Es verdad, prosiguió Violante moviendo suavemente la cabeza: es verdad que mis antecedentes en vida de don Enrique pudieran ser un obstáculo para que otra reina diese crédito á mi fé y á mis palabras, si los pormenores de mi conducta pasada no tuviesen justa disculpa; pero, lo habeis dicho bien, la reina viuda podrá informaros de todo. Ella sabe que en la ocasion mas crítica me fugué de palacio, cuando don Enrique estaba loco de amor por esta pobre huérfana, que no tenia mas amparo que el de su Dios y su rey. Esclava de mi conciencia y señora del corazon de un monarca que pertenecia á otra muger, luché con denuedo, y mi pasion sucumbió al cabo á mis remordimientos y deberes. Doña Juana está enterada de esa lucha que sostuve en mi edad mas crítica; me compadeció, y despues de haberme perdonado, ya lo veis, me ha favorecido con su alta proteccion. Algo habrá visto en mí que me disculpa á sus ojos, cuando me ha arrancado de la oscuridad y acercado al sol de la corte y á respirar ese aire delicioso para los que no tienen que dispertar ninguna envidia. ¡Ah, señora! yo agradezco con todo mi corazon la cordial bondad de la reina doña Juana, pero si ella supiera que ese aire me ahoga me dejaria volver á mi oscuridad.

—¿Estás dispuesta, preguntó la reina, á separarte de la corte cuando yo te lo avise, sin guardar consideraciones á tu protectora?

—¡Señora! todo lo haré, ménos ser ingrata á mi protectora.

—Todo ménos separarte del rey de Castilla, replicó doña Leonor irritada.

—No mas, señora, no mas; haré cuanto me mandeis.

—Advierte que ni el rey ni tu propio marido deben conocer mis órdenes reservadas: desde hoy te me entregas como un ser inerte, y no olvides que doña Leonor de Castilla es tan bondadosa como la madre de don Juan primero y tan rencorosa como la de don Pedro.

—Señora, contestó la alavesa, me someto ciegamente á vuestra voluntad; pero en cambio me atrevo á solicitar de vuestra alteza una gracia.

—Habla.

—Decidme, señora, ¿quién se ha atrevido á acusarme calumniosamente?

—Tu demanda es impertinente. ¿Por qué quieres conocer á tu acusador?

—¡Porque os han engañado, señora! Yo le hablaré cara á cara y le confundiré, no lo dudeis.

— Repito que tu demanda es impertinente.

—Pero confesad, señora, que es mucha perfidia vengarse de una muger, ocultando cobardemente el rostro, y que no conociendo yo al calumniador quedo espuesta á formar juicios muy temerarios.

— ¿Vengarse, has dicho?

—¡Dios mio, Dios mio! bien pudiera tenerlo ahora en mi presencia.

Despues de esta esclamacion de Violante, se presentó don Alonso sin pedir venia en uso de la gracia que le concedió doña Leonor en su primera entrevista. Un movimiento automático, involuntario, estremeció á la alavesa, cuyos ojos encendidos parecia que iban á salirse de las órbitas para arrojar á don Alonso todo el fuego de su indignacion.

—¡Él es! esclamó levantándose y retrocediendo con horror.

—¡Violante! dijo la reina: estás delante de doña Leonor de Castilla y eres su vasalla.

La alavesa levantó al cielo sus miradas, y luego se tapó el rostro con ambas manos.

—Vete, dijo la reina.

La alavesa se inclinó y se fué. Al pasar junto al bastardo le dirigió una mirada que era una estraña combinacion de ira y de desprecio, y no pudiendo contener su implacable ira, se le acercó y á media voz, rechinando los dientes, le dijo: — «¡Impostor! quiero que me oigais, quiero humillaros.»

Dió la señal el clarin y la guardia del palacio se puso

sobre las armas: los vítores que llenaban la admósfera anunciaban el regreso de don Juan que rodeado de ingleses y portugueses entraba triunfante en su real morada. Violante no sabia donde dirigir sus pasos, y divagaba por los salones y corredores sin acertar á detenerse.

En este estado fué sorprendida por don Juan que acababa de despedir á los cien caballeros, y le seguia el maestre Fernandez.

—¿Qué haceis, Violante? le preguntó don Juan. —¿A quién buscais?

—Huyo de vos, contestó con espanto la triste dama.

—Esperad, desventurada, dijo el rey cogiéndola del brazo. —¿Qué os he hecho yo para que huyais de mi vista? Decídmelo.

—¡Soltad, señor! Vos no me habeis hecho nada.

—¿Sois vos, infeliz, la que tal vez me ha faltado y teme mí venganza? ¿Yo, que acabo de perdonar á tantos enemigos, he de negar mi indulgencia á una debil muger desconsolada y hermosa? No me creais capaz siquiera de declararos culpable, aunque os hayais conjurado contra mi vida. De vos á mi no hay crímen posible.

—Dejadme os digo, señor, repitió Violante haciendo esfuerzos para obligar á don Juan á soltarla. —Yo no os he faltado jamás.

—Esplicadme almenos á qué viene esa tenaz resistencia. ¿Qué significa esa aversion incalificable? quiero saberlo todo. ¿Ha tenido alguno la audacia de faltaros al decoro? ¿Os han insultado, Violante, y no os atreveis á pedirme justicia? Yo pondré á vuestra disposicion á cualquiera que os haya ultrajado para que vos misma le juzgueis.

—No debo acusar á nadie, no me quejo mas que de vuestra alteza, porque.... no me soltais.

Dió Violante un sacudimiento, se evadió y corrió precipitadamente á la habitacion de doña Juana. Don Juan volvió con frialdad la cabeza y dirigiéndose al maestre, le dijo: —¡Fernandez! habeis tenido razon: que se cumpla mi voluntad. Ma-

ñana don Pedro Gonzalez de Mendoza será armado caballero y declarado formalmente mi mayordomo con señorío de Tito y Buitrago.

Entró el rey en su cámara despidiendo á Fernandez, quien luego dirigió la vista al rededor y observó con sorpresa que la reina y don Alonso con la puerta entreabierta le estaban acechando; pasó con disimulo á la habitacion de Mendoza, y le encontró oculto en un corredor desde el cual habia presenciado tambien aquella escena imprevista. La reina estaba desesperada, atribuyendo á hipocresía por parte de Violante todo lo que habia hecho á la sazon, y don Alonso aumentó considerablemente sus recelos persuadiéndola de que la ocasion de dar con el rey habia sido buscada á propósito, añadiendo que no podia un monarca dar á una dama mayor prueba de su pasion que la que acababa de dar don Juan á Violante otorgándole el derecho de juzgar á su enemigo. Don Alonso no concibió que este ofrecimiento y los halagos de don Juan eran momentáneos y como un mero cumplimiento para calmar la agitacion y el desconsuelo de aquella muger, á la cual debia guardar todas las consideraciones de caballero por respeto á la reina viuda. Esta reflexion no podia hacérsela el hermano bastardo del rey de Castilla, estando como estaba mas celoso que la misma reina doña Leonor.

¿Y Mendoza? ¿Como podia contener los ímpetus de su cólera el honrado alaves, que, á juzgar por las apariencias, veia confirmada á cada paso la pasion del rey á su esposa? ¿Qué podia argüir de ese favor ilimitado en medio de las intrigas y desavenencias de la real familia? Con los brazos cruzados contempló como el rey tenia asido el de Violante exigiéndola una palabra para darla en seguida una prueba de su alta deferencia. Si no es amor á Violante lo que tiene el rey de Castilla ¿como esplicarse el alaves aquel deseo de patrocinarla á todo trance, de dejarla saborear libremente su venganza y de someter un acto de justicia al capricho de una muger desesperada? ¡Pobre Mendoza! ¡cuan amarga le era la munificencia del castellano! ¡Cuanto mas le valia vivir en su oscuridad,

en aquella hostería, donde nadie amancillaba su honra, donde Violante era su reina y él era el rey de Violante, sin rey ni reina que le disputasen su posesion! Era fuerza someterse al destino.

Don Pedro Fernandez se acercó á Mendoza, y cogiéndole de la mano, le acompañó á la habitacion de la mayordomía.

—¡Tan triste y trasportado un hombre como vos! dijo el maestre.—¿No os causa rubor valer tan poco?

—¿Qué quereis, señor? Me he vuelto cobarde y ¡quiera el cielo que siga así!

—Mañana recibireis el arma y doña Leonor aceptará vuestra defensa.

—Mucho confiais, señor. Ni aun así cuento segura mi dicha.

—Desconfiado sois por demás.

—Me sobran los motivos.

—Si algun hombre en la corte merece ser envidiado en el concepto de cuantos conocen lo que pasa ahí dentro, es el ventero alaves.

—No es esta la primera vez, señor, que me hablais en ese sentido, y sin embargo de que insistís tan amenudo en la misma frase, siempre la veo desmentida por nuevos accidentes y nuevas contrariedades. Hasta ahora vos mismo, que estais tan al corriente de las intrigas palaciegas, no sabeis definir seguramente esas turbulencias estrañas que en distintos conceptos ponen á la mira á cuantos toman parte en esta historia de continuos desaciertos. A nadie domina un mismo pensamiento, cada cual busca una consecuencia conforme con sus miras, y el uno se guarda del otro sospechando hallar en cada uno un enemigo.

—¿Decís que eso no se esplica facilmente y que no habrá en palacio una persona bastante perspicaz para despejar la incógnita? Mi concepto no creo que haya salido equivocado: cuantos toman parte en esta historia amorosa son inocentes. Vuestra esposa no ha faltado á sus deberes; el rey no ha tenido con ella relacion alguna amorosa; la reina está mal informada;

vos lo veis todo al trasluz del prisma de una prevencion celosa, y don Alonso, que es el único acreedor á reconvenciones amargas, queda disculpado por su inesperiencia y poca edad. Don Alonso pudiera daros que recelar si Violante se hubiese olvidado de cuanto os debe y de cuanto se debe á sí misma, pero afortunadamente vuestra esposa solo aspira á ser digna de vuestro amor; el hijo de doña Elvira no comprende la fuerza moral de vuestros sufrimientos, ni conoce los deberes que le impone su clase, ni el respeto que merece la honra agena. Vió á vuestra muger, le declaró su amor sin engañarla; la hermosura de Violante le inspiró zozobras y llegó á recelar de su hermano por haberle un dia divulgado amistosamente que á él tambien le parecia encantadora la ventera. La circunstancia de ser un rey el que le hablaba en aquel sentido, aguzó la envidia, muy natural en su edad de fuego por creer fundadamente que las mugeres no dejan jamás de ceder á las instancias de todo un rey. Su amor propio unido á su pasion y á su intrepidez ha producido esa alarma que durará tanto como su ilusion. Ya veis cuan pasajeras son las ilusiones á los diez y ocho años: se prendará de otra dama, cuya edad sea proporcionada á la suya, y se reirá luego de su aventura desgraciada.

—Y entretanto ¿qué hace Mendoza?

—Mendoza... contestó el maestre sonriéndose—Mendoza entretanto se hace el amigo de su rival.

—¡Os burlais, señor! dijo Mendoza admirado, fijando la vista en el maestre.

—Amigo de don Alonso, respondió el maestre con una sangre fria que aturdió al alaves: y además procurad captaros la voluntad de doña Elvira para que reprima los escesos de su hijo atolondrado y caprichoso.

—¡Amigo de don Alonso! repetia Mendoza, causándole repugnancia esta proposicion inconcebible. Eso seria casi autorizar á mi ofensor para que siguiese ofendiéndome. Eso, sobre todo, seria mentir. Yo no puedo ser amigo de don Alonso, no puedo siquiera parecerlo.

¡ Me conformo con procurarme la mediacion de doña Elvira, aunque sea venciendo su orgullo con repetidos actos de humillacion, no pidais otro sacrificio á mi carácter. Si supieseis cuanto me cuesta este!

— Porque no sois palaciego.

— Nadie puede hacerse cargo de los sufrimientos agenos: vos no podeis imaginaros á qué punto llega la amargura del que por tantos conceptos y de tan diversos modos está herido cruelmente en su amor propio y en su honra. Si pudieseis constituiros en mi lugar, transformaros en mí, sentir en vuestro pecho los latidos de mi corazon, no me aconsejariais que diese á don Alonso la mano de amigo.

— El mejor consejo, Mendoza, es el que se da con la sangre fria. Si fuese cual vos, no pudiera prever un resultado ventajoso en desterrar las impresiones heróicas de un marido obcecado, ni la imaginacion turbada sabria presentarme los medios para conciliar la honra con el provecho y esplotarlo todo á la vez. Quisiera hacer de vos un ser nuevo en la naturaleza, un verdadero fenómeno, una cosa escepcional, quisiera veros un celoso prudente.

Mendoza quedó breves instantes pensativo; miró al maestre con dulzura, como si le causase pena no poder admitir su buen consejo, y despues de una prudente sonrisa de desaprobacion, decidióse á responderle negativamente.

— Perdonad, noble maestre, dijo con respeto, sentiria que lo tomaseis á desaire, pero faltaria al carácter de caballero que en mí reconoceis, si os diese una palabra y no la cumpliese despues. Yo os prometo ser tan prudente como pueda; me esforzaré en serlo mucho: mas amigo verdadero ó falso de don Alonso, de ese bastardo que pretende á mi muger... os lo confieso, mis fuerzas no alcanzan á tanto. . .

No se le agotaron al gran maestre los recursos para insistir en su proyecto á pesar de la poca disposicion que notaba en Mendoza para obligarle á dar un paso tan opuesto á sus convicciones y sobre todo tan dificil de realizarlo en el calor de su frenesí.

—Mañana, dijo Fernandez, vais á ser armado caballero.

—¿Y qué? contestó Mendoza.

—Un abuso de amistad es una infamia.

—¿Que significa esa advertencia?

—Una cosa muy sencilla, respondió desdeñosamente el gran maestre. No le falta derecho á un caballero para vengar una infamia de una estocada. Meditad ahora si es imposible atar las pretensiones del rival con los lazos de vuestra amistad generosa, y decidme luego si os tendrá cuenta poderlo supeditar á vuestra disposicion sin correr ningun riesgo como noble que sereis, como marido y como caballero.

Mendoza quedó confuso y perplejo, y en este estado le dejó el gran maestre de Santiago para que deliberase á sus solas sobre este medio estraño y político de cortar sus desavenencias domésticas. La idea de poderse vengar de un rival á mansalva inclinó algun tanto al alaves á aceptar el consejo de don Pedro Fernandez.

—No le falta derecho á un caballero para vengar una infamia de una estocada, decia Mendoza repitiendo las palabras del maestre.—El abuso de amistad es una infamia, y si don Alonso llega á ser mi amigo y es un infame, yo podré matarle á mansalva, porque no le falta derecho á un caballero para vengar una infamia de una estocada. ¡Cuanto tarda en llegar el dia de mañana! Poco pensaba yo que la investidura de caballero fuese tan escelente escudo para un marido ultrajado. «¡Pobre Mendoza!» me decia dos dias atrás el insolente bastardo, mientras el pueblo me seguia dando vítores al rey. Veremos ahora quién de los dos podrá llamarse pobre, y será acreedor á tan desdeñosa lástima.

Los cien caballeros armados aquel dia pasaron á visitar al alaves por haber cundido la voz de que su falta de salud le habia impedido asistir á la ceremonia y recibir con ellos el arma de manos de don Juan. Mendoza dió muestras de afabilidad y buen aprecio por el obsequio que le dispensaban, que no era mas que una mera cortesía ó un acto de etiqueta.

—Me complazco, señores, díjoles Mendoza, en haber te-

nido la oportuna ocasion de manifestar mi reconocimiento á personas tan dignas del que sabe apreciar el mérito y el valor que reside en vosotros. En tiempos no muy lejanos pude admirar vuestras proezas y pelear á vuestro lado ora contra el moro, ora contra el Portugal, ora contra la Inglaterra. ¡Antiguos compañeros de armas! son ahora dignamente recompensados vuestros servicios; yo no me hice acreedor á la gloria que me espera, mis títulos y mis condecoraciones son mas bien que un premio una exorbitante usura. Yo envidio los vuestros.

—Modesto sois por demás, dijo don Rui Gonzalez Mejía: si atendemos á los méritos, los de Mendoza nos dejan atrás.

—Disculpo vuestra lisonja, contestó Mendoza, porque la atribuyo á cortesía y no á sarcasmo. Méritos no he contraido que puedan compararse á los vuestros, á los de Ruiz Sandoval, y Fernandez de Velasco, que ha sido nombrado camarero del rey; significo muy poco al lado de don Pedro Nuñez de Lara, de Tovar, de Ruiz Sarmiento y de don Fernando Alvarez de Toledo. Sé que no puedo sostener la competencia con ninguno de vosotros, porque mi hoja de servicios es muy corta.

—Ved, señores, que sin pensarlo estamos censurando la real munificencia de su alteza, dijo Sandoval y lo aprobó Ortiz. Si don Juan primero quiso ejercer un acto de justicia todos somos meritorios, y si dueño de las gracias y de las voluntades, quiso hacernos favor, ridículo es ahora hacer alarde de nuestra valía: en este caso somos caballeros por voluntad del rey, y nada mas. Puede el rey hacer un caballero de un hombre oscuro.

—De un ventero, por ejemplo, replicó Mendoza sonriéndose desdeñosamente. Pero meditad que el ventero sabria hacerse respetar de quien diese la menor muestra de desaprobacion á la voluntad de don Juan. Pudiera un ventero oscurecer los blasones de los que nunca se han visto sumidos en la oscuridad: soy en esta parte de la misma opinion que don Pedro Ruiz Sandoval. El rey no concede premios, sino gracias: el rey obra nó por deber, sino por derecho. Hoy nos arma caballeros, mañana nos degrada; lo hace y puede hacerlo.

—A tanto llega su poder, dijo Ortiz con intencion marcada, que si á la muger de un noble quiere hacerla su dama y el marido se resiste, puede recogerle el título, y transferirlo á un villano que consienta...

—Ved que murmurais del rey, advirtió Mendoza reprimiendo su cólera.—Hay reyes para todo y hay villanos para reyes. Don Juan primero de Castilla es un buen rey ¿no es verdad, señores?

Esta pregunta no fué contestada por ninguno de los caballeros. Uno de ellos, el toledano don Fernando Alvarez, dió un nuevo giro á la conversacion reduciéndola al simple cumplido de hablar á Mendoza del estado de su salud y de los buenos deseos que le animaban, así como á sus compañeros de verle al dia siguiente en la iglesia de las Huelgas empuñar el arma de que tan buen uso sabria hacer. A poco rato dejaron al alaves reflexionando sobre las miras palaciegas de la nobleza y las repugnancias que escitaba entre los cortesanos su antigua condicion de ventero.—Esta mancha no es un crímen, decia, ni yo busco entre esa turba de fanfarrones mas que una ocasion para probarles cuanto valen mi corazon y mi brazo.

Mas tarde en la iglesia de las Huelgas un repique de campanas anunciaba la funcion del siguiente dia.





CAPITULO IV.

Don Pedro Gonzalez Mendoza es armado caballero en la iglesia de las Huelgas. Cosas notables que pasaron.

La animacion del pueblo castellano no era menor que la del dia en que sus reyes fueron coronados: la corte vestia gala, mas no habia en palacio el júbilo de los dias anteriores, como si un triste acontecimiento hubiese desazonado á la clase alta de Castilla. Los nobles formaban silenciosos grupos en el interior del real alcázar: los corredores, las antesalas, la estancia de doña Leonor, todo se habia llenado de las personas de mas distincion, todo ofrecia un aspecto amenazador. Solo se oia un rumor sordo que no bastaba á ahogar el ruido de los pasos de dos caballeros que con visera calada recorrian misteriosamente las habitaciones, cruzaban por entre los grupos y daban pábulo al descontento. Violante iba á pasar para trasladarse á la estancia de la mayordomía, donde se hallaba Mendoza, y la detuvo un murmullo dirigido por los dos encubiertos que formaban cabeza de aquella especie de motin. Salió de la estancia del rey otro caballero llevando tambien calada su visera, y abriéndose paso por entre la multitud indiscreta,

se presentó á Violante y la ofreció su brazo para acompañarla. La alavesa no desestimó el ofrecimiento, y asida del brazo del caballero incógnito, adelantó unos cuantos pasos y se reprodujo el murmullo. Paróse el desconocido delante de los dos fautores del tumulto, y levantando su visera, con voz firme y gesto de amenaza dijo: «¡caballeros! paso al rey.»

Un silencio profundo reinó desde entonces, y los nobles se miraron mutuamente sin atreverse á dar al monarca la menor señal de desaprobacion. Don Juan fijó su mirada en los dos caballeros que todavía llevaban su rostro cubierto.

—¡Abajo la visera! les dijo don Juan. Que vea vuestro rostro como os dejo ver el mio, porque es muy justo que de su rey tomen ejemplo los nobles de Castilla, que ántes de armarse caballeros debian haber aprendido á serlo. Si bien me figuro quienes sois, quiero conoceros mejor y que os conozca como yo esa nobleza ingrata.

—¡Señor! esclamó Violante, no permitais que esos caballeros sufran tamaña afrenta; llamadles á solas.

—Dices bien, Violante, contestó el rey; pertenecen á mi real familia, vale mas que la ofensa sea desconocida. Y ahora, señores, añadió dirigiéndose á los nobles, ¿no habrá entre vosotros uno tan galante que se honre con acompañar á la dama de honor de mi señora madre?

Todos á un tiempo acudieron á la indicacion de don Juan.

—Gracias, dijo Mendoza, que acababa de entrar en la antesala: yo la acompañaré, si su alteza no quiere molestarse.

—No, mi buen Mendoza, respondió don Juan: queria probar hasta que punto se resistian á mi voluntad los que han sido partícipes de mi munificencia. Tú eres caballero porque sabes serlo.

Don Juan acompañó á Violante, y Mendoza le dió por ello las mas espresivas gracias.

—Confia en tu rey, díjole el de Castilla, y empezó Mendoza á respirar el aire de ventura, cuya pureza habia corrompido la malignidad de sus recelos.

Tuvo Mendoza confianza en el rey mas por la que le ins-

piraban las gestiones del maestre de Santiago que por las prendas que adornaban al rey mismo, porque al cabo don Juan no habia cumplido aun veinte y dos años y Violante era jóven y hermosa. Mas al ver que la profecía de don Pedro Fernandez empezaba á cumplirse, sintió un placer en su corazon al oir aquel «confia en tu rey» que le dirigia el rey mismo, que tan estrañas zozobras le habia infundido el dia anterior. Conoció el alaves que Fernandez ejercia cierto ascendiente en el ánimo de su alteza y que le habia manifestado cuanto influjo tenia en la corte la belleza de Violante. Creyó con fundamento que el aparato imponente de la nobleza y aquel descontento inesperado procedian de la mala aceptacion de la gracia que iba á tributarle don Juan, mas léjos de afectarle ese desaire, le enorgulleció mas y mas por la idea que acariciaba de competir pronto con los mas grandes y poderosos de Castilla y triunfar de su miserable altivez. Vió claramente cuan cierto era lo que le dijo Fernandez, que su posicion escepcional causaria la envidia de muchos.

—Así me gusta, decia estregándose las manos, que rabien.

El rey habia vuelto á su estancia, recibiendo los saludos de la corte, que le cumplimentó afectuosamente como para probarle su arrepentimiento por la desaprobacion implícita que habia dado á un acto de su generosa conducta. Don Juan aprovechó este momento para atraerse á los caballeros poco agradecidos, y les dirigió su palabra cariñosa con el fin de halagarles con muestras de benevolencia olvidando un desacato momentáneo que pudiera haber producido fatales resultados. Procuró además conservar en su fuerza y vigor su dignidad real, á fin de que los nobles orgullosos no atribuyesen los rasgos de su bondad al temor menguado que pudiese infundirle la amenaza indirecta de aquellos vasallos sentados por él en la cúpula del favor.

—Nada perdereis, señores, en servir bien y á ciegas á quien la Providencia os ha enviado para que os mande, dijo el rey; y aunque de vuestro agrado no sea el prestarme la obediencia

que me teneis jurada, es deber vuestro cumplir el juramento y tomar paciencia; porque habeis de tener entendido que don Juan primero de Castilla tiene tan bien puesta la corona en su cabeza, que solo cortando esta, podriais quitarle aquella. Contentos estad de veros colocados tan inmediatos á las gradas del trono y de tener á vuestro frente á todo un rey, que para conservar la paz de Castilla, donde están radicados vuestros títulos y honores, y donde podeis disfrutar de las altos distintivos de la grandeza castellana, será el primero en derramar su sangre.

Las entusiastas aclamaciones de los nobles fueron para el rey el mejor aplauso á que podia aspirar despues de su breve y sentida alocucion: dos solos quedaron mordiéndose la lengua, y el rey les llamó á su estancia para conferenciar con ellos reservadamente. Eran sus dos hermanos bastardos, el duque de Benavente y don Alonso, que por miras particulares y distantes entre sí malquistaban á los nobles so pretexto de una ofensa que el rey les irrogaba, permitiendo hacer alternar con ellos á un despreciable ventero; con este amaño procuraban hacerse un partido en toda la nobleza y lograr algun dia de este modo la satifaccion de su venganza y el desagravio de ofensas particulares, en que la causa pública no tenia por de pronto ningun interes. Frustrado el plan en la ocasion mas favorable, debian resolverse á no dar ninguna importancia á sus intrigas, toda vez que la hora de la ceremonia se acercaba, y no era fácil impedirle despues de la prevencion que acababa de hacer don Juan primero.

—Solos estamos, dijo el rey: abajo la visera inmediatamente, sino quereis que os la arranque con mis propias manos! Ya sé por desgracia el rostro que se oculta debajo de esas máscaras de acero, como no ignoro la máscara maligna que oculta la perfidia de vuestro corazon. Alzadla ya, bastardos del de Trastamara; vuestro rey os lo manda.

Los guerreros obedecieron: don Juan no se habia engañado, eran los dos bastardos, hijos del rey fratricida.

—Otra gloria me ha cabido, prosiguió don Juan, la de

veros humillados á mi presencia, como el demonio á los piés del arcángel. ¿Qué me importan vuestras maquinaciones en la corte si mi poder lo domina todo, si puedo crear otra nobleza y desterrar del mundo la existente y á vosotros tambien? ¿Con qué elementos contais para conjuraros contra mí que cuento con un ejército leal y un pueblo que me adora? ¿Cómo, necios, os atreveis á encender la tea de la alarma, si dormido doy un soplo y se apaga, si la sofoca el aire de mi respiracion? ¡Don Alonso! —continuó en seguida dando un grito— yo te prohibo hablar á solas á la reina doña Leonor y te relevo del cargo de confidente: no quiero que los hijos de mi padre ejerzan tan odioso oficio. ¡Duque de Benavente! añadió dirigiéndose á don Fadrique—dame tu espada.

—¡Mi espada! esclamó el duque—¿para qué? ¿quereis degradarme?

—No: respondió con gravedad el rey —no he de ser yo quien ponga en mi hermano el sello de la infamia: tú mismo te degradaste, tu conducta te hace indigno del título de caballero. Dame tu espada, duque de Benavente.

—¿Para que, rey de Castilla? repitió don Fadrique.

—Para qué se cumpla la voluntad de tu rey y señor.

—Solo á la fuerza me la arrancareis.

Impávido don Juan, con amenazadora calma cruzó los brazos y volvió de nuevo á insistir en su mandato.

—La espada. ¡Vive Dios, que me canso de repetirlo! Nadie puede exigirme la razon de mis actos. ¡Vive el cielo, que es insolente desacato en un vasallo resistir cara á cara las órdenes de un rey!

—Obedezco, don Juan primero, dijo el duque temblando de furor; y puso su espada en manos del monarca.

—Ya sabia yo que no podia ser otra cosa, dijo don Juan sonriéndose, y luego le ciñó otra espada que tenia preparada al efecto.—No estrañes el trueque, prosiguió; la espada de mi padre no debe ceñirla quien osa conjurarse contra su reino, quien la desenvainara contra la reina viuda.

—Don Juan primero me cree capaz...

—De ultrajar á mi madre, sí, de turbar su reposo.

—¡Maldicion! murmuró el duque.

— Ya ves, continuó el rey, que no es digno del nombre castellano, ni de pisar la tierra de Castilla, quien se atreve á avasallar á una dama amenazándola con menoscabar su honra. ¡Villano! no es este el medio respetuoso de impetrar gracias á la madre de tu rey. Haces bien en bajar los ojos; avergüénzate, Fadrique, que á trueque de una corona enagenaste tu honor. Bien merecieras que te cortára la lengua y la ofreciera en dádiva á la esposa de tu padre, diciéndola: «Dormid tranquila, esposa del rey difunto; ya vuestro adversario no puede pronunciar la palabra funesta, y queda borrada la mancilla que pudiera empañar vuestro buen nombre.» Pídele perdon á esa reina, y si ella te absuelve, la patria podrá dispensar el obsequio de contar á un arrepentido en el número de sus hijos predilectos. Advierte, duque, que de tus bodas no se ha de tratar en las cortes mientras no me hagas constar que mi madre te ha perdonado. No faltará en Castilla un caballero que se haga digno de ceñir la espada que te he quitado ignominiosamente, para que mi madre pueda contar con otro brazo que la defienda de tí. ¡Hermanos! dad gracias á la Providencia que os hizo nacer hijos de mi padre; cumplid lo que os mando y quedais perdonados.

En estos términos despidió el rey á los dos bastardos de don Enrique, quienes, al salir de la estancia de su hermano, se dirigieron mútuamente una mirada de inteligencia y se sonrieron á la vez sin decirse una palabra. Luego se tendieron la mano y se la apretaron con entusiasmo.

—¿Qué piensas hacer? preguntó don Alonso.

—Lo que tú, respondió el duque.

—¡Guerra á don Juan primero!

—¡Guerra á don Juan primero y á la reina viuda de Castilla!

Poco pensaba el ventero alaves la buena acogida que su conducta hácia la reina viuda llegaria á obtener en el ánimo de un rey caballeroso. Mientras don Juan dirigia severos

cargos á sus hermanos, Mendoza y Violante se daban recíprocamente sus descargos y empezaba entre ambos á restablecerse la calma y la armonía conyugal. Las acriminaciones á don Alonso tomaron un carácter distinto del que se habia formado Mendoza en un principio; celoso en estremo, no podia concebir ántes como era capaz aquel jóven de vengar una indiferencia sin haber sido correspondido de antemano ó fundado siquiera una esperanza por una ligera insinuacion; mas luego vió que Violante le habia desairado con toda la energía de una muger honesta, y si bien no estaba del todo satisfecho del proceder de don Juan, si bien acerca del rey le quedaba todavía alguna duda amarga, la desvanecia algun tanto el dolor de su inocente esposa.

Un nuevo y mas continuado repique de campanas en la iglesia de las Huelgas anuncia que se aproxima la hora de la fiesta; el pueblo entusiasmado repite sus vítores á don Juan primero y á doña Leonor de Castilla; entran en el palacio los caballeros armados de punta en blanco, y los nobles, los hidalgos, aquellos mismos que pocos momentos ántes, seducidos por las intrigas de los dos bastardos de don Enrique, habian manifestado su descontento por la gracia que el rey iba á dispensar á un ventero, llenan la habitacion de Mendoza prodigándole cortesías para rectificar cuanto habian proyectado en su alarmante conjuracion.

Dió el reloj las once campanadas, y salieron en triunfal carroza los reyes de Castilla, siguiéndoles la reina viuda y sus damas en lujoso coche, cerrando filas la regia comitiva, ricamente montada, á la que precedia Mendoza llevando á su diestra al conde de Ledesma y á su izquierda al maestre de Santiago don Pedro Fernandez. Sonó el clarin, y atrevesando el regio cortejo las principales calles, se trasladó magestuosamente al sagrado templo donde se habia ceñido la corona real en las sienes de sus altezas. El arzobispo de Búrgos, el de Toledo, el cardenal de Aragon y otras dignidades eclesiásticas precedidas del clero burgosense salieron procesionalmente al encuentro de los reyes, ensalzando al de los cielos con devotos cánti-

cos. El de Burgos echó su bendicion á los soberanos, y en seguida al pueblo, repitiendo sus absoluciones en nombre de Dios trino hasta al pié del altar en que poco despues celebró el santo sacrificio. La antigua iglesia de las Huelgas ofrecia la mayor suntuosidad; ricos damascos cubrian sus paredes; preciosos flecos de oro y plata se desprendian de los ondeantes cortinages profusamente recamados, colgando ricas orlas que descansaban en los vistosos tapices que cubrian el pavimento. Millares de antorchas iluminaban el templo del Señor.

Concluido el oficio religioso, el celebrante arzobispo pronunció un discurso alusivo á la fiesta, que escuchó Mendoza con devota atencion postrado á los piés del ilustre prelado: levantóse luego, é hincando su rodilla ante el rey castellano, juró en sus manos defender la patria y el trono, y guardar fielmente y hacer guardar las leyes y los mandatos de sus monarcas.

—Otro juramento exijo de tí, noble Mendoza, díjole don Juan primero.

En este momento llegaron dos caballeros que, penetrando entre la multitud de convidados, subieron las gradas del presbiterio y se colocaron á distancia frente del rey. Eran los dos bastardos.

—Ya están aquí, dijo don Juan á media voz y prosiguió la ceremonia.

—Mandad, mi rey y señor, dijo Mendoza despues de la interrupcion.

—Jura por el Dios que te escucha y por el aire que respiras que tu vida pertenece desde hoy á la reina viuda de Castilla, y que en tu patria y en cualquier parte del mundo contra cualquiera que le haga ofensa, sin consideracion al rango del ofensor, vengarás el agravio hasta perder tu exsistencia.

—Lo juro por el Dios que me oye, contestó Mendoza, lo juro por el aire que respiro, y quiero que Dios me prive de él si no cumplo mi promesa.

Tomó el rey una espada que le presentó un paje, y de-

senvainándola, púsola en manos del guerrero. Un lijero murmullo dejó percibirse al lado opuesto, donde el rey dirigió una mirada severa: el duque y don Alonso conocieron el arma que ceñía el alavés, la misma que don Juan quitó al de Benavente, y no pudiendo contener el enojo que les causó tamaño desaire, murmuraron entre sí, reprobando la conducta de don Juan en hacerles presenciar aquel significativo traspaso.

—A los que duden de tu nobleza, dijo el rey á Mendoza, manifiéstales la espada que fué de mi padre y diles que te hiciste digno de ella, porque fuiste caballero ántes que el rey te diese el título de tal. Nadie sino un caballero podrá ceñirla, y lo es muy cabal, don Pedro Gonzalez de Mendoza, á quien nombro mi mayordomo y le concedo el señorío de Fita y de Buitrago para él y sus sucesores.

—¡Tanto honor! dijo Mendoza conmovido. Me poneis en el caso de declararos solemnemente que mas tarde podré merecerlo, ya que hasta ahora soy indigno de él.

—¡Señor de Fita y Buitrago! repitió el rey; no eres tú solo acreedor á mi munificencia: tu esposa repartirá contigo el señorío, y vuestros descendientes lo heredarán de vosotros.

Violante iba á darle las gracias, mas detuvo sus pasos la voz de don Alonso que se habia colocado detrás de ella con anticipacion.

—¡Mira á doña Leonor y tiembla, desgraciada! díjole don Alonso al oido.

La alavesa retrocedió dando un suspiro y bajando los ojos para impedir que se encontrasen con los de la reina que la miraba de una manera horrible. Su turbacion puso en alarma al rey, quien volvió la cabeza hácia su esposa, y dirigiendo luego una mirada al bastardo de doña Elvira, vió desprenderse de sus labios una sonrisa de inteligencia á que doña Leonor correspondió disimuladamente. Mendoza se impresionó, y los circunstantes fueron partícipes de aquel movimiento de sorpresa que dió fin al solemne acto en medio de un triste rumor. La regia comitiva salió del templo silenciosa, como si acabase de volver á la tierra los restos humanos de un alto personaje;



D. Juan I.—*Lám. 5.*

y el repique de campanas y las aclamaciones del pueblo, formando un maravilloso contraste con la frialdad del séquito, parecian un sarcasmo.

Mendoza andaba cabizbajo y meditabundo, como si con la gracia del rey hubiese experimentado una pérdida irreparable; Violante iba en el coche de la reina madre tan pensativa como su esposo; se apoderó de doña Juana una zozobra incalificable que le cortaba el habla; el rey parecia atontado; la reina doña Leonor ardia en celos; doña Elvira temia una indiscrecion de su hijo; don Fadrique seguia en sus proyectos ambiciosos; don Alonso estaba mas que nunca enamorado de la bella alavesa, cuyo traje de gala, que le regaló doña Juana, la hacia encantadora; el conde de Ledesma se sintió herido en su amor propio; el cardenal de Aragon esperaba el momento de comprometer al rey; el maestre de Santiago don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca... era el único que estaba alegre y complaciente y que participando del júbilo del pueblo parecia que se burlaba de los demás.

No bien hubo llegado la comitiva al real palacio, los esposos alaveses se presentaron á sus altezas, tributándoles espresivas gracias por la que acababa de dispensárseles, en cuyo acto el rey llamó á solas á Mendoza y la reina á Violante.

—Parece que eres tú en la corte el mas descontento de la nobleza, dijo el rey al alaves.

—No, señor, contestó Mendoza: hay otro mas noble que yo...

—¿Quien es?

—Vuestra alteza.

—¿Y porque tú no has de estar contento? insistió en preguntarle don Juan.

—Por la sencilla razon de que vos no lo estais. Yo, señor... si me es permitido hablaros con la franqueza castellana, os pediré perdon antes, pero os diré la verdad.

—Habla, Mendoza.

—El amor que he profesado siempre á Violante me acarreó muchos contratiempos, y me indispuso con vuestro padre y mi rey.

—Lo sé.

— Fuí dado de baja en el ejército á pesar de mis buenos servicios, y estuve á pique de perder la vida ignominiosamente en manos de un asesino.

—Lo sé.

—Y tuve que vivir en la oscuridad y fuí feliz entonces.

—Todo lo sé, Mendoza, todo. Pero despues no debiste temer;... muerto mi padre, no debias recelar de mi proteccion. Mi padre ejerció un acto que creyó ser de justicia, yo he subido al trono, y haciéndote gracia, usé de igual derecho que mi padre, sin ofender por esto su memoria. Nunca el hacer bien fué un mal.

—En esta parte, señor, permitidme que de nuevo os pida perdon. Yo he creido, he tenido la audacia de creer que el rey don Enrique podia pediros cuenta de vuestra munificencia.

—Te engañaste.

—Me lo figuro almenos, porque sois un buen rey. Y no quisierais dispensar vuèstro favor á costa de la honra del favorecido; pero las apariencias..... las apariencias, señor, me han engañado.

—La impostura, la perfidia de un mal hermano, dirás mejor.

—Los celos mas bien, el temor de ver arrebatada su presa por un lon mas fuerte.

—Lo has adivinado: mi hermano don Alonso obra por un impulso de obcecacion; me hace la guerra porque me cree su rival. La guerra es justa.

—No sois vos, Señor, el primero en disculparle; yo le disculpaba ántes que vos, desde el momento en que supe que altas consideraciones de respeto á la madre de vuestra alteza habian inclinado vuestra soberana voluntad hácia quien supo ser caballero con la reina viuda dejando de obedeceros ántes que proferir una palabra contra su honra.

— Si así lo pensaste, Mendoza, ¿qué estrañas conjeturas pudo formar tu mente perturbada para creer lo que no podias? ¿como puedes esplicarme el fundamento de tu zozobra si

por mas que en mi hermano vieses mi rival, no veías en tu rey el tuyo?

— ¡Ah, Señor! yo no veia en mi rey un caballero cuando sospeché que su gracia no era el premio de mi caballerosidad.

— ¿Y despues? preguntó el rey con acento bondadoso.

— Despues descubrí las intrigas de don Alonso; ví que el rey premiaba mi conducta, que hubiera sido la de otro cualquiera colocado en mi posicion.

— Es verdad: yo solo te hice caballero porque diste pruebas de serlo.

— Ví que mi rey no era mi rival.

— No te engañaste.

— Ví por fin que don Juan primero no amaba á mi esposa.

— Y esto, Mendoza..... lo viste muy mal.

— ¿Cómo? ¿No os he comprendido, mi rey y señor? Vos tambien..... ¡oh! no lo habeis dicho, nó...! Repetidme, si os place.....

— Sí, Mendoza: yo.....

— ¡Callad, señor! no me lo digais...... señor, tened piedad de mí!

Don Juan fijó sus ojos en las facciones pálidas de Mendoza, como resintiéndose de su justo arrebato, mas luego reflexionó sobre la poderosa causa de aquel pesar, y volvió al alavés otra mirada de ternura.

— ¡Pobre Mendoza! dijo el rey conmovido.

— ¡Pobre Mendoza! repitió el alavés con sardónica sonrisa.— Tambien vuestro hermano me llamaba pobre..... en verdad que bien se le puede llamar pobre al que se le ha arrebatado su única posesion.

— ¡Mendoza! esclamó el rey, poniendo mal talante.

— ¡Perdonad, mi rey y señor! perdonadme otra vez, y llamadme otra vez pobre, porque vos no sabeis cuan triste es la condicion del que siempre ha de estar humillado. Si yo no fuese el pobre Mendoza y vos don Juan primero de Castilla.....

— ¿Qué vas á decir?

— Nada, Señor: si vuestra alteza no fuese el rey no os pediria perdon.

— ¡Ingrato! dijo el rey. ¿No te tranquiliza mi real palabra? ¿Crees que el rey tiene necesidad de engañar á un miserable como tú para hacer de su muger su dama? Si don Juan de Castilla hubiese dicho: «Violante ha de ser mia» tú mismo, apesar de tu despecho, me la hubieras presentado y dádome gracias por mi deferencia, toda vez que esta predileccion fuera en su clase un título especial entre las damas de la alta sociedad, un título que las causara envidia; mas no por tí, ni por ella, renuncio á sus encantos.

— ¡Qué escucho! esclamó Mendoza con muestras de arrepentimiento: verdad es que vuestra alteza me ha dado con su real palabra la mas completa seguridad de no haber sido mi rival.

— Ni lo seré nunca, aunque lo consintieras.

Mendoza respiró; mas no supo que contestar al rey. Quedaron ambos largo rato sin resolverse á continuar su diálogo, hasta que don Juan, recobrando su dignidad de monarca que rara vez abandonaba, repitió con firmeza.

— No es por tí, ni por ella.

— Seguro estoy de lo que me repite ahora vuestra alteza; — contestó Mendoza con su franqueza natural y simpática, pero poco cortesana, no sabiendo disimular la alegría en que rebosaba su corazon. — Vos no disgustareis á la reina doña Leonor, porque es muy buena; vos, mientras viva la pobre reina no quereis acibarar sus dias, y yo rogaré al cielo, el bienestar... de todos, que conceda á la reina larga vida, mas larga que á mi esposa.

El rey comprendió la indirecta y se sonrió.

— Otra cosa, para mí mas sagrada, me decide á complacerte, dijo don Juan tomando un aspecto triste. Mi conciencia, un temor asombroso de que el rey mi padre me amenazara y maldijera desde su tumba, si yo llegara á concebir la impúdica idea de hacer mia á una muger que le perteneció..... ¡hé aquí lo que me contiene; lo que me decide á respetarla! porque he dicho «sea»... y será.



D. Juan I.—*Lám. 4.*

—Sois, rey de Castilla, la personificacion de toda grandeza y de toda bondad. Solo una cosa me falta para ser feliz, y esta no depende de vos.

—¿Cual es?

—Que vuestro hermano don Alonso halle en vos el modelo que debe imitar.

El rey se encogió de hombros y el alaves le ofreció de nuevo morir en su defensa y en la de su madre, añadiendo que tambien daria gustoso su vida por la reina doña Leonor aunque ella no se dignase aceptar su espada.

La entrevista de la reina con doña Violante produjo un resultado enteramente distinto. La alavesa no salió satisfecha como Mendoza, y la promesa de su reserva era un obstáculo invencible para volver la calma y paz conyugal á los desgraciados alaveses. Parece que Mendoza estaba condenado á no salir de un apuro sin entrar en otro: mientras allanaba una dificultad su mala estrella le creaba otras. Hubiera disipado algun tanto las sospechas de la reina una conversacion privada que tuvo con don Juan y el maestre don Pedro Fernandez, si en el acto de la ceremonia no le hubiesen inspirado envidia las gracias de Violante: aquel vestido blanco, aquel manto que daba á su buen talle un aire magestuoso, aquellas dulces miradas que cautivaban el corazon mas rebelde y desapasionado, todo eran saetas envenenadas que se clavaban en el alma de aquella reina celosa, cuya exaltada imaginacion trazaba mil planes de venganza. Ni sabia qué pensar, ni qué medios escoger para disipar sus dudas y ver brillar una realidad cualquiera en medio de sus tenebrosas confusiones. La idea del disimulo parecia que la rebajaba demasiado, al paso que temia incurrir en una humillacion vergonzosa si, manifestándose abiertamente, debia por fin ceder á las exigencias y mandatos de su esposo. A veces queria presentarse amable y generosa, mas su amor propio y su orgullo le hacian resistencia; otras queria mostrarse severa, queria serlo, mas le faltaba valor para incurrir en el desagrado del rey, y siempre maldecia las bondades de doña Juana á que atribuia la

aparicion de aquel objeto odiado, de aquella Violante en mal hora nacida, que se le figuraba demonio en forma de ángel.

—Puedes estar contenta, dijo doña Leonor á la alavesa: eres ahora una gran señora por gracia especial del rey.

—¿Yo? contestó con timidez Violante.

—Por supuesto, ¿quien lo duda? Señora de Fita y Buitrago nada menos.

—Otra cosa soy.

—Me lo figuro.

—Soy una desdichada.

—Eso mismo queria decirte; que eres muy desdichada, porque nunca podrás llegar á ser reina. Los méritos que tu esposo contrajo están á la vista, pero no son de tal condicion que os permitan subir mas alto. ¿Quieres por tus propios ojos ver los méritos de tu esposo, su hoja de servicios?

Violante quedó estática sin saber como responder á la pregunta de la reina.

—¿Quieres verla? insistió doña Leonor.

—¡Señora! respondió Violante: ya sabeis que soy vuestra esclava y que no teneis necesidad de interrogarme consultando mi voluntad para obligarme al cumplimiento de un mandato. Basta que me digais «¡mira, obedece!» para que yo fije mis ojos donde vos querais conducirlos y cumpla á ciegas cuanto se os antoje. Ignoro cuales méritos lleve contraidos Mendoza al servicio del rey de Castilla: vuestra alteza me pregunta si quiero saberlos, si quiero ver su hoja de servicios; os he contestado ya: haced lo que querais.

—Mírala pues, dijo doña Leonor presentando un espejo á Violante.—Estos méritos valen un señorío de gran nombre entre los castellanos, y debia concederse como premio de hazañas de que no es capaz el brazo de Mendoza. Las suyas, míralas bien: ahí están.

—¡Señora! dijo Violante reaccionada; descargad contra mí vuestro furor implacable, pero no por eso dejeis de ser justa con Mendoza. Como hombre de armas es un valiente, como

castellano es leal y hasta caballero, sin necesidad de los títulos con que su rey acaba de distinguirle. ¿Quereis saber, señora, cual es el mejor título de Mendoza?

—¿Cual?

—El ser Mendoza.

—Muy digno fuera de tí y de él el empeño que te has tomado en ensalzarle, si tú no tuvieses... la desgracia de ser jóven y bella; si en tu semblante no concurriesen tantos atractivos. Entonces creeria que eres mejor esposa y no viera en Mendoza un hombre de tan mala condicion. Sé que tú no eres responsable de tus gracias; sé tambien que no puedo echarte en cara ningun desliz y que solo puedes responderme de tus acciones: pero tú te hallas en palacio al servicio de doña Juana, y como ni tú ni yo podemos responder de las influencias de tu hermosura en el corazon del rey, y como ni tú ni yo podemos responder de las acciones de don Juan, ni acusarle sus pasiones, he de dirigir los cargos contra el objeto que ocasionó mi herida, por mas que este objeto sea inocente. No me queda otro medio, no es posible otra cosa, Violante: me he de ensañar contra tí, ya que contra el rey no puedo.

—Me haceis temblar, señora, dijo horrorizada la inocente jóven.

—Injusta soy, lo sé; soy injusta porque tengo celos.

—¡Señora! volved en vos y meditad bien que sin querer haceis pesar sobre vuestra conciencia un cargo espantoso. No hablo por mí, no es de mi humilde persona de quien os hablo y en cuyo favor abogo contra la temeridad de los juicios de vuestra alteza: perdonad si me atrevo á pronunciar su nombre. ¿Qué os ha hecho don Juan? ¿Qué acciones intentais acriminarle? Sosegaos, bondadosa reina, y decidme ¿qué puede sacrificar vuestra vasalla para que renazca en vuestro espíritu la perdida alegría y se emboten las garras del dolor que despedazan vuestro corazon?

—Si supiese como destruir tus gracias... ¡oh Violante! ¡Violante! me avergüenzo de repetir una palabra que revela una pasion que sin embargo no te la puedo ocultar: tengo

celos y hasta te tengo envidia, sí, envidio tu hermosura.

—Mi hermosura, contestó Violante con viveza, puedo ocultarla á los ojos del rey.

—¿Cómo? ¿Tú te robarás á las miradas del rey?

—Para complacer á vuestra alteza. No aguardo mas que vuestras órdenes para sepultarme en la soledad de un claustro.

—Sin decirle nada al rey.

—Ni á Mendoza, ni á la reina viuda, ni á nadie diré mas sino que obedezco mi vocacion. Lo prometí, señora, y aguardo vuestra órden: solo una gracia me atrevo á pediros.

—¿Gracias á mí?

—No os la imploro para mí, señora.

—¿Para quién, pues?

—Para vuestra alteza.

—Me dirás.....

—Lo que voy á pediros es..... que dejeis de ser celosa y que os tranquiliceis.

—Mas tarde, Violante.

—Meditadlo bien, señora, vuestros celos son infundados.....

—Lo único de que yo me ocupo es de la manera de evitar el riesgo. Por lo demás el peligro existe y no me conviene poner á prueba tu virtud, porque yo sé bien que el rey te ama; él me lo ha dicho.

—¿El rey me ama, señora? preguntó Violante horrorizada.

—No me has comprendido, repuso la reina, para cohonestar su imprudencia: yo no te he dicho eso..... solo he querido decirte que los ojos del rey.... quiero decir que con sus ojos, con sus miradas, el rey me habia dicho que te amaba. ¿Y á tí no te lo ha dicho nunca?

—Jamás, señora.

—¿Ni con los ojos?

—Ninguna inclinacion hácia mí me han revelado sus miradas; os lo juro.

—Pues yo me habré engañado: cuando te veo tan simpática para todos ménos para mí, se me figura que vas á obtener la preferencia hasta del mismo don Juan primero. ¡Locuras de

mugeres! no hagas caso. Bien haces en creer que el rey no te quiere, aunque te lo diga para probar tu insensata credulidad. Tú no sabes lo que tiene don Juan de antojadizo y á lo que se espone una muger que caiga en la debilidad de creerle; se fastidia y luego se deshace de ella en un banquete.

—¿Eso hace el rey?

—Y si por desgracia llega al estremo de apasionarse, tenemos hecho un convenio entre los dos. Así que yo llegue á conocerlo, pone mi rival á mi disposicion, y entónces yo, imitando su ejemplo..... ¡Ah! si yo fuese otra reina ¡pobre Violante!

La alavesa contestó á sus solas. — ¡Ah! si yo fuese otra cortesana ¡pobre reina!

Violante conoció desde luego que cuanto esponia doña Leonor era una ficcion para infundirla miedo, que no era sino el medio grosero que le ocurrió entónces para evitar el mal en cualquier caso. Debió pensar fundadamente que á ser cierta la supuesta perversidad del rey y lo que dijo la reina de su inventado convenio, los celos estarian de mas, y la contradecian su frenesí y la estricta reserva que tanto encarecia. La reina al notar la sangre fria y la heróica indiferencia con que acogió Violante tan horrible amenaza, no sabia si atribuirla á poca credulidad ó á esceso de buena fé por su parte; mas como el celoso piensa siempre lo peor, se inclinaba á lo primero, y la devoraba la inquietud.

—Piensa en el retiro, dijo la reina con cierto desenfado, volviendo secamente la espalda á la alavesa.

—Pensad en darme la órden, señora.

El modo estraño como terminó la entrevista escitó mas y y mas la angustia de Violante, porque si bien no dió crédito á las amenazas de la reina, temia sin embargo sus arrebatos el dia en que una apariencia cualquiera llegase á representársele en su imaginacion como una funesta realidad. Tenia muy presente la historia de doña María de Castilla y los efectos de su venganza con doña Leonor de Guzman, apesar de sus virtudes y de haber desaparecido de aquel combate amoroso el objeto de sus rivalidades. Esto solo le bastaba para horrorizarse al simple recuer-

do de una reina vengativa, porque decia para sí que habiendo muerto la Guzman asesinada despues del fallecimiento del pacífico rey Alonso XI, ninguna concubina de un rey estaba escenta de pagar bien cara su amorosa correspondencia. Para impedir esa continua persecucion en el palacio, para no esponerse á tener que arrostrar las consecuencias de una constante prevencion contraria, para no ser en fin el blanco de la tremenda ira fulminada por una reina cruelmente celosa, propuso su encierro voluntario, temerosa de verse sacrificada á las cábalas de una rival aparente. Y ¿cómo decírselo á Mendoza? ¿qué escusa podia alegar para encerrarse voluntariamente, despues de haber declarado á su esposo que era una torpeza despreciar tan escelente ocasion de hacer fortuna, viéndose privada de revelar el orígen de una resolucion imprevista. La ocasion no podia presentarse mas inoportuna habiendo Mendoza empezado á desterrar sus sospechas. Cuando se le presentó Violante despues de la entrevista con la reina, observó que su rostro estaba pálido y que las lágrimas surcaban sus mejillas.

—¡Ven á mis brazos! esclamó: renueva las caricias que en nuestra oscuridad, y pesando sobre los dos un anatema, llenaban de dulzura mi pobre corazon y me enriquecias y me hacias mas grande. ¿Pero qué tienes? ¿lloras?

—No, contestó Violante arrojándose á sus brazos: estoy creyendo que nos hemos equivocado. La corte de Castilla no nos conviene; el aire de la corte es ponzoñoso para organizaciones como las nuestras.

—Nos acostumbraremos á él, verás cuan pronto se desarrollan en nosotros los usos de esta corte que te dá tanto cuidado: no era ella lo que yo temia.

—Pues yo la temo ahora que no la temes tú.

—El rey me ha dado cuantas garantías puede apetecer un hombre que no consiente en sufrir un ultraje y el rey era precisamente á quien temia. En cuanto á don Alonso, procurando que su boda con la hija segunda del portugués se ratifique pronto, se alejará de nosotros, y se apagará el rescoldo, se disipará hasta el humo de su amor. Por otra parte don Alonso no se me ha pre-

sentado todavía cara á cara, ni yo he tenido ocasion de platicar con él. Vencidas estas dificultades, ocupe quien quiera la vacante que dejé en el camino de Toledo, y pues que el ascenso vale la pena, renuncio gustoso mi primitiva condicion y prefiero á ser ventero, servir de mayordomo al rey y titularme gran señor de Fita y de Buitrago, partiendo contigo el señorío, ó formando los dos un señor solo, ya que hay unidad en nuestos corazones, ya que nuestra voluntad es solo una.

—Falta vencer otro obstáculo para que no te quede ningun recelo.

—Habla, pues.

Violante se detuvo, y un amoroso abrazo que dió á Mendoza fué su única esplicacion.

—¡Dios mio! esclamó el alavés: ¡por piedad, Violante, descúbreme tus penas y dime lo que pasa en tu corazon oprimido! No prolongues mas mis dudas y déjame respirar una hora siquiera. Yo tengo derecho para exijírtelo, porque soy tu esposo. Yo te lo mando: habla pues.

—¡Ah! no me atrevo, contestó temblando la pobre dama.

—¿No te atreves? ¿como? ¿te complaces en destuir para siempre mi dicha? No pensaba yo ver tan pronto burladas mis ilusiones y frustrados mis planes de hacerte una muger feliz; porque..... te lo confieso, Violante; solo aspiro á verte dichosa, y en nada aprecio mis glorias si no han de ser para tí nuevos triunfos de ese amor que me hace tan desgraciado. Si has de perseverar por mucho tiempo observando la mas rigorosa reserva acerca de tu conducta, prefiero evitarte el deber de darme cuenta de ella borrando de tu memoria mi nombre de esposo y dejándote de una vez libre, tan libre que no habrás de temer jamás mis cargos. Sí, Violante; si insistes en tu sistema de estrañas y continuas reticencias, tu esposo te hará viuda.

—¡Que profieres! dijo azorada Violante, ¿me crees capaz de emanciparme de tí para ser mas líbre en el mundo? ¿Puede una muger cifrar su dicha en la libertad de sus actos, cuando esta libertad la pone bajo el yugo de la perfidia? Cuando no fuese el lazo sagrado que nos une, cuando mi pasion hácia Mendo-

za no me decidiese á conservar el mayor título que me ha concedido el cielo, el de ser tu esposa, por egoismo me someteria á su voluntad. ¿Pudiste creer otra cosa? Tú que me has visto arrojar mis galas y luchar con un monarca para hacerme esclusivamente tuya?

—¡O muger adorada! dijo Mendoza entusiasmado: yo quisiera que el eco de tu voz me siguiera en todas partes. Solo al oirte se desvanecen los cargos que te hace mi conciencia á pesar de no disculparte nunca. Mi entendimiento te acusa y mi pasion te absuelve. ¡Oh, si yo pudiese perder la cabeza y conservar el corazon! Tú voz me bastaria para mantenerme tranquilo sin dejarme oir mas que la dulzura de una palabra por vaga é insignificante que fuese. Pero, dime: si eres tan apasionada y ni una queja puedes dirigirme, si no te atreves á imputarme un solo acto de mala correspondencia, ¿porqué no has de ser feliz? ¿porqué no has de decirme que lo eres?

—No sé que responderte: yo bien quisiera..... pero no depende de mí.

—¡Otra vez! dijo Mendoza con impaciencia, ¡siempre el mismo misterio envuelto en tus palabras y en tus actos!

—Perdona, Mendoza, si á pesar mio te importuno con reticencias que en mi posicion escepcional son indispensables. Conténtate con saber que soy buena esposa, pero que como á tí, me persigue la fatalidad, que en nada te he faltado, ni te faltaré jamás.

—¡Jamás! ¿y lloras? ¿A qué ese llanto? ¿qué temores se apoderan de tu espirítu débil si jamás me has sido infiel, ni piensas olvidar nunca tus deberes de esposa? Yo he de oirte ó he de sospechar: habla si quieres convencerme, ó me convencerá tu silencio de que no tienes disculpa.

—¡Ingrato! esclamó Violante transpasada de dolor, ¡nada mas me faltaba!

Se sentó, dobló la cabeza y prorumpió en sollozos. Mendoza quedó de pié taciturno y amarrido sin saber si debia arrepentirse ó insistir en su enojo, mas bien pronto á esta lucha de afectos encontrados triunfó un sentimiento de compasion, y acercán-

dose á su esposa cogió su mano y la oprimió contra su corazon.

—¿No es verdad, Violante, que tambien late el corazon de tu pobre esposo? dijo el alaves con un acento dulcísimo.

—Cuando yo me tengo envidia á mí misma porque te amo tanto... ¡con tanto amor ser desgraciada!

Estas sentidas palabras, que envolvian una significacion tan patética como incomprensible hicieron vacilar al desdichado caballero.

—Acaba, desgraciada, dijo el alaves no hallando medios de reprimir su inquietud.—Si otro deber mas sagrado te impone el precepto de no revelarme lo que pasa en tu corazon, guarda tu funesto secreto, no será tu esposo quien te arranque de tu misteriosa reserva; mas ya que renuncio á nuevas investigaciones, dime almenos ¿qué exiges de mí para la tranquilidad de ambos?

—Un permiso, dijo Violante á media voz.

—Siempre has sido libre para obrar sin exigirte yo la razon de tus actos.

—Esta vez sin embargo......

—Dí, pues ¿qué quieres?

—No me atrevo á decírtelo, Mendoza, no me atrevo.

—¡Dios mio! ¿te has propuesto asesinarme? Sea lo que fuere, dímelo; tu silencio es peor para mí que tus palabras, aunque estas sean una sentencia de muerte. No me espongas á violencias que quisiera evitar. Por última vez, Violante, exijo de tí que me traces el plan de tu conducta y de la mia: quiero saber lo que quieres y lo que yo he de hacer.

—Un convento: respondió resuelta la noble dama.

Mendoza dió un paso atrás, fijó los ojos en su esposa, contempló rápidamente la alteracion de sus facciones y sintió subir á su cabeza un vértigo de furor al reflexionar el objeto á que, en su concepto, tendia la inesperada proposicion de Violante.

—¡Un convento! dijo: no, Violante: no ha de ser esa la prueba de tus deferencias hácia un hombre que se aborrece á sí

mismo desde que ha tenido la fatalidad de adorarte. ¡Un conventó! ¿Sabes, Violante, que mas bien quisiera darte una puñalada? ¿Y por qué pides un convento? para huir de mí sin duda y para no esponerte á desairar á mi rival: pero yo sabré quién es el que osa atentar contra mis derechos: yo arrancaré la máscara al que pretende envilecerme usurpándome la atribucion que me ha dado el cielo por tu misma boca en las aras del altar. No es un claustro el refugio en que has de ponerte al abrigo de las pretensiones injustas de un amante solapado, teniendo yo en mi corazon un escudo para protejerte y en mi mano una espada para vengarte. Bastan tu resistencia y mi amor, y si mi amor y tu resistencia no bastasen, lo repito, de algo debe servirle á un caballero la espada que ciñe. Gustoso la blandiré; sediento beberé la sangre de mi rival, y cuando haya saciado la sed de mi venganza, te dejaré apurar á tí la última gota en prueba del triunfo que habremos conseguido cortando la barrera que separaba nuestras voluntades. Este es el único camino por donde debe pasar mi rival y por donde es fuerza que tú pases tambien, Violante. En vano pretendes otro: tu convento ha de ser mi corazon donde estarás al abrigo de la iniquidad y la perfidia, y las puertas de este asilo tendrán por cerrojo mi espada. No temas la seduccion de un atrevido, porque es imposible separarte de mi lado..... no hay poder en el mundo que sea bastante para arrancarte de mis brazos. ¿Donde está el ladron de nuestro honor y de nuestra tranquilidad?

Un profundo silencio sucedió á las voces de desesperacion del obcecado alaves; Violante iba á levantarse, y Mendoza la detuvo cogiéndola de los brazos y postrándose á sus plantas.

—Perdona mi insensatez, la dijo conmovido: yo no sé lo que me digo ni lo que me hago: yo quisiera no haber dicho nada, y aun así... tal vez me arrepentiria de haber callado. Tú no sabes como yo lo que es estar celoso; tú no has combatido luchando con el odio y el amor á un mismo tiempo. Yo he de hacer siempre traicion á una de mis pasiones encontradas: mi amor propio se resiste á mis caricias y mi amor

hácia tí me reconviene y hace á mi conciencia severos cargos si me abstengo de complacerte.

—El mejor modo de desmentir tus precauciones, seria.....

—El convento ¿no es verdad? preguntó Mendoza levantándose. ¿Es eso lo que vas á decirme? ¿Y para eso he tenido que pasar por la degradacion y vilipendio en tiempo de don Enrique? ¿donde está tu valor de entonces? ¿Qué se ha hecho tu carácter resuelto y tu heróico desprendimiento? ¡Pues qué! ¿temes ahora sucumbir á una amenaza? Ya está visto: te falta ahora valor para resistir, y cejas al fin.

—Óyeme, esclamó Violante con timidez.

—¡Calla, vil instrumento de un hombre que te insulta! ¿como tienes valor de dirigirme la palabra, cuando tu rostro debiera ruborizarse á mi presencia?... Haces bien en bajar los ojos.

—¡No! respondió la dama levantando con dignidad la cabeza y fijando sus ojos en los de Mendoza. —Dime ahora si temen mis ojos tus miradas; dime si el rubor enciende mi rostro por mas que lo hayas azotado con el látigo de la injuria. No nace de debilidad la proposicion de esconderme á todas las miradas; tampoco tengo afrenta alguna que sepultar conmigo, pero quiero salvarte, salvarme y salvar á los reyes de Castilla. Oye lo que voy á decirte, y medítalo con calma —continuó levantándose y acercándosele misteriosamente al oido: —¡O el convento..... ó la tumba! ó encerrada ó puesta á merced de un asesino.

—¡Que escucho! esclamó Mendoza.

Violante desapareció repitiendo la horrible alternativa. Poco despues algunos varones distinguidos de la alta nobleza entraron para felicitar al señor de Fita y Buitrago por la suerte que le habia cabido y que él hubiera regalado gustoso á su enemigo mas encarnizado.



CAPITULO V.

En que se habla de una aldea, de unas cortes y de varias conferencias.



NTRE Burgos y Vitoria, en medio de dos cerros y en terreno poco fértil, se halla situada la villa de Pancorvo que por gracia especial del nuevo rey fué dada á la ciudad de Burgos. Era en los últimos dias del mes de julio: apesar del rigor de la estacion, la capital antigua de Castilla quiso dar á don Juan primero una prueba de su agradecimiento, trasladándose á la aldea los vecinos burgonenses á fin de celebrar el donativo con una fiesta campestre. La ciudad ofrecia aquel dia un aspecto muy triste á las pocas horas de su mañana con motivo de haber quedado desiertas y cerradas las casas como si el azote de una peste hubiese ahuyentado á sus moradores.

Quiso el rey participar del júbilo y mas tarde visitar con su corte el sitio de la diversion; mas no se determinó á realizarlo sin haber antes invitado á su madre que se resistia á concurrir allí, por haber sobrevenido un accidente que los médicos de la real cámara atribuyeron á la intranquilidad de su espíritu. La reina doña Leonor no se hallaba tampoco en la mejor disposicion para presenciar la fiesta de Pancorvo,

pues tenia dada cita al cardenal de Aragon, cuya entrevista le era mas grata que el regocijo de su pueblo. La idea del buen aprecio y de las distinciones que en el concepto de la reina celosa merecia de don Juan la inocente alavesa, la determinaron á tomar al cardenal por instrumento para dar el golpe proyectado sin afectar en lo mas mínimo el ánimo del rey. La oportunidad del cisma sugirió á la reina el medio mas apropósito para conseguir el fin que se habia propuesto de antemano, y poco le importaba el concepto que en las cuestiones religiosas podia formar del reino de Castilla el mundo entero, mientras que saliese triunfante de un asunto puramente personal que era para ella de absoluta preferencia. Doña Leonor pecó por egoismo en esta parte, pues para obtener la calma que apetecia ni quiso pararse en los medios ni previó los funestos resultados que podian transcender á todo el reino dando un paso altamente grave sin ninguna premeditacion.

La circunstancia de ser doña Leonor hija del aragones y la no ménos apreciable de ser de Aragon el cardenal delegado del antipapa sirvió muy bien á los dos interesados en la entrevista para lograr cada cual el término de su obra. Estaba ya Roberto establecido en Aviñon bajo el nombre de Clemente VII, y no se descuidó en tener de su parte los reyes que pudo, mientras contra sus secuaces fulminaba el Papa Urbano las mas terribles censuras. El cardenal era hombre inteligente, de una facundia estraordinaria y gran destreza en los negocios, y la reina que conocia perfectamente la destreza del de Luna en los manejos políticos, tambien le consideró el mas apropósito para salvarla del conflicto en que la habia puesto su preocupacion y las dañinas imposturas de don Alonso.

Mientras el rey pasaba á la estancia de su madre, fué anunciado á la reina el cardenal de Aragon, quien entró en el acto.

—¡Señora! dijo el delegado: me enorgullece este feliz momento en que la generosidad de vuestra alteza me concede la dicha de saludaros.

—Bien venido seais, cardenal, contestó la reina con la ma-

yor amabilidad. Preciso fuera olvidarme de mi condicion de infanta del reino aragonés para mirar con indiferencia á todo un don Pedro Martinez de Luna, que tan señaladamente le distingue en su corte el rey mi padre.

—Bondadosa como siempre está hoy la reina de Castilla.

—Y el cardenal muy galante. ¿Me direis el objeto de vuestra agradable visita?

—Muy grata es para mí, señora. A ella me ha movido tan solo el deseo de felicitaros: veo que el cielo escucha los votos de los fieles castellanos, á quienes ha dado la mejor reina y va á concederles muy pronto un príncipe ó una princesa. Ya veis por cuantos conceptos mereceis mis mas cordiales felicitaciones. Dentro de tres meses, si mal no me han informado, vuestra alteza va á ser madre.

—Así lo creo.

—Y entónces tal vez el mundo cristiano haya salido ya del conflicto religioso prestando su obediencia al papa Clemente. Castilla, esa aliada íntima de la Francia, á quien deben su corona los sucesores de don Enrique, no ha de quedar atrás, ántes bien dará ejemplo de sumision y respeto, para que de ella lo tomen las demás potencias católicas.

—Los delegados de Urbano dicen lo mismo.

—Pero sin razones valederas.

—Todos tienen las suyas para hacerse prosélitos, y mientras no decida el cónclave, difícil es acertar. De todos modos en el dia el reconocimiento de un pontífice queda reducido á cuestion puramente personal, de simpatía, de conveniencias, de favor ó como querais llamarlo; todo puede serlo menos un deber de conciencia. Por lo demás, si pudiese yo dar mi voto en este asunto trascendental apoyaria con todas mis fuerzas el pontificio de Roberto como cuestion puramente política.

—¿Vos lo pensais así, señora? Digna sois, pues, de las bendiciones de su santidad el papa Clemente VII.

—Ya veis que no es necesario, continuó la reina sonriéndose, consultar la conciencia para proceder sin escrúpulo en este asunto de interes de la Iglesia. Prescíndase del de-

recho, que es lo que pudiera ofrecer mayores dificultades, y atiéndase á la conveniencia del reino esperando que el tiempo desvanezca las dudas y ponga término al cisma. No me hagais reflexiones acerca de esta materia delicada, y puesto que á lo que vos aspirais y á lo que habeis venido es á obtener el reconocimiento del reino castellano, si las cortes piensan como la reina, dareis por bien empleado vuestro mensaje.

—¿Quien lo duda? contestó el cardenal.—Mucho me prometo del buen criterio de vuestra alteza, y me atrevo á suplicaros en nombre de mi representado que interpongais vuestra influencia poderosa para inclinar al vuestro el parecer del rey. En este caso no merecerá Castilla tan solo el ausilio de la Francia, sino que podrá contar con igual seguridad con la alianza del papa Clemente, cuyo poder es sin duda el mas fuerte del mundo, porque se ejerce sobre la conciencia de cada uno y arma á un tiempo los brazos y los espíritus. Sean vuestros soldados buenos clementistas, y serán buenos castellanos. No temais entonces que os estrechen el Portugal y la Inglaterra.

—Eso no: dijo la reina con gravedad, el poder de Urbano no es inferior al de Roberto, que se titula Clemente VII: dígalo sino la reina doña Juana de Nápoles, cuyo trono está en peligro por haber provocado la eleccion que produjo el cisma. Ya sé que direis que desde Roma le es mas fácil á Urbano hostilizar á Nápoles que á Castilla; mas yo no dudo que aunque el papa quisiera destronar á don Juan primero, su influencia en las almas no seria bastante fuerte para combatir tres potencias aliadas y poderosas, cuyos súbditos nunca sabrán olvidar lo que deben á sus reyes y á su pabellon. Os lo digo para que no me tengais por tan crédula: yo solo trato de haceros favor, y pues que todo favor merece su recompensa, algo debeis darme por el apoyo que ofrezco á vuestra delegacion.

—¿Yo, señora? preguntó admirado el cardenal.—Pedid en nombre de Clemente lo que querais y mandadme lo que debo hacer.

Nada quiero de Clemente, ni del cardenal de Aragon; á don Pedro Martinez de Luna es á quien pido un consejo.

—¿A mi? ¿la reina de Castilla.....?

—Es un secreto, contestó la reina á media voz y con ademan misterioso.

—Hablad, pues, que vuestra confianza me honra.

Doña Leonor suspiró, se pasó luego un pañuelo por la frente y medio sonriéndose empezó la esplicacion de sus penas, y despues de haber hecho una relacion estensa de la historia de Violante, puso en conocimiento del cardenal de Aragon las sospechas que contra esa muger le habia infundido su cuñado don Alonso.

—¡Vos, señora! dijo el cardenal afectando sorpresa.—¡Sufre la reina, y no sabe como desprenderse de una miserable!

—Temo ofender al rey mi esposo, y temo sobre todo las consecuencias del desaire.

—Parece que doña Juana, vuestra bondadosa suegra, se sirvió dispensarla su alta proteccion ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Quereis que yo hable á la reina madre?

—¿Y qué le direis?

—Que vos estais celosa y que retire su proteccion á esa muger.

—¡Cardenal! esclamó con dignidad la reina. ¿No os parece que seria eso humillarme demasiado? Ella me ha ofrecido retirarse de la corte.

—¿Quién?

—La alavesa, mi rival.

—¿La habló ya vuestra alteza? Mejor hubiera sido no darla tanta importancia, pero toda vez que os precipitasteis, desterradla pronto.

—Temo ser descubierta.

El Cardenal reflexionó un momento, y luego dijo:

—Tomad paciencia hasta el dia de vuestro alumbramiento, y nada digais á Violante, ni permitais que se separe de la corte.

—¿Y despues?

—Despues... continuará al servicio de la reina viuda.

—Entonces... no comprendo.....

—Pronto lo comprendereis. Cuando uno lleva un fin busca los medios de conseguirlo, y cuando los medios no pueden ser directos, se emplean indirectamente. Manifestaros celosa es rebajar vuestra dignidad, es no saber ser reina. Perdonad si en uso de la confianza de vuestra alteza desapruebo tal vez el plan que equivocadamente os habiais propuesto adoptar en mengua de vuestra posicion. Nunca querais mandar á medias: vale mas no mandar. La separacion de Violante ó ha de ser un «yo quiero» que lo oiga toda Castilla, ó no ha de parecer ordenada por vos. Ya veis cuan poco dispuesta está doña Juana á permanecer en la corte: se irá á Salamanca, y léjos de Burgos y de Toledo á orillas del Tórmes, contemplará pacíficamente los negocios del reino sin tomar parte en ellos; Violante la seguirá, y ambos sacaremos de ello buen partido, porque es preciso ayudarnos, señora, y con buena táctica quitar de por medio nuestras rivales. Doña Juana llama antipapa á Clemente VII y es para mí un embargo impertinente como lo es para vos la alavesa. Mis deseos son los vuestros; tampoco os conviene á vos la presencia de la reina madre.

—Lo que á mí no me conviene es la presencia de Violante, dijo la reina con tal viveza que no pudo el cardenal dejar de sonreirse.

—Decia que doña Juana hará oposicion al objeto de mi mensaje y como á imitacion de la reina de Nápoles, sois clementista, no podeis mirar con desprecio como la madre del rey con toda su influencia os hace la contra rebatiendo vuestra opinion.

—¿Opinion? dijo la reina desdeñosamente. No tengo ninguna. Cuando no puede conseguirse un fin por medios directos, se emplean estos indirectamente. Pues bien: favor por favor, cardenal de Aragon, mi opinion es esta.

—No he de ser yo menos resuelto, y al despedirme de vuestra alteza, permitid que á mi vez os haga un recuerdo interesante.

— ¿Cual?

— Favor por favor, reina de Castilla.

¡Y esos dos personajes eran la reina y un cardenal! Aquella para tranquilizar su espíritu agoviado bajo el peso de unos celos injustos no vaciló en hacerse cismática y poner en mal aspecto el trono que ocupaba; y éste no se paró en hacerse agente de una venganza amorosa, mientras por este medio ridículo y tan opuesto á su noble estado y alta categoría pudiese consolidar el papado en favor del elegido en Fondi, de ese francés qne debió su nombramiento á la relajacion de los cardenales, cuyos abusos quiso reprimir el verdadero papa, á quien osaron negar la obediencia por su buen celo y cristiana conducta.

No ofrece menos interés la entrevista del rey don Juan con la reina madre en la ocasion en que doña Leonor preparaba los medios de espulsar de la corte á la que engendraba sus implacables celos. El rumor significativo que sobrevino á la concurrencia en la iglesia de las Huelgas al tiempo de ser Mendoza armado caballero, aquellas miradas del rey dirigidas al duque de Benavente fueron para doña Juana dardos envenenados que desgarraron su corazon y trastornaron su mente. La consideracion de que el menor desliz podia menoscabar su buen concepto, la simple idea de ver rebajado su alto prestigio si el rey llegaba á tener un remoto indicio de que su madre era al fin una muger pecadora como las otras, la agoviaba y llenaba de afliccion y desconsuelo. ¿De donde podia haberle venido al rey don Juan la alarmante nueva de lo que pasó en el cementerio con el duque de Benavente? Apenas sabia la reina viuda como contestarse satisfactoriamente á esa pregunta que se hacia muy á menudo. Los únicos testigos presenciales de aquel desacato grosero fueron, en juicio de doña Juana, el conde de Ledesma y sus inseparables damas: de estas no debia sospechar, y si bien Ledesma no era capaz de faltar á su palabra empeñada, temia la reina madre que tal vez reconviniendo al duque le hubiese descubierto, sin pensar ser oido, alguna persona de la corte y hubiese puesto en conocimien-

to del rey lo que por tantos conceptos queria que se le hubiese ocultado.

Don Juan procuró observar en esta parte el mayor disimulo, á pesar de no haber podido contener sus arrebatos de cólera contra su hermano. Temió sin embargo que el rumor en la iglesia de las Huelgas hizo entrar á su madre en recelos, y á ellos atribuyó la indisposicion que estaba sufriendo. Trató de volver el sosiego al espíritu agitado de la afligida reina, pero fué en vano: cuanto mas se esforzaba en probarle su buen afecto, mas se avivaba en el rostro de doña Juana la llama del rubor. Esta vez la viuda condesa de Trastamara cubrió para siempre su corazon de luto.

—Y bien, madre mia: díjola el rey—¿os causa pena ver á vuestro hijo al trono de Castilla?

—¿Y es el rey de Castilla, contestó doña Juana, el que dirije á su madre esta pregunta? ¿No me vió don Juan primero loca de alegría el dia de su coronacion?

—Sí: pero mas tarde he notado en vos tal mudanza, que no sé como calificarla.

—La suspension de una pena nunca es duradera: yo no puedo olvidar que me quité el luto momentáneamente y que luego he tenido que pensar en mi estado de viudez. Dos meses atrás vivia tu padre y dos meses no le bastan á una buena esposa para llorar á un esposo querido.

—Es verdad que la memoria de mi padre debe quedar gravada constantemente en vuestro corazon.

—Eternamente.

—Sí, madre mia: gustoso le devolveria yo el trono, á que me llamó el cielo para sucederle; mas ya que esto no es posible, os lo cediera á vos, si ocupándolo se renaciera en vuestro pecho, nó la alegría, pero alomenos la calma. ¿No erais vos la que llena de júbilo me deciais que os envanecia la idea de poder llamar rey á vuestro hijo y nombrarle amenudo con este título que los significa todos? Y ahora todo es llanto y tristeza como si os arrepintierais de haberos complacido en verme ocupar el trono. ¿Augurais tal vez alguna calamidad que vuel-

va terrible mi reinado? Yo quiero la paz, y para conseguirla he resuelto cumplir las disposiciones de mi padre: si me declaran la guerra he resuelto hacerla como fuerte y ser humano despues de la victoria, con los pobres piadoso, generoso con los humildes, amparo del inocente: esta ha de ser mi conducta. ¿Os parece bien, señora? ¿Creeis que Dios me dará acierto?

— Así lo espero y no debiera el rey de Castilla olvidar dos cosas importantes para conseguir del cielo esta gracia.

— ¿Me direis esas dos cosas?

— Cumplir primero una palabra empeñada; la ratificacion de un contrato, que si bien no llegó á consumarse, no obstante se celebró.

— ¿Vais á hablarme de la boda de mi hermano el duque de Benavente con doña Beatriz la princesa de Portugal?

— ¿Como has podido adivinarlo? preguntó sorprendida doña Juana.

— Si mal no lo recuerdo me hablasteis de este asunto poco ántes de ceñirme la corona.

— Tienes razon, mas entónces me diste una respuesta evasiva.

— ¿Olvidasteis, señora, que el hijo de doña María Ponce de Leon no es vuestro hijo?

— Pero lo es del difunto rey de Castilla y tiene derecho á enlazarse con la princesa, cuya mano le fué otorgada nada menos que para consolidar la paz del reino.

— ¿Creeis al duque, mi hermano, bastante digno de una boda que puede elevarle á la dignidad real?

Doña Juana esperimentó un sobresalto que la hizo zozobrar aunque no veia en las facciones del rey la menor señal de la que pudiese inferir malicia alguna en las preguntas que le dirigia. Disimuló sin embargo su sorpresa y continuó la conversacion esforzándose lo posible en aparentar indiferencia.

— Como sé que eres un rey caballero.....

— Mas que el duque.

— Estando resuelto á cumplir las disposiciones de tu padre.....

—Sí, madre mia: me propongo en esto y en lo demás obrar con toda madurez y conciencia haciendo lo que en mi concepto haria mi padre si viviese.

— Has dicho que te habias propuesto ser bondadoso.

—Y me he olvidado añadir que, como mi padre, quiero tambien ser justiciero.

Doña Juana le miró con cierto temor, pero como el rey trataba de estudiar en su físico la impresion que le causaran sus palabras, prosiguió sin alterarse en tal disimulo, que doña Juana no pudo calificar de indirectas alusiones las que su hijo le estaba haciendo.

— Es muy justo, continuó el rey, que se cumpla la palabra... á un caballero.

—Gracias, hijo mio; respondió doña Juana no comprendiendo la intencion del rey.

— El duque de Benavente, prosiguió don Juan, no podrá quejarse de su hermano si vé en este asunto que ejerce con él un acto de justicia.

— Bueno eres como tu padre.

—Sí, señora; y procuraré imitarle y llevarle ventaja, si es posible. ¿No haré bien, madre mia, de pensar en mi padre cuando deba resolver sobre un asunto y de constituirme otro él para determinar lo que él determinaria en aquel mismo caso?

—Por supuesto.

—Pues tomo esta máxima como un consejo que vos me dais ahora y lo tendré presente al tratar de la boda de mi hermano.

—Me habia parecido que al tiempo de armar caballero á Mendoza, cierto rumor vago é indeterminado.....

— Como ellos, los nobles, ignoran las cualidades de Mendoza..... Ya sabeis..... pero vos no lo sabeis como yo: Mendoza es digno del arma que ciñió y mas digno todavía de que la mano de la reina madre se la ciñera. Contadle como el mejor de vuestros defensores.

—Despues del conde de Ledesma.

—No pretendo rebajar el mérito de una persona á quien debo tanto la corte de Castilla.

El semblante de doña Juana era ya mas placentero por haber inferido de las espresiones del rey que nada tenia que ver con ella la rencilla de los dos hermanos.

—Me advertisteis, continuó don Juan, que para prometerme un reinado feliz, debia no echar en olvido dos cosas importantes, el cumplimiento de la palabra empeñada y..... ¿cuál es la otra? no me la habeis dicho todavía.

—La otra es que en la cuestion de la Iglesia te acuerdes de que eres católico, apostólico, romano; que el solio pontificio está en Roma y no en Aviñon, y que Urbano es quien lo ocupa como sucesor de san Pedro.

—Esta es cuestion que no incumbe á mí solo resolverla: ya sabeis que al tiempo de morir mi señor padre me dejó recomendado encarecidamente que por lo tocante al cisma y conflictos de nuestra Iglesia, siendo este punto de suyo tan delicado y dudoso, me abstuviese de tomar ninguna resolucion sin haberme antes asesorado con personas de probidad y ciencia conocidas, á fin de que nunca pese sobre mí solo una responsabilidad tan grave. Por lo demás, señora, no es acertado vuestro parecer en esta materia, cuando juzgais el derecho del pontificio por la mera posesion del solio de Roma, pudiendo el papa establecer la Sede Apostólica en cualquier punto del orbe católico, porque un usurpador pudiera vencer al papa con la fuerza, y nunca seria un derecho la usurpacion.

En este momento en que don Juan iba refiriendo los peligros á que pudiera ser conducido el rey por una mala inteligencia en la determinacion del derecho papal, llegó al dintel de la puerta el cardenal de Aragon, á quien la reina madre habia señalado hora para conferenciar con ella y dado orden para que se le permitiese la entrada en su estancia sin necesidad de anunciarse. Doña Juana hizo al verle un movimiento de sorpresa que no fué advertido por el rey, quien continuó la conversacion como si estuviese hablando solo con su madre.

—Si es cierto, decia el rey, que en la eleccion de Urbano careció el cónclave de toda la libertad indispensable, y si luego al proceder á otra segunda se tuvo en

cuenta que la primera fué nacida de la coaccion y el miedo, el verdadero papa, el sucesor legítimo de san Pedro es Clemente VII y á él solo debieran todos los católicos reconocer por cabeza de la Iglesia de Jesucristo.

—¡Silencio! esclamó doña Juana, advirtiendo al rey la presencia del cardenal.

Don Juan volvió la cabeza y dió al eclesiástico una mirada severa como acusándole de imprudente por haber penetrado en aquella estancia sin anunciarse de antemano. El cardenal conoció que el rey ignoraba el permiso que le otorgó su madre, y no dió la menor señal de inmutarse tomando la mirada del rey como cosa de poca importancia.

—Pedonad, dijo el de Luna, si inadvertidamente me he presentado á interrumpir la conversacion de vuesas altezas: creí que estaba sola la bondadosa reina y entré con el permiso previo que me estaba concedido desde ayer. Si conviene á vuestras altezas proseguir en secreto, no os servirá de estorbo mi presencia: me retiraré.

—Habiéndoos la reina otorgado su venia, contestó don Juan, podeis quedar aquí y tomar parte en nuestra discusion como por via de ensayo. Cabalmente es asunto que os toca muy de veras y no os ha de pesar que invoquemos vuestro ausilio para algunas aclaraciones.

—Podeis sin embargo calificarme de parcial, espuso el cardenal de Aragon.

—Teneis razon, contestó doña Juana: vos sois interesado y no direis con franqueza si el verdadero solio pontificio está en Roma, conviniéndoos probar lo contrario.

—Puedo sin embargo aseguraros, replicó el cardenal, sin temor de que me impugneis, que si el gran sultan despojara al papa de sus dominios y fuera á sentarse en la silla de san Pedro no seria por eso en la tierra el representante de Cristo y cabeza de su Iglesia un descendiente de Mahoma.

—¡Muy bien! esclamó el rey aplaudiendo la improvisacion del cardenal.

—Basta, dijo resentida la reina: esta cuestion pertenece á

un congreso de Castilla en que ni el cardenal ni yo podemos tomar parte. Si estuviese aquí un delegado del papa no nos espusiéramos á prejuzgar.....

—¡Un delegado! dijo admirado el cardenal. — No olvide vuestra alteza que presenté mis credenciales.

—Hablo, replicó la reina, del papa Urbano; del que ocupa la silla de san Pedro. Sé los manejos de la Francia y las consideraciones que Castilla le debe á esa nacion amiga; pero no olvido que soy cristiana y que la Iglesia no tiene mas que una cabeza visible. La política va aparte y la conciencia es primero: no debe ninguna nacion por muy aliada que sea, intervenir en nuestros asuntos religiosos. Yo me desentiendo y desampararé la corte cuando se trate de reconocer un papa sea cual fuere. El cónclave en segundas elecciones nombró á Roberto revocando una eleccion irrevocable; el cielo designó á Urbano y yo estoy para el que señaló el dedo de Dios. Permitid, cardenal, que repruebe vuestro mensaje como mandato de un prelado intruso, de un antipapa: no quiero ser cismática, y retirada á Salamanca alternando mis oraciones con las devotas preces de las siervas del Crucificado, rogaré por todos y le pediré al Señor de Israel que si Castilla incurre en el cisma, no me deje sobrevivir mucho al triunfo de Roberto.

—¿Tan opuesta estais, señora?

—Tanto, que su triste presentimiento me anuncia la desgracia del reinado de don Juan primero si desestima mis consejos. Algun dia se los recordaré y me dará la razon.

En vista de las observaciones de doña Juana, el rey, á instancias del cardenal, dispuso no hablar mas de este asunto, á fin de no causar molestia á su madre, y resolvió pasar á la aldea de Pancorvo para que sus vasallos no atribuyesen á desaire su incomparecencia en aquel sitio, donde le tenian preparada una tienda de campaña, construida de ramajes, para hacer á sus altezas el obsequio mas alusivo á la fiesta de una aldea. Doña Juana, arrastrada por las invitaciones de su hijo, se decidió tambien á complacer á los burgosenses á pesar del quebranto que esperimentaba en su salud. Se trasladó á Pancorvo la real fa-

milia, quedando en Burgos el cardenal de Aragon muy satisfecho de los buenos auspicios con que se presentaba el resultado de sus intrigas. Contaba ya volver el sosiego á doña Leonor, y le faltaba solo dar un paso para asegurar el golpe y ganar la partida á doña Juana mediante el apoyo de la jóven reina. Para que el mensaje del cardenal produjese el efecto que deseaba, la condesa viuda de Trastamara era un obstáculo difícil de vencer: inclinada su alteza por los saludables consejos del humilde cura de la capilla de los reyes, nadie podia disuadirla de su justa prevencion contra el antipapa Roberto, á quien miraba como un Júdas de la Iglesia y tenia por sacrílega su eleccion. No la engañaba el pobre cura, de cuya mision evangélica era un modelo en que debian aprender los delegados del antipapa y sus inmorales secuaces, quienes al formar su cónclave en Fondi solo tuvieron presentes las medidas coercitivas que Urbano habia adoptado concienzudamente para que los sacerdotes de Melquisedech fuesen todos indistintamente lo que debian ser y no diesen al orbe católico el escándalo de ver renacer á los fieles conjurándose contra Dios, guiados torpemente por la conducta inmoral de algunos indignos ministros. Eso es lo que no queria el pontífice Urbano, y eso fué causa de la desobediencia de los que orgullosos no quisieron dejarse trazar la senda de su deber.

El paso que proyectó dar el astuto cardenal don Pedro Martinez de Luna fué apoderarse de la situacion de Violante, haciendo de su parte á su marido, cuyo medio era el mas feliz y conducente para sus miras particulares, á no oponérsele dos inconvientes insuperables, la amistad de Mendoza con el adiestrado maestre de Santiago, y el juramento que tenia prestado el alavés de ser á todo trance el mas fiel defensor de la reina madre. Cabalmente en el asunto de la Iglesia no era don Pedro Fernandez partidario del antipapa y no reinaba por lo mismo entre los dos la armonía que el cardenal habia menester para envolver á Mendoza en las redes de su política y hacerle su instrumento en la cuestion pontificia. Esta vez debia portarse con mayor circunspeccion, porque no era lo mismo ha-

bérselas con Fernandez, que con la reina viuda; no podia el cardenal dar con un antagonista mas temible, atendida la destreza del maestre, y debió tener presente que la lucha no seria desigual como las otras veces.

Trasladémonos ahora á la aldea de Pancorvo, y dejemos al cardenal de Aragon estudiando los medios para complacer á doña Leonor, sin esponerse á contraer ningun compromiso que pudiera rebajar en lo mas mínimo su dignidad y carácter sacerdotal.

En el momento en que los aldeanos tuvieron noticia de la llegada de sus reyes, suspendieron las fiestas para continuarlas despues de haber felicitado á sus altezas, á cuyo encuentro salió toda entera la poblacion con los forasteros. Detuviéronse las augustas personas en la tienda de campaña colocada entre las ruinas de un antiguo castillo, cuyo centro formaba una plaza, que luego vino á convertirse en teatro de la fiesta. Despues de algunas danzas, los nobles montados en briosos caballos ocuparon la plaza, y á una señal del rey se dió principio á un torneo improvisado, en que se distinguieron dos caballeros rivalizando en romper cañas. Una corona arrojada á uno de los intrépidos fué rendida á las plantas de Violante: era de don Alonso. Su adversario se enardeció, y desplegando su bravura, recogió dos coronas, presentando la primera á la reina doña Leonor y la segunda á la reina madre: eran de Mendoza. Finido el simulacro, diéronse las manos ambos caballeros, y Mendoza dijo á don Alonso:

—Nunca fuera un combate desigual entre los dos.

—Por cierto, dijo el bastardo, que nos llevamos la palma en Castilla. Sois hombre de armas.

—Y caballero.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que la fiesta de la aldea no ha dejado de ser un escelente ensayo. Siquiera nos conocemos por nuestra habilidad y destreza, y esto pudiera proporcionarnos un buen rato de entretenimiento.

—Como gusteis: si os place nos veremos esta noche en palacio.

—Me place.

Fuéronse por opuesto lado, y don Alonso dijo á sus solas. —«¿Qué me querrá ese hombre?» Mendoza tambien decia para sí: —«¡Si esta vez tendré la dicha de acabar con el bastardo!»

No dejó esta escena de producir grande admiracion, particularmente entre las personas que tenian algun interes en la historia de ambos contendientes, estando en los pormenores de su rivalidad. Por de pronto á doña Leonor no dejó de causarle estrañeza la conducta de don Alonso al ver que hacia á su rival depositaria de sus lauros; el rey conocia la sorpresa de su augusta esposa y la miraba y se sonreia, dándole á conocer la poca importancia que debia dar á las indiscreciones de su hermano, que tan puerilmente se portó no sabiendo ocultar su inclinacion hácia la esposa del alaves. La calma del rey, su semblante alegre y el no haberse observado en él la menor inmutacion cuando don Alonso elegia á Violante por reina del torneo, disiparon algun tanto las inquietudes de la reina, que tuvo la suerte de poderse mostrar placentera en aquella fiesta.

Violante estaba perpleja, sin saber qué hacer de aquella corona. Dirigióse á doña Elvira, que estaba á su lado y entabló con ella reservadamente una plática amistosa.

—Si por dicha, dijo Violante, pudiese obtener de vos un favor, señora.....

—Hablad, contestó amablemente doña Elvira.

—La aceptacion de esa corona con que acaba de obsequiarme vuestro hijo no pudiera menos que ser considerada como una ofensa dirigida á mi esposo y á la reina doña Leonor.

—¿Tendreis la audacia de dar un desaire á mi hijo?

—Mayor audacia se necesita para distinguir á una dama insignificante, hallándose presente su marido y una reina jóven y hermosa. Hay obsequios, señora, que afrentan.

—Pero vuestro esposo.....

—No me hableis de eso, doña Elvira. Si vos supiereis cuanto me hace sufrir esa funesta corona, estoy bien segura de que me tendriais compasion y no osarais negarme vuestro ampa-

ro. Me visteis un dia desesperada, y sin yo pensarlo ni quererlo, tuvisteis el sentimiento de oir una palabra disonante que la desesperacion llevó á mi boca imprudente. Pudisteis haber reflexionado que cuando una muger llega á desahogar su cólera haciendo tales estremos, muy poderoso motivo tendrá contra un ilustre personaje que ha incurrido en la ligereza de quererla. ¡Vuestro hijo es tan jóven!

—¿Y es por eso por qué os negais á corresponderle?

—¡Señora! contestó Violante con dignidad. —No me creais tan vana ni tan torpe. No es su poca edad la causa de mis desdenes, cuando en sus pocos años encuentro su disculpa y la respeto; no es tampoco de mi voluntad de lo que intento hablaros ni de las circunstancias que deben incurrir en un hombre para ser digno de ella. Puede no obstante la edad de don Alonso comprometerme á cada paso, y yo quisiera que él lo comprendiese, que vos, señora, se lo hicieseis comprender. ¿Qué ha de pensar Mendoza al verme conservar esta dádiva? ¿y qué dirá la reina al ver que no se le ha concedido la preferencia?

—No me hableis de lo que ha pasado, porque necesito mucha circunspeccion para disimular la pena que me ha causado ese desacato á doña Leonor. Mi hijo no prevé nada: confieso que es un imprudente.

—Pues bien: si así le juzgais, no tomeis á mal que me asesore con vos, á quien nada puedo ocultaros porque lo sabeis todo. ¿Qué hariais vos en mi lugar, señora?

—No sé. Si despreciais la corona, vais á faltar á todos los deberes de una dama bien educada... no podeis devolverla sin insultar á quien os la ha dado. Si la conservais en vuestro poder, os esponeis á las severas reconvenciones de un marido celoso y á la envidia de una reina. Mas... ved á doña Leonor cuan placentera está, como si no hubiese puesto la atencion en las peripecias del torneo, que á nosotras nos tienen tan desazonadas. Me atreviera, ya que me pedís consejo, me atreviera digo, si yo fuese vos, á presentar esa corona á la jóven reina y pedirla que hiciese merced de quererla y ad-

mitirla como donativo del caballero que sin duda inadvertidamente la dejó caer á vuestros piés.

—¿Eso hariais?

—Sí, Violante: seria á mi ver, el mejor modo de salir del conflicto en que os hallais.

—De todos modos vuestro hijo va á calificar mi accion al menos de muy poco delicada.

—No lo creais: la reina disculpa como nosotras las imprevisiones de mi hijo, á quien yo persuadiré de la necesidad que habeis tenido de dar un paso prudente que cohonestara en cierto modo su indiscrecion.

—Os doy gracias por vuestra fineza, y si llegara don Alonso á tomarlo á desaire, me consolará la idea de haber hecho cuanto estuvo de mi parte para no privarle del agrado de doña Leonor.

—Decís bien; pero si mi hijo se obstinase en reprobar vuestra conducta, yo estaré de parte vuestra y al menos podrá quedaros el placer de no haberos hecho indigna de todos. Vuestro esposo, que es á quien principalmente debeis guardar las consideraciones á que os obligasteis al enlazaros con él, por mas que acrimine la indiscrecion de mi hijo, no os culpará seguramente á vos. No hay duda que portándoos con la delicadeza que exige vuestro estado y vuestra condicion de dama de una reina, no tendrá Mendoza contra vos motivo fundado de queja.

—Así lo espero, dijo Violante, y puesto que la reina está hoy mas placentera que otras veces, me determino ahora mismo á poner manos á la obra.

La determinacion de Violante despues de obtenida la aprobacion de doña Elvira se realizó de una manera satisfactoria. La reina estaba complaciente, y si bien no creyó que fuese efecto de inadvertencia el haber don Alonso dejado caer la corona á los piés de la alavesa, la aceptó como una prueba de deferencia y humillacion por parte de su rival, y al mismo tiempo para conservar un recuerdo de lo que en aquella ocasion le habia proporcionado un momento de felicidad, porque veia en aque-

lla corona la espresion amorosa de don Alonso hácia la persona á quien fué dirigida, y no veia en el semblante del rey el menor síntoma de sorpresa. Estas consideraciones no permitieron á la jóven reina prevenirse en lo mas mínimo contra don Alonso, pues teniendo ocupada su mente en lo que mas podia afectar su amor propio, no se paró en lo menos esencial que podia reducirse á un mero cumplimiento ó etiqueta. Doña Leonor no tenia envidia á Violante por la preferencia que le habia dado su cuñado don Alonso; lo que la reina tenia eran celos de Violante por la inclinacion que pudiese notar hácia ella de su esposo el rey. Desvaneciendo en algun modo las peripecias del torneo el pensamiento que doña Leonor tenia formado de antemano contra Violante y don Juan primero, léjos de causarle desagrado el proceder de don Alonso, lo aplaudió tácitamente, ya que su falta involuntaria volvió la tranquilidad á su corazon.

La accion de Violante amortiguó algun tanto el odio de la reina, pero colmó la desesperacion de don Alonso que á cada paso se veia chasqueado por el objeto de sus encantos, por esa muger á quien se sentia inclinado de tal modo, que á pesar de sus desaires no sabia desistir de perseguirla tenazmente. Vió el bastardo la presentacion de su dádiva y la aceptacion que de ella hizo doña Leonor con una amabilidad increible, viniendo de manos de una persona contra quien la reina estaba prevenida por sus mismas imposturas. Esta complicacion de sucesos la obligaba á formar conjeturas que abatian su orgullo al par que la desesperaban. Don Alonso se sentia doblemente chasqueado por Violante y por doña Leonor: de la primera no podia soportar el desaire de verla desprenderse de una demostracion con la cual habia querido distinguirla entre todas las damas del torneo, y de la segunda presumió con fundado motivo que se habia hecho indigno de su confianza al ver que con tanta amabilidad se dirigia á la que poco antes habia sido causa de sus desazones.

Mendoza vió con placer el desprecio que acababa de recibir don Alonso, y se paseaba tranquilo por la plaza con aire satisfactorio. El rey quiso ser en esta escena un simple espec-

tador, y se complacia en investigar y adivinar el concepto que de aquel pasaje podia formar cada uno de los interesados. Miraba á su esposa y se alegraba de la satisfaccion súbita que en aquel acto esperimentaba su espíritu; dirigia la vista á Mendoza y se complacia en descubrir las alteraciones de su rostro; observaba á su hermano don Alonso y se sonreia de su indignacion;..... la pobre alavesa le inspiraba lástima. Por de pronto no tuvo aquel pasaje otro resultado: Violante volvió á sentarse junto á doña Elvira; se dieron las manos afectuosamente; conversaron con afabilidad y dulzura, y don Alonso lo contempló á cierta distancia permaneciendo en pié con los brazos cruzados y ademan amenazador, en cuya postura se mantuvo hasta que fué visto por Violante, que lo advirtió disimuladamente á doña Elvira.

—Ved, señora, que vuestro hijo me mira exasperado, dijo temblando la alavesa.

—No importa, contestó doña Elvira: yo me encargo de disipar su cólera. Os lo he prometido, y soy incapaz de faltaros á mi palabra.

—En vos confio y á vos sola dejo el cuidado de tranquilizarle.

Como el rey tenia convocadas cortes para el anochecer de aquel dia, no se atrevió á permanecer por mas tiempo en la aldea á fin de no diferir los asuntos importantes que debian tratarse en aquel congreso, debiendo por lo mismo regresar sin demora á la ciudad la regia comitiva. Doña Juana tardó un poco mas en emprender su regreso, y esto fué causa de verse obligada en aquellos momentos de precipitacion á dar una cita reservada al duque de Benavente, que se la pidió poco despues de haber su hermano don Juan salido de Pancorvo, en ocasion en que doña Juana estaba distraida contemplando la fiesta campestre que por su sencillez y entusiasmo le era mas agradable que cuantas se habian celebrado hasta entónces. Aprovechando el duque este momento de distraccion se colocó detrás de la reina madre y la dirigió la palabra con afectada cortesía.

—¡Señora! dijo á media voz el de Benavente.—Si os dignarais concederme una gracia.....

Doña Juana volvió la cabeza con sobresalto, y no se atrevió á decidirse á darle una respuesta categórica.

—¿A vos, duque? respondió turbada y vacilante.

—¿Os admira?

—Mas vuestra pregunta que vuestra peticion. ¿Os parece que no me acuerdo del cementerio, sino cuando estoy en él?

—Ya sé que lo teneis presente.

—Todo.

—¿Todo?

—Hay cosas, duque, que aunque se perdonen no se olvidan.

—Lo que es sensible, reina viuda de Castilla, que ciertas cosas se olviden para no perdonar otras.

—Vuestros misterios y reconvenciones están ya demás, dijo doña Juana con dignidad. Tened presente, don Fadrique, ya que parece lo habeis olvidado de nuevo, que á la madre del rey se la habla claro cuando á un duque le dispensa el honor de conversar con él. Tenedlo entendido.

—A este fin os pedia una gracia.

—¿Cual?

—La de hablaros á solas, la de tener con vos una conferencia reservada y franca.

—No sé si puedo fiarme.

—Otra gracia os imploro primero, que será el preliminar de la otorgacion de la que os llevo pedida; será una garantía de esta.

—Hablad pronto.

—Cuando sepais mi pretension, no os causará por cierto tanta estrañeza.

—Por supuesto que yo quiero saber por qué habeis venido á molestarme por mas que mi ánimo no se halle muy dispuesto esta vez á favoreceros. Tendré el gusto de negaros una gracia para que sepa don Fadrique que á una reina le es muy fácil sobreponerse á un duque.

—Lo sé; pero vos sois generosa.

—¡Tal vez!

—Os pido .... que me perdoneis; espuso el duque inclinándose hipócritamente.

Doña Juana le miró con sorpresa y con cierta desconfianza.

—Me engañais, dijo la reina despues de haber reflexionado algunos momentos.—Tanta humillacion es imposible que pueda hermanarse con vuestra escesiva altanería.

—No lo dudeis, respondió el duque: yo me arrepiento de no haberme conducido con doña Juana cual corresponde á la esposa del rey mi padre, y juro á la reina viuda que en adelante será tratada por mí como se merece.

Doña Juana no comprendió la ambigüedad de esta protesta, ni la intencion maligna que envolvia el falso arrepentimiento de don Fadrique. Creyó de buena fé que para su seguridad quedaba empeñada la palabra de un caballero, y esto le bastaba para no insistir negando la gracia que tan humildemente le imploraba. Por mas que la reina hubiese formado la intencion de resistirse á toda pretension del duque, en el momento mismo que le creyó arrepentido, no tuvo valor para mantenerse inexorable con el hermano bastardo de su esposo, de quien por otra parte tenia motivos para temer la implacable venganza si poseida de orgullo y de amor propio le hubiese desairado en aquel momento de espiacion; que siempre lo es para un duque el tener que postrarse á una dama para decirla que le perdone. Además no podia esperar doña Juana mejor resultado de aquel pasaje que produjo tanta alarma en su espíritu, y era muy prudente, creyendo de buena fé á don Fadrique, no dar ya mas importancia á lo que hasta entonces en su concepto habia quedado sepultado en la morada de los muertos.

—Habeis tenido razon, don Fadrique; dijo la reina con acento amabilísimo. Siempre me hallaron mis vasallos dispuesta á ejercer actos de munificencia, y no sabria como resistirme ahora que me la reclama un cuñado para que eche en olvido una injuria personal. Queda, pues, olvidado lo que pasó entre los dos en el cementerio de Burgos, y venid al anochecer á mi

estancia, donde me hallareis sola para conferenciar conmigo, asegurándoos que esta vez como las otras me hallareis dispuesta en favor vuestro, sin que á esas deferencias me estimule otra cosa que la consideracion debida á un hijo de don Enrique de Trastamara. Os lo advierto, para que no creais que el temor de una amenaza es ahora el que me hace ejercer un acto contra mi buena voluntad. No: si tal cosa pudiese concebir vuestra imaginacion preocupada, yo me complaceria en probaros lo contrario aunque me espusiese al desagrado de mi hijo y entendiese irrogar ofensa á mi esposo y vuestro padre el rey difunto.

—Me lo imagino, contestó el duque de Benavente. —Nunca he creido que la reina viuda de Castilla cejase ante las amenazas.

—Sin embargo..... basta ya: he dicho que lo habia olvidado.

—¡Señora! esclamó don Fadrique: dispensad si he vuelto á renovar una idea que me hizo indigno de vuestras bondades. Como yo soy el arrepentido..... no estrañeis que no olvide jamás la ofensa que os hice.

Estas últimas palabras de don Fadrique engañaron á la bondadosa doña Juana no obstante de envolver una maliciosa ambigüedad que la reina no alcanzó á comprender. El sentido de aquellas frases era enteramente contrario á la interpretacion que naturalmente las daba doña Juana.

—Don Fadrique, al anochecer os aguardo, dijo la reina llena de satisfaccion y de gloria.

—Doña Juana, contestó el duque: no haré falta.

Poco despues la reina acompañada de sus damas y del conde de Ledesma regresaba al palacio de Burgos en su magnífica carroza. Don Fadrique y don Alonso montados en briosos alazanes llevaron ventaja á su alteza y aguardaron su regreso en el atrio del real alcázar. El duque se adelantó y ofreció su brazo á doña Juana para que se apease; don Alonso hizo otro tanto con Violante y el conde de Ledesma con doña Elvira. Subieron la escalera estas tres parejas viniendo detrás el séqui-

to real; Mendoza lo presenció en union del maestre de Santiago, á quien dió una mirada de sorpresa que escitó la risa del taimado don Pedro Fernandez.

—¡Vos os reis, don Pedro! dijo el alavés al maestre.

—¿Y vos? respondió con flema el de Santiago.

—Yo, replicó Mendoza, ya que vos os reis... yo tambien me rio. Y prorrumpió el alaves en una falsa carcajada, y entraron ambos en el salon, donde iban á celebrarse las cortes que el rey tenia convocadas para aquel dia.

Don Alonso hizo secretamente algunos cargos á Violante, que fueron rechazados por la humilde alavesa, quien para evadir todo compromiso le dirigió á su madre doña Elvira que es la que estaba encargada de responder de su conducta. Don Alonso queria desentenderse de tan estraña disposicion, alegando que no era delicado ni prudente que su madre interviniese en cuanto hiciese referencia á sus amoríos; pues no tratándose de un enlace en que pudiese estar interesado el lustre de su familia, todo lo demás era someterle á una férula odiosa que rebajaba su dignidad y hasta su condicion de hijo de un rey. No pudo estenderse mas porque debió despedirse al llegar á la estancia de doña Juana, donde quedó Violante para servir á su alteza.

Doña Elvira tuvo tambien un momento de conversacion pasajera con el conde de Ledesma, cuyo semblante amarrido desde el dia en que Mendoza fué armado caballero, no dejó de causarle sorpresa y picar algun tanto su natural curiosidad.

—Parecè, conde, que habeis perdido aquel humor inalterable, aquel atractivo que tanto os hacia apreciar de sus altezas, dijo doña Elvira á Ledesma.

—Si me hubiese acordado, contestó tristemente el conde, de que las épocas debian variar los carácteres de las personas, me hubiera condenado á un indiferentismo completo y no tendria que arrepentirme ahora de no haber sido indiferente siempre.

—¿Guardais algun resentimiento á la real familia?

—Desde que el brazo de Mendoza queda esclusivamente destinado á la defensa de doña Juana, de nada sirve en palacio quien

supo derramar su sangre y correr todo riesgo en favor de los príncipes castellanos en épocas de esterminio y destruccion. La corte de Castilla me ha sido ingrata.

—¿Vos lo creeis así?

—¿Puedo dudarlo, doña Elvira, cuando lo estoy viendo? ¿qué motivos he dado en mi larga carrera para inspirar un átomo de desconfianza?

—Por lo visto estais envidioso de la suerte que le ha cabido á Mendoza.

—No, amiga doña Elvira: no entra en mi corazon pasion tan mezquina. Lo que yo tengo es un sentimiento noble y muy digno de mí; lo que me da pena es la herida que está sufriendo mi amor propio y..... nada mas. ¿No os estraña lo que está pasando?

—No, conde. Yo no veo en el encargo del rey una postergacion de vuestro mérito; pues don Juan no ha renunciado á vuestros servicios por haber armado en defensa de su madre el brazo de Mendoza.

—¿Y doña Juana? Yo creo que la reina madre llevó la iniciativa.

—Pues yo creo que no tiene parte en el favor que el rey ha dispensado al alaves.

—No nos hagamos ilusiones, doña Elvira. Tengo muy presente que el dia del entierro de don Enrique, en que, á causa del mal tiempo, viniendo de Toledo, hicimos en la hostería del alavés el primer alto, dió la casualidad de entablar conversacion la reina con Violante y reconocerse ambas rivales. La reina me pidió consejo, como tiene de costumbre en todo lo que á ella concierne, y yo no pude menos que desaprobar su intencion relativa á las gracias que habia proyectado conceder á la alavesa. Recuerdo que la hice presente el desagrado de la nobleza si confundia á una ventera entre las ilustres damas de su real servicio: la reina no hizo caso, y este fué el primer desaire que recibí de su alteza. No se contentó doña Juana con favorecer á Violante, sino que además instó sin duda á don Juan primero para que condecorase á Mendoza

con un título de Castilla, que fuese proporcionado á la categoría que corresponde al esposo de una dama de honor. En esta parte la reina fué consecuente, y dado ya el primer paso, yo mismo le hubiera aconsejado el segundo. Que Mendoza haya sido elevado á la mayordomía del rey con señorío de Fita y Buitrago, está muy puesto en razon siendo doña Violante otra de las damas predilectas de doña Juana; pero que recibiese el arma de don Enrique y que su brazo se emplease con absoluta preferencia al servicio y defensa de la viuda de Trastamara es para mí un esceso de favoritismo y sobre todo un desaire á quien lealmente ha mediado en las negociaciones de la real familia desde Alonso XI. hasta su nieto don Juan.

—Permitid, amigo conde, que sea una muger la que os dé un consejo.

—Gustoso lo aceptaré, si esta muger sois vos.

—¿No os parece que soy yo la primera desairada, obligándome la reina madre á alternar con la ventera alavesa? ¿A mí, que soy madre del hijo de un rey, y que pertenezco á la antigua nobleza de España? Creeis que me tengo en tan poco que no se resienta mi amor propio de ver que antes era sola la dama predilecta y que ahora una ventera entra conmigo en el reparto de esa prediléccion? Sin embargo, os lo aseguro, conde de Ledesma, no atribuyo el desaire que estoy sufriendo á una mala intencion por parte de doña Juana, y procuro siempre ser la primera en acudir á su servicio sin dar á conocer á la reina ni á Violante mi justo resentimiento. Vos haceis mal en no seguir mi ejemplo, toda vez que por parte de don Juan primero y de su madre no hubo al distinguir á Mendoza la intencion de rebajar al conde de Ledesma ni de retirarle su bien merecida confianza.

—No sé, doña Elvira, si debo incurrir en la lijereza de creer tan á ciegas en la bondad de los reyes. No creais por eso que abrigue contra Mendoza la menor prevencion; le quiero porque es bravo, le quiero porque su honor no tiene mancilla; le quiero..... porque quiere morir, como yo, en defensa de la reina.

Habíanse ya despedido los dos bastardos, é iba doña Juana á entrar en su habitacion, cuando el conde de Ledesma acababa de pronunciar con el mayor entusiasmo las últimas palabras en la conversacion que seguia con doña Elvira de Iñiguez. Pudo la reina percibir aquella ratificacion de una promesa mil veces hecha y siempre cumplida por el conde, y se volvió de improviso, haciendo con la cabeza una lijera demostracion de reconocimiento. Hizo mas; despues de una corta suspension dirigió afectuosamente su palabra á los dos conversantes, espresándoles la satisfaccion que le causaba haber acertado en la eleccion de tan buenos servidores. Doña Juana ignoraba que el conde y doña Elvira guardasen con ella el mas leve resentimiento, y ambos procuraron ocultárselo para no darla motivo de queja. Siguieron los tres hablando con alguna indiferencia hasta que la reina se manifestó deseosa de saber por qué motivo se encerraba Ledesma en una reserva misteriosa que nunca habia usado con ella.

—¿No teneis que dirigirme alguna pregunta, vos, conde? dijo á Ledesma doña Juana.

—¿Yo? preguntó Ledesma con admiracion—No señora.

—Lo estraño.

—Confieso, mi amada reina, replicó el conde, que me dejais cortado haciéndome implícitamente un cargo de inadvertencia; porque yo, os lo vuelvo á asegurar, no sé qué debo preguntaros.

La reina se sonrió y volvia de nuevo á repetir al conde que le preguntase lo que ella entendia que debia haberla preguntado, mas viendo que Ledesma no adivinaba su intencion, le obligó á dar en el punto de la dificultad, si así puede decirse, conduciéndole por otro medio indirecto.

—Habeis venido detrás de mí.....

—No me digais mas, señora, dijo el conde interrumpiendo á la reina.—Como en la corte se cansa uno de ver tantas cosas admirables, llega por fin al estremo de no admirar nada.

—Y bien ¿qué os parece?

El conde se encogió de hombros, haciendo con los labios

un gesto de incertidumbre, como si aguardase una nueva pregunta para contestar con mas acierto.

—¿Qué me respondeis, conde? Parece que estais perplejo.

—Ya os he dicho, señora, que en el dia nada me asombra, nada me causa estrañeza. Violante anda del brazo de don Alonso, vuestra alteza del de don Fadrique..... Quien ha visto á una muger pasar de ventera á dama de honor y ve agraciado con el señorío de Fita y Buitrago á un ventero, no tiene necesidad de rebuscar novedades para formar un catálogo de estrañezas. No creais que intente censurar la conducta de vuestra alteza ni la del rey don Juan primero; pero eso, señora, no impide que yo me haya admirado tanto que no tenga ya de que admirarme.

—¿Vos tambien, conde? esclamó la reina.

—Os engañais si habeis creido que trato de impugnar la suprema voluntad de los reyes de Castilla: sabed, mi venerada reina, que apesar de no merecer mi aprobacion cuanto habeis hecho en oposicion con mis consejos, seré siempre el primero en guardar y hacer guardar los mandamientos de mis reyes.

—No me queda duda, contestó la reina; sé que Ledesma es un depositario fiel y que cumple á su dignidad hacer cumplir á los otros la voluntad de una reina, que le ha distinguido siempre en honores y en aprecio.

—Gracias, bondadosa madre de don Juan: dijo Ledesma conmovido. ¡Quiera Dios que la vida de vuestro entusiasta vasallo sea sacrificada en obsequio de la reina viuda de Castilla! yo os juro, señora, que me cansaria de vivir, si la esperanza de morir por vos no me hiciese soportar la vida.

—¡Siempre grande! ¡Siempre leal, conde de Ledesma! dijo la reina apretando la mano al conde.—Quisiera morir antes que vos, porque dificilmente la madre del rey hallará en el reino otro castellano que pueda reemplazar..... al conde de Ledesma.

—Os engañais, señora, respondió el conde; Mendoza no es ingrato y sabrá ser caballero.

—Mendoza es caballero y no sabrá ser ingrato, dijo el alavés desde una antesala inmediata á las habitaciones de doña Juana.

—De su boca lo habeis oido, continuó Ledesma.

La reina llamó á Mendoza, y al entrar el alavés recibió de Ledesma las mas sinceras muestras de buen aprecio. En seguida dispuso su alteza que las damas se retiraran para conferenciar á solas con los dos valientes á quienes participó la nueva de haber otorgado á don Fadrique una audiencia secreta, que en su concepto no era peligrosa, omitiendo el hacer mencion del ultraje que habia recibido para no revelar á Mendoza la historia de aquel pasaje al que debia sus títulos y el inmenso favor del rey. Se limitó doña Juana á consultar si debia evitar la vigilancia de su persona, á lo que se opusieron ambos caballeros, ofreciéndose Mendoza á la custodia de su alteza á fin de que la incomparecencia del conde en el congreso no se atribuyese á poco interes en los negocios de estado, ó á falta de obediencia á la voluntad de don Juan.

—Quedo á vuestro servicio; dijo Mendoza á la reina, y os prometo anunciar al duque cuando llegue.

—Estareis á la mira.....

—Quede tranquila vuestra alteza y entórnese la puerta cuando bien os plazca. Don Fadrique no entrará sin que yo lo presente.

Así que hubo concluido Mendoza su ofrecimiento, se despidieron los dos caballeros; el conde entornó la puerta al salir, y la reina quedó sola, sentada junto á una mesa leyendo la Biblia. Las damas se trasladaron á otro cuarto esperando el llamamiento de su alteza.

—Salvad los dias de la reina viuda, dijo Ledesma al alavés, y pasó al salon de cortes.

—Salvad el trono de Castilla, contestó Mendoza, y quedó de centinela.

El objeto principal de las primeras cortes que don Juan celebró en la ciudad de Búrgos, despues de haberla cedido la villa de Pancorvo fué el de confirmar los privilegios de sus antepa-



D. Juan I —*Lám. 6.*

sados y conceder otros nuevos á varias iglesias, monasterios, conventos, y tambien á algunos particulares. El cardenal de Aragon, aprovechando la oportunidad de aquellas gracias, propuso por medio de un doctor clementista que las cortes declarasen con urgencia que Castilla se sometia á la obediencia de Clemente VII. El conde de Ledesma y el maestre de Santiago se opusieron á la resolucion de una cuestion tan delicada que merecia meditarse mas detenidamente. El rey consultó á los doctores, y en vista de que faltaban algunos, difirió para otra ocasion el ocuparse de los asuntos de la Iglesia. Esta vez el de Luna hubiera ganado la votacion por no haber concurrido á las cortes los doctores mas adictos al papa Urbano, y fué preciso renunciar por entónces á su mensaje y procurarse las simpatías de doña Leonor, tomando por su cuenta la cuestion de Violante; pues á pesar de que la buena accion de la alavesa en la fiesta de Pancorvo debia haber persuadido á la reina de cuan infundados habian sido sus recelos, no obstante no se atrevia á renunciar el ofrecimiento del cardenal, porque un celoso tiene la fatalidad de no convencerse nunca completamente. Creyó doña Leonor que el desprecio dirigido á don Alonso era una prueba de amor que Violante dedicaba al rey, y en aquella corona en que poco ántes veia la inocencia de su esposo y de la alavesa, bien pronto vió la prueba manifiesta de su culpabilidad; la corona se la representaba como el cuerpo del delito, la tranquilidad del rey la tomó por la alegría derivada de su triunfo amoroso, y la casta y honrada intencion de Violante fué casi calificada de perfidia.

Mientras el congreso se ocupaba en los negocios del estado, la vida de la reina viuda estaba en peligro. Habia llegado la hora de la cita, y el duque de Benavente, burlando la vigilancia de Mendoza, penetró en la estancia de doña Juana por una portezuela falsa que estaba á espaldas de doña Juana, y sin ser oido, puñal en mano y encapotado se puso en pié detrás de la reina y levantó su brazo armado; en cuyo acto los pliegues de su capa rozaron con el vestido de la madre del rey obligándola á volverse asustada, sin embargo de que en

el acto recobró su valor y detuvo con dignidad el golpe.

—Es poco, dijo la reina con gravedad á don Fadrique:—Es poco un asesino para la madre de don Juan primero.

—Menos es para un asesino tener que herir á una reina sin palabra y sin honor.

—Podeis hundir vuestro puñal en mi corazon; pero tened la lengua, porque es mas fácil que os perdone una puñalada que una impostura. Empezasteis á matar mi honra; podeis acabar con lo demás que vale menos. Fuisteis mal caballero y quereis ahora completar vuestra obra como traidor despues de haberme pedido perdon y haberme engañado vilmente para que os concediera una audiencia.

—Ya os dije, doña Juana, que me arrepentia de no haber procedido en el cementerio como correspondia hacerlo con vos. Si entónces hubiese obrado como ahora, si os hubiese asesinado, no hubiera sentido mi honra ninguna ofensa ni el rey mi hermano me hubiera degradado y cubierto mi nombre de infamia, ciñendo mi espada á un villano para que con ella os defendiera de la injuria que os irrogué. Ya se vé, reina viuda de Castilla, el rey adivinó que para defender á su madre convenia armar el brazo de un villano. ¿No os ha considerado digna de otra cosa?

La reina hizo un movimiento de sorpresa, escitando su natural curiosidad los cargos que le dirigia el duque.

—No sé si os he comprendido bien, dijo doña Juana con voz balbuciente:—¿decís que el rey armó el brazo de un villano con vuestra espada?

—¿Y vos me lo preguntais, doña Juana?

—Hablad, duque de Benavente: necesito que me espliqueis.....

—En vano tratais de disimular por el temor que os haya infundido un puñal en mis manos: no os hagais la desentendida, reina viuda de Castilla, porque si pudo contenerme una mirada de una muger indefensa, un sarcasmo me provocará y... no respondo de si en este caso podré abstenerme de completar mi obra. Vos despreciasteis un dia mi amenaza y me

llevasteis ventaja en hablar al rey como mejor os pareció.

—¡Ingrato! esclamó la reina con mas dolor que ira.

—No me llameis ingrato, contestó don Fadrique, yo seré digno de cuantas calificaciones puede sugerir contra mí vuestro encono y vuestra venganza; pero nada os autorizaba para faltarme á una promesa que me la disteis solemnemente, poniendo por testigo la sombra de mi madre y la de Carrillo..... la de vuestro amante.

—¿Yo?

—Sí, vos, que fingisteis ruborizaros á la idea de que vuestro hijo tuviese noticia de los deslices de su madre, y no os causó vergüenza comunicárselos.

—¡Eso es una infamia!

—Me llamais infame y olvidais que de vos tomé ejemplo; me llamais infame y faltais á una palabra empeñada amancillando mi honra y, lo que es peor y mas estraño todavía, subiendo de piés sobre la vuestra.

—¡Tened la lengua ó llamo! dijo la reina no pudiendo soportar tamaños insultos.

—No lo hareis, ni levantareis la voz, respondió el duque con imponente calma.—Mi mano conserva el arma que ahogará vuestra palabra y paralizará vuestros movimientos.

—¡Tan supeditada... la madre del rey!

—Culpa es vuestra, señora; un noble degradado por mano del mismo monarca tiene derecho de volverse traidor y asesino.

La reina se detuvo indecisa no sabiendo si perseverar en su firmeza de carácter, ó bien si con suavidad procurar refrenar los ímpetos del duque. Por una parte temia rebajarse y por otra le horrorizaba cualquiera imprudencia en que incurriese. La significacion de las palabras que proferia el de Benavente tan contrarias á las que merecia el noble procedimiento de la reina madre, ponian á esta en el caso de hacer escrupulosas investigaciones, que al paso que le interesaban, le infundian al mismo tiempo una zozobra espantosa. Esta consideracion la obligó á respetar hasta cierto punto las insolentes amenazas de un bastardo.

—No por temor á vos, dijo á media voz doña Juana, sino por el respeto que á mí misma me debo, renuncio á mi propósito de probaros hasta donde llega mi valor y dignidad de reina. Creed, don Fadrique, que en lo que os digo no llevo el fin de desarmaros con mi dulzura para evitar que os ensañeis contra una muger indefensa y una reina inviolable, pues si no fuese la consideracion de mi honor, que sé hasta donde queda hoy mancillado, me dejaria matar gustosa para conservar la gloria de no haberos temido, y sucumbiria á la ferocidad de vuestro corazon para haceros avergonzar de vuestro valor. Tendria... y va á sorprenderos mi vana presuncion; tendria como digo el gusto de medirme con vos espada en mano bien segura de que la mia seria dirigida por el cielo y acabaria con vuestra existencia odiosa, porque es imposible que sea digno del lauro en un combate honroso quien con un puñal atenta por sorpresa contra una débil muger. Esto haria y mucho mas la madre de vuestro rey, á quien habeis ultrajado tan villanamente; pero la madre del rey es muger, y como sabe la importancia de lo que se llama honra... Yo no sé, duque, si vos comprendeis lo que quiero significar con esta palabra. La honra que á mí me sobra y á vos os falta es, don Fadrique, la que me hace desistir de mi empeño glorioso para cumplir con un deber sagrado. No quiero morir sin saber antes la causa impulsiva de vuestra conducta y, segun sea ella, yo armaré de nuevo vuestro brazo y vuestro valor, y si quereis, os vendaré los ojos para que no veais á vuestra víctima; os presentaré mi pecho y al decir «¡hiere!» escondereis el hierro en el seno de la reina viuda de Castilla que bendecirá en aquel momento el puñal y al asesino.

—Sois muy falsa, doña Juana, y sabeis afectar muy bien un valor que nunca habeis tenido. Vos no sabeis morir ni despreciar la vida, vos lo que sabeis es estar á la mira para evitar el golpe y asegurar mejor el que os habeis propuesto dirigir á vuestro contrario.

—¡Mentís, duque de Benavente! sois un ingrato, y vuestra imprudencia será la causa de vuestra ruina.

— ¡ Me llamais ingrato! ¿Tengo acaso algun favor que agradeceros? No me pongais en el caso de arrepentirme de él. Decidme ¿quién si no vos ha puesto en conocimiento del rey lo que pasó entre los dos en el cementerio?

— ¡ Qué escucho , Dios mio! dijo la reina turbada.

— El rey, continuó don Fadrique , hizo sin duda con vos lo que vos hicisteis con el duque; os dió su real palabra para tranquilizaros, y luego se olvidó de cumpliros su promesa, bien persuadido de que no habia de llegar la hora de echaros en cara el duque de Benavente el poco caso que puede hacer de un ofrecimiento solemne. Vos pensasteis como vuestro hijo: vos dijisteis « al duque se le engaña y se le deja contento»; vos creisteis que con asegurarme que por vuestra parte se activaba la ratificacion de mi boda con la princesa de Portugal, yo os quedaria reconocido, por mas que ocultamente hubieseis procurado hacer ilusorias mis esperanzas; pensasteis en fin que el rey de Castilla vengaria vuestro ultrage sin pedirme cuenta de él, y que yo, necio, fiando en la dignidad de una real persona, sufriria el rigor de vuestra venganza con el deber de daros las gracias. Pero os engañasteis, porque el rey ha incurrido en la misma debilidad que su madre y ha dicho al duque lo que su madre queria que guardase en reserva. El rey no contaba con que su madre llegaria á saberlo, como no contaba la madre del rey con que el duque llegase á saber lo que al rey le habia dicho.

— Pero esplicadme..... yo os juro, don Fadrique, que cumplí mi palabra y repetí mis instancias para que mi hijo se aviniese con el portugues con respecto á vuestra boda. El rey no puede haberos dicho.....

— Todo, señora, y me arrancó para castigarme la espada de mi padre, y me volvió á castigar ciñéndola despues á un ventero.

La reina viuda palideció.

— ¿El rey lo sabe? dijo sin poder dar con el llanto á su corazon el desahogo que necesitaba. ¿El rey lo sabe todo y no me he muerto de vergüenza cuando ensalzaba mis bondades?

Quién le ha dicho al rey que su madre no ha sido siempre virtuosa? ¿Qué mal le hice yo al delator para que se complaciese en mi afrenta?

—¡Señora! esclamó don Fadrique arrojando el puñal á los piés de doña Juana é hincando la rodilla. —¿No sois vos.....? ¡Ah! perdonadme, señora, si me porté como un mal caballero.

—¡Duque! esclamó la reina: ¡por piedad os lo suplico!... haced ahora lo que quisisteis hacer antes; ¡matadme! ¡matadme!

—¿A vos, señora, qué os he muerto dos veces?

—Algo os habia de costar una corona, dijo la reina con ademan melancólico ¿pero quién lo ha contado al rey? ¡Ah, duque! ¡de cuántos infortunios sois causa!

—Perdonad, generosa reina. Yo quisiera, como vos, saber quien es el malvado que se ha puesto en boca nuestros nombres para acusarnos: yo le exigiria una satisfaccion cumplida, pero el infame se oculta y nos ha perdido impunemente. Decidme, señora ¿sospechais de vuestras damas?

—No: contestó resueltamente doña Juana en medio de su agitacion. Doña Elvira y Violante no son capaces de faltar á su reina.

—Entónces..... el conde de Ledesma, señora......

—¡Imposible! el conde es muy fiel y muy caballero: Ledesma sabria vengarme sin ofenderme, y si Ledesma lo ha contado todo al rey habrá sido sin intencion de faltar á la reina madre, porque Ledesma es mi amigo y no puede quererme mal.

—¿Quién mas estaba allí, señora? solo Ledesma puede haber faltado á vuestra órden; vuestras damas no hablan con el rey, no tienen con respecto á don Juan el privilegio que tiene el conde de hablarle á cualquier hora indistintamente sobre asuntos de la real familia; ellas no están en los pormenores de la política, ni se cuidan de los intereses del estado... Pueden no obstante haberme delatado por el desacato, prescindiendo de la conveniencia de mi boda y de lo demás que influia mas ó menos directamente en la paz de Castilla. Mas... el rey puso mi

espada en manos de Mendoza; Violante es ambiciosa y quiso sin duda poner precio á su honra á costa de la mia; quiso contraer un mérito para alcanzar para su esposo un favor inmerecido. No lo dudeis, señora; doña Elvira es grande, Ledesma es grande tambien, Violante infunde celos á vuestra nuera y es la única capaz de una accion villana. Desterrad á esa muger sin conciencia, que ha sembrado en la corte el descontento; haced que desaparezca de Castilla y, si es menester..... del mundo.

Doña Juana no pudo contestar al duque á pesar de sus esfuerzos; el dolor oprimia su corazon y su voz quedaba ahogada en su garganta. Por fin le sobrevino como una especie de convulsion, y tomando sus labios un color casi blanco hizo su último esfuerzo, inclinó su cuerpo, y cayó contra el respaldo de la silla, y dijo con dificultad, y sin que apenas pudiese percibirse su amortiguado acento:

—¡El rey... mi hijo... lo sabe...todo!... ¡So...corro!

Quedó sin sentidos. El duque de Benavente permaneció un instante perplejo no sabiendo donde dirigirse y qué hacer en tan apurada situacion. Veia á la reina viuda en una situacion crítica, hallábase solo con ella, y habia penetrado en aquel aposento por una puerta secreta. No dejaba de ser su compromiso muy grave el de don Fadrique en aquellos momentos, en que no podia huir sin dejar á su alteza sola con un conflicto, ni pedir socorro sin descubrirse y revelar que habia penetrado traidora y alevosamente en el aposento en que se hallaba la madre del rey. Esperó breves instantes con el objeto de ver si sentia la reina algun alivio, pero en vano; la reina no volvia en sí, y don Fadrique empezó á alarmarse y á llenarse de turbacion. Temia que el rey le pediria estricta cuenta de su proceder injustificable, y que haciéndose público el suceso, las cortes le juzgarian desfavorablemente y cuando ménos, se aguarian sus proyectos de boda y saldria desterrado del reino. El egoismo prevaleció á la compasion: el duque no se juzgó seguro y resolvió evadirse; pero lo hizo tan desatinado y despavorido que en vez de dirigirse á la puerta se-

creta por donde habia entrado y podia salir sin ser visto, salió embozado por la principal, en cuyo acto fué detenido por Mendoza, quien sin decirle palabra le empujó con violencia, le obligó á retroceder, y le introdujo de nuevo en la estancia de doña Juana.

No es posible exagerar la indignacion del alavés al ver que el duque habia burlado tan completamente su escrupulosa vigilancia. Esta consideracion, unida al espectáculo que ofrecia el estado de la reina viuda, junto á la cual quedó el puñal con que habia sido amenazada, irritó de tal modo á Mendoza, que estuvo próximo á dar una prueba terrible de como sabia cumplir el solemne juramento que prestó públicamente al tiempo de ser armado caballero.

—¡Malvado! dijo al duque el alavés, señalando á doña Juana.

Su culpa tal vez no permitió á don Fadrique rechazar tan odioso epiteto. El valor de Mendoza le volvió cobarde.

—Decid, duque de Benavente, insistió el guarda de la reina: ¿cómo habeis penetrado en este recinto burlando mi vigilancia? ¿Decidlo, duque?

Mendoza acompañaba sus amenazadoras interpelaciones de un ademan todavía mas amenazador. No pudiendo el hermano del rey soportar por mas tiempo tantos denuestos, se quitó violentamente el embozo y llevó la mano á su espada.

—No es este el campo, don Fadrique, esclamó Mendoza; ni ha de ser su juez la madre del rey.

—El hijo de un monarca no necesita jueces para matar á un miserable como tú.

—¡Callad, duque!

—¡Y me dice que calle! ¡me lo dice un vil ventero, un aventurero infame que ha manchado la prez de Castilla prostituyendo á su esposa!

—Mentís, don Fadrique. ¡Vive Dios! Dejad esa bajeza para las almas de vuestro temple, para aquellos corazones menguados que ni aun con las mugeres saben ser valerosos, que arremeten traidoramente á una dama puñal en mano para herirla por las espaldas, y al volver su víctima la cabeza, dejan



D. João I — Estamp. 7.

caer el arma á sus piés. Esos que son traidores con las damas son los que saben prostituirlas.

—¡Insolente!

—¡Callad! ¡por Dios callad! Mal reprimo ya mi furia, que al fin os creo predestinado á ser víctima de mi espada.

—De la de mi padre querrás decir.

—¡No mas! esclamó la reina volviendo en sí con voz apagada y plañidera.

Los contendientes descubrieron sus cabezas y fijaron la atencion en el dulce acento de doña Juana.

—¡La reina! dijeron á la vez, y al altercado sucedieron breves instantes de un silencio sepulcral.

Mendoza dirigió sus pasos hácia la reina madre, y mientras tanto el duque de Benavente volvió la espalda y se marchó sin decir palabra. La reina dió un suspiro y llamó al alaves á su lado, quien hincó su rodilla, dando á su alteza satisfaccion cumplida por no haber acudido mas pronto á su ausilio. No pudo menos doña Juana que admitir tan justa disculpa habiendo don Fadrique entrado por una puerta secreta.

—¿Qué hacemos de ese hombre? preguntó el mayordomo de don Juan.

—Dejarle, contestó la angustiada reina.

—No es posible, señora, consentir que á tal estremo llegue vuestra soberana munificencia. Don Fadrique atentó contra vuestra existencia y no ha de quedar impune tanta audacia, tamaña alevosía. Yo por lo menos, en uso de mi derecho, pediré el desagravio por vos.

—Mendoza no hará mas que lo que su reina le ordene.

Inclinó Mendoza la cabeza en ademan de sumision.

—¡Dios mio! prosiguió doña Juana: yo no sé lo que me ha pasado. Un hombre desapiadado se ha colocado detrás de mí, me ha insultado, y con un puñal en la mano me ha amenazado de muerte. Yo he sido generosa con ese hombre y me ha dicho... No me acuerdo de lo que ha dicho y quisiera acordarme, porque sé que era una cosa que me importaba mucho... sé que

estaba interesada en ella mi persona... ¡Mendoza! ¿te acuerdas tú de lo que me ha dicho don Fadrique?

—¡Señora!...

—Es verdad: estábamos solos. Yo quisiera renovar alguna especie y meditar con alguna detencion; pues si no me engaño era una cosa muy grave.

—Será preocupacion, señora: el temor de morir y la idea del ultrage habrán agolpado en vuestra imaginacion ideas vagas. Fatigais vuestra mente y aumentais sensiblemente el dolor de vuestro corazon. Reportaos ya, y una vez templada vuestra amargura y el terrible susto que habeis esperimentado, pensad con calma en los medios de reparar el agravio, y disponed de mi brazo para desagraviaros ante el cielo y la tierra, invocando á Dios y á los hombres que sean testigos de mi lealtad y de la justicia de vuestra venganza.

—¿Piensas, Mendoza, que he llegado á temer á don Fadrique?

—Es muy natural que os haya infundido miedo.

—Me ha sorprendido en el primer momento, pero luego me ha dado lástima.

—¡Lástima! preguntó Mendoza admirado.

—¿Lo estrañas?

—Sí, señora.

—Pues no debes estrañar que la inspire un miserable que le causa espanto su sombra.

—Teneis razon. El que ha venido á arremeteros de un modo tan cobarde y vil, el que para vengarse de una dama necesita emplear medios tan indignos.....

—¡Vengarse! esclamó doña Juana azorada. —¿Tú sabes que el hijo de doña María Ponce de Leon queria vengarse de la reina madre?

—¡Señora! contestó Mendoza; yo no hago mas que inferir de sus actos algun resentimiento contra vuestra alteza.

—Sí: recuerdo ahora esta especie. Él ha venido para exigirme el cumplimiento de una promesa, cuando yo la habia dejado cumplida religiosamente.

— Pues ¿de qué se queja don Fadrique? ¿Es este el modo de manifestaros su reconocimiento? ¿Y tendréis tanta bondad con un ingrato? ¡Ah, señora! dejad al duque por mi cuenta, ponedlo á disposicion de la espada de su padre.

Doña Juana dió un grito aterrador que estremeció al valeroso campeon. El consejo del alaves ayudó por fin la memoria de la reina con la idea de la espada que don Juan habia quitado á don Fadrique en pena del ultraje que la irrogó en el cementerio. «¡El rey lo sabe todo!» he aquí la única espresion que salia de los labios de aquella reina bondadosa, que sentia sufrir en su honra un menoscabo exagerado. «¡Todo lo sabe el rey!» repetia en su desconsuelo hiriéndose la frente con las manos con tanta fuerza, que Mendoza compadecido quiso sugetarla temiendo que se lastimase. Habíase levantado la sesion en las cortes, y el conde de Ledesma salió precipitadamente del salon para conferirse á la habitacion de la reina que le daba mucho qne recelar, atendido el carácter audaz de don Fadrique. Así que entró, Ledesma se sorprendió al ver que Mendoza tenia á la reina madre asida de las manos, como si se resistiese á sus fuerzas.

— ¿Qué significa eso, Mendoza? ¿Vos haciendo violencia á su alteza?

— ¡Conde! respondió Mendoza con dignidad. — ¿Podeis creer eso de mí? Es tal la desesperacion de su alteza que á no sugetarla yo, se hubiera desgarrado el rostro sin que nadie hubiese acudido á su ausilio. ¿Veis este puñal? Continuó Mendoza manifestando al conde el arma que estaba junto á la reina.—Pues bien: ahí teneis la prueba irrecusable de un atentado que ha de horrorizar á todo buen castellano. La madre del rey sorprendida dentro de su propia estancia por un hombre que se habia introducido por una puerta secreta, ha tenido que luchar largo tiempo con su sola dignidad contra la alevosía de su agresor.

— ¿Dónde está el malvado? esclamó Ledesma.

— ¿No lo adivinais, conde?

— Acaso don Fadrique...

—Sí, conde, respondió el mayordomo del rey. —El duque ha burlado mi vigilancia y ha penetrado en este lugar vedado como pudiera hacerlo un ladron.

—¿No habeis oido pasos ni la voz de la reina que hablase alternativamente con la del duque?

—Nada, conde. El agresor debió tenerse buen cuidado en tomar de antemano las mas escrupulosas precauciones para evitar la sorpresa; habrá tenido la precaucion de imponer silencio á la reina amenazando su vida, y á no haberle azorado el estado mismo de la reina que perdió el conocimiento, hubiera acertado á salir por donde entró, y la reina hubiera quedado sola con su afliccion.

—¿Cómo no le matasteis, Mendoza?—preguntó el conde reconveniéndole.

—La reina contestará á vuestra pregunta, respondió resueltamente el alaves. Su alteza me prohibe vengarla.

—Es preciso acusar al duque: no puede ya ocultársele á don Juan por mas tiempo el proceder de su hermano: la reina viuda de Castilla seria víctima, y nuestro silencio pareceria una complicidad.

La reina fijó una mirada indefinible en el puñal que dejó en el suelo don Fadrique.

—¡Conde! esclamó doña Juana que hasta entónces habia permanecido en silencio, ocultando el rostro con el pañuelo. —Si mi hijo llega á tener conocimiento de la nueva indiscrecion de su hermano, vosotros sereis responsables ante Dios de la muerte de la reina madre, porque yo sucumbiré á vuestra revelacion.

—¡Señora! replicó el conde; toda dilacion es un crímen y mi conciencia tras largos años de una carrera honrosa no me permite morir con la mancha del crímen, no; yo no quiero ser criminal.

—En este caso.... dijo la reina, y sin concluir la frase cogió el puñal de don Fadrique con intencion siniestra. Afortunadamente sus dos paladines contuvieron su brazo y le arrancaron el arma haciendo mil protestas de que el secreto quedaria sepultado en aquel recinto. Mendoza se apoderó del puñal, y la reina le ins-

tó para que se lo devolviese, á lo que opuso el alavés una resistencia noble y desinteresada. Viendo la reina el desprendimiento de Mendoza, le ordenó que rompiese el acero y que lo arrojase donde nadie pudiese encontrarlo jamás. Mendoza cumplió exactamente la órden de su alteza rompiendo el puñal en su presencia, y echándole despues á la corriente del Arlanzon.

Repuesta la reina algun tanto llamó á sus damas, y el conde y Mendoza se despidieron protestando nuevamente que á nadie revelarian los pormenores de aquella escena. Al llegar los dos caballeros al umbral de la puerta, diéronse las manos en señal de buen afecto y simpatía, despidiéndose luego en estos términos:

— Defender á doña Juana á todo trance; este es mi voto--dijo Mendoza.

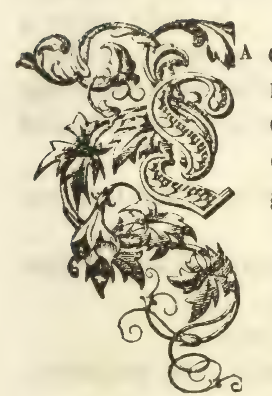
— Morir por la reina madre de Castilla, respondió Ledesma; este es el mio.





CAPITULO VI.

En que se continuan las conferencias pendientes, y se habla de una guerra y de unas rogativas.



LA corte de Castilla olvidaba ya las fiestas reales para dedicarse á belicosos ejercicios; don Juan primero empezaba ya á tropezar con las dificultades de su posicion; la Inglaterra sostenia la guerra con la Francia, y el rey castellano, como aliado del francés, no podia desentenderse de este negocio sin faltar á un solemne contrato y al encargo especial que le hizo su padre al tiempo de espirar. Los asuntos políticos no dejaban tiempo al rey para ocuparse de las cuestiones domésticas, así es que en aquella sazon era el rey sin duda el que menos estaba al corriente de las intrigas y turbulencias de su corte. Sabia don Juan que su madre se hallaba indispuesta desde algunos dias, y sin embargo de que podia sospechar un nuevo desacato por parte de su hermano despues de la reprehension que le habia dado por su punible conducta, no se acordó de aquel atentado imprudente.

No es estraño que el rey de Castilla se mostrase indiferente á las desavenencias de la real familia cuando la paz del reino estaba nuevamente amenazada desde el momento en que accediendo á la intervencion que la Francia le reclamaba, debia el Portugal

considerarla como un caso de guerra toda vez que la Inglaterra era su aliada predilecta.

Fácil es adivinar la causa que produjo en la reina el quebranto de su salud. Echaba de menos al rey y sin embargo le causaba rubor su presencia, y temia sus palabras. Así fué que raras veces preguntó por él, y cuando lo hizo no insistió en suplicar que se dignase visitarla, bastándole saber que pasaba buen cuidado por la salud de su madre, acerca de la cual debian diariamente informarle los médicos dos ó tres veces. Violante estaba perenne junto á la cabecera de la cama en que estaba postrada doña Juana, y aprovechando esta la oportuna ocasion de hallarse á solas con su dama, la interrogó acerca del suceso ocurrido en el cementerio con el duque de Benavente. La sospecha de don Fadrique puso en observacion á la reina madre y hasta la inclinó á dudar de la lealtad de su protegida; Violante era en la corte el blanco á que se dirigian todas las prevenciones y malas voluntades de la real familia y los dardos envenenados de todas las intrigas palaciegas.

—Dime la verdad, Violante, dijo misteriosamente la reina; ¿te quiere el rey?

Violante quedó como atónita, y sintió subir á sus mejillas un calor que la abrasaba.

—¡Señora! esclamó la dama; pedeis creer...

—No es una pregunta lo que te pido sino una respuesta.

—Pues bien: no señora.

—¿Cuántas veces has hablado á don Juan?

—Cuatro ó cinco no mas.

—¿Y vuestra conversacion ha versado alguna de estas veces sobre asuntos particulares de la real casa?

—Nunca.

—La espada que ciñe tu esposo ¿sabes á quien pertenece?

—Sé que procede del rey don Enrique.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Señora! porque lo dijo el rey en el acto de la entrega, cuando exigió á Mendoza el juramento de defenderos con ella.

—¿Nó estás en otros pormenores? ¿Nó sabes la historia de

esa espada y el cómo y porqué ha pasado de don Fadrique á Mendoza?

—No estoy al corriente de esa historia, ni sé mas que lo que oí en el momento de la ceremonia.

—Piensa en que vas á decirme la verdad ó á perderte. ¿Tú no tienes otros conocimientos acerca de la posesion de esa espada?

—No sé mas que loque acabo de referiros. Os lo juro.

—Me has dicho que el rey no te ama: ¿y tú á él?

De los ojos de la alavesa brotaron dos lágrimas cuyo significado no supo doña Juana adivinar, atribuyéndolas mas bien á una confesion implícita que al rubor que debia causarle la mera suposicion de una falta de que estaba inocente.

—¿No me respondes, Violante? insistió preguntando doña Juana.

—Ya sabeis, bondadosa reina, cuan funestos fueron para mí los amores de un monarca y con cuanta energía y desprendimiento vencí cuantos obstáculos se oponian al cumplimiento de mis deberes, y que lo hice, señora, con riesgo de mi vida. Si esto pasó en mí en una edad mas tierna ¿podeis creer que una vez escarmentada y en una época en que no pudieran disculparme mis pocos años, enlazada ya con un hombre que me adora, hiciese á ese hombre traicion para dedicarme á otro, á un hijo de mi primer amante, debiendo luchar con otra reina jóven y celosa y quizás menos resignada que la esposa de don Enrique? La muger que sabe dirigiros tales reflexiones no puede ser manceba de don Juan primero ni rival de doña Leonor.

—Ni yo pudiera creer otra cosa, contestó la reina, á pesar de que las apariencias arrojan en algun modo cierta sombra que ofusca tu inocencia. Por lo demás haces bien en creer que doña Leonor no es aquella reina de Castilla que supo perdonarte y hacerte su dama de honor: la esposa de don Juan primero no te perdonaria.

—Lo sé, contestó Violante ruborizada.

—Ni la reina viuda que supo absolverte de la primera falta te perdonaria ahora la que irrogases á su nuera, porque tan

grande y generosa como fué en asunto propio seria inexorable en cuestion agena.

—Yo no tendria valor, respondió Violante, para imploraros ese perdon aunque con él pudiese librarme de una muerte afrentosa y cruel. No creais que mis palabras procedan de un esceso de orgullo; no os pediria perdon porque quisiera yo misma hacerme justicia y sufrir resignada la pena de mi crímen.

No podia la reina viuda oir á Violante sin convencerse plenamente de su veracidad, y á pesar de la impresion preventiva que contra la humilde dama le habian causado los temores del duque de Benavente, su acento penetraba en su corazon lleno de bondad y de simpatía como una franca profesion de fé.

—Ya sé, dijo la reina, que tú no eres capaz de engañarme, que no sabrias hacerlo si te lo proponias, porque estás acostumbrada á decir las cosas como las sientes. Contando con esa franqueza que tanto te ennoblece, me fiaré de tí y hasta seré bastante generosa para perdonarte si por desgracia has faltado á mis órdenes ó has abusado de mi confianza.

Despues de un momento de pausa la reina mandó á Violante que se aproximase mas á ella y le dijo con dulzura.

—Tú y doña Elvira sois las únicas depositarias de un secreto que puede serme funesto si llega á propagarse en Castilla, porque en él va envuelta mi honra, y la honra de una reina es de mayor importancia que la de las demás mugeres; una reina debe ser un modelo ó debe dejar de ser reina. Tú lo comprendes y por eso has respetado siempre el secreto de mi corazon. ¡Siempre!... yo no sé si en esta parte has sabido guardar la constancia y fidelidad que con tanto encarecimiento te tenia recomendada; no sé si has tenido la debilidad de confiar mi secreto á otro.

—A nadie, contestó resueltamente la dama.

—¿A tu esposo quizás?

—¡Nó, señora! ni Mendoza ha intentado volverme indigna de vuestra confianza, ni yo hubiera accedido á sus instancias abusando de ella.

—Piénsalo bien, Violante; en un momento de distraccion

es muy fácil soltar una palabra, y esa indiscrecion fuera disculpable entre dos consortes.

—Os juro, señora, que no tengo de que disculparme: os lo juro por lo mas sagrado del cielo y lo mas grande de la tierra, por mi vida, por la de Mendoza y por la de mis hijos si llego á tenerlos.

—Bien: acepto tu juramento y respeto tu lealtad y buena fé: creo que no me has engañado y en medio de mi afliccion me cabe al menos el consuelo de saber que la revelacion del secreto no procede de una persona ingrata á mis favores.

—¿La revelacion decís, señora? preguntó Violante haciendo un movimiento de sorpresa.

—¡Ah, Violante! esclamó la reina sin poder contener el llanto.—Don Juan lo sabe todo; mi hijo no ignora ya que su madre sintió una inclinacion amorosa hácia un hombre que no era el rey de Castilla. La vergüenza me mata Violante... Yo no tengo valor para ponerme en presencia de mi hijo que me acusa de mala esposa y quizás de mala madre.

—Tranquilizaos, señora, dijo Violante enternecida; es posible que os hayan engañado.

—No, Violante; por desgracia es demasiado cierto que el rey lo sabe todo y me lo disimula.

—¿Es él por ventura quién os lo ha dicho?

—¿Quién?

—El rey.

—No creas capaz á don Juan primero de encender el rostro de su madre con el fuego de la vergüenza. El rey obra con justicia y con prudencia; eso sí que él me lo decia y yo le escuchaba tan sencillamente... porque yo no comprendia la ambigüedad de sus palabras. Despues me ha dado á conocer que era justo y prudente.

—Será sin duda una preocupacion la causa de vuestra alarma, ó tal vez el mismo duque de Benavente se propone mortificaros haciéndoos comunicar una noticia falsa para daros ese tormento indefinible.

—¿Qué ganaria el duque con atormentarme? No lo haria

sin esponerse á ser descubierto poniéndome en el caso de vindicarme ó disculparme al menos á los ojos del rey. Pero, ya te lo he dicho, Violante; mi hijo me ha querido dar una prueba de su bondad al mismo tiempo que dársela á su hermano de un carácter justiciero. Yo temia un momento de indiscrecion por tu parte, un desliz tal vez; porque el rey ha castigado á don Fadrique con la gracia que dispensó á tu esposo.

—No lo comprendo.

—Conozco bien, Violante, que tú no estás enterada de lo que pasa. El rey no consideró digno de ceñir la espada de su padre á quien tendria valor para desenvainarla contra la reina viuda: he aquí porque le quitó al duque la espada que le habia regalado don Enrique de Trastamara, y de esta misma espada hizo entrega á tu esposo en justa recompensa de su caballerosidad. Eso es lo que no entiendo, lo que no sé esplicarme y lo que querria que tú me esplicases. ¿Cuándo ha dado Mendoza esta prueba de caballerosidad que le hace acreedor á tan alta recompensa? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué le debe mi honra? ¿Lo sabes tú?

—¡Señora!..... no sé nada de cuanto me preguntais.

—Es un misterio, Violante, que no sé comprenderlo por mas que mi imaginacion se fatigue en rebuscar hechos que respondan satisfactoriamente á mis preguntas. Si Mendoza ha sido tan leal vasallo de la reina viuda ¿dónde está la prueba? y si no lo ha sido ¿por qué el rey premia en él una accion que no pasa de una suposicion necia, de un necio fingimiento? Yo no puedo creer que teniendo el rey en sus manos la voluntad de sus vasallos sin que deba dar cuenta á nadie de sus actos, se valga de una calificacion inmerecida para tributar honores y condecoraciones á quien mejor le parezca, ¿á qué pues recompensar servicios facticios, y dar á su gracia el colorido de un premio? Si al menos yo supiera cuál es la causa que me pone en el caso de quedar reconocida á Mendoza; si llegara á mi conocimiento la buena accion que á tu esposo le hace digno de mi defensa, yo reconoceria en él esa caballerosidad tan justamente remunerada por el rey, y por mi parte le recompensa-

ria con usura. Mas todo es un misterio: yo no sé nada, y lo que mas me confunde es el no poder adivinar como el rey lo sabe todo. Ledesma..... ¡es imposible! No: el conde de Ledesma no ha abusado de mi confianza. Doña Elvira es demasiado delicada en asuntos de esta naturaleza y sabe demasiado lo que son deslices para decir al rey que su madre los ha sufrido. Tú te hallas en el mismo caso y no te atrevieras á soportar nuevas rivalidades en la corte: me lo has jurado. Pues bien: ¿quién estaba allí en el cementerio cuando el duque de Benavente me exigió una promesa con su punible amenaza?

—Tal vez el sepulturero, respondió Violante.

—Seria estraño á la verdad que un sepulturero hubiese llegado á las gradas del trono para acusar á don Fadrique. A mas de que ¿viste tú al sepulturero?

—Yo no le ví ni podia acercarse á las tres sin que le viese el conde de Ledesma que estaba en acecho para que nadie osara turbaros en vuestras meditaciones.

—Ya ves; no habia allí mas que vosotras y el conde, y ni el conde ni vosotras oisteis la conversacion que yo os referí despues á tí y á doña Elvira; de consiguiente una de las dos ha de haber abusado de mi confianza revelando mi secreto.

—¿Yo? No.—Contestó resueltamente la alavesa.

—Esta noche me ha hablado doña Elvira y me ha contestado como tú.

—Yo, señora, huyo del rey como del demonio, y por mas que me inspire toda la confianza de que es muy digno, jamás la usaré con él. Estad segura, señora, de que no me he ocupado de vuestro secreto con persona alguna.

—¿Sospechas acaso de doña Elvira?

—No señora; yo no acrimino á nadie y menos á una persona tan digna de mi estimacion y de la vuestra. Esto me habia movido á creer que si por una casualidad el rey ha sabido que su hermano tuvo la audacia de no guardar respeto á vuestra alteza, no sabe tal vez hasta que punto llega el desacato que cometió, ni la causa que lo produjo. Sabrá que el duque os arrancó una promesa llevando su insolencia al es-

tremo de amenazaros, pero ignora sin duda en que consiste esa amenaza, y si vos no lo habeis averiguado, si no os lo dice el mismo rey, no creais al de Benavente ni á otro que venga á molestaros.

Doña Juana reflexionó un momento, fijó los ojos á Violante, y en sus facciones dejó entrever una sombra de alegría como si el acento de su dama le quitase el peso de su corazon. Las reflexiones de la alavesa no podian fundarse mejor, ni era presumible otra cosa, puesto que no habia ningun motivo para dudar de la lealtad de las dos damas. ¿Quién habia de atinar en que el rey por sus miras particulares tuviese dos confidentes en Burgos, y que la casualidad les condujese al camino del cementerio en ocasion en que la reina iba á rogar sigilosa por su amante? ¿Cómo podian prever la reina y sus damas que en el respaldo del panteon de Carrillo se habian ocultado dos hombres para luego reportar al rey cuanto habian presenciado? En el concepto de los tres debió quedar muerto el secreto en aquel sitio funerario, y doña Juana, que habia estudiado detenidamente las acertadas observaciones de Violante, no podia dejar de recobrar aliento al considerar que cuanto le habia dicho el duque podia ser una ficcion, ó que tal vez preocupado con la idea de que la misma doña Juana fué la que en un momento de enojo lo refirió todo á don Juan, dijo obcecado cuanto pensaba saber, pero no cuanto sabia.

—Tus razones empiezan á convencerme, dijo la reina con tranquilidad de espíritu; si un momento pude dudar de tus protestas, no me inclinara ahora á insistir en mis recelos. ¿Será verdad, Violante, que el rey ignora los pormenores de la historia de su madre? ¿Será cierto que podré morir con el consuelo de que el misterioso desliz se encerrará conmigo en la tumba sin que haya tenido que avergonzarme á los ojos de don Juan? ¡Ah! repíteme que el rey no sabe de aquella conversacion secreta mas que el resultado, que tan solo ha tenido conocimiento del desacato y de una promesa arrancada con violencia. Haz que oiga siempre lo mismo paraqué mi imaginacion no se desvie y no pueda detenerse en creer otra cosa.

—¡Señora!

—Sí, Violante, continuó doña Juana, aunque no fuese cierto que tus palabras espresasen tu pensamiento, aunque trates de consolarme con engañosas reflexiones, te lo perdono siquiera porque me alivias de la angustia que á una reina de buen concepto le ha de causar la idea de un descrédito vergonzoso. Engáñame, Violante; no temas que nunca te haga cargos por haberme engañado oportunamente, porque si no es verdad lo que me has dicho, necesito que me engañes.

Esta instancia hacia la reina madre de Castilla apretando con ternura la mano de la dama.

— No sabria como engañar á vuestra alteza, dijo Violante. Cuanto os he dicho es mi opinion y no pudiera esplicarme de otro modo sin resistirme á mis propias convicciones. Estad tranquila, señora; al rey le habrán contado.....

—Todo; respondió don Juan entrando en aquel acto. — ¿Y qué?

La aparicion imprevista de don Juan primero en la estancia de su madre cortó la palabra de la humilde dama que se habia propuesto consolar del mejor modo á su afligida soberana. Doña Juana echó un pañuelo sobre su rostro apretándolo con ambas manos para ocultar al rey la vergüenza que su presencia le causaba, y Violante bajó los ojos no ménos avergonzada por la simple reflexion de lo que debia sufrir su reina en aquel crítico momento. El rey quedó confuso y estático al pié de la cama de su madre, acusándose interiormente de su imprudencia; pues no habia creido que á tal estremo llegase su afectacion, presentándosele él tan complaciente, sobre todo no habiendo contra su madre formado un concepto tan desfavorable que la hiciese digna de imputarle en mal sentido una inclinacion pasajera y sin resultado. A no tener el rey una conviccion íntima de las buenas prendas que adornaban á la reina viuda, le hubiera bastado la zozobra de su alteza para inferir que no era tan acreedora á la disculpa como habia conceptuado ántes de visitarla, pues el pudor que la obligaba á ocultar su rostro podia inducirle á sospechar que era su pasion hácia Carrillo mas bien digna de ser calificada de

grave falta que de pasajero desliz. Pero don Juan contaba demasiado con la dignidad de su madre para entrar en tan odiosa sospecha, y no dudó un momento de la realidad de sus nobles sentimientos como si en aquel instante estuviese identificado con ella, como si las impresiones de su corazon estuviesen anudadas con las de su madre. Doña Juana solo sentia el concepto exagerado que su hijo podia formar de aquel pasaje sin sustancia, sin mas efecto que el arrastrar tras sí una simpatía adquirida á fuerza de consideraciones dignas de una reina pundonorosa, y de respetos caballerosos propios de un vasallo altamente agradecido. Nadie es responsable del atractivo que llevan consigo las gracias de dos personas que se inspiran recíprocamente una confianza indefinible, y este pensamiento dominaba al rey y compadecia á su madre, porque supo él adivinar la idea exagerada que producia su inquietud.

—¿Qué os importa, madre mia, que haya llegado á mi noticia la punible conducta de mi hermano hácia vos? ¿Qué le importa á vuestro hijo que un caballero se haya hecho digno de vuestra estimacion? ¿Creeis acaso que vengo á pediros cuenta de una fragilidad supuesta?

Las espresiones del rey proferidas con acento amable y respetuoso, léjos de disipar el dolor de doña Juana le daba mayor aumento y la obligaban á permanecer con el rostro oculto.

—Basta, dijo la reina: tú no me dirás lo que crees acerca de mí, ni yo podré convencerte con mis protestas. Solo quisiera ahora que te dignases concederme un favor.

—Para el rey de Castilla es un deber acceder á las pretensiones de su madre.

—Necesito conocer al que tuvo la audacia de revelaros...

—Quien estaba cerca de vos sin ser visto ni oido.

—¿En el cementerio?

—No: detrás del panteon en que vos orabais.

La reina prorumpió en amargo llanto, al que no fueron bastantes para darle treguas las continuas reflexiones consoladoras que le hizo su hijo.

—Estad tranquila, madre mia; dijo el rey con cariñoso

acento. — Aunque vuestra conversacion con mi hermano fuese oida por persona de mi entera confianza, no se desprende de ella la menor sospecha que pueda menoscabar vuestra dignidad y vuestra honra. Veamos: mi hermano os sorprendió rogando por el alma de Carrillo, os hizo cargos injustos suponiendo que el digno caballero no era acreedor á vuestras oraciones, tuvo la audacia de insinuaros que el rey mi padre podia demandaros desde el otro mundo una ofensa que solo el duque de Benavente podia calificar en este sentido. ¿Qué puede inferirse de un pasaje tan insignificante? ¿Es acaso contrariar la dignidad de una reina el orar por los difuntos? Si vos os hallábais en aquel sitio funerario, nada mas natural que dirigir un recuerdo á la memoria de quien tanto se distinguió en los combates defendiendo el trono de Castilla y derramando por él su sangre. Vos no hicisteis mas que lo que otra reina hubiera hecho en igual ocasion; yo mismo que me hubiese hallado á vuestro lado os hubiera acompañado en el rezo. Cumplisteis un deber de conciencia que Dios os lo ha aceptado como una ofrenda de agradecimiento, y nunca rechazará la sombra de mi padre una accion bien acogida por el cielo. Creer otra cosa seria ofender al bondadoso rey que tanto apreciaba vuestra conducta ascética y que nunca interrumpió vuestras meditaciones religiosas: mi padre condenara al duque por haberle supuesto capaz de acriminar vuestro fervor y os diera á vos una prueba de su alto desagrado por haber caido en la debilidad de cejar á la simple idea de un concepto desfavorable. Sí, señora: siento tener que reconveniros por esa debilidad estremada, por no haber sabido disponer en aquel acto la muerte de mi hermano. Vuestra sentencia hubiera sido justa y hubiera obtenido mi aprobacion y la obtendrá siempre que os decidais á proferirla. ¿No están dispuestos á tomar por su cuenta vuestro desagravio el conde de Ledesma y el valiente Mendoza? ¿No hay bravos en Castilla que en buena lid sabrian defender el decoro de una dama? ¡Pues qué! si faltaban caballeros ¿no quedara uno que defendiera á la madre del rey? ¿No quedara don Juan primero?

—Ya lo sé y quedo á tu fineza muy agradecida, contestó doña Juana enjugándose la frente.

—Pues ¿qué esperais, señora?

—Que se cumpla.....

—Inmediatamente ¿no es verdad?

—Sí: que se cumpla inmediatamente... tu promesa.

—¿Cual?

—La boda del duque con la primogénita del portugués.

—¡Imposible! respondió el rey admirado de la generosidad de su madre: la hija de un monarca no debe descender hasta un villano.

—¡Calla! esclamó doña Juana.—Nunca los hijos de don Enrique de Trastamara llevarán tan odiosa denominacion.

—Es que el duque de Benavente no es mi hermano, señora, replicó el rey; los hermanos del castellano se conducen mejor.

—No obstante.....

—Nada, señora, continuó don Juan interrumpiendo á la reina: el duque ha perdido el derecho de llamarse hijo de mi padre; el duque no es mi hermano; no quiero que lo sea y de hoy mas no lo será.

—Advierte que me prometiste.....

—Sí: tenedlo presente vos. Prometí ser justo, porque la justicia es lo primero, y es ejercer un acto de justicia denegar la mano de una princesa á un aventurero que ni siquiera es hombre de armas.

—No hagas tal: me pidió perdon.

—¡Perdon! ¿Y vos, madre de don Juan primero, sabeis perdonar á quien hollando todas las leyes del deber y del decoro vino á turbar vuestro reposo insultándoos audazmente? ¿Y sois vos aquella reina que tan solo con abrir los ojos todo lo sometia á su poder y lo inclinaba á sus plantas? Bastante habeis hecho en dejarle con vida ¿qué quiere mas el duque? ¿Quiere acaso hacer mofa del poder real y rebajarle hasta el punto de premiar su crímen en desagravio del resentimiento que le habeis mostrado? Primero se hundirá mi trono, señora; y

si vos no sabeis conservar la dignidad de reina, si sabeis dejarla aparte, yo no olvidaré jamás que soy don Juan primero, rey de Castilla, y que vos sois mi madre.

—¿Y mi palabra, don Juan?

—¿Y la justicia, reina viuda? ¿Y mi decoro... y el vuestro?

—Yo prometí.....

—Nada, madre mia: tranquilizaos y procurad por vuestra salud que me tiene hoy mas cuidadoso que la guerra que amenaza al reino. Por lo demás vos habeis cumplido la promesa que le hicisteis al duque; le habeis perdonado y fuisteis intercesora para su boda. De vos no depende ya el resultado de vuestra intercesion; es cosa mia el acceder ó denegarme á ella, y el duque no puede quejarse si vé desairada por el rey la influencia de la reina viuda. Pese sobre mí toda la culpa, si culpa puede llamarse el dejar de proponer tal ó cual candidato para esposo de una princesa; yo soy árbitro en esta parte y conmigo se ha de entender el Portugal, no con vos.

—El reino es primero que tu madre y me conviene darle al duque una leccion.

—Para que luego os corresponda con insolente sarcasmo. Nó: no ha de ser vuestro hijo, no he de ser yo quien dé la mano al de Benavente para que se sienta tan alto que pueda ponerse á mi nivel y declararse mi enemigo encarnizado contando con iguales fuerzas que el castellano. Yo sé bien hasta donde llega la ambicion del duque y vos sabeis mejor que yo hasta donde llega su audacia; la paz de Castilla está tan interesada como mi honra y la vuestra en que el duque de Benavente sea siempre mi vasallo oprimido y no pueda jamás levantar la cabeza. Está ya resuelto, madre mia: el duque de Benavente no será el esposo de doña Beatriz.

—Sea en buen hora, contestó afligida la reina; cuando un rey ha resuelto no debe retroceder por meras condescendencias. No seré yo la que insista en la realizacion de esa boda; porque tú me has dicho «está resuelto» y tu madre debe dar ejemplo de subordinacion acatando tus decretos y tu voluntad suprema. Yo tambien le diré al duque «está resuelto ya: la mano de la

princesa doña Beatriz no os será concedida apesar de haberlo yo instado, porque el rey manda otra cosa y vos y yo debemos someternos á su voluntad.»

— Lo hareis bien, madre mia; y añadidle que es todo el favor que puede haber recibido de un monarca castellano el no ser víctima de su desacato y el dejarle permanecer libre en un reino cuyo suelo no debia pisar por mas tiempo, á ménos que fuese arrastrando una cadena. A dios, madre mia: los asuntos extranjeros llaman mi presencia á otra parte; si tardo en volver á visitaros no atribuyais á poco amor hácia vos mi demora, que os juro será bien á pesar mio.

Salió don Juan primero de aquella estancia y la reina viuda prorrumpió en llanto de amargura y desesperacion. Ya no le quedaba consuelo desde el momento en que desapareció la triste duda acerca de lo que podia saber el rey relativamente á la escena del cementerio. Por mas que las protestas de don Juan primero podian concebirse favorablemente, y por mas que de ellas no apareciese el menor síntoma de recelo que pusiese á su madre en el caso de desesperarse, con todo, el amor propio de doña Juana sintió una profunda herida, y era imposible disuadirla de lo que su imaginacion exaltada concibió al tiempo de acercarse don Juan á su cama diciendo que lo sabia todo.

Una sola investigacion le faltaba á doña Juana que le habia pasado desapercibida en el decurso de la conversacion con su hijo: debia saber quién habia sido el portador de la nueva, y recordando lo que sobre esto dijo el rey que junto al panteon de Carrillo se hallaba oculto un hombre de su alta confianza, empezó á discurrir quién podia ser ese confidente reservado que merecia tan singular prediIeccion. Ocurrióle tambien á su mente la entrega que de la espada de don Enrique de Trastamara hizo el rey á Mendoza. De este pasaje infirió doña Juana que el hombre de quien el rey hablaba seria indudablemente el alavés, fundando su creencia en las consideraciones tan marcadas y exhorbitantes que sin causa conocida se habian dispensado por don Juan á un ventero que salió de su hostería por mandato de aquel, que luego fué á Burgos, donde

estuvo poco tiempo, para asuntos reservados de palacio, y que permaneció de incógnito en la ciudad desapareciendo luego al dia siguiente al de la ocurrencia del cementerio sin ser visto de nadie. Estas circunstancias unidas al juramento que el rey hizo prestar á Mendoza cuando recibió el arma de caballero, no dejaban á la reina viuda la menor duda de que el alavés fué quien refirió á don Juan cuanto ella habia encargado que quedase en la mas sagrada reserva.

Si la prevencion de doña Juana se hubiese limitado á hacer pesar esclusivamente su resentimiento sobre el confidente que habia en su concepto sido el autor de sus penas, no hubiera producido el efecto que produjo en la corte encendiendo nuevamente la tea de las desavenencias, y engendrando nuevas ambiciones y miras palaciegas; doña Juana se previno tambien contra la esposa del alavés conceptuándola cómplice ó á lo menos iniciada en la confidencia de Mendoza. Si el rey hubiese atinado en manifestar á su madre que todo cuanto habia ocurrido aquel dia en la morada de los muertos habia llegado á su noticia por una casualidad imprevista, sin duda que doña Juana se hubiera convencido de que eran ciertas sus protestas con referencia al concepto que pudo haber formado de su livial desliz; pero la reina no veia en aquellas protestas una razon satisfactoria que acreditase el poco caso que el rey debió hacer de su conducta, y atribuyó á mero cumplimiento y delicadeza cuanto su hijo espuso para convencerla. Era en efecto una estrañeza para quien no estuviese en los pormenores de aquellas investigaciones políticas, que por mandato del rey debieron desempeñar Mendoza y Fernandez, el que fuesen espiados los pasos de la reina viuda desde el principio de su viudez como si de antemano hubiese el rey entrado en sospechas de que la conducta de su madre no era enteramente digna de su aprobacion. Doña Juana ignoraba el objeto de una confidencia, en que bajo ningun concepto podia tener una parte directa por mas que indirectamente fuese ella la presunta autora de aquellas indagaciones.

Sabido es que las zozobras del rey no hacian ninguna referencia á su madre; que la mision de Mendoza y de Fernandez se limitaba á descubrir el foco de una rebelion cuyos elementos se creia que iban á ser sofocados por el conde de Ledesma con anuencia y aprobacion de la propia doña Juana. El rey se equivocó y esta equivocacion motivada por la sencilla circunstancia de haber el conde de Ledesma emprendido de incógnito un viaje desde Burgos á Toledo, un pasaje de suyo tan insustancial, fué causa de tanta discordia, de tanto enredo y de tanta complicacion en el reinado de don Juan, que puede decirse fué el orígen de su desgracia. Todo esto lo ignoraba la reina viuda, y mientras el rey se ocupaba de los graves asuntos del estado y de asegurar su trono afianzando al mismo tiempo la paz de Castilla, la reina madre presumia en él otras miras de menos entidad y pueriles, hasta cierto punto alusivas todas á la estraña curiosidad de saber si era ella mas ó menos digna de la veneracion y respeto de su hijo por el alarde que hacia de sus virtudes. Aclarado este punto, sabido por doña Juana el verdadero objeto de la confidencia, que el rey se habia equivocado primero y que despues fué ella quien equivocó el pensamiento que el rey habia formado de su misterioso viaje, se hubieran desvanecido las dudas y hubiera quedado tranquila esa reina pundonorosa, desesperada por un esceso de amor propio; pero don Juan no acertó en el remedio que podia ahogar el desconsuelo de su madre, y sus reflexiones y sus protestas debian por necesidad ser oidas preventivamente. Mientras la reina permanecia ignorante de la causa impulsiva de los planes de don Juan, no era fácil que modificase su opinion, y era consecuente que mirase con repugnancia á cuantos pudiese considerar fundadamente cómplices de una fiscalizacion de mal género, que por mas que el rey la hubiese ordenado, no por eso dejaba de ser altamente odiosa, sobretodo recayendo en una muger de tan elevada alcurnia.

La pobre Violante, esa dama inocente de cuantos cargos se hacian pesar sobre su intachable conducta, tenia en su

favor el poderoso apoyo de la madre de don Juan primero, que podia ponerla á cubierto de las intrigas palaciegas y librarla de las sordas maquinaciones de una rival temible; pero esta vez perdió el áncora de su salvacion y no le quedó mas que el favor del cielo.

—Ya está visto, dijo doña Juana con la mayor viveza; todos me son traidores... hasta aquellos por quienes hubiera dado mi corazon hecho pedazos. Pero no: doña Elvira no me ha sido ingrata, ni puedo concebir tan mala calificacion en el caballero conde de Ledesma. Este anciano me lo decia y ¡ojalá hubiera yo seguido sus consejos! El conde sí que es caballero ¡oh! es otra cosa que lo demás que anda por ahí.

Violante quedó absorta al oir esa indirecta, que no se atrevió á impugnar por un esceso de modestia y de respeto.

—¿Lo sabes tú, Violante? preguntó la reina esforzándose en reprimir su indignacion.

—¿Que me quereis, señora? dijo Violante con timidez?

—Nada: preguntaba si sabias lo que pasaba por mí, y esta pregunta es muy fuera del caso no pudiendo tú contestar á ella; porque tú no la comprendes. ¿No es verdad, Violante?

—¿Yo, señora...?

—Si fueses doña Elvira, si como ella estuvieses versada en respetar el sagrado de la reserva, sabrias distinguir con claridad quien es traidor y hasta donde llega la odiosidad de una traicion; sabrias que siempre es traidor el que tiene la desvergüenza de ser ingrato.

—Comprendo todo lo que decís, señora; pero en verdad tambien os digo que no comprendo vuestra alusion, ni la causa que os inclina á persuadiros de que no está á mi alcance la significacion de la palabra traidor y la de ingrato.

—Entónces me habré equivocado y no podré disculparte como quisiera.

—¡Señora! esclamó Violante con energía. ¿Creeis acaso...?

—Me remito á la prueba, contestó la reina sonriéndose agriamente.—Veamos como me esplicas la conducta que tu esposo ha observado en los asuntos de la corte que le han

sido confiados por el rey. Tú no debes haber olvidado que cuando te destiné á mi lado en calidad de dama, tu esposo, á quien yo no conocia, se hallaba en Toledo por órden del rey para desempeñar una mision importante de la real casa. El rey no conocia á tu esposo... pero á tí te conocia, y á veces las comisiones de importancia se confian al esposo de una muger que sea conocida del rey.

—¡Dios mio! esclamó Violante. ¿Qué quereis significar con esto, señora?

—Lo cierto es que Mendoza no tenia recomendacion alguna en la corte de Castilla, y que allí se introdujo como por encanto sin que nadie hasta el presente haya podido averiguar cuáles son los servicios que le han hecho acreedor á tantas distinciones. Mendoza salió de Toledo y vino á Burgos de incógnito regresando despues á aquella ciudad con un misterio incomprensible. Le viste tú y me dijiste haberle reconocido; temiste una sorpresa de don Alonso y me pediste ausilio, ¿te acuerdas?

—Pero yo no sabia que estuviese Mendoza en Burgos cuando confié á doña Elvira que su hijo tenia hácia mí pretensiones amorosas.

—¿A qué vino Mendoza á Burgos?

—Lo ignoro.

—¿Quién es el confidente del rey que se hallaba oculto espiando mis pasos y escuchando mi conversacion reservada con el duque?

—Lo ignoro.

—¿Cuáles son los eminentes servicios de tu esposo para que el rey le haya colocado tan alto con sorpresa del reino castellano?

—Lo ignoro.

—¿Porqué ciñe Mendoza el arma de don Enrique, la misma espada que ceñia el duque de Benavente, á quien la arrebató don Juan en pena de un desacato que don Juan debia ignorarlo.

—Lo ignoro tambien, señora.

—Tu esposo vino en calidad de mensajero del rey.

—Me lo figuro; pero si he de decir la verdad, no estaba en esta inteligencia cuando le ví despues de lo ocurrido en el cementerio.

—¿Pues qué presumiste entónces?

—Creí que venia por mí: como habia desaparecido de la hostería sin su anuencia, no estrañé que quisiese ver por sus propios ojos que en mi carta no le engañaba.

—¿Sabes tú si llevaba órdenes reservadas de don Juan?

—Lo ignoro.

—¿Ignoras tambien si espiaba tus pasos ó los mios?

—Tampoco os puedo dar á esta pregunta una contestacion satisfactoria.

—Es que si Mendoza no tenia órden espresa para seguirme... si vino por tí... es un vil, un infame, porque entónces habrá dicho oficiosamente al rey lo que no tenia derecho de saber, y habrá censurado mi conducta averiguando la tuya.

—¡Señora! Mendoza no es capaz de un proceder tan villano.

—Mendoza es capaz de todo, porque él es el confidente de don Juan ó el espía de la reina madre.

—No lo es, respondió enérgicamente la alavesa.—Yo os juro que no lo es, porque es imposible que lo sea á menos que haya dejado de ser Mendoza.

—Y no es otro, Violante.

—Os engañais, señora.

—Y tú que le defiendes despues que me has dicho que todo lo ignorabas... tú, Violante, eres su cómplice.

La dama quedó turbada sin saber como desvanecer el cargo imprevisto que acababa de dirigirle doña Juana.

—Si Mendoza vino por mí, continuó la reina, para espiar mis pasos por órden de don Juan, podrá haber sido del rey un fiel vasallo, pero con respecto á la reina madre fué un traidor ó al ménos un mal caballero. ¿Qué me respondes á esto, Violante?

—No sé que responderos, señora: me haceis tales pre-

guntas... y luego si os contesto negativamente os enojais y me llamais ingrata.

—Responde, dijo la reina dando un grito que aterrorizó á su dama.

—¡Señora! contestó Violante temblando; yo... yo no sé nada.

—Pues ya que todo lo ignoras, vete Violante; llama á doña Elvira y buscaremos quien sea mas caballero que Mendoza para defenderme, y otra dama que me sirva mejor, que cuando yo la interrogue no me conteste á secas que lo ignora todo.

—Advertid...

—Nada hay que advierta: vete ya.

Salió Violante sin saber lo que pasaba por ella, y á poco rato entró doña Elvira en la habitacion de la reina madre y entornó la puerta. Por mas que parezca injusto y precipitado el proceder de doña Juana, no debe estrañarse si se toman en cuenta las alarmantes apariencias que bien pudieran calificarse de indicios indubitables á tener que juzgar por ellas la conducta del rey y la de los esposos alaveses. Sin embargo, no era digna de tanto rigor la pobre Violante contra quien no pesaban los cargos que podian dirigirse á su esposo, toda vez que la proteccion que le habia dispensado la reina madre era independiente en un todo de la que el rey prodigaba á Mendoza. Es no obstante disculpable el juicio que formó la reina viuda, y muy natural la prevencion que debió infundirle la idea de una traicion ejercida por el esposo de su dama, á quien tantas y tan repetidas pruebas habia dado de su alta deferencia; de manera que á no estar prevenida contra Violante, á no creerla tambien cómplice ó encubridora de aquel mensaje que habia interpretado en un sentido tan distinto del que tenia realmente, hubiera tambien sido consecuente la destitucion de su dama para dar una leccion mas á Mendoza, y evitar la hostil mancomunacion de los dos esposos. La reina quedó sola con doña Elvira, mientras la alavesa se trasladó á la mayordomía esperando á su esposo para

poner en su conocimiento cuanto acababa de espresarle doña Juana.

El rey habia reunido á sus ministros y principales gefes para consultarles acerca de lo que debia practicar en su posicion para complacer á la Francia sin arrostrar compromisos que viniesen á turbar de improviso la tranquilidad del reino. Era imposible buscar un medio paliativo en aquel estado de apuros, y no podian satisfacerse cumplidamente los deseos del monarca, porque la guerra era inevitable en el reino castellano sin que la fuerza moral y material bastara para contener á los enemigos de afuera y sofocar en el interior los elementos de discordia. La posicion de Castilla era muy desesperada. Dando ausilio á la Francia contra la Inglaterra, el portugués no podia mirar impasiblemente aquella intervencion y debia tomarla por un caso de guerra, porque igual razon militaba paraque Portugal hiciese propia con respecto á Castilla la cuestion de la Inglaterra como para que con respecto á Portugal adoptase Castilla como propia la cuestion de la Francia. Si por el contrario Castilla hubiese reusado la alianza con la Francia, léjos de evitar los desastres de una guerra encarnizada con el portugués, su impasibilidad la hubiera provocado mas tarde quizás, pero siempre mas funesta, porque entónces Portugal hubiera contado con la impotencia de su adversario. De todos modos le valió mas á don Juan cumplir el pacto de alianza con el francés, que mostrarse indiferente á los conflictos de una nacion amiga y á cuyo ausilio debia el trono que le legó su padre don Enrique de Trastamara. Decidióse por fin en conformidad con el consejo á enviar á la Francia los ausilios necesarios despues de confirmadas las alianzas que se estipularon con su padre; pero atendida la urgencia del caso y como don Juan, duque de Bretaña, iba de acuerdo con el inglés, no podia diferirse el ausilio para despues que las alianzas fuesen confirmadas, pues el retardo era sumamente perjudicial á la causa de la Francia; y como á don Juan le interesaba no desairarla y conservar las relaciones amistosas que tan encareci-

damente le habia recomendado don Enrique, resolvió por de pronto enviarle ocho galeras sin perjuicio de los demás ausilios que mas tarde le convinieren.

Con la disposicion que habia tomado el rey de Castilla no se precavieron los males sucesivos y la necesidad que habia de remediarlos. Don Juan debió acordarse de que sus dos hermanos bastardos estaban interesados en la guerra con el Portugal, á menos que se cortase definitivamente por medio de las bodas que mas que proyectadas, estaban ya convenidas y hasta perfeccionadas, no faltando mas que su ratificacion para consumarlas. Portugal se hacia el desentendido y hubiera tal vez cumplido los contratos matrimoniales y capitulado inmediatamente, si don Juan hubiese instado el cumplimiento, pero se oponian á ello dos obstáculos dignos de atenderse y de consultarlos con madurez. Don Juan sabia que su amor propio iba á sufrir una herida de muerte si tomaba la iniciativa en este asunto despues de lo ocurrido con el duque de Benavente, que es á quien interesaba particularmente la celebracion del matrimonio por deberlo realizar con la princesa del reino enemigo. Por otra parte no merecian estas bodas el aplauso de la Francia, porque la alianza que Portugal tenia firmada con la Inglaterra era un mal precedente siendo la Inglaterra enemiga del francés. Entónces era muy fácil que la alianza de Castilla desapareciese por la intervencion que necesariamente debiera conceder á Portugal en un tratado de paz en que las relaciones se estrechaban por medio de bodas entre individuos de ambas familias reales, lo cual hubiera dado lugar á otra alianza mas temible para la Francia, cual era la de Castilla con la Inglaterra, quedando el castellano imposibilitado para tomar parte directa ó indirecta en los asuntos de una nacion por tantos títulos amiga, cual era la Francia, si no queria serla ingrata tomando parte en la alianza triple.

Este asunto de alta política dispertó en Castilla varias pasiones encontradas, que no dejaron de agravar sordamente la triste situacion en que se hallaba. El duque de Benavente no pudo menos que recelar la venganza del rey de Castilla, y tra-

tó de formar un partido de los prisioneros de guerra libertados ofreciéndoles defender su causa si ellos se decidian á proclamarle esposo de la princesa de Portugal. Necia fué la proposicion del duque toda vez que la potencia portuguesa habia acordado este contrato matrimonial como otra de las bases esenciales de la capitulacion convenida con el rey don Enrique, y mal podia adoptar para la declaracion de guerra un medio propuesto para afianzar la paz. Por otra parte ninguna garantía podia ofrecer el duque de Benavente á los portugueses si su boda con la princesa doña Beatriz se realizara sin el consentimiento de don Juan primero, pues si bien era esta una de las bases principales de la capitulacion no bastaba por sí sola para asegurar los intereses de ambas potencias, pues mientras don Juan no consintiese, no podia el portugués contar con las concesiones que se habian acordado por el rey don Enrique de Castilla y don Pedro de Portugal dentro del Tajo junto á Santaren á bordo de dos barquillas prevenidas al efecto por el cardenal de Bolonia, legado del papa, con la importante mision de concertar las paces entre el portugués y el castellano.

Si al menos el duque de Benavente hubiese gozado de algun prestigio entre los castellanos, si hubiese sabido formarse un partido como lo hizo mas tarde su hermano don Alonso, hubiera entónces Portugal contado siquiera con la fuerza en el interior de Castilla para obtener por derecho de conquista mas todavía de lo que acordaron ambas potencias, y entónces era mas fácil inclinar á los portugueses á un pacto condicional y premiar la traicion del duque con la boda que estaba contratada. Pero el de Benavente no se hallaba en la mejor disposicion para entrar en esta clase de ofrecimientos, y no podia dar á Portugal mas que un soldado y este no le hacia falta al reino enemigo. Quedó por de pronto aquella conspiracion sin resultado alguno, pero mas tarde tuvo que arrepentirse don Fadrique, porque habiendo sabido el portugués que no reinaba la mejor armonía entre don Juan y el candidato propuesto para esposo de la princesa doña Beatriz, creyó conveniente rechazar aquel contrato del que no podia prometerse ningun resul-

tado favorable. Don Juan por su parte procuró tambien resistirse enérgicamente á las pretensiones de su hermano, ya por el resentimiento que le guardaba, ya tambien porque habiendo tenido noticia de sus maquinaciones, trató de supeditarle y de imposibilitarle en lo sucesivo para llevar á término sus planes de insurreccion. A fin de evitar una asonada que pudiese turbar el órden que reinaba en Castilla, dispuso el rey que inmediatamente fuesen espulsados del reino los prisioneros de guerra que habia indultado en celebridad de las fiestas de su coronacion y con esta medida preventiva logró contener las valentonadas del duque é intervenir sin contradiccion en la causa de la Francia contra la Inglaterra mandando las ocho galeras en su ausilio, que en favor del francés decidieron el combate en las costas de Bretaña.

No era solo don Fadrique quien se habia propuesto aprovecharse de aquella oportunidad para esplotar el medio de hacer triunfar sus proyectos; el cardenal de Aragon don Pedro Martinez de Luna no se descuidó en tan propicia ocasion en reiterar sus instancias acerca del asunto de Clemente, y terminar su legacion sometiendo á Castilla á la obediencia del antipapa. Este obraba con mas cautela que el duque y era mas razonable en sus actos; pues así como don Fadrique tenia que hostilizar al rey y desaprobar la intervencion en favor de la Francia, el cardenal de Aragon debia estrechar mas las simpatías del rey con el antipapa Roberto por medio del ausilio que se prestaba á la Francia, toda vez que en la causa de los franceses venia tambien en cierto modo embebida la del cisma por haber el antipapa establecido su sólio en Aviñon y correr de mancomun con el francés en las cuestiones de esta potencia.

Bien es verdad que el cardenal de Aragon no podia contar todavía con la influencia de la reina doña Leonor mientras no quedase definitivamente resuelta la espulsion de Violante por un medio que no se hiciese estrepitoso, á fin de no aparentar los celos que la devoraban y de poner á cubierto sus tramas para que el rey no pudiese hacerla cargos por su

arbitraria disposicion. Afortunadamente el desagrado de la reina viuda hácia Violante vino á tiempo para que el cardenal de Aragon preparase sin dificultad los medios de complacer á doña Leonor. Iba el cardenal en busca de Mendoza cuando al entrar en la mayordomía dió con Violante que acababa de salir trastornada de la estancia de la reina viuda.

—¿Vos aquí, doña Violante? dijo el cardenal á la desconsolada dama.

—Sí, señor; contestó la alavesa con voz balbuciente.

—Vuestro esposo ¿dónde está?

—No sé, contestó secamente la dama sin poder disimular su turbacion.

—Deseaba verle y de paso felicitarle al igual que á vos, y puesto que no tengo el gusto de veros reunidos, me complazco al menos en hablar con vos y espresaros la satisfaccion que me cabe por vuestro ascenso, pudiéndoos asegurar que solo deseo que se me presente un momento para daros pruebas de mi amistad sincera.

—Gracias, cardenal; dijo Violante con la misma turbacion.—Sentaos.

El cardenal tomó asiento y al notar en el semblante de la alavesa el disgusto de que se hallaba poseida, no pudo menos que manifestarle haber conocido en ella cierta inquietud, cuya causa no trataba de investigar.

—En mala ocasion, señora, habré venido á molestaros, dijo cortesmente el cardenal.

—No, monseñor; vos nunca me sois molesto.

—Sin embargo vuestra turbacion es para mí una prueba manifiesta de que no estais dispuesta á sostener conversaciones de poco interés, cuando el estado de vuestra salud no os permite sin duda parar la atencion en ellas.

—No lo creais, cardenal.

—Aprecio infinito vuestra bondad; pues por mas que intentais disimularlo, me haceis el obsequio de dispensarme este buen rato apesar del estado en que os encuentro. Si al menos tuviese yo la dicha de serviros en algo y tranquilizaros

pudiérais dar por mas bien empleado el obsequio que me dispensais y á mí no me quedara entónces el escrúpulo de haber aumentado vuestras desazones abusando de vuestra deferencia. Decidme, doña Violante ¿puedo serviros de alguna utilidad en este momento?

La contestacion de Violante fué un profundo suspiro.

—¡Suspirais!... ¡Llorais!... ¿qué significa esto, señora? ¿Me creeis acaso responsable de vuestros pesares, cuando al dirigiros una pregunta me contestais con un suspiro?

—No, monseñor: vuestra pregunta espresa sin duda vuestra bondad y galantería; mi respuesta solo espresa un sentimiento que quisiera ocultar y no puedo.

—¿Vos sufrís, doña Violante? Vos que sois la envidia de la nobleza castellana, que por milagro estais rodeada de cortesanos que admiran vuestra belleza, que sois altamente favorecida por la reina madre y por el mismo rey, ¿vos padeceis, señora? Que lo dijera otra muger menos afortunada... ¿pero vos? Mucho me admira que á tal estremo hayais llevado el desconsuelo por mas que una causa cualquiera os haya impresionado gravemente, porque no puede ser mas grave la impresion producida por esta causa que la dicha que os ha proporcionado vuestra suerte incompreensible.

—¿La dicha decís? ¿mi suerte? No la envidiara, señor, al que quisiera marcar mi rostro con el sello de la afrenta. Decís que estoy rodeada de cortesanos que admiran mi belleza... ¡maldita mi belleza y maldita la córte de Castilla! Favorecida me llamais por la reina madre y hasta por don Juan... ¿cuánto me llevarais por el favor que me dispensan? Si fuera posible, yo os lo regalara, y renunciara en favor vuestro el señorío de Fita y de Buitrago con tal que me fuese permitido descender á mi humilde calidad de ventera. Lo que vos llamais favor del cielo no es mas que un castigo que el cielo hace pesar sobre mí para que acabe de espiar en la córte la falta que cometí en ella. ¡Ah monseñor! perdonad si insensiblemente se desahoga mi pobre corazon, que no tiene en este mundo quien derrame sobre él una dulce gota del bálsamo de consuelo; per-

donad si mi labio indiscreto ha tenido la audacia de ponerse en boca á los reyes de Castilla para dirigirles una acriminacion digna de ser calificada de ingratitud y perfidia. Yo scy la única contra quien deben pesar todas las acriminaciones y me confieso ingrata y pérfida para con esos reyes que son el instrumento de Dios, y para con el mismo Dios que se vale de esos reyes para darme á conocer su justicia eterna. ¡Y he tenido valor para maldecir la córte de Castilla!... Yo sola soy digna de maldicion, yo sola debo maldecirme.

—No lleveis á tal estremo vuestros accesos de desesperacion, dijo con dignidad el cardenal; nadie tiene derecho de maldecirse á sí mismo, ni aun á su suerte por mas que haya dejado de serle propicia.

—¿Qué hariais vos en mi lugar? preguntó la desesperada jóven.

—Difícilmente puedo aconsejaros ignorando el objeto de vuestras penas.

—Teneis razon, vos no sabeis que debe hacer quién ha de luchar con la familia real y su córte.

—Pero mientras en la córte le quede á Violante el poderoso apoyo de la madre del rey ¿qué puede temer?

—¿Y si este apoyo me faltara?

—¿Qué me decís? ¿Es posible que doña Juana os abandone á los percances de vuestra suerte cuando es ella un segundo blanco de las saetas que dirije contra vos la nobleza palaciega?

—Eso no: nunca doña Juana ha sido escudo de su miserable vasalla. No temiera tampoco las intrigas de la córte, si no fuera la real familia... pero yo no sé si hago mal en referiros mi historia, monseñor; yo no sé si debo mas bien reprimir mi sentimiento y esperar á que Dios disponga de mi suerte, ya que es él quien me la envia.

—¡Hija! espuso el cardenal con acento amabilísimo.—Si necesitais un desahogo, buscad el alivio de vuestros sufrimientos en el corazon de otro que os ayude á soportar la carga, ora sea con sus consejos saludables, ora con sus lágrimas, que

las derrame junto á vos, cuando vos lloreis. Tendreis un preceptor, una amiga.....

—Nadie: no tengo mas que á Dios, á quien pido perdon y no me oye.

—Blasfemais, hija mia, negando á Dios su clemencia que la tiene con todos indistintamente; y si quiere probar vuestras fuerzas, resignaos á sus altos designios, pues cuanto mas resignada os mostrareis, mas pronto se aplacará su ira.

—¿Qué he de hacer, pues? Yo estoy perpleja, señor: yo no sé lo que me digo, ni lo que me hago.

—Si vuestra fineza supiese disculparme mi laudable exigencia, si no osarais atribuir á mera curiosidad lo que no fuera mas que una prueba del interés que me inspirais, me atreviera ofrecerme á prestaros en todo mi apoyo, asegurándoos bajo mi sagrada palabra de que la reserva de vuestro corazon quedará sepultada en el mio.

Violante titubeó y echó luego al sacerdote una mirada de desconfianza.

—Escuchad, cardenal, dijo cándidamente la dama.—Aunque vos seais clementista, no por eso dejais de ser ministro del Señor ¿no es verdad?

La sencillez de esta pregunta obligó al cardenal á sonreirse.

—No estrañeis mi lijereza, porque yo no comprendo bien esa..... esa especie de revolucion eclesiástica que llaman cisma.

—Ni es necesario que la comprendais para inferir lo que somos los eclesiásticos en este mundo. El dudar quien es el verdadero sucesor de San Pedro entre dos que creen serlo, no desvirtua en lo mas mínimo el carácter sacerdotal de los que profesan una opinion en una materia que, aunque delicada, no pasa de cuestion puramente personal.

—Pero como el representante de Jesucristo no puede ser mas que uno, pues no tiene en la tierra la Iglesia mas que una cabeza, el provocar esa duda creo que ha de ser un pecado muy grave, del que han de responder ante Dios los clementistas que defienden al antipapa.

—No es cuestion que deba haceros vacilar siquiera en la

creencia de que soy sacerdote y como tal ministro del rey de Israel.

—Bien: al menos sereis un hombre inteligente y de honradez á toda prueba. Esto me basta para confiaros mi secreto.

No sabia Violante como empezar la relacion de su historia dudando si el cardenal de Aragon era persona bastante autorizada para hacerle digno una muger de confiarle los secretos en que estuviese su honor vergonzosamente comprometido. Debia empezar nada ménos que por la reseña de sus amores con don Enrique de Trastamara y descender luego á las causas que produjeron los infundados celos de la reina doña Leonor, indicando además la escena del cementerio entre doña Juana y el duque de Benavente. Para ello tenia necesidad de ofenderse á sí misma y de hacer uso de una revelacion que comprometia el buen nombre de la reina viuda, revelacion que por solo haberla presumido doña Juana, acababa Violante de perder su gracia. Estas consideraciones ataron la lengua de la pobre dama, no atreviéndose á confiar al cardenal los pormenores de una historia tan delicada y misteriosa, y limitóse á simples insinuaciones de las cuales el cardenal pudo inferir lo mas vergonzoso con respecto á ella, y muy particularmente la reserva en cuanto hacia relacion á la reina madre.

—Ved, monseñor... dijo Violante despues de haber meditado, ved que en lo que voy á deciros están comprometidos los nombres de dos reinas y el honor de una dama.

—Vuestro secreto morirá en mi corazon, contestó con dignidad el cardenal.

—Escuchad, pues, prosiguió Violante con misterio, acercándose al cardenal y bajando la voz.—Hubo un tiempo en que la reina de Castilla quiso probar la fuerza de su poder luchando con una pobre huérfana, cuyas gracias provocaron terriblemente su envidia. La reina era buena sin embargo, y debia competir con el rey su esposo, quien tenia motivos muy relevantes para disculpar á la huérfana; esta cejó por fin arrepentida de los sufrimientos que su presencia en la cór-

te ocasionaba á una reina tan bondadosa y querida de sus vasallos.

—¿Eran rivales tal vez?

—Permitid que os advierta que de esta historia solo os referiré lo que pueda ser suficiente para desahogar mi corazon, y os agradeceré infinito que no me interrumpais con investigaciones sobre cuanto vos podais creer que trato de ocultaros.

—Proseguid.

—La huérfana se fugó del palacio contra la voluntad del rey y dió de este modo el triunfo á la reina: luego contrajo enlace y vivió en la oscuridad hasta que la misma reina prendada de sus virtudes y convencida de su inocencia, la hizo su amiga y se la llevó consigo. La reina era viuda entónces y su hijo ocupó el trono que habia dejado el protector de la huérfana. Esta pobre jóven escarmentada por los contratiempos que habia sufrido en la córte, ha ocultado sus miradas al rey para no dar á su esposa ningun motivo de recelo; pero ha sido en vano. Un hermano bastardo del rey pretendió relacionarse amorosamente con la protegida de la reina viuda, y al verse rechazado por ella ha tomado una venganza poco noble atribuyendo al rey los amores que él dedicaba á la favorecida de su padre y así lo puso en conocimiento de la jóven reina, cuyos celos la tienen horriblemente prevenida contra su inocente rival... su rival presunta, monseñor, porque nunca ha faltado la infeliz á sus deberes de esposa y de vasalla.

—¿Porqué no trata esta muger de persuadir á la reina valiéndose de su esposo y de su protectora?

—Porque la reina duda de la honra del primero, y la que fué protectora es hoy enemiga de su favorecida.

—¿Es posible?

—¡Ah, señor! esclamó con viveza la dama; ya veis ahora si tiene razon la pobre Violante para maldecir su suerte y odiar la córte de Castilla.

—Decidme, hija mia: ¿cómo ha podido doña Juana negar

su amparo á una dama tan digna por sus recomendables circunstancias?

—La lisonja es por demás, monseñor; ya sé que no merezco la benevolencia de su alteza doña Juana; pero tampoco soy digna de su aversion. Quiero en esta parte ser justa conmigo misma; tan desmesurado fué el favor con que me distinguió cuando yo menos podia pensarlo, como el rigor con que hoy me ha tratado sin haberla dado motivo para aborrecerme.

—¿Os ha tratado con rigor doña Juana? ¿y decís que hoy mismo os ha dado tan mal trato?

—Sí, monseñor; dijo la alavesa sin poder contener el llanto; en este instante acaba de despedirme de su presencia por no haber podido contestarle á ciertas preguntas que, á la verdad, para mí son incontestables.

—Será sin duda un momento de mal humor que vos habreis atribuido á injusto encono.

—Nó, monseñor; es demasiado cierto que doña Juana se ha prevenido contra mí por haberme creido capaz de abusar de su confianza. ¡Oh! si vos supierais cuanto misterio encierra la causa que ha producido tan infundada prevencion, si vos supierais la villanía con que la reina madre fué tratada por el duque de Benavente y las consecuencias del desacato que el duque le infirió..... pero yo soy demasiado indiscreta en buscar un desahogo á mis penas, refiriéndoos lo que pasó en un cementerio y lo que dijo el duque á la madre del rey para obligarla á constituirla intercesora de su boda con la princesa doña Beatriz de Portugal.

—Yo creí que doña Juana era precisamente la que mas repugnaba en la ratificacion de aquel contrato por llevar sus deseos al estremo de reservar á su primer nieto la mano de aquella princesa; pero recuerdo tambien que al tiempo de ser don Juan coronado rey de Castilla desistió de su empeño y pidió encarecidamente al rey que la boda del duque con doña Beatriz se ratificase pronto, cuya contradiccion no dejó en un principio de causarme estrañeza, mas luego pensé que no era tan fuera del caso que variase de modo de pensar en este asun-

to, porque el príncipe de Castilla todavía ha de nacer y doña Beatriz está ya en disposicion de contraer matrimonio. No podia pensar que su alteza insistiese por mas tiempo en su estraño propósito, y confieso que no me causó gran sorpresa cuando reflexioné la causa que la obligaba á desistir de su empeño, causa justa por cierto y en estremo razonable, pues era en mi concepto un delirio dejar á doña Beatriz soltera, hasta que un futuro nieto de doña Juana se hallase en disposicion de ser su esposo. Mal podia presumir que doña Juana obrase en este caso contra su propia conviccion, y que sus instancias fuesen dimanadas del temor que el duque le hubiese infundido... de una amenaza... en fin de cualquier otra cosa que no fuese su íntimo convencimiento. Pero vos, Violante ¿qué teneis que ver con eso? ¿Sois cómplice acaso en la coaccion que suponeis en la reina madre?

—No: pero la reina cree que yo he sido cómplice en descubrir el desacato del duque, y presume que Mendoza fué el autor de este descubrimiento.

—¡La reina viuda no queria que el rey supiese el desacato y sin embargo el temor la hizo implorar gracia en favor del duque!... Precisamente don Fadrique debe poseer un secreto de la reina, que si llegara á saberse...

Un grito que dió Violante cortó la palabra al cardenal.

—¡Tened piedad de mí! esclamó la sencilla dama: no digais á nadie lo que acabo de contaros, porque os lo juro, monseñor, con nadie sino con vos he tenido la debilidad..... ¡oh! vos sois un hombre honrado y vuestro carácter sacerdotal no os permite comprometerme.

—¡Por Dios, hija mia! hacedme el favor y la justicia de creerme mas digno de mi sagrada mision. Vuestras lágrimas me insultan, vuestro temor me avergüenza. Un cardenal, un noble, hijo de la gran familia de Luna, no puede admitir la suposicion siquiera de que no merece la confianza de una dama pundonorosa, de una muger desgraciada. ¿Yo comprometeros? ¿Yo ser traidor al que busca en mi corazon el consuelo del suyo? ¡Violante!... ya os perdono.

La gravedad con que se espresó el cardenal llenó de admiracion á la humilde alavesa, que hincando la rodilla besó respetuosamente la mano del clementista.

—Ya estoy tranquila, espuso Violante: por fin el cielo me envia un preceptor de acreditada inteligencia que me librará de la terrible posicion á que me ha sumido mi fatal estrella. Yo necesito un consejo saludable, monseñor; yo tengo enemigos muy temibles en la córte y quisiera huir de ellos; sino decidme ¿qué puede hacer una débil..... ventera que la considera su rival una reina; que otra reina la rechaza creyéndola su espía; que el hijo de un rey quiere conquistar su amor y su esposo arde en celos; que toda la córte se ha conjurado contra ella, toda. ... ménos el rey, de quien se aleja cual si fuese un espectro? ¡Señor! si alguna muger es digna de inspirar un noble sentimiento, si alguna es digna de compasion, será aquella que sin un poder que la defienda, cuenta por su contrario el conjunto de tantos poderes. No hay otra muger mas desventurada que Violante, no; vos lo conoceis y vos me consolareis al ménos compadeciéndome.

—¡Huir! dijo el cardenal: huir de vuestros enemigos poderosos es lo que dicta la prudencia y lo que os prescribe el deber.

—¡Huir, sí!... pero ¿dónde? ¿cómo?... Yo soy la esposa de Mendoza... yo no sé qué determinar, ni...

Violante no sabia de que manera esplicar los inconvenientes de su fuga.

—Cuando yo os he dicho que debiais huir, respondió el cardenal, no intentaba significar que debiais fugaros. De los peligros que os acusan debeis colocaros á distancia; pero nó desaparecer de una manera violenta, porque seria entónces suponeros criminal, seria acusaros vos misma de las faltas de que os considerais enteramente irresponsable.

—Haré lo que vos me propongais, monseñor.

—Oidme, pues, hija mia: vos no podeis dudar, porque lo habeis dicho, que el cielo castiga vuestro desvío conjurando con-

tra vos á la real familia por la injuria que irrogasteis á una reina bondadosa que os dispensó su gracia en pena de la ofensa que tan indignamente le dirigisteis. Dios ha permitido que así fuese y ha escojido el sitio del pecado y os ha facilitado los medios para que vos lo meditaseis y os arrepintieseis. El cielo no tenia de vos un mérito para premiaros... y el cielo es justo; las gracias que habeis recogido en la tierra no son mercedes con las cuales Dios os haya querido favorecer para holgaros libremente en ellas, son tan solo los medios de persuasion; Dios ha querido convenceros. Si así no fuese, vos no fuérais la mas desgraciada de las mugeres en medio de tanta dicha, y cuando Dios os avisa diciéndoos que esta dicha no es para vos, seria provocar su indignacion si osarais hacer frente á su poder. El alto designio se ha cumplido: vos debiais espiar vuestra enorme falta y comprenderla por los medios que están al alcance del que dirige vuestra conducta y guia vuestro entendimiento; ya no debeis comprender otra cosa. Estais en la córte como un penado en la mazmorra; aquí es vuestro destierro, aquí donde todos gozan, vos sola estais condenada á sufrir. Ya veis cuan clara se os manifiesta la justicia Divina: es preciso que ahora imploreis la misericordia donde no se os opongan obstáculos que pudieran precipitaros á la tentacion. Buscad el retiro, Violante: decidle á vuestro esposo que vais á ser penitente, que os permita retiraros, y si es cristiano no podrá denegarse á vuestra súplica. Despues volvereis á la córte sin causar ofensa á nadie.

—¿Y si Mendoza se resiste?

—No lo creais: Mendoza no querrá perderos.

—¿Y si yo os dijera que Mendoza se resiste á concederme esta gracia?

—Yo se la pediré por el decoro de su esposa y por su honra.

—Solo así podré cumplir la promesa que tengo hecha á la reina doña Leonor.

—¿Estais vos dispuesta á cumplir esa promesa?

—Lo juré, monseñor; lo juré... y nunca he faltado á mis juramentos.

—Siendo así, hija mia, no teneis motivo de desesperaros. Dios os convida á poner término á los males que os oprimen: si no hubiera sido la prevencion que contra vos ha adquirido la reina madre, difícilmente podriais salir del paso.

—¿Cómo?

—Sí: la complicacion de los sucesos comprometen á vuestro esposo, y por él y por vos debeis tomar esa resolucion, si ambos no quereis perderos.

—¿Le hablareis vos á Mendoza?

—Sí, hija mia: yo le hablaré, pero temo que otro me servirá de estorbo.

—¿Quién?

—El maestre de Santiago.

—¿Me hablais de don Pedro Fernandez?

—Sí, de Fernandez el astuto, del que todo lo compone y lo arregla segun sus miras particulares. Es hombre inteligente y suspicaz, conoce perfectamente las intrigas palaciegas y está constantemente metido en ellas.

—¿Vos conoceis bien al maestre, monseñor?

—Es hombre razonable en apariencia, pero temible en realidad.

—¿Lo sabeis bien?

—No me queda duda, y estoy seguro de que si hablo á Mendoza, él se opondrá á mis planes que, como veis, no tienden mas que á procuraros el consuelo que habeis menester en vuestra situacion apurada. Es sistemático en oponerse á todo; en fin es hombre que en este asunto no nos conviene.

—Si teneis la bondad de esperar á Mendoza, podreis hablarle antes que vea al maestre, y así que obtenga su permiso, me despido de sus altezas y me retiro al convento. Vos me acompañareis ¿no es verdad?

—Sí, hija mia. Gustoso aguardaré la vuelta de Mendoza.

El cardenal de Aragon empezaba á recoger los laureles de su triunfo inesperado. Poco se lo podia figurar Violante, que con tanta franqueza é inadvertencia descubrió sus mas

recónditos secretos. ¡Cuán agena estaba de presumir que de su encierro podia depender en parte la sumision de Castilla á la obediencia del antipapa! Pero es preciso confesar que á pesar de la idea política que llevaba el cardenal en aprovecharse de la situacion de Violante para dar á la reina doña Leonor la prueba de su compromiso y obligarla á cumplir por su parte la promesa de influir en la corte de Castilla favorablemente al antipapa Clemente VII, no dejó por eso de cumplir su mision evangélica dando á la afligida dama el saludable consejo de retirarse de aquella corte lo mas pronto posible, porque en realidad eran inminentes y muy graves los peligros que corria Violante, siendo tantos y tan poderosos sus enemigos y no teniendo en favor suyo una persona compasiva que atenuase su dolor siquiera con una palabra de consuelo.

Poco tardó en regresar Mendoza acompañado del maestre de Santiago don Pedro Fernandez, cuya circunstancia impidió al cardenal de Aragon y á Violante el poder proponer al alavés el retiro de aquella, conforme habian acordado. Sin embargo no se descuidó el cardenal en aprovechar la primera ocasion, pues consideró que el retardo podia dar márgen á que Violante variase de modo de pensar. El maestre estuvo poco tiempo en la mayordomía con motivo de haberle llamado el rey para tratar acerca de la intervencion de la causa de la Francia contra el inglés, y como el cardenal tenia conocimiento de esta cita, que debia cumplirse en aquella misma hora, determinó mantenerse en su puesto y esperar la ausencia de Fernandez para llevar á cabo su proyecto. La visita del cardenal en aquella hora era ya premeditada, pues sabiendo que Fernandez debia celebrar con el rey la citada conferencia, y siendo el maestre el que daba mas cuidado al cardenal para la realizacion de su promesa á la reina doña Leonor, no pudo imaginarse que pocos momentos antes de la conferencia estuviese Fernandez con Mendoza.

—¿Tanto honor en mi casa? dijo Mendoza saludando cortesmente al cardenal.

—Tiempo era ya que me acordase de felicitaros, caballero Mendoza, contestó el cardenal correspondiendo á la cortesía del alavés.

—Siento, monseñor, no haber sabido anticipadamente vuestra visita, dijo Mendoza; pues hubiera diferido para otra ocasion el ejercicio de armas que por via de pasatiempo he tenido con el jóven don Alonso, hermano del rey.

Los esposos alaveses se dirigieron mútuamente una mirada significativa.

—¿Con el hermano del rey? preguntó admirado el legado de Roberto.—¿Y en favor de quién se ha decidido la suerte? Supongo que no habrá sido mas que un simulacro.

—No tal, contestó Mendoza; ha sido un combate en regla.

Violante zozobró y pasó un pañuelo por la frente para disimular la alarma que le habia causado la respuesta de su esposo.

—¿Estais enemistado con el hermano del rey? preguntó el cardenal.

—No, replicó el alavés; el combate ha sido amistoso y reñido. Nos disputamos una corona que dejó caer á los piés de una dama en el torneo de Pancorvo, y yo se la he ganado: la corona es mia, y espero regalarla á la reina doña Leonor si su alteza se digna aceptar de mis manos mi humilde dádiva.

Mendoza y Violante se dirigieron otra mirada.

—En este caso don Alonso habrá sucumbido, don Alonso habrá.....

—¡Callad, monseñor! esclamó Violante interrumpiendo la pregunta del sacerdote. No investigueis á mi presencia el resultado de este combate, que habrá sido un duelo á muerte; no querais que yo sepa qué se ha hecho de don Alonso... no quiero saberlo.

Mendoza y Fernandez se miraron y se sonrieron; el cardenal de Aragon notó la sonrisa de los paladines, y deduciendo de ella que el resultado de aquel ensayo no habia sido tan funesto como alarmante, se sonrió tambien, y la alavesa miró inquieta á los tres y dió un suspiro.

—Para triunfar de un caballero, dijo Mendoza, no tengo necesidad de matarle: prefiero herirle levemente y darle por este estilo una leccion para que aprenda y se avergüence. Para mí el triunfo es doble cuando mi adversario me lo reconoce y es el primero en acatarlo; si don Alonso hubiese muerto no podria darme el parabien de haberle ganado una corona que se la recordará mas de una vez la herida que lleva en el brazo. Sufrirá el dolor, rabiará, y de este modo las glorias de mi triunfo serán mas duraderas.

—¿Á tal estremo llega la sed de vuestra venganza, buen Mendoza?

—No, monseñor, contestó el alavés: es mi honor el que todavía pasa mas allá. No le deseo ningun mal á don Alonso y quiero darle pruebas de mi hidalguía, pero es muy jóven y conviene que aprenda á guardar las consideraciones que se deben á quien tiene un brazo fuerte para dictarle la ley, para ponerle freno á sus proezas, si contando con su rango y con su intrepidez, nunca desmentida hasta hoy, se atreviera á estralimitarse.

—Nada, señores; dijo el maestre, que hasta entonces habia guardado el mas profundo silencio. No vale la pena de mentarse un accidente tan insubstancial. Don Alonso necesitaba un aviso y Mendoza se lo ha dado: como cada cual avisa á su manera, lo ha hecho á la suya el amigo Mendoza; y os juro, cardenal, que si la causa del pontificio debiese terminar con las mejores razones, el mayordomo del rey de Castilla tiene un modo de convencer que no deja duda.

—Tardasteis en hablar, dijo con sorna el legado de Roberto; pero en fin lo habeis hecho á las mil maravillas, señor maestre. Despues que habeis hablado, he acertado á descubrir... que habiais dicho algo.

—Por supuesto, contestó enojado el maestre Fernandez.

—No teneis de qué sorprenderos, replicó el cardenal; resolver con la espada la cuestion de la Iglesia seria como decidir un combate por medio de un discurso ó echando un sacerdote su bendicion desde las aras del altar.

—Siempre hemos sido contrarios los dos, dijo el maestre; y al veros de visita á estas horas no ha dejado de sorprenderme: os lo confieso.

—Ya que por primera vez sois franco, yo os corresponderé por el mismo estilo, contestó el cardenal. Me he sorprendido no menos que vos al veros aquí á estas horas.

—No se nos oculta la intencion, y pues que ha llegado el caso de confesárnoslo, me atrevo á proponeros una cosa muy estraña, cardenal.

—Decidla, si os place.

—Quisiera ponerme de acuerdo con vos.

—¿En qué?

—En todo.

—Si esta vez fueseis franco como la otra, perdierais á mi ver el alto concepto de que gozais en la esfera política, pero mi conviccion íntima de vuestra inteligencia me pone en el caso de refrenar vuestra suspicacia y de no perder miserablemente el tiempo en pretenciones vanas. Cualquiera de los dos haria del otro una buena adquisicion, si pudiese.

—Somos amigos sin embargo.

—No podemos dejar de serlo, señor maestre, siquiera para oponernos sistemáticamente. La oposicion no ha de impedir nuestra amistad, al contrario debe estrecharla.

—Solo siento...

—¿Qué sentís, señor maestre?

—No poderos estorbar, contestó Fernandez despues de un momento de suspension.

—Hablaremos despacio otro rato, dijo el cardenal sonriéndose; el rey os espera.

—No os impacienteis, monseñor.

—Por vos...

—¿Por mí?

—Por el rey...

—¿Por el rey? Ni por el uno ni por el otro, cardenal.

—¿Pues por quién?

—Por vos. Si no fuera la entrevista con el rey tendria el

gusto de ser partícipe de la larga visita que dispensais á los nobles señores de Fita y Buitrago. Grato seria para mí, como lo será para vos... el que me vaya pronto, porque ha dado la hora y no me es lícito hacer esperar al rey. ¡A Dios, cardenal! ¡Amigos! pienso no tardar mucho en volveros á ver.

Acompañó Mendoza al maestre de Santiago, y este le previno reservadamente que le diese conocimiento de cuanto le propusiese el cardenal con referencia á los asuntos de la Iglesia, ignorando que la mision del cardenal tuviese por objeto complacer á la reina doña Leonor en un asunto puramente doméstico, que debió sin embargo ser condicion precisa para hacer al rey de Castilla partidario del antipapa. El no haber previsto don Pedro Fernandez la estraña coalicion de la jóven reina con el legado del antipapa Clemente, fué causa de que Mendoza no se previniese contra el cardenal en todo lo concerniente á sus asuntos de familia; pues si bien don Pedro Martinez de Luna era, como político, muy temible, en todo lo demás merecia el aprecio de cuantos le trataban por el gran concepto que justamente habia adquirido de hombre docto y esclarecido. Sus palabras iban siempre acompañadas de cierto atractivo, que movian el interés de aquellos á quienes las dirigia, y su firmeza y gravedad de carácter infundian tal confianza que con abrir la boca convencia hasta á los que tenian contra él una prevencion fundada. Solo el maestre don Pedro Fernandez, que reconocia en el cardenal ese don envidiable, se oponia abiertamente á todos sus proyectos por estar siempre receloso de su facundia. Como el maestre gozaba en Castilla de la gran fama de consumado político, se creia rebajado si cedia en lo mas mínimo á las opiniones de los que se hallaban en igual caso, y fué por esta razon que declaró su oposicion constante á las miras del cardenal; de modo que de una cuestion política hacia con frecuencia cuestion de interés personal, porque atendia mas bien que á la utilidad del negocio, á la mira particular de no ver postergadas sus ideas á las de altas notabilidades, resultando de esto que las suyas nunca podian partir de un principio fijo. Hé aquí

el antagonismo entre Fernandez y el cardenal de Aragon.

Poco despues de haber vuelto Mendoza á la mayordomía, investigó las causas que originaban la afectacion de su esposa, y no sabiendo esta cómo esplicarlas en medio de su turbacion y desconsuelo, el cardenal tomó la iniciativa, y empezó á preparar el ánimo de Mendoza para inclinarle á que accediese al retiro que por tantos conceptos convenia á Violante.

—No se halla dispuesta la pobre señora, dijo el cardenal á Mendoza, para referiros lo que le acaba de pasar con la reina viuda. Yo lo haré por ella si me es permitido usar mi espresion en su nombre.

—Podeis hacerlo, monseñor; dijo Mendoza respetuosamente.

—Tiempo hace, prosiguió el cardenal, que la mano de Dios ha levantado el látigo de su tremenda ira para azotaros. Vosotros habiais creido ser felices mudando de condicion, y poco versados en las costumbres de una corte no habiais esperimentado como ahora tan de cerca lo que pasa en ella. Verdad es que en otra ocasion fuisteis víctimas de vuestra resistencia á una voluntad suprema, pero tuvisteis la dicha de no sufrir la pena en el interior del real alcázar, y como érais desconocidos no engendró entonces vuestra presencia las envidias y rivalidades que ahora. Vos, Mendoza, no habiais salido entónces de una hostería para ascender á mayordomo del rey con el gran señorío de Fita y Buitrago, y como no debiais alternar con la nobleza castellana, la corte de Castilla no veia en vos mas que á un hombre de armas. Vuestro ascenso en aquella ocasion hubiera sido mas natural, menos violento, y no hubiera infundido sospechas odiosas, en las que se supone cómplice á vuestra esposa, siendo así que la infeliz es inocente y su conciencia está libre de los cargos que injustamente pesan sobre ella. No obstante estos cargos son fundados á pesar de ser injustos, y como no está en vuestra mano ni en la de Violante el medio de desvanecerlos, es preciso sacudirlos del mejor modo huyendo de las intrigas.

—Pero ¿qué ha pasado con la reina viuda? preguntó Mendoza lleno de inquietud y de zozobra.

—Escuchad, continuó el cardenal.—El rey don Juan primero no tan solo os relevó de la pena política que os habia impuesto su padre, sino que además os colmó de gracias y de beneficios premiándoos al parecer un gran servicio reservado. El misterio que envuelve esta reserva no ha podido menos que ser interpretado de una manera poco favorable á vuestra honra, y sobre todo á la de vuestra esposa. El rey no habia previsto, ni vos lo previsteis tampoco, que la publicidad de un premio, siendo oculto el servicio por el cual se concede, no puede apreciarse dignamente por aquellos que confunden con facilidad los actos de justicia con los de gracia, y que no creen sencillamente con la espontaneidad del favor. Nadie quiere ser tan débil en presumir que un monarca hace concesiones por mero capricho, y de vos lo han creido mucho menos porque pesaba sobre vos la degradacion en vuestra carrera, y estais enlazado con una muger hermosa que no dejó de ser rival de una reina en tiempo de don Enrique. Por mayor desgracia el hermano menor del rey, ó medio hermano como le llaman, ha tenido la imprudencia de prendarse ciegamente de la simpática compañera de vuestra vida, y su carácter intrépido, voluble y poco reflexivo ha dado á la accion del rey un colorido de amor hácia la favorecida de su madre, y pronto se ha inferido que á la deshonra de vuestra esposa debeis los altos títulos con que se os ha distinguido, y el derecho de sentaros cerca del trono. No dejais de representar un papel sobradamente ridículo, porque no podeis evitar la ojeriza de cuantos os rodean, particularmente de la reina doña Leonor, que ha creido de buena fé lo que sobre este punto le ha contado don Alonso segun sus miras.... y tambien conforme con sus creencias; pues don Alonso no estaria celoso del rey, si no viese en don Juan un rival temible. ¿Qué puede prometerse Violante en la córte de Castilla, sino un atentado contra su existencia? ¿Y por qué á la infeliz habeis de dejarla morir asesinada?

—¿Yo, monseñor? preguntó Mendoza con sobresalto.

—Sí; respondió el cardenal.... Si no consintierais....

—¿Qué vais á decir, monseñor? preguntaron á un tiempo los alaveses.

—Escuchad, dijo el cardenal con amable dignidad.—Cuando por la calidad de las personas que irrogan un agravio es imposible buscar el desagravio en la punta del acero, y cuando no bastan otras razones, la condicion del agraviado es entonces tan desgraciada que no le queda mas medio que sucumbir á pesar de asistirle las razones de justicia; porque es principio incontestable, hijos mios, que al hombre no le aprovecha la razon cuando no se la puede hacer valer. Decidme sino, ¿cómo convenceis á la reina doña Leonor de que don Alonso ha mentido?

—La herida que mi espada le causó en el brazo, contestó Mendoza, responde á vuestra pregunta. En ella verá doña Leonor el sello de mi honra y mi justo desagravio.

—En ella verá vuestra venganza..... y nada mas; respondió el cardenal.—¿Creeis que á una muger celosa se le convence con solo decir «mi honra está en buen lugar?» La reina no os tendrá por pundonoroso, sino por iracundo; dirá que no vengasteis una impostura, sino una verdad amarga, que agrava considerablemente vuestra odiosa posicion. ¡La herida de don Alonso! ¿Sabeis, Mendoza, que esta herida mas bien daña que no cura la vuestra? No era este el remedio que convenia; desengañaos, Mendoza, no os habeis desagraviado bien.

Mendoza iba á contestar, mas su turbacion no le permitió articular una sola palabra.

—No teneis disculpa, continuó el cardenal; confesad que os habeis dejado arrastrar por los impulsos de vuestro arrebato, y que habeis sido poco previsor.

—¿Qué debo hacer? esclamó Mendoza sin atreverse á levantar los ojos.

—Acceder á la pretension devota de vuestra esposa.

—¿Cómo?

—Permitirla que por algun tiempo se encierre con las esposas de Jesucristo para pedirle favor por ella y por vos,

fuera del bullicio y separada enteramente de esta córte peligrosa por tantos motivos y bajo tantos conceptos.

Mendoza levantó la cabeza con ademan enojoso.

—¿Habeis concluido, cardenal? preguntó el alavés frunciendo las cejas.

—Espero, respondió el cardenal ,que me contesteis á lo que acabo de proponeros, reservándome el haceros otras observaciones para inclinaros á aceptar mi consejo, si lo que os he dicho no basta.

—No os molesteis, monseñor; ni las razones aducidas ni cuantas pueda aducir vuestro tino y vuestra consumada inteligencia serán bastantes para convencerme de que mi esposa ha de vivir encerrada.

—¡O un convento... ó la muerte! esclamó Violante en un acceso de desesperacion.

—Ni lo uno ni lo otro, respondió Mendoza con desenfado.—Todo lo comprendo, señores; lo que quiere mi esposa fingiendo esa devocion improvisada es privarme de la gloria de triunfar de don Alonso. Por eso se ha empeñado en poner una barrera entre los tres, pero el yugo está en mi mano para sujetar á los que pretenden detenerme en mi carrera. Yo romperé las barreras que se me interpongan, y ¡ay del osado que intente defenderlas! He resuelto seguir adelante y no retroceder un paso; donde encuentre un abismo que me detenga me precipitaré á él para que no se diga que Mendoza desistió á la sombra del peligro. Violante os ha engañado, monseñor; ella os ha escogido para que vuestras razones me convenzan de que su pretension no es infame cual yo la he juzgado, y quiere sorprenderme y sorprenderos. Cumpla su deber de esposa y fie en mi corazon y en mi brazo; los vaivenes de la fortuna deben arrostrarse tranquilamente. ¡Valor! á Mendoza no le falta... y Mendoza vencerá. Yo os lo juro, cardenal: Mendoza vencerá.

—Basta, temerario, dijo Violante levantándose con viveza: acabas de ultrajar á una esposa que no mereces; que á ser cual tú la has juzgado, necia fuera en escoger un retiro para

salvar á los dos. El peligro fuera entonces lo de menos, porque en mi favor tendria la córte de Castilla que me defendiera, y á su frente la reina doña Leonor. Si fuese yo amante de don Alonso, si correspondiera amorosamente á sus pretensiones, doña Leonor no tendria contra mí motivo de queja, porque don Alonso no la hubiera dicho que la nueva dama de doña Juana era su rival. Tamaña impostura debia haberte probado que tu esposa era mas digna de tí. Seguiste mis pasos, tuviste ocasion de observar mi conducta, supiste que á mis instancias el hijo del rey don Enrique y de la noble señora doña Elvira de Iñiguez quedó privado una noche de entrar en el real alcázar. Si á esto llamas infamia, y esto ha sido quererte privar de la gloria de triunfar de don Alonso, mas le hubiera valido á la pobre Violante dejarte tranquilo... y engañado.

—¡Maldicion! esclamó Mendoza dándose un golpe en la frente.—Si eres tan buena, ¿por qué no has de desvanecer mis sospechas? ¿por qué no me has de probar que si entonces podias haberme engañado, no me engañas ahora?... Me habeis dicho que un nuevo trastorno... Sí, vos me lo habeis dicho, monseñor.

—Es lo que me habia reservado para convenceros, contestó el cardenal: y pues me obligais á ello, sentaos y escuchad. Vos tambien, Violante.

Mendoza y Violante tomaron asiento, y el cardenal prosiguió:

—¡Mendoza! vuestra esposa no es ya dama de honor de la reina madre.

—¿Qué decís, señor? preguntó admirado el alavés.

—No se os debe ocultar: la reina madre ha retirado su confianza á Violante, y no le queda á esta infeliz en la córte de Castilla mas amparo que el vuestro, y este no sirve, porque vos tambien necesitais que os amparen.

—Pero esplicadme...

—Atended. La reina viuda no cree en vuestra hidalguía: recela como los demás que los servicios que el rey os ha

premiado con usura consisten en la belleza de vuestra esposa.

—¿La reina doña Juana lo cree tambien?

—Sí, ¡Mendoza!

—La reina viuda es una ingrata.

—Nó: la reina viuda no puede juzgar mas que de apariencias y estas la han engañado. Ella no es culpable sino acierta á adivinar lo que hasta ahora se le ha presentado como un misterio. ¿Sabe acaso la reina el servicio que le prestasteis?

—¿Cómo lo ha de saber si no le he prestado ninguno?

—¿Y al rey?

—Tampoco he servido á don Juan.

—Pues entonces...

—El rey no hizo mas que premiar mi desobediencia: en esto consiste el secreto.

—Pero doña Juana lo ignora ¿no es verdad?

—Teneis razon.

—Ya veis, prosiguió el cardenal, que la madre del rey no es acreedora á la calificacion de ingrata. Por mas que busqueis un medio de disuadirla, si no es descubriéndole vuestro secreto...

—¡Imposible!

—Ella forma su juicio por lo que ha visto, y en esto no hay temeridad: piensa... como piensan los demás que, como ella, os han visto pasar de un simple y despreciable ventero á gran señor.

—Sin embargo doña Juana sabia que su hijo se habia propuesto obsequiarla haciendo gracia al esposo de su dama.

—Si no hubiese mediado el servicio que prestasteis con vuestra desobediencia, si el misterio de ese secreto importante no se hubiese traslucido, entonces doña Juana fuera la única que viera las cosas bajo un prisma diferente, y pudiera creer de buena fé que la gracia del rey hácia vos era un obsequio respetuoso á su buena madre; pero desgraciadamente el rey lo sabe todo, y esto fuera lo de menos, porque sabeis

muy bien que al rey no se le oculta lo que pasó en el cementerio, mas...

—Y vos ¿cómo lo sabeis, monseñor?

Violante se puso pálida.

—No es esto lo que debe admiraros, contestó el cardenal; yo no sé mas sino que en el cementerio ocurrió cierta rencilla entre doña Juana y el duque de Benavente; mas ignoro absolutamente la causa de sus desavenencias y el desenlace que tuvieron. Es para mí un secreto tan misterioso como la desobediencia que el rey os premió. Lo que os debe dar pena es que haya llegado á conocimiento de su alteza la reina madre que su hijo don Juan sepa lo que ella queria haberle ocultado.

—¿Y quién ha tenido valor para decirle á doña Juana?...

—El rey.

—Respeto su indiscrecion, porque es el rey quien la tuvo, dijo Mendoza reprimiendo su cólera.—En este caso nada puedo temer y Violante debe estar tranquila. Sabiéndolo por boca del mismo rey, de la reina viuda me toca esperar al menos un voto de gracias.

—Es que el rey, contestó Violante, no le ha dicho á su madre sino que sabia el desacato por boca de un confidente que oyó la conversacion sin ser visto de nadie, y como tú estabas en Burgos al servicio de don Juan por asuntos reservados de la real casa, y como se descubrió tu riguroso incógnito, has dado que sospechar á la reina.

—Cree tal vez...

—Sí, respondió Violante; que tú fuiste el confidente de don Juan, que hiciste el papel villano de espiar los pasos de su alteza y de comprometerla á los ojos de su hijo.

—¿Yo?

—¡Ah! esclamó Violante muy satisfecha.—Bien lo decia yo que Mendoza era demasiado grande para cometer una falta de galantería.

—Si la reina lo supiera, si yo pudiera decirla... ¡Señora! no era solo, y el rey premió mi silencio y estuve á pique de perecer por él.....

—¿Por qué no se lo dices? Así como así no se oculta á la reina lo que mas podia interesarle: te defendias y nos salvábamos, porque doña Juana cree que soy tu cómplice.

Mendoza dió una mirada grave á Violante.

—¡Imposible! dijo con dignidad el alavés: la reina podrá creer lo que quiera, pero yo no me disculparé; que lo haga el rey.

—De este modo, respondió sumisa la alavesa, yo pudiera renunciar á mi pretension y darte la prueba manifiesta de que no te engañaba.

—No comprendo.....

—Sí, continuó Violante; cuando sepa mi bienhechora que eres digno de ceñir la espada del difunto monarca, y sepa á su vez doña Leonor, que no por mí, sino por tu proceder pundonoroso has sido espléndidamente condecorado, cesará su rencor y su prevencion contra nosotros, y las intrigas de palacio, los sinsabores de la real familia y los nuestros desaparecerán para siempre. Entonces no tendré que separarme de tí para probar mi inocencia á esa nobleza desdeñosa que nos ha censurado tan mal, y con nosotros á don Juan primero; entonces esos mismos nobles, que hoy nos desprecian, envidiarán, no lo dudes, el gran prestigio de los poderosos señores de Fita y Buitrago. ¿Lo has comprendido, Mendoza? Tu disculpa me dispensará de entrar en un convento, y viviré feliz á tu lado envidiada de cuantos quisieran rivalizar tu dicha. Tú serás envidiado tambien, porque... ¡nos queremos tanto! ¿No es verdad, Mendoza, que difícilmente en Castilla se hallaran dos amantes que se quieran como nosotros..?

Mendoza permaneció meditabundo unos cuantos momentos, durante los cuales el cardenal de Aragon se sintió desazonado temeroso de que el alavés accederia á los ruegos de Violante; mas bien pronto su temor desapareció con la respuesta caballerosa que dió el noble mayordomo del rey á las cariñosas insinuaciones de su consorte.

—Respeto tu amor, Violante, dijo el caballero de Alava; mas si su alteza la madre del rey acogiese benigna mi dis-

culpa y ensalzase mi caballerismo, tendria derecho el otro confidente de don Juan para romper mi espada y hacer pedazos el pergamino donde el rey dejó consignado mi título de caballero. Si una mala inteligencia pudo hacer pesar sobre mí esa odiosidad inmerecida, no por eso me considero autorizado para descargarla sobre otro que procedió de buena fé y es caballero tambien.

El rostro del cardenal dió las muestras mas espresivas de la alegría de que rebosaba, pues con la respuesta de Mendoza ya no contó frustrado su proyecto, y aprovechó aquella ocasion propicia, en que dando aplauso á Mendoza por su proceder caballeroso, procuró con este halago hacerle de su parte sin tropezar en los graves inconvenientes que se le ofrecian antes de haber tomado la conversacion un giro tan imprevisto.

—¡Muy bien, Mendoza! dijo el cardenal; muy bien. No podia de vos esperar otra cosa: la denuncia es propia de villanos, y nadie debe sacar partido de ella, aunque sea en defensa propia, cuando el pundonor rechaza esè medio que lo reprueba la conciencia. Es preciso tomar otra senda que sea mas digna de la prez castellana... y yo, señores, no encuentro mas que una: el convento.

Los esposos alaveses permanecieron cabizbajos escuchando atentamente las sabias reflexiones del ilustrado cardenal.

—He dicho, hijos mios, que era el convento el único medio de asegurar vuestra paz conyugal, y no me arrepiento de haberos dado tan importante consejo, porque no es solo la paz, sino vuestras vidas las que están interesadas en la adopcion de esta medida, que no debe durar mas que el tiempo preciso para amortiguar la efervescencia de la córte; esa primera impresion que pudiera seros funesta. Los celos de la reina doña Leonor no los calmará la apreciable recomendacion de la reina viuda, aunque devolviéndoos su gracia se interesase personalmente para obtener la de la esposa del rey; porque doña Leonor está celosa y el celoso es siempre desconfiado sin que para convencerle basten las razones mas poderosas: el celoso ni siquiera se fia de sí mismo, ni cree lo que vé,

porque todo lo ve preventivamente á su manera; dominado por la idea de un fatalismo que en su ceguedad lo conceptúa infalible, nunca alcanza á concebir una consecuencia en su favor. Decidlo sino vos, Mendoza; ¿no erais vos el que poco há, cuando Violante trataba de persuadiros patentizándoos las pruebas de su conducta para con don Alonso, deciais «si no me engañaste entonces pruébame que no me engañas ahora?» Y sin embargo confesad francamente que no son fundados vuestros celos como los de la reina, porque vos conoceis la halaja que estais poseyendo y teneis derecho de defenderos, y deber de defenderla: la reina es de peor condicion en esta parte, porque carece de este derecho para consigo y de este deber para con el rey. Pero la reina tiene sus defensores y puede vengarse de una rival á despecho del monarca; puede envenenarla ó de cualquier modo hacerla perecer no sea mas que desairándola públicamente y haciéndola sufrir los desdenes de sus partidarios, que son muchos y todos enemigos de aquellos á quienes la reina haya declarado su enemistad. Si esto puede suceder con vosotros, aun suponiendo que la reina madre se constituyese intercesora de su dama favorecida, ¿qué será, infelices de vosotros, careciendo de tan alta proteccion? ¿Qué ha de ser ahora que la reina madre es tambien vuestra contraria? Y nó contraria como quiera, sino otra enemiga capital tan temible como su nuera; porque doña Juana os acusa de ingratos, que habeis correspondido á su munificencia traidoramente abusando de su alta confianza y subiendo de piés sobre su honra. Una muger..... una reina que se cree tan villanamente ofendida, no se limita en revocar el bien que ha hecho á sus ofensores, sino que espera el momento de vengarse... y á doña Juana le seria esto mas fácil que á doña Leonor. Las dos juntas son dos poderes irresistibles, á cuya fuerza es preciso sucumbir, y ¡ay del que osare probar su irresistencia! Un convento, señores... y esto debe ser pronto, antes que el público sepa que la reina viuda ha destituido á su dama, porque entonces no se atribuyera á devocion sino á vergüenza ese amparo saludable que vais á buscar en la clausura.

Mendoza no se atrevia á decidirse; no obstante se convenció luego de la necesidad de otorgar su consentimiento para no esponerse á la maledicencia de su esposa si la abandonaba á la venganza de sus dos enemigas, reinas de Castilla. La consideracion de que aquella clausura debia ser temporal y poco duradera fué el único consuelo que le quedó al alavés.

—A vuestro juicio, monseñor, y á vuestra inteligencia acreditada dejo hoy mi suerte y la de mi esposa; dijo Mendoza con voz balbuciente. ¿Vos disponeis la clausura? Pues... sea.

Violante se arrojó á los brazos de Mendoza que la recibió bañando de lágrimas su preciosa melena. No es posible describir la ternura que ofreció la despedida de los alaveses, ni dar una idea de las cordiales protestas de fidelidad que se juraron al tiempo de separarse. Mendoza quedó solo, y levantando los ojos al cielo esclamó: —«¡Dios mio! acepta bondadoso el mayor de mis sacrificios!»

Violante se trasladó á la habitacion de la jóven reina acompañada del cardenal, que la presentó á su alteza.

—¡Señora! dijo el cardenal: una muger que os quiere bien se postra humilde á vuestras plantas para participaros que, autorizada competentemente por su esposo, va á cumplir una solemne promesa ántes que vos se la demandeis.

—¿Cómo? dijo la reina admirada.—¡Violante!... ¿estás resuelta?

—Os lo prometí, contestó la alavesa; y ántes de separarme os pido que me presteis vuestra preciosa atencion para oir de nuevo mis disculpas.

—Habla y pide á tu reina cuantas gracias se te ocurran.

—Solo que tengais presente á esta infeliz que nunca ha sido de vos mas que una esclava y lo será toda su vida. En union de las fieles esposas del Señor rogaré constantemente para que os dé acierto y alumbre vuestro entendimiento permitiendo que conozcais de una manera infalible que la pobre Violante ha sido siempre muy desgraciada, pero nunca una mala muger.

La reina se levantó sin contestar á la dama, y tomando de encima una mesa la corona que don Alonso ganó en el torneo de Pancorvo, presentóla á la alavesa y la dijo sonriéndose:

—¿Conoces esta corona?

—Sí, señora; contestó turbada Violante.—Esta es la corona que sin duda involuntariamente dejó caer á mis piés un caballero en el torneo de Pancorvo.

—Y tú la rechazaste ¿no es verdad, Violante?

—Creí que os pertenecia: porque donde la reina está, no debe haber otra reina, y en el torneo estabais vos.

—Muy atenta fuiste, Violante, y en esta parte cumpliste como buena dama y diste una buena leccion al descuidado caballero, que lo fué contigo y dejó de serlo con su reina. Quiero saber mas, y tú me dirás la verdad ¿lo entiendes?... Escucha: si no me hubiese hallado yo en el torneo, entónces... ¿qué destino hubieras dado á esta corona?

—El mismo que le dí, señora.

—¿El mismo? preguntó con sorpresa doña Leonor.—¿Qué motivo hubieras tenido entónces para no aceptarla?

—El de cumplir como esposa.

—Como dama podias tambien haber cumplido sin ofender tu recato. Don Alonso es al fin hermano del rey y no merecia un desaire.

—Mendoza es todavía menos acreedor á él.

—¿Está celoso de don Alonso?

—Tanto como lo está de mí vuestra alteza.

Doña Leonor hizo un movimiento espresivo de su enojo, y la dama se puso pálida.

—No tiembles, dijo la reina; no te ha de asustar tanto la respuesta que me has dado, como la pregunta que voy á dirigirte.

La reina se detuvo un momento contemplando á la dama, y prosiguió interrogándola sin poder apenas reprimir su furor.

—Si esta corona te la hubiese regalado el rey, ¿qué hubieras hecho de ella? Dí.

—No sé; respondió turbada la infeliz Violante.

—¡Ah! ¿no lo sabes? esclamó doña Leonor enfurecida. ¿No te atreves decirme que esta corona entonces la conservaras en tu poder sin respetar á tu reina? Si el rey te hubiese hecho reina del torneo, como te hizo de su corazon, no hubieras sido tan atenta conmigo ni hubieras tenido hácia tu esposo los miramientos que tuviste por igual obsequio que te dispensó don Alonso.

—Precisamente del rey no está celoso Mendoza.

—Me lo imagino, contestó la reina con sarcasmo: nunca un torpe vasallo favorecido por un rey debe estar celoso de su bienhechor. En esto Mendoza hace bien..... muy bien. Necios fueran los escrúpulos de un esposo, viniendo los favores de tan alto.

—¡Señora!—esclamó Violante: el rey no es don Alonso.

—Ya se ve.

—El rey al fin... es el rey.

—¡Basta, Violante! dijo indignada doña Leonor.—Yo soy la reina.

—Vos no me habeis comprendido, señora.

—Tal vez don Juan te comprendiera mejor. Toma esa corona y dásela al rey como una memoria de despedida. El rey dará por ella otro título á tu esposo. Favor por favor, Violante.

—Es máxima esta que conviene no olvidarla, señora; dijo con sorna el cardenal de Aragon, obligando á la reina á sonreirse por la indirecta.—Si creeis culpable á la dama, ya veis que ella se impone la pena convenida; si no es culpable hace un sacrificio mayor que merece ser reconocido por vuestra alteza. Por otra parte, señora, me consta que esta corona no puede corresponder á Violante aunque vos se la devolvais, y si quereis aceptarla de manos de su dueño, yo me encargo de que vuelva á vuestro poder de una manera mas digna de vos y que os será mas grata. Suspended entretanto vuestro juicio y toda prevencion contra una vasalla que con tanta resignacion se ha humillado á vuestro capricho, y solo á vuestro

capricho; pues si hasta ahora os han engañado las apariencias, el tiempo responderá de la verdad de los hechos, y vos seréis la primera en decir que la pobre Violante es digna de la córte de Castilla y de permanecer á vuestro lado alternando con la nobleza de mas distincion.

—Gracias, monseñor; dijo Violante con espresivo agradecimiento.

—Fio de vos, cardenal, espuso doña Leonor haciendo entrega de la corona al legado del antipapa.—Tomad esa memoria que tan crueles sinsabores me ha ocasionado: verémos si al volver á mis manos renacerá la calma en mi corazon. Vos me lo habeis prometido, y sé bien que sois bastante exacto en el cumplimiento de vuestras promesas: la mia se cumplirá tambien.

—Así lo espero, contestó el cardenal con intencion.

Las campanadas monótonas de la iglesia de las Huelgas interrumpieron la conversacion que empezaba á promoverse entre la reina y el cardenal sobre el cumplimiento de recíprocas promesas. Violante hincó su rodilla, y pidió á su alteza que la permitiese conferirse al templo para rogar á Dios que concediese un feliz alumbramiento al príncipe ó princesa de Castilla. El toque de la campana llamaba á los fieles á las rogativas que iban á celebrarse con motivo de la proximidad del parto de su alteza, quien al ver á sus plantas á la dama con el ferviente deseo de rogar por ella, sintió una emocion generosa hácia su rival presunta, y la dió á besar su real mano en prueba de que se habia tranquilizado y olvidaba su rencor.

—Si eres culpable te perdono, dijo doña Leonor á Violante; si eres inocente y te consideras víctima de mi preocupacion, pide á Dios que me perdone y perdóname tú tambien. No me maldigas en la hora crítica del parto; compadece á una reina que envidiosa de tus gracias tal vez te trata con desmesurada tiranía... mas no soy tan mala cuando en medio de mis celos devoradores empiezo á tener compasion de tí.

—Gracias, señora, dijo Violante anegada en lágrimas. — Me retiro contenta á la clausura, solo para que Dios acoja mas benigno mis preces en favor de mi reina y de su augusta prole.

—Levántate, dijo la reina dando las manos á la dama.—Si es así, Violante, quiero quitar un remordimiento que algun dia pudiera pesar sobre mi conciencia como una venganza justa del cielo. Tú no vas á sufrir la clausura como una condena que yo te imponga: eres libre. Si entras en ella como me has dicho para rogar por mí y por mi prole, será un alto servicio que me prestarás, y que á tí y á los tuyos os lo recompensaré con los bienes de la tierra, que es lo único que puedo daros.

—Este es el dia mas feliz de mi vida; esclamó Violante con entusiasmo.—¡Señora, parto al convento y soy dichosa: quedad vos tranquila.

El cardenal se daba á sí mismo la mas completa enhorabuena por el buen éxito de su obra; pues hubiera pesado un grave remordimiento sobre su conciencia si hubiese consentido el sacrificio de Violante por una mera especulacion. Muy satisfecho del resultado de su empresa saludó á la reina, y repitió con su característica bellaquería: «—¡Señora! favor por favor.»

Hizo esta advertencia el legado del antipapa de modo que no la advirtiese Violante, y recibió de la reina por única contestacion una mirada de inteligencia. Antes de salir del real alcázar, Violante acompañada del cardenal pasó á visitar y despedirse de su bienhechora la reina viuda, que no dejó de sorprenderse al ver la determinacion que su dama habia tomado, atribuyéndola á una mira política del cardenal de Aragon, sobre todo siendo como era Violante contraria del antipapa Roberto. Esta consideracion y la de observar Violante aquella conducta con motivo del trastorno que la propia doña Juana la habia ocasionado pocas horas habia, dió motivo á que la madre del rey no tratase á la dama destituida con la severidad que hubiese hecho á no mediar esta circunstancia; antes por el contrario se mostró complaciente como pudo haberlo estado doña Leonor al tiempo de la despedida.

—¿Buscas el bienestar en un retiro? dijo doña Juana.—

Haces bien : no tardaré yo mucho en ser tu compañera inseparable.

—¿Vos, señora? preguntó Violante.

—Sí, respondió la reina viuda : yo tambien necesito vivir retirada, y estoy para creer que he de dar á mis enemigos un voto de gracias por haber sido ellos los que me han decidido á tomar una resolucion que solo tenia en proyecto, pero que hoy ya es irrevocable.

Violante bajó los ojos, no atreviéndose contestar á una indicacion que debió considerarla alusiva á su persona.

—Nada temas, Violante, dijo con gravedad la reina al notar la afliccion de la alavesa.

—¡Ah, señora! espuso Violante; es muy triste para un inocente no poder sacudir la imputacion de un hecho que no pesa sobre su conciencia.

—Tus descargos ¿cuáles son?

—No tengo mas que uno.

—¿Uno solo? Dílo, pues.

—Mi inocencia.

—¿Y en qué la fundas?

—En mi buena fe de que vos, señora, sois testigo. No os ofendais si os recuerdo una época que vos quisierais echar en olvido : entonces huí de vuestro alcázar para no seros molesta; mas despues arrostrando los peligros á que me esponia vuestra justa indignacion confesé humildemente la gravedad de mi culpa, y vos os prendasteis de la buena fe que caracterizaba la bondad de mi corazon. Poco tiempo despues, en el dia de hoy, señora, me habeis hecho el poco favor de desconocer en mí esa calidad que me hizo tan interesante á vuestros ojos, esa prenda que os dignasteis premiarme con vuestra munificencia. Vos, mi reina y señora, me calificais de enemiga de vuestra alteza... á mí que diera mi vida para complaceros. ¡Y me llamais ingrata! Solo un consuelo me queda en este mundo, y es el de no tener que pedir perdon á Dios por haber correspondido mal á mis bienhechores.

Doña Juana oyó con atencion las protestas de su inocente dama, y á pesar de que las apariencias la declaraban culpable, su acento franco y desinteresado patentizaba la buena fe de que se hallaba poseida, como si fuese un eco de la verdad eterna.

—Yo no sé qué atractivo tienes para mí, jóven simpática, dijo doña Juana, que con solo abrir tus labios, apenas sale de tu boca una palabra, queda mi lengua cortada si ha de articular otra palabra que contradiga la tuya. Nunca persona alguna sino tú, Violante, ha podido penetrar en el fondo de mi corazon para convencerme de que hay en el mundo ilusiones, de que hay fantasmas. Ni mis ojos ven, ni acierta mi entendimiento á formar un juicio exacto de lo que creo ver y tal vez no veo, porque ó es mi entendimiento que se engaña ó se engañan mis sentidos á despecho de lo que siente mi corazon, ó eres tú que engañas mi corazon á despecho de mi entendimiento y de mis sentidos. Pero si este don de que estás dotada me persuade de que tú no has sido ingrata con tu reina, ¿podré creer que tu esposo no me ha sido contrario solo porque te empeñaste en disculparle?

—No quisiera importunaros tomando de nuevo la defensa de Mendoza en un asunto en que tampoco tengo mas prueba que mi propio convencimiento, y este lo tengo porque me consta bien que no cabe en Mendoza una accion villana. Os hablo, señora, sin prevencion; no me ciega el natural interés de una buena esposa en favor del compañero de su vida, porque son mis sentimientos demasiado nobles para disculpar un mal contrariando mi razon. Si mi esposo hubiese faltado, yo no tendria valor para declararle culpable, os lo confieso, pero tampoco sabria rebuscar los medios de su disculpa en la negacion de los hechos ó de las faltas que hubiese cometido; no haria mas en este caso que esforzarme en atenuar la malignidad de su intencion, y de pedir clemencia en su nombre en la imposibilidad de asistirle la justicia. Mas de mi esposo no os hablo esta vez para acudir á su defensa; no me necesita, señora, nó. Él sabrá probaros cuán digno es de blandir por vos la espada de don En-

rique, y si no bastan sus razones para recuperar de nuevo vuestra gracia, sus hechos caballerosos y el tiempo se encargarán de disculparle.

—¡Quiera Dios que no te engañes! No obstante su brazo y su coraje serán innecesarios en mi defensa, porque yo perdono de todo corazon á mis enemigos, y oculta como tú en el retiro buscaré la paz de mi alma y de mi persona, para cuyo sosten no necesito mas armas que la oracion y la voluntad del cielo. Pero si Mendoza es digno de mí; si sus hechos le hacen acreedor á mi gracia, aunque renuncie sus servicios en mi ausilio, los prestará en mi nombre al trono de mi hijo y al reino castellano.

—Lo hará, señora, dijo el cardenal de Aragon que hasta entonces habia guardado silencio.—Mendoza reemplazará dignamente al conde de Ledesma, cuya edad no le permite apenas empuñar aquella espada que le hizo acreedor á tan sublimes distinciones.

—Dejadme admirar vuestra profecía, cardenal, dijo la reina sonriéndose.

—¿Por qué, señora!? contestó el cardenal.

—Porque haceis de Ledesma un grande elogio y es admirable vuestra virtud.

—No entiendo.....

—Decís mal: no teneis necesidad de meditarlo para comprenderlo, y estoy muy segura de que lo habeis comprendido perfectamente.

El legado de Roberto miró á la reina, y se sonrió lijeramente.

—Esta sonrisa lo esplica todo, dijo doña Juana; haceis bien al menos en ser justo. Ledesma es vuestro contrario, y vos mismo no habéis podido dejar de reconocer su prez y de tributarle un acto de justicia elogiando sus buenos servicios. No sé si Mendoza con respecto á vuestra legacion piensa del mismo modo; en este caso es doble vuestra hidalguía.

—Creo que sí, señora; dijo el cardenal con viveza.—Violante podrá enterarnos mejor.

—Mendoza no es clementista, respondió la dama.

—Escucha, preguntó doña Juana con intencion.—¿La resolucion que has tomado es propia y esclusivamente tuya?

—Sí, señora.

—¿Nadie te ha inducido á vivir retirada en la clausura?

—Nadie.

—¿Cómo, pues, el ilustre cardenal ha tenido conocimiento de tu vocacion haciéndose en cierto modo tu preceptor?

—La casualidad de haberme dispensado monseñor la honra de visitarme, me ha proporcionado el medio de valerme de su poderosa intercesion para conseguir de mi esposo el competente permiso.

—¿Y le has dicho al cardenal?.....

—Nada, señora, contestó la dama precipitadamente dando á la reina una mirada significativa.—Monseñor solo sabe que abundan mis contrarios en la córte, y que tengo necesidad de huir de ellos.

—¿Nada mas? preguntó la reina con cierto recelo.

—Nada mas, respondió Violante.

—¿Estais satisfecha, señora? preguntó con calma el cardenal; á cuya pregunta se hizo sorda la reina con un gesto desdeñoso.

El temor de doña Juana se hubiera aumentado con la pregunta del cardenal, si afortunadamente no hubiese conocido que sus investigaciones eran mal interpretadas por el de Luna, y que tendian á un fin distinto del que podia presumir el enviado á Castilla por Clemente VII. No se engañó la reina viuda, y el cardenal reconoció en el acto su imprudencia; pues en cierto modo parecia que iba á reconvenir á la madre del rey por haber formado de él un juicio temerario en desdoro de su dignidad. Violante comprendió fácilmente á qué tendian las acertadas investigaciones de su reina, y por eso se dió prisa en contestar á sus preguntas con el fin de advertirla de que no tuvo necesidad de confiar á nadie su secreto para llevar á término su religioso proyecto. El cardenal habia temido en un principio que la reina sospechaba su plan político; mas

luego echó de ver el verdadero objeto de sus interrogaciones y creyó ponerse á cubierto de toda prevencion aparentando cierto resentimiento.

—Dispensadme ahora, si tal vez me calificais interiormente de poco discreto; dijo el cardenal á doña Juana.—Yo habré sido demasiado severo en interpretar las indagaciones de vuestra alteza; sentí herirse mi amor propio y no pude prescindir de vindicarme.

—¿Os habeis vindicado, pues?

—He dicho mal: me defendia y desisto de mi defensa. Confieso que me engañé, señora, y no podia pensar otra cosa sino que me equivocaba. Lo digo sin haber dado ninguna interpretacion al sentido de vuestras preguntas, bastándome conocer que no era vuestro empeño el averiguar con ellas si guiado yo por miras siniestras inducia á Violante al sacrificio de su libertad. Yo quise significar á vuestra alteza que no soy capaz de una seduccion tan odiosa; seduccion, señora, que se resiste á mis convicciones morales y políticas, porque un acto ejercido sin espontaneidad no es hijo de la vocacion.

—Me habeis dicho que ibais á desistir de vuestra defensa.

—Es verdad; contestó el cardenal á la insinuacion de la reina.—Solo me falta ahora concluir por lo que debia haber empezado. Me han dicho que vuestra alteza guardaba cama por sentirse algo indispuesta, pero os veo complaciente y que os habeis levantado ya.

—Sí, contestó la reina; para ir al templo donde van á empezar las rogativas.

—Me atrevo á implorar de vos una gracia, mi amable reina y bienhechora; dijo Violante con sumision.

—Habla, contestó la reina.

—Que me permitais acompañaros.

—¿Tú?

—¡Señora! ¿Quereis que la corte y el pueblo de Castilla atribuyan mi clausura al mandato de vuestra alteza que me destituye?

—En obsequio al príncipe ó princesa que ha de nacer, y

para que el cielo conceda á la reina, mi apreciada nuera, un feliz alumbramiento, te otorgo esta gracia, dejando sin efecto tu destitucion como si nunca la hubiese ordenado. Si llegas á sentirte arrepentida de la determinacion que has tomado, puedes permanecer en la corte á mi servicio con la misma calidad de dama de honor.

Violante besó la mano á la reina, y en union de doña Elvira y del conde de Ledesma que compareció en aquel acto, acompañó á su alteza al templo, uniendo todos sus preces para la felicidad de la reina doña Leonor y del venidero príncipe ó princesa de Castilla. El cardenal de Aragon volvió de nuevo á felicitar á doña Leonor por el buen éxito de su empresa, desconfiando algun tanto de la resolucion de Violante desde que vió en doña Juana una inclinacion decidida en proteger á una dama cuyos servicios habia rechazado pocas horas antes. Triunfó sin embargo, y desde entonces empezó la cuestion del cisma á empeñarse de tal modo, que don Juan primero tuvo por fin que acceder á las exigencias, y mas tarde prestó su obediencia al antipapa Roberto, que tomó el nombre de Clemente VII.





CAPITULO VII.

En que se habla de un bautismo y de unas fiestas.

La ciudad de Burgos era el teatro destinado á las régias festividades como si mereciese un privilegio entre los demás pueblos de Castilla. Toledo la envidiaba y parecia quererle disputar el derecho de córte. No tan solo don Juan primero empuñó allí su cetro y ciñó su corona, sino que mas tarde, tres meses despues de aquellas solemnes fiestas, nació en la ciudad afortunada el heredero del trono, que fué el primero de España en ser titulado príncipe de Asturias.

Eran las diez de la mañana del dia cuatro de octubre de mil trescientos setenta y nueve. Los vecinos de Burgos se acogian silenciosamente á la casa del Señor para aguardar allí la interesante nueva; la devocion reinaba profundamente en todas las iglesias, y no se notaba la menor demostracion de júbilo en ningun semblante. La ansiedad tenia oprimidos los ánimos, como si sintiesen la espantosa zozobra de un reo que aguarda la decision de su vida ó de su muerte. ¿Por qué



D. Juan I.—*Lám.* 8.

sufrian tanto los castellanos? Porque su reina sufria tambien, y temian por su existencia. Se acercaba el peligroso trance del parto, y esta noticia se habia esparcido por la ciudad produciendo tal sensacion, que de improviso las calles se llenaron de transeuntes que iban silenciosos á esperar en el templo del Señor la fausta nueva del bienvenido príncipe. Pocos momentos despues las calles estaban desiertas, las casas cerradas y los vecinos en las iglesias, quedando una parte de ellos en la plaza del real alcázar para anunciar en todos los estremos de la ciudad el instante en que la reina de Castilla saliese de su conflicto. No parecia un pueblo reunido, sino una congregacion conjurada que amagaba al suelo castellano, ó bien un pueblo refugiado en los fuertes y sitiado por sus enemigos: tal era la novedad que ofrecia la ciudad de Burgos en medio de un silencio imponente, como si sus vecinos temiesen los unos de los otros que iban á recibir un golpe de esterminio.

Dieron las once horas, y cada campanada que se percibia sonora en el silencio que reinaba, aumentaba la ansiedad de los burgosenses. La ciudad permanecia de espectacion. Una hora despues el sonido del clarin sucedió á las doce campanadas, y el pueblo como estasiado escuchó la voz del ugier que al grito de «¡La reina se ha salvado! ¡vive el príncipe de Castilla!» transformó de improviso la antigua ciudad de los reyes. Á un tiempo repicaron todas las campanas de las iglesias, se entonó el *Te Deum* con admirable regocijo, y en seguida se llenaron las calles oyéndose por todas partes los vítores al príncipe recien nacido.

Dos dias despues la iglesia de las Huelgas, á la misma hora que hacia los tres meses que fué coronado en ella don Juan primero, recibió en el seno de la cristiandad al deseado príncipe de Castilla, que fué apadrinado por sus abuelos don Pedro de Aragon y la reina viuda condesa de Trastamara. La suntuosidad del templo era imponente; el arzobispo de Toledo derramó sobre la cabeza del neófito el agua bautismal, y á instancia de don Juan, para tributar un recuerdo á la buena memoria de su difunto padre, se dió al príncipe el nombre de Enrique, que mas

tarde fué el tercero de Castilla. Regresó la córte á palacio en magníficas carrozas, y fueron los reyes cordialmente felicitados por la nobleza.

En medio de la general satisfaccion dos altos personajes estaban poseidos de una tristeza desgarradora. La reina viuda recibió en córte, y tuvo que suspender la ceremonia por haberle sobrevenido un accidente que nadie sabia cómo calificarlo. Se notaba en ella de algunos dias cierta displiscencia, y parecia que algun suceso de alta importancia la tenia desazonada en términos de hallarse privada de ser partícipe de la satisfaccion mayor que podia caberle durante su vida, cual era la de ver asegurado para su descendencia el trono que ocupaba su hijo y que habia dejado su difunto esposo. Sin embargo esta consideracion debió indudablemente afectar á la desconsolada abuela del príncipe: doña Juana no podia olvidar en aquella sazon la promesa hecha al duque de Benavente, que en cierto modo contrariaba la halagüeña esperanza que se habia formado de ver ocupados á un tiempo por sus descendientes los tronos de Castilla y Portugal. Temia á la vez por ella y por sus nietos, y no era solo la enemistad del duque la causa de su temor á consecuencia de haberle nacido á don Juan un varon, sino que además el empeño de los clementistas en acalorar los asuntos de la Iglesia la hizo formar un fatal pronóstico del reinado de su hijo, pues preveyó los tristes resultados que necesariamente debia producir en el reino castellano la continua importunidad del antipapa. El mayordomo del rey se hallaba tambien poco dispuesto á ostentar la alegría que no podia caber en su corazon lleno de tristeza, cuya causa nadie desconocia, y el mismo rey no pudo dejar de respetarla. ¡Violante de penitencia en el convento de religiosas carmelitas en la ciudad de Salamanca! ¡Violante en la clausura y desterrada políticamente de la córte de Castilla! Hé aquí la afliccion del alavés que á los ojos de sus altezas y á la faz del reino le disculpaba de no haber tomado parte en el júbilo de que rebosaban los pechos ménos entusiastas.

Al salir la reina viuda de la gran sala, en que tuvo cór-

tes, la acompañaron doña Elvira, Mendoza y el conde de Ledesma á otro aposento de su habitacion, donde fué inmediatamente visitada por los médicos de la real cámara.

—No hay de qué asustarse, señores, dijo doña Juana con amable acento. —Mi indisposicion es efecto... de la alegría.

—Podeis recojeros, señora, dijo doña Elvira.

—Nó, contestó la reina; fuera del continuo movimiento y agitacion del solemne acto de córte, respiro mejor; pero me sintiera muy triste ahora si despues de haberse despedido los médicos, me desampararan las personas de mi aprecio que me rodean en este momento.

—¡Desampararos! dijo el conde de Ledesma. —¿Quién se atreviera desamparar á la madre del rey?

—Ya lo sé, Ledesma; y no de vos solo podeis responder, pues no dudo que á los demás les anima el mismo sentimiento. Doña Elvira, Mendoza... piensan como vos, y si estuviese Violante tampoco me desampararia. Sé bien que vuestro proceder es debido al afecto que me teneis, mas bien que al respeto que pueda infundiros mi alta dignidad de reina, y lo digo sin temor de equivocarme..... aunque Mendoza esté callado.

—¡Señora!..... esclamó el alavés.

—Vos tambien estais triste y os reconvengo por ello.

—¿Tambien habeis dicho, señora? replicó Mendoza. —Si yo tuviera derecho de reconvenir á una reina, lo hiciera á vos por la tristeza que os devora y que tan en vano tratais de disimular.

—Es verdad, dijo doña Juana dando un suspiro.

—Y á fé que á vos despues de la muerte de don Enrique el cielo os ha colmado de gracias, y solo os ha dado motivos de estar alegre. A ser yo que vos, á estar en igual posicion, temeria declararme ingrato á la Omnipotencia, si despues de haberme concedido un descendiente adorado de todos, pagaba con lágrimas lo que debiera corresponder con la alegría. No os enojeis de mis palabras que parecen reconvenciones; pues yo os hablo ahora con la espresion de afecto que en mí ha-

beis reconocido, y con ella, como súbdito leal de vuestra alteza, me creo autorizado para advertiros que ningun castellano tiene derecho de estar alegre por el natalicio del príncipe, si vos no lo estais.

—Sin embargo, Mendoza, contestó la reina, no sintiera tanta pena si no tuviese que envidiar la suerte de vuestra esposa.

—No os comprendo, dijo el alavés.

—Difícil fuera, no estando en los pormenores de mis funestos presentimientos. El que lejos de la córte puede vendarse los ojos y tapar sus oidos para no ver ni oir lo que en ella está pasando, es digno de envidia. Mi nieto..... ¡pobre Enrique! Si ha de empezar su reinado siendo cismático, mas le valiera morir príncipe en su edad infantil, que ocupar un trono maldito de Dios. Don Juan primero caerá en las redes que el temerario Roberto le ha tendido; y hé aquí, señores, la causa de mis penas! Vosotros la conoceis, y me dais la razon.

Nadie tomó la palabra para impugnar las observaciones de la reina viuda.

—¡Callais! sí, todos callais... continuó la reina, y vuestro silencio lo dice todo. Hasta el conde de Ledesma tiene atada la lengua, y doña Elvira omite dirigirme una palabra de consuelo. ¡Mendoza! ¿os atrevierais ahora á repetirme que la abuela del príncipe debe estar mas alegre que los otros, y que ningun castellano tiene derecho de estarlo si yo no lo estoy? ¡Ah! lo has dicho perfectamente, Mendoza; Castilla debiera vestirse de luto, y no obstante parece que ha desafiado al poder de Dios vistiéndose de gala y celebrando con fiestas pomposas el natalicio de un príncipe, que sin duda ha venido al mundo para ser el rey mas desgraciado de la tierra. Yo no he de ver su infortunio; yo tambien me retiraré de la córte de Castilla para implorar la clemencia del Eterno.

—Vos haréis mal, señora; dijo con gravedad el conde de Ledesma.

—¿Vos, conde, me aconsejais otra cosa? preguntó doña Juana sorprendida.

—Vuestra clausura, mi amada reina, continuó Ledesma, seria entregar á Clemente VII el triunfo del escandaloso cisma. Yo tambien huiria para no ser testigo de las calamidades que van á pesar de una manera espantosa sobre mi patria durante el reinado de don Juan primero y quizás mas allá; pero me detiene un deber de conciencia, cual es el de contrariar las pretensiones del antipapa. Conste al ménos que Roberto en Castilla tiene contrarios, y que otro de los mas poderosos es la madre del mismo rey. Vos debeis permanecer en la córte y defender con vuestra influencia al vicario de Jesucristo. No es buen católico quien rehusa un combate en que está tan interesada nuestra religion santa, y los templos debieran cerrarse para impedir la entrada en ellos á cuantos se declaren clementistas, empezando por el rey.

—¡Conde! esclamó la reina; mi nuera está fuertemente decidida en proteger la causa del antipapa.

—Ya lo sé, contestó Ledesma; doña Leonor se hizo antipapista, nó por conviccion sino por egoismo.

—¿Cómo sabeis....?

—Me lo imagino, y es por esto que os recomiendo mucha prudencia y circunspeccion ántes de dar un paso tan delicado. Violante os hace falta aquí: vos envidiais su suerte, cuando yo por la vuestra y por la de Castilla quisiera que abandonase su clausura y que volviese á vuestro lado, aun que fuese á despecho de la reina vuestra nuera y de toda la córte castellana.

Mendoza miró á Ledesma, y escuchóle con atencion quedando estático como quien ve visiones. Las reflexiones de Ledesma le hicieron cobrar hácia el distinguido amigo de la real familia una simpatía inesplicable, de modo que en aquellos momentos Mendoza hubiera gustoso regalado su corazon al conde.

—El cardenal de Aragon, continuó Ledesma, debió aprovecharse de los celos infundados de doña Leonor, y se dió prisa en complacerla sacrificando al antojo de una reina celosa la bondadosa señora de Fita y Buitrago. Sabe bien el de

Luna que don Pedro de Aragon no es tan débil en creer á ciegas los pretestos de los clementistas; teme por otra parte el poder de Urbano y se desvela en ganar obediencias, porque en Nápoles van á recibir una leccion amarga los que eligieron á Roberto en Fondi. Doña Juana de Nápoles, que protegió el cisma y fué en cierto modo su autora, dejará de ser reina porque el papa Urbano la destronará. No se le oculta al cardenal de Aragon esta verdad incontestable, y no es estraño que se esfuerce en hacer una sorpresa á un rey inesperto para ganar por un lado lo que por otro habrá perdido. El cardenal ha metido la política en una cuestion de familia y de interés puramente particular, consiguiendo con ello perder la influencia de un enemigo y ganar un prosélito de mucha valía, con quien ántes no podia contar.

—Parece acertado vuestro juicio, conde; dijo doña Juana.

—Lo es, señora, respondió Ledesma.—Ya veis, pues, cuán desacertado fuera vuestro plan.

—Al tiempo de morir mi esposo.....

—¿Qué vais á decir, mi amada reina? Que teniais el proyecto de retiraros de la córte y de no dejaros ver mas en ella, ¿no es verdad? Pero ya lo veis, madre del rey: vos no podeis disponer de vuestra libertad para renunciar á ella en el claustro cuando Dios os llama aquí, donde podeis servirle mejor.

— Bien: esperaré y hablaremos despacio, conde.

Los gritos y algazara del pueblo interrumpian á menudo la conversacion.

— ¡El pueblo está alegre! dijo doña Juana.—No le desairemos ahora que es feliz porque cree serlo; nosotros aparentaremos participar de su alegría, y tal vez empleando este medio creeremos tambien ser felices. Vamos, señores: que no conozca doña Leonor la pena que aflige á su reino, ya que ahora piensa como sus vasallos y es tan dichosa como ellos. Mas vale así; en su crítica situacion debemos darle gracias al cielo que no la permite prever los tristes resultados de su imprudencia. Por ella y por el pueblo, señores, hagamos.... como si es-

tuviésemos alegres. Por lo que á mí toca estoy muy risueña, ¿no es verdad? Vosotros lo estais tambien; de consiguiente conste que en Castilla, cuando el natalicio del príncipe don Enrique, no hubo descontento un solo castellano. ¡Señores!... vamos.

Levantóse doña Juana, y con paso lento y magestuoso dirigióse á la estancia de doña Leonor, acompañándola doña Elvira y siguiéndola sus dos paladines hasta el umbral de la puerta. No bien hubo entrado, Ledesma y Mendoza retrocedieron, y al darse mutuamente las mas finas demostraciones de buen afecto, fueron interrumpidos por un caballero encubierto que con mal tono se dirigió al conde y en seguida al alavés.

—¡Conde de Ledesma! dijo el incógnito; mañana os espero. ¡Mendoza! hasta otro dia.

Y sin esperar contestacion se marchó bruscamente, quedando los dos amigos como atontados.

¿Quién podrá ser? preguntó Ledesma.

—Un enemigo de los dos, respondió Mendoza, ó de la reina viuda.

—O de Castilla, dijo el conde. —¿No acertais...?

—Nó, por vida mia: pero sea quien fuere ¿qué pretende? Nada tienen de noble sus modales, mas no le ganara en altivez el mismo don Juan primero. ¡Si será.....!

—Me lo imagino.

—Yo tambien.

—El duque de Benavente, dijeron á la vez.

—¡El duque! esclamó Mendoza: ¿qué tiene que comunicaros con tanto empeño emplazándoos para mañana é insultando vuestros cabellos blancos?

—¿Y á vos?

—Conmigo tendrá que echar alguna cuenta. ¿Quereis hacerme un gran favor, conde, y permitir que de mi amistad os dé una prueba muy sincera?

—Hablad.

—Escusad la entrevista con el duque hasta que yo le haya dado una prueba de mi... respeto y cariño.

—Deja traslucirse bien la tendencia de vuestra reticencia incógnita, y por mas que agradezca vuestro ofrecimiento, seria para mí una mengua el aceptarlo.
—¿Mengua, decís? ¿Y no lo es peor todavía el poner á prueba las fuerzas de un anciano?
—Teneis razon; pero él no sabe que el conde de Ledesma quiere morir con gloria, y que si es débil su brazo, su corazon es fuerte todavía. ¿Sabeis, Mendoza, que fuera gloriosa la muerte de un anciano en un duelo... á manos del hijo de un rey, de un jóven y hombre de armas? No me hará tan dichoso el duque de Benavente.
—Respetos no sabe guardar; será tal vez que os tendrá miedo.
—No fuera á tal estremo cobarde un hijo de don Enrique de Trastamara; eso nó. Puede ser díscolo, si quereis, y poco caballero, pero valor..... lo tendrá de sobras.
—¿Vos deseais este combate?
—Como desea su libertad el esclavo y el que sufre tormentos en una mazmorra, como el sediento desea el agua que ha de apagar su sed. ¿No os parece que para coronar el fin de mi vida con un hecho digno de mi historia, llena de hazañas, puedo renunciar gustoso los pocos años que me quedan y acabar como un valiente en el campo de honor, en lid desigual y á manos de un adversario que por llevarme ventaja, en razon á la edad de entrambos, se ha de ruborizar luego al contemplar mis canas barriendo el polvo salpicado de sangre? ¡Y si la causa de un duelo tan glorioso fuese la reina viuda!..... ¡oh, si yo pudiese morir en defensa de la madre del rey!..... Os juro, Mendoza, que bendeciria á mi enemigo.
La bizarría del conde dejó absorto al alavés, cuya ternura hácia el caballero anciano ahogó su voz, y no pudiendo con la palabra espresar el merecido aplauso que tributaba á su heroismo, le apretó respetuosamente la mano, y á poco rato esclamó con entusiasmo:
—¡Conde de Ledesma! ¡noble castellano!... ¡Ojalá Men-

doza sepa imitar vuestro valor y hacerse digno de vuestra prez envidiable!

Mientras Mendoza se dirigia á la mayordomía, rozó con su brazo el del incógnito; ambos se volvieron con gesto de amenaza, y sin decirse una palabra siguieron su camino opuesto. El conde iba á salir del real alcázar cuando la bronca voz del desconocido detuvo sus pasos.

—En mi insinuacion debisteis echar menos una cosa, conde de Ledesma.

—Sí; la hora y el sitio, contestó secamente el conde.

—Pronto me comprendisteis. ¿Quereis antes saber la causa?

—La pregunta es necia, fidalgo..... ó lo que seais. ¿Dónde habeis visto proponer un duelo sin saber los combatientes por qué van á morir ó á matar? Seria un capricho mas propio que de caballeros..... de temerarios ó de locos.

—Sabedla, pues, y omitid suposiciones insolentes.

—No os molesteis ahora, replicó el conde con desenfado. —Seais quien fuereis, con tal que de noble blasoneis y no hagais alarde, no necesito causa para probar si os mato.

—Quiero sin embargo que la sepais y darme á conocer.

—No me importa. Solo exijo de vos que me digais si alguna dama está interesada en el combate.

—Sí, y de muy alta prosapia.

—Decidme quién es.

—La reina viuda.

—¡La madre del rey! esclamó el conde de Ledesma.— ¡Basta, caballero, basta!..... Mañana á las cuatro horas de su tarde iremos juntos al cementerio, donde la suerte decidirá cuál de nuestras espadas tiene mejor temple.

—Serán testigos.....

—Los muertos, dijo el conde volviendo las espaldas á su adversario.

Poco despues de haber entrado Mendoza á su habitacion, fué á visitarle el maestre don Pedro Fernandez, quien desde que tuvo noticia de la suerte que habia cabido á la pobre alavesa, sin haber sido consultado de antemano, se mostró re-

sentido y dió un voto formal de desaprobacion á la conducta que en esta parte habia observado su compañero, acusándole de poco previsor por la sencillez con que habia accedido á las meditadas tramas del cardenal de Aragon. Como el maestre era del legado de Roberto su mas acérrimo antagonista político, no era de estrañar que se opusiese temerariamente á sus consejos, en que por otra parte descubria cierto interés poco laudable y en algun modo indigno de su sagrada mision evangélica; pues echó de ver desde un principio que las influencias de la reina doña Leonor para que Castilla se sometiese á la obediencia del antipapa, no eran en sí otra cosa que un tributo que la reina pagaba al cardenal por haberla prestado su mediacion en el destierro de Violante. Fernandez no daba otro nombre á la clausura de la alavesa, y cuando hablaba de ella á Mendoza la llamaba constantemente la dama desterrada.

Solo falta saber ahora si el maestre de Santiago don Pedro Fernandez, hombre político y de la alta nobleza de Castilla, procedia de buena fé en la amistad que dispensaba á Mendoza, á quien habia conocido casualmente cuando no era mas que un sencillo ventero. El cardenal de Aragon habia formado acerca de esto un concepto que no parece desacertado. Creia que el maestre habia tomado á Mendoza por su cuenta para hacerle servir de instrumento en cuantas cuestiones políticas se suscitasen en el reino, á fin de tener siempre un apoyo en todas sus pretensiones, con lo cual, además de poder contar con un noble que secundase sus miras, pudiera hacer que sus votos subsistiesen á la fuerza por ser Mendoza un bravo paladin. Mas tarde el mismo cardenal pensó otra cosa sin desistir por eso de su primera opinion, y acertó esta vez como la otra, porque el cardenal y Fernandez se adivinaban recíprocamente sus intenciones. Sea lo que fuere, el tiempo debia descubrir la índole y carácter de la amistad que el maestre de Santiago aparentaba dispensar á Mendoza, el cual aprendió de ser palaciego mas de lo que aquel hubiera deseado.

—No direis, Mendoza, que lleve las cosas á tal estremo

que no me acuerde de vos en la ocasion que mas me necesitais, dijo Fernandez.

—Jamás habia creido perder vuestra amistad, no habiéndoos dado motivo para renunciar á ella; contestó Mendoza.

—Ya sé que gratitud no os falta, pero sé tambien que mis consejos no habeis de menester.

—Resentido estais en estremo.

—Lo confieso; disculpara á Mendoza un arrojo, pero nó un paso dado por un mal consejo, por una desconfianza tal vez. Si no fuera el sacrificio que le cuesta á vuestra esposa, no os hablara mas de este asunto.

—¡Callad, callad! Bien sé que la culpa es mia, y no sois vos el único en echármela en cara. El conde de Ledesma piensa como vos.

—¿Qué piensa el conde?

—Que el astuto cardenal me ha engañado, y que Violante ha sido desterrada para complacer á doña Leonor, mediante que este favor le sea pagado con usura cuando se resuelva en Castilla la cuestion de la Iglesia.

—Me place no ser solo en pensar de la misma manera, sobretodo cuando la opinion de una persona tan autorizada como Ledesma está conforme con la mia.

—Sí; Ledesma piensa como vos y me aconseja que reclame á Violante.

—En este caso triunfaremos del cardenal, ¿no es verdad? dijo muy satisfecho el maestre.

—No os lo puedo asegurar, contestó Mendoza.

—Seria menester haber perdido el sentido comun para estar representando el triste papel de instrumento del legado clementista.

—De mí no depende ya el dejarlo de representar.

—¿De vos nó? ¿Pues de quién depende el rescate de esa víctima inmolada al capricho del de Luna?

—De vos.

—¿De mí, decís?

—Sí, maestre; vos solo podeis devolver á Violante la gra-

cia de los monarcas, y á mí el sosiego de mi corazon oprimido.

—Me interesaré hasta probar la inmoralidad de semejante clausura en una época.....

—Ved que teneis necesidad de poneros al corriente de algunos pormenores de que sin duda estais ignorante. No es la inmoralidad del encierro lo que ha de persuadir á sus altezas, sino vuestra franqueza. Es preciso que como buen caballero y hombre de buena fé reconozcais vuestra culpa y la confeseis.

—¿Mi culpa? preguntó Fernandez sorprendido. ¿Soy yo acaso quien ha dirigido á Violante para que se encerrase en un convento? ¿Yo sacrificarla?

—No fuisteis su preceptor, ni os hago responsable de la forzosa determinacion de mi esposa, pero debo advertiros que á no ser vos, aunque ella no hubiese querido dar á doña Leonor una prueba tan evidente de su humillacion, yo no la hubiera consentido, á pesar de las buenas razones del cardenal, sin habéroslo consultado anticipadamente.

—¿Qué significa vuestro lenguaje, Mendoza? Si ha de ser mi influencia la que pueda devolver á vuestra esposa la gracia de la reina, os juro que el cardenal de Aragon no se burlará esta vez de don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, porque yo estoy con el cardenal muy enojado, y vos debeis escusar sus miradas, y yo no dar fé á sus palabras. El cardenal se ha propuesto enemistarme con vos.

—¿Habeis descubierto algun plan de ese bellaco?

—Ha esparcido una voz estraña que me ha alarmado, y que me obliga á no aparentar en la córte la amistad que os profeso. Hé aquí porque de algunos dias á esta parte habreis notado en mí cierta apatía ó indiferencia que sin duda calificasteis de resentimiento.

—En efecto; y si vos no me decís lo contrario, no la hubiera atribuido á otra cosa.

—Mal me conoceis, amigo. Como los que hicieron en Fondi la eleccion de Roberto para conseguir su fin, nunca se paran

en los medios, para desvirtuar los efectos de nuestra avenencia se han empeñado en hacerla desaparecer. Pero ¿cómo?... Vos en mí no habeis observado el menor síntoma de traicion.

—Nunca.

—Vos me habeis visto siempre respetuoso con esa víctima de las intrigas, esa pobre inmolada al capricho de un poder, esa mujer que se llama Violante.

—Siempre.

—Tan amigo como soy de vos, á ella no he hablado apénas en mi vida. Pues bien: dicen ahora que abuso de vuestra amistad y de mi posicion, que solo trato de engañaros para aprovechar... en fin dicen que yo quiero á vuestra esposa, y mienten.

Las facciones de Mendoza palidecieron.

—Escuchad, dijo el alavés. —¿Vos me jurais que mienten?

—Os lo juro. Dios me maldiga si falto á la fé de caballero.

Mendoza estuvo meditabundo, y á poco rato cruzó los brazos y dijo con mucha flema:

—¡Es que no dejaria de ser un solemne chasco!

—¿Dudais? dijo el maestre con imponente seriedad. —Pues quedad con Dios.

—Mendoza duda siempre de los hombres.

—¿Siempre?

—Duda de todo, ¿lo entendeis, señor maestre? De todo... ménos de la fé de un caballero que ha invocado la maldicion del cielo para el caso de faltar á ella.

—Tranquilizaos, pues.

—Ya estoy tranquilo.

—Si las necias hablillas no hubiesen interpuesto á mi plan una barrera, yo le hubiera salido al encuentro á ese cardenal que me insulta y no sé despreciarlo, le hubiera robado su presa y Violante no estaria hoy en el reino de Leon, en esa famosa ciudad de Salamanca, que hizo tan hermosa Alonso IX (1).

(1) Este rey de Leon fundó la tan celebrada Universidad de Salamanca en el año 1200.

Nó: Violante estaria entre nosotros, porque yo la quiero junto á mí.....

—¿Cómo? preguntó Mendoza con espanto.

—Junto á mi amigo, decia; junto á Mendoza que es digno de ella. No obstante la vereis pronto, ántes que se agite la alarmante cuestion del cisma; porque yo quisiera aniquilar ese poder de Clemente, quisiera desprestigiar al cardenal para que viese la reina y lo viese Castilla y el mundo todo lo viese que hay para el de Luna, aragonés, un Fernandez, castellano: quisiera echarle en cara su impotencia, para que Clemente se escondiese. Política y muy política fué la clausura de Violante; político debe ser tambien su rescate. ¡Mendoza! Castilla se librará del cisma si vuelve á la córte esa inocente dama que es de inestimable valor, aunque parezca insignificante su persona para un asunto tan grave.

—De vos depende la suerte de entrambos, la mia y la de mi esposa. Vos solo podeis volver la dicha á estos alaveses, que aunque despreciados en la córte no han dado en ella sino pruebas de lealtad y de agradecimiento.

—Hoy mismo me veré con la reina doña Leonor y le hablaré de su preocupacion; le diré que la engañan, que Violante es una mujer acreedora á su munificencia, que no quiere al rey, que nunca le ha querido, que el cardenal de Aragon la pierde y con ella al reino castellano. Le diré que de la suerte de Violante depende la de Castilla, y que es preciso hacer algun sacrificio para no perder para siempre el bien inmenso que se puede ganar en un momento. Le daré á conocer los funestos peligros del trono, y del terrible riesgo que corren las vidas de los que lo ocupan. Diréle.....

—Nada de lo que vais á decirle interesa á Violante para dejar su clausura.

—Si vos la instais, si cooperais á tan importante obra, vuestra esposa cederá. Ya veis, Mendoza, cuán interesado estais en no dejar pisar vuestra honra por los clementistas: nuestra causa es santa, y á vos os quedan dos glorias, la de Dios en el cielo y la de una mujer en la tierra.

—Habeis olvidado, amigo Fernandez, que la clausura de Violante se debe á vos; ya os he dicho que la culpa de su encierro pesaba sobre vuestra conciencia, pues mi esposa no hubiera llevado á término su determinacion sin mi consentimiento, y yo no podia dejar de otorgárselo sin faltar á vuestra amistad.

—Esplicadme....

—Vais á reconocer que Mendoza ha sabido corresponder á vuestras finezas, y que es el mas caballero de cuantos blasonan de hidalguía y grandeza. No son los escrúpulos de la reina doña Leonor los que debeis desvanecer ahora, sino los de la reina madre que ha destituido ignominiosamente á mi esposa, por atribuirme la vileza de haber espiado sus pasos y participado al rey cuanto ocurrió en el cementerio entre ella y el duque de Benavente.

—Esto.... es otra cosa, dijo Fernandez desistiendo de su empeño.

—El medio mas á propósito para que pueda Violante volver á la córte seria.....

—Nó, Mendoza: lo mejor será no aventurar mi buena fama.

—Pero... ¿y la mia? ¿Olvidais, Fernandez, que no es justo dejar pesar sobre mí la responsabilidad de vuestras culpas?

—¡Mendoza! esclamó el maestre con desenfado.—Yo soy en Castilla un hombre de gran prestigio, y si llegara á perderlo, vuestra suerte y la de vuestra esposa correrian parejas con la mia, porque todo se atribuyera entónces á una mancomunacion odiosa: doña Juana creeria con sobrada razon que nos hemos puesto de acuerdo para conjurar contra ella. Yo sé bien lo que son esas mujeres que se llaman reinas; yo haré que Violante vuelva á la córte de otra manera mas digna de ella, de vos y de mí. Tomad paciencia y, á nadie digais que yo he sido confidente de don Juan primero, porque no os creerán y podeis perderme sin salvaros.

—Disponed lo que debo practicar.

—Mañana os conferis á mi casa á las tres de la tarde, y

os daré las instrucciones provechosas que os son indispensables para obrar como palaciego en este asunto que os tiene tan agitado, y que no es mas que el preludio de una nueva victoria.

—Está bien, dijo Mendoza; mañana á las tres de su tarde estaré en vuestra casa para conferenciar estensamente acerca de la libertad de Violante y de la dicha que me espera. Vos me lo habeis ofrecido y quedais obligado al cumplimiento de vuestra promesa.

—Obligado os quedo, cuando no fuese por la amistad que os profeso, por la gratitud que os debo, que es tal, amigo Mendoza... ¡oh! yo no podré olvidar vuestra grandeza de alma: os lo juro. Mañana á las tres venid de incógnito.

Despidiéronse afectuosamente, y á poco rato el cardenal de Aragon entró á la mayordomía con el fin de cumplir lo prometido á la reina doña Leonor. Mendoza que se hallaba algo abrumado por la entrevista que acababa de tener con el maestre Fernandez, no se sentia dispuesto á sostener con el cardenal una conversacion estensa y de puro cumplimiento; mas debió disimular, para que tan alto personaje no atribuyera su mal humor á desaire, previniéndose repentinamente para dar acerca de Violante las contestaciones mas precisas y vagas, á fin de no incurrir en indiscreciones que pudieran comprometer su posicion escepcional. Léjos estaba el mayordomo del rey de presumir que la visita del cardenal era un mensaje de la reina doña Leonor, del que en parte dependia su buena fama y la de su esposa. Si esta nueva entrevista hubiese precedido á la que acababa de tener con el maestre, no hubiera el alavés creido tan sencillamente las protestas de un mal amigo y le hubiera rechazado en el primer momento; pero Fernandez tuvo la suerte de llevar ventaja al legado clementista, y la habilidad de prevenir al mayordomo de don Juan contra su antagonista político. Sin embargo el tiempo debia vencer las dificultades y hacer que la justicia respirase por todas partes. El cardenal don Pedro Martinez de Luna cumplió bien su mision evangélica aconsejando el retiro de aquella dama vilipendiada y

aborrecida de todos; culpable fuera si hubiese contribuido directa ó indirectamente á ese aborrecimiento incalificable, pero él ignoraba la causa que lo produjo y hasta su existencia. No obstantė si su obra pudo merecer aplauso por los efectos saludables que necesariamente debia producir, su intencion al comprometer su palabra á la reina no tenia la menor disculpa.

Mendoza lo ignoraba, y por lo mismo debia juzgar al cardenal por los efectos de su consejo, y nó por la intencion que podia tener al darlo á su esposa primero, y á él despues. Mas Fernandez le habia instruido suficientemente, emitiendo acerca de esto su parecer fundado en razones de alta política, y en esta parte no era dado á Mendoza prevenirse contra el maestre suponiéndole parcialidad, pues sabia que con su opinion estaba enteramente conforme la del respetable conde de Ledesma. Esta circunstancia le infundia cierto recelo inevitable, que le hacia mirar con enojo al legado del antipapa, no obstante fué previsor y aprendió á ser palaciego. En vista de la oposicion de esos dos políticos tan celebrados en las altas regiones escuchó sus razones, observó sus maneras, y no quiso descubrir lo que su corazon sentia hasta despues de haber estudiado el de las dos notabilidades. Hé aquí como empezó á ser político el mayordomo del rey.

Si era ó nó conveniente la clausura de la alavesa despues de haber depuesto sus resentimientos las dos reinas, es un problema, sobre todo mediando las intrigas de los prosélitos del antipapa. Por una parte convenia á la causa de la Iglesia destruir la poderosa influencia del cardenal hácia la reina doña Leonor, y bajo este punto de vista debia Violante volver á la córte. Pero no era fácil por otra parte prever el efecto que produciria en el ánimo de la jóven reina la reaparicion de aquella dama, cuya belleza le causaba tantas desazones; pues si bien doña Leonor se mostró amable y generosa con Violante cuando tuvo noticia de su retiro, y por mas que hubiese estendido sus alardes de generosidad hasta el punto de no consentir que aquella clausura tuviese el

carácter de mandato, nadie podia responder de que volviesen á renacer sus terribles sospechas si otra vez tuviese que contemplarla á su presencia, sin haber mediado alguna circunstancia capaz de convencerla de que la pobre Violante nunca habia sido su rival. Tomada en este sentido la cuestion de la alavesa, su clausura era de mucha importancia, y apénas podia aconsejársela que la abandonase sin comprometerla gravemente y esponerla á los funestos percances de la política y á la odiosidad de la córte.

Dejemos á don Pedro Fernandez la meditacion de estos estremos tan difíciles de resolver: él se comprometió á triunfar del legado clementista, y no le faltaba al maestre talento y prevision para adoptar una táctica que pudiese poner á Violante á cubierto de todo ataque. Veamos lo que hizo el cardenal en la mayordomía, y el objeto de su visita al mayordomo.

—¿Sois vos, cardenal? dijo Mendoza. ¿Qué buena estrella dirige vuestros pasos, monseñor, que tan oportunamente venís como enviado del cielo?

—¿Creeis que pueda serviros en algo, Mendoza, contestó el cardenal. Me habeis dicho que mi visita era oportuna.

—Como nada sé de Violante....

—Noticias traigo que van á poner coto á vuestra ansiedad.

—¿De veras?

—Sí, Mendoza: Violante está muy satisfecha de la resolucion que ha tomado, y yo me encargo de complaceros y hacer que su clausura sea poco duradera.

—¿Violante volverá á palacio?

—Sí, Mendoza.

—¿Pronto?

—Lo mas pronto posible. Es preciso que ahora pase algun tiempo.....

—¡Dios mio! esclamó el mayordomo sin esperar que el cardenal concluyese.—Yo os juro, monseñor, que habeis exigido de mí un sacrificio muy grande. Yo no sé como pude

otorgar un consentimiento tan opuesto á mi voluntad y á mis convicciones.

—¿Á vuestras convicciones decís, Mendoza? ¿Vos no estais íntimamente convencido de que la clausura de Violante es una necesidad?

—Confieso, monseñor, que en esta parte no soy de vuestra opinion. Yo no espero otra gloria que la de vivir á su lado, pues todo lo demás seria una traicion á mis sagrados deberes. ¿Qué haré yo sin Violante? ¿Dónde está sin ella la dicha y el lauro que pueda ofrecerme el rey de Castilla? ¿Quién recogerá una corona que caiga de mis manos al terminar un combate?

—¡Una corona! repitió el cardenal sonriéndose.—Mientras Violante permanezca en la clausura, podeis ofrecer á otra dama el premio de vuestras hazañas. ¿Creeis que no la habrá en Castilla que acepte benignamente vuestra galantería?

—¿Y sois vos, cardenal, el que me propone ese reemplazo en ofensa de mi esposa, faltando á mi fé, y en desdoro de la incauta dama que acogiese mi injusta predileccion? Un recuerdo de Violante, la idea de mi falta me llenara de rubor y de arrepentimiento. ¡Pobre Violante! Bastante caro le cuesta el ser buena esposa; no seré yo el ingrato y desapiadado que corresponda tan mal á sus inapreciables sacrificios.

—Tal puede ser la condicion de esa dama, que sin ofender á vuestra esposa ni á su propio decoro.....

—Esplicaos, monseñor.

—La que de vuestras manos debe hoy recibir una corona, podrá aceptar ciento.

—No os entiendo.

—Escuchad, Mendoza: ¿no ganasteis una corona de don Alonso?

—La gané; pero esta corona la posee la reina.

—¿Se la regalasteis vos?

—Nó: Violante hizo á doña Leonor esta dádiva, para dar

á su reina una prueba de respeto y á mí de fidelidad y buen afecto.

—Sin embargo despues que vos la ganasteis, dijisteis que ibais á ofrecerla á doña Leonor.

—Violante comprendió bien mi ofrecimiento.

—Pero la reina sabe ahora que Mendoza quiere regalarle una corona.

—¿Eso sabe la reina? ¡Imposible! ¿Quién le habrá dicho á doña Leonor.....?

—Yo; respondió el cardenal.

—¿Vos?

—Sí; le dije que ganasteis una corona á don Alonso, y que se la ibais á presentar para que la admitiese como una ofrenda sencilla de vuestra lealtad.

—Hicisteis mal, monseñor; muy mal, dijo Mendoza aparentando resentimiento.—¿Cómo he de dar yo á la reina una prenda que ya posee? ¡Cardenal! vuestra política me compromete y no quiero ser por mas tiempo víctima de ella. Nó: yo no doy al duelo la importancia que tenia ántes de la clausura de Violante. Si mi esposa estuviese presente, si perseverase con la misma fuerza que tres meses atrás ésa lucha indefinible de pasiones encontradas que agoviaba mi corazon, podria entónces emplear con mas calor los medios de humillar á mis rivales; pero hallándose ausente mi esposa, metida en un convento y rogando por mí, fuera despreciar la prueba de su cariño y atormentarla en el encierro. ¡Noble señor de Luna, cardenal de Aragon! ¿me teneis por tan cobarde que me contais capaz de combatir con un esclavo indefenso?

—La reina espera vuestra corona, dijo con gravedad el cardenal.

—Mendoza no ha de acceder siempre, monseñor. Á la reina no le hace falta.

—La espera.

—Decidla que ya la tiene.

—¿Y si no la tuviera?

—No puede ser.... á ménos que se la hayan quitado, ó que ella no haya querido conservarla.

— Tambien podria quererla conservar con mas derecho, porque sabiendo la reina que no pertenecia á Violante, tal vez considera ilegítima su adquisicion.

— Pero la reina no piensa así, señor; doña Leonor no ha considerado nunca que le faltase derecho para adquirirlo todo.

— Escuchad, dijo misteriosamente el cardenal. — Si yo fuese posesor de esta corona, ¿cuánto me dierais por ella?

— ¿Vos?

— Sí; la corona es vuestra, pues la reina de Castilla la rehusa por venir de Violante, que no es su dueña legítima, y su alteza me ha mandado que os la devuelva á vos que sois su dueño.

El cardenal sacó la corona que llevaba envuelta en sus hábitos, y la entregó á Mendoza.

— Tomad, mayordomo de don Juan, dijo el cardenal. — Haced ahora lo que mejor os plazca; por mi parte he cumplido el encargo de la reina. ¡Á Dios!

Hé aquí otra vez perplejo el noble Mendoza con la corona en la mano, sin saber qué hacer de ella. ¿Cuándo será que este desgraciado pondrá fin á las controversias de su suerte aciaga sin un consuelo, sin poder contar con una simpatía, porque ha perdido la confianza que le inspiraba Fernandez, como si una mala estrella dirigiese su destino? Lo cierto es que debia gobernarse á sí mismo en medio de un laberinto de confusiones, sin poder escapar de las intrigas y de la maledicencia. ¡Tener que ir solo á devolver á la reina aquella corona y no saber cómo escusar á Violante! Si al ménos el cardenal se hubiese dignado enterarle de lo que habia mediado con doña Leonor al tiempo de su despedida..... pero el cardenal se resintió del desprecio del alavés cuando reprobó su política, y se retrajo de la intencion que tenia formada de acompañar al mayordomo á los piés de su alteza, y ni siquiera quiso diferir su conversacion, para no corresponder un desaire con una accion laudable. Esta vez Mendoza necesitaba el favor del sacerdote

clementista, y se arrepintió en aquellos momentos de haber hecho alarde de ser político; mas el compromiso era inevitable y fué preciso arrostrar sus consecuencias.

— ¡ Valor ! decia á sus solas. — No es este el peor conflicto en que te has hallado, Mendoza. Sigamos la corriente hasta ver dónde nos lleva la suerte. Si he de sucumbir, quizás tendré tiempo todavía para refugiarme en una clausura como mi pobre Violante. ¡ Infeliz ! si tú supieras cuán desamparado estoy en esta córte maldita, romperias los cerrojos que te esclavizan, y volvieras á mi seno para correr ambos los mismos peligros. ¡ Oh ! me parece que la estoy viendo con las manos juntas implorándome con acento de ternura que desamparásemos la córte y volviésemos á la hostería. Ella lo adivinaba; la pobre Violante tenia razon. ¡ Y yo tan necio que la rechazaba!... ¡ Oh ! yo he sido un imbécil en no creerla; yo la he perdido. ¡ Necio de mí que soñé que me engañaba siempre, y que no sabia ver en sus actos y en sus palabras un átomo de buena fé! Ni la disculpaba su llanto, ni me convencia su acento.... Siempre mi imaginacion divagaba en el espacio viendo fantasmas; siempre acusándola de perfidia. ¡ Pobre Violante! y ella se inmola para darme una prueba de su inocencia, y me echa su bendicion para que no viva desesperado. Pero yo la he de reconquistar sin ausilio de nadie: yo solo me basto..... sí; no necesito políticos que me impongan la ley. Hablaré á la reina á todo trance y le daré la corona; si acusa á mi Violante, yo la defenderé. ¡ Valor, Mendoza ! ¡ Oh! lo tengo.... para todo.

Así se esplicaba el infortunado alavés ántes de cumplir las insinuaciones del cardenal, y decidióse al fin á pedir vénia para felicitar á la reina doña Leonor. Fuéle otorgada, y al entrar en la estancia no pudo dejar de hacer un movimiento de sorpresa, al contemplar al pié de la cama dos personajes que no estaban de mas en aquel acto. Eran don Alonso y Fernandez.

— ¡ Señora ! dijo el alavés: vuestro fiel vasallo no puede

daros de su gratitud mas pruebas que los premios de sus hazañas. Vos sois la elegida para depósito de lo que tiene en mas estima todo paladin pundonoroso; el lauro debido á su valor y destreza. Aceptad, pues, esta corona, y quiera el cielo que en defensa vuestra y del príncipe don Enrique pueda poner mil y otras mil á vuestras plantas.

—Gracias, Mendoza, dijo la reina; y en prueba de que la acepto gustosa, te doy en premio de ella y del valor con que has defendido caballerosamente tu honra y mi sosiego..... te doy lo que aprecias mas todavía que esta corona; te doy la paz de tu corazon y mi aprecio á tí y á Violante, quien podrá volver á la córte cuando tú lo dispongas. Ya lo tenia resuelto de antemano, y el maestre Fernandez quedaba encargado de comunicarte mi soberana resolucion.

En seguida se incorporó la reina, tomó al príncipe en sus brazos, y presentándolo á Mendoza le permitió besar su tierna mano. El rostro de don Alonso parecia abrasado de furor, pues no dejaba de serle bochornoso aquel pasaje, por representársele en aquella corona el desden de Violante y el triunfo de Mendoza: el dolor de la herida le recordaba el campo en que sucumbió y perdió tan preciosa halaja. El maestre Fernandez habia conferenciado con su alteza ántes que entrase don Alonso, y hubiera salido de la sala á no haber oido que se anunciaba á Mendoza para felicitar á su reina. Esto le detuvo, y luego salieron juntos quedando don Alonso en el mismo sitio mordiéndose los labios.

—Si ponia á tu disposicion esta corona «don Alonso» ¿qué harias de ella?—preguntó la reina con intencion.

—La echaria otra vez á la suerte, dijo con viveza el bastardo.

—¿Y despues?

—¡Señora! yo no puedo deciros lo que haria, porque me es imposible ahora someterme á la prueba hasta que esté cicatrizada mi herida.

—No obsta esta observacion para que dejes de darme otra respuesta mas categórica.

—Pudiera ofenderos.

—Nunca me ofendiera tu ingenuidad. ¿Quieres que yo te lo diga?

—Como gusteis, señora.

—Darias á esta corona un destino muy diferente del que le ha dado tu adversario.

—¡Tal vez!

—Esta corona iria á parar á Salamanca, y serviria de adorno en alguna celda.

Don Alonso se sonrió, y la reina hizo otro tanto; mas bien pronto doña Leonor puso su semblante grave, y mudando de tono, continuó:

—Mas valiera que el hijo del de Trastamara se dedicase á la felicidad de su patria. Yo no sabia que tu buen afecto hácia mí fuesen celos de tu hermano.

—No lo creais.

—¡Don Alonso! no se me oculta nada.

—Bien haceis en disculpar al rey, porque al fin es vuestro esposo. Ya sé que mi amor hácia Violante me priva de tomar parte en un asunto de familia, en el que se me puede tachar de parcial por el interés que se me supone en él. No importa: yo quiero haber sido un ciego y haber visto visiones con tal que mi reina esté tranquila. Me engañé, os lo confieso, cuando dije que el rey estaba prendado de una ventera, y que ella le correspondia; fueron los celos los que me hacian volveros celosa..... á vos que, como yo, creisteis ver mejor las cosas teniendo los ojos vendados. Quitémonos la venda, creamos de buena fé que cuanto hiere á nuestros sentidos no es mas que una apariencia, una fantasía, y renacerá la calma en nuestros corazones. Vuelva Violante, como habeis dispuesto, y hacedla esta vez dama de honor.... del rey.

—¡Qué sarcasmo! dijo la reina reprendiendo á don Alonso.

—No quiero molestaros, contestó el bastardo; porque yo inadvertidamente estoy quebrantando la órden del rey que me prohibe hablaros en reserva. Vos sabreis mejor que yo la

causa de su mandamiento; al ménos la juzgareis como bien os parezca.

—Lo que me parece, don Alonso, que sea ó nó Violante el objeto de vuestros celos, si vuelve á serlo de los mios.... morirá.

—Pero vos no contareis con mi apoyo.

—Sí así lo ha dispuesto el rey, no por eso me hará falta.

—Entónces no hay que hablar mas de este asunto. Cúmplase el capricho del que nos manda á todos.

De este modo terminó la entrevista de la reina con el hijo de doña Elvira, quedando aquella en la funesta duda de si era ó nó su rival la que obtuvo el amor de su suegro don Enrique de Trastamara. Doña Elvira estaba resentida de la conducta poco noble que observó don Alonso con la alavesa, y esperó la oportunidad para reprenderle y hacerle sentir todo el peso de su indignacion. Entretanto Mendoza y Fernandez trataron de pasar aviso á Violante con el fin de obligarla á abandonar la clausura y restituirse á la córte. Desde el momento que el alavés tuvo noticia por boca de la misma reina, de que su esposa habia mejorado su condicion por haber doña Leonor depuesto sus resentimientos y desvanecido al parecer sus dudas, se olvidó del concepto que poco ántes pudo haber formado de su amigo por lo poco dispuesto que le veia en corresponder de una manera noble á su caballerismo. No es estraño: cuando Fernandez se resistió á descubrir á doña Juana que él habia sido el confidente del rey, por cuya órden siguió sus pasos y le refirió cuanto habia ocurrido en el cementerio con el duque de Benavente, presumió Mendoza que el maestre habia faltado á la dignidad de un buen amigo, consintiendo que pesase sobre él una falta de la cual no podia hacérsele ningun cargo; mas habiendo visto que empezaba á cumplir su promesa de bienquistar á Violante con la reina doña Leonor, creyó de buena fé que procuraria con su política y buen tacto persuadir á la reina viuda de que su dama destituida no era indigna de permanecer á su lado, como se lo

tenia ofrecido, y que al mismo tiempo sabria desvanecer toda sospecha contra el fiel mayordomo de su hijo, valiéndose en último apuro del mismo rey, hácia quien era muy poderosa la influencia de Fernandez. Sea como fuere, desde aquel momento pareció que Mendoza se habia transformado en otro hombre: su imaginacion era esclusivamente dedicada á la única compañera de su vida; sus deseos de volverla á ver y de acogerla de nuevo en su seno, no le permitian entrar en ninguna clase de sospechas ni hacer deducciones desfavorables. Fué sin duda aquel momento el mas feliz que pudo continuar en las páginas de su historia aventurera.

— ¡Fernandez! dijo al maestre; no sé cómo corresponder al incomparable bien que acabais de proporcionar al que nunca olvidará que sois un buen amigo. De vuestra fé no me atreviera dudar ahora, porque veo al fin cumplida en parte vuestra promesa, y quedo íntimamente convencido de que sabreis completar la obra, cual cumple á un caballero de distincion como vos. Yo no debo preveniros el modo de completarla; dejo á vuestro saber y á vuestra prudencia el encargo de poner en su lugar mi buen nombre y de asegurar mi reputacion, desvaneciendo las equivocaciones que con referencia á mi persona está padeciendo la madre del rey. Á vos toca la eleccion de los medios que juzgueis mas á propósito para vindicar mi conducta: ya veis, Fernandez, que en este imponderable favor que hareis á un amigo viene por vuestra parte embebido un deber, que á no cumplirlo no fuerais digno de perpetuar vuestra nobleza consignada en un pergamino, ni siquiera de llevar un nombre castellano.

— Queda á mi cargo la dispensacion de este favor y el cumplimiento de este deber.

— Mi agradecimiento será eterno, y espero daros de ello repetidas pruebas. ¡Fernandez! ya puedo participar de las fiestas de Castilla, porque en mi corazon se ha esparcido el júbilo y no quiero ser ménos que los vecinos de Burgos. Salgamos y confundamos nuestras voces con las del pueblo,

alternando con él nuestros vítores á los reyes y al príncipe don Enrique.

—Sí, dijo Fernandez : salgamos juntos, y que el cardenal de Aragon al admirar nuestra política se esconda en Fondi, y anuncie á los clementistas que la suya se ha derrumbado en la córte de Castilla.

Poco despues el pueblo empezó sus danzas, y en ellas y en los torneos se distinguieron los dos amigos, esparciendo la alegría por todas partes.





CAPITULO VIII.

En que se trata de asuntos pendientes.



A á dar la hora, y Mendoza se prepara. La córte está en agitacion, y en palacio no se habla mas que de política y de guerra: el pueblo sin embargo sigue contento celebrando las fiestas del natalicio del príncipe don Enrique. La Francia estaba en peligro, la Inglaterra la acosaba con un valor espantoso, y mientras tanto el Portugal entretenia con notas al castellano para ganar tiempo, y preparar mejor los medios de ataque y de defensa cuando se le presentase una ocasion propicia, en que no estando la Inglaterra tan apurada pudiese contar con su intervencion. El francés necesitaba el ausilio de Castilla, y el antipapa Roberto se interesaba en este importante asunto; pues temia con fundamento que tendria que renunciar á sus pretensiones al pontificio si llegaba á perderse la causa de la Francia, con cuyo apoyo contaba en aquella sazon, habiendo esto motivado su firme propósito de establecerse definitivamente en aquel pais.

No le bastaban al francés las ocho galeras que don Juan

primero habia enviado en su ausilio y que en las costas de Bretaña decidieron el combate contra el ejército del duque don Juan aliado de la Inglaterra; era preciso hacer otro esfuerzo mayor, porque los enemigos le venian encima y necesitaba poder contar con una fuerza imponente. Eran veinte las galeras que esta vez se le pedian al castellano, implorando que las dirigiese y gobernase persona entendida, y designando al efecto al almirante Tovar. Si Mendoza hubiera sido práctico en la marina, él se hubiera encargado de esta espedicion, porque no habia en Castilla un hombre de armas que desconociese en el alavés su valor é inteligencia en los combates. Pero su carrera no era marítima, en la cual tenia el almirante Tovar conocimientos profundos, y al francés le convenia entónces el socorro de un buen marino. Don Juan estaba indeciso, temiendo comprometer la situacion de su reino si le desmembraba de una fuerza tan considerable; mas habiendo reunido su consejo, del que formó parte el almirante, se decidió á enviar las veinte galeras así que estuviesen confirmadas las alianzas que su padre tenia con la Francia, como lo previno al tiempo de enviarle las ocho contra el duque de Bretaña.

El legado de Roberto se previno para sacar partido de todo, y no se descuidó en esta ocasion de procurar hacer de su parte al almirante Tovar: pero lo que mas le interesaba era la intercesion de la reina doña Leonor, de quien habia concebido cierto recelo desde que supo que la mediacion del maestre de Santiago, de su temible antagonista político don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, la habia decidido á revocar su disposicion reservada. Inútil es advertir que el cardenal no temia la indulgencia de la reina hácia la alavesa, porque reprobase el noble sentimiento que la indujese á un acto que mas que de clemencia era de justicia, de un acto que él mismo se lo hubiera aconsejado oportunamente. Si el cardenal no hubiese entrado en sospechas de que Fernandez, al implorar por Violante la gracia de su alteza, llevaba un fin político, cual era el de destruir con su oposicion enérgica los planes de los clementistas, no hubiera estrañado que doña

Leonor se hubiese dispuesto á proferir una órden dictada por un deber de conciencia; mas la reina no pensaba ya en la infortunada dama, y no hubiera tenido motivo de arrepentirse si las instancias del maestre no la hubiesen decidido. ¡Hé aquí la pesadilla del de Luna! ¡hé aquí porque hizo de su parte al almirante Tovar, influyendo para que la Francia le designase por gefe de la armada en la espedicion que solicitaba de Castilla! Esta insinuacion del extranjero dió al almirante grande importancia, porque hacia su nombre muy recomendable en la marina, y sin embargo de que Tovar era acreedor á tan señalada distincion, no dejaba por eso de ser deudor á la Francia de un justo reconocimiento, y muy particularmente al antipapa que lo propuso, y al de Luna que hizo de él un encomio que nada dejaba que desear.

Merecia el almirante un aprecio muy decidido de la reina doña Leonor, y esta circunstancia esplica muy bien la idea que tuvo el cardenal de Aragon en hacerle de su parte; pues si la política del maestre Fernandez necesitaba un contrapeso, nadie podia contrariar mejor sus miras que un amigo predilecto de la reina, el cual por sus motivos de reconocimiento apénas podia denegarse á una pretension favorable á los clementistas. No por eso tuvo necesidad el cardenal de poner al almirante al corriente de los pormenores de aquella historia curiosísima, en que los dos alaveses formaban la parte que sin duda ofrece el mayor interés: ni siquiera le habló de ella, temeroso de rebajar su dignidad si Tovar hubiese llegado á traslucir que un legado de Roberto para conseguir su fin, que podia ser laudable en concepto de algunos, no se paraba en los medios por odiosos que fuesen. El cardenal se limitó, pues, á interesar al amigo de la reina esponiendo las razones en que los electores reunidos en Fondi apoyaban la eleccion de Roberto, añadiendo las de conveniencia para el reino de Castilla, por asegurar de este modo las alianzas con la Francia, que algun dia podrian hacerle falta contra el Portugal. Y este dia no estaba léjos, segun la opinion de los hombres pensadores. Preparado por

el cardenal el medio mas á propósito de oponerse á la política del maestre Fernandez, quedó de simple espectador en cuanto á la esclaustracion de Violante, considerándola de poca importancia y como un medio escelente para mas tarde hacer burla de su antagonista; pues el cardenal tenia sobrado motivo para no dudar del éxito de su empresa, habiendo obtenido una promesa de parte de la reina y movido un buen resorte para hacérsela cumplir. Dejemos ya la cuestion política, toda vez que su resultado podia depender en parte del de la espedicion que quedó aplazada para despues de confirmadas las alianzas, y entremos de lleno en los asuntos de familia en que tenga alguna relacion ó interés la esclaustracion de Violante.

Dias habia que doña Elvira Iñiguez se sentia desazonada, y nadie sabia el orígen de su tristeza. Unos la atribuian á la separacion de su compañera doña Violante, á quien echaba ménos; otros al sentimiento que debia causarle la acalorada agitacion del cisma; otros por fin al desconsuelo en que se hallaba sumida su inseparable señora la reina doña Juana, que dentro y fuera de palacio tuvieron todos ocasion de observar á pesar de los esfuerzos de su alteza en disimularlo. Doña Juana habia fijado tambien su atencion en la inquietud de su dama y no sabia cómo definirla; no obstante, temerosa de que sus averiguaciones podian aumentar el dolor que la oprimia, dejó de importunarla, en la inteligencia, que si doña Elvira no se sentia afligida por una causa secreta que debiese mantener en reserva, se la divulgaria siquiera para procurarse un desahogo como lo habia verificado otras veces. Sin embargo doña Elvira guardaba acerca de su tristeza el mas profundo silencio, pues á quien debia comunicar sus penas era á su hijo don Alonso, única persona que podia consolarla en su afliccion.

Llegó el momento deseado por la dama de la reina madre: don Alonso se la presentó en cumplimiento de una cita que al efecto le tenia dada.

—Estamos solos, hijo mio; dijo doña Elvira al bastardo.

Mucho deseaba esta ocasion, de la que depende mi sosiego y tu buena reputacion hasta ahora olvidada y despreciada por tí mismo, por tí que eres el hijo de un rey.

—¿Qué me quereis, madre mia? preguntó don Alonso admirado de la alarmante introduccion de aquella entrevista.

—Lo que quiero es que tengas presente cuánto debes á tu cuna, y que es ya tiempo de no olvidarlo jamás.

—Hablad, señora.

—Escucha, dijo doña Elvira aparentando misterio.—Tu estás herido, ¿no es verdad?

—Sí, lo estoy.

—¿Y quién te ha causado esta herida?

—Estraño es, señora, que á vos se os haya ocultado lo que nadie ignora en la córte.

—Será porque nadie se cree interesado en aumentar mis penas. Yo no tengo enemigos en la córte, y todos se habrán acordado de que soy tu madre.

—Si hubiera sido cosa.....

—Podia ser sin embargo.

—Mi adversario fué el primero en guardar consideraciones á mi madre: Mendoza es tan fuerte como prudente. Le debo la vida, porque estaba en su brazo el disponer de ella y me la dejó; Mendoza no quiso matarme, sino herirme levemente para que no le importunase, y cuando yo en el calor del combate le decia «¡á muerte! ¡á muerte!» él me contestaba: «teneis madre, y ántes que arrebatarla un hijo que idolatra, me dejaré matar.»

—¿Eso decia Mendoza? preguntó doña Elvira con interés.

—Sí; y se defendia como un bravo, hasta que en buena lid cortó el combate hiriéndome en el brazo y diciéndome: «tomad esta, aprended... y basta.»

—Ya ves cuán bien enseña al hijo de un rey un hombre de linaje oscuro.

—Eso nó: Mendoza era hidalgo, y hoy tiene un título.

—Sí; pero perdió su hidalguía, y acaba de salir de su

triste condicion de ventero. No importa: Mendoza hace bien en dar lecciones de caballerismo al hijo de un rey. Justo es que el que no sabe aprenda, y es preciso confesar que el mayordomo del rey es un buen maestro.

—Lo es ¡vive Dios! No tiene Castilla un paladin que le iguale.

—Ya ves, Alonso; estás en el caso de no poder despreciar á ese hombre, cuyo valor y prudencia te infunden un no sé qué de respeto y veneracion.

—Lo confieso: á pesar de mi orgullo implacable no sabria mirar con desden á ese noble que la córte de Castilla le llama ventero. Pero no soy solo el que ensalza su mérito; los mismos que le odian no se atreven á rechazarlo, porque le temen y auguran acerca de él muchas glorias en el reinado de mi hermano. Todos al fin vienen á reconocer que el rey de Castilla ha hecho una buena adquisicion; pues en valor y pundonor nadie le gana.

—Por lo visto, la suerte que te espera es morir á manos de ese hombre.

—¿Por qué, señora?

—Porque no consentirá que le ultrajes, dijo doña Elvira con viveza: no lo consentirá, nó.

—¡Madre mia! ¿cómo os empeñais?....

—Y tu madre no te prestará su apoyo: tu madre no consentirá tampoco que ultrajes á ese hombre.

La firmeza de carácter con que doña Elvira reconvino á su hijo aterrorizó al gallardo jóven, quien apénas pudo pronunciar una sola palabra en su descargo.

—¡Señora! esclamó don Alonso; ¿temeis acaso por mi vida? ¿Sabe ningun hombre que se precia de pundonoroso los compromisos á que se espone, cuando su honor se siente herido profundamente? Vos misma me ruborizariais con vuestras justas reconvenciones, si por un momento sabia olvidarme de lo que debo á mi dignidad.

—Y tambien si te olvidas de lo que debes á la honra ajena. ¡Pues qué! ¿piensas que los demás no saben vengar

las ofensas dirigidas á su amor propio? ¿piensas que tú solo tienes derecho á vindicarte, porque eres hijo de un monarca y los demás son hidalgos ó simples plebeyos? En cuestiones de honor todos los hombres, todos.... ménos los infames, deben considerarse reyes : nadie en pundonor es mas que otro, sino el mas pundonoroso. ¿Qué decias há poco de Mendoza? El mayordomo del rey es tan apreciable por su pundonor como por su valor temible; todos le respetan, y hasta aquellos nobles que cuentan mas antigüedad en sus títulos le guardan consideraciones, y encomian el acierto de don Juan primero en la adquisicion de un paladin tan leal y de tan escelentes prendas, tanto que tú mismo siendo su adversario me has dicho que te interesaba.

—Vuestra alusion, madre mia, me ofendiera á no ser hecha por vos.... que sois mi madre, y la contestara cual merece ser contestada si mi palabra no la ahogase el respeto. ¿Quereis acaso compararme?....

—Y postergar tu dignidad á la de Mendoza, dijo doña Elvira echando á su hijo una mirada de enojo. —¿Qué quereis, caballero?

Don Alonso bajó los ojos con sumision, mientras doña Elvira le fijaba los suyos con ademan de amenaza.

—¡Calmaos, señora! esclamó el bastardo. —Nunca en vuestra vida me habeis tratado con la severidad de ahora.

—Es que nunca me has dado tanto motivo para despreciarte. Yo no me detuviera en seguir las huellas de tus estravíos juveniles, ni reprobara un lance de honor en que la razon y la justicia estuviesen de tu parte; pero yo no quiero ver castigadas tus demasías por un soldado que debiera mirar lo que va de él á tí, y que le otorgas el derecho de no respetarte cuando le ultrajas; yo quiero que te acuerdes que eres hijo del rey don Enrique de Trastamara, y que has de enlazar con la hija de otro rey. ¿Te parece si seria un contraste bien odioso, que al dar tu mano á la infanta doña Isabel te llamase una ventera á rendir cuentas? Yo no desprecio á Violante, ni quiero insultarla ahora que tiene señorío y no-

bleza.... porque el rey se la ha dado; mas tú la seguiste ántes, y ella cumpliendo sus deberes se ha resistido siempre á tus pretensiones amorosas. ¿Qué empeño es el tuyo?

—Me hablais de esa mujer, señora, y haceis bien en defenderla de mí, porque es mas digna de vuestra defensa que yo de vuestro aprecio. Al verla me prendé de ella, al hablarla me enamoré como un loco, y al conocerla.... ¡ah, madre mia! los reyes no se acuerdan de su corona cuando conocen á Violante.

—¡Ira de Dios! ¡qué insultas á tu padre, miserable!

—¡Ah!!!

Don Alonso dió un grito de horror y arrojóse á los piés de doña Elvira.

—¡Perdon, madre mia! esclamó.—Yo he sido un insensato, y la memoria de mi padre mas de una vez ha esparcido el espanto en mi corazon. Ya lo reconozco: Violante es una mujer que no puede pertenecerme, y mi amor ha sido un crímen que he tenido que espiar con una humillacion.

—¿Cómo? preguntó doña Elvira con sorpresa.

—Ella me perdonará.

—¿Has llegado al estremo....?

—Sí; fuí un villano, y los villanos deben ser humildes. No me reconvengais por haber cumplido un deber de conciencia. Esta pobre mujer vivia en dulce paz, y yo le robé la calma y fuí causa de su desgracia. Sus desaires me ofendian, yo no veia en ellos mas que una perfidia que quise vengar á todo trance... y que por fin vengué: pero ¿qué injuria vengaba contra la infeliz? Yo no podia vengarme sino de su virtud, y la virtud no merece ser vengada. La indispuse con doña Leonor, á quien no me atrevo mirar siquiera, temeroso de oir sus reconvenciones. Ayer mismo me reconvino, y la hablé tan ambiguamente, que la reina es capaz de no admitir nuevas disculpas en favor de su rival.

—¿Qué temiste?

—¡Oh! no me atrevo deciros lo que temia. Yo bien quiero que Violante me perdone, pero no quisiera que la reina perdonase á Violante.

—¿Es posible?

—Se necesita mucho valor para volverla á ver en palacio, donde está mi hermano el rey.

—¿Tú llegaste á sospechar que don Juan...?

—Sí; estoy seguro... porque mi corazon me lo dice, y mi corazon no puede engañarme.

—Si así fuera, don Alonso, el trono de Castilla se hundiera en un abismo.

—¿Creeis, madre mia, que don Juan no quiere á esa mujer?

—Aunque en el fondo de su corazon tuviese que ahogar ese amor desdichado, no quisiera dar cuenta á su padre de haber profanado su lecho.

—No lo creais; mi hermano á la vista de Violante no sabrá acordarse del rey difunto.

—¡Tú le insultas, Alonso! ¿Cómo sabes....?

—Mis ojos..... Nó: mis ojos no han visto nada. Pero yo sé que él la quiere..... sí, él: porque mi hermano..... es un infame.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Señora! por piedad no me hableis mas de este asunto, y tanquilizaos; que cuando el valor me falte, me iré de la córte y hasta me estrañaré del reino. Dáos prisa en preparar mi boda con la hija natural del portugués, y permitidme ir á Toledo.

—¿A qué?

—A pedir perdon á mi padre.

—¡Bien! ¡muy bien! me has tranquilizado, y el cielo te lo premiará.

—Y á mi hermano... creedme, madre mia; al rey de Castilla Dios y mi padre le han de pedir estricta cuenta del impúdico amor que profesa á Violante.

Al concluir don Alonso la espresion de tan terrible cargo, se entreabrió la puerta, y una voz de trueno confundió al bastardo y á su madre.

—¡Mientes, malvado! El rey lo jura.

—¡El rey! dijo doña Elvira.—Y don Alonso repitió con turbacion: «¡el rey!»

La puerta se entornó, y á poco rato don Alonso se despidió de su madre.

La suerte de los alaveses, á juzgar por el nuevo rumbo que tomaron las cosas, parece que debió decidirse en sentido favorable. Las sospechas de doña Leonor, desde que supo los desvíos de don Alonso y pudo traslucir que la causa motriz de sus acusaciones eran los celos y un espíritu de venganza, empezaron á mitigarse, y se hubieran desvanecido del todo si el bastardo no hubiese insistido con su temerario empeño de indisponer á la reina con la mujer á quien pretendia dedicar sus afectos amorosos. El maestre de Santiago don Pedro Fernandez quedaba encargado de vindicar la conducta de Violante á los ojos de la reina madre, y poner en buen lugar la buena fama de Mendoza. El cardenal de Aragon desde que se declaró su partidario el almirante Tovar, desistió de perseguir á la presunta rival de la reina por no creer necesario este medio repugnante para conseguir de la reina el cumplimiento de su palabra. Don Alonso, arrepentido de los males que habia causado á la virtuosa ventera, léjos de continuar en su innoble proyecto de venganza, interpuso su mediacion y la de su madre, para que por parte de los consortes alaveses quedase para siempre olvidado todo motivo de resentimiento.

Con tan buenos auspicios, no le quedaba á Violante mas que resolverse para salir en triunfo de su clausura y volver á la córte bien recibida de todos. No obstante, si bien la posicion de los señores de Fita y Buitrago no ofrecia tantas complicaciones como al principio de su ascenso, no dejaba por eso de presentarse algun tanto precaria, porque les quedaba que vencer otro obstáculo, que era sin duda el mas temible, y contra el cual no habia medios á propósito para hacer una oposicion decidida, por ser desconocido de todos.

Dieron las tres, y el mayordomo del rey con visera calada esperaba impaciente en una de las antesalas de la casa del maestre Fernandez. El maestre no aparecia, y Mendoza estrañaba su demora y poca atencion en dejarle solo, despues de

haber transcurrido mas de media hora sin haberle invitado para que pasase adelante. Resentido de un desprecio tan inesperado iba á salir sin despedirse, cuando al pasar la puerta dió con él un escudero llevando prisa, al parecer, para hacer entrega de unos papeles interesantes.

—¿Saliais á mi encuentro? dijo el escudero equivocando la persona de Mendoza con la del maestre.—No he podido despachar mas pronto. Tomad esos papeles que Violante dirije á su esposo, y que ayer tarde esperabais con tanta ansiedad. Sobre todo os encargo que su merced el mayordomo del rey no sepa quién ha sido el portador, porque fuera capaz de esconderme la espada en el pecho.

—¡Infame! esclamó Mendoza.

—¡Ah! perdonad, dijo el escudero hincando su rodilla. —¿Sois vos, señor? ¡Por piedad no me mateis, y os lo referiré todo!

—¡Maldicion! ahora lo comprendo todo.

—Tomad los papeles, señor, y por piedad soltadme; decia con voz plañidera el escudero á quien Mendoza tenia fuertemente apretado del cogote.

—Piensa en la muerte.

—No apreteis ¡vive Cristo! que me matais de veras. ¡Soltad, por Dios! yo os juro contároslo todo cuando me habreis soltado. Si me matais, señor, no os podré poner al corriente de lo que pasa.

—Habla; dijo Mendoza soltándole.—Antes de matarte quiero oirte.

—Y despues de haberme oido, señor, ¿me matareis?

—¡Despacha pronto!

—Decidme ántes si vuesa merced.....

—¡Habrá atrevido! Imponerme á mí condiciones un villano de mala raza, un mal nacido! ¡Vive el cielo, que no hay aguante para soportar tanta imprudencia! No eres tú, insolente, quien ha de preguntarle á un caballero lo que quiere hacer despues de haberte oido.

—Creí que tocándome tan de cerca, podia atreverme.....

—¿No despachas? Pues... muere.

Mendoza desenvainó la daga y el escudero detuvo el golpe que iba dirigido á su pecho.

—¡Teneos, señor! esclamó azorado.—Ya que sois caballero, tened misericordia del que ha nacido para servir lealmente á su señor.

Mendoza envainó la daga, y escuchó atentamente al criado del maestre.

—Cuando vuestra esposa salió de la córte para Salamanca, el maestre me ordenó que siguiera sus pasos y los del cardenal que la acompañaba, previniéndome que así que estuviese en la clausura, preguntase por la señora de Fita y Buitrago, y la hiciese entrega de una esquelita sellada, cuyo contenido... por supuesto, yo lo ignoro. Cumplí la órden, puse el billete en manos de vuestra esposa, que enojada me miró, y luego despues de haber reflexionado disimuló su enojo, y me devolvió el billete diciéndome. «Quedo enterada.»—¿Nada mas? le pregunté.—Aguarda, me dijo: ¡dame la esquela, y dile al maestre que estoy... ¡á Dios!» Y se fué con el billete sin otra contestacion; de modo que yo no pude decir como ella: «quedo enterado.»

—Pero ¿cómo han venido á parar en tu poder estos papeles?

—No he concluido todavía, señor. En la adquisicion de estos papeles consiste la grande ofensa que os ha hecho, nó un pobre escudero, sino el maestre de Santiago, que me dió las instrucciones acerca de la conducta que debia observar en el desempeño de mi mensaje. «Si te rechaza, me previno, vuelve otra vez á importunarla y háblale mal de mí. No se te escape decirla que eres mi escudero, sino... un soldado cualquiera, á quien hice cargo especial de entregar el billete... y nada mas. Añade que te pesa mucho haber sido el instrumento de sus desazones, discúlpate como puedas y como quieras, y al despedirte para regresar á esta ofrécele tus servicios, preguntándola de paso si tiene algo que disponer para Mendoza. No te olvides de ensalzar el mérito de su esposo, y procura instarla

bien para que acceda á tus serviciales ofrecimientos. Tal vez te dará alguna carta para Mendoza, ó te hará otro encargo; de todos modos tú no cumplirás la mision que te confíe, á ménos que yo te lo ordene. En una palabra, me darás cuanto te dé, y me dirás cuanto te diga, sin comunicarlo á otra persona.» Cumplí, señor; vuestra esposa me dió este pliego dirigido á vos, y yo equivocadamente le he dado el destino que correspondia. Me engañé; os confundí con el señor maestre, y esto no debe estrañaros, porque como llevais calada la visera..... á mas de que me tenia dada la consigna de que si hoy no habia llegado ántes de las cuatro, fuése á esperarle en el camino del cementerio, y como va á dar la hora, creí que vos erais él que iba á salir con este objeto.

—¿Debiais esperarle en el camino del cementerio?

—Sí, señor; y me advirtió que probablemente tendria que volverme sin perder momento, pues á mi llegada tenia que darme otra carta y debia emprender de nuevo mi viaje para Salamanca. Ya veis, hidalgo, que he sido franco en demasía, permitid ahora que cumpla en alguna parte la órden del maestre. Iré al cementerio y le diré..... no sé: diréle que mi señora doña Violante no me ha dado ni me ha dicho nada.

—¿Dices que irás al cementerio? preguntó Mendoza frunciendo las cejas.—Harás bien; de este modo tu cadáver estará cerca de la sepultura.

—¡Señor! esclamó el pobre paje;—vos de todos modos quereis matarme: yo prefiero morir ahora; porque si vos me matais, al ménos no moriré como traidor.

—Tus descargos corren á mi cuenta. Vé á la mayordomía de palacio, y allí me aguardas.

Héle aquí, solo otra vez al mayordomo del rey esperando al maestre de Santiago en las antesalas de su casa. Pero ¡con qué coraje!.. ¡Engañado por un mal amigo... burlado cual si fuera un niño, como un imbécil. Esta vez se resintió demasiado su amor propio; se le acabó la paciencia y la virtud para perdonar á un enemigo tan solapado. Abrió Mendoza el pliego y leyó su contenido, que consistia en una car-

ta para él y dos adjuntas. La suya decia así: «¡La gracia del »cielo sea contigo, mi adorado esposo! creo que el portador »de este pliego es un hombre de bien, y se lo he confiado »para que lo recibas con seguridad.»

—¡Lo habias acertado, infeliz! esclamó Mendoza, y prosiguió la lectura.

«Dios me ha llamado al claustro para protegerme: mi »enemigo se me humilla, y el que como amigo te vende me ha »declarado su traicion. Por mi parte quedo vindicada; es pre»ciso ahora que conozcas á los que te rodean. Solo una cosa »te encargo, Mendoza, y será otro sacrificio que te agradecerá »toda su vida tu pobre Violante. Reprime los ímpetus de tu có»lera; no quites á nadie la vida por causa mia; la sangre no »haria mas que manchar tus manos, y no cubriera de vergüen»za el rostro de tu víctima. Mas vale que á tu enemigo le »dejes vivir, para que su impotencia le confunda. Lee, medita »y aprende. Dios y Mendoza: he aquí el emblema de—Violante.—»

Abrió luego una de las adjuntas, que venia concebida en estos términos.

«¡Violante!, por el amor que os tuvo mi padre, sed gene»rosa con quien ha causado vuestra desgracia. A mi tenacidad »y á vuestras virtudes debeis las penas que estais sufriendo. »Yo fuí un incauto en pretender vuestra correspondencia amo»rosa, que en cumplimiento de vuestro deber me habeis de»negado constantemente con la dignidad de una dama que »aprecia su honor, y con la firmeza de una mujer bien edu»cada habeis rechazado maravillosamente al ofensor de vuestro »recato. El hijo de don Enrique de Trastamara, que osó in»sultaros y haceros despreciable en la córte, cuando por tan»tos conceptos sois digna del aprecio de todos, se compromete »á defender vuestra inocencia como caballero, y os ofrece su »brazo y su persona. Creo que de este modo cumplo con vos »y con mi difunto padre un deber de conciencia. Espero impa»ciente saber qué mas puede hacer en obsequio vuestro un hijo »del difunto rey de Castilla.—Alonso.—»

—¡Esto marcha! dijo Mendoza rebosando de alegría. — Veamos la otra.

Poco duró la satisfaccion del alavés; pues apénas acabó la lectura de la carta del bastardo, á que se referia la indicacion que hizo á su madre en su entrevista cuando el rey le sorprendió dirigiéndole una impostura, pasó á leer la de Fernadez que le llenó de indignacion. Así decia la del maestre de Santiago.

«Mujer adorada, venida del cielo para mi dicha; ya sois mia.»

—¡Traidor! ¡infame! esclamó el mayordomo del rey, y á poco rato prosiguió leyendo.

«Por muchos conceptos me considero acreedor á vuestra »correspondencia; y cuando no fuese por el bien que os he »hecho, siquiera porque os adoro debeis amarme. Mi amor no »os ha de comprometer, porque soy político y reservado: nada »puede impedirme que os ame, y sea á la vez amigo de Men»doza.»

—¡Qué vileza!

«Vuestro esposo á mi lado será un hombre de alta distincion. »Mi proteccion le ha de valer mas que la de don Juan pri»mero, porque es tal mi poder en Castilla, que está en mi »mano hacerle bajar del trono para sentaros en él. Los negocios »del reino irán por cuenta de los dos, y vos sereis mi reina, y yo »vuestro vasallo. Nadie sabrá que nos pertenezcamos, y aque»llos mismos que enorgullecidos de su grandeza han insultado »con sarcasmo vuestra condicion humilde, serán los primeros »admiradores de vuestro triunfo; su menosprecio se converti»rá en respetuosidad, y miedosos besarán vuestras plantas. Ce»ded á mis instancias, amable señora mia; ya veis que torpe »no soy, ni atrevido, cuando á vuestra disposicion someto la »gloria y la dicha mayor á que puede espirar la mujer de »mas alto rango. Hacedlo por el amor envidiable que profesais »á Mendoza, quien á vuestra suerte deberá la suya; hacedlo »por vos misma que os veis condenada á sufrir un en»cierro político, y no hay en el reino quién pueda libraros de

»él, sino Fernandez; hacedlo por vuestro libertador, por mí »señora adorada, que os abro un nuevo mundo para que po»dais vivir como corresponde á una dama de vuestras vir»tudes y de vuestra belleza. Yo os arrancaré de esa clausura »que pone un eclipse á vuestras dotes: vos no debeis vivir »en la oscuridad, nó, yo no quiero que vivais oscura. Sed »libre como el águila estendiéndo sus alas en el espacioso ho»rizonte, y á mí.... dejadme ser vuestro esclavo en premio de »esa ilimitada libertad que voy á daros. ¡Esposa de mi paladin! »Decidle una palabra no mas al caballero que por primera vez »hinca su rodilla á los piés de una dama; proferid una sen»tencia de vida ó muerte para los tres, y sobre todo guar»dad la reserva en vuestro corazon, porque ¡ay de Mendo»za si no lo haceis, y le poneis en el triste compromiso de »declararle mi enemigo! Pero no será, porque Violante no »querrá que sea, y no será..... porque vos quereis perte»necer al que os dará vuestra libertad y su vida.—Fernan»dez.»

No bien hubo Mendoza concluido la lectura de esta carta, desesperado se dió un fuerte golpe en la cabeza, y otro con el pié en el suelo, y envolviendo el pliego que escondió en una cartera, dió un grito de furor que metió la alarma en la casa del maestre.

—¡Fernandez! esclamó: no te ha de valer tu política para hacer burla de un caballero. ¡Fernandez! ¿dónde está este maestre cobarde que se oculta y teme mi venganza? ¡que salga y que venga á probar sus fuerzas con quien ha de ahogarle entre sus manos! ¡Fernandez!

A los gritos del alavés acudió la servidumbre del maestre quien se presentó en el mismo acto llevando en la mano un papel escrito.

—¿Quién se atreve en mi casa levantar la voz con gritos descompasados, y dirigir denuestos y amenazas á mi persona?

—Quien puede, respondió Mendoza con desenfado.

—¿Sois vos, Mendoza?

—Necia pregunta es la vuestra, señor maestre.

Fernandez hizo seña á sus criados para que despejaran.

—¿Podré saber, amigo Mendoza, qué motivo os ha llevado al estremo de dar voces destempladas y proferir amenazas de mal género, causando en mi casa un escándalo que rebaja mi dignidad, y me pone en el sensible caso de reconveniros? ¿será tal vez porque distraido de vos no os he guardado la atencion de instaros para que llegaseis al aposento en que yo me hallaba?

—En efecto; contestó Mendoza reprimiendo su cólera.

—Lo siento á fé mia. Culpa es de los criados, que habiéndome visto ocupado no me han recordado que vos me esperabais: merecen disculpa sin embargo, porque llevabais calada la visera y tienen dada la órden de no introducir á ningun incógnito. Como me sobran los enemigos, no debeis estrañar que observe esta prevencion que os ha de parecer muy prudente en todas épocas, y en particular en estos tiempos de turbulencias. Los clementistas por una parte, los portugueses por otra, los ingleses..... en fin son muchos los que envidian mi posicion y temen mi prestigio en las cuestiones de mas alto interés. Por esto sintiera que tomaseis á mal esta vez mi precaucion, pues no tengo ánimo de añadir al número de mis enemigos al que siempre me ha dispensado su amistad sincera.

—Un hombre como vos no ha de perder por tan poca cosa el buen aprecio de quien tiene tanto motivo para quedarle reconocido. No me acuerdo ya de que os hayais olvidado de la cita que me teniais dada para las tres de esta tarde. Hora mas hora ménos..... ¿oís? dan las cuatro.

El reloj de la ciudad de Burgos acababa de dar las cuatro campanadas.

—¡Cuánto lo siento, Mendoza! dijo el maestre.—Cabalmente para esta hora tengo dada otra cita.

—Para tratar de mis asuntos no teneis necesidad de molestaros. Yo os acompañaré donde vayais, y hablaremos por el camino.

—Es que....

—Nada, señor maestre, dijo Mendoza con serenidad; despues de haberme hecho aguardar una hora, podeis vos tomar paciencia igual tiempo. Yo os he de acompañar, mal que os pese, ó vos no os moveis de aquí: de todos modos quiero hablaros.

—Si os empeñais... pero ved que con el casco y la visera... parecerá un misterio que salgamos los dos, y vamos á llamar la atencion de los curiosos.

—Está hoy don Pedro muy escrupuloso; pero no importa. Gorras no os faltan, y me podeis prestar una.

—Mientras vais á buscar la vuestra.....

—Vos iriais á cumplir la cita, y Dios sabe cuando nos volveríamos á ver. Si estando en vuestra casa me habeis fastidiado haciéndome llevar una hora de antesala, ¿qué será si llegais á salir?

—Yo os juro ser con vos dentro de una hora.

—Nó, nó, señor maestre: yo no os dejo ir solo.

—Sabed que no me conviene ir acompañado de vos. Sois demasiado atento para faltar á la delicadeza; vos no os permitireis servirme de estorbo.

—¡Oh, qué apurar! Yo me desentiendo de todo, y es inútil que os canseis. Si teneis que salir, os advierto que ha dado ya la hora.

El maestre Fernandez quedó atónito al oir el lenguaje seco y decidido de Mendoza. Empezó á concebir alguna idea sospechosa, pero disimuló en lo posible su mal humor y sus recelos. Prestó la gorra al mayordomo del rey, quien no pudo ménos que sonreirse, y al ponerla en su cabeza dijo con mucha flema:

—Para que no me imputeis la nota de temerario, os dejo pasar por la escusa.

—No entiendo.....

—Fácil es comprenderlo. La cuestion en su fondo y en su esencia consistia únicamente en si debiais ir solo á la cita ó acompañado. Que lleve yo puesta en la cabeza una gorra ó un casco, lo mismo da; pero os empeñais en que lleve

gorra..... no reñiremos por tan poca cosa. ¡Señor maestre! vamos, porque es tarde y se ha de cumplir la cita.

Salieron por fin, y Mendoza cogió al maestre de la mano, en que llevaba un papel en la forma de esquela, y pasándole el brazo por debajo del sobaco emprendieron de bracero su camino hasta llegar al cementerio. Durante la travesía hablaron de la exclaustracion de Violante, manifestando Mendoza grande interés en recobrar la dicha que habia perdido, y dándole el maestre las mas lisonjeras esperanzas. Mientras tanto se redoblaba la impaciencia de Fernandez.

—¿Qué teneis, señor maestre? preguntóle Mendoza con acento burlon.

—¿Lo sabeis vos? dijo el maestre.

—Creo que el habernos entretenido.....

—El haberme entretenido vos, sí; eso habrá sido la causa de haberse retirado el sujeto que me esperaba.

—Si pudiera yo hacer sus veces....

—Sois á lo sumo cortés.

—Y me precio dello. No en vano habremos llegado hasta aquí, donde yo empecé mi fortuna, y voy á completarla. Debo á este lugar santo un recuerdo muy memorable y si puedo ahora ser útil á quien me proporcionó la dicha de acompañarme, le deberé aprecio al cementerio de Burgos por mas de un concepto. ¿No os acordais, señor maestre, cuando allí... detrás del panteon de Carrillo, espiábamos los pasos de la reina viuda, y oimos una conversacion reservada que yo no quise despues referirla al rey para no comprometer á su madre? ¿Os acordais que fuisteis vos el que todo lo contó al rey, cuando yo me habia denegado con peligro de mi vida y que habiendo don Juan sabido que el ventero de aquella hostería, sita en el camino que va á Toledo, era incapaz de esponer á la madre del rey á la disfamacion y maledicencia, me dió en premio de la reserva los títulos que poseo? Y todo empezó allí... cerca los restos de un bravo, desgraciado en sus amores con la reina, y los de una dama ilustre, manceba de un rey... tambien desgraciada. Mi fortuna ha tenido sus reveses y tal vez quiere

el cielo ahora, que donde la dí buen principio, la ponga buen término ¿Quien sabe?

—Reveses llamais.....

—Vaivenes son de la suerte, señor maestre, el haber perdido á Violante y la gracia de doña Juana. ¿Os parece poco?

—Son calamidades en apariencia: son males insignificantes que os han de producir un bien inmenso; contratiempos que podiais haber comprado con la mitad que os queda de vida; porque de improviso vais á recobrar lo perdido con la seguridad de que su posesion no será ya mas precaria como hasta aquí.

—Ya lo sé, don Pedro: solo falta ahora que vos me deis la comision.....

—¿Cuál?

—La que debiais dar al sujeto que ha faltado á la cita.

—¿Quién os ha dicho que yo debia hacer un encargo?

—¿Nó?—preguntó Mendoza con amarga sonrisa.

No sabiendo el maestre Fernandez como salir del apuro prorumpió en una falsa carcajada.

—¡Don Pedro! dijo el alavés con ademan de amenaza; parece que estais muy contento.

—Sí ¡pardiez! ganas me da de reir vuestra ocurrencia singular, amigo Mendoza. Si vos supierais el chasco que me ha sucedido, os reiriais como yo.

—¡Un chasco, señor!

—Sí, Mendoza: algo pesado por cierto. La cita... era amorosa.

—¿Amorosa?

—Por eso os habia suplicado que no me acompañarais.

—¡Ya!

—Por lo demás ningun inconveniente ofrecia .... pero ya conoceis que para esa clase de asuntos lo mejor es ir solo.

—Es lo que debe ser.

—Si por desgracia me hubiese aguardado esa dama recatada y me hubiese visto con testigos, iba á representar un papel muy feo.

—Lo hubiera sentido, á fé mia; porque yo siempre guardo consideraciones á las damas, sobre todo si son, como vos decís, recatadas. Mas no acertara á inferir el recato de la que cumpliese una cita en este lugar desierto.

—¿Y por qué?

—¡Señor maestre! el silencio es la mejor respuesta.

Una arrogante dama con la faz velada iba á penetrar en la morada mortuoria, y detuvo sus pasos al ver en aquel sitio á los dos caballeros, que la contemplaron con admiracion.

—¡Ella es! dijo el maestre Fernandez despues de haber meditado.

—¿Es ella? preguntó Mendoza dudando de la palabra del maestre.

La dama retrocedió misteriosamente y el maestre detuvo á Mendoza que se habia puesto en ademan de seguirla.

—¡Tenéos, amigo! esclamó Fernandez; no seais indiscreto, que me espusierais á un compromiso del que difícilmente podria salir despues.

Entretanto desapareció la dama y se ocultó á cierta distancia en una arboleda.

—¿Sabeis, señor maestre, que á pesar de lo que he visto y de lo que vos me habeis dicho, no me atrevo á incurrir en la lijereza de creeros? Esta dama no viene por vos; probad sino de llamarla, y entregadla la carta que llevais en la mano.

—¿Cómo?

—Y si á ella no os atreveis, ponedla en mis manos; y os prometo desempeñar el oficio de escudero mejor que no lo haria esa mujer, porque al fin si tanto os conviene darle curso, soy mas á propósito que ella para el desempeño de tan delicada comision.

—No os entiendo, Mendoza, dijo el maestre zozobrando.

—Digo que á mí me será mas fácil que á esa buena señora el ponerme á vuestro servicio, y bajo vuestras órdenes montar á caballo y entregar la carta á quien vaya dirigida, aunque para ello sea necesario emprender un viaje para..... un punto distante, aunque fuese para Salamanca.



D. Juan I.—*Lám. 10.*

—No sé...

—Vuestra turbacion me está diciendo cuán engañosas han sido vuestras protestas. No es á la dama á quien estabais aguardando ahora, nó; vuestro escudero no aparece, y al recordároslo Mendoza, bajais los ojos: ¡don Pedro Fernandez! se han trocado ya nuestros papeles. Desde que yo me he levantado, cuando me teníais debajo de vuestros piés, vos habeis caido y os he puesto debajo de los mios. No os levantareis como yo me he levantado, porque las circunstancias han variado y la razon no es ahora del mas político, sino del mas fuerte. Escusaros es ya por demás, toda vez que vuestro escudero no aparece ni aparecerá; yo os lo juro. No he querido que cumpliese vuestras órdenes, y no las cumplirá.

—¿Os habeis atrevido á inducir á mi criado á la desobediencia?

—Para serviros yo; dijo Mendoza con iracunda burla.

—¡Qué sarcasmo!

—Dadme este papel, señor maestre.

—No os molesteis.

—Es que yo lo quiero, dijo Mendoza con ademan amenazador, cogiendo con ambas manos la del maestre en que tenia la carta.

—¡Soltad, Mendoza! esclamó Fernandez haciendo esfuerzos para desprenderse de su adversario, que lo sujetaba con sus fuerzas atléticas.

—¡Soltad vos la carta! gritó el alavés enfurecido.—Ved que si no lo haceis de grado, tendreis que hacerlo á la fuerza.

—Sea en buen hora; primero me habeis de matar.

Y forcejando los dos con ardorosa rabia, se le cayó al maestre la carta de la mano y se inclinó para cogerla.

—¡Alto! dijo Mendoza desenvainando el acero; ved, don Pedro, si os esponeis á que yo la recoja con la punta de mi espada despues de haberos traspasado el pecho. La carta es mia.

Levantóse el maestre, no esponiéndose á correr el riesgo que Mendoza le amagaba de dejarle cadáver sobre aquel escrito. En este acto acudió el sepulturero, que era al parecer aficionado á esa clase de diversiones, y sentándose en una piedra quedó de

espectador, deseoso de que empezara el combate. Hizo Mendoza la accion de inclinarse, y el maestre imitando su ejemplo desenvainó tambien su espada.

—¡Alto! gritó Eernandez: en vano os empeñais en saber el contenido de este escrito, porque estais espuesto á que yo lo borre con vuestra sangre. La carta no os pertenece.

—Ménos á vos.

—Entónces no pertenece á nadie.

—Del mas fuerte será, dijo Mendoza poniéndose en guardia.

—¡Pues qué! ¿Estais resuelto en ganarla?

—Sí, Fernandez; ya os lo dije: esta carta ha de ser mia.

—¡Vive Dios, Mendoza, que teneis propósitos bien temerarios!

—¿Qué se ha de hacer? aunque me la cedieseis ahora, no os la aceptara: os la he de quitar con la espada. Despues vos podreis probar si sois capaz de arrancármela con vuestra política. ¡Buen hombre!—añadió volviéndose al sepulturero—sed bueno para algo. Tomad del suelo este papel y colocadlo en el cinturon de mi adversario, de modo que con la punta de mi acero me lo pueda llevar.

Levantóse el sepulturero, y despues de haber cumplido el encargo de Mendoza, volvió á tomar asiento.

—¡Señores! dijo; cuando gusten vuesas mercedes... pueden empezar.

—Yo no quiero mas que la carta, advirtió Mendoza; si vos quereis mi vida, Fernandez, matadme si sabeis.

Blandieron las espadas, y á poco rato con la del alavés apareció clavada la carta sin haber Fernandez recibido daño.

—¡Ya es mia! esclamó Mendoza.

—¡Bravo! dijo el sepulturero.

El maestre quedó estático, no acertando á decidirse si debia insistir en el duelo ó humillarse al vencedor. Mientras tanto Mendoza se enteró con indignacion del contenido de la esquela; que decia así:

«Llegó por fin la hora apetecida en que sin oposicion de

»nadie puedo presentaros á sus altezas, adorada Violante.
»Mendoza, ese esposo afortunado me ha de dar las gracias por
»haber salvado su fama y la vuestra; al ménos me habré
»portado como buen ámante, y vos no me negareis esta con-
»dicion, que me hace mas digno de vuestro amor, que al que
»imprudente se declaró vuestro enemigo malquistándoos
»con la jóven reina. Sois vos ahora la que ha de disponer
»de la suerte de vuestros contrarios; si necesitais un desaho-
»go, si quereis vengaros cumplidamente, queda á vuestra
»disposicion la libertad de los dos bastardos. Yo puedo ofrece-
»ros hasta sus vidas, con tal que vos en cambio os digneis
»concederme vuestro amor. No desecheis tan buena ocasion,
»Violante. Ni Mendoza, ni la real familia pudieran asegurar
»mejor vuestra dicha que este amante, esclavo vuestro, por-
»que mi poder es mayor que el de los reyes, y mi amor.....
»¡oh! mi amor es inmenso: nunca Mendoza os ha amado con
»tanto ardor como os ama el que os lo está diciendo postrado
»á vuestros piés. Parto mañana para esa, vendré á esclaus-
»traros, vos accedereis á mis ruegos y hareis feliz á vues-
»tro libertador — Fernandez. — »

—¿Estais enterado? preguntó Fernandez viendo que Mendoza guardaba para sí la carta.

—Vuestra espada está desnuda, contestó el alavés.— ¿Quereis probar si os respondo mas al caso?

—Quedo... muy satisfecho; repuso el maestre envainando el acero.

—¡Don Pedro!..... bien quisiera darle mejor vaina.

Así dijo Mendoza, y tambien envainó... con frialdad.

—Quedais aplazado para mas tarde, prosiguió; he de vengar vuestra vileza y villanía.

—Bien haceis en diferir vuestra venganza, porque si me ha faltado mi escudero.....

—La casualidad de haberse equivocado, y luego mis amenazas de muerte le obligaron á pesar suyo á seros desobediente. Culpa es mia si lo fué, mas yo no me acuso de haberle inducido.

—Si lo supierais, contestó Fernandez, pesara sobre vos un remordimiento espantoso.

—¿Sobre mí?

—Sí, Mendoza. Vos no sois político, y por lo mismo careceis de derecho para reprobar mis planes; no está en vuestros alcances la comprension de mis actos, nó. Si fuese asunto de armas, tal vez vuestra censura tendria algun valor.

—¡Habrá infamia! esclamó el alavés.—¿Quereis acaso probarme que por vuestra rivalidad os debo un voto de gracias? Cuestion de armas debe ser, y no mas que de armas; ¿pudisteis pensar otra cosa?

Armados de punta en blanco y con visera calada llegaron desaforadamente á la morada de los muertos dos hombres de alto rango, segun aparentaban sus maneras y el rico traje que llevaban. La aparicion imprevista de esos dos personajes desconocidos dejó á Mendoza con la palabra en la boca, cuando iba á dirigir severos cargos al maestre por su conducta reprensible, mas propia de un miserable que de un hombre bien nacido. Tamaña traicion no admitia disculpas de ninguna clase, y en vano trataba Fernandez de rebuscarlas en su sagacidad, despues de habérsele interceptado una correspondencia que le condenaba. Y ¿cómo á Mendoza, al celoso esposo de Violante, se trataba de persuadirle con buenas palabras? ¿Cómo podia creer las mal inventadas razones de un amigo pérfido, que intentaba envolver en las redes de la seduccion á la mejor de las esposas? El maestre Fernandez no tuvo otro medio para salirse del conflicto, que pedir perdon al ultrajado alavés. Si la casualidad no hubiese puesto en manos de Mendoza el importante pliego que llevaba el incauto paje, hubiera podido creer que aquella dama estaba realmente apasionada del maestre, y que iba al punto determinado para dar cumplimiento á una cita. Fernandez se esforzó en vindicarse por este medio, que era el mas razonable; pero la presencia de aquella mujer no desvanecia el contenido de aquellas cartas y cuanto espuso el escudero acerca de su mensaje y de lo que debia practicar. Podia á un tiempo cumplir el maestre dos citas, que hubiese dado en un mismo sitio, siendo



D. Juan I.—*Lám* 9.

de distinta naturaleza, y las personas citadas de distinto sexo; podia tambien la misteriosa dama ser cómplice en la seduccion de Violante, y podia por fin llevar otras miras y haber sido casual su aparicion en aquel sitio y en aquella hora. De todos modos no habiendo podido Fernandez impedir la lectura de su carta dirigida á Violante, fueron vanos cuantos medios trató de emplear para escusar su falta. Mil veces iba á jurar que aquella mujer era su dama favorecida; mas siempre el alavés rechazó con dignidad sus fementidas protestas, recordándole á menudo que bajo el juramento mas sagrado habia ya faltado á su palabra.

Uno de los incógnitos prorumpió en un grito de terror que hizo temblar al sepulturero.

— ¡ Levanta, hombre desidioso! le dijo. — ¿qué haces aquí?

— ¡ Caballero! contestó el pobre enterrador; no dándome qué hacer los muertos, me entretengo con los vivos.

— ¿ Qué dices?

— Nada, señor: decia...

— Calla y cumple mi órden.

— Mandad, señor.

— Abre la tumba de doña María Ponce de Leon. Si muero, allí me entierras.

— Voy volando.

— ¡ Aguarda! dijo en voz baja el otro incógnito deteniendo al sepulturero. — Levantarás la fria losa de los condes de Ledesma, y si llego á sucumbir, como es probable, depositarás en ella mi cadáver.

— Bien está, señor.

— ¡ Duque! dijo el uno; vuestro adversario está pronto.

— ¡ Conde! respondió el otro; el vuestro tambien lo está.

Desnudaron sus espadas y se batieron como bravos. Mientras tanto el sepulturero, cumpliendo el mandato de los paladines, abrió dos tumbas. Poco despues en la encarnizada lid fué herido mortalmente el ménos fuerte y quizás mas valeroso; cayóle primero el casco, y un instante despues sus cabellos blancos barrian el campo del combate.

—¡Ledesma! esclamaron á un tiempo Fernandez y Mendoza corriendo al ausilio del herido.

El agresor desapareció lleno de horror y de vergüenza.

De repente apareció otra vez la dama misteriosa pidiendo socorro por el herido, cuya cabeza fria como el mármol colocó sobre sus débiles rodillas. Mendoza y Fernandez descubrieron su cabeza, y ofrecieron sus espadas al moribundo anciano.

—¡No quiero sangre, señores! esclamó Ledesma con voz apagada y balbuciente.—Derramadla... por quien yo la derramo..... por la madre de un rey. ¡Ah!.... si yo pudiese ver otra vez á su alteza.....

—¡Conde! dijo llorando la angustiada dama, y en aquel acto separó de su faz el negro velo que la ocultaba.

—¿Sois vos ..... se...ñora? preguntó tiernamente el noble herido.

Era la reina viuda, que, habiendo llegado á su noticia que el conde de Ledesma habia aceptado la invitacion de un duelo, fué personalmente al campo para impedirlo con su presencia; mas como viese que allí estaban el maestre y el mayordomo del rey, creyó prudente retroceder para no ser descubierta, contando que tendria ocasion de evitar la pérdida de aquel anciano, que tan buenos servicios habia prestado á la córte de Castilla y á la causa de sus reyes. Pero no fué á tiempo; el dolor que la causaba esta idea apénas la dejaba aliento para proferir una palabra de consuelo que hiciese mas llevadero al leal conde el funesto trance de su penosa agonía. Mendoza dió á Fernandez una mirada de indignacion, y éste no pudo ménos que esconderse á ella por el temor que debió infundirle la natural reconvencion del alavés, por haber supuesto el maestre que aquella dama misteriosa, que suponia ser su predilecta, habia comparecido á una cita amorosa; ¡y era la reina viuda!

—¡Señora! dijo Ledesma dando fuertes sacudimientos á causa de sus terribles convulsiones. —Yo me siento... desfallecido .. por la... pérdida... de tanta... sangre.

Su alteza aplicó su pañuelo á la herida del paciente.

— ¡ Se...ñora ! prosiguió el herido ; — ¡ cuán... dulce... es el mo...rir por vos !

— ¿ Cuál ha sido , infeliz , la causa de este lamentable suceso? preguntó la reina derramando copiosas lágrimas.

— El deseo... de poner... tér...mino á mi... vida... de... una... manera... glori...osa... que... añada un... nuevo ser... vicio... á mi bri...llante... hoja... Se me... imputa.. no sé qué:... no... me acuerdo.

— Sin duda que habeis sido espía de su alteza la bondadosa madre del rey ; dijo Mendoza con energía. — Os ha muerto el duque de Benavente , ¿ no es verdad, conde ?

— Sí , respondió el herido dando un fuerte suspiro.

— ¡ Ah ! ¡ bien lo decia mi corazon que vos ibais á morir por culpas ajenas ! esclamó Mendoza volviendo la vista hácia el maestre de Santiago.

— ¡ Bien lo sabeis vos ! dijo á Mendoza doña Juana llena de enojo y de sentimiento.

— Es demasiado cierto, señora , replicó Mendoza , que el haber yo sido muy caballero con mi enemigo , ha dado á Ledesma una muerte injusta. — ¡ Fernandez ! — añadió dirigiéndose al maestre — la sangre de Ledesma pesará gota á gota sobre el culpable , y jamás la dejaré derramar por un esceso de mi caballerismo.

— ¿ Qué significa eso, señores? preguntó doña Juana con admirable sorpresa.

Las facciones de Fernandez palidecieron, y la reina leyó la culpa en su rostro.

— Nada..... Señora : dijo el pobre herido. — Queria una ocasion..... para..... morir..... por vos....,. y el cie..... lo..... me la..... ha propor.....cionado..... Me bastaba..... un pre.....texto..... por par.....te de mi..... adver.....sario para mo.....rir dicho.....so..... ¡ Ay ! ¡ seño.....ra !..... ¡ Á Dios !.... Yo... os... doy gra...cias á vos... y á cuan...tos... puedan... haber con...tribuido... á mi... muerte... dicho... sa... ¡ Ay !.. ¡ á Di...os !.. ¡ á Di...

Volvió el conde la cabeza, que apénas podia sostener, y en aquel mismo instante perdió el reino de Castilla al mas leal de sus defensores.

—¡Ledesma! esclamaron á una voz los testigos presenciales de su agonía.

Y Ledesma no respondió, porque la eternidad le habia abierto ya sus puertas: Ledesma no era mas que el resto.

—¡Pobre conde! dijo doña Juana; ya para mí no hay córte en Castilla.

—¡Señora! esclamó el alavés, calmad vuestro dolor; y aunque Mendoza no se considera digno de reemplazar al noble vasallo que acabais de perder, tiene para vos y para el reino un brazo fuerte y un corazon muy grande. Permitid, señora, que este brazo os sirva de apoyo.

—¡Mendoza! ¿donde está mi espía? preguntó la reina ántes de acceder á la súplica del alavés.

—El rey os lo dirá, contestó Mendoza.

El coche de la reina llegó al cementerio; el sepulturero habia ido á la ciudad á participar la infausta nueva, y los vecinos de Burgos acudieron consternados á recoger los restos mortuorios del malogrado conde de Ledesma, que condujeron en procesion á la iglesia de las Huelgas.

«¡Pobre conde!» ¡He aquí la única espresion que se distinguia en medio de un imponente rumor!





CAPITULO IX.

En que se trata de un funeral, de una embajada y de una despedida.



STA vez la ciudad de Burgos dejó de ser el teatro del júbilo y de la alegría. Las campanadas monótonas de la iglesia de las Huelgas derramaron la tristeza en los corazones compasivos, y enardecieron el coraje de los hombres entusiastas por las glorias castellanas. Esta misma iglesia que en poco tiempo habia vestido dos veces de gala al reino de Castilla, que fué el templo dó se coronó el hijo del de Trastamara, y que en su seno congregó en el de la cristiandad al príncipe don Enrique, que fué el tercer rey de este nombre, se despojó de sus galas para vestirse de luto, y llenó de amargura el reino entero. ¿Porqué esa mudanza rápida que de improviso dió un nuevo aspecto á la nacion desgraciada, lanzando sobre ella como por encanto una plaga de miserias y de calamidades? «¡Ledesma ha muerto!» Esta era la única salida de los que no preveian el golpe de muerte que les amagaba desde las altas regiones de la política europea. Ledesma, al fin, no era ya en Castilla mas que un recuerdo

de lo que fué, era un símbolo de lealtad en la córte castellana; pero ni la suerte de la nacion, ni los principios que debian regir los negocios del estado, venian identificados en su persona para inferir de su vida ó de su muerte la vida ó muerte de su pais. Sin embargo « ¡ Ledesma ha muerto ! » se decia en Burgos, y el pueblo estaba desconsolado, la córte se estremecia y el trono zozobraba.

¿Merecia tanta importancia esa muerte, que su consideracion fuese bastante para formar un pronóstico desfavorable del porvenir de Castilla? Nó; mas Castilla perdió una alta influencia capaz por sí sola de aniquilar las terribles agitaciones que se agolparon en aquella sazon para azote de don Juan primero. Vino el cisma;... si Ledesma viviese, decian los mas, no tendrian que lamentarse en el reino castellano los efectos de una rebelion contra el cielo, porque Ledesma era muy católico y aborrecia las intrigas de Clemente, que por dar pábulo á su ambicion y á sus miras anti-evangélicas no reparaba en los conflictos á que conducia al orbe cristiano. Declaraba el Portugal la guerra; seguia la Inglaterra su ejemplo;... como Ledesma no existia, no era fácil vencer las hostilidades del extranjero. Conjuraban contra su rey los malos castellanos;... ¡ oh ! Ledesma era el mas á propósito para sofocar las sediciones. Todo lo hacia Ledesma, y sin él parecia que Castilla habia perdido hasta el don de acertar. Esta máxima inculcada á las gentes sencillas, ó mas bien este pensamiento infuso de la plebe se generalizó de tal modo, que vino á dominar por fin desde la córte hasta á la aldea mas reducida, y desde el rey hasta al mas ínfimo vasallo. No habia motivo para tanto; pero puede mucho la preocupacion cuando la casualidad lleva las cosas á un estremo de fatalismo.

Fué numerosa la concurrencia en el templo; la córte se vistió de luto, y el rey prohibió toda clase de diversiones por espacio de algunos dias. Al salir de la iglesia el séquito fúnebre, y despues de haber dado la nobleza su último á Dios al malogrado conde, se confirió al palacio para dar el pésame á la real familia, en cuyo acto el rey manifestó deseos

de venganza; y á fin de resolver mejor lo que habia de practicar contra su hermano, convocó un consejo compuesto de nobles y de doctores; mas no tuvo efecto por haber la reina madre instado la suspension de toda medida y accedido don Juan á sus ruegos.

El duque de Benavente despues del duelo con el conde no habia aparecido en la ciudad, y fuése á refugiar en el antiguo castillo de Pancorvo, á fin de evitar la alarma del pueblo y de hallar por las calles una muerte segura é inevitable, atendidos los rumores que se habian esparcido entre el tumulto y la confusion. Nadie se habia atrevido á visitar al refugiado en Pancorvo, temeroso de incurrir en la odiosa sospecha de complicidad en el injusto asesinato del conde: así calificaba la generalidad (y muy particularmente los hombres de armas) aquel desagradable combate, atendida la desigualdad de fuerzas y destreza entre los combatientes, por ser don Fadrique un jóven y el conde de Ledesma un anciano. Los hombres de mas sensatez y todas las personas morigeradas daban al bárbaro desafío la calificacion de alevoso por atribuir traicion en el abuso de las fuerzas, y al mismo tiempo se les hacia repugnante el poco respeto á las canas y llamaban insolente al vencedor y le aplicaban con razon el epiteto de cobarde. Vileza, alevosía, traicion... ¡hé aquí las coronas que recogió por su triunfo el duque de Benavente! Estos fueron sus lauros.

Solo un caballero se presentó al odiado duque, dignándose visitarle en su lugar de asilo; mas no fué con la réproba intencion de felicitarle por su victoria, sino para consolarle en sus apuros. No es estraño: el caballero era su hermano don Alonso que iba á cumplir un deber de sangre. El duque le recibió azorado, y como si la vergüenza le obligase á ocultar su rostro no se atrevia á mirar á su hermano, porque temia sus reconvenciones, como las de todo hombre que se preciase de serlo. Tal fué el rubor que le causó su accion despreciable, que ni siquiera permitió á su servidumbre que se acercase á su aposento, ni consintió que ningun guarda del

castillo entrase en él bajo ningun pretesto, aunque fuese el de ponerse á sus órdenes ; y hubiera prohibido hasta á su hermano la entrada, á no carecer de derecho para ello.

— ¡ Cuán abatido estás ! díjole don Alonso.—¿ Olvidaste, don Fadrique, que eres el hijo de un rey valiente y que en buena lid ganaste una victoria?

—¿Y tú me lo preguntas, hermano? espuso el duque volviendo la cara á don Alonso?—¿Qué dicen de mí los hidalgos y las notabilidades de la córte?

— Que mataste al conde de Ledesma; respondió tristemente don Alonso.

—¿Y no dicen mas?

Don Alonso enmudeció, y quedaron largo rato ambos hermanos sin decirse una palabra.

— ¡Callas! esclamó don Fadrique haciendo un movimiento de terror.—Ya está visto: tú tambien repruebas la malhadada lid; tú como los otros la juzgas mala.

Don Alonso insistió en su silencio, y el duque de Benavente entró en un exceso de furor.

— Si no has de reconvenirme siquiera, prosiguió don Fadrique, ¿porqué tienes la audacia de permanecer silencioso delante de mí? ¿porqué me afliges con tu presencia?

— Dá treguas á tu dolor, y calma tu furia insensata. ¿Era poco acaso para el conde de Ledesma el duque de Benavente? ¿No admitió el duelo el conde? ¿No se defendió como un valiente? ¡ Pues qué ! Si á Ledesma, despues de admitido el duelo le hubieses dicho que lo rehusabas porque le tenias lástima, ¿no hubieras ofendido entónces su honor y no le hubieras declarado dueño de tu vida, para que te la pudiese arrebatar de cualquier modo por haber tú desistido cobardemente? Desengáñate, hermano; cuantos comentarios se hagan acerca de la lid, siendo ya propuesta de antemano, tienen en descargo de tu conciencia la dignidad del combate y de sus combatientes. El maestre de Santiago y el mayordomo del rey, que le presenciaron, dan fé de tu conducta y despreocupan en la córte á cuantos han dado á la lid una interpretacion equivocada.

No lo dudes: Fernandez y Mendoza te defienden de los cargos de esa nobleza ignorante, y han ventilado este asunto imparcialmente con los hombres de mas prez y que mejor conocen las reglas del duelo, y les han convencido de que el conde de Ledesma se portó como un bravo, que se batió bien, y que no habiéndole sido propicia la suerte se decidió el campo en tu favor, y él murió como un valiente. Que tú sientas la muerte del vencido, es muy natural, porque el triunfo en un desafío de esta naturaleza es siempre muy triste para el vencedor; mas tu dolor no puede ser efecto de un remordimiento, sino mas bien de un esceso de generosidad y un desahogo de tus nobles sentimientos. Por lo demás... puedes estar tranquilo.

—Me tranquilizara si no mediasen dos circunstancias que han engendrado ese arrepentimiento y esa vergüenza que notas en mí. Yo debia haber exigido esplicaciones sobre la causa del duelo.

—¿No las exigiste?

—Nó; y por lo visto la causa era falsa, y de consiguiente maté con injusticia á mi adversario.

—¿Cómo ántes no te enteraste?

—Me equivoqué. Yo le atribuia á Ledesma un agravio que temo ahora no haber sido él quien me lo irrogó. El rey me arrancó la espada de mi padre y la ciñó á Mendoza, ¿te acuerdas?

—Sí; lo tengo presente, y aun recuerdo que el rey se la dió en premio de un buen servicio.

—De una confidencia odiosa, hubiera dicho mejor. El conde no era capaz da una accion villana.

—Nunca lo fué.

—Y sin embargo admitió el duelo y no quiso oir de mi boca la causa que lo provocaba. Yo le maté, y su muerte ha sido un asesinato.

—No es verdad; murió en el campo. Si no quiso oirte, no quiso disculparse ni convencerte; quiso morir tal vez, y tú no eres responsable de su temeridad. Sabida por él la causa, y desvanecido el cargo, su muerte hubiera sido un asesinato; mas no admitiendo razones, ni queriendo dar disculpas,

fué un suicidio. Dígase, pues, que el conde de Ledesma fué á buscar una muerte segura y se entregó voluntariamente á ella. La circunstancia de no haberle exigido esplicaciones, resistiéndose á oirte y convencerte, no podia impedirte el desagravio, porque agraviado debiste sentirte por el desprecio que hizo de tu resentimiento. El hidalgo que se niega á la buena razon, se somete á la razon del acero. Ya tienes la causa: ¿qué te falta ahora para tranquilizar tu conciencia y mitigar tus remordimientos?

—Los efectos del duelo serán funestos.

—Como todos los que producen la muerte de un combatiente en un combate igual.

—¡Ah, nó!.. ¡tú no te acuerdas de aquella cabeza encanecida!... ¡tu no viste al respetable anciano revolcarse en la arena y enrojecer sus cabellos blancos con su propia sangre!..... ¡Alonso! matar á un anciano es un crímen horrible. Mira: si algun dia tu mano airada blandiera el acero, y vieras erizarse las canas de tu enemigo... ¡Alonso! déjate matar por compasion á tí mismo; no quieras defenderte, porque es una defensa que degrada.

—Peleó bien el conde; su brazo....

—Basta. Le sobró valor al pobre, pero... le faltaron fuerzas: lo mismo fué que dar la muerte á una mujer, á un inocente niño. Me daba lástima, á la par que, te lo confieso, me infundia cierto respeto y veneracion.... tanto, que por poco al divisar sus hermosos ojos al trasluz de la visera, pierdo el valor, y se me hiela la sangre.

—Esta muerte no es mas que una desgracia, y tú debieras hacerte superior á ella.

—Ya lo sé: si no tienes otra cosa que decirme, hermano, déjame: te lo suplico.

—No hablemos mas de este asunto, y dejemos á los del otro mundo que rueguen por los de aquí abajo. Conviene ahora olvidar lo pasado y asegurar el porvenir; sino ¿de qué te habrá servido correr tantos riesgos y derramar la sangre de un valido de tantos reyes para llevar á buen término tu proyectada boda, si renuncias á ella?

—¿Renunciarla? ¡Jamás! dijo con altivez el duque. ¿Piensas que he cejado á la simple idea de un temor vago é indeterminado, ó al pueril pensamiento de un espectro que me amenaza y me persigue en todas partes, que no me deja en el sueño ni me abandona en la vigilia? ¿Me tienes por tan necio que no conozca lo que vale un trono, para despreciar su posesion por tan poca cosa? Ya ves cuán afectado me tiene el desafío con el conde, y que si ahora tuviese que presentarle el combate, me retraeria; ya ves cuán terrible fuera atentar contra la vida de mi hermano el rey y del príncipe don Enrique que ha nacido hace poco; pues todo lo atropellaria mil y mil veces si lo considerase un medio á propósito para obtener la mano de doña Beatriz; hasta quitara tu vida y ¡tanto como te quiero! porque tengo la íntima conviccion de que todos los medios son lícitos para poseer la heredera de un trono. Y pues el conde de Ledesma ha muerto por esta causa, has tenido razon, hermano; Ledesma murió bien y á tiempo, y no debo yo arrepentirme de haber ocasionado una muerte mas ó ménos, con causa ó sin ella, cuando me conduce á poner el pié en el último eslabon de un trono. ¡Alonso!... ya estoy tranquilo.

—¿No te lo decia yo?

—Bien: ¿y qué tenemos de Portugal? ¿Insiste todavía el rey don Pedro en su negativa? ¿Se propone dejar soltera á su hija, ó casarla cuando llegue á la edad de ser abuela?

—Veré de descubrir lo que pasa.

—¡Pues qué! ¿recibió el rey...?

—Una nueva propuesta del portugués, que ignoro en qué sentido se concibió.

—¿No sabes si hay variedad en la candidatura, ó si la proposicion versa precisamente sobre las condiciones del contrato?

—No lo sé.

—Pero... tú me has dicho que era una nueva protesta de don Pedro de Portugal, insistió preguntando el duque con interés muy marcado.

—Así se decia en palacio, y lo sabe mi madre por boca

de la reina viuda que ha recibido tambien correspondencia del portugués.

—¡Si habrá tratado de diferir la boda y acceder á los deseos de doña Juana!...

—El rey estaba amenazador, y parecia que aquella carta le daba un no sé qué de alegría, como si viese en ella el arma de su venganza.

—¡Ah, no me engañan mis presentimientos! dijo enfurecido el duque de Benavente. —Yo no acerté el primer golpe: ¡cuán necio fuí en guardar miramientos á la que ha sido causa de mi ruina!... Debia haber èmpezado mi carrera á un trono matando á la madre del rey. ¡Un trono! ¿Cómo se lo ha de ganar un bastardo, sino manchándolo de sangre? ¡Y he sido tan menguado que la muerte de un conde ha podido desazonarme!... ¿á mí que me toca verter tanta sangre, que he de matar todavía á un rey!... Nó: si el rey se ha de vengar, no seré yo su esclavo. La muerte de Ledesma será el preludio de otras muertes, y don Fadrique el bastardo, mal que le pese á Castilla, se sentará en el solio de Portugal. Tú me acompañarás, Alonso; lo juraste. ¡Guerra al rey de Castilla!

—¡Guerra! contestó don Alonso. —Mas atiende: es preciso alejarnos de la córte, porque nuestros pasos serán espiados aquí.

—¿Dónde?..

—Yo parto á Toledo.

—Yo te sigo. ¿Hay gente allí?...

—Sí: no faltan portugueses.

—Poco debe importarnos nuestro reino, Alonso; los bastardos no tenemos mas patria que el pais que nos da gloria. ¡Viva Portugal!

Una hora despues los dos hermanos, montados en briosos caballos y acompañados de sus escuderos, emprendieron de incógnito el camino de Toledo.

No se engañaba don Alonso: don Fernando de Portugal habia propuesto al rey de Castilla lo mismo que en otro tiempo

habia deseado doña Juana, esto es, que las bodas del duque de Benavente con la princesa doña Beatriz se anulasen, ofreciendo á la misma princesa por esposa del príncipe don Enrique que acababa de nacerle al castellano. Desde que el enlace de don Fadrique presentó al portugués poca garantía, por correr muy desavenido el duque con su hermano don Juan, trató aquél de dar largas á la celebracion del contrato, y su nueva propuesta sirvió entónces de pretexto siquiera para dar treguas á la guerra que iba á encarnizarse de una manera espantosa. La condicion del tratado fué todavía mas estraña y singular que la propuesta: pues considerando la utilidad y necesidad de formar ambas potencias una sola nacion, previno *que á cualquiera de los dos reyes que falleciese sin hijos legítimos le sucediese el otro en sus reinos.*

Era por cierto demasiadamente remota la época en que hubiera podido efectuarse el contrato matrimonial con un príncipe recien nacido, y no parecia acertada una propuesta que no dejaba de ofrecer grandes y muy grandes inconvenientes. Por una parte la desproporcion de edad, y por otra la dificultad de contener la efervescencia de las pasiones durante un período tan largo, hacian augurar la imposibilidad de realizarse lo que proponia el portugués; mas como quiera que los pueblos en aquella sazon deseaban la paz en ambos reinos, y como don Juan ardia en furor por la conducta del duque de Benavente, de quien queria vengarse burlando sus pretensiones ambiciosas, fué admitida en Castilla la propuesta del portugués, mediante la ratificacion que mas tarde debian hacer las partes oportunamente. Si esta ádmision hubiera sido otorgada por don Juan sin haber precedido el desagrado á que dió lugar el mal procedimiento de don Fadrique, hubiérase este quejado con razon de un desaire tan directo y tal vez contrario á los intereses y á la paz del reino; mas como á don Juan le sobraban motivos para despreciar á su hermano bastardo, no tenia éste al parecer ningun derecho de queja; pero mirando las cosas imparcialmente, siempre quedaba el escrúpulo de la falta de legalidad en cualquiera otra boda que

celebrase la princesa doña Beatriz. Tenia el duque en su favor la celebracion de la boda, despues de estipulados los esponsales por los soberanos de ambos reinos don Fernando de Portugal, padre de la novia, y don Enrique II, conde de Trastamara, que lo era del bastardo don Fadrique.

El rey de Portugal, al proponer otro novio para su hija primogénita, debió tener en cuenta la subsistencia del matrimonio que se celebró con el duque de Benavente, siendo los novios todavía impúberes; y es por eso que pidió acerca de aquellas bodas una declaracion formal de nulidad, lo que no hizo con respecto á las de don Alonso con doña Isabel, hija natural del portugués, sin duda por no ofrecer este contrato los inconvenientes del de la inmediata sucesora del trono. Mas ¿bastaba para la nulidad de aquellas bodas la simple avenencia de los soberanos? Este era el gran problema legal que don Fadrique oponia á las razones de conveniencia que se le hacian presentes cuando se trataba de disuadirle de su empeño en titularse esposo de la princesa doña Beatriz. «Sé, decia, que mis bodas tienen necesidad de ser ratificadas, sin cuyo requisito carecen de validez; sé tambien que puede recaer sobre ellas una espresa declaracion de nulidad, mas no son ya mi hermano y el padre de la novia los que han de dar su voto en esta materia; debe don Juan primero esplorar mi voluntad, y don Fernando la de su hija. Ella y yo, ó cualquiera de los dos podemos declarar no querernos pertenecer; mas... no tienen derecho á ello los reyes de Castilla y Portugal.» Estas reflexiones le escusaban en cierto modo de la malicia de sus actos, y á no ser por esta consideracion le hubiera el rey tratado con mas severidad cuando ultrajó á la reina madre, y despues cuando dió muerte al conde de Ledesma, por deber una y otra falta su orígen á la oposicion que creyó debieron hacerle á su boda estas notabilidades de tan alta influencia.

Podria decirse que, atendida la especulacion ó miras de interés nacional que llevan siempre consigo los enlaces de las reales familias, dependia mas bien de los reyes que de

los mismos esposos la ratificacion ó nulidad de las bodas de don Fadrique con la princesa doña Beatriz; pues habiéndose celebrado con este objeto el contrato por los dos monarcas, y conviniéndoles despues otra cosa ántes de su ratificacion, á ellos incumbia principalmente la formal declaracion de si debia subsistir ó anularse. Pero no eran solo los intereses del duque los que le tenian afectado por privársele de un título tan elevado, como era el de esposo de una princesa; el duque queria poseer la mano de doña Beatriz, porque era ya posesor de su corazon. Al ver á un tiempo burlada su ambicion y su amor, le desesperó y le hizo díscolo mas de lo que era naturalmente. ¡Hé aquí la aspereza de su carácter, su perversidad y su cólera! No le faltaba suspicacia á don Juan para conocer el orígen de estos males, mas guardaba á su hermano un resentimiento y quiso hacerle conocer su imprudencia, admitiendo del portugués una propuesta que sin duda hubiera rechazado en otro caso y en igualdad de circunstancias.

Para aumentar mas y mas sus deseos de venganza no le faltaba á don Juan primero otra cosa sino que el duque de Benavente matase en un duelo al conde de Ledesma. ¡Y en que mala ocasion se decidió aquel fúnebre combate! Cabalmente cuando la reina viuda estaba mas dispuesta que nunca á dar á don Fadrique una prueba de su generosidad, implorando de nuevo la ratificacion de las bodas, y cuando el conde de Ledesma habia aconsejado al rey la realizacion de este contrato, apoyándolo en la política y en los buenos deseos de asegurar la paz del reino favoreciendo á un hijo del difunto rey de Castilla sin esponer á Portugal á unirse al castellano por tener este sucesion y no ser probable que la corona llegara á corresponder al bastardo. Así lo refirió don Juan primero á su madre, hallándose presentes su mayordomo y el maestre de Santiago, despues de haber recibido el pésame.

—¡Cuán ingrato es el duque! dijo el rey.—Él ha muerto al castellano de mas prez, al noble conde que protegía su

pretension; pero él no sabe que con la muerte de Ledesma se ha suicidado.

—¿Qué dices, don Juan? preguntó tristemente la reina.

--Sí, madre mia; respondió el rey.--Habrá como cosa de cuatro dias que el conde me aconsejaba la boda de mi hermano con la princesa doña Beatriz, y me daba razones... aquellas razones del conde de Ledesma. Ya sabeis que no le faltaba inteligencia y madurez en sus palabras y en sus actos; que era además hombre de mucha conciencia.

Doña Juana dió un profundo suspiro y derramó unas cuantas lágrimas.

— Digno es de estas lágrimas, madre mia, continuó el rey; yo tambien lloro esta pérdida que he de echar ménos en mi reinado. Daria por volverlo á la vida la mitad de la mia y la mitad de mi trono; pero no siendo posible, es preciso esforzarnos en poner remedio al golpe que hemos sufrido.

— ¡Pobre conde! esclamó la reina llorando. -- ¡Pobre conde!

Don Juan primero enjugó tambien sus ojos.

— Portugal, continuó el rey, no conoce sus intereses si desiste del convenio celebrado con vuestro padre, me decia el conde. Si no quiere refundir en una las dos coronas y transigir con Castilla sus antiguas desavenencias, seria lo mejor darle por esposo á la princesa doña Beatriz un castellano sin derecho á la sucesion inmediata del trono.

— ¿Y tú qué le respondiste? preguntó la reina.

— Que era de su dictámen.

— Hiciste bien.

— No admite duda, le dije; el rey de Portugal debe enlazar su hija con un castellano sin derecho á la corona de Castilla, si quiere evitar la repeticion de nuevas guerras, y este castellano podrá ser....

— Don Fadrique.

— Cualquiera.... ménos el duque de Benavente.

— ¿Eso dijiste? preguntó sorprendida doña Juana.

—Sí, madre querida. ¿Pensais que podia olvidar lo que se debe á vuestra honra y á la mia? Cualquiera de los verdugos de mi reino es mas digno de la mano de una princesa, que ese monstruo que se llama mi hermano.

—No me lo digas, nó: si has formado de él tan odioso concepto, cállate, Juan, y olvídalo todo para pensar no mas que en la paz de Castilla. El reino es primero que tu madre.

—¡Que lo olvide!—replicó el rey con dignidad.—Nunca será don Juan primero tan insensato y tan débil, señora. El duque tuvo la audacia de insultaros, y el rey de Castilla no debe perdonar un delito tan grave. Lo perdonaria á un infeliz, al mismo duque que se hubiese mostrado arrepentido; mas al orgulloso que en vez de pedir perdon de su falta insiste en el crímen, al que no habiendo podido acabar con vos toma cobardemente venganza contra un respetable anciano, al que conspira contra el reino que gobernó su padre y se declara rebelde á su rey y á su patria;... seria una mengua guardarle consideraciones, seria enorgullecerle mas con la idea de que pudo imponerme miedo. Sepa don Fadrique que su rey no le teme. ¿Qué seria de Castilla si constare que me he humillado hasta el estremo de acceder á la amenaza de un mal vasallo? ¡Nunca se me echará en cara tan degradante baldon! ¡oh!... nunca. Yo quiero que el duque me obedezca, que rabie y conozca lo que va de él á su rey. Mucho me debe dejándole con vida, pero es para que vea frustrada su esperanza, para que no pueda darse el título de esposo de la princesa. Si así no fuese... si don Fadrique llegara á enlazarse con doña Beatriz... ¡oh! yo no le dejaria gozar tanto; le mataria al pié del altar, y me reiria de sus últimas boqueadas.

—¿Tan iracundo estás?—dijo la reina no pudiendo disimular su afectacion.

—¿Vos lo estuvierais ménos, madre mia?

—No sé; pero me es muy sensible que haya sido yo la causa de tantos males. Mi espía debiera sufrir tan crueles remordimientos como el matador de Ledesma.

—Teneis razon, señora; dijo respetuosamente el mayordo-

mo.—Si al confidente del rey no se le hubiese ocurrido esplicar minuciosamente los pormenores de su mensaje, vuestra alteza estaria mas tranquila, y el conde de Ledesma no hubiera tenido que besar el polvo de una estocada.

—¿Qué estás diciendo, Mendoza? dijo el rey con marcada sorpresa.—¿Acaso tú no fuiste mi confidente?

—¡Mendoza! esclamó la reina viuda.—Bien lo decia yo que no habia en Castilla otro súbdito como Ledesma.

—¡Señora!.... espuso el mayordomo; y quedó perplejo sin atreverse á proseguir.

—Vuestra turbacion habla por vos, y dice demasiado claro lo que tratais de ocultarme.

Esto dijo la madre del rey con tal espresion de resentimiento, que don Juan creyó prudente y justo no dejarla permanecer mas en aquel estado de confusion.

—Dále á mi buena madre una disculpa, Mendoza.

—Yo no puedo decirla que no fuí vuestro confidente, señor, contestó Mendoza con intencion.

—Pero puedes decirla si fuiste caballero, siquiera para defender á tu rey.

—En este caso... continuó el mayordomo; solo me será lícito negar el que haya sido el descubridor de aquella conversacion reservada, y que mi negativa fué por poco calificada de desacato á mi rey y señor, quien persuadido luego de que mi resistencia era un obsequio á su madre, me dispensó su gracia.

La reina viuda oyó á Mendoza con escesivo interés. El maestre de Santiago fijó la vista en el suelo sin atreverse á proferir una palabra.

—¿No puedes decirla otra cosa á mi buena madre? preguntó el rey.

—A mí no me toca decir mas.

—Tal vez el maestre .... prosiguió don Juan sonriéndose.

—Yo, señor... contestó Fernandez.—Vos ya lo sabeis.

—Pero mi madre lo ignora y quiere saberlo.

—Cumplí vuestra órden.

Doña Juana se levantó, y dió á besar su mano á Mendoza.

—Bien lo dijiste, don Juan, espuso con satisfaccion la reina viuda: no faltan caballeros en Castilla, y Mendoza lo es. ¡Ah! la razon le sobraba á Violante; y yo no la creia. ¡Pobre mujer! estoy de ella muy contenta... y de tí tambien, Mendoza. ¿Trata mi dama de salir de su clausura?

—Nó, señora; contestó secamente el mayordomo.—No juzgo prudente invitarla y causarla estorbo en sus meditaciones. Lo primero, señora, es asegurar la honra, y hay en Castilla traidores que sabrian darle á un buen amigo una estocada en las espaldas.

Esta alusion de Mendoza al maestre Fernandez se dejó traslucir de una mirada rápida que ambos se dirigieron. Notáronla sus altezas y disimularon su desagrado hácia el maestre, por ser persona de quien se hacia en la córte mucho caso, y convenia no desairarle en aquella ocasion crítica en que sus servicios eran tan indispensables que apénas se podia prescindir de ellos.

Doña Juana tenia muy particularmente la necesidad de conservar de su parte al maestre de Santiago, toda vez que le causaba tanto horror la cuestion de la Iglesia, y estaba en aquella sazon muy empeñada en sentido favorable al antipapa Clemente VII. Por esta razon se dignó su alteza constituirse mediadora en sus desavenencias con Mendoza, á fin de que la rivalidad no exasperase á cualquiera de los dos hasta el estremo de hacerse por encono una oposicion sistemática al tratarse de aquella cuestion vital. Sabia doña Juana que Mendoza era urbanista por conviccion, y no faltaria á su conciencia dejando de defender á la Iglesia en este sentido, si el rey le pedia consejo; tambien debia haberse persuadido de que el maestre de Santiago era un antagonista tan decidido del cardenal de Aragon, que nadie podia hacerle rebajar hasta el punto de ceder á las exigencias de un clementista, so pena de perder su alto prestigio entre los políticos de mas fama. A pesar de estas seguridades que le ofrecian los compromisos

y la conducta de ambos, temia la sorna inalterable del gran cardenal de Luna, que no podia ver desavenidos á los amigos del papa, y les advertia que le sobraba al cardenal la mónita para aprovecharse de cualquier discordia, fuese de la naturaleza que fuere, si conocia que de ella podia sacar algun partido. No era fácil cortar la enemistad entre el maestre y el mayordomo en cuanto á su interés particular, pues siendo Mendoza el esposo entusiasta de Violante, y estando de ella tan celoso, era imposible que por la mera intercesion y buena voluntad de la reina madre desapareciese su justa aversion hácia un mal amigo que, fingiéndole buen aprecio, iba á apoderarse de su esposa. No era tan flexible el carácter del mayordomo del rey, que por pura condescendencia á una reina se dejara doblar hasta el punto de cargar con una burla de tal tamaño; no obstante los deseos de doña Juana, en cuanto á la cuestion de la Iglesia, se cumplieron por parte de los dos, es decir, que la rivalidad de Fernandez y Mendoza no impidió que ambos defendiesen una misma causa.

Mucho cuidado debió darle á la madre del rey el estado de apuro en que se hallaba la Iglesia por razon del cisma, y en esta ocasion fué sin duda cuando debió sentir mas la muerte del malogrado conde, que era de los mas decididos defensores del verdadero pontificio; pues los clementistas, á cuyo frente se hallaba el cardenal de Aragon, en vista del feliz resultado de aquella armada, compuesta de veinte galeras, que envió á Francia el rey de Castilla contra el duque de Alencastre al mando del almirante Tovar, se empeñaron con el francés para que al tiempo de enviar los embajadores á fin de dar gracias al castellano por el ausilio que se sirvió proporcionarle despues de haberse confirmado las alianzas, fuesen dichos embajadores franceses los encargados de persuadir á don Juan primero á que reconociese por sumo pontífice á Roberto, establecido en Aviñon con el nombre de Clemente VII. Confióse pues aquella embajada á prelados y doctores en derechos, quienes quedaron en la córte de Castilla para acalorar la materia.

El almirante recibió de los franceses y tambien del anti-

papa muchas distinciones, con lo cual se le estimuló para que emplease su influencia con el rey de Castilla, para que los asuntos de la Iglesia se resolviesen pronto segun las miras de los clementistas. Mucho tenia que agradecerse el buen servicio que habia prestado á la Francia el almirante Tovar en su espedicion tan arriesgada como venturosa, y aun el mismo don Juan debió quedar muy satisfecho de haber visto que en los mares contra la Inglaterra ondeaba su pabellon con tanta gloria. El almirante Tovar se portó con un valor marítimo, que no hay ejemplo de otro igual en la historia de aquella época; pues subió por el Támesis arriba hasta cerca de Lóndres, y allí en las mismas riberas causó á los ingleses innumerables daños y les apresó cuantas embarcaciones encontró en ellas.

Buen cuidado tuvo el sabio cardenal de Luna de tributar mil elogios al benemérito almirante; y como este por los manejos del cardenal tenia ya empeñada su palabra con la reina doña Leonor de que abogaria por la causa de Clemente VII, no se descuidaron los clementistas en aprovechar tan excelente oportunidad.

Terminada la gloriosa espedicion confirióse á palacio el digno almirante acompañado de los embajadores franceses; recibió vítores de los castellanos, y parecia en aquellos momentos que la presencia de Tovar habia puesto una tregua al sentimiento que produjo la muerte lamentable del malogrado conde de Ledesma; como si para admirar las glorias del uno se hubiesen echado en el olvido los memorables hechos del que acababa de sucumbir con una muerte desgraciada á la venganza horrible de un hombre ambicioso y atrozmente preocupado. Así que llegó á palacio la noticia de haber regresado el almirante Tovar, y noticioso el rey de que deseaban ser introducidos en su alcázar los embajadores franceses, se trasladó al salon destinado al efecto en union de su esposa la reina doña Leonor. Concluida la ceremonia de etiqueta, quedaron largo rato los embajadores y el almirante hablando con sus altezas, participando aquellos cuáles eran los deseos de su rey con respecto

al cisma de la Iglesia, y hallándose presente en aquel acto el cardenal de Aragon, acaloró la materia dándole su poderoso apoyo la reina doña Leonor y el almirante. El rey se manifestó en un principio indiferente; mas como viese el decidido empeño de la reina y la necesidad que tenia el reino de Castilla de conservar sus alianzas con la Francia, con cuyos intereses venian directamente enlazados los del antipapa Roberto, se vió precisado á dar sobre el particular una contestacion que, aunque evasiva, fuese en algun modo satisfactoria.

—Yo sé bien, señores, lo que debo á Dios y á la Francia, dijo el rey; por esto quisiera cumplir con el cielo sin incurrir en el desagrado de un reino amigo. Creo, por lo que me decís, que puede fácilmente resolverse el cisma de la Iglesia si uno de los pontífices elegidos obtiene la obediencia religiosa de la mayor parte de los reyes católicos; no dudo que el orbe cristiano tiene fijos los ojos en Castilla y Aragon, sobre todo en estos momentos críticos en que el papa Urbano acaba de proceder contra doña Juana de Nápoles acusándola de fautora, ó poco ménos que autora del cisma, y que ha llegado al estremo de quitarla el reino, fundándose en que no era digna de ocupar aquel trono en cuyos dominios dejó celebrar la eleccion del antipapa. No me podeis negar que los sucesos del reino napolitano han complicado la situacion de Clemente, y hoy mas que nunca debemos estar á la mira todos los reyes católicos ántes de tomar una determinacion formal sobre un punto tan delicado. La prudencia, señores, me obliga á contestaros de una manera quizás poco satisfactoria; pero bien veis que yo no puedo resolver sin consultar ántes la opinion de mi respetable suegro el rey de Aragon, con quien me he puesto de acuerdo en todas las deliberaciones referentes á la causa del pontificio. Puedo sin embargo aseguraros que la mediacion de mi esposa en este asunto me pone en el caso de complaceros en cuanto el rey de Aragon no se oponga, y si mi suegro no se decide á tomar una resolucion definitiva, y trata de suspender sus deliberaciones permaneciendo en este estado de indiferencia, yo convocaré mis córtes y oiremos vuestra de-

manda. Decidlo así á mi buen amigo el rey de Francia, como tambien á vuestro pontífice Clemente, y añadidles que ha causado en mis reinos de Castilla y Leon mucha amargura el comportamiento de Urbano con la reina de Nápoles; pues siendo él napolitano, no debia haber procedido con tal rigor.

—Permitidme, señor, contestó el gran cardenal de Luna, que recuerde á vuestra alteza cuán indigno es de titularse vicario de Jesucristo el que llega á tomar venganza con tales demasías. Vuestra alteza lo conoce; vuestra alteza se ha convencido de que el rigor con que se trata á la reina de Nápoles produce el descontento de los buenos cristianos; pero no importa. Dios ha permitido que un acto de rigor ponga las cosas en buen estado, y no creais que por mas que Urbano haya dado la investidura y coronado rey de Nápoles á Carlos de la Paz ó de Durazo, por ser descendiente en línea recta de Cárlos II rey de Sicilia, se halle asegurado este intruso en un trono que no le pertenece y que lo posee sin mas título que la usurpacion; porque mientras Carlos venia de la Hungría para echar del trono á la reina doña Juana, esta ha adoptado por hijo á don Luis duque de Anjou, hermano del rey de Francia, y le ha declarado heredero de su reino con la precisa condicion de que ha de defenderla de su enemigo Carlos (1), obligándose además á espulsar del reino al príncipe de Taranto, marido de la reina, á ese Oton de Brunsvic, con quien la reina ha casado sin tomar en cuenta que era un partidario del que indignamente se está llamando pontífice, contra la voluntad de Dios y de los fieles. Por lo demás, rey de Castilla, no puedo ménos que daros las mas cumplidas gracias por la bondad con que habeis acogido la importante mision de los embajadores franceses. Esperaremos la convocacion de vuestras córtes, en que se decida el asunto, y creo que cuanto ántes con vuestra cristiana obediencia y la de vuestro reino terminarán las vicisitudes del cisma, quedando re-

(1) La escritura se otorgó solemnemente en Nápoles á 29 de Junio de 1380, y el duque de Anjou la aceptó por medio de procuradores.

conocido por único y legítimo vicario de la Iglesia de Jesucristo el verdadero papa Clemente VII.

El almirante Tovar apoyó la pretension del cardenal, y todos quedaron muy satisfechos de las esperanzas con que el rey se sirvió halagarles. Si don Fernando de Aragon no hubiese despreciado la mano de doña Juana de Nápoles y el reino que le tenia esta prometido á él y á su hijo don Juan, viudo por entónces, no hubiera el papa Urbano procedido contra ella tan severamente, por ser imponente la alianza de Castilla y Aragon que hubiera hecho hostilidad á don Cárlos de la Paz ó de Durazo, el que no se habria tomado la molestia de venir de Hungría á tener que arriesgar una lucha á que irremisiblemente sucumbieran sus fuerzas; mas como la boda se desechó para casar aquel rey con su cuarta mujer doña Sibila de Forciá, viuda de Artal de Foces, no le era posible á doña Juana de Nápoles defenderse de otro modo que con el favor del antipapa y la adopcion del duque de Anjou.

La reina viuda de Castilla, tan contraria como era á los antipapistas, perdió toda esperanza desde que murió el conde de Ledesma, y previó cuál fuera el resultado de aquella embajada francesa compuesta de prelados y de doctores. Luego echó sus cálculos, y dedujo acertadamente que era Roberto el que habia designado aquellos hombres eruditos para sorprender á don Juan primero y obligarle siquiera á comprometer su palabra, sabiendo ella y la Francia que una promesa del castellano era irrevocable. Esta idea la trastornó de tal modo, que vivió siempre mas muy triste y con la salud quebrantada, sin que fuesen bastantes á mitigar sus pesares las palabras de consuelo que á menudo la dirigia su inseparable dama y amiga la madre de don Alonso. Mientras el rey daba audiencia á los embajadores, doña Juana conferenció con Mendoza y doña Elvira acerca de lo que debia practicar en el sensible caso de que Castilla negase la obediencia religiosa al verdadero papa.

—Está vuestra alteza muy afectada desde que ha llegado

á vuestra noticia el glorioso regreso del almirante Tovar, dijo Mendoza á la reina madre con cariñoso acento.

—No creas, Mendoza—contestó la reina—que me sean indiferentes las glorias de nuestro pabellon.

—Lo sé, replicó el mayordomo; pero me dispensará vuestra alteza que le recuerde haber notado una alteracion en su semblante en el momento mismo que el ugier puso en su conocimiento la llegada del almirante y de los embajadores franceses.

—Yo tambien he tenido ocasion de observar lo que dice Mendoza; respondió doña Elvira.

—No lo niego, dijo doña Juana; y os habrá causado estrañeza el leer la afliccion en mi semblante cuando debia haberme mostrado mas complaciente y satisfecha de una espedicion que honra tanto al gefe que la mandó; habreis dicho interiormente que la reina viuda de Castilla debe ser una mujer muy mala, si desconoce y menosprecia los altos servicios que acaba de prestar á su patria y á la nacion amiga el intrépido almirante que tanta celebridad ha ganado en el mar de Inglaterra. Si así lo pensasteis, me confesareis luego que os habeis engañado al formar un concepto tan triste de la madre de vuestro rey.

—Sabemos, señora, que la reina doña Juana es demasiado grande para abrigar un sentimiento tan mezquino; y dejaria yo de ser Mendoza, seria muy digno de la calificacion de ingrato y lo seria tambien doña Elvira, si os atribuyésemos la odiosidad de este vicio..... á vos que nos habeis dado en contrario tantas pruebas. No me atreví insinuaros la causa de vuestro dolor, y sin embargo no me es desconocido: fácil es adivinar lo que pasa por vuestro corazon.

—¿Tú lo sabes?

—Me lo imagino, y os compadezco. Si Tovar hubiese venido solo, si los embajadores franceses, que lo son mas bien del antipapa.....

—Sí; es verdad, dijo doña Juana interrumpiendo á Mendoza.—Ya que conoces mis sufrimientos y no tengo un Le-

desma, á quien me podia dirigir como una penitente á su padre espiritual, dáme un consejo.

Mendoza quedó pensativo sin atreverse á responder acerca de un asunto tan delicado. Difícil era en este caso apurado proceder con acierto en el modo de satisfacer cumplidamente la exigencia de la reina viuda, y Mendoza era poco esperimentado en los negocios de la córte para arriesgarse á proponer lo que á la madre del rey podia convenirle en el estado de cosas en que se hallaba el pais.

—¡No me respondes! dijo la reina con espresivo resentimiento.—Y tú doña Elvira, ¿qué me aconsejas?

—Yo, señora..... respondió la dama perturbada; yo..... no lo sé.....

—En este caso, dijo la reina con irónica sonrisa, podeis retiraros y daros mutuamente el parabien por haberme prestado un eminente servicio.

—¡Señora! esclamó Mendoza: no os enojeis si vuestros súbditos entusiastas no aciertan á complaceros de manera que no puedan incurrir en el desagrado de vuestro hijo y su rey. Habeis pedido un consejo: ¿para qué? Para huir del terrible cisma que nos va á caer encima. ¿Y dónde huireis, señora? Recuerdo que vos, aconsejada por el cura de la capilla de los Reyes, habiais tomado la resolucion de retiraros de la córte y trasladaros á Salamanca, prefiriendo el delicioso murmullo de las aguas del Tórmes á la continua agitacion del real alcázar de Burgos ó de Toledo. Mas no sabe qué hacer vuestra alteza, á pesar de su determinacion formal, despues de haberla dicho el conde de Ledesma que era imprudente ese retiro en tan crítica ocasion, toda vez que el cielo y la patria reclamaban vuestra presencia en la córte para hacer oposicion al cardenal de Luna y á la misma reina doña Leonor que apoya y favorece al temerario Roberto. Pero el conde ignoraba sin duda que el almirante Tovar se hiciese clementista; él no sabia que despues de su accion gloriosa, y aprovechando aquellos momentos en que los reyes no tienen valor para desairar al que triunfó valerosamente y con grave riesgo en

un reñido combate, fuese acompañado de embajadores franceses clementistas para asegurar mejor el triunfo del antipapa. Si el conde hubiese previsto la complicacion de tantas y tan graves circunstancias, tal vez os hubiera dado otra direccion y os hubiera dicho que desde Salamanca, y recogida en el templo, podiais oponeros mejor á los partidarios del que en Aviñon estableció su pernicioso solio. Yo lo creo, señora; pero me equivoco tal vez y no me atrevo aconsejaros.

—No sé qué hacer; dijo indecisamente doña Juana.

—Está en el arbitrio de vuestra alteza conciliarlo todo de manera que podais intervenir en la cuestion de la Iglesia y hacer al de Luna una oposicion directa.

—¿Cómo?

—Pidiendo al rey que las córtes, en que se trate de la obediencia al pontífice, se abran en Salamanca donde os hallareis vos.

—¿Qué me decís, doña Elvira? preguntó la reina.

—Que la proposicion de Mendoza merece ser atendida, respondió la dama.

—Sí; es preciso hablarle al rey sin perder momento, dijo doña Juana levantándose.—Si ha de ser el triunfo para Roberto, cuanto ménos me entere de lo que pasa, mas tranquila estaré. Me reservo los críticos momentos de la convocacion de las córtes, para cumplir mi voto con el Dios de los cielos y su vicario en la tierra; si no hay en Castilla un cristiano que pague á la Iglesia un tributo de conciencia, la madre del rey lo pagará por todos, proclamando al papa Urbano, aun despues de haber obtenido un triunfo el que contra la voluntad de Dios y de los fieles fué elegido en Fondi. ¡Mendoza! ¡doña Elvira! ya lo veis: los dominios de la reina napolitana acaban de ser ocupados por el papa en justo castigo de aquella soberana cismática, que ha causado á la Iglesia un conflicto tan espantoso, de aquella que favoreció á Roberto permitiendo que en sus posesiones un falso cónclave eligiese al temerario antipapa. Esta vez, os lo juro, la madre del rey se rebelará contra su hijo.

Dijo la reina madre y se trasladó á la estancia del rey sin permitir que Mendoza y doña Elvira la acompañasen.

—¿Qué os parece, doña Elvira? preguntó Mendoza á la ilustre dama.

—Que la reina hará bien en proporcionarse el retiro y rogar por el reino castellano, respondió doña Elvira.—Desde el momento en que don Juan primero llegue á poner su firma en el acta de obediencia al falso pontífice, perderá su dignidad real, y la maldicion del cielo caerá como una centella sobre Castilla, y una tempestad de desgracias la inundará como si sobre ella descargara un diluvio. Doña Juana hará bien en escapar de la tormenta buscando asilo en la clausura; yo la acompañaré gustosa para no sufrir los horrores de un juicio celeste que fulminará sobre nuestras cabezas la ira implacable del Eterno: no quiero oir la voz de esterminio para no sucumbir á ella. ¡Mendoza! no consintais que Violante abandone su clausura que ha de ser su puerto de salvacion; yo en ella quisiera acabar mi existencia y no acordarme de la córte sino para pedirle á Dios que la absuelva.

—Antes, doña Elvira, debierais dispensarme una gracia.

—Hablad, Mendoza. ¿En qué puede serviros vuestra amiga?

—¿Lo sois? ¿Vos os habeis llamado mi amiga y con este título me honrais? Pues bien: ya que la amistad nos convida á ser francos, permitidme que en obsequio á ella acuse de vuestro hijo la imprudencia, y respete á un tiempo su espiacion.

—Lo sé, Mendoza.

—¿Sabeis que vuestro hijo pidió perdon á mi esposa?

—Me lo dijo, y no pude ménos que dar á su humillacion un voto de censura, como os lo doy de gracias á vos que le dejasteis vivir pudiéndole matar en un duelo. Ya que él se olvidó de quién era hijo, vos obrasteis muy bien en recordárselo y pagasteis como buen vasallo un justo tributo á vuestro rey difunto.

—Eso nó, señora: don Alonso procedió como buen caba-

llero, dando una satisfaccion cumplida á la dama que ultrajó de una manera cobarde y altamente indigna de su cuna; pero queda á mi cargo su honra, como lo quedó su vida y no temais que su buen nombre sufra la menor mancilla, porque todo ha muerto en secreto, y solo tres personas en el mundo serán sabedoras de su conducta, sin que jamás por ella vuelvan á dirigirle ningun cargo. Vos, Violante, y el que acaba de obtener ahora la honra de ser titulado vuestro amigo son los únicos depositarios de esta reserva; y para que en ningun tiempo pueda vuestra imaginacion entrar en odiosas dudas contra los esposos alaveses, quiero daros la prueba mas evidente de mi amistad sincera, poniendo en vuestras manos la carta en que vuestro hijo se humilla á mi esposa y la pide perdon.

Sacó Mendoza la carta de don Alonso y la puso en manos de doña Elvira, que la recibió con demostraciones del mejor aprecio y la leyó con meditacion profunda. Concluida su lectura, dijo á Mendoza con amable dignidad.

—Ahora me toca á mí corresponder á vuestra fineza. Justo es que salve á la esposa de quien tuvo la generosidad de salvar á mi hijo. Esta carta... la verá la reina doña Leonor.

—¡Señora! no lo consiento. Hablad en buenhora á su alteza y hacedla partícipe de la inocencia de mi esposa, pero disculpad á vuestro hijo y no prevengais á la reina contra él. Violante os diria lo mismo, y en su nombre yo os lo suplico.

—¡Bien, Mendoza! replicó doña Elvira.—Me dais otra prueba de aprecio y otro motivo de gratitud; yo guardaré esta carta, y si algun dia la jóven reina insiste en sus sospechas, yo seré justa con Violante y desvaneceré cuantos cargos se la dirijan, aunque deba hacerlos pesar sobre mi hijo.

—No será Mendoza quien inste el cumplimiento de la palabra que me empeñais con tan libre espontaneidad; libre sois de retractarla cuando os sintais arrepentida de habérmela otorgado.

—¡Siempre el mismo! ¡Qué bien hizo el rey en levantaros del polvo!

—Vuestro aplauso redobla los favores que su alteza me ha dispensado con tanta profusion. No me olvidaré de ello, y si algun dia vuestro hijo...

—¡Mendoza! esclamó doña Elvira: tal vez no está léjos el momento de aceptar otra prueba de vuestra generosidad. Mi hijo se rebelará contra su hermano el rey de Castilla y vos tal vez tendreis que luchar con él en los combates. Partió con el duque de Benavente, y ambos probarán de hacerse partidarios del portugués para adquirir un mérito que les haga acreedores á las distinciones de aquel reino enemigo, y para conseguirlo tendrán que declararse traidores á su patria y á su rey. ¿Tendreis valor, Mendoza, para perder á mi hijo si de vos pende libertarlo? ¿os acordareis de que será vuestro rival el que impugnará vuestras fuerzas y hará la guerra al suelo de su cuna?

—Vuestra pregunta, señora, es una ofensa. Antes morir que dejar de ser caballero.

—A mi vez tambien os digo, Mendoza, que prefiero morir á seros desagradecida.

—Me habeis dicho que vos iriais á acompañar á doña Juana.

—¿Y vos, Mendoza? Iremos juntos ¿no es verdad?

—Si el rey me lo permite, no haré yo falta.

—Deseais ver á Violante?

—Sí; pero os confieso que otras veces lo he deseado mas.

—¿Cuándo?

—Cuando vos no me habiais dicho todavía que erais mi amiga.

—¡Mendoza! esclamó doña Elvira turbada. —¿Habeis podido creer.....?

—¡Jamás, señora! Yo he sido el insensato que he tenido la debilidad de prendarme de vos y queria sepultar en mi corazon ese desvío imprudente que pasa por mí... y que yo no lo concibo. ¿Pensais acaso que á no ser por vos hubiera dejado á mi rival impune? ¿Pudisteis soñar siquiera que á tal estremo debia llegar mi consideracion hácia un rey difunto, que podia dejar á mi rival con vida, cuando matara á cuan-

tos reyes se atreviesen ultrajar mi amor propio y mi reputacion envidiada por la alta nobleza de Castilla? Todo lo hago por doña Elvira, todo..... por vos, madre de don Alonso.

Doña Elvira quedó perpleja y como quien vé visiones.

—¿Os turbais? prosiguió Mendoza.—Yo... nada exijo de vos. Habré sido imprudente en declararos hasta qué punto llega mi insensatez; pero si mi franqueza no se emplea en vuestro desdoro, si no os pido una correspondencia afectuosa ¿podeis acaso tachar de indiscreta mi conducta? Meditadlo bien, señora, y vereis que ni yo ni nadie en el mundo es responsable de vuestras gracias.

—¡Callad, Mendoza! Mas me hubiera valido no saberlo. ¡Pobre Violante!

—¡Pobre!... Lo habeis dicho perfectamente, doña Elvira; pero mas digna fuera de la compasion que os inspira, si me hubieseis proporcionado la dicha de corresponder mi afecto con vuestro cariño.

—¡Caballero!

—Perdonad, señora, si sois tan impresionable que una mera suposicion es bastante para ofender vuestro recato. Me ruborizara tanto como vos, si atrevido hubiese soltado una prenda faltándoos al decoro y desdorando mi hidalguía. Creedme: al haceros una declaracion franca de mi buen afecto y de mi amor hácia vos, no os pido... sino que me perdoneis porque he tenido la debilidad de confesároslo.

—Basta; dijo con gravedad doña Elvira.

—Sí, basta; yo debia habermo mordido la lengua.

—Y yo despedazado el corazon.

—¿Vos?

—¡Silencio!... ¡A Dios, Mendoza!

—Doña Elvira..... ¡á Dios!

¿Quién habia de creer que al mayordomo del rey le llegaria su turno de faltar tambien á sus promesas? ¿Mendoza pudo echar en olvido un solo momento á su pobre Violante, que tan repetidas pruebas le habia dado de la pureza de su cariño? ¿Qué le hizo la infeliz para darla un pago tan per-

verso? ¿Así debió corresponder al amor de una mujer tan generosa, que hasta su libertad sacrificó para tranquilizar su espíritu, cuando injustamente la dirigia severos cargos, que luego desvaneció con la candidez de un ángel? Si llegara Violante á saber la perfidia de su esposo ¿cómo podria escusarse de su ingratitud á los ojos de aquella desventurada llena de amor y de fé?

¿Y doña Elvira? ¿se sintió tambien inclinada á Mendoza esta mujer ilustre, que para llamarse favorecida de un rey desechó el título de esposa de un hombre que la idolatraba? Parece imposible que esta dama de gran tono que prefirió los amores del rey don Enrique á las bodas del conde de Denia, esta dama que por haberse apasionado de un monarca llenó de amargura el corazon del amante mas entusiasta; esta dama que recibió del conde la prueba mas sincera de su buen afecto despues de haberle desairado, que ántes que pertenecer á otra mujer prefirió dejar el mundo y tomó el hábito de la regla de san Gerónimo confirmada por el papa Gregorio XI; esta mujer que tanto habia tenido que sufrir con sus amores, y que habia sido causa de tantos sufrimientos, llegó á prendarse de Mendoza y esta vez su amor debió su orígen á una causa mas noble y desinteresada que cuando lo dedicó al rey rechazando al noble conde de Denia. Un sentimiento de gratitud pudo esta vez haber encendido de nuevo aquella llama por tanto tiempo y por motivos tan poderosos apagada. El carácter noble y caballeroso del mayordomo del rey hizo olvidar á doña Elvira la condicion oscura del alavés, de la que don Juan primero le arrancó por una casualidad inesperada. La idea de haber sido Mendoza el libertador de don Alonso exaltó mas y mas el maternal sentimiento de la orgullosa dama, y pudo mas en ella la gratitud que los altos pensamientos de su prosapia.

Mendoza se sentia apasionado de doña Elvira como por una especie de compasion y respeto que le infundió su calidad de madre y su posicion en la córte. La idea de que pudo haber sido el matador de su hijo le impresionó sobre manera,

y su impresion se convirtió en aprecio desde que llegó á descubrir en el proceder de doña Elvira el noble sentimiento que dirigia hácia él los generosos y sinceros rasgos de la ilustre dama. Mendoza y doña Elvira sentian un placer en haberse descubierto recíprocamente las simpatías de sus corazones; pero no era fácil describir la emocion que cada uno esperimentaba con la misma identidad de circunstancias que obligaban á formar de cada uno un juicio enteramente igual. Si al alavés se le hubiese preguntado si un recuerdo de doña Elvira bastaba para desviar un momento de su memoria las gracias de Violante y el amor que la profesaba, sin duda hubiera dado categóricamente á esta pregunta una contestacion negativa; y si á doña Elvira se la hubiese instado para que dijese si los latidos de su corazon la inclinaban á Mendoza al igual que la arrastraban á don Enrique de Trastamara en aquellos tiempos en que tuvo que luchar atrozmente con el amor del conde de Denia, hubiera tambien respondido á secas que nunca su corazon se habia sentido agobiado como entónces, ni eran las mismas sus impresiones y sus deseos. ¿Cómo se esplica pues el afecto que reinaba entre los dos de una manera desconocida hasta por ellos mismos que lo poseian y no acertaban á comprenderlo? ¿Se hallaban dispuestos los nuevos amantes á faltar á sus deberes por un ciego entusiasmo? Nó: Mendoza no hubiera titubeado en la eleccion entre su esposa y doña Elvira, y siempre por Violante hubiera renunciado todo placer y todo pensamiento contrario á la fé que le tenia jurada; doña Elvira no habria por su afecto á Mendoza hollado jamás las leyes del decoro. Hé aquí dos amantes que deben ser mas bien calificados de amigos, y que á no mediar en cada uno de ellos circunstancias opuestas á una pasion criminosa, circunstancias que á entrambos persuadian de la imposibilidad de amarse, hubieran sentido todo el fuego de sus primeros años, y tan amante hubiera sido Mendoza de doña Elvira, como lo era de Violante, y doña Elvira tanto de Mendoza como lo habia sido de don Enrique de Trastamara; de modo que la posi-

cion particular de cada uno de ellos prefijaba los límites de su pasion y no la dejaba desarrollar enteramente, mas bien por un deber de conciencia que por falta de voluntad. Se respetaban á la par que se querian, y ese respeto nacia de la desconfianza ó poca seguridad que el uno podia ofrecer al otro, pues tenian ambos sobrada razon para temer que no serian correspondidos.

No es pues un desacierto negar la criminalidad del amor de Mendoza y de doña Elvira, pero es fuera de toda duda que este amor era arriesgado si por mucho tiempo se le hubiese dejado perseverar en aquel estado; porque es imprudente sujetar la pasion al deber poniendo á prueba el deber y la pasion en una continua lucha. Estando Violante de por medio no podia dejar de poner término á unos amores que le eran tan injuriosos: doña Elvira que estaba dotada de prevision y perspicacia en estos asuntos, que era mujer desgraciadamente esperimentada, y que en relaciones amorosas habia tenido que formar una triste competencia, estaba bien persuadida de que no podia esperar una correspondencia de Mendoza, debiendo competir con una mujer por tantos conceptos digna del aprecio de su esposo, y sucumbir luego vergonzosamente. Para evitar las calamidades consecuentes á una correspondencia que en último resultado la humillara en desdoro de su buen nombre, decidióse á escribir á Mendoza en términos muy dignos de una dama de su alta categoría. Hé aquí el contenido de la carta.

«Mendoza: desde que vuestros labios profirieron una pa»labra que me traspasó el corazon como una daga envene»nada, no sé si cumple á mi dignidad y á vuestra calidad de »esposo de Violante el seguir dispensándoos el título de ami»go que tan afectuosamente os habia dado. No me atrevo por »otra parte negaros una gracia, que sois mas bien vos quien »me la dispensais, porque el consideraros libertador de mi »hijo me impone la obligacion de conservaros el afecto que da »siempre de sí el reconocimiento, y que todas las considera»ciones hácia otras personas no son capaces de desvanecer.

»Los miramientos hácia vuestra esposa no pueden hacerme »ingrata con vos, porque sé lo que á vos os debo; pero no »os ilusioneis, Mendoza: aunque aprecie vuestras prendas y »admire vuestro caballerismo, no dejo por eso de reconocer »lo que debo á mi honra y á la de Violante; y si esta infe- »liz pudiera algun dia ser víctima de una amistad que llega- »ra á convertirse en una pasion entre los dos, no me que- »dara mas que la vergüenza y la humillacion tan ajenas de »mis sentimientos y de la posicion que ocupo. A pesar de »esto, Mendoza, yo no puedo negaros que os amo, porque »sois un caballero digno de ser amado de mí, y temeria faltar »á mí misma si por un desprendimiento ingrato dejara de »amaros. Tal vez no acertareis á comprender ese juego de »palabras que sin saber cómo me ponen en la precision de »hablaros en diversos sentidos, y que á cada paso me preci- »san á contradecirme; mas yo no sé esplicarme en otros tér- »minos ni puedo decir lo que siento sino incurriendo en esta »estraña contradiccion. No quisiera faltar conmigo ni con »Violante, y veo sin embargo que si persisto en llamaros mi »amigo, Violante se ofenderá, y si dejo de daros este nom- »bre, no sé como llamar al que por respeto á mi persona dejó »ultrajarse por mi hijo perdonándole la vida de que en buena »lid podia disponer. De vos quisiera un consejo, por ser la »única persona autorizada para dirigirme en este secreto mis- »terioso que no hace pesar sobre mi conciencia el menor re- »mordimiento y que no obstante me embaraza y se pone como »una barrera inespugnable entre mis deberes y mis sentimien- »tos. Si bajo este prisma no sabeis ver, como yo veo, la amis- »tad, el aprecio ó tal vez la pasion que quisiera asegurar para »siempre entre los dos sin ofensa de otro y sin menoscabo de »mi reputacion, os suplico que me hagais una reseña franca »de lo que vos sentís, y que os digneis dirigir con la vues- »tra mi conducta para seros siempre agradable y nunca »molesta. ¡Mendoza! recibid el mas espresivo saludo de la »que no sabe si puede llamarse vuestra amiga. — Elvira »Iñiguez.»

Doña Elvira no se atrevió á confiar esta carta á ninguno de sus pajes ni doncellas serviciales por temor de que nadie pudiese traslucir el secreto de su corazon, evitando de este modo todo motivo de sospecha. Para ponerla en manos de Mendoza debió valerse de persona cuya posicion social la hiciese responsable de cualquier felonía y garantizase visiblemente el encargo que se le confiaba. Mas no bastaba esta seguridad para conseguir el fin que se proponia; era preciso engañar al dador de la esquela suponiendo que en su contenido iba envuelto un secreto de Violante, y de este modo no daba lugar á presunciones odiosas, que pudiesen comprometer en lo mas mínimo su estremada delicadeza. Solo un amigo de Mendoza debió considerarse digno de esta confianza, y este amigo debia serlo tambien de doña Elvira. Acertó á pasar de su estancia un caballero al tiempo que salia de su gabinete, y al reconocerle por un íntimo amigo de Mendoza le llamó por su nombre y le hizo el interesante encargo.

—Dadla de mi parte á Mendoza, y añadidle que es asunto de Violante; dijo al caballero doña Elvira poniendo la carta en sus manos con cierto recelo que apenas logró disimular á espensas de grandes esfuerzos.—Creo escusado el deciros que la reserva.....

—¡Doña Elvira! esclamó el caballero con ademan de devolverle la carta.—Si me creeis capaz de una accion tan grosera, no lleveis á mal que me deniegue á complaceros muy á pesar mio. ¿Olvidasteis, señora, que yo no sabria abusar de un depósito que se me confiase, y que un secreto de doña Elvira Iñiguez será siempre muy sagrado para mí?

—Disimulad la advertencia que os he hecho sin intencion de irrogaros ofensa, y admitid la que os hago ahora con ánimo de que sepais á quién debeis prestar este amistoso servicio. Sé que mi secreto fuera sagrado para vos, pero este no lo es mio sino de Violante. Yo no hago mas que encargaros su guarda.

—Quedo enterado y descuidad, dijo el caballero, y al instante se fué con la carta.

Muy satisfecha quedó la favorita de don Enrique del paso acertado que habia dado en aquella ocasion tan crítica en que estaba para acompañar á la reina viuda á Salamanca, donde se hallaba enclaustrada la inocente alavesa. En efecto, la entrevista de doña Juana con el rey dió por resultado el retiro de su alteza la reina madre en el concepto de que se reunirian las córtes en Salamanca cuando debiese resolverse la cuestion del cisma. La conversacion fué animada, y el rey no tenia palabras para hacer objecion á las ascéticas reflexiones de su madre que preveia en el cisma la mala estrella del reinado de su hijo.

—Sí; decia doña Juana; le debes el trono á la Francia, pero si te haces acreedor á la maldicion del cielo le habrás pagado muy cara esa deuda. Tu padre era del francés el amigo mas íntimo, porque le quedó muy reconocido al ausiliarle contra tu tio cruel, pero nunca se atrevió á decidirse en este asunto puramente de conciencia; porque tu padre temia precipitarse á un abismo de desgracias inevitables, y es por esta razon que al tiempo de morir te dejó encargada la circunspeccion en este asunto, que en los tiempos que atravesamos debieras considerar de interés vital, porque no va en él precisamente el bienestar del alma, sino que tu trono tendrá un firme contrapeso que le hará vacilar con frecuencia, y tal vez caiga cuando estés desprevenido. La política te aconseja la conducta que debes seguir en tu reinado, cristiano rey: la religion y la política te trazan el camino del acierto; si te desvias, si obedeces á Clemente... ¡oh! me horroriza la idea de lo que va á ser de tí si obedeces al antipapa.

—Y sin embargo ya veis cuán infundada es esa idea que os parece un presentimiento del corazon. Nada se ha determinado todavía, y no dudeis que don Juan primero procurará cumplir el encargo de su padre; será circunspecto y no faltará á su dignidad en una cuestion tan delicada. De acuerdo con el rey de Aragon y mediante el consejo de hombres ilustrados se hará, señora, aquello que dicte la prudencia y que mas convenga á la paz del reino. Sé bien que el asunto

es grave y espinoso, y ántes no me decida tendrá que costarme largas horas de meditacion, porque no quisiera faltar á mi dignidad, ni que mi proceder fuese por los demás soberanos calificado de lijereza. Nó: pruebas he dado de prudencia y sois de ello testigo, madre mia: vos me habeis visto resistirme con firmeza á las exigencias del gran cardenal de Luna, que es sin duda en capacidad lo mejor que posee la Iglesia católica; vos habeis visto que sin embargo de su talento y buena táctica en el manejo de esta importante causa, me he resistido con todas mis fuerzas á sus fundadas exigencias. Él no ha alcanzado de mi parte una promesa definitiva; podrá haber concebido alguna esperanza, pero el resultado depende de la resolucion de las córtes si el rey de Aragon pretende diferir sus determinaciones.

—¿Y por qué no has de esperar que el aragonés se decida? ¿Por qué has de ser solo en tomar la iniciativa?

—Siento teneros que responder de una manera poco satisfactoria; dijo don Juan con cierta timidez que revelaba el compromiso que tenia contraido con los clementistas.

—Tal vez has empeñado tu palabra ¿no es verdad?

—Sí, madre mia; respondió don Juan titubeando.

—Entónces.....

—No os asusteis: yo no he prometido todavía la obediencia á Clemente.

Doña Juana levantó los ojos al cielo con sentidas esclamaciones que le dirigió lamentando la suerte de Castilla, porque de aquella promesa del rey dedujo sus deferencias hácia el antipapa y la consideró como el preludio de un resultado favorable á las repetidas instancias del de Luna. No se engañó la reina madre: la insinuacion del rey determinó la cuestion de la Iglesia conforme con las miras de Roberto; pues si el de Castilla no se hubiese anticipado á prometer que en este asunto procederia con solo el voto de las córtes en el caso de querer intervenir su suegro don Pedro IV, mucho hubiera tardado el reino de Castilla en reconocer un pontificio debiendo tomar ejemplo del aragonés.

Conociendo la reina madre que era en vano resistirse á la palabra de su hijo una vez comprometida, muy trastornada le pidió por favor que la dejase fijar su residencia en Salamanca, en el concepto de que en aquella ciudad fuesen convocadas las córtes que debian discutir la cuestion gravísima acerca del reconocimiento de un pontífice. El rey accedió á los deseos de su madre, y esta se despidió de él con un sentimiento profundo.

—¡Ya lo sé, rey desgraciado, que has de apurar hasta las heces el cáliz de la desdicha! dijo doña Juana no pudiendo contener las lágrimas.

—¡Madre mia! esclamó el rey; dad treguas al llanto. ¿Qué significan esas lágrimas que en vano os esforzais en reprimir? ¡Me teneis por muy malo, señora!

—¡Ah, nó! ¿quién te ha dicho que yo te acriminaba?

—Vuestros ojos me lo están diciendo ahora.

—Déjame llorar tu porvenir, don Juan, porque mas tarde no acompañarán tu dolor las lágrimas de tu pobre madre cuando recordarás el pasado.

—¡Me inquietais, señora!

—¡Don Juan!....

—Perdonad, madre mia: no quise decir que me seais molesta; pero sí que vuestra prediccion me llena de pavor. Sí, señora, me asusta vuestra profecía.

—¿Convocarás córtes en Salamanca?

—¿Creeis que dejaré de cumplir mi promesa?

—Es verdad: me lo has prometido, y tu palabra me ha dado el consuelo de poder fundar una esperanza.

—No temais.

—¡Que no tema! dijo doña Juana con áspera sonrisa. ¿Pudiera no temer cuando veo..... nó: yo no veo nada, ni el cielo permitirá que sea testigo de tu esterminio.

—¿Tan mal augurais de mi reinado?

Doña Juana procuró disimular su turbacion, y abandonó el tono profético que empezaba á desesperar al desgraciado monarca.

—No te impacientes, don Juan, ni hagas caso de lo que yo diga: las madres somos fatalistas por amor y por egoismo. ¿Piensas que si no fuese yo tu madre, mi imaginacion me remontara á descubrir lo que solo está escrito en el libro de Dios? Aunque yo pronostique tu desventura, no estoy bastante autorizada para ello. ¿Lleva acaso mi voto el sello de la infalibilidad? Yo pienso..... y no dudo que pienso mal; ¡oh, sí!.... yo estoy azorada porque soy tu madre. Como en el dia el papa Urbano procede contra la reina de Nápoles...

—¡Callad, callad! no quisiera oir nunca la relacion de este hecho escandaloso, porque bastaria por sí solo para decidirme á dar la obediencia á Roberto.

—¡Qué escucho! profirió la reina madre: ¿tú te atrevieras á reprobar el procedimiento del padre de los fieles contra una reina cismática?

—Si no sé todavía quién es el responsable del conflicto de nuestra Iglesia....

—Roberto y cuantos le obedezcan, dijo con indignacion doña Juana.

—¿Lo sabeis vos, señorá? preguntó el rey admirado de la prevencion de su madre contra Clemente VII.

—Te lo diré en Salamanca: para entónces aplazo mi respuesta.

El rey besó la mano á su madre y estrechóla contra su pecho.

—Tan buena sois, que si implorais á mi favor el del cielo, no temo por mi suerte ni por la de mis vasallos.

Estas palabras, proferidas por don Juan con acento amable y respetuoso, conmovieron sensiblemente á la reina viuda á quien no pudo ménos que enternecer la emocion de su bondadoso hijo, de modo que llegó á sentirse arrepentida de haber sido tan esplícita en la manifestacion de sus presentimientos.

—No hagas caso de tu madre, repitió doña Juana para desvanecer la impresion que habian causado al rey sus francas demostraciones.—Dios te hará feliz aunque yo haya creido

otra cosa: Dios conoce mejor que yo la bondad de tu corazon dispuesto siempre á cumplir como rey de los hombres y esclavo del cielo. Si supieras, hijo mio, cuán varia y voluble es mi opinion en el asunto de la Iglesia, si vieras cuántas ideas concibo á un tiempo en diferentes sentidos, no me llamaras profeta, ni te causaran alarma mis esceesos de cariño. Sí, don Juan; en mis demasías y en mis locuras solo me dirige el amor que te profeso, el entusiasmo de una madre que te contempla sentado en el trono de Castilla, y se estasía de gozar tanta gloria y teme perderla, porque se cree indigna de ella. Ya ves tú cuán poca importancia debe darse al juicio de una mujer que vive siempre dominada por un mismo pensamiento, y que al volver la vista al rededor de sí la han cegado los encantos de su ventura. Posesora de una felicidad sin límites me he vuelto de ella tan avara, que si debia ceder de ella una mínima parte, me pareceria que habia de renunciar el todo. No lo estrañes; porque ya que perdí un esposo, sintiera perder un hijo que ha sido coronado rey de Castilla. ¿Te parece que seria esta una pérdida poco considerable? ¡Rey!... ¡y un rey tan bueno!

—Como su madre, dijo don Juan sonriéndose afectuosamente.

—¡Ya! respondió con intencion doña Juana, pero la madre de don Juan primero no fué cismática.

—Queda aplazada mi réplica para cuando las córtes se reunan en Salamanca.

—Celebro la oportunidad de tu advertencia, siquiera porque me hace constar que vives advertido. Se reunirán las córtes en Salamanca y allí.... tu madre discutirá y hará oposicion al gran cardenal de Luna, y veremos á quién Castilla dará la obediencia.

—Tan obstinada estais que me vais admirando á fé.

—¡Oh, don Juan! dijo la reina con gravedad.—Yo hice un voto y lo he de cumplir.

—¿Tanto odiais á Clemente VII?

Doña Juana se enardeció, y contestó al rey con estremada viveza.

—Le odio tanto..... Nó: yo no le odio; le temo.... y es tanto lo que le temo que no sé lo que prefiriera ántes que serle obediente en vida de Urbano. Mira: tú no puedes dudar de mi cariño ¿no es verdad?

—Nunca.

—Ya sabes cuán gloriosa fué para mí tu ascension al trono.

—Sí, señora; lo sé.

—Pues prefiero que lo abdiques, que te hundas con él en un abismo, y que de tí no quede raza ni rastro, ántes que ser obediente al usurpador del vicariato de Jesucristo.

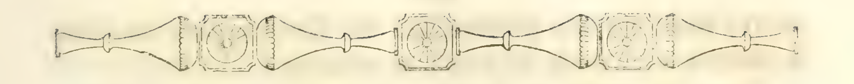
El rey quedó como estasiado al oir la desesperada aversion de su madre al antipapa.

—Queda aplazado.....

—¡Basta! dijo afligida la reina, y al dar un á Dios á don Juan las lágrimas humedecieron sus mejillas.

Al dia siguiente partió doña Juana para Salamanca con sus favoritos doña Elvira y el mayordomo del rey.





CAPITULO X.

Otro natalicio, otras córtes, otro entierro, otros enredos y una maldicion.

Llegó por fin á cumplirse por la reina madre el saludable consejo del respetable cura de la capilla de los Reyes de Toledo. Un retiro era el único medio de tranquilizar la agitacion de la bondadosa doña Juana, cuyo estado de salud se hallaba quebrantado á consecuencia de los continuos azotes que en su espíritu sufria desde que el gran cardenal de Luna se propuso inclinar al rey á la obediencia del temerario Roberto. No obstante, si bien la esperanza de una oposicion firme y decidida á las pretensiones del bando clementista dejaba algun consuelo á la cristiana reina y le daba fuerzas para superar sus continuas desazones, no por eso dejó de ser víctima de las intrigas del de Luna, quien habiendo sabido por la reina doña Leonor que la cuestion del cisma se resolveria definitivamente en Salamanca, donde serian convocadas las córtes al efecto, echó de ver que esta determinacion de don Juan se habia tomado á instancias de su madre para oponerse al mensaje de Clemente y burlar á los emba-

jadores franceses que permanecian en Castilla para acalorar la materia en sentido favorable al antipapa.

Como los reyes de Castilla y Aragon prorogaron la entrevista que tenian convenida en los confines de sus reinos hasta que el aragonés hubiese tratado del asunto de la Iglesia con acuerdo de teólogos y juristas, á cuyo fin habia ordenado que todos los prelados de sus reinos concurriesen en Calatayud á 29 de setiembre de aquel año 1380, el legado del antipapa tuvo ocasion de remover cuantos resortes le vinieron á mano para desairar al verdadero pontífice. Determinaron por fin los reyes enviar embajadores á los dos papas y tambien á ciertos cardenales italianos que, habiéndose hallado en las dos elecciones, se mantenian indiferentes.

La reina doña Juana hizo cuanto estuvo de su parte para proporcionar el triunfo á Urbano, y valióse del cura de la capilla de los Reyes de Toledo y del monje conde de Denia, que tomó el hábito de penitencia por haber doña Elvira despreciado sus pretensiones amorosas. Habiéndolo sospechado el gran cardenal de Luna, envió al conde un comisionado para que se abstuviese de pasar á Salamanca, donde se hallaba doña Elvira, pretextándole que su presencia cerca de aquella dama, que habia sido el objeto de sus amores, podia infundir sospechas odiosas, y se esponia á las tentaciones del demonio: por eso le aconsejaba que no tomase parte directa en la cuestion de la Iglesia menoscabando su buena reputacion como religioso, porque nadie creyera que un asunto confiado á teólogos y juristas fuese la causa motriz de su viaje á la ciudad en que habia fijado su residencia la mujer que tanto habia idolatrado, y le suplicó despreciase toda insinuacion en contrario, por ser el decoro de su estado lo primero que debia atender.

Fué sin duda muy moral la máxima del cardenal de Aragon, y la hubiera apreciado el conde de Denia á no descubrir en ella el pretexto de la oposicion al reconocimiento de Roberto: con todo no dejó en un principio de producir el efecto que deseaba, pues la prudencia y el temor de la mur-

muracion obligaron al noble monje á permanecer indeciso durante algun tiempo, y á escusarse del mejor modo con la reina doña Juana.

No se limitó el de Luna en dar este paso que le sugirió su política, sino que además procuró apaciguar á la madre del castellano esparciendo en Salamanca la voz, que corrió muy válida, de que el antipapa iba á desistir de su empeño y á declarar por sí mismo el pontificio en favor de Urbano, á cuyo fin envió cartas á sus amigos declarándoles que creia próximo el momento de ponerse término al cisma, y que suspendiesen sus gestiones hasta nuevo aviso, pues era muy probable que la silla apostólica quedaria definitivamente en Roma y que Roberto seria el primero en reconocerla. Llegó doña Juana á persuadirse de la certeza de esta noticia y desistió de su oposicion, restableciéndose algun tanto con motivo de haberse tranquilizado su espíritu. Separadamente los amigos del de Luna tenian órden reservada de activar las negociaciones sin pérdida de tiempo, bajo el concepto de que su cooperacion daria un resultado feliz en Castilla, lo que no podia asegurar con respecto al reino de Aragon, por no poder recabar con don Pedro IV, quien tenia por una farsa cuanto se decia de temores y amenazas en la eleccion de Urbano.

Tranquila y engañada la madre de don Juan primero pasaba la mayor parte del tiempo en el templo, acompañada de doña Elvira, dando ambas á Dios un solemne voto de gracias por haber acogido sus preces en bien de la Iglesia y del reino castellano. Pasaban ambas largas horas al lado de Violante, que estaba próxima á salir de su clausura, y no lo habia verificado para cumplir una promesa religiosa.

Mendoza se sentia muy triste, y doña Elvira tambien: ambos se miraban con cierta reserva y no se hablaron mas de su amor, como si aquella declaracion del alavés hubiera sido una ilusion de momento ó un simple capricho. La noble dama esperaba contestacion á la carta que habia escrito al rival de su hijo, contando que aquella espresion de buen afecto mereceria ser acogida con muestras de interés y

respeto hácia una mujer ilustre que tuvo la debilidad de deslizarse confesando un aprecio en que su reputacion y buena fama venian comprometidas. Acriminaba interiormente ese silencio que la abochornaba, y mas de una vez se arrepintió de haberse adelantado á dar el nombre de amigo á un hombre que hizo burla de ella y desechó su confianza; pero doña Elvira conoció que Mendoza estaba afligido y no acertó á descubrir la causa de su afliccion. Tan pronto la atribuia á resentimiento por los descargos que le habia dado, como á vergüenza por haber tenido que cejar á la simple vista de su esposa, como á remordimiento por la ofensa que dirigia á la compañera de sus penas y de sus glorias. Esta idea era la que mas impacientaba á la madre de don Alonso, y que sin embargo la obligaba á reprimir su dolor. Su posicion era muy terrible; pues no podia disimular su pasion sin declararse ingrata, ni ostentarla sin ruborizarse; y si á esto se añade el temor del mal concepto que de ella podia haber formado el caballero Mendoza, ese rubor que es la pesadilla que le queda á toda mujer bien educada, que habiéndose apasionado de buena fé, y creido de buena fé ser correspondida, se ve engañada cuando ya no es tiempo de volver atrás, no hay duda que doña Elvira era mas digna de compasion que de desprecio.

La noticia del natalicio del segundo hijo de don Juan primero calmó la tristeza de que doña Juana se hallaba poseida. Hallábanse los reyes castellanos en Medina del Campo, y á los treinta de noviembre dió á luz la reina doña Leonor otro infante, que se llamó Fernando (1). Las fiestas que celebraron los pueblos de Castilla fueron grandes; pero no tanto ni tan duraderas como las que se dieron por el natalicio del príncipe don Enrique, ya porque merecia el primogénito mas distincion, ya tambien porque las circunstancias habian variado mucho, y no estaban dispuestos los pueblos á ostentar

(1) Llamóse infante de Antequera porque quitó esta ciudad á los moros, y en el año de 1412 fué elegido rey de Aragon.

una gala facticia cuando su corazon vestia luto. No obstante en Salamanca reinó el regocijo durante algunos dias, y la reina viuda admitió las felicitaciones de los vecinos del Tórmes poniendo un semblante mas alegre y placentero de lo que podia permitir su delicado estado.

La fausta nueva del natalicio del infante don Fernando dió largas á la convocacion de las córtes. El cardenal de Aragon fué sin duda el que mas satisfecho quedó del retardo; pues de este modo pudo preparar mejor sus planes y sorprender oportunamente á los urbanistas, contentándoles con la esperanza de que iba á terminar el cisma de la Iglesia y á desistir de sus pretenciones el antipapa para dar á los fieles un ejemplo de sumision. Añadió mas todavía á fin de dar á la falsa noticia un colorido de verdad ; esparció la voz de que Roberto retiraba su solio bajo la condicion precisa de que si Urbano le premuriese, no debiera procederse á nuevas elecciones, y quedaria él reconocido papa subsistiendo en este caso la validez de su eleccion en Fondi, y que además queria que á la reina de Nápoles le fuese restituido el reino, y se la otorgaran las dispensas necesarias para que en ningun tiempo pudiese constar que se hizo indigna de la gracia del cielo por haber sido cismática, pues siendo este un punto dudoso no se sabia de parte de quién estaba la razon, y seria contradecirse manifiestamente aprobar la eleccion hecha en Fondi y dar un voto de censura á la reina que la consintió, de modo que esta segunda condicion debia considerarse como una consecuencia precisa de la primera.

Seis meses trascurrieron sin hablarse apenas del cisma hasta que el intrépido cardenal de Luna creyó oportuno instar al rey para que cumpliese su promesa. La reina viuda, que creyó de buena fé la noticia que se habia esparcido en Salamanca, y que considerándola muy fundada se habia abstenido de poner en juego los medios de oponerse á los clementistas, al verse engañada por esa farsa, teniendo en cuenta que apenas le podia quedar tiempo para declarar abiertamente la guerra al antipapa, se afectó de tal modo que á los pocos dias tuvo que

guardar cama para no levantarse mas. Noticioso don Juan del estado peligroso en que se hallaba su madre, emprendió el viaje á Salamanca á fin de cumplirle la promesa que la tenia dada de abrir allí las córtes en que debia resolverse la cuestion de la Iglesia. Acompañáronle en su viaje su esposa la reina doña Leonor, el cardenal de Aragon, don Pedro Fernandez, el almirante Tovar y varios prelados y jurisconsultos.

Habia doña Juana escrito por última vez al conde de Denia para que despreciase las amonestaciones del gran cardenal de Luna, patentizándole el decidido empeño del legado en dar á Clemente VII el triunfo y aumentar escandalosamente los conflictos del orbe cristiano. La carta iba trazada en estos términos:

«Mi apreciado conde y reverendo monje: Dios os llama »en su ayuda, y si os mostrais cobarde le haceis una ofensa »de que os pedirá estricta cuenta. No temais la murmura»cion, porque esta idea que os ha sugerido el legado del anti»papa es para retraeros de un buen servicio que debeis pres»tar á la Iglesia, y que no podeis escusaros como buen sacer»dote y penitente. Mientras vuestra conciencia esté tranquila, »dejad que os acuse un mundo al que ya no quereis perte»necer: pues seria estimar en muy poco la Iglesia, si para »evitar malas hablillas contra vos la abandonaseis en su con»flicto. Conviene, estimado conde, que por la salud de vuestra »alma y por el buen nombre de vuestra patria, que os ha »dado tantas y tan relevantes pruebas de su aprecio y que »os ha mirado siempre con una distincion que ha sido envi»diada por las clases mas elevadas del reino, hagais un último »esfuerzo en provecho de vuestros conciudadanos y en mayor »gloria del Señor de Israel. Espero que esta vez no os mos»trareis sordo á mis palabras, y que vuestra contestacion será »vuestra presencia en mi palacio para el cual os pondreis en »camino así que hayais recibido la presente. No admito es»cusas ni dilaciones, que me serian ingratas. Venid pronto »si no quereis haceros digno del desagrado de una reina »que siempre ha sido generosa con vos dispensándoos cons-

»tantemente su aprecio y favor. — Yo la reina viuda de Castilla.»

Al leer el conde monge el contenido de la carta que precede no pudo ménos que dejar su retiro y emprender desde luego su viaje para Salamanca. Entretanto llegó al mismo punto la regia comitiva, y los reyes castellanos se confirieron inmediatamente á la estancia de la reina madre, cuyo estado de postracion hacia temible el peligro de perder muy pronto su existencia. Don Juan primero no pudo contemplar sin horrorizarse las facciones desencajadas de aquella mujer que pocos años ántes habia sido un tipo de hermosura. No contaba apenas los cuarenta años de su edad, y su rostro habia conservado siempre los tintes delicados de su juventud; mas en su enfermedad las formas cadavéricas y un color de tierra causaron la alteracion de su fisonomía de modo que no apareció ya mas aquella reina jóven y hermosa que con su aire majestuoso se hacia admirable y parecia que todo se humillaba á su presencia. Dió una mirada al rededor de sí, y al ver á su hijo recostado en la cabecera de su cama, se incorporó y le tendió la mano.

—¡Madre mia! esclamó don Juan besando afectuosamente la mano que acababa de tenderle la enferma. —Creí que habiais conciliado el sueño y no me atreví turbaros en él; pues con el reposo del cuerpo se tranquiliza el espíritu, y si vos podeis conseguir tranquilizaros, vuestra enfermedad desaparecerá muy pronto.

—¡Pobre don Juan! dijo la reina viuda dejando entrever en sus labios una sonrisa cariñosa que formaba un interesante contraste con la tristeza de su corazon.

—¿Por qué me llamais así, señora? preguntó el rey con admirable sorpresa. —Parece que vuestra espresion cariñosa indica un sentimiento hácia mí, que á la verdad no concibo como he podido inspirarlo.

—¿Cómo?

—Decia, madre mia, continuó el rey, que con llamarme vos «¡pobre don Juan!» me habeis dado una prueba de que

me estais compadeciendo..... ¡á mí que soy el rey de Castilla!... ¡vos que sois mi madre y estais enferma!

—Fué el afecto que llevó á mi boca esa espresion de ternura.

—¿Estais contenta de verme junto á vos? preguntó cariñosamente el rey á la enferma.

—Sí, respondió doña Juana; estoy contenta.

—¿Os sentís dispuesta á desvanecer vuestras inquietudes? ¿Prometeis quedar tranquila?

—¡Tranquila! dijo la reina viuda dando un profundo suspiro.—Cuando llegue á tranquilizarme, mi enfermedad desaparecerá muy pronto: tú me lo has dicho.

Dióle en aquel mismo acto á doña Juana un ataque de calentura que la dejó algunos instantes en un completo abatimiento, que dió bien á comprender la ambigüedad de sus espresiones.

—¡Dios mio! esclamó don Juan no pudiendo proseguir, cortado por el dolor que le oprimia al contemplar la postracion de su madre.

Doña Juana volvió en sí y se agolparon en sus ojos algunas lágrimas, que fué á enjugárselas con presteza la reina doña Leonor, mezclándose las suyas con el frio sudor de su paciente suegra.

—¿Tú lloras tambien, Leonor? preguntó á su nuera la doliente viuda de don Enrique.

—Si os veo tan postrada ¿no he de llorar? ¿pensais que la esposa de vuestro hijo... que vuestra hija, señora, no sabe acompañaros en vuestros sufrimientos? ¿No he sido siempre mas que vuestra amiga, vuestra hija idolatrada, y no habeis visto que á vuestro amor y al de vuestro hijo he correspondido siempre con lealtad y agradecimiento?

—Lo sé, hija mia, dijo la enferma; pero tu esceso de candidez ha sido muy funesto y... me da la muerte.

—¡No os entiendo, señora! replicó la jóven reina llena de admiracion.

La madre del rey le apretó la mano, y doña Leonor va-

ciló como si rápidamente hubiese pasado una densa niebla ante sus ojos.

—¡Si supieras cuánto me consuela la idea de que no me hayas comprendido!

—¿Sí?—dijo doña Leonor sonriéndose de modo que formaba su sonrisa un conjunto de gracias que á un tiempo venian grabadas en sus labios la dulzura, la compasion y el dolor.—Vuestro consuelo se aumentará, pues, cuando sepais que ahora os comprendo ménos.

—En efecto: tú eres buena reina, y no habrás querido arruinar el reino de tu esposo, en cuyo trono ocupas á su lado un asiento.

—Nunca: contestó la reina á la enferma.

—Estoy muy segura de que en el mal que has hecho no hubo intencion de causarlo, prosiguió doña Juana.—Si otra cosa pensara me atreviera á reconvenirte.

El rey palideció, y la reina permanecia inquieta y ávida de curiosidad. Doña Juana seguia melancólica sin atreverse á descubrir la pena que la devoraba para no turbar la tranquilidad de sus hijos. Buscó la causa motriz de su nuera en halagar al cardenal de Luna favoreciendo su mensaje, y descubrió fácilmente que la impertinencia de los celos la habia precipitado á dar un paso indiscreto, al que no acompañaba la prevision de ningun resultado funesto. Doña Juana era amante de la justicia, y de consiguiente muy cauta en aventurar los juicios, por los que pudiera censurar con acritud la conducta de aquellos, cuyos actos debia juzgar con rectitud y madurez. La bondad de su conciencia no la permitia emplear contra doña Leonor un lenguaje desagradable, ni mostrarse severa al recordarle los cargos que pudieran pesar sobre ella, si hubiera llegado á conocer que al vengarse de Violante daba nuevos azotes á la madre de los fieles.

—Tú le has dado al Señor otra lanzada como la que recibió en el Calvario, y como aquel agresor, tú estabas ciega tambien. La pasion te condujo, y no fuiste mas que el instrumento de tu delirio.

Esto dijo doña Juana con una amabilidad ascética que conmovió á la jóven reina.

—Esplicadme, señora, en qué falté—dijo doña Leonor asustada.—Me hablais en un sentido..... que me parece tener que espiar un pecado muy grave, y que he de sufrir por él una pena muy enorme. Mas yo no sé qué ofensa me hace tan indigna de las gracias del cielo y de vuestra indulgencia, que no podais resistir mi gran culpa y tengais que morir por ella. Yo no tengo esperiencia y tal vez..... ¡señora! me haceis temblar. Ved como lloro y no sé todavía de qué lloro.

—Sosiégate y dá treguas á tu llanto, contestóle la enferma.—Yo no te acuso, ni me declaro tu víctima.

—Vuestra protesta es para mi corazon un bálsamo de consuelo, replicó doña Leonor: pero me direis en qué consiste.....

El cardenal de Aragon penetró en la estancia de la reina madre; esta se incorporó de nuevo, y tomando á doña Leonor la mano, le señaló con la otra al legado del antipapa y le dijo:

—Mira, hija mia, este es el sabio sacerdote que ante Dios y los hombres ha de responder de tu conducta y de mi vida. Él te esplicará mejor que yo de qué me quejo, porque él lo sabe mejor todavía.

—¡Basta! dijo doña Leonor.—ahora lo comprendo todo.

—¡Señora! dijo hipócritamente el cardenal: mi presencia ha llamado la atencion de vuestras altezas y al entrar aquí se me ha señalado para hacerme responsable..... no sé de qué. Soy en Castilla el representante de un pontífice, y agregado á la embajada francesa, tambien represento hasta cierto punto aquella nacion tan amiga del reino castellano. ¿Se trata acaso de inculparme por algun acto de mi mensaje como legado de Clemente VII ó embajador de Francia?

—¡Cardenal! dijo el rey con dignidad.—Tan estrañas reconvenciones no se usan en mi reino: y las conversaciones particulares, como desahogos de familia, no tienen ningun carácter oficial. No querais saber mas, porque yo no consiento otra respuesta.

Desde luego echó de ver el gran cardenal de Luna la pruden-

cia del rey al producirse en aquellos términos, que en el primer momento debian parecerle un bochorno. Don Juan primero quiso por una parte cortar la conversacion para evitar compromisos si hubiesen empeñado el choque su madre y el cardenal, y por otra procuró usar aspereza con el de Luna para probar á la enferma que en la cuestion de la Iglesia no procedia por deferencias á Roberto ni á la Francia, sino por el bienestar de su reino. Creyó fundadamente el rey que de este modo doña Juana se persuadiria de la imparcialidad con que contaba proceder en la cuestion de la Iglesia, fuese cual fuere el resultado de la discusion en las córtes que iba á convocar.

Manifestó la enferma que tenia deseos de conciliar el sueño, y todos se retiraron quedando guardada por los médicos de cámara y su inseparable doña Elvira. A poco rato llamó la reina á su dama favorecida y la hizo encargo de que instase á Violante para que dejase la clausura y fuése á socorrerla en su enfermedad, pues habia espirado ya el tiempo que se reservó para dar gracias al cielo por el feliz desenlace de sus asuntos en la córte de Castilla. No dejó de repugnar á doña Elvira la comision que debia desempeñar; pero era fuerza dar á Violante y á Mendoza esa prueba de desprendimiento, para que aquella no entrara en recelos, y este se convenciera de que nunca habia sido su ánimo el de usurparle el amor de su esposa.

Iba con alguna frecuencia el mayordomo á visitar á la enclaustrada, y sin embargo de que anhelaba el momento de abrazarla, la prevenia que no corria tanta prisa el salir de la clausura como habia corrido el entrar en ella, y esta prevencion la hizo con mas interés desde que la real familia se hallaba reunida en la ciudad de Salamanca. Violante estaba disgustada de un proceder tan estraño y nuevo en aquel mismo hombre que con dificultad y muy á pesar suyo pudo otorgarle el permiso para retirarse á un convento; no sabia cómo definir aquella tristeza que notaba en Mendoza, y llegaba á desesperarse si alguna vez la molestaba el pensamiento de que aquella tristeza era frialdad ó fastidio.

—¿Qué será?—le decia azorada á su esposo la mujer

penitente.—¿Qué será lo que leo en tus ojos, lo que me revelan tus miradas?

Y Mendoza no contestaba, como si le enmudeciese un remordimiendo atroz. La pregunta de aquella infeliz mujer se perdia en el espacio. ¡Cuán terrible es dudar despues de haber concebido una esperanza halagüeña! ¿Pero podia Violante ser martirizada por la funesta duda, ignorando que su esposo hubiese faltado á sus juramentos? ¿Tenia derecho para sospechar una mala correspondencia de aquel hombre que todo lo sacrificaba al cariño de su Violante y á la paz doméstica? La enclaustrada no sabia las simpatías que mediaban entre su esposo y doña Elvira; de consiguiente no era justo que entrase en odiosas sospechas solo por haber notado en el rostro de Mendoza una tristeza indefinible. ¿De qué me quejo? podia preguntarse á sí misma; y á buen seguro que no hubiera acertado á dar otra razon que la de ver triste al que á su lado debia estar alegre. Al fin Violante, hallándose próxima á salir del convento, determinó romper el silencio y descubrir de una vez el misterio que la tenia atrozmente desazonada, pero fué en vano; la tristeza era el único descargo del alavés.

—¿Quieres qne permanezca en el claustro ó que vuele á tus brazos? ¿Quieres que te siga ó que te deje alejar de mí?

—No lo sé, respondia el abatido esposo, á quien nunca abandonaba este estado de incertidumbre.

—Eres conmigo muy injusto y muy cruel, Mendoza, le decia á su esposo la alavesa; pero te disculpo, porque tal vez yo soy digna tambien de que acrimines de temerarios mis juicios.

—¿Tú? preguntóle azorado el buen Mendoza.

—Sí; contestó la impaciente dama.—Quisiera darte una prueba de que no he de vivir á tu lado para serte molesta: yo estaré bien aquí, y estoy dispuesta á sacrificarme para complacerte.

—¡Molesta!

Las facciones de Mendoza tomaron un color de fuego, y poco despues palidecieron.

—Yo no he de pertenecer mas que á Dios, si tú no has de quererme; repitió con humildad la alucinada jóven.

Sus palabras eran para Mendoza crueles espinas que le roian el corazon.

—¿Dudas de mi amor? la decia con amargura.

—Sí, Mendoza, le respondia Violante llena de pasion y dolor.—¿Por qué no he de serte franca, aunque tú no te dignes corresponderme con aquella sinceridad de otros tiempos mas venturosos? Tú estás triste, Mendoza, y mi presencia es causa de tu tristeza. Sientes tener que aparentar una pasion que ha desaparecido, y sientes quizás la pérdida de esta misma pasion. Tan honrado eres, que quiero hacerte la justicia de reconocer en tu trizteza la bondad de tus sentimientos y la prueba sublime de tu honor. ¿Qué mas quieres de tu pobre Violante? Pero... yo tengo envidia á la mujer dichosa y malvada que ha sabido robarme tu cariño. ¡Mendoza! yo soy muy digna de compasion, porque en el mundo ya no me queda consuelo de nadie.

—¡Jamás! esclamó Mendoza fuera de sí, empujando las rejas para recoger con su mano las tiernas lágrimas de su esposa.

Y el sonido de la esquila la llamó al coro, y un simple á Dios terminó aquella entrevista. Dos dias despues de esta escena fué cuando la reina viuda dió encargo á doña Elvira para que instase á Violante que fuése á asistirla en sus dolencias y en aquella ocasion tuvo la alavesa otra visita inesperada. Un caballero de gran trono llamó al locutorio, y la voz de una monja que tenia el ojo aplicado á un agujero del torno correspondió al aviso con un «*Deo gratias.*»

—Dadas le sean por todos, buena hermana, dijo el caballero.—Si á esta hora es visible la penitente señora de Fita y Buitrago, un buen cristiano quisiera tener la honra de hablarla.

—¿Me direis quién sois?

—¡Hermana! creo que mi nombre es por demás, y que os ha de importar muy poco para que yo pueda hablar á esa señora.

—Es de regla. Decid al ménos si sois pariente ó un allegado de su familia.

—Como gusteis.

—Pediré venia á la madre priora.

—Decidla que es asunto que interesa á la reina.

—¿No mas?

—¿Os parece poco? decidla tambien, si os place, que he de hablarla... de los conflictos de nuestra Iglesia... en fin decidla lo que querais con tal que pueda luego conferenciar con ella.

—Esperad.

Oyóse una campanilla, despues otra y despues otra; la voz de Violante hirió los oidos del caballero, y á poco rato se abrieron las puertas del locutorio.

—¿Quién es? preguntó la penitente.

Su traje humilde le sentaba tan bien, que nunca estuvo mas encantadora.

—Yo soy; dijo el caballero—y en aquel acto la dama prorumpió en un grito de terror.

—¡Huid! profano, esclamó la enclaustrada.—¡Quiera Dios que algun dia no tengais que arrepentiros del sacrilegio á que os conduce vuestro frenesí imprudente y vuestra perfidia audaz.

Iba á retroceder la de Fita y Buitrago; mas la voz del caballero la detuvo.

—¡Violante! esclamó enfurecido.—No vengo á implorar vuestro amor, del que me habeis declarado indigno.

—¿Qué me quereis, pues?

—Escuchad.

Acercóse de nuevo la alavesa, sentóse en un banquillo que se hallaba junto á la reja, y sin mirar al caballero le dijo con desden.

—Hablad, señor: ya os escucho.

—Si vuestros ojos se dignaran dirigirme una mirada.....

Violante le miró con indignacion y desprecio.

—De mi amor no os he de hablar, prosiguió el caballero;

ya que de tan mala correspondencia me hice acreedor: y pues otro hombre cayó mas en vuestra gracia, quiero ser generoso con vos y complaciente con ámbos, refiriéndoos los amores de ese hombre afortunado.

—¡Esperad! dijo Violante. La reina y la religion santa no están interesadas en lo que vais á decirme ahora.

—Lo están.

—Ved que mi audiencia solo se os ha concedido para tratar de estos dos objetos que vos indicasteis al solicitarla.

—Algo tenia que decirla á la portera para acallar sus impertinentes exigencias.

—Pues entónces.....

Violante se levantó con ademan de cerrar las puertas del locutorio.

—No os vayais sin saber los amores de Mendoza, dijo el caballero.

—¡Mentís, villano! esclamó la dama y luego reflexionando se tapó la boca y dijo —Nó nó: miente... el mensajero.

—Tengo pruebas.

—¿Vos?

—Sí, Violante: yo os arrancaré la venda que llevais puesta en los ojos.

—Me haceis temblar, dijo la enclaustrada. —¡Dios mio! ¿cuál debe ser la mano oculta que ha dado á Mendoza esa proteccion insolente?

—Doña Elvira, contestó el caballero.

—¡Doña Elvira!... ¡maldita mujer!

Volvió á sentarse, y recostándose en la reja apoyó su cabeza sobre la mano.

—¡Necia de mí, prosiguió, que depositaba en ella mi confianza y la contaba mi tristeza y las locuras de su hijo! ¡Cómo se reiria la infame de verme tan amante de Mendoza y á Mendoza tan celoso de mí! Debió pensar que ya pondria término á los sufrimientos de un hombre, que lo usurpaba á su amiga... ¡Oh! si ahora me viese salir del claustro, ¡cómo rugiria y se escaparia de mí con la presa en la boca!

Pero..... decidme, señor! ¿puede una dama decente confiar en la palabra de un hombre como vos, vengativo y atrevido?

— ¡Qué escucho! ¡Vive Dios, que me insultais muy descomedidamente, señora!

— ¡Callad! replicó Violante rechinando los dientes. — Teneis razon: será una cosa demasiado cierta, cuando me la habeis dicho para darme tormento. Mendoza... no sabria maltratar así á una mujer y vender á un caballero: doña Elvira lo conoce... y por eso me tiene envidia, por eso me lo roba.

— ¡Señora! reportaos y poned freno á la lengua; que el que os avisa para vuestro bien ni se venga, ni se atreve. Cuando puse en vuestro conocimiento mi amor insensato, debisteis creer que estaba dispuesto á atropellarlo todo abusando de mi posicion y de la vuestra. Yo he de vindicar mi conducta en esta parte declarándoos que os compadecia, y que no le hacia traicion á vuestro esposo con pretender que me abriesies las puertas de ese cielo, de que él, ingrato, quiso ser arrojado como un ángel rebelde. Quiero que me oigais mis descargos, y no se os olvide que tambien sé obrar cual cumple á un caballero que es bien nacido y que de noble se precia. ¿Me habeis comprendido, Violante? Nunca me hubiera atrevido á probar si era digno de vos á no tener la certeza de que Mendoza se habia hecho indigno.

— ¡Imposible! esclamó la dama apretándose la cabeza con ambas manos.

— Ya os he dicho que tenia pruebas y estoy pronto á manifestároslas; dijo el caballero metiendo mano en su bolsillo.

— ¡Pruebas! ¿Será cierto, Dios mio? ¡Oh! no me engañé.

— Tomad: dijo el caballero sacando una carta.

— ¡Basta!..... esclamó Violante. — No quiero saberlo..... tal vez si no lo veo, me quedará una duda. ¡Duda atroz que me matará tambien, pero mas lentamente! ¡Si al ménos pudiera volverme á poner la venda!..... ¡Mendoza de mi corazon! ¿qué te hice yo para que me hagas sufrir tanto? ¿Tú sabrás olvidar á una desgraciada que ha sacrificado á tu ca-

riño su juventud y las delicias de su vida? ¿Tú podrás huir con la flor y dejarme con la espina? ¿Tú, Mendoza, serás capaz de oprimir el corazon de esta infeliz mujer, que te lo dió lleno de amor para hacerte dichoso? ¿Tú no eres ya de Violante que te adora?..... ¡Mentira! ¿quién es el osado que tan cobardemente te calumnia? ¿quién se ha desbocado contra tu honra atropellándola con la impostura?

—¡Señora! esclamó el caballero.

—¿Sois vos? prosiguió Violante enfurecida.—Vos habeis mentido... como un infame. ¡Ah! perdonad—añadió luego con acento respetuoso.

—Dejad, señora, ese arrebato necio que lastima vuestro corazon y marchita vuestro rostro. Sosegaos, y preparad el combate contra doña Elvira que se está burlando de vuestra inesperiencia, y os va á envilecer sometiéndoos á su capricho. ¿No veis los peligros que os amagan? ¿Quereis ser víctima de un insolente sarcasmo?

—¡Doña Elvira! volvió á esclamar la ultrajada penitente. —¡Maldita sea! yo me he de vengar; yo... he de matarla.

—¿Vos?

—¡Perdóneme el cielo!... contestó Violante arrepentida de su amenaza.—Yo no sé lo que me digo: mi cabeza parece que está ardiendo y que se parte en dos mitades. Pero..... vos me lo habeis contado todo diciéndome que teniais pruebas.

—Sí; las tengo y no os dejarán la menor duda de que Mendoza hizo de su amor una declaracion formal á doña Elvira. Tengo la carta.....

—Dadme esta carta, dijo precipitadamente la dama: dadme esa prueba de amor.....

—¡Maldicion! gritó un hombre entrando precipitadamente con la daga desenvainada.

El caballero habia calado su visera para no ser descubierto, y metió otra vez la carta en su bolsillo.

—¡Tente, sacrílego! esclamó la dama al ver amenazada la vida del caballero—¡Ah..... Mendoza!!!

Aprovechó el incógnito aquellos momentos de confusion y desapareció de aquel sitio como por encanto, temeroso sin duda de recibir la estocada que llevaba bien merecida. Pudo dar gracias á la esclamacion de Violante si esta vez el temerario no acabó su existencia en manos de Mendoza el bravo, pues iba resuelto á herir, y se le cayó el arma de la mano á la simple idea del sacrilegio que cometiera derramando en aquel lugar sagrado la sangre de un hombre. Los dos esposos permanecieron largo rato en silencio despidiendo alternativamente uno que otro suspiro, hasta que al fin lo rompió Mendoza reprimiendo la cólera que le devoraba.

—« ¡ Dadme esa prueba de amor !....» Así dijiste; ¡ y yo tan necio he dejado escapar á ese hombre venturoso sin haberle visto la cara! Sepamos al fin quién es, Violante.

La dama prorumpió en amargo llanto, y esta fué su única contestacion.

—No son, nó, las lágrimas las que deben satisfacer á mi pregunta; pues ese llanto tan espresivo de tu arrepentimiento es otra prueba irrecusable de tu punible falta.

—¡ Malvado! dijo desesperadamente la enclaustrada.

—¡ Y me llama malvado! respondió Mendoza dando con su planta un fuerte golpe en el suelo.—¿Son estos tus descargos, mujer sin pudor y sin vergüenza? ¡ Yo malvado, porque al sorprenderte exigiendo de mi contrario una prueba amorosa, te acuso de tu perfidia !

—¡ Y me llama pérfida! esclamó admirada la pobre Violante.—¿Son estas tus escusas, hombre sin fé y sin conciencia? ¿Yo pérfida porque estando retirada en un convento no he podido descubrir tu perjurio, sorprendiendo esos amores que dejaste arraigar aprovechándote de mi ausencia y abusando de mis sacrificios, para probarte que soy tuya y no mas que tuya?

—¡ Violante! gritó desesperado el alavés.

—¡ Mendoza! gritó la alavesa correspondiendo á la esclamacion de su esposo.

Ambos se miraron con indignacion y ademan de ame-

naza: en ambas fisonomías se veian indeleblemente grabados los celos que les devoraban.

—¿Quién es, Violante, ese hombre dichoso, de quen exisgiste una prueba de tu amor?

—¿Quién es, Mendoza, esa mujer afortunada á quien diste de tu amor una prueba?

—¿No tienes otro medio de desvanecer mis fundadas sospechas, de destruir esa realidad que han visto mis ojos y que mis oidos la han escuchado de tu propia boca?

—¿Y tú, ingrato, no tienes otro medio de aplacar mi dolor que echarme en cara una falta que no cometí, para eludir la reconvencion de la que tú has cometido?

—Para obrar con tan mala fé y con premeditacion tan marcada no es Mendoza un maestre de Santiago.

—Para hacer traicion á sus deberes y subir de piés sobre la honra de un hombre pundonoroso no es Violante la madre del hijo de un rey.

—Mucha prisa llevas en salir de tu clausura para esterminar la honra que debieras defender.

—Tú no te das prisa en volverme á tu seno, porque de este modo encerrada no te serviré de estorbo y podrás con otra complacerte mejor.

—¡Mientes, vive Dios! ¡Ah, no me engaño! tu amante es Fernandez.

—¡Mientes, vive el cielo! Ya lo sé: mi rival es doña Elvira.

Mendoza quedó como estasiado: hubiera querido insistir en sus amargas reconvenciones; mas la sorpresa que le causó el descubrimiento que hizo Violante de su declaracion á doña Elvira, descubrimiento que no podia atribuir á poca prevision de la ilustre dama, le privó de fulminar nuevos cargos contra la conducta de su mujer penitente, á pesar de haber oido de su boca que exigia de un hombre una prueba de amor. Estas palabras que profirió Violante en un sentido tan contrario al que interpretó su celoso esposo, hubieran causado irremisiblemente su perdicion si nuevas circunstancias no hubiesen

aclarado la verdad de los hechos, y no hubiese de ellas inferido el alavés la inocencia de su envidiable esposa. No dejaron sin embargo estos accidentes inesperados de producir por algunas horas la desavenencia entre los esposos alaveses, llegando al estremo de odiarse hasta el punto de concebir los planes mas espantosos de una venganza desesperada.

Llegó el momento de cumplirse la disposicion de doña Juana, cuya enfermedad se habia agravado considerablemente, y doña Elvira fué en persona á cumplir el encargo que su reina y señora tenia confiado á su amistad y discrecion. No es posible describir la sorpresa que causó á los dos esposos la presencia de la madre de don Alonso. Violante se puso colorada, Mendoza palideció, y hasta doña Elvira al notar la impresion que á su vista esperimentaron los alaveses participó alternativamente de las sensaciones de uno y otro, tomando unas veces su rostro el color de fuego y otras palideciendo como si estuviese próxima á espirar. Fuerza le era sin embargo á doña Elvira romper el silencio debiendo cumplir la importante mision que le estaba confiada, y cuanto mas retardaba, mas se le resistia tener que dirigir la palabra á Violante como si su faz le causase rubor, como si se la hubiese puesto en la triste necesidad de arrepentirse de una falta indecorosa y tuviese que oir á pesar suyo los incontestables cargos que le dirigiera aquella amiga á quien nunca podia declarársele traidora. El caso era apurado, y aquel estado de turbacion debió durar poco.

—No sé qué han visto en mí los señores de Fita y Buitrago para mostrarse tan poco complacientes, que ni siquiera he merecido el saludo de atencion que no se deniega al mas villano.

Esta reconvencion llevaba una mira siniestra. Doña Elvira trató de conseguir con ella una satisfaccion cumplida por parte de los esposos alaveses, contando ser este el mejor medio de eludir cualquiera inculpacion que en otro caso Violante pudiera dirigirle; pues al notar la repentina turbacion de los alaveses se convenció íntimamente de que Mendoza habia incur-

rido en la debilidad de confiar su secreto á la persona con quien tenia que guardar mas reserva, y temia verse en el conflicto de dar esplicaciones en vindicacion de su conducta, por ser siempre arriesgadas, y esponerse una mujer á aumentar las dudas y pedir implícitamente perdon de una falta que tal vez no ha cometido. La ventaja que en esto tenia doña Elvira era que ni á ella, ni á Mendoza, podia imputárseles otra cosa que la intencion, en cuyo sagrado no entra mas que Dios y la conciencia de cada uno. Si en la carta que doña Elvira escribió á Mendoza se hubiese continuado alguna circunstancia poco decorosa ó referido algun hecho denigrativo de su propio honor, no se hubiera atrevido sin duda á usar con los señores de Fita y Buitrago aquel tono de reconvencion, sino que habria empezado manifestando el objeto de su visita si sus labios hubiesen podido atreverse á proferir una sola palabra. La carta era en último resultado una espresion amorosa á la par que moral, pues venia concebida en términos tan afectuosos como llenos de pundonor. La delicadeza de doña Elvira, su reputacion y su honra no sufrian ningun quebranto á los ojos del que podia imparcialmente formar un juicio de su carácter y de la nobleza de sus sentimientos; mas Violante era demasiado interesada para juzgar de una pasion que siempre y en todo caso la hubiera considerado en su agravio. Doña Elvira lo comprendió, y es por eso que no se atrevia á presentarse á su rival con aquella dignidad que lo hiciera con otra persona indiferente, por mas que estuviese enterada de su afecto hácia Mendoza.

Los esposos alaveses se escusaron del mejor modo que pudieron, haciéndolo Violante con una frialdad que no dejó de causar á doña Elvira una fuerte inmutacion.

—No tomeis á mal nuestra cortedad, doña Elvira, díjola Mendoza: un asunto de familia nos ha puesto de mal humor, y al llegar vos..... hemos incurrido en la indiscrecion de no guardar disimulo.

—En efecto; replicó Violante con cierto desden que hirió el amor propio de la gran señora.—Hay desavenencias familiares

que afectan de tal modo, que á veces es imposible disimular lo que pasa por una persona, cuando mas le convendria el disimulo; de consiguiente no debeis estrañar este recibimiento desagradable que sin duda no deja de causarme mas sentimiento que á vos.

—Con tal que no envuelva intencion siniestra vuestra disculpa, dijo doña Elvira á Violante; mientras no sea yo la causa de esas diferencias domésticas ni tenga parte en ellas, os acompaño en la pena y quedais disimulados.

—¿Vos, señora? replicó Violante.—¿Cómo podiais haberla ocasionado un disgusto á vuestra amiga?

—No creais, doña Elvira, que mi esposa, si dejó de seros atenta, no se complazca por eso con vuestra visita, añadió Mendoza procurando disimular las indirectas de Violante.—Os queda muy agradecida y aprecia en mucho vuestra fineza, como yo la aprecio tambien y os pido nuevamente que disimuleis la frialdad que notasteis en el primer momento..... así que vuestra presencia cortó nuestras disensiones.

Los descargos de Mendoza venian acompañados de una que otra mirada de pena y resentimiento dirigida á Violante, quien la correspondia con otra mirada de enojo. El alavés queria á un tiempo persuadir con sus palabras á doña Elvira y con sus miradas á su esposa: queria que doña Elvira no se resintiese del mal recibimiento que se le habia dado, y al mismo tiempo que su esposa no tomase á mal la atencion que su delicadeza exigia para con doña Elvira. Violante se desentendió de estos escrúpulos que dictaba el decoro de un caballero y su galanería para con las damas; ella estaba celosa, y en consecuencia debia reprobar en aquel acto toda fineza por mas que despues reflexionando, se hubiese persuadido de la necesidad que tenia Mendoza de proceder como procedió. Esto es lo que sucede con los que se hallan poseidos de la funesta pasion de los celos: quisieran que el objeto de su amor se indispusiese con aquellos de quienes teme un agravio, aunque sus temores carezcan de fundamento; mas luego se arrepienten de su ridiculez si llegan

á conseguir el fin que se habian propuesto. Nunca quedan bien consigo mismos, ni con los otros ; pues si logran lo que desean, se avergüenzan de su triunfo, y en caso contrario se dispierta en ellos el furor por no haber salido triunfantes. Mendoza obró como debia, y sin embargo obró mal á los ojos de su esposa que hubiera querido en aquel acto ver á su rival desairada, para de este modo enorgullecerse de una preferencia mal entendida, y si Mendoza hubiese procedido en conformidad con sus deseos, entónces se hubiera ella arrepentido al reflexionar el triste papel que hubiera representado. Violante en medio de su ardor y de su prevencion contra doña Elvira, ni sabia lo que queria, ni lo que era prudente hacer en aquellos críticos momentos.

—Siempre me complazco en ver á aquellos que me quieren bien; dijo la alavesa respondiendo á la insinuacion de su esposo, y dando á sus palabras un sentido ambiguo para que doña Elvira comprendiese la indirecta.

—No es pues á mí, Violante, á quien debeis dar las gracias de esta visita inesperada; respondió doña Elvira con meditada intencion.

—¿Pues á quién? respondió la enclaustrada.

—Es á la reina madre á quien debeis agradecer esta entrevista, que se celebra de su órden, y os hablo ahora en nombre de su alteza.

—La direis que me honra con su memoria y que me complazco en repetirlo; contestó Violante con cortesía.

—Justo es que sepais ya el objeto que me ha llevado á este sitio; y pues sabeis por mi boca que es la reina madre quien me envia, falta ahora que se cumpla mi mision esponiéndoos lo que su alteza exige de vos.

—Hablad.

—Tal vez estoy yo aquí por demás; dijo Mendoza con ademan de salir de aquel sitio.

—Nó, Mendoza, contestó doña Elvira deteniéndole: no os vayais, porque vuestra presencia puede ser importante para el asunto que debo tratar con vuestra esposa: asunto en que os

considero á vos tan interesado como á ella. Escuchad. La vida de la reina madre, segun relacion de los facultativos, está en inminente peligro, y quisiera la enferma recibir de su favorecida el último consuelo... de vos, Violante, cuyos buenos servicios echa á ménos y los reclama eficazmente en su penosa enfermedad. Fuera la voluntad de su alteza que hoy mismo salierais del convento y acudierais á su socorro. Yo siento un placer en haber desempeñado personalmente este mensaje que la reina ha confiado á mi amistad, y es para mí mas satisfactorio, porque al veros en la córte apreciada de todos, hasta de aquellos que os ultrajaron en dias ménos venturosos, podrá la madre de don Alonso probar á la señora de Fita y Buitrago que en todas ocasiones está dispuesta á darla de su amistad las pruebas mas sinceras.

—Gracias, doña Elvira; dijeron á un tiempo los señores de Fita y Buitrago.

—He cumplido con la madre del rey, añadió la noble mensajera: mas tarde cumpliré con los favoritos de la reina.

Volvióse á Mendoza, y despues de haberle dado una mirada de desprecio, le dijo con dignidad:

—¡Mendoza! quiero hablaros.

Luego dirigiéndose á la enclaustrada la dijo amablemente:

—No os dé pena mi entrevista con vuestro esposo: yo os juro que ha de resultar en provecho vuestro.

—Fio de vos; contestó la alavesa sonriéndose tímidamente.

Salió doña Elvira, y Mendoza quedó sin saber qué hacer. Violante, que notó su perplejidad, le instó para que cumpliese cual correspondia con una dama de la alta nobleza de Castilla.

—¡Mendoza! dijo resueltamente: acompaña á doña Elvira.

Cerráronse las puertas del locutorio, y Mendoza se fué precipitadamente, llegando por fin á alcanzar á doña Elvira que con paso lento se dirigia al alcázar de la reina viuda.

—Tengo el gusto de acompañaros; dijo el alavés colocándose al lado de la dama.

—Siento que os molesteis; contestó con displicencia la madre de don Alonso.

—Habeis sido conmigo muy severa, señora.

—Callad, Mendoza, si no quereis esponeros á que os eche en cara, muy á pesar mio, cuán bien se conoce que sois un caballero formado por un rey, y que no teneis de noble y de grande mas que el título que os dió su alteza don Juan primero.

—Os habeis empeñado en sonrojarme, doña Elvira, y á fé de Mendoza que me es muy sensible vuestro empeño. ¿De qué os quejais? ¿Podré saberlo, señora?

—¿Podré saber yo de qué se queja Violante?

—Le hablasteis vos há tres dias.....

—Y estaba entónces muy amable y muy complaciente, tanto que me dió lástima recordando en aquel acto, en que la veia tan bondadosa, lo que medió entre los dos la víspera de nuestra partida. Su semblante risueño, su dulzura, su candidez..... ¡como entónces lo ignoraba todo...!

—¿Y despues?

—Vos sabeis de qué modo os habeis escusado con ella.

—¿Yo?....

—¡Mendoza! prosiguió la dama con acento irónico.—Supongo que al hablar de doña Elvira habreis tenido en cuenta que el honor de una mujer es preferible á toda vindicacion, y que un hombre bien nacido debe renunciar á su propia defensa cuando pueda resentirse con ella la delicadeza ó la buena reputacion de una dama. Es escusado advertíroslo, ni pensar que hayais obrado en contrario, porque vos sois caballero... ¡oh, sí! muy caballero.

—Tanto como vos cruel.

—Eso nó: yo soy justa. Conmigo no os podeis disculpar como con vuestra esposa, y no quedándoos medio de defensa...

—Mi conciencia no me acusa de vuestros cargos.

—Sin embargo yo apelo á ella, porque sé que no está tranquila.

—Os engañais.

—¡Ojalá supierais engañarme haciéndomelo creer así! Pero

ya veis cuán difícil es pretender ahora que yo dude ó que no crea la certeza de lo que he visto.

—Ved, señora, que vuestro juicio envuelve temeridad, por mas que os creais convencida de no merecer mi acusacion en este sentido. Si de vos he hablado, no he hablado contra vos, ni me he defendido ofendiéndoos. Nunca observará tan villana conducta quien goza un título de Castilla por haber preferido la muerte á cumplir un mandato del rey, en que la honra de su madre podria sufrir mancilla.

—¿Quién habia de creer que algun tiempo despues se olvidara este hombre de lo que vale una mujer?

—¡Señora!

—¡Y una mujer á quien debe mas que á la madre del soberano! porque si doña Elvira no puede añadir nuevos títulos á vuestra fortuna por no ser, como su alteza, dueña de las gracias y de la voluntad de un vasallo, supo concederos su amistad... peligrosa por cierto, porque mas que un sentimiento era ya una pasion. Pero ¡como vale tan poco este título y á Mendoza no le aumenta su fortuna!.... Vos habreis dicho á Violante: «¡qué necia es doña Elvira! ¡mira en qué términos se pruduce para decirme que me ama y que está ruborizada!»

—No os comprendo.

—¿No me habeis comprendido? ¿Vuestra distraccion llega á tal estremo? ¿Y osais decir que estais como perplejo?

—Os lo juro.

—¿Y os atreveis á jurarlo? ¡Mendoza! devolvedme ese escrito que redacté en un momento de delirio; no querais aguzar mis propias armas para matar mi honra.

—¿Yo?

—Vos. ¿Donde está mi carta? ¿Obra en vuestro poder?

—Yo no tengo ninguna.

—¡Mendoza! me habeis perdido: sois un malvado.

—Esperad.

Con este diálago habian llegado ya á palacio; la dama corrió precipitadamente á la estancia de la reina madre, sin

atender mas razones, y Mendoza se retiró sin saber lo que le pasaba. ¿De dónde pudo Violante traslucir esa simpatía entre Mendoza y doña Elvira, de cuya intimidad nunca habia tenido el menor conocimiento, ni notado la menor señal? Hé aquí lo que á sus solas se preguntaba cada uno de los culpables, y el uno atribuia al otro la debilidad de haberlo comunicado á la penitente. Doña Elvira no podia dudar que su escrito llegó á manos del alavés, habiéndolo confiado á una persona, cuya posicion en la córte hacía tan recomendable su dignidad y su nobleza de carácter. Mendoza, que conocia perfectamente las cualidades que distinguian á doña Elvira entre las cortesanas, no pudo creer que sus labios se deslizasen para buscar un desahogo, refiriendo su secreto á un amigo. No obstante la alavesa tuvo noticia de cuanto habia mediado; ella estaba celosa y no pudo disimular sus celos; hizo á Mendoza cargos muy severos, y con doña Elvira no pudo reprimir el rencor que su presencia le inspiraba. Estas consideraciones, unidas á la sorpresa que hizo Mendoza de aquel incógnito, á quien Violante dijo desde el locutorio «dadme esta prueba de amor.....» obligaron al mayordomo á meditar con calma y reflexionar bien lo que podia haber motivado aquellos pasajes misteriosos é incomprensibles.

— Doña Elvira escribió una carta que yo no he visto, decia Mendoza reflexionando; esta carta debió confiarla á un traidor, y este la pondria en manos de mi esposa..... ¡Oh! ya lo comprendo todo, y hasta acertara á dar con el traidor que ha vendido á doña Elvira.... y se ha vengado de mí. «¡Dadme esta prueba de amor!» ¡Del amor de mi esposo á doña Elvira! quiso decir la infeliz; ¡y yo la acriminaba y he tenido la audacia de maltratarla! ¡Pobre Violante! Cuando debia haberme postrado á sus plantas y llorado amargamente mi desvío, la he insultado sin compasion. ¡Yo no puedo dudar de sus virtudes! ¡yo que he sido una vez ingrato con ella!.... Es preciso á toda costa reparar mi falta, aunque para ello tenga necesidad de perder lo que el rey me ha otorgado, porque no equivale al cariño de ese

ángel lo que el rey de Castilla me puede dar ó quitar. Si supiera quién fué el enemigo pérfido que vendió el secreto de doña Elvira..... ¡Oh! yo el mataria sin remedio. Pero yo lo descubriré; yo lo sabré todo..... y si Violante no tiene mas que sospechas, si no puede aducir un hecho que patentice mi culpa, yo desvaneceré sus escrúpulos y la haré creer que nunca he faltado á mi juramento, que ni un instante he sabido olvidar sus encantos y el amor que nos une para siempre. ¡Es tan buena!

Esta idea halagüeña ocupaba la imaginacion del entusiasta esposo de la penitente, cuando vino á turbarle la presencia de un religioso que habia penetrado en palacio de una manera misteriosa y recorria las antesalas escuchando lo que pasaba sin dirigirse á persona alguna, como si tuviese formado el proyecto de guardar un riguroso incógnito. Despues de haber mirado á su alrededor, y visto que nadie estaba cerca de él, se colocó junto á Mendoza, tocóle por la espalda y le llamó por su nombre.

—Por lo visto me conoceis, díjole Mendoza.

—Y vos á mí, respondió el sacerdote.

—¿A vos? No pensaba tener el honor de contar en el número de mis conocidos á un monge de san Gerónimo, si el hábito no miente.

—Recordadlo bien.

Mendoza le miró con detencion y reconoció al religioso.

—Vos sois!.... dijo abrazándolo, á cuyo ademan correspondió friamente el religioso.

—Sí; el conde de Denia, que por el rey don Enrique tuvo que meterse en un capucho.

—Como yo tuve que hacerme ventero por una causa que guarda con la vuestra bastante analogía. ¡Vaya con el conde! ¿quién habia de pensar en vos en este sitio? ¿Echabais ménos la córte?

—Nó á fé: mi corta permanencia en ella me hace temblar.

—Habréis querido dar un último á Dios á la reina doña Juana, de quien fuisteis tan favorecido.

—Nó por cierto: ignoraba su desgracia y no creia hallarla en tan mal estado, sobre todo cuando á sus instancias emprendí mi viaje. Puedo aseguraros que solo ella podia resolverme á salir del convento y poner los piés en el mismo suelo que pisa doña Elvira.

—¿Todavía conservais los recuerdos?...

—No me hableis de eso, porque me habia tranquilizado y desde que estoy aquí parece que el demonio me persigue. ¡Y eso que vengo á conspirar por la causa del cielo!

—¿A conspirar? preguntó Mendoza con notable admiracion.

—Escuchad: díjole misteriosamente el monge.—¿Vos sois clementista?

—Nó, ¡vive Dios! que le tengo mucho encono á Clemete VII, porque con su ambicion revuelve el orbe católico y es el orígen de las guerras que tiempo hace debian haber terminado. Pero creo, amigo, que es inútil todo movimiento en oposicion al antipapa.

—Ya lo sé. El francés está interesado en que se dé la obediencia al que estableció en sus dominios el solio pontificio, y como la Francia y Castilla deben correr de acuerdo en los asuntos de guerra, no es estraño que quieran hermanarse las dos potencias hasta el punto de no discordar en nada... ni aun en la parte eclesiástica. Comprendo bien la política, y la aprobara si el rey de Castilla no tuviese otro medio de salirse de este apuro.

—¿Cuál?

—Seguir el ejemplo del de Aragon, que para evitar compromisos no quiere reconocer ningun papa, mientras dure el cisma. Esta es la voz que corre mas válida en aquel reino, segun noticias que de sus amigos recibió el abad del monasterio, y es muy verosímil que don Pedro piense observar esta conducta; pues sin embargo de haberse puesto de acuerdo con el castellano, no le sigue á este en su determinacion y está á la mira para lo que pueda convenir mas á su reino. Reunió córtes, y en ellas no quiso tratar del asunto de la Iglesia, mientras que don Juan va á convocarlas hoy espresamente para dar

su sancion á lo que resuelvan, que será el reconocimiento de Roberto.

—Habreis venido á perder el tiempo.

—Y lo siento, Mendoza; porque estoy aquí como un fugitivo que habiendo logrado su fuga acaba por entregarse á las manos del que le persigue.

—¿Tan tenaz ha de ser con vos la córte de Castilla?

—¿Lo estrañais, estando ella aquí y no siéndome posible evitar su presencia? Yo os habia dicho que no me hablaseis de eso, pero veo que he de venir á parar en lo que ménos queria. No importa, nó: por hablar de Elvira no dejaré mi propósito de renunciar al amor que pudiera profesarme despues de la muerte de don Enrique, como ella renunció al mio mientras vivió el afortunado rey. ¡Elvira! no sé lo que tiene esta mujer en la córte, que no sepa, como yo, desprenderse de ella y buscar el recogimiento en un claustro, donde pueda llorar sus culpas.

—¿Qué ha de tener? La amistad de doña Juana y el deber que se ha impuesto de no abandonarla.

—Otra cosa; dijo el monge con mucho sentimiento y gravedad, meneando despacio la cabeza.

Mendoza se sintió picado por la curiosidad y escuchó con atencion al conde-monge.

—Elvira, prosiguió el de Denia con mucho misterio, ama indudablemente á otro.

—¿Teneis celos de ella?

—Nó; pero tengo de ella un conocimiento infalible: sé cuando ama y cuando disimula.

—¿Tan estudiado teneis su carácter?

—Sí, Mendoza; siempre he adivinado las impresiones de su corazon y he sido el oráculo de sus sentimientos.

—¿Vos creeis que ama ahora despues que ha amado tanto?

—¿Podeis dudar que una mujer pueda amar despues de haber amado? ¿Quién os ha dicho que una impresion tan noble sea única y esclusiva de los demas objetos análogos al que la motivó? Elvira como amó al rey, como á mí me amó, puede

amar... puede amaros á vos. Y vos, que amais á Violante con delirio, ¿no habeis esperimentado alguna vez cierta aficion, cierto deseo hácia otra mujer?

—Vuestra pregunta... tiene un no sé qué de investigacion que á la verdad me sorprende. Vos sois franco, y una vez os habeis empeñado en descubrir mi corazon, séame lícito tambien estudiar el vuestro.

—Hablad.

—¿No es verdad, noble monge, que al salir del monasterio os habiais propuesto no hacer caso de doña Elvira?

—No lo niego.

—Vos estabais resuelto á desdeñarla.

—Y no hacer caso de ella nunca.

—¿La visteis sin embargo?

—La he visto.

—Vuestro propósito no se cumplió: los latidos de vuestro corazon se han renovado y no habeis podido ahogarlos debajo de vuestros hábitos. Su sombra os ha inspirado aquel entusiasmo que fué el elemento de vuestra vida apasionada, que fué vuestra existencia..... y en este instante un ardor os devora, estais ahora mas enamorado que ántes y os desgarra otra pasion espantosa, un delirio. Vos teneis celos.

—¿Celos? preguntó titubeando el religioso.

—Sí; los teneis, conde de Denia. Los teneis.....

—¿De quién?

—De mí; respondió Mendoza con desenfado.

Metió el monge su cabeza en el capucho, y Mendoza le fijó la vista con interés.

—¡Desgraciado penitente! prosiguió el de Álava: no temais.

—¿Qué ha de temer un monge? contestó el de Denia.—¿No he renunciado á los placeres mundanales para dedicarme á la devocion, haciendo una vida puramente monástica y ascética? ¿Pudiera aspirar á la perfeccion cristiana si faltando á mis votos recordara siquiera las gracias de aquella mujer que me hicieron tan desgraciado? ¡Y me llamais celoso, y decís que

de vos tengo celos! ¿De vos, Mendoza? ¡Pues qué! ¿Vos tambien.....

—¡Conde monge! esclamó Mendoza interrumpiendo al sacerdote.--Vais á reconvenirme ¿y decís que no estais celoso? Reconvenciones no admitiera de quien pudiera dirigírmelas con prevencion: vos no sois persona bastante autorizada para hablarme con la imparcialidad de un hombre desinteresado, porque el interés que teneis en reconvenírme es por desgracia demasiado conocido. No es el monge respetable quien trata de hacerme conocer la gravedad de mi culpa; es el apasionado conde de Denia que quisiera vengar la provocacion que ha recibido de su rival, por haber dedicado sus amores á la mujer que habia inflamado su corazon y engendrado sus latidos. Vuestras palabras no fueran para mí el saludable consejo de un sacerdote, sino el desahogo de un amante que arde en celos y le es fuerza disimularlos. No os ofendais: no es mi intencion probaros que soy el adivino de vuestras sensaciones y de vuestros pensamientos; yo no hago mas que inferir de lo que he visto lo que estoy viendo ahora, y á vos toca responder con ingenuidad si he sido temerario en formar un juicio que tal vez favorece muy poco á vuestro estado sacerdotal. Como conde de Denia os compadezco y os respeto; como monge debiera despreciaros. Tan cierto es que vos no habeis profetizado los sentimientos de doña Elvira, como que yo no he profetizado los vuestros; pues si traslucisteis su inclinacion hácia mí no fué por lo que pensaisteis sino por lo que oisteis. Veníamos juntos: ella entró conmigo en palacio; vos casualmente acertasteis á pasar; os detuvisteis y pudisteis oir alguna palabra vaga..... oisteis que me reconvenia con sus quejas amorosas. Ella se entró precipitadamente en la estancia de la madre del rey dejándome con la palabra en la boca... seria sin duda porque reconoció vuestra sombra y temió vuestra presencia en aquellos momentos en que me hablaba de su desliz pasajero. Disculpo ahora su desatencion hácia mí, y hasta apruebo su conducta, porque si á mí debia escucharme, de vos debia huir.

—No os engañasteis, Mendoza; dijo el monge con cierta reserva que daba á comprender la vergüenza que se habia apoderado de su rostro, oculto dentro del capucho.

—¡Noble conde! esclamó Mendoza apretándole la mano afectuosamente.—Si Mendoza no fuera vuestro amigo, tendriais entónces motivos para ruborizaros; pero... ya lo veis; estamos solos y ambos poseemos un mismo secreto. Vos no debeis faltar á vuestros votos...

—Nunca; respondió el monge con dignidad.

—Ni yo quiero ser infiel á mi pobre Violante.

—¿Lo fuisteis? preguntó el monge con interés.

—Mi corazon dió un latido, y mi boca profirió una palabra; mas mi voz se perdió en el espacio, y el latido... vive en el fondo, pero como una planta sin riego.

Prorumpió el religioso en un profundo suspiro, y á poco rato dejó caer su capilla encima de las espaldas.

—Están las cosas en muy buena disposicion, dijo el monge frotándose las manos.—Todo podrá arreglarse conforme con los deseos de cuantos tomamos interés por la honra de doña Elvira, que á pesar de sus defectos no deja por eso de ser una buena mujer. Solo me falta desvanecer una duda. Me habeis dicho que doña Elvira no habia correspondido á vuestras insinuaciones amorosas, y sin embargo os pidió la devolucion de una carta.

—Nunca ha obrado en mi poder ninguna de esta señora: os lo juro.

—¿Ignorais á quién pudo haberla confiado?

—No lo sé.

—¿Pero vos sospechais....?

—Mis sospechas no bastan para atribuir otra falta á mi enemigo. Quiero hacerle justicia, y para ser justo no me he de prevenir contra él por simples apariencias. Buscad vos la realidad donde podais hallarla: Violante os dirá tal vez quién fué que en el locutorio le ofreció una prueba de amor llevando calada su visera. Yo no le conocí, y le hubiera muerto sin remedio á no contenerme la voz de mi esposa, que me llamó

sacrílego... y me hizo estremecer la idea de que me hallaba en un lugar sagrado. El hombre desapareció, y esta prueba seria sin duda la carta de doña Elvira.

—Es preciso que esta carta desaparezca, dijo precipitadamente el conde-monge.

—Despues me direis.....

—Nó, Mendoza: yo solo podré participaros, cuando venga el caso, la desaparicion de esta prueba funesta; porque mi mision es de paz, y no quiero que sobre mí pese gota á gota la sangre de un cristiano. Vos por mi boca no sabreis quién fué vuestro ofensor, ni el contenido de ese escrito, que es tal vez perjudicial al honor de su autora.

—Como gusteis.

—Otra cosa exijo de vuestra amistad para vuestro bien y el reposo de Violante.

—Hablad.

—Si vuestra esposa no tiene conocimiento de la carta de doña Elvira, vos no la hablareis mas de este asunto, ni la molestareis para que revele el nombre del incógnito con quien la sorprendisteis hablando en el locutorio.

—Os lo prometo.

—Quisiera otra prueba de vuestra generosidad.

—¡Otra exigencia!

—Sí, Mendoza: no en vano quiero haber emprendido mi viaje. Si no puedo hacer bien á la Iglesia, lo habré hecho al ménos á mis semejantes, y podré regresar al monasterio dando gracias al cielo por haberme dispensado la de haber sido de alguna utilidad mi permanencia en la córte. Ya pues que mi mision no puede terminar con sangre, quiero el perdon de vuestro enemigo, sea quien fuere.

—¿Que yo le perdone? preguntó admirado el buen Mendoza.

—Es condicion precisa, respondió el monge.—¿Cómo quereis disimular á Violante vuestra falta, cómo quereis lograr que desaparezcan sus escrúpulos si no fingís ignorarlo todo, y que es para vos un misterio su estraño alucinamiento? Vos de-

beis suponerla que ha visto fantasmas, si no os engaña, y que si no fuera porque es ella... mujer á toda prueba honrada, la hariais cargar con todo el peso de vuestros celos. Ella no sabrá nada, os creerá de buena fé y echará de todo la culpa al incógnito, cuyo nombre no revelará temerosa de una funesta catástrofe.

—Si llego á saber quién es, no os respondo de su vida.

—Entónces..... quedad con Dios.

—Aguardaos, dijo Mendoza deteniendo al eclesiástico.—Advertid á mi esposa que nunca me hable del desconocido: de este modo no castigaré jamás una ofensa que habrá venido de un incógnito.

—¿Y si él mismo se os descubriese?

—Entónces.....

—¿Le perdonariais?

—¡Tal vez!

—Si oportunamente le oyerais..... y sin oirle, Mendoza; vos dejais de ser caballero si no os haceis el desentendido en obsequio de doña Elvira, que si vuelve á poseer la carta desmentirá su confianza al atrevido, y á vos y á Violante dirá que nunca os ha escrito cartas en ningun sentido y ménos en el que pueda contrariar su honor.

—En este caso podré vengar la impostura contra el que hiciera alarde de esta confianza.

—¿Y si no hiciera alarde?

—Si me viene cara á cara... dudo poder contenerme, cuando llegue á conocerlo.

—¿Correspondereis tan mal á estas pobres mujeres?..... ¡Mendoza! yo puedo daros mas de un ejemplo.

El monge apretó la mano á Mendoza, y esta demostracion de buen afecto calmó el enojo del paladin.

—¡Bien está, conde-monge! dijo Mendoza:—quiero aprender de vos. Esta vez yo tambien perdono á mi adversario.

—¡La bendicion del cielo sea con vos y con Violante! esclamó fervorosamente el religioso.

Y salió á toda prisa del real alcázar, y tomó el camino

del convento de Carmelitas, de donde salia misteriosamente el maestre de Santiago don Pedro Fernandez y otro caballero que llevaba su rostro debajo de la visera, quienes al pasar el monge se detuvieron y quedaron hablando en reserva en las inmediaciones de la sala del locutorio, mientras el religioso estuvo de visita con Violante.

La infeliz penitente parecia estar trasportada de furor, y admitió gustosísima la visita del conde-monge, como si Dios se lo hubiese enviado para proporcionarle el saludable consuelo que tanta falta le hacia en su angustiosa situacion. Perseguida por un alto personaje de la córte, que estaba ciegamente apasionado de sus gracias y de sus virtudes, recelosa de la intimidad de su esposo con doña Elvira y bien querida de la reina madre, que postrada en el lecho del dolor imploraba sus ausilios, no sabia qué hacer ni á qué atenerse. Sus deseos de conservar su honra sin mancilla la detenian en el claustro; mas su amor á Mendoza, sus celos ardorosos que le infundia doña Elvira y su respeto y agradecimiento hácia doña Juana la llamaban á la córte. ¿Qué debia practicar esta mujer desgraciada en tan triste conflicto? ¿Cómo podia salir de sus apuros debiendo tropezar á cada paso en nuevas calamidades? ¡Cuán cara le costó la mejora de su condicion, y cuánto mas le valia la oscuridad de que en mal hora la arrancó su funesto destino!

El monge con su natural amabilidad procuró persuadir á la de Fita y Buitrago para que abandonase el convento, no fuese mas que durante la enfermedad de la reina madre. Hizo luego que la conversacion tomase oportunamente un giro del que pudiese sacar un partido ventajoso, á fin de conseguir el resultado que se habia propuesto y dejar consolidada la paz entre los esposos alaveses y asegurada la buena reputacion de doña Elvira. Los sufrimientos de Violante, su turbacion, su semblante enojado y su inquietud, que apenas la dejaba fijar su atencion á las palabras del sacerdote, daban una idea inequívoca del trastorno que acababa de esperimentar en aquellos momentos. ¿Fué tal vez el maestre de Santiago don Pedro

Fernandez, ese hombre sin conciencia, ese cortesano palaciego, ese falso amigo la causa de hallarse disgustada la mejor de las esposas, la favorecida de aquella reina que tan acertadamente supo premiar sus virtudes á pesar de haber sido su rival en tiempos mas venturosos para el reino de Castilla? Lo cierto es que Fernandez se hallaba en aquel templo, y otro caballero incógnito acababa de conferenciar con la penitente. El monge entró en recelos, y temió con fundamento que aquellos personajes, faltando al respeto debido á la casa de Dios, habian cometido alguna imprudencia en ultraje de aquella señora tan digna de ser venerada como compadecida. Esta consideracion le hizo cobrar hácia Violante un vivo interés, sobre todo despues que ella en medio de su agitacion se mostró complaciente y agradecida de su visita.

—¡Cuán poco esperaba yo volver al locutorio y recibir los consuelos de un amigo que no viene á engañarme y á turbar mi sosiego! dijo la alavesa con espresiva satisfaccion.

—¿Os engañan, hija mia? preguntóla el religioso agradablemente.—¿Quién es el osado que ha tenido la imprudencia de molestaros en este sitio vedado, en este lugar santo? Los insultos no debieran llegar hasta aquí.

—No son todos los hombres como vos: no todos piensan que el templo de Dios guarece á los penitentes y les pone á salvo de las injurias de sus profanadores. Mas veo que esto no es una verdad, porque hay hombres tan atrevidos que miran el poder de Dios con odioso sarcasmo.

—Os engañais sin duda, Violante; vuestra preocupacion os habrá presentado fantasmas que vos las habreis tomado como realidades. Me parece imposible que el que se precie de ser caballero no respete los cerrojos, y no tema el castigo del cielo cuando provoca con tanto arrojo la tremenda ira del Eterno.

—Los hay sin embargo, venerable monge; los hay que tienen recibidas de Dios las mas altas distinciones de la tierra, y en vez de darle gracias constantemente por los dones que adquirieron de su celeste munificencia, se resisten á su bondad y hacen del templo el teatro de la lujuria y el campo del pecado. Aquí es

donde se ha venido á conjurar contra el poder del Omnipotente, aquí donde no está seguro el recato..... ni aun las castas esposas de Jesucristo pueden salvarse de esos abortos del infierno, que buscan el triunfo del demonio frente la cruz del Redentor.

---¡Me haceis temblar! dijo el monge azorado.

---¡Padre mio! esclamó la mujer penitente.--Si hubierais visto poco há de qué manera se me ha brindado para que al dejar este lugar santo me revolcase en el lecho del adulterio..... vos mismo, señor, y sois un hombre como el que me hablaba, os hubierais ruborizado.

---¿Y á tal punto ha llegado la relajacion de un cristiano? ¡Miserable!

—¡Y tan miserable como es! ¡y qué cristiano!

---No debeis por eso impacientaros si una boca indiscreta ha traspasado los límites del decoro. Dios permite esa fragilidad de los hombres para realzar mas la virtud de las mujeres, que como vos saben resistirse al atractivo de impúdicas seducciones. Rogad por esos hombres, Violante, y procurad no caer en la debilidad de creer en sus halagos ni temer sus amenazas; no os fieis de ellos, pero compadecedlos; porque su corazon hierve y su cabeza está fria; la vida de sus pasiones mata su entendimiento y no saben lo que se hacen, porque su corazon se desenfrena y su cabeza duerme.

—Si estuviera en mi mano vencer los obstáculos que se me oponen para impedir el mal que hacen pesar sobre mí esos corazones ardorosos y esas cabezas frias, no se me hiciera tan dolorosa la ofensa que con tan poco miramiento se ha dirigido á mi recato.

—¿Qué os falta, hija mia? preguntó el monge con interés.

—Permanecer en la clausura hasta que Dios haya dispuesto de la actual córte de Castilla; respondió resueltamente la enclaustrada.

—No os comprendo.

—¡Ah, señor! no quisiera, nó, que vos me hubieseis comprendido, porque lo que pasa por mí es cosa que solo Dios y yo podemos saberlo, y temeria perderme y perder á mi confidente

si llegara á pronunciar un nombre capaz de estremecer al mas impávido.

—No intento descubrir vuestro secreto; mas no temeria por mí sino por vos sus consecuencias, á las que arrostrara gustoso, si todas ellas se hiciesen pesar sobre mí solo, sin que de su peso debierais vos ser partícipe en la mas mínima parte. Me habeis implorado un consuelo; y á la verdad, Violante, yo no puedo escoger las espresiones á propósito que penetren en vuestro corazon como un bálsamo de dulzura, porque para consolaros debiera convenceros de que vuestros males tendrán alivio, y trazaros los medios para rechazarlos. Como yo ignoro cuáles sean estos males, difícilmente podré dirigir vuestra conducta para aliviaros de su enormidad y libertaros de su progreso; no obstante ya que el cielo me ha proporcionado la dicha de saber que me hicierais digno de vuestra confianza, si no tuvierais que romper el secreto que encierra vuestro pecho, no quiero separarme de vos sin haberos probado el interés que me tomo por el alivio de vuestros padecimientos, y que me complazco en devolveros la dicha que habeis perdido.

—¡Tan bueno sois que me haceis olvidar que hay hombres malos que me hacen sufrir, y que por ellos estoy sufriendo ahora. ¿Qué intentais decirme? ¿Qué pretendeis hacer en favor de esta desgraciada que habia creido perder toda esperanza de consuelo?

—Tal vez mi empresa será harto difícil para poderla llevar á buen término. Sin embargo yo he de apurar todos los medios para obtener el triunfo que apetezco, y... no lo dudo, Dios vendrá en mi ausilio, porque mi empresa es justa.

—Hablad, bondadoso sacerdote; mi espíritu rebosa de alegría solo de escuchar vuestro acento.

—Oidme, pues; dijo el conde-monge con mucha reserva y misterio. —Cuando veis mi cuerpo envuelto en estos hábitos, ¿no viene á vuestra memoria la torpeza de mi pasion hácia una mujer, cuyo nombre os enardece y provoca vuestra indignacion?

—¡Callad, señor! esclamó Violante como si acabase de recibir una herida.

—Yo sin embargo estoy tranquilo; continuó el monge con acento grave.—¿Pensais que esta mujer sabria sostener una rivalidad con vos?

—Como supo sostenerla con una reina.

—La distancia es inmensa, y las épocas, los sucesos y las personas han mudado enteramente. Doña Elvira nunca ha sido vuestra rival.

—¿Que no lo ha sido decís? ¡Ah, señor! ¡cuán equivocado estais!... Lo es todavía.

—¿Teneis pruebas, Violante?

—Nó; pero por mi desgracia las tendré muy pronto.

—¡Vanos temores! ¿Quereis tomar un buen consejo?

—Decid lo que debo hacer.

—Nunca querais saber lo que sea contrario á la buena fama de vuestro esposo y al amor que os profesa. El que turba tan inicuamente vuestro sosiego ofreciéndoos poner en vuestro conocimiento un desprecio que os hiciera Mendoza... creedme; os induce á la venganza y quiere hacerse vuestro cómplice. No es una mujer, nó, quien ha dado este paso imprudente y os previene contra el hombre que os ama con entusiasmo, es un seductor que arrojó el infierno entre vosotros para desaveniros y convidaros al pecado... ¡á vos que sois un ángel! ¿Y cuándo os convida? Cuando acompañada de las esposas de Jesucristo implorais para todos la misericordia del cielo. ¿Qué vais á ganar con esa prueba, que es tal vez una mentira, una invencion de ese mónstruo que trata de seduciros?

—Si el mónstruo no fuera.....

Aquí se detuvo Violante haciendo una suspension, con la cual dió á conocer que se arrepentia de haber estado próxima á proferir el nombre del que causaba sus inquietudes.

—No me digais quién es, prosiguió el monge: ya os he prevenido que no pretendia exigir de vos la revelacion de vuestro secreto. Sea quien fuere, se ha declarado ya vuestro

enemigo, y sus armas... ¡No querais las armas de vuestro enemigo, Violante, porque pueden ser envenenadas, y es muy fácil que su contacto os haga perecer! ¿Qué clase de prueba se os ha ofrecido?

—Una carta.

—¿De Mendoza tal vez?

—Nó: de doña Elvira.

—Miente el impostor: la prueba no es de otro á vos, sino de vos al que trata de seduciros, ó quizás de estudiar con vos hasta dónde llega la virtud de una de las primeras damas de palacio.

—¿Lo creeis así? preguntó la penitente con cierta confianza y buen deseo.

—Sí, Violante; ó él es muy malo, ó solo trata de averiguar hasta qué punto vos sois buena.

—¡Padre! si vos tuvierais suficiente valor para echárselo en cara.....

—¿Valor? ¿Y habeis llegado á soñar que me faltara? Como lo digo á vos, lo diria al personaje mas distinguido... aunque fuese al maestre de Santiago, que le he visto salir de aquí.

—¿Lo diriais al maestre Fernandez? preguntó Violante sumamente afectada.

—¿Si se lo diria me preguntais? Aunque fuese á la mas alta dignidad de Castilla.... al mismo don Juan primero le hablaria como á vos. ¡Pues qué! ¿dejara á parte mi alta mision por el necio temor de lo que ha de imponerme un mundo al que no quiero pertenecer?

Violante quedó muy sorprendida, y pidió al sacerdote que no la desamparase, y al mismo tiempo que no la indujese á revelar el nombre de la persona que tan mal se le habia portado.

—Hágase, dijo, lo que vuestra prudencia dicte en favor de esta infeliz desamparada: yo seguiré vuestros consejos cual si fuesen preceptos, pero nunca saldrá de mi boca el nombre del caballero que ha venido á importunarme en este sitio.

—Yo lo descubriré, respondió el monge.

—En este caso dispondreis lo que debo hacer. Doña Juana me llama á su socorro, y apenas puedo resistirme á los ruegos de mi bienhechora.

—De ningun modo.

—Ved que la córte es peligrosa.

—Lo sé; pero Mendoza os defenderá del peligro.

—¿Mendoza?

—Sí, Violante: os quiere como ántes, como ántes está celoso, como ántes... ¡Si vierais cuán afligido llora vuestro martirio!...

—¿Vos lo sabeis?

—He venido á sus instancias á consolaros, y vuelvo á palacio para decirle que estais tranquila.

—Y que le amo entrañablemente cual no puede haber amado nunca otra mujer. ¿Mendoza os envia... y me ama? ¡Ah! ¿por qué no me lo deciais ántes, padre mio? ¡Tal vez se arrepiente de haber amado á doña Elvira! ¡quizás la idea de haberme olvidado un dia...! ¡Oh! si es así, decidle que yo nunca le hablaré de lo pasado, que lo olvido todo, que será siempre adorado por mí, y que doña Elvira..... decidle que doña Elvira será siempre... mi amiga.

—¡Qué buena sois! Cumpliré vuestro deseo. ¡Si supierais cuánto me interesa vuestra suerte!

—¿A vos?

—No me detengo mas.

—Bien: id pronto, y el cielo premiará vuestras bondades.

—¡Bendita seais!

Salió el monge del locutorio, y le abrieron paso los dos caballeros que se habian detenido en el umbral, quienes le siguieron hasta la calle.

—Es el conde de Denia, dijo el maestre Fernandez.

El monge volvió la cabeza á su interlocutor y le respondió:

—Sois el maestre de Santiago don Pedro Fernandez.

Adelantóse el otro caballero, y puesto frente á frente del religioso, con voz grave y altanera le interpeló magestuosamente y sin cortesía.

—¿Sois vos el de Denia?

—Yo soy, contestó el monge.

—¿A qué habeis venido?

—Á hacer bien.

—Hablasteis á Violante y quisierais saber quién se atrevió...

—Sí.

—¿Y le diriais cara á cara cuanto se os ocurrió ofrecer á la señora de Fita y Buitrago.

—Todo.

—Vais á arrepentiros.

Levantó su visera y el monge hizo un movimiento de sorpresa: mas luego reflexionó y dijo resueltamente:

—No me arrepiento.

—En palacio os aguardo, replicó el desconocido.

—Si os place iré con vos.

Marcharon juntos, y al llegar á palacio hablaron en reserva.

Llegó la hora de reunirse las córtes para tratar de los asuntos de la Iglesia, hallándose presente el cardenal de Aragon don Pedro Martinez de Luna, quien con su buena táctica procuró arrastrar la votacion favorablemente á Roberto, á pesar de habérsele opuesto el monge conde de Denia que probó el desacato que se hacia á la Iglesia apoyando aquella obediencia tan peligrosa para las almas como para la política del reino castellano. Acusó dignamente á don Juan de poco previsor y le hizo presentes los conflictos de su trono, advirtiéndole que aquel reconocimiento era un acto de humillacion y que debia siquiera haberlo diferido para no precipitar la vida de su alteza la reina madre, cuyo estado de salud no la permitia resistir un golpe, que para sobrellevarlo se necesitaban muchas fuerzas.

Don Juan primero se enterneció, y hubiera dado largas á la sancion de lo resuelto en córtes á no mediar el compromiso formal de que inmediatamente aprobaria lo que se decidiese despues de una estensa y libre discusion.

No se habian recogido los votos todavía cuando llegó la noticia de que el conde de Cantabrigia, hijo del rey de In-

glaterra y despues duque de York, se disponia á pasar á Portugal en ayuda del rey don Fernando contra Castilla con mil hombres de armas y mil flecheros. Traia la voz y demanda del duque de Alencastre, su hermano, como marido de doña Constanza, hija del rey don Pedro de Castilla asesinado por la mano fratricida del padre del rey don Juan primero. El portugués previno sus aparatos bélicos sin encubrir su intencion de armarse contra el castellano, y era de esperar que la familia de don Pedro se acordaria de los derechos que tuvo en su reino su desgraciado padre. Don Juan se azoró como si al recibir aquella nueva le hubiese salpicado el rostro la sangre de su tio. No era esto lo peor: en el interior del reino se habia encendido tambien la tea de la insurreccion, habiéndose en Toledo dado por el duque de Benavente el grito de «muera don Juan primero.» Parece imposible que tan estraña revolucion fuese dirigida por un hijo de don Enrique de Trastamara, quien quedaba escluido de la sucesion á la corona de Castilla en el caso de reconocerse la dinastía de don Pedro el Bravo; sin embargo don Fadrique procedió en aquella conformidad por efecto de un egoismo mal entendido, del que bien pronto debió arrepentirse cuando echó de ver que Portugal miraba su traicion con sarcasmo y que le llenaba de oprobio y de ignominia. «Si triunfa la pretension de doña Constanza, el duque de Benavente dejará de ser hermano de un rey, pues lo será no mas que del que lo fué en Castilla; y no siendo hermano del rey ó siéndolo solo del que lo fué, ningun título presentará que le haga acreedor á la mano de la princesa doña Beatriz.» Esta fué sin duda la reflexion que debió hacerse naturalmente el portugués, para rechazar la cooperacion del duque y no desistir de su propuesta en dar la mano de la princesa al príncipe de Castilla. Teníase al mismo tiempo noticia de que el hijo de doña Elvira Iñiguez habia desamparado á su hermano y se hallaba de regreso á Salamanca guardando riguroso incógnito, lo que dió que sospechar á don Juan primero que don Alonso llevaba encargo del duque para esplotar la rebelion dentro de la córte.

Estos sucesos imprevistos decidieron á don Juan á suspender la sesion de las córtes y á ocuparse con urgencia de los asuntos de la guerra. Llamó al maestre Fernandez, á Mendoza y al almirante Sanchez Tovar para que le dieran consejo.

—Cuento con vuestro saber y con vuestras fuerzas, señores; dijo el rey sumamente afectado. La defensa del reino es justa, porque es justa tambien la causa que nos llama al combate. Si otra cosa creyera, me retirara á un desierto y dejara la corona para que la ciñera mi prima la duquesa de Alencastre, que se cree con derecho á ella. Portugal no está dispuesto á cumplir sus promesas y á consolidar la paz de los dos reinos. Despues de admitida su 'propuesta y de haber quedado ya convenidas las bodas de los sucesores á ambas coronas, vuelve á prepararse belicosamente contra Castilla y de acuerdo con el inglés se me han declarado abiertamente enemigas las dos potencias. ¡Sanchez Tovar! de vuestros conocimientos y de vuestro arrojo se promete Castilla el triunfo de su pabellon que ondeará orgulloso en los mares británico y portugués. ¿Qué os falta para coronar de gloria vuestra patria?

—¡Mi rey y señor! contestó el almirante; á principios del año pasado nuestros enemigos acataron el imponente valor de nuestros bravos. Entónces nos hicimos dueños del mar, y con la ayuda del cielo lo seremos tambien en la espedicion que me confiais nuevamente: dos veces han querido probar los adversarios hasta qué punto llega el valor del castellano, y dos veces han sucumbido y tenido que pedir perdon. Dejadles probar esta tercera, y quizás escarmentarán para no volver jamás á esponerse á sufrir en nuevos combates nuevas derrotas; lecciones amargas que debian ya haberles enseñado la facilidad y el brio con que Castilla sabe diezmar los ejércitos enemigos, aunque cuenten con mayores fuerzas. Me habeis preguntado, señor, qué me hacia falta para humillar á la escuadra enemiga. Con diez y siete galeras tendré de sobras, porque á la escuadra castellana le basta su pabellon.

—Ved, almirante, que la escuadra de Portugal consta de veinte y tres galeras, díjole el rey.

—Mientras sus fuerzas no escedan de la mitad de las nuestras, replicó el almirante, no temo á las dos potencias unidas. El rey de Castilla lo ha de ser tambien del mar de Inglaterra y del de Portugal. Ya sé, mi rey y señor, que esta vez me toca combatir con un almirante que sabrá bien dirigir la armada enemiga; don Alfonso Tellez, hermano de la reina de Portugal, es hombre de vastos conocimientos en la marina, y tengo entendido que la escuadra enemiga ha quedado confiada á su mando. Pero no importa: sus operaciones difícilmente podrán decidir en su favor el combate, porque á pesar de sus conocimientos le falta práctica y quizás valor. Yo me propongo escarmentarle y ¡quiera Dios que consiga apresar sus galeras y destruir su flota! Será para mí el dia mas glorioso aquel en que pueda regresar de mi espedicion ofreciéndoos el almirante don Alfonso Tellez en prueba de mi triunfo.

—¿Os habeis metido en la cabeza mandármelo prisionero? dijo sonriéndose don Juan al almirante.

—Me da tal coraje, que no he de parar hasta que pueda cogerlo con mis propias manos. Dejad á mi eleccion la gente de mar y confiad, señor, en mi intrepidez... que si no muero en esta lucha, he de pelear frente á frente con el gefe orgulloso llevándolo conmigo vivo ó muerto.

—Mal haceis, almirante, en prevenirme que fie de vos; respondió cortesmente el rey don Juan.—Esta prevencion pudierais habérmela hecho si no tuviera de vuestro valor pruebas muy manifiestas en mas de cien combates. Hasta hoy las escuadras que han peleado al mando de Sanchez Tovar siempre han obtenido la victoria.

—Débese sin duda á la fortuna, y Dios sabe si esta vez la suerte me será propicia, porque no siempre la muerte juega al rededor de los hombres sin apoderarse de ellos cuando están menos prevenidos. Yo he de pelear, y he de arrostrar á todos los peligros sin poder asegurar si en ellos sucumbiré á la fuerza enemiga. Solo Dios puede responder de mi destino; y si auguro bien de mi jornada no es por mi prevision, sino porque tengo confianza en la cooperacion del cielo.

Nuestra causa es justa y creo por eso que Dios la protegerá.

Don Juan primero dió su aprobacion real á las protestas del arrojado almirante, quedando en esta parte muy satisfecho de sus buenos deseos en favor del reino.

—Ya no me quedaria que desear otra cosa en alivio de mis inquietudes si la guerra que me declara el extranjero no hubiera sido apoyada en el interior por castellanos rebeldes indignos del pais que les dió su cuna; dijo el rey con sentimiento profundo.—Mi corazon se oprime al recordar los nombres de mis hermanos; pero los hechos son patentes, si las noticias no mienten. Diz que en Toledo se arma gente revoltosa, á cuyo frente lleva mi hermano don Fadrique la bandera de sedicion. En la córte se esconde de incógnito el intrépido don Alonso cuyos manejos serán sin duda para secundar las miras del duque de Benavente. No les temo; pero sí me dan pena, porque al fin son hijos de mi padre, y es para mí un borron que puedan mis hermanos llevar en Castilla el nombre de traidores.

—No os afecteis, señor, dijo amablemente el maestre Fernandez.—Yo partiré hoy mismo para Toledo, y espero sofocar la rebelion bien pronto.

—Yo me quedo en la córte, mi rey y señor; respondió Mendoza.—La reduccion de don Alonso á la obediencia de su rey, corre por mi cuenta.

Con tan buenos auspicios no pudo ménos el rey que quedar satisfecho de aquella conferencia, la que dió por terminada, y trasladóse otra vez al congreso para presidir la discusion importante acerca de los asuntos de la Iglesia. Entretanto el maestre don Pedro Fernandez enjaezó su caballo, y con cien hombres armados partió de Salamanca y tomó el camino de Toledo. Esta partida improvisada no dejó de causar la admicion de los salamanquinos, no ménos que de la nobleza castellana, y en particular de aquellos que conocian la influencia del maestre en los asuntos de estado. Unos creian que conociendo el maestre su impotencia para triunfar en la cuestion de la Iglesia con su decidida oposicion al gran cardenal de

Luna, habia preferido no tomar parte en aquel asunto á sucumbir en fuerza de la discusion. Otros le hacian el poco favor de suponerle inteligenciado con el legado del antipapa y que habia aprovechado la oportunidad de aquella rebelion en Toledo para cubrir el espendiente y disimular mejor su odiosa avenencia con los clementistas. Los que opinaban en este sentido se fundaban en la innecesidad de que fuese el maestre quien debiese sofocar aquella rebelion, habiendo gefes de sobras para hacer sufrir la derrota al duque de Benavente, de cuyos gefes no tenia la córte, como de Fernandez, una necesidad apremiante en las críticas circunstancias en que los amigos de Roberto se esforzaban en distraer todos los elementos de oposicion. Unos y otros se engañaban sin embargo, y no habia en la corte mas que tres personas que tuviesen conocimiento de las causas imprevistas que obligaban á Fernandez á separarse de ella con urgencia. Su partida para Toledo fué realmente un pretesto; pero no le movió la política ni el interés del pais á tomar tan repentina resolucion, sino sus compromisos particulares, su amor propio y el respeto á su soberano.

El gran cardenal de Luna tuvo ocasion de hacer valer su alta influencia en aquellos momentos de conflicto para Castilla. El asunto de la Iglesia no se tomó ya como cuestion de conciencia, sino como de necesidad para asegurar mejor las alianzas con el reino de Francia.

—El conde de Cantabrigia y el rey don Fernando de Portugal rugen como leones hambrientos esperando la presa que quieren devorar, dijo el de Luna.—Esta presa que mueve su codicia es Castilla, es esta nacion pujante que con el ausilio de la Francia se hará señora del mar y avasallará la tierra. Pero ¡pobre nacion, si la Francia no vuela á su socorro!

—¿Quereis intimidar al rey de Castilla? preguntó al cardenal el humilde cura de la capilla de los Reyes de Toledo.

—Quiero decir lo que siento; respondió el cardenal.—¿Sois vos acaso quien pretende intimidarme con destempladas interpelaciones?

—Fácil fuera si, como dice Roberto, no fué la eleccion de papa Urbano un acto de espontaneidad, sino un movimiento de temor.

—No os comprendo, capellan. Hablad claro.

—Decia que es muy fácil intimidar á los que eligieron en Fondi á Clemente despues de haber elegido en Roma á Urbano, y que no es estraño que las interpelaciones intimiden á los que formaron un cónclave, dó fué elegido un papa por un necio temor.

—¿Lo reconoceis así?

—Nó, cardenal: yo siento tener que confesaros que mis palabras envuelven la ironía mas atrevida.

—¡Señores! gritó don Juan llamando al órden á los dos contendientes.

—Sigamos la discusion; replicó el cura despues de obtenida la venia del rey.—Si los cardenales al elegir á Urbano creyeron forzada su conciencia por aparentes amenazas, ¿por qué no protestaron en el acto ó á los pocos dias, y nó despues de haberle dado al elegido obediencia? ¿Por qué no se acordaron que Urbano debia someterse á reeleccion hasta despues que en cumplimiento de su sagrado ministerio tomó medidas acertadas y justamente represivas de la relajacion de los sacerdotes de alta categoría, de esos mismos cardenales que quisieran un pontífice que no fuese de ellos sino un gefe nominal ó simplemente de ceremonia?

—¡Capellan! esclamó el de Luna.

—Hablo de los malos cardenales, y en esto, señor, podeis tomar la parte que querais. Si el Espíritu Divino está con los cardenales al tiempo de elegir á un papa, ¿no es hasta un sacrilegio el pretender que la eleccion de Urbano sea derivada del miedo? ¿Miedo donde está Dios? ¿Pudo ninguna fuerza humana contrarestar las conciencias dirigidas por el Espíritu del Amor que diseminó su gracia en el cónclave como lo hizo en Pentecostés sobre el colegio apostólico? ¿Qué se le dice al mundo cristiano para persuadirle de que no es vicario de Jesucristo el que eligieron los cardenales? Estos supo-

nen ahora que tuvieron miedo: mas luego enmudecerán á la pregunta que voy á dirigirles en nombre de todos los hijos de la Iglesia. ¡ Responded, clementistas! Y Dios que estaba entre vosotros cuando la eleccion de Urbano ¿tuvo miedo tambien?... Si callais cuando os pregunto, porque no podeis darme otra respuesta, y si á pesar de vuestra conviccion íntima proclamais á Roberto... os acusaré de herejía, toda vez que por cabeza visible de la Iglesia no quereis conocer al papa y os habeis separado de ella contradiciendo el dogma.

—¿Acabasteis? preguntó el cardenal de Aragon.

—Acabé, respondió el cura.

—No me atreviera replicaros con la dignidad que se debe á nuestro estado, si no os viese dotado de un escesivo celo religioso que ha tomado insensiblemente el carácter de fanatismo. Sí; prosiguió el de Luna—sois un fanático temible, porque estais dotado de inteligencia y fundais perfectamente vuestros raciocinios. Si yo fuese cual vos, si no hubiese presenciado y tomado parte en aquella votacion, tal vez me esclamara como vos lamentando amargamente los conflictos de la madre de los fieles. Pero vos me hareis justicia reconociendo en mí el ascetismo que hace falta á muchos, y los deseos que me animan de que termine felizmente el espantoso cisma que aflige á nuestra Iglesia. Y sin embargo, señores, yo os aseguro bajo mi palabra que faltara á los deberes de mi conciencia y me creeria indigno de llamarme católico, si no recomendara la obediencia al pontífice Clemente VII, porque en su eleccion hubo libertad y el dedo del Redentor le señaló para su vicario. Porque soy cristiano, porque no soy hereje y porque creo que la cabeza visible de la Iglesia es el papa, no puedo otorgar mi obediencia á Urbano, en cuya eleccion no vino á infundirnos su gracia el Espíritu Santo. Dios no señaló con su dedo al elegido; Dios no dijo por medio de nuestras conciencias: «*Mi dedo está aquí: sea Urbano mi representante en la tierra:*» nó, señores; Dios no estaba entónces entre nosotros.

—Pues ¿quién estaba? preguntó el humilde cura de la capilla de los Reyes.

—El miedo; respondió el cardenal.—El miedo..... y el pecado de los que audazmente metieron la zozobra en el cónclave: Nadie mejor que yo puede responder de aquellas elecciones, y temiera el castigo del cielo si en este asunto de interés vital para la Iglesia os dirigiera mi voz parcialmente y con prevencion. Las elecciones de Urbano son para mí debidas al pecado; las de Roberto á Dios. ¿Me habeis comprendido, señores? Yo en ambas tomé parte; yo fuí de las dos testigo presencial, y mi alta dignidad debe valer algo para que no se me pueda tachar de temerario y de poco religioso. Yo creo en la eternidad, creo en mi alma... y no quiero condenarme.

—Ni los partidarios de Urbano queremos ser ménos creyentes que los clementistas.

—¡Señores! ¿otra vez?—esclamó el rey don Juan.—Veo que la cuestion es peligrosa, porque es dudosa. Pues bien: en este estado de duda ¿qué podrá resolver el rey de Castilla?

—Lo que mas convenga al interés de su reino; contestó el cardenal de Aragon. No olvide don Juan primero que el francés es su aliado, y que el duque de Alencastre apoyado por la Inglaterra pide la rendicion de Castilla en favor de su esposa. Si creeis que hay duda, vuestra conciencia se tranquilizará inclinando vuestra opinion á lo que pueda ser mas ventajoso al bienestar de los pueblos.

—¡Señor! dijo el cura de la capilla de los Reyes al rey don Juan.—Un rey católico primero ha de perder la corona que el alma.

—Todo se puede salvar, dijo el conde-monge.—Mientras la duda subsista, mientras no sepa el rey quién es el verdadero papa, no obedezca á ninguno. Cumpla en esta parte el encargo que le hizo su padre, de cuya última espresion tuve el alto honor de ser depositario.

—¡Sálvese Castilla! gritó el cardenal de Aragon.

Y á una voz repitieron todos: «¡Sálvese Castilla! ¡sálvese Castilla!» y el de Denia y el cura de la capilla de los Reyes de Toledo quedaron vencidos. Triunfó el antipapa, á quien

don Juan primero sometió su obediencia y la de su reino, quedando desde entónces Clemente VII reconocido en Castilla por el verdadero pontífice y vicario de Jesucristo. Los dos opositores corrieron presurosos á poner su derrota en conocimiento de la reina viuda, quien al oir la infausta noticia quedó como muerta y pidió los sacramentos que le fueron suministrados sin pérdida de tiempo. Concluida la ceremonia religiosa los dos sacerdotes consolaron á su alteza, que apenas podia articular una palabra.

—¡El rey! dijo la enferma.—¡Que venga el rey!

Don Juan primero entró temblando en la estancia de la reina madre, siguiéndole el gran cardenal de Luna que apenas podia disimular su satisfaccion completa. Los dos opositores, no pudiendo soportar el sarcasmo que envolvian las insolentes miradas del legado de Roberto, se retiraron de aquel sitio, quedando con la enferma el rey, el de Luna y doña Elvira.

—Dios oyó mis preces, dijo la afligida reina; él no consentirá que sobreviva á tu desgracia. Ya ha caido sobre tí la maldicion del cielo..... pero no llores, don Juan: tu madre te bendice.

—¡Madre mia! esclamó el rey con asombro.—Yo he tenido que ceder á la necesidad y á la fuerza: yo he dado en el acta mis descargos.

Efectivamente, en el acta que firmó don Juan á los diez y nueve de mayo de aquel año 1381 hizo infinitas protestas en su descargo para no incurrir en la nota de cismático, cuya calificacion le daba horror.

—No importa, hijo de mi corazon, díjole doña Juana: mi muerte será tu primera derrota. ¿Dónde está Leonor? ¡Que venga la reina..... porque yo fallezco..... y quiero estrecharle la mano.

Tímida y pálida se le presentó doña Leonor..... Mas la vista de la enferma empezaba á ofuscarse.

—¿Donde está... mi hija? preguntó la paciente.

—Vedme, dijo doña Leonor: reconocedme, señora.

—Difícil es... mas... se me pasó.

Un rayo de luz volvió á dar brillo á sus amortiguados ojos, que los volvió compasivos á su imprudente nuera.

—Llora y ruega..... por todos..... hija mia;—dijo la enferma á la reina doña Leonor apretándole la mano. Tus vasallos tienen derecho á exigírtelo.

—¿Qué pudiera hacer yo, madre mia, para tranquilizaros? preguntó doña Leonor.

—¿Tú? contestó la moribunda.—No sé..... yo no sé que puedes hacer.... para tranquilizar.... á la madre de tu esposo.

—Que lo es mia tambien.

—Sí;... á tu madre... ¡á un cadáver!

—¡Señora! esclamaron todos á un tiempo.

—¡Y qué! prosiguió doña Juana.—¿No es verdad... que yo soy ya... un cadáver... y que mi hijo... es cis...mático?

—¡Ah! esclamó don Juan.

En aquel mismo acto fué introducida Violante en la estancia de su reina y bienhechora, quien al verla le tendió la mano y se la dió á besar.

—¡Bendita seas... mujer heróica! dijo doña Juana á su favorecida.—¡Cuán pálida estás!... ¡cuánto habrás sufrido!... pero... tú eres dichosa... y yo mas que tú... porque yo... me voy al cielo.

Doña Leonor en medio de aquel conflicto se sintió otra vez poseida de su rabiosa pasion al contemplar de nuevo á Violante en su presencia. El rey apartó la vista de aquel cuadro, que le causaba una sensacion profunda por mas de un concepto. Violante prorumpió en amargo llanto.

—¡Leonor! dijo á su nuera la agonizante viuda de Trastamara.—¿No eres tú la que poco há... me decias... ¿qué podias hacer... para tranquilizarme?... No seas mas... celosa de esta mujer... que es tan buena.

La jóven reina quedó como asombrada.

—El cisma..... será la desgracia... de vuestro reinado... Tus celos... hácia esta infeliz... le han dado.... el último impulso.... Pues bien:... lo que debes hacer... ahora... para

tranquilizar... á tu madre moribunda... es pedir perdon á Dios..... y hacerte amiga..... de Violante..... á quien has sacrificado..... cruelmente, para azotar mejor..... á la Iglesia.

— ¡Señora! esclamó el gran cardenal, que hasta entónces habia guardado silencio. -- Sino que os veo tan clara de potencias, diria que vuestra alteza delira. Castilla ha pagado á la Iglesia el tributo de su cristiandad. No os alucineis por piedad en estos críticos momentos en que la prevaricacion puede echar á perder vuestra alma.

— No hablo con vos... cardenal; dijo la enferma.---Hablo... con mis hijos. --¡Don Juan! añadió dirigiendo la palabra al rey. -- Te recomiendo..... á mi amiga..... doña Elvira..... que es madre..... y tiene un hijo..... que se rebela..... contra tí..... Perdona..... á don Alonso..... Perdona al duque... de Benavente..... Su boda..... con doña Beatriz..... ¡Ay!.. ¡ay de mí!..... que pierdo..... las fuerzas.

-- ¡Madre mia! díjola el rey consternado.

--- ¡Leonor!.... escucha..... acércate..... ¡Ay! te recomiendo..... á Violante.

Breves instantes reinó un silencio sepulcral.

— ¡Á Dios! prosiguió la moribunda. —Yo..... os ben..... digo.

Una convulsion espantosa se apoderó de la enferma: fué el presagio de su cercana muerte. El cardenal de Aragon se acercó á la espirante para exhortarla y la reina doña Leonor, no pudiendo resistir la presencia de aquel trance espantoso, besó la yerta mano de la moribunda y desapareció llena de horror.

— ¡Reina viuda de Castilla! gritó el gran cardenal de Luna. — Yo os absuelvo en nombre del Dios de Israel, que os abre las puertas del cielo para daros mejor morada.

Doña Juana en aquellos instantes no era ya mas que el resto.

El rey cayó desconsolado en una silla, y poco despues apareció un ugier en uno de los balcones anunciando al pueblo la infausta nueva.



D. Juan I.—Lám. 11.

—¡Pueblo de Castilla! La condesa de Trastamara, viuda del rey don Enrique y madre de nuestro rey, ha muerto.

Otra voz aterradora, que hizo temblar los tabiques del palacio, sucedió á la del ugier con un grito desesperado.

—¡Castellanos! La maldicion del cielo pesa sobre vuestras cabezas, y la pérdida de doña Juana es el primer azote del cisma. El papa Urbano, verdadero vicario de Jesucristo, fulmina por mi boca el anatema contra el rey cismático y contra los pueblos que obedezcan á Roberto.

Era la voz del cura de la capilla de los Reyes de Toledo que se le escapó fervorosamente hallándose solo en los corredores de la casa real. La alarma, la confusion y el espanto parecian amagar el esterminio del reinado de don Juan primero.

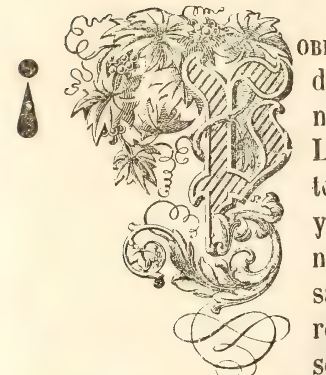
Fué el cuerpo de la reina viuda conducido á Toledo, y allí en la capilla de los Reyes se le dió sepultura en el panteon de su esposo.





CAPITULO XI.

En que se demuestra la prez castellana y se habla de otra calamidad que sufrió el rey don Juan.



OBRE reina! La última enfermedad de doña Juana no dejó de causarle otra nueva desesperacion. ¡Pobre doña Leonor! Ella contaba con la proteccion del gran cardenal de Luna, y quiso trocar favor por favor esponiéndose á la maledicencia de sus vasallos, que movidos de un sentimiento religioso hubieran preferido mantenerse indiferentes á la cuestion de la Iglesia á dar la obediencia á un pontífice intruso. ¡Y todo por los celos devoradores que le inspiraba la presencia de una mujer virtuosa que hubiera sacrificado su vida ántes que su honra, ántes que faltar á sí misma y á su reina! Pero ¿no tuvo la esposa de don Juan primero ocasion de poner á prueba la bondad de la interesante señora de Fita y Buitrago? ¿No estuvo Violante encerrada en un convento para desvanecer las odiósas sospechas que su alteza habia concebido de un mal proceder que solo podia aparecérsele en su

loca fantasía? ¿No fué la misma reina la que autorizó la esclaustracion de su rival presunta, cuando el maestre don Pedro Fernandez la persuadió de su inocencia? ¿Por qué, pues, insistió de nuevo en su estremada manía? ¿Qué temia de Violante? ¿Qué del rey, si nunca se habian dado recíprocamente las pruebas mas sencillas de un buen afecto? Sin embargo la jóven reina vivia encolerizada desde los últimos momentos de doña Juana, en que moribunda la recomendó encarecidamente la esposa del alavés. No creyó doña Leonor en las virtudes de la dama de su suegra, y atribuyó á hipocresía su penitencia; aquel retiro, que á su modo de ver las cosas lo habia adoptado únicamente para encubrir su falsedad, su felonía; mas para juzgar tan desfavorablemente de una mujer que tenia dadas todas las pruebas mas inequívocas de su buen comportamiento, debió fundarse en algun hecho, en alguna apariencia siquiera. Desde que la córte residia en Salamanca, la reina doña Leonor sintió de nuevo abrírsele la herida que apenas estaba cicatrizada. Ocurriósele la idea de que el rey no hacia caso de su cariño, y que su amor hácia ella se habia amortiguado.

Un dia, cuando Violante se hallaba en la clausura, fuéron sus altezas á visitar el convento de religiosas carmelitas, y el rey dijo á su esposa: — «¿No es este el retiro de aquella pobre mujer?» Preguntaba don Juan por la señora de Fita y Buitrago. La respuesta de doña Leonor fué un gesto de enojo, y desde entónces sospechó que el rey se interesaba por la suerte de aquella mujer que fué querida de su padre. Tenia doña Leonor sus confidentes que la daban razon de cuanto practicaba el rey mientras se hallaba ausente del palacio, y despues de haberles escuchado con amabilidad, se la sorprendia llorando con el mayor desconsuelo. En este estado la sorprendió el gran cardenal de Aragon en su visita de despedida que tuvo poco despues de la muerte de doña Juana; mas creyó su eminencia que las lágrimas de la reina eran dimanadas del natural sentimiento que debió producir en el ánimo de su alteza la pérdida irreparable de la madre de su esposo.

—Siento, amable reina, díjola el de Luna, tener que dejaros en tan triste situacion, y no poderos ofrecer por mas tiempo con mi presencia los saludables consuelos que ha menester vuestra alteza.

—¿Os vais? le preguntó la reina.

—Sí, señora; cumple á mi destino volver triunfante á la córte pontificia de Aviñon y pedir á Clemente que bendiga á Castilla y en particular á la que toma asiento en su trono al lado de don Juan primero.

—¿Vos os vais, cardenal? volvió á preguntar su alteza acompañando sus palabras con cierto gesto de resentimiento.

—Parece que os admirais, señora.

—Pues... ¡ya se ve que me admiro!

—¿Me direis la causa?

—Sí, á fé: mas... no lo estraño. En vano os recordaré que el favor por favor.... ¿me habeis comprendido?

—Proseguid.

—¡Pues!... que mi favor por el vuestro haya consistido en quedar yo burlada y vos favorecido.

—¿Vos burlada?

—Sí, cardenal; y á saber yo lo que me habia de sobrevenir, puedo aseguraros que á pesar de la embajada francesa, de vuestra destreza en los negocios y de vuestra facundía que os da una celebridad muy recomendable, seria hoy mi esposo indiferente á la cuestion del cisma, imitando en esto la política de mi respetable padre el rey de Aragon, y Roberto...... no lo dudeis, no seria como ahora pontífice de Castilla.

—No lo niego.

—Y sin embargo os vais y por saldo de vuestras cuentas me ofreceis la bendicion que me ha de echar Clemente VII desde su solio. Ya veis que por tan poca cosa no hubiera estipulado con vos..... lo que no habeis olvidado: yo necesitaba algo mas que una bendicion.

—Pero... ¿no cumplí, señora?

—Cumplisteis... en parte.

—Veamos: yo os ofrecí el retiro de la señora de Fita y Buitrago.

—Y la proporcionasteis el convento de religiosas carmelitas, y allí se encerró mi rival... y vos mismo la acompañasteis. ¿No esto lo que ibais á esplicarme?

—Precisamente.

—Pues esto... no basta:—dijo enojada su alteza.

—Ni podia hacer mas, ni me habia comprometido á otra cosa. Recordadlo bien.

—Recuerdo que lo que yo queria era desterrar para siempre los celos que me devoran; y esto es cabalmente lo que no he podido conseguir, porque Violante está en la córte y el rey la ama.

—¿La ama el rey? ¡Señora! desterrad esa fantasma maligna que produce las inquietudes de vuestra alma. ¿No veis cuán ciega estais? Antes de entrar en el convento la absolvisteis, concediéndola facultad para esclaustrarse cuando mejor le pareciese; y ahora que salió á instancias de su bienhechora, os sentís de nuevo afligida, y vuelve otra vez á renacer en vos la alarma que hace vacilar vuestro entendimiento y perturbar vuestra razon.

—Es que no son ahora las confidencias de don Alonso, que me previenen contra ella; son mis sentidos y las confidencias de otras personas mas desinteresadas que el hijo de doña Elvira Iñiguez.

—¿Es posible?

—Sí, cardenal: y ahora que vos estais servido, debierais completar la obra empezada en mi servicio y cumplir lo pactado entre los dos. «Favor por favor.»

—¿Qué mas puedo hacer, señora?

—Discurrid. No fué pactado el favor á medias.

—Y no obstante yo no estoy seguro del acta firmada por don Juan. Mas fácil es disipar vuestros temores que los mios; porque la voluntad del rey es ambulante como todas las voluntades, y es tan libre de negar la obediencia á Clemente, como lo ha sido para otorgársela.

—Pero el rey de Castilla no faltará á su promesa.

—El rey de Castilla y el monge conde de Denia se avistan con frecuencia y con mucha reserva. Ya veis, reina de Castilla, que el legado de Roberto puede á su vez recordaros el favor por favor.

—¿Empecemos de nuevo, cardenal?

—Mas tarde, porque debo partir hoy mismo.

—No importa; dijo la reina sonriéndose con resentimiento.—¡Feliz viaje, cardenal!

Ninguna esperanza le quedaba ya á la celosa doña Leonor, y empezó su conciencia á remorderle atribuyendo sus penas á un castigo del cielo por haber contribuido eficazmente al reconocimiento del antipapa por vicario de Jesucristo. Recordó en aquellos momentos la recomendacion de su suegra moribunda, y para imponerse á sí misma la penitencia de su pecado, se decidió á sufrir con resignacion la voracidad de sus ardientes celos y á declararse amiga de su rival. Era sin duda el mayor sacrificio que podia exigirse de una mujer, sobre todo de una reina. Otra idea le ocurrió en descargo de su conciencia y en vista del ingrato procedimiento del gran cardenal de Luna. Quiso enterarse del objeto á que tendian las conferencias del rey con el de Denia, para interponer su influencia en favor de Urbano si aquellas entrevistas reservadas llevaban un fin religioso, y no siendo prudente confiar á persona alguna semejante investigacion, procuró hacerlo por sí misma en ocasion oportuna en que el rey y el monge se hallaban hablando muy quedo y con mucho interés. La reina infirió desde luego que el asunto de que trataban era de mucha importancia, y puso toda su atencion para descubrir aquella reserva, bien persuadida de que no podia afectarla el negocio que la motivase. Transcurrió largo rato sin haber podido percibir una sola palabra, hasta que el rey dió un papel escrito al monge y este lo guardó para sí. Entónces la reina pudo oir parte de aquella conversacion que escitaba su curiosidad, y un triste desengaño la hizo amargar su disculpable imprudencia.

—¿Lo teneis entendido? dijo el rey.

—Sí; lo comprendo perfectamente—contestó el monge.—Mendoza no ha de saber lo que ha pasado; ellas quedarán contentas y vuestra conciencia tranquila. Yo he de hablar ahora á doña Elvira.

—Yo mas tarde daré audiencia á esa pobre Violante, que quisiera verla muy feliz.

—¡Violante! esclamó la reina inadvertidamente, no pudiendo reprimir la impresion que le habia producido aquel nombre en boca de su esposo.

—¡La reina! dijo misteriosamente el monge al rey.

—Id con Dios; respondió el monarca sin hacer caso de aquella advertencia.—Reconocido os quedo por el buen servicio que me habeis prestado.

La reina se retiró para no dar con el monge al tiempo de su salida, y reflexionó despacio á sus solas lo que mas podia convenirle para poner término á sus escrúpulos, haciendo en obsequio á Dios ofendido todo aquello que pudo creer mas á propósito para espiar cumplidamente su falta; pero no halló medio de reducir á su esposo despues de firmada el acta de obediencia á Clemente VII. El rey creyó de buena fé que las protestas contenidas en aquel documento le purificaba á la faz de la cristiandad, y cuando por la reina ó por otra persona autorizada se le dirigian advertencias ó se le daban consejos, les remitia á la posteridad diciéndoles que lo dispuesto por él ya lo revocarian sus sucesores si entendian que podia ser perjudicial al reino, pues en las circunstancias que militaban entónces, era muy arriesgado desairar á Roberto y á la Francia. Añadia que la falta que podia haber cometido en sentido religioso no le facultaba para cometer otra en sentido político, y que ofreciendo el asunto de la Iglesia muchas dudas, tuvo á bien mirarlo bajo el interés puramente temporal y de política; siendo digno de notar que el que dijera que el rey don Juan podia prescindir de aquellas alianzas, ni tenia inteligencia ni patriotismo. No iba tan desacertado el rey de Castilla en aquel asunto, si se toman en cuenta las continuas dudas en que tropezaban á cada paso los hombres de consumada inteligencia y

religiosidad, los mismos prelados del reino, que aconsejaron aquella declaracion, y que á no haberse declarado la guerra por la Inglaterra y Portugal contra Castilla, tal vez hubieran preferido que el castellano, á imitacion de su suegro el aragonés, se hubiese mantenido en estado de indiferencia.

¿Y podia doña Leonor formar este concepto filosófico? ¿podia bien penetrarse de esta filosofía? Nó: desde el momento que atribuyó la muerte de doña Juana á un aviso que le daba Dios al rey para que se abstuviese de tomar aquella resolucion, se aumentaron progresivamente sus escrúpulos y remordimientos de conciencia, sin que las protestas y las razones de su esposo, fundadas en la conveniencia y necesidades del reino, pudiesen disuadirla de aquella realidad que se le habia aparecido como una prediccion del cielo. Era tanto lo que sufria su imaginacion y su espíritu, que al recordar las preces de doña Juana implorando á Dios que no la dejase sobrevivir mucho tiempo á la obediencia que diese Castilla al antipapa, dedicaba con frecuencia esta misma súplica al pronto reconocimiento del verdadero solio pontificio, implorando al Eterno la gracia de no dejarla sobrevivir á los nuevos infortunios de don Juan si no quitaba á Roberto la funesta obediencia que acababa de darle.

Sepamos ahora cuál fué la mision del noble monge y el objeto de sus misteriosas conferencias con don Juan primero: despejemos ya la incógnita de aquellos amores entre Mendoza y doña Elvira, y veamos de qué modo cumplió el de Denia el encargo de Violante, que hasta el presente ha sido para todos un arcano. La señora de Fita se abstuvo de revelar el nombre del caballero que la importunaba en su clausura; mas el de Denia ofreció descubrirlo y lo consiguió. ¡Hé aquí la causa de la rápida partida que emprendió el maestre don Pedro Fernandez! ¿Fué quizás este mismo Fernandez que habia declarado su amor á Violante, quien despues la propuso los medios de faltar á sus deberes, quien ofendió su recato mientras vivia acompañada con las castas religosas en el templo del Señor? Fernandez estaba allí cuando fué el monge á visitar á la

alavesa, y luego desapareció de la córte en los críticos momentos en que su presencia podia ser de algun interés. Mas... la entrevista que tuvo el religioso con doña Elvira nos lo esplicará todo circunstanciadamente.

¡Cuán perpleja y avergonzada estaba la madre de don Alonso al ver delante de ella al amante que rechazó, y en cuya visita no llevaba otro fin que dirigirle reconvenciones de tal naturaleza, que el rubor no podia dejar de encenderla el rostro!

—¿Sois vos, conde de Denia? dijo la ilustre dama al sacerdote.

—¿Conde me llamais, señora? respondió el monge.—Si fuera yo el conde de Denia no viniera á visitaros. ¿Vos conociais bien al conde de Denia?

Doña Elvira bajó los ojos.

—Era muy apasionado, muy caballero y..... muy necio —prosiguió el monge.

—¿Necio?

—Sí: lo fué tanto, que hizo caso de vos, y se prendó quizás de vuestros defectos.

—¿Y vos, padre, me conoceis á mí?

—Tan bien como el conde de Denia.

En aquel mismo acto doña Elvira se arrepintió de haber dirigido al conde-monge una pregunta que debió juzgarla indiscreta y poco premeditada.

—Y por lo mismo que yo conozco perfectamente á doña Elvira, y porque la quise tanto... cuando era conde de Denia, me tomo la libertad de darla un consejo saludable que pueda librarla de los compromisos, á que tan miserablemente espuso su honra, que debia haberla conservado intacta...

—¡Caballero!..

—Despues de la muerte de don Enrique. No hablo de aquellos tiempos que precedieron al fallecimiento del rey... de aquel rey mas dichoso que el conde, porque es una época, cuyo recuerdo me está vedado. Yo no hago mas que mencionarla de paso para advertiros... que no hablo de aquellos tiempos tan

funestos para mí, como para vos dichosos, porque... ya os lo he dicho; yo no soy el conde de Denia.

Doña Elvira contempló al sacerdote con amable admiracion.

—Yo soy... ya lo veis: un monge de san Gerónimo, un pecador arrepentido que está en penitencia, un asceta en fin que se retiró del mundo para no perder su alma, y al mundo ha vuelto otra vez para salvar la vuestra.

—¿Son mis pecados de tanta gravedad, señor, que tanto os importa mi condenacion?

—Es que no me bastara dirigir vuestra conducta para haceros acreedora á los bienes celestes; quiero tambien poner á salvo vuestro honor.

—¿Mi honor? preguntó doña Elvira temblando acongojada.

—¿Es posible, señora, que tengais á la corte tanto apego?

—¿Yo?

—Sí; vos.

—¡Cuánto os engañais!

—¿Cómo habeis podido permanecer en el bullicio despues de haber bajado al sepulcro vuestro querido rey? ¿qué os ha dado la córte? Desgracias y no mas; deshonra, doña Elvira. ¡Cuánto siento tener que decir á mi Elvira..... nó, me equivoco:... á la Elvira del conde..... nó, nó... ¡á la Elvira del rey difunto tener que decirla que parece se complace en vivir deshonrada!

—¿Teneis celos, conde-monge?

—Nó: celos no tengo de vos, pero tengo de vos una carta que obraba en poder de un amante de la señora de Fita, y ahora obra en el mio. Mas vale así: al menos podeis ahora estar bien segura de que no irá á parar en manos de Violante. Mejor partido podeis sacar de un monge desenamorado que de una rival celosa.

La ilustre señora de Iñiguez quedó de tal modo sorprendida, que parecia estar próxima á darla un accidente. Un momento despues ocultó su rostro entre las manos.

—No os sonrojeis, doña Elvira; díjole el religioso. —Mientras quede sepultado vuestro secreto en mi pecho, no debe impacientaros la idea del concepto que se puede haber forma-

do de vuestra debilidad. Confesad que fuisteis poco previsora en hacer entrega de una carta reservada.

— ¿Son los nobles de Castilla ménos que galantes, mas que villanos? preguntó la dama con vergonzoso enojo. — Se conoce bien de dónde le vino la nobleza á un ventero.

— Os engañais, Elvira.

— ¿Y osais decir que me engaño? Vos poseeis un documento que en vuestras manos, y en las de Mendoza no puede espresar mas que un sentimiento de gratitud hácia el que tuvo la bondad de salvar los dias de mi hijo en mi obsequio; pero este mismo documento lo habrá visto aquella pobre mujer que, apasionada de su esposo, dará á cada cláusula una interpretacion funesta y formará un concepto muy triste de la intencion de su autora.

— No lo creais.

— ¡Conde de Denia! no me tengais por tan insensata. El resentimiento que Violante me manifestó cuando por encargo de su alteza la reina viuda fuí á invitarla para que abandonase el convento, lo esplica todo; la turbacion de Mendoza lo esplica todo tambien. El que ha sido capaz de abusar de mi confianza haciéndoos entrega de un documento confidencial, ¿creeis que para sacudir su culpa no lo habrá adoptado por medio de defensa, dando con ella una prueba de deferencia al único juez de su causa, á su Violante? Pruébalo no ménos el encargo que estais desempeñando, que en apariencia es un acto filantrópico muy conforme con vuestro estado sacerdotal, pero en la realidad es una mengua indigna de vuestros hábitos penitenciales, porque Mendoza... el ventero, os ha instituido instrumento de su villanía, se ha valido de vos... de un noble conde, para escupirme á la cara... á mí que soy la madre del hijo de un rey. Debiais, señor monge, haberos acordado del conde de Denia, que para salvar mi honra hubiera... pero si no os es dado blandir el acero, podiais al ménos haberle vuelto con desprecio las espaldas á ese baldon de la nobleza castellana.

— No os impacienteis y oidme, Elvira. Vuestra carta no la ha visto Violante; os lo jura un sacerdote.

—Respiro, pues; dijo doña Elvira recobrando el aliento.

—Mendoza... tampoco la ha visto, ni sabe lo que contiene; añadió el monge.

—Entonces el maestre de Santiago...

—Don Pedro Fernandez salió de la córte sin otra causa que la de evitar estos compromisos.

—Luego él fué quien os la dió ántes de partir para que me la devolvieseis. Sin duda rehusó el mensaje.

—La carta me fué entregada sin haberla leido todavía el maestre.

—Dádmela, Fernando, y tened compasion de mí. Escarmentada de la córte de Castilla, cansada de las pasiones que me afligen y faltándome la mejor de las amigas, seguiré vuestro ejemplo y me retiraré del mundo.

—Os llegó por fin la vez de sufrir un desengaño, Elvira; dijo el monge entusiasmado. —¡Oh! si supierais... me volveis la dicha. Tomad la carta, y que desaparezca para siempre.

Doña Elvira hizo una suspension, y quedó breves instantes como estasiada.

—¿Qué teneis? le preguntó con dulzura el religioso.

—Esta carta... estaba sellada y me la devolveis abierta. El osado que rompió mi secreto sabe lo que debia ignorar todo el mundo ménos Mendoza... y sin embargo, señor, vos me habeis dicho que el maestre Fernandez no la habia leido. ¿Quién la abrió, pues?

—No querais saberlo.

—¡Conde-monge! Doña Elvira tiene derecho para exigir del atrevido una reparacion digna de una señora de su alcurnia. Yo quiero obligarle á que me pida perdon.

—Es imposible.

—Mi secreto...

—¿Y el mio?

—No debierais guardarlo.

—¡Elvira!

—¡Ah! es verdad: sois caballero.

Doña Elvira rasgó la carta, y un paje anunció que el

mayordomo del rey deseaba conferenciar con la señora de Iñiguez sobre un asunto de la mayor importancia.

—¡Que entre el caballero Mendoza! dijo doña Elvira haciendo un movimiento de sorpresa. —¡Espera! díle... nada; díle que pase adelante.

Entraron Mendoza y don Alonso. El reverendo monge hizo á todos un respetuoso saludo, y al despedirse de Mendoza le dió un apreton en la mano como señal de inteligencia. Habíase descubierto la conjuracion que se fraguaba en la ciudad en defensa de los derechos que la duquesa de Alencastre pretendia sobre el reino de Castilla, cuya sedicion iba dirigida por los hijos bastardos de don Enrique de Trastamara. Sorprendido don Alonso por su generoso rival, tuvo que rendirse á la invitacion que hizo éste en nombre del rey, y entregársele con algunos hombres armados dispuestos á dar á la ciudad otro dia de luto y de amargura. Hecho prisionero don Alonso, tuvo que ponerse á las órdenes de su aprensor, con quien se confirió á palacio y fué presentado á don Juan. No es posible describir el asombro que le causó al hijo de la Iñiguez el ver á Mendoza disculparle á los ojos del monarca, suponiendo que la conjuracion de Salamanca tenia por objeto engañar á los portugueses á fin de descubrir sus operaciones militares, y poderles dar con este ardid de guerra una batida mas decisiva. Don Juan creyó á Mendoza por parecerle muy estraña la conducta de su hermano en secundar una rebelion contraria á los derechos de su padre: así fué, que en vez de castigarle hubo de darle gracias por su lealtad y por el buen servicio que le prestaba. Mendoza previno á don Alonso que redujese á esta idea á sus prosélitos castellanos, y agradecido el hermano del rey tuvo á bien acompañarle á la presencia de su madre, para recibir de boca de esta gran señora otro voto de gracias.

Doña Elvira que tenia hácia Mendoza tantos motivos de agradecimiento; que acababa de persuadirla de su caballerismo la conversacion habida con el monge; doña Elvira que veia libertado otra vez á su hijo por un rival que debiera odiarle de muerte, no podia permanecer indiferente

á la nueva accion del libertador. Era madre, y en aquella ocasion el amor á su hijo le hizo olvidar que Mendoza fuese el esposo de Violante; le habló con un afecto entrañable que dejaba entrever su entusiasmo y sus buenos deseos hácia el hombre á quien por tantos títulos debia guardar un eterno reconocimiento. Fué doña Elvira tan espresiva en aquel acto, que involuntariamente tomó la mano de Mendoza y la humedeció con las lágrimas de ternura que surcaban sus mejillas, en cuya ocasion y mientras la ilustre dama estampaba en aquella mano un ósculo de gratitud, apareció Violante como por encanto, y sorprendió á su rival en tales estremos de buen afecto y simpatía.

—¡Ah! perdonad, Violante, esclamó sonrojada doña Elvira.—Lo que debo á vuestro esposo es respeto, y nada mas que respeto; mi gratitud, amiga, me impone el deber de respetarle. Dos veces salvó á mi hijo y... yo soy madre, Violante.

La señora de Fita y Buitrago irguió su cabeza y contempló con orgullo la inesperada humillacion de la ilustre madre de don Alonso, á la que no se dignó contestar una sola palabra.

—¡Mendoza! gritó Violante con acento de altanería, que daba bien á comprender la exaltacion que le habia producido un fuerte arrebato de celos;—quiero hablaros. Despachad pronto; ved que os aguardo y que no es justo que me hagais esperar.... á mí que soy vuestra esposa.

A estas palabras arrojadas con toda la cólera de que es capaz una muger apasionada y justamente celosa, sucedió un largo rato de silencio, que dió tiempo á Violante de concebir un medio de venganza que hiciese sentir á su imprudente esposo todo el rigor de su indignacion. Allí estaba don Alonso, á quien Violante no hubiera jamás dirigido el saludo siquiera, para no dar á Mendoza el menor motivo de sospecha, y al recordar el comportamiento de ese hombre que en su concepto no agradecia las pruebas de su lealtad, se puso risueña y empezó á hablar al bastardo con amabilidad y dulzura.

—¡Está don Alonso muy taciturno! dijo sonriéndose. ¿Será

porque tiene de mí alguna queja? Ya sabeis que nunca he querido daros motivo de resentimiento; soy amiga de vuestra madre y me place mucho ver el interés que mi esposo se toma por vos. ¡Mendoza! yo os agradezco vuestra fineza y me es muy satisfactoria la buena correspondencia que sabeis guardar á una familia que ha de ser siempre bien querida de los señores de Fita y Buitrago. Por mi parte doy gustosa á doña Elvira el título de amiga, y á don Alonso le deseo tambien toda la prosperidad de que se hace digna una persona á quien profeso buen afecto. Sobre todo os encargo, amigo don Alonso, que no pongais á prueba con demasiada frecuencia la bondad de vuestro hermano, porque temo mucho que nos vais á dar... á todos un dia de amargura.

—Cuando no fuese por el respeto que debo á mi madre y mi gratitud hácia mi hermano, la consideracion de que mi amiga debia afligirse por mi culpa, me obligara á contener mis escesos.

Mendoza que habia permanecido perplejo y con los brazos cruzados, cuando Violante tomó el medio de venganza, no pudo reprimir su desesperacion al oir la atenta correspondencia del hijo de don Enrique.

—Me habias dicho que querias hablarme, Violante; dijo Mendoza con inquietud. —¡Doña Elvira! dispensad.

—¡Don Alonso! dispensadnos tambien, añadió la alavesa.

La buena señora de Fita lo era demasiado para no dar á conocer el fingimiento que envolvian sus espresiones. Todos dedujeron de la dulzura de sus palabras la amargura de su corazon, y es por eso que el alavés no se atrevió reprenderla con severidad, ni el hijo de doña Elvira fundó esperanza alguna por el atractivo facticio de un momento; todos, en una palabra, echaron de ver que Violante estaba preocupada, que quiso vengarse y no supo, porque el valor le faltaba y entonces mas que nunca se sentia inclinada á su Mendoza.

—¡Gracias, Mendoza, gracias! decia desesperada reconviniendo á su ingrato esposo; bien pronto te dejaré enteramente libre. Perdona si te he sido molesta; perdona si en mi

delirio he cometido la imprudencia de hablar amigablemente al hijo de la mujer afortunada que sabrá hacerte mas feliz que la que el cielo te concedió por esposa. ¡Necia de mí! ¡Cuán insensata he sido en pretender vengarme y escitar tus celos para que los mios te moviesen á compasion! ¿Cómo he de inspirarte esta pasion devoradora que engendró el amor, si tú ya no me quieres, Mendoza? ¡Y tanto, tanto que yo te amo!... ¡Con tanto amor dejar de pertenecerme!

—¿Si supieras cuán impía es para mí la suerte, no me hablaras así. ¿Piensas que yo te aborrezco? ¿Y tú has podido creerlo?

—Nó, Mendoza; yo no tengo razon para suponerte tan malo. No creo que me aborrezcas, pero tampoco dudo que tu amor hácia doña Elvira te tiene como aturdido y te hace vacilar... te obliga, sin quererlo tú, á usar conmigo cierta indiferencia que á tí mismo te da pena y te cansa. Tú no eres culpable... cierto es, si yo no te merezco, si carezco de los atractivos de otra mujer que te complace mas; pero yo tampoco tengo la culpa si te soy molesta, porque he perdido tu amor, que era esclusivamente mio. ¿Te acuerdas que me lo decias? Yo ahora sin tí... no soy Violante; soy una llama fátua que divaga por los desiertos... soy una nave perdida abondonada á la discrecion de una tormenta: soy... soy la que fué tu esposa y quisiera un consuelo, un átomo de lo que ha sido en otros dias mas placenteros, un imposible.

—Habla, Violante.

—Nó, nó; que doña Elvira podria saberlo y luego hacerte cargos.

—¿Qué estás diciendo?

—¡No sé lo que me digo, Mendoza! Con tal que tuvieras compasion de mí, con tal que te acordaras de lo que te ama esta infeliz mujer que ha sido hasta aquí partícipe de tus glorias y de tus penas; que llora cuando lloras, y que cuando tu corazon respira alegría, ella está alegre tambien; si me permitieras alguna vez alternar con tus lágrimas mis sollozos..... renunciara mas gustosa el derecho de unir mi

suerte á la tuya, y te dejaré en paz para que seas mas feliz con doña Elvira.

—¿Deliras, desdichada? ¡Yo pertenecer á otra mujer y renunciar á tu cariño y á tu grandeza de alma! ¡Yo que llego á tenerme envidia de poseer un ángel en la tierra! ¿Dudas de mi amor? ¿Y acaso pudiera quererte otro mas de lo que te quiere Mendoza? ¡Mendoza que se enorgullece de pertenecerte!.... ¡Violante! ¿Qué exiges de mí?

—Que vivas feliz con doña Elvira sin que por eso olvides del todo á tu pobre esposa, que vuelve á su retiro.

—¿Quien? ¿tú? ¡Imposible!

—Hoy mismo será.

—¡Ah! no lo consiento esta vez.

—Bien te decia yo que la córte era peligrosa ¿te acuerdas? Estando yo retirada, ambos lo pasaremos mejor. ¡A Dios, Mendoza! ¡á Dios para siempre!.... El convento ha de ser mi morada.

—No ha de ser; dijo doña Elvira entrando en aquel mismo acto.

—¡Señora! esclamaron á un tiempo sorprendidos los dos esposos alaveses.

—¡Mendoza! continuó la Iñiguez —¡Violante! dispensadme un obsequio al tiempo de despedirme de vosotros. No digais jamás que doña Elvira haya sido una mala mujer y que haya querido vuestra desavenencia solo porque no supo ser ingrata. Vivid felices; abrazaos; dejadme presenciar el abrazo que ha de dirimir la discordia que reina entre vosotros; volad, Violante, á los brazos de vuestro esposo que nunca me ha pertenecido ni podrá pertenecerme jamás.

Los alaveses se miraron tímidamente.

—¿Qué teneis? gritó doña Elvira —¿qué vacilais?

Cogió á Violante por la cintura y la colocó junto á Mendoza, quien inmediatamente la recibió en sus brazos.

—¡Gracias, Dios mio! cumplí un deber sagrado en el mundo ántes de serviros en el templo.

—¿Vos? preguntóla Violante.

—Sí, amiga; voy á llenar el vacío que dejasteis en el convento y seguir el ejemplo del conde de Denia. Se ha de cumplir mi voto, y estoy resuelta.

—¡Señora! dijo Violante; yo os felicito por vuestra vocacion, y no me olvidaré nunca de que sois buena amiga y no me habeis querido mal. Perdonad mi estravío.....

—¡Basta, Violante! Me ofendeis en estremo, y vais inadvertidamente á humillarme ahora con vuestras satisfacciones.

Salió doña Elvira, y á poco rato Mendoza fué llamado á un consejo que debia celebrarse por los principales gefes de la fuerza armada. Mientras el alavés se ocupaba de los asuntos mas importantes del reino, Violante recibió recado de don Juan para conferirse á su estancia á fin de hablar en reserva, cuya circunstancia la hubiera dispuesto á desobedecerle, si no hubiese acertado á pasar otra vez por la mayordomía de palacio la señora de Iñiguez, que le hizo el obsequio de estar á la mira, persuadiéndola de antemano de que el rey no llevaba mala intencion en proponerla aquella entrevista. El conde-monge habia acabado de poner en conocimiento de doña Elvira, que diese aviso á Violante de que en caso de ser llamada por el rey no se resistiese á su mandato. Mediante la garantía con que doña Elvira pudo contar bajo la palabra del sacerdote, no creyó necesario vigilar tan de cerca á la señora de Fita, lo cual por otra parte hubiera sido esponerse á una severa reconvencion del rey, si por casualidad hubiese advertido que iba á espiar sus actos, fuese cual fuere el objeto que llevase en su vigilancia. Dejó, pues, á Violante y se trasladó á una sala inmediata, donde se hallaba la reina doña Leonor, á quien encontró profundamente abatida.

—¡Señora! dijo doña Elvira hincando la rodilla; perdonad si llego á los piés de vuesta alteza en ocasion tal vez en que no estais dispuesta á recibirme: mas, hubiera creido faltar al deber que tiene contraido con su reina toda vasalla que como yo se precia de serlo muy leal, si no pidiese á vuesa alteza la correspondiente venia para separarme de la córte en que he prestado servicios que carecen de valor, á ménos que

vuestra benignidad se haya dignado apreciarlos por la buena voluntad con que los he desempeñado.

—¿Tú tambien me abandonas? preguntóle la reina con tristísimo acento.

—Cuando sepais que es un voto religioso lo que me obliga, no tomareis á mal que lo cumpla á pesar de mis deseos de permanecer á vuestro lado.

—¿Vas á buscar la paz en el retiro?

—Sí, señora: hace mucho tiempo que llevaba esta idea despues de la muerte del rey don Enrique, y no me habia resuelto á poner en ejecucion mi propósito por consideraciones á mi bienhechora la reina viuda, que apenas podia contar con otro consuelo que el que le proporcionaban mi amistad y mis lágrimas.

—Ya lo sé: mi madre política fué mas dichosa que yo.

—¿Dichosa, decís? No envidieis, señora, esa dicha funesta; porque Dios pudiera pediros cuenta del sarcasmo.

—Ella era consolada en sus aflicciones y no vivia celosa.

—Y á vos, reina, ¿qué os falta?

—Tú, que has sido tan familiar en la córte, me preguntas qué le falta á una reina? ¿Hay otra que tenga como doña Juana la amistad de doña Elvira Iñiguez?

—Me honrais demasiado, señora. Teneis una córte que os admira y un pueblo que os quiere. ¿Podeis desear mas?

—La córte me adula por costumbre y el pueblo me respeta por egoismo: todos con frecuencia obran á impulsos de la necesidad ó del temor.

—Teneis el mejor amigo; el rey.

—Nó, Elvira; necesito la amistad de una mujer que me sea mas favorable que la de mi esposo. Escucha, Elvira: ya que vas á dejar la córte, quiero ántes hacerte una confianza, porque nadie la merece como la que supo obtenerla de la viuda de Trastamara. ¿Qué concepto has formado tú de esa mujer que se ha introducido en palacio como una vision?

—¿Me hablais de Violante?

—Sí.

—Es la mujer mas digna de la córte de Castilla.

—¿Eso me dices? ¿No fué ella la que dió que sentir á tu hijo con sus amores? ¿No es ella la que quiere al rey?

—Quiere á su esposo, y no mas que á su esposo.

—¿Tú lo sabes?

—Indudablemente.

—Pero el rey la quiere á ella. ¿No has oido referir nunca esa pasion que el rey tiene á Violante?

—Es otra falsedad, señora: los que así lo creen, se engañan.

—Pues me consta..... ¡oh, sí! sé por mi desgracia que es demasiado cierto,—dijo enérgicamente su alteza.

—Las apariencias, señora, son muy falaces.

—Con tanta seguridad me hablas, que yo no sé... pero nó, no me engaño. Tú no estás enterada del conjunto de pormenores que forma la realidad..... esa realidad amarga que me despedaza el corazon.

—¡No os aflijais, mi bondadosa reina! Bien pronto se despejará el misterio con un rayo de luz que alumbrará vuestra imaginacion preocupada. Yo lo sé todo: el conde de Denia, ese respetable monge de San Gerónimo.....

—¡Oye, Elvira! dijo la reina interrumpiéndola.—El religioso, de quien me estás hablando, ¿es un hombre de bien?

—¿Podeis dudarlo?

—El rey quiere conferenciar con Violante, segun dijo al monge.

—¡Silencio! esclamó con misterio doña Elvira.—Ved que si don Juan nos oyera.

—¡Qué!....

—¡Señora! ¿quereis enteraros circunstanciadamente y descubrir la verdad en este momento?

—¿Cómo?

—Escuchad.

Condujo á la reina á una puerta inmediata á la sala, do se hallaban el rey y Violante, y desde allí pudieron oir perfectamente los siguientes descargos de don Juan primero á la alavesa.

—Desengáñate, Violante: todo fué una prueba de tu virtud, mas nó de mi amor, porque yo no puedo amar á la que mereció tan dignamente ser la amada de mi padre y favorecida de mi madre. El rey de Castilla te lo asegura, y cuenta que don Juan primero es un rey que no sabria engañarte. Tú serás de mí tan respetada, como fuiste querida del difunto rey don Enrique; serás para mí tan sagrada como lo ha sido la madre de don Alonso. La carta del maestre Fernandez fué obra mia; quise probar con ella hasta qué punto eras firme á tu propósito de mantenerte fiel á Mendoza, y... te lo confieso, si hubiese notado en tí la menor señal de deferencia hácia el maestre, hubiera advertido á tu bienhechora que te alejara de su presencia. Ví tu constancia en ser buena, y que eras digna de la amistad de mi madre, pero me faltaba dar el último paso para cerciorarme mejor; queria una última prueba y he quedado de ella tan satisfecho que seré el primero en asegurar que no hay en Castilla otra mujer como Violante, que es buena esposa á lo sumo, y tal vez la mas virtuosa de la tierra. Porque á las instancias de un rey ninguna se resiste como te has resistido tú, y sin embargo de habérmelo prevenido el maestre Fernandez, yo no me atrevia á creer que tuvieses tal constancia en evadir la seduccion, despues de las redes que te habia tendido. Cuando me persuadí de que ni mi condicion, ni mis protestas, ni mis ofrecimientos te halagaban, y que yo, don Juan primero, á pesar de ser el rey de Castilla, era poco para conquistar tu amor; cuando ví por mis propios ojos que ni los halagos, ni las amenazas podian hacerte mia, todavía traté de apurar hasta el último estremo las fuerzas de tu corazon. Te previne contra tu esposo atribuyéndole hácia doña Elvira pasion, que fué solo un aborto de mi cavilosidad, te ofrecí pruebas de un amor imaginario para inspirarte la mejor y mas cómoda venganza, pero... me convencí luego de que en una alma de un temple tan sublime no cabe tanta pequeñez. Desisto ya de nuevas pruebas, y no quiero esponerme á la ira de Dios y á la de mi padre, rebajando mi dignidad con tan frecuentes mortifica-

ciones á una mujer tímida y pundonorosa que si un dia cometió una falta, supo despues espiarla con su proceder envidiable. Tranquilízate ya y queda en paz; porque nunca don Juan primero ha sido ni querrá ser tu amante... y no te cause pena la conducta del maestre, porque nunca le ha ocurrido á don Pedro Fernandez ser el rival de tu esposo. Si mi hermano don Alonso insiste en su temerario empeño de ofender tu recato, yo castigaré su audacia, y le haré conocer que las damas de mi difunta madre deben ser tratadas con miramiento por todos, desde el mas ínfimo artesano hasta el mismo rey.

—Dejad á vuestro hermano, señor, y respetadme vos como él me respetará, contestó Violante ruborizada.

—Entónces puedes contar la mas completa seguridad en la real casa.

Terminóse la conferencia, y doña Leonor quedó como meditabunda denotando con sus gestos cierto desagrado que daba bien á conocer cuán poco satisfecha estaba de las protestas de su esposo.

—¿Qué os parece, señora? la preguntó doña Elvira.

—Que mi esposo... tiene celos; contestó la reina.

—¿Celos? ¿y de quién los ha de tener?

—De vuestro hijo.

—No lo creais. Tanto puede la bondad de esta mujer, que sus amantes son los primeros en respetarla y admirar sus virtudes.

En esto se oyó que entornaban la puerta de la estancia del rey, y que las voces de un hombre y una mujer hablaban alternativamente. Llamó este nuevo accidente la atencion de la reina y de doña Elvira, y les picó la curiosidad de descubrir aquella escena, sobre todo habiendo podido distinguir la voz de la mujer, y conocídola por la de Violante que sigilosamente rechazaba los cargos de un caballero en la misma ocasion que acababa de recibir los descargos de un monarca.

—¡Huid, señor! decia en voz baja la virtuosa dama.— Despejad de este sitio, si quereis evitar un compromiso muy grave para vos y para mí muy doloroso. No seais temerario:

¿qué me quereis ahora? ¿No me disteis formal palabra de no serme importuno? Cumplidla pues.

—¡Pérfida! contestó el hombre; el rey os ama y yo no quiero guardarle á don Juan esa clase de consideraciones; si él ha de amaros, quiero declararle mi rivalidad; quiero yo amaros tambien. Y si no puedo conseguir vuestra correspondencia amorosa, dejaré de ser caballero para vuestro martirio... ¡sí, Violante! yo inspiraré el odio de la reina contra vos, contra la mujer ingrata que aparentando virtudes, ha desestimado mi cariño con insolente sarcasmo.

—¡No me ultrajeis, señor!

—¿Donde está el rey?

—¡Callad por Dios! que puede oiros y os perdeis, y perdeis á esta pobre mujer, que no ama mas que á Mendoza.

—Y al rey don Juan primero, de quien es favorita.

—¡Basta!

La reina quedó atónita y doña Elvira se encendió de furor.

—¡Entrad, Violante! dijo la Iñiguez llamando á la alavesa. —Y vos tambien, caballero.

Era don Alonso. Acertaba á pasar Mendoza, y al notar cierta confusion en aquel grupo, formó tambien parte y entró con los demás en la sala, do se hallaba la reina, cuya presencia les infundió sorpresa. Entretanto el monge se confirió á la estancia del rey, y ambos, á imitacion de lo que hicieron la reina y doña Elvira, fijaron su atencion en la escena de la otra sala, escuchando cautelosamente cuanto se hablaba en ella.

—¡Violante! dijo doña Leonor.—Por lo que he oido de boca del rey, te he considerado muy digna de mi munificencia; por lo que acaba de decirte don Alonso, te haces acreedora á mi desprecio.

Á tan imprevista reconvencion todos enmudecieron, hasta que doña Elvira, despues de haber reflexionado, dió una mirada de indignacion á su hijo y le reconvino con acritud ante la reina que esperaba ansiosa una vindicacion satisfactoria por parte de la alavesa.

—¡Don Alonso! díjole su madre al bastardo.—¿No se dignan tus labios pronunciar una sola palabra en defensa de esta pobre mujer? ¿No merece una disculpa la esposa de tu libertador, que ha sido contigo dos veces tan noble y tan generosa?

—¡Señora! esclamó don Alonso.

—No es á mí, sino á la reina, á quien debes dirigirte ahora.

Volvió á reinar el silencio mas profundo en medio de una terrible ansiedad.

—Dile á tu reina, continuó doña Elvira, que el pérfido eres tú; dile que Violante nunca te ha querido, y que enardecido con el furor de unos celos tan injustos como temerarios la preveniste contra ella vengándote como un villano, hasta que te remordió la conciencia y le pediste perdon. Dile...

—¡Señora!... repitió otra vez turbado don Alonso.

—¡Caballero! contestóle con dignidad doña Elvira.—Vuestra madre es quien habla y vos no estais autorizado para interrumpirla. ¡Pues qué! Resuelta como estoy á retirarme del mundo, ¿creeis que podré dejar las cosas en tal estado que cuando se os antoje os sea lícito oprimir á esta desventurada? ¡Nó, no, don Alonso! la reina no dará ya jamás ninguna importancia á las necias acusaciones de un celoso arrepentido, cuando dominado por una envidia imprudente vuelva otra vez á reproducir su ingrato espionaje, que solo sirve para emponzoñar la felicidad de su alteza. El rey no ama á Violante, y eso lo sabe perfectamente la reina; pero si la hubiese amado, si llegase á amarla ¿qué le importara á don Alonso?

—Vuestra suposicion, doña Elvira, seria negocio esclusivo del que tiene hácia Violante mas de un derecho, dijo Mendoza con acento de amargura.

—Ya lo sé, replicó doña Elvira; y ahí teneis la gran razon en que me fundo para contener los escesos de mis hijos. Yo quiero cerrar las puertas á la impostura; quiero que don Alonso se haga mas digno de su cuna, que se acuerde de lo que debe á la memoria del rey su padre y á la dignidad del rey

su hermano; quiero acusarle, y que la reina sea su juez. Mi hijo don Alonso pidió perdon á la señora de Fita y Buitrago, y se arrepintió de haberla indispuesto con su alteza.

—¿Vos sabeis, madre mia....?

—Tengo la prueba.

—¿Vos?

—¡Oh, que apuro! Ahí está, señora: leed esta carta de mi hijo y juzgadle.

Puso doña Elvira en manos de la reina la carta que escribió don Alonso á la alavesa, y despues de haberla su alteza leido en voz alta, dió á besar su mano á Violante y la destinó á su servicio. Mendoza reconvino con modestia á doña Elvira por el paso impremeditado que acababa de dar, y á don Alonso le protestó de que si su madre poseia aquella carta fué porque él quiso darla una prueba de su caballerismo.

El rey lo habia oido todo, y el monge le dirigió la palabra á fin de ver si daba aplauso al desenlace de aquellos pasajes imprevistos, que tan á tiempo fueron sucediéndose unos tras otros, volviendo las cosas al estado que correspondia dejarlos, toda vez que era aquél el único modo de tranquilizar las conciencias de todos y evitar compromisos de mucha gravedad.

—¿Qué os parece, mi rey y señor?

—Que se necesita mucha virtud para insistir en mi propósito.

—No esperaba por cierto esta respuesta.

—Pues yo habia previsto ya vuestra pregunta. Decidme, conde-monge; ¿qué hicierais vos en mi lugar?

—Penitencia.

—Confieso que yo tampoco me habia prometido de vos una contestacion tan significativa por mas de un concepto. ¡Penitencia! ¡Oh! yo me propongo hacerla cuando la guerra se habrá terminado. Mas... volviendo á la de Fita, si á vos os fascinaran sus gracias y fueseis como yo rey de Castilla ¿qué hariais?

— Penitencia.

—Se conoce que no estais al caso. Yo hablo de Violante

ahora, de esta mujer virtuosa, que por serlo en demasía me obliga á reprimir una pasion que me abrasa y me quita el aliento. Vos me habeis propuesto un plan muy conforme con la moralidad de mis actos y arreglado á vuestra conciencia y convicciones; pero no habreis advertido cuán hermosa es, ni podeis imaginaros cuánto yo la quiero. Si supierais.... ¡oh! si vos supierais cuán desgraciado me hacen vuestros consejos, no os atrevierais á disuadirme de mi primera determinacion. ¿Qué pudiera hacer yo para quitarme este peso?

—Penitencia, penitencia; replicó el monge.

—Mas tarde, dijo el rey.

—Si no os parece mal, me permitiré advertiros...

—La promesa de don Juan primero se cumplirá... al ménos mientras viva la reina. ¡Eso de ser tan celosa!... Lo que me conviene ahora es otorgar á mi hermano don Alonso la licencia para casar con la hija natural del portugués.

—Esas bodas son indispensables. ¿Portugal las quiere?

—Sí.

—Pues entonces.....

—Claro está; me sacudo un enemigo.

—Entiendo; dijoel monge sonriénse.—Las del duque quedarán.....

—No hay que hablar de ellas. Segun nueva propuesta del portugués la mano de la princesa no ha de pertenecer ya ni al bastardo don Fadrique, ni á mi primogénito.

—¿Es posible?

—La reservan para el infante don Fernando, que me ha nacido hace poco. ¡Cosas de Portugal!... Parece que se da en la manía de que doña Beatriz muera soltera, ántes que esponerla á que sus hijos ciñan á un tiempo las dos coronas ó las refundan en una. Tal vez no está léjos el dia en que deban pasar por esa forzosa.

—¿Cómo?

—Digo.... que mi esposa es algo enfermiza, y si yo llego á enviudar, me haré rey de Portugal por derecho de mi mujer, y lo será mi hijo por derecho propio.

—No os alucineis, señor; que si este caso viniera, tal vez hallariais en él vuestra destruccion y esterminio. Pensad ahora en las bodas de don Alonso.

—Es verdad: me habia olvidado del presente con la idea del porvenir, y este presente pertenece á la señora de Fita y Buitrago. Las bodas de don Alonso deberán celebrarse muy pronto, y os recomiendo el mensaje; podeis participarlo en mi nombre á mi hermano.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Trasladóse el monge á la otra sala y participó á don Alonso la resolucion que acababan de tomar las potencias castellana y portuguesa. Con esto quedó terminada la rivalidad y empezó el bastardo á desprenderse de sus amoríos que con tanta imprudencia habia dedicado á la esposa del alavés. Doña Elvira se despidió de la reina y del mundo encerrándose en el convento, donde al cabo de algunos años pereció con la muerte del justo. La reina y el mayordomo del palacio quedaron muy satisfechos de aquel desenlace debido á las gestiones del respetable monge; pero ellos no sabian, ni supieron nunca, que la conducta del soberano no era bondadosa mas que en apariencia, pues no era verdad cuanto espuso á Violante y obró solo por consejo del bien intencionado sacerdote que procuró restablecer la paz en los ánimos de aquellas personas tan dignas de mejorar su suerte. Don Juan primero, ciegamente apasionado de la señora de Fita, cuyo amor habia procurado reconcentrar en su pecho para no dar que sentir á la reina, se valió del maestre don Pedro Fernandez, á quien dió encargo especial de probar hasta qué punto era virtuosa aquella mujer que supo resistirse á los halagos seductores del difunto rey; pero no lo hizo Don Juan para ensalzar las virtudes de la dama de honor de su madre, ni para hacerla mas digna de aquel destino; ántes bien sentia tenerla que tributar interiormente un elogio por tantos conceptos bien adquirido, pues la virtud le servia de estorbo para hacerla su dama. Debió sin embargo disimular su atrevimiento y fingir cierta

moralidad en sus planes, sobre todo despues de haberle advertido el monge el sacrilegio en que habia incurrido induciendo á una penitente al adulterio, sin respetar el sagrado asilo en que se hallaba refugiada. Esta consideracion y la firme resistencia de la fiel esposa del honrado mayordomo precisaron al rey á desistir de sus planes y á escusarse de los que habia trazado en mengua de su alta dignidad. Para ello no tuvo mas medio que cumplir exactamente las saludables instrucciones del noble sacerdote, evitando de este modo un escándalo que, unido á la declaracion del cisma, hubiera podido influir en el desagrado de sus súbditos, mayormente cuando la cuestion de la Iglesia acababa de estremecer á los mas timoratos.

Violante sintió renacer en su corazon la alegría que habia perdido, y no se acordaba la infeliz que mientras conservase la hermosura no podian exhalarse las ilusiones del que estaba deslumbrado por sus gracias y por sus encantos. Postrada á los piés de la reina le dió gracias por sus bondades; mas bien pronto le bastó una palabra del sacerdote para entrar en nuevos recelos y desconfiar de aquel hombre que debió ser fementido al darle su real palabra con las mas satisfactorias protestas.

—Mi deber me llama á la morada del retiro, díjola el monge en su despedida.

—¡Dichoso vos, que al partir de la córte podeis despediros con la tranquilidad de conciencia que acaba de hacer bien. El rey me dió su formal palabra de no comprometer mi honra, y me cuento ahora tan segura en palacio como lo estuve en la hostería del alavés. Todo lo debo á vuestra mediacion, padre mio.

—¡Quiera el cielo que algun dia pueda creer como vos, y que no tenga que arrepentirme de haber causado vuestra desgracia.

La zozobra se apoderó de Violante al ver que las palabras del religioso venian acompañadas de cierta desconfianza.

—¡Me asustais! dijo tímidamente la noble esposa del mayordomo.

—No os afecte mi necia preocupacion, Violante; creed mas



D. Juan I.—Lám. 13.

bien que un esceso de modestia me hace dudar del éxito de mis empresas. Sin embargo no será fuera del caso que os prevengais para evitar la fatalidad de un momento.

—¿Qué vais á decirme?

—Un consejo voy á daros. No os separeis un instante de la reina; y si por desgracia muere su alteza, si Dios dispone que doña Leonor baje al sepulcro, siendo vos todavía jóven y hermosa... en este caso, creedme; huid de Castilla, que es tierra de maldicion.

Siguióse exactamente el consejo del religioso. Las frenéticas miradas de don Juan indicaban á Violante el compromiso á que estaba espuesta, y su constancia en permanecer al lado de la reina la salvó del peligro. Doña Leonor insistió en sus votos y fueron sus fervorosas súplicas acogidas por el cielo; pues á los diez y seis meses posteriores á la declaracion del cisma en Castilla, despues de haber pasado su vida en el recogimiento, triste y celosa, púsole término Dios en Cuellar, como se demostrará en la segunda parte, y Violante desapareció de aquella córte en que no tuvo mas que sufrimientos y mortificaciones.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

D. JUAN I DE CASTILLA

ó

LAS DOS CORONAS.



SEGUNDA PARTE.



CAPITULO I.

En que se habla de una proeza del almirante Sanchez Tovar, del modo de poner término á la guerra y de otras cosas notables.



MEDIADOS del año 1384 no se sintieron en Castilla los efectos del cisma á pesar de haberse la voz del fanatismo esparcido por los pueblos en descrédito del gran rey que tan valiente fué como bondadoso, y tan bondadoso como desgraciado. Mas no es esta la ocasion oportuna de compadecer á don Juan primero y de hacer una descripcion dolorosa de su suerte aciaga, que mas tarde no desmintió con él su maldita tenacidad. Todavía fué afortunado despues de la muerte de doña Juana, que se atribuyó á la obediencia dada precipitadamente al antipapa Roberto; pues fortuna debió ser para un bravo la victoria que obtuvo en un combate, como lo fué no ménos para un rey el asegurar la paz de su reino economizando la sangre humana, cuya pérdida le daba horror.

Sanchez Tovar le prometió á su rey darle una posesion inmensa que engrandeciera sus estados y coronara su pabellon con la gloria de la inmortalidad. El arrojado almirante se

sintió con fuerzas y decidida voluntad para cumplir su palabra y puso el confin de Castilla en las mismas riberas de las naciones enemigas. Castilla tocaba con Portugal y la Inglaterra, porque el almirante se hizo dueño del mar, y por do quier pasaba su flota, decia con orgullo el intrépido castellano, « el mar es mi reino; aquí es Castilla. » La escuadra del portugués se rindió derrotada, y sus veinte galeras le fueron tomadas y con ellas Alfonso Tellez, almirante enemigo, que era hermano de la reina de Portugal. Tovar dijo al rey don Juan cuáles eran sus deseos de presentarle en prueba de su triunfo el almirante contrario, á quien queria hacer prisionero intimándole cara á cara la rendicion de su persona y de sus naves; los deseos de Tovar fueron cumplidos, y Alfonso Tellez se vió desarmado por la mano de su contrario.

—Respetad dentro de sus mares á un infante portugués, dijo Tellez á Tovar.

—Respeto á un prisionero dentro del mar de Castilla, respondió Tovar á Tellez.

—Ved que estais en las playas portuguesas, añadió el almirante enemigo.

—Ved que en ellas ondea el pabellon de Castilla y no mas que el de Castilla, replicó el almirante castellano.—Portugal no tiene mar, porque yo se lo he conquistado, y el derecho de conquista me autoriza para deciros que aquí donde yo estoy es reino de don Juan primero, porque aquí mando yo en nombre de don Juan, de quien ahora sois esclavo. Decid á vuestro rey que venga á socorreros y vereis cuán pronto al entrar á bordo yo le hago mi vasallo. Dentro de mi patria no ha de poner el pié un enemigo sin que me pertenezca; vos, don Alfonso, sois enemigo de mi rey, y me perteneceis porque estais en Castilla, cuyo confin lo he fijado en vuestras playas.

—¿Me declarais prisionero?

—Sí, don Alfonso.

—¿Y me he de rendir tocando los muros de Lisboa?

—Por fuerza; os lo manda un castellano.



D. Juan I.—*Lám.* 15

Entregóse don Alfonso con su gente y tripulacion, y el almirante Tovar condujo su presa á Sevilla mientras el rey don Juan seguia el cerco de Almeida, donde fué sabedor de tan plausible victoria. Antes que el rey tuvo noticia del suceso el duque de Benavente que guardaba en Sevilla riguroso incógnito desde que don Pedro Fernandez sofocó en Toledo su odiosa sublevacion. Habia el duque perdido sus esperanzas cuando despues de su derrota supo que su hermano don Alonso iba al servicio del rey, y que estaba convenida la ratificacion de sus esponsales con doña Isabel, hija natural del portugués. Creyó fundadamente que su hermano le habia hecho traicion volviéndole las espaldas en la crísis de sus compromisos, á la par que dudaba mucho se mantuviese fiel á don Juan para declarar guerra abierta á un rey que le tenia ofrecida la mano de su hija. De todos modos la conducta de don Alonso fué un precedente funesto para la insurreccion que el duque habia proyectado en favor del reino vecino, y esta consideracion unida al poco aprecio que le merecian sus servicios á los ojos del rey don Fernando, á quien los dispensaba, le movieron á seguir un rumbo distinto y á granjearse la voluntad de don Juan, con el cual tanto tiempo habia estaba enemistado. No era fácil sin embargo que obtuviera la munificencia del soberano sin renunciar decidida y esplícitamente la mano de doña Beatriz, y esto era poco ménos que imposible, toda vez que el duque no abandonaba la idea de ocupar un dia aquel trono si enlazaba con la princesa. Pero tenia precision de humillarse á pesar de su orgullo y de la envidia que le causaba la ratificacion de las bodas de don Alonso por el riesgo que su vida estaba corriendo despues de la victoria que obtuvo el castellano. La muerte de doña Juana y las próximas bodas de don Alonso fueron dos circunstancias recomendables para calmar oportunamente la ira de don Juan primero, pues con aquella muerte desapareció el objeto de prevencion, y con las bodas del hijo de la Iñiguez pudo el duque fundar la esperanza de que algun dia debiera separarse de don Juan y hacérsele rebelde cuando

así conviniera á los intereses de su esposa doña Isabel. El duque de Benavente debió, pues, ponerse de espectacion y mostrarse en cierto modo indiferente á la guerra, sin declararse amigo ni enemigo de ninguno de los partidos beligerantes hasta saber de positivo á cuál de los dos debia pertenecer, que favoreciese directamente su causa. Para lograr el objeto que se habia propuesto, no podia prescindir de ejercer un acto de humillacion con el rey de Castilla, á cuyo fin se dirigió á la señora de Fita y Buitrago, que se hallaba en aquella sazon en Cuellar al servicio de la reina doña Leonor, para que interpusiese su poderosa mediacion con sus altezas á fin de obtener un amplio indulto que le hiciese digno de la amistad de don Juan, y desapareciese todo motivo de resentimiento. Esta comunicacion la remitió Violante á su esposo que se hallaba con el rey en las fronteras de Portugal sitiando la plaza de Almeida. Mendoza puso en manos del rey la peticion de don Fadrique y le imploró gracia para el pretendiente, apoyándola en el encargo que al tiempo de espirar le hizo especialmente su alteza la reina doña Juana, segun así se lo indicaba su esposa en la carta de remision. Don Juan acogió benigno la súplica de su mayordomo, tanto porque en ella descubria el arrepentimiento de su hermano, como y principalmente porque la instancia de don Fadrique venia recomendada por Violante, á quien no tenia valor de corresponder con un desaire; sin embargo el asunto era grave por su naturaleza, y don Juan no se consideraba árbitro de complacer como queria á la dama que tanto entusiasmo le inspiraba.

—¿Tu esposa me recomienda el duque? preguntó con interés el monarca á su mayordomo.

—Él se ha dignado interponer su mediacion, y la instancia se me ha remitido para que yo sea quien lo recomiende.

—Podia directamente hacerlo Violante; pero prefiero que para este asunto se haya valido de tí, toda vez que me es imposible acceder á la pretension de mi hermano don Fadrique. De este modo no podrá esa buena señora tomar á desaire mi nega-

tiva, ni yo tendré necesidad de escusarme para satisfacerla cumplidamente.

—¿Escusaros con mi esposa? ¿vos, el rey?—dijo el alavés con acento de admiracion.

—No te asuste, respondióle don Juan: yo quisiera complacer á la que mereció de mi madre una predileccion singular, mayormente cuando bajo la invocacion de su buena memoria implora mi munificencia. Por eso me es muy sensible no poder acceder á los ruegos del duque, á quien por otra parte perdono su delito de rebelion en obsequio á la persona que interpone como mediadora. Vé lo que deja escrito mi hermano en este papel, y tú mismo me vas á dar consejo para que le desoiga; tú vas á decirme que para la celebracion de un contrato es precisa la avenencia y consentimiento de los contratantes, no bastando la voluntad de uno solo para inferir la del otro. No se contenta mi hermano con pedirme perdon, porque conoce con cuánta justicia pudiera hacerle espiar con la muerte sus rebeldías, sino que además implora el olvido de nuestras rencillas pasadas sin tomar en cuenta que hay cosas que no se olvidan por mas que se perdonen. Seria esto lo de ménos, Mendoza; quiere el duque de Benavente mas que un indulto, mas que un olvido: quiere la mano de doña Beatriz, que se me ha propuesto para mi hijo don Fernando. ¿Le parece poco á don Fadrique? ¡Pues qué! ¿pondré aparte la paz de Castilla para darle á mi hermano la heredera de un trono? Verás cómo se esplica.

Leyó don Juan la siguiente carta que don Fadrique habia dirigido á Violante.

«Mi buena señora: íntimamente convencido de que no hay »en la córte otra persona que ejerza tanta influencia con los »soberanos como la noble señora de Fita, no puedo ménos que »acogerme á vuestra proteccion para que vos reservadamente »imploreis en mi favor el del rey mi hermano. Yo quisie»ra que terminaran nuestras desavenencias, y que por su parte »el rey las olvidara para siempre y lo quisiera tanto mas »cuando en ello puede interesarse la paz del reino; pues

»si doña Beatriz acepta mi mano, como lo hará gustosa, por-
»que me quiere, no alegará el portugués motivo alguno de
»queja contra Castilla, y tendrá entonces que hacerse su aliado
»por su propio interés. Decídselo vos á mi hermano, señora,
»y recordadle la voluntad de su madre, que le hizo sobre el
»particular especial encargo. Ella debió conocer que era muy
»político dejar subsistentes los contratos que celebró mi señor
»padre el rey don Enrique, y verá tambien mi hermano que
»es una inconsecuencia la confirmacion de los esponsales de
»don Alonso con doña Isabel y la abolicion de los mios con
»doña Beatriz, en cuyas bodas están mas directamente uni-
»dos que en las de don Alonso los intereses de ambas nacio-
»ciones. El rey conocerá indudablemte la conveniencia de mi
»demanda, y ahora tiene la ocasion mas favorable para im-
»poner al reino enemigo las condiciones que le parezcan mas
»ventajosas y que mejor le plazcan, pues con la victoria que
»ha obtenido el almirante Sanchez Tovar no hay duda que el
»portugués accederá á lo que le proponga don Juan primero,
»pues la condicion del vencido es la de contentarse con cual-
»quier cosa que le asegure al ménos su libertad. Añadidle á
»mi hermano que medite bien mi pretension, y que no dude
»que la nueva dilacion del enlace de doña Beatriz es la prue-
»ba mas evidente de la mala fé del portugués, que está dis-
»puesto á dejar sin novio á la princesa mientras pueda ganar
»tiempo para dar un dia de luto á Castilla. Yo seguiré á
»las órdenes del rey y pelearé en sus filas; conquistaremos
»á un tiempo la salvacion de Castilla y el derecho á la coro-
»na de Portugal. ¡Señora! despues de la severidad con que se
»me trató dejando ceñir á vuestro esposo la espada de mi
»padre, creo que no tendreis valor para desairar á un caballe-
»ro, cuya alcurnia es de lo mas elevado, pues no ignorais
»que la sangre de un rey corre por mis venas. Procurad que
»olvide el rey lo que yo llevo olvidado y contad con la amis-
»tad mas sincera del que sabe apreciar los favores de una
»dama. —El duque de Benavente.»

—Mi intercesion es un deber, señor; dijo Mendoza.

—Yo lo aplaudo; pero es deber mio no acceder á ella.

—No os replicaré, porque un rey no admite réplicas.

—Insistieras en vano. ¿Cómo he de tolerar un escándalo? Porque escándalo fuera, Mendoza, premiar un desacato del duque con una promesa de imposible cumplimiento. Violante hizo mal en admitir una instancia que he de rechazar á pesar de mis deseos de servirla, si bien que no la desestimo del todo; pues lo que le interesa principalmente á mi hermano es salvar su vida, y puede darle á vuestra esposa las mas espresivas gracias de haberle librado de la muerte y de toda pena. Hacédselo entender así á don Fadrique y decidle, que el rey le concede amplia libertad, porque no sabe resistirse á los ruegos de Violante..... de los señores de Fita y Buitrago.

—Cumpliré vuestra órden, y si quereis que de la boda le diga tambien...

—Que es imposible.

—Tal vez pudierais darle una esperanza para cuando se presente oportunidad.

—Si se ofreciera este caso... en fin, dile que lo tendré en consideracion. ¿Qué mas quiere?

—Yo os doy gracias, señor, por la bondad con que nos habeis distinguido.

—Oye, Mendoza, dijo misteriosamente don Juan.—¿Quién será el que montado en brioso caballo.....?

—Aquí llega.

Un hombre armado hincó su rodilla á los piés del rey y le entregó un parte.

—Es del almirante; dijo don Juan.

Y el hombre fué despedido. El rey abrió el pliego y dijo á Mendoza que se enterase de las operaciones para concluir la guerra con el portugués, mediante la invitacion de una nueva batalla, á cuyo fin hiciese los preparativos de guerra necesarios.

—Alfonso Tellez queda prisionero en Sevilla, dijo el rey; nuestro almirante ha cumplido heróicamente. El acaba de dar en nuestros mares una batida al enemigo; tú vas á dar otra

sobre Almeida. ¡Mendoza! digan ahora los fanáticos que la cuestion del cisma rebaja mi dignidad; llámenme el rey cismático...... poco importa. El esplendor de mi trono no se ha de augurar por los anatemas de Urbano, sino por las armas de mis soldados. Ganemos otra batalla, y el cielo nos echará otra bendicion. ¡A las armas, Mendoza! Nuestro triunfo es seguro á pesar de la obediencia que he dado á Clemente VII; y entienda el pontífice de Roma y sépalo el mundo entero, que á don Juan de Castilla no se le destrona como á doña Juana de Nápoles; que no ha de venir de Hungría un Durazo para tomar posesion de mi corona, porque Castilla está en su apogeo mas bien dispuesta á conquistar el mundo que á inclinar su cerviz al orgullo despreciable de las demás potencias. El rey cismático tendrá un feliz reinado á despecho de la córte romana, porque es tan cristiano como valiente y Dios le dará su ayuda. ¡Bravo Mendoza, paladin sin rival! que la espada de mi padre blande en tu mano sobre el campo portugués; con ella me has de conquistar otra corona en cuya posesion te he de dejar tomar una buena parte. Buen vasallo supiste ser, y te tiendo en premio mi mano. ¡Mi fiel mayordomo! vuela á las armas..... y llene tu pecho de entusiasmo la idea de que el rey es tu amigo.

Tal fué el lenguaje que usó el rey con su mayordomo en medio de la alegría que debió causarle la nueva de hallarse en Sevilla á su disposicion el almirante don Alfonso Tellez. No era estraño que á tal estremo llegase el júbilo del rey guerrero despues de una victoria tan memorable que le hizo dueño del mar de Portugal. Se tenia por cosa cierta que los ingleses no se aventurarian á prestar su ayuda al portugués despues de haber sido este derrotado y perdido enteramente su flota; pero sin embargo de ser lo mas probable que los ingleses no se espondrian á correr tanto riesgo, tuvieron el arrojo de reconquistar los mares, y mientras el almirante Tovar conducía la presa á Sevilla, llegaron á Lisboa y pusieron en salvo sus naves y sus gentes.

Sabido por el rey don Juan que el portugués se habia



D. Juan I.—Lám. 14.

forzado con el ausilio de la potencia aliada, empezó á desconfiar del éxito de la victoria á pesar de haber dejado á la direccion de Mendoza los preparativos de guerra con que podia contar la decision favorable del combate, sobre todo teniendo al frente de la fuerza armada dos hombres de inteligencia y á cuya presencia temblaba el enemigo. Tovar y Mendoza eran en Castilla un equivalente á mar y tierra.

Un accidente imprevisto vino á suspender las operaciones de la batalla que iba á darse en las inmediaciones de Almeida. El astro de la luz parecia que iba á abrasar la tierra; tal era el rigor de la estacion en aquel entonces. Los fuertes calores del verano le causaron al rey don Juan una dolencia tan peligrosa, que estuvo muy próximo á perder la vida, y esta circunstancia produjo la suspension de armas que se otorgó por medio de parlamentos entre las partes beligerantes. Durante el armisticio el conde de Cantabrigia se parapetó en un castillo, y Mendoza se previno para tomárselo á la primera señal de combate. Mejoró el rey, y al instante fué tomado el castillo sobre que estaba, del cual se habia fugado el de Cantabrigia, quien luego despues, por cartas que le escribió don Juan, fué convidado á batalla, mas no respondió esta vez, sin duda porque se hallaba Portugal muy escaso de caballos, y los ingleses no los habian traido. Permaneció don Juan algunos dias esperando respuesta del conde; mas habiendo visto que no se dignaba dirigírsela, y temiendo que el continuar la campaña siguiendo el cerco podia ocasionarle una recaida en su enfermedad de la que no se hallaba enteramente restablecido, resolvió separarse de aquel punto, y dejando guarniciones muy fuertes en la frontera de Portugal, se fué por Ávila, Tordesillas y Simancas á Zamora, en cuyo tránsito fué recibido con tal entusiasmo, que le bastó una insinuacion para levantar fuerzas considerables, á las que no podian hacer resistencia las dos naciones enemigas. Siguiéronle su hermano don Alonso y los bravos paladines don Fernando Álvarez de Toledo y don Pedro Ruiz de Sarmiento, que en Ciudad-Rodrigo, donde se confirió el rey, fueron nombrados mariscales de campo, cuyo tí-

tulo era hasta entonces desconocido en Castilla, como lo fué el de condestable que el propio don Juan á 6 de julio de 1382 dió á don Alonso de Aragon, marqués de Villena y conde de Denia, que lo era por renuncia que hizo el monge don Fernando al entrar en el monasterio.

Mendoza quedó al frente de las guarniciones que sitiaban la famosa é importante plaza de Almeida. Separado ya del rey tuvo sus momentos de meditacion profunda, y veíase dominado por una idea desgarradora, capaz de hacerle odiar sus glorias y sus hazañas. El duque de Benavente bajó hasta implorar el favor de Violante, y el rey sintió vivamente no poder complacer con largueza á la dama por quien venia recomendada la instancia de su hermano. Esta conducta por parte del duque y del mismo rey don Juan no dejaba de infundir nuevos recelos al apasionado mayordomo; pues cuando no fuese una prueba evidente de las simpatías que unieran el corazon de Violante con el del monarca, lo era muy manifiesta del concepto que debió haber formado don Fadrique en este sentido, y de lo que debia correr por mas válido entre los cortesanos. El duque de Benavente en su situacion peligrosa necesitaba un apoyo muy poderoso para salir de sus apuros, y el haber implorado del rey, mas que su clemencia, la gracia de unirse en matrimonio con la princesa de Portugal, fué por la seguridad que debió darle la mediacion de una mujer á quien don Juan guardaba deferencias poco comunes en un monarca justiciero; de otra suerte su estremada exigencia se habria atribuido á un esceso de audacia con respecto al rey, y de debilidad hácia la esposa del hombre á cuyo lado contemplaba ceñida aquella espada que le fué arrebatada en pena de un desacato á la reina madre. Mendoza estaba absorto, y á menudo le desesperaba la idea de cuánto debia sufrir á los ojos de la nobleza la reputacion de Violante y la suya propia; pero en cambio otro pensamiento amortiguaba los funestos accesos de su indignacion. La bondad de Violante y la buena acogida que la dispensaba su alteza doña Leonor, eran dos circunstancias

muy recomendables por cierto para desvanecer el menor síntoma de sospecha, sobre todo siendo la reina muy celosa de don Juan, y no separándose un ápice de su lado la virtuosa dama que mereció su favor despues de haber justificado su inculpabilidad en los odiosos cargos que se la habian dirigido. Esto mismo le hizo dudar de la pasion del rey, no habiendo observado en él un empeño decidido en rebuscar oportunidades para permanecer al lado de Violante, á cuya presencia le habia visto mostrarse como la persona mas indiferente. Sin embargo el mayordomo del rey presentia algo y no sabia dar á sus presentimientos una esplicacion satisfactoria; todo lo atribuia á disimulo, y en esta parte no se engañaba el alavés, porque en verdad el rey, la reina y Violante disimulaban sus sufrimientos; el rey apasionado contrajo el deber de no aparentarlo; la reina, celosa, se impuso tambien el deber de reprimir sus celos, y Violante que temia el amor de don Juan y conocia las zozobras de doña Leonor, vivia asustada y siempre alerta haciéndose la desentendida. Le hubiera bastado á Mendoza una insinuacion del noble religioso para salir de dudas y aumentar tal vez su dolor con la realidad de los hechos que no eran acusables en apariencia, pero él ignoraba las circunstancias que á cada uno trazaban el camino de sus deberes, y no le podia quedar mas que la duda, la funesta duda que parecia hacerle juguete ridículo de ideas vagas y encontradas. Tan pronto le desesperaba el pensamiento atroz de una infidelidad por parte de Violante, como le abrumaba el contrapeso que á esta idea desgarradora le ponia su imaginacion, recordando el aprecio de la reina á su esposa y la conducta que hácia ella observaba el rey.

«El duque está libre, gracias á tí, Violante; el rey no »pudo hacer mas en tu obsequio que perdonar benignamente »á su hermano rebelde, y asegurarme que si llega á ofrecérse»le la oportunidad de realizar su boda con la princesa doña »Beatriz, sin menoscabar los intereses del reino y la dignidad »de su trono, está dispuesto á dar á la intercesora de don »Fadrique esta nueva prueba de sus buenos deseos en com-

»placerla. Yo no sé á quién debo dar las gracias de los favores »que el rey prodiga á mi esposa.—Mendoza.» —¡Hé aquí la contestacion que dirigió el paladin á Violante y recibió ésta en Cuellar, causándole gran pesadumbre el veneno que se encerraba en aquellas cláusulas tan cortas como espresivas.

Recibió el duque la satisfactoria nueva hallándose todavía en Sevilla, y dejando su condicion de incógnito pasó á conferenciar con el almirante prisionero, quien habia manifestado deseos de tener con él una entrevista reservada sobre asuntos concernientes á la paz de ambos reinos, á cuya instancia accedió el gefe de la fortaleza, en que el hermano de la reina de Portugal estaba detenido, prévias las instrucciones del almirante Tovar, á cuya disposicion se hallaban los prisioneros de la flota enemiga. Vió el duque de Benavente muy próximo el momento de cumplirse sus deseos, pues era á su modo de pensar un presagio de la boda aquella visita inesperada que don Alfonso Tellez habia solicitado con tanta urgencia y encarecimiento. Don Fadrique no supo conocer la intencion del almirante portugués, y olvidándose que un prisionero en circunstancias tan críticas todo lo ofrece para restaurar su libertad, creyó de buena fé las promesas que relativamente á su boda le hizo el tio de la apetecida novia, si conseguia ponerle en salvo, mediante gracia que le hiciese el rey de dejarle volver á su patria.

—Yo sé bien que doña Beatriz os quiere, y lo sé por su propia boca, dijo el portugués; pero es preciso que tengais presente que en el estado actual de cosas pudiera turbar el sosiego público la ratificacion de vuestros esponsales. El hacer nueva propuesta del príncipe de Castilla fué para ganar tiempo y evitar la agitacion de los portugueses, que no quisieran ver enlazada á la princesa con un castellano de sangre impura. No os ofendais, ni tomeis á insulto mi insinuacion, pues no trato de rebajar el lustre de vuestra cuna; tampoco estrañeis que durante la efervescencia de las pasiones sean los descontentos en gran número; pero estos mismos que ahora obcecados no han comprendido los intereses del pais que les da el sustento, mas tarde reflexionarán y pedirán para la

princesa un novio que sea de su gusto, y que no pueda unir á un tiempo las dos coronas en su cabeza. Nadie mejor que vos para llenar el objeto que apetece el pueblo portugués, y vais á convenceros de la certeza de esta necesidad, si tomais en cuenta la índole de la nueva propuesta que se hace á don Juan, pidiendo que se anulen los esponsales tratados con el príncipe don Enrique, y que se contraigan con el infante don Fernando, que todavía no ha cumplido un año de edad; de manera que la boda de doña Beatriz va á diferirse para mas allá del sepulcro, y esto..... ya veis, don Fadrique, que es poco ménos que imposible. Nuestra princesa no ha de casar con un hijo de don Juan, y ha de ser sin embargo esposa de un castellano para evitar una guerra interminable que diezmaria los dos reinos. Y ¿quién tiene el derecho tan bien acreditado como vos? ¿quién puede disputaros la preferencia? Estas verdades manifiestas, y que vos tal vez habeis dejado pasar desapercibidas, me ponen en el caso de aconsejaros que no hagais oposicion al enlace proyectado nuevamente, pues si doña Beatriz no ha de casar con el príncipe de Castilla, para evitar la union de las dos coronas, no es lo mas acertado proponerla para esposa de don Fernando, que si muriese su hermano don Enrique, entrara á la inmediata cucesion de la corona de Castilla. El consejo de Portugal no desconoció esta razon y hubiera sancionado la aprobacion de vuestra candidatura, pero temió el tumulto y creyó conveniente entretener al pueblo y engañarle para que mas allá pida lo mismo que ahora está reprobando. No lo dudeis, duque; vos sereis proclamado esposo de doña Beatriz por el pueblo portugués, que sabrá ser reconocido á los servicios eminentes que habeis prestado en favor de su causa.

—¿Lo creeis así don Alfonso? preguntó don Fadrique, fascinado por las buenas palabras del almirante.

—El pueblo me seguirá donde yo lo conduzca.

—¿De veras? Pues entonces..... ¿por qué estais aquí? ¿Por qué no volveis á vuestro suelo, y no os poneis al frente del pueblo portugués?

—No es tiempo todavía. En primer lugar yo nada puedo hacer en Portugal, mientras esté preso en Castilla.

—Teneis razon; no me acordaba.

—Yo sí que me acuerdo. Luego se necesita algun tiempo para preparar los ánimos, y mientras me tengan aquí prisionero, no es fácil adelantar los trabajos que requieren mi presencia en la córte de mi rey y al lado de doña Beatriz..... de vuestra esposa.

—¡De mi esposa! ¡Oh! si supierais, don Alfonso, cuán portentoso es para mí este nuevo título..... tan grande, tan inmenso....! Ningun renombre, ningun hecho heróico puede llenarme de entusiasmo como la elevada idea de ser yo el esposo de la princesa de Portugal. Pero... vos me habeis dicho que os convenia regresar á vuestro reino, y fuera yo un ingrato si no suplicara vuestra libertad á mi hermano.

—Fuerais vuestro enemigo, porque no os interesa ménos que á mí la libertad que me conceda don Juan por vuestra mediacion. Cuando no fuera mas que por egoismo.....

—Lo sé, pero vos me hareis el justo obsequio de reconocer que no cabe tan poca abnegacion en un pecho castellano.

—Lo creo, don Fadrique.

—Haré mas en pro de mi amigo don Alfonso Tellez, añadió el duque con amable galantería; mi recomendacion por sí sola seria infructuosa tal vez, porque tambien he tenido necesidad de la gracia de mi hermano para librarme de un castigo espantoso. Tengo á propósito otorgada por el rey la aprobacion de mi boda para cuando sea oportuna su celebracion. Aunque esta oportunidad condicional constituye en algun modo la salvaguardia ó el pretesto para evadir todo compromiso, no dejará de ser muy interesante, si vuestra palabra se cumple.

—Yo lo creo: pero esplicadme, duque, ¿cómo ha podido el rey mostrárseos tan complaciente al perdonaros la vida?

—Esto es precisamente lo que iba yo á deciros, para mover por vuestra libertad el mismo resorte que acaba de proporcionarme la mia.

—¿Será la reina la que intercedió por vos?

—Poca cosa hubiera conseguido con su influencia, que no es tan poderosa para don Juan como...

—¿Hay favorita?...

—¡Silencio! contestó misteriosamente el duque.

—Me dejais absorto; dijo el almirante. Mas, decidme ¿quién es?

—Teniais á don Juan por mas escrupuloso y le creiais dedicado esclusivamente á la bella aragonesa, ¿no es verdad? Pues en la córte de Castilla no se habla de otra cosa que de los amores del rey; y está doña Leonor tan afectada que su tristeza y mal humor se atribuye á los celos que la devoran interiormente, celos que la pobre se los reprime con santa resignacion y disimulo. Yo quise convencerme de ello, porque apenas me atrevia á creerlo, y me dirigí á la favorita con objeto de probar hasta qué punto llegaba su influencia con el rey don Juan y me persuadí últimamente de que no son falsas imputaciones las hablillas que de algun tiempo circulan en el interior del palacio y en las elevadas regiones del poder. Lo cierto es que para obtener la gracia de mi hermano, que me odia muy de veras, me valí de la mujer que es reconocida por la amante del rey, y he visto con sorpresa que si á instancias de esta mujer hubiese pedido á mi hermano un premio de mis rebeldías, me hubiera dado por ellas la mitad de su trono con tal que la dama, objeto de sus encantos, se hubiese interesado en ello. Ya sabeis cuánto se oponia don Juan á la ratificacion de mis esponsales contraidos con la princesa doña Beatriz; vos visteis con cuánta facilidad accedió á la nulidad propuesta por don Fernando sin considerar que habia dado su palabra de respetar los contratos otorgados por mi señor padre. Pues bien: ahora, desde que la dama favorecida ha venido á mi socorro, no tan solo me vuelve su gracia, sino que me da una esperanza de satisfacer mis ardientes deseos.

—Todavía no me habeis dicho quién era esta mujer que tiene en Castilla tanto poderío.

—Temo escandalizaros, don Alfonso. Que un rey llegue á

prendarse de una dama, cuyo linaje no le haga indigno de aceptar un lugar preferente en su corazon, es cosa que se concibe perfectamente, y por eso no me admiro de deber mis dias al rey don Enrique de Trastamara y á doña María Ponce de Leon, ni me causa estrañeza que mi hermano don Alonso sea hijo del mismo padre y de doña Elvira Iñiguez, ni que del mismo rey se hayan conocido trece hijos habidos con varias amigas de mi padre, todas de la alta nobleza de Castilla. ¡Pero enredarse un monarca con una ventera!... ¡sabeis don Alfonso que es eso manchar el trono de una manera bien repugnante! Que la sangre de un rey circule por las venas de un bastardo con mezcla de villano... yo no sé si debiera permitirse la existencia de tan asquerosas monstruosidades. ¡Yo tio del hijo de una ventera! Os juro, amigo Tellez, que esta idea me roburiza tanto que quisiera verle á mi hermano reducido á cenizas con toda su prole bastarda.

—No es justo que á tal estremo lleveis vuestra indignacion y estraño fanatismo. Tened presente que si no hubiese sido por esta mujer, vos no estariais libre á estas horas, y que á ella debereis sin duda la alta distincion de sentaros en el trono de Portugal al lado de la que es hoy princesa de aquel reino. ¿Permanece la favorita en su condicion villana? ¿Es todavía ventera, ó dejó de serlo desde que el rey don Juan se sintió herido por sus encantos?

—Eso nó; respondió con dignidad el duque de Benavente. —Su condicion habia variado cuando el rey llegó á prendarse de sus gracias. En el dia pertenece á la alta nobleza de Castilla, y alternaba ya con ella cuando mi hermano empezó á sentirse inclinado á su belleza.

—¿Es bella? preguntó el almirante, á quien parecia picar la curiosidad de conocer á una mujer cuya vida aventurera le daba tanta celebridad.

—Lo es tanto, contestó con viveza el duque, que si alguna vez llego á olvidarme de su triste condicion primitiva, me vienen tentaciones de provocar la rivalidad de mi hermano, y entonces seríamos rivales tres hijos del rey don Enrique.

—Don Alonso acaso.....

—Sí, tambien mi hermano don Alonso ha tenido pretensiones, hecho travesuras y cometido desatinos.

—Pero decidme ¿quién es ese iman de la real familia?

—La conoceis tal vez.

—Puede ser.

—Es la esposa del mayordomo de palacio.

—¿Violante? preguntó admirado el noble prisionero.

—La misma es. Parece que os ha admirado, como á mí me admiró, que el rey de Castilla no haya sido mas cauteloso en dedicar su pasion á una persona de tan poca significancia.

—Decís mal, duque de Benavente. No es la esposa del temible paladin tan insignificante como os parece.

—¿Me hablais de su belleza, almirante?

—Nó, que os hablo de su prosapia. Tan noble es como vuestra madre, con la diferencia que ha sido en sus amores mas desgraciada que otras concubinas del rey.

—Mi hermano no ha tenido otra amiga.

—Ya lo sé, contestó don Alfonso sonriéndose; yo no os hablo del rey don Juan, sino de vuestro padre, por mas que hayais tenido la precaucion de ocultarme que entre sus amigas formaba en primera línea la virtuosa Violante. Os parecerá un sarcasmo la calificacion de virtuosa á una mujer que en los primeros años de su fantasía desapareció de un convento para entrar misteriosamente en la casa de perdicion, en la córte relajada de vuestro padre; pero no merece otra la que para resistirse á los funestos halagos de un monarca seductor y caprichoso, abandonó el palacio y se redujo á la simple condicion de ventera, que ahora le echais en cara tan injustamente. Esta hija de Alava no debió por cierto su orígen á cópula villana, ni el haber sido ventera se debió á la condicion de sus padres ni á la suya, sino al deber de ser buena y al firme propósito de no dejar de serlo. Por eso me admira que la ultrajeis con tan poco miramiento, siquiera por respeto al rey que la quiso hacer suya, y me admira mas

todavía que esta mujer que en su edad de ilusiones supo tan dignamente volver las espaldas á los atractivos de un rey jóven y dotado de hermosura, la creais capaz de olvidar los nuevos deberes que contrajo con Mendoza al pié de los altares para hacer traicion á su propio decoro y entrar en rivalidades con una reina celosa y un esposo que tambien lo es.

—Tengo en apoyo de mi opinion una prueba irrecusable.

—Teneis un dato para inferir que don Juan siente una inclinacion hácia Violante, y ¿quién os ha dicho, duque, que la deferencia del rey no es el primer paso para seducir á la mujer que recomendó tan benignamente vuestra instancia?

—Los celos de la reina me lo están diciendo.

—¿Vos sabeis que la reina está celosa?

—Lo estuvo en vida de doña Juana, y el pesar que en vano trata de reprimir en su pecho es una pruebá manifiesta de que sus sospechas léjos de haberse desvanecido, van creciendo y crecerán progresivamente hasta precipitarla á la tumba. Doña Leonor está en cinta, y su afliccion puede poner su vida en grave riesgo cuando se aproximen los dolorosos momentos del parto. Los médicos han formado este fatal pronóstico y es lo cierto que doña Leonor vá en decadencia y su estado ofrece de dia en dia síntomas muy funestos.

—Muy aventurados son vuestros presentimientos, y lo es mas todavía el querer penetrar hasta el sagrado de la intencion por simples conjeturas formadas por la cavilosidad y el capricho en vista de antecedentes tan insustanciales. Dejad que el tiempo arroje nuevos hechos para juzgar mejor la conciencia de sus autores, y entretanto aprovechad la ocasion en favor vuestro y de cuantos prisioneros de guerra pueden ser algun dia vuestros vasallos. Ya veis que todo lo demás es pararse en pequeñeces que os han de importar muy poco.

—Si no fuera un resentimiemto que me obliga odiar á Mendoza.....

—Deponedlo, don Fadrique: lo que interesa ahora no es la venganza sino el favor, y este os lo habeis de procurar,

aunque deba venir de manos de un enemigo que os inspire un odio inmenso y una antipatía irresistible.

—Queda empeñada mi palabra y la cumpliré gustoso, aunque para ello me vea precisado á perdonar una ofensa que me humilla y hasta me degrada; ¡la espada de mi padre en manos del alavés!.....No importa: con tal que consiga vuestra libertad, la espada..... se la regalo. Parto hoy mismo para Ciudad-Rodrigo, donde se halla el rey, y escribiré á Violante que vuelva á recomendar mi nueva instancia. De vos no exijo garantías, porque vuestra palabra reune cuantas pudierais ofrecerme.

—Sin embargo nada perdereis en aceptar de mi mano otra seguridad que si no vale mas que mi palabra, no dejará por eso de satisfacer mas cumplidamente vuestros deseos, cuando sepais que quien viene á dárosla es la misma doña Beatriz por cuyo mano suspirais.

—¿Cómo?

—Sí, don Fadrique: la princesa me escribió incluyendo otra carta para vos, de cuyo contenido podeis enteraros.

—¿Sabeis lo que contiene?

—Nó, duque: viene sellada, y aunque no viniera en esta forma, se guardara bien un súbdito portugués de hacer investigaciones que le están siempre vedadas, sobre todo cuando tienden á descubrir un secreto amoroso, abusando de la confianza de una dama, y mas todavía cuando esta dama es la hija del soberano.

—Como me deciais.....

—Me ofende vuestra sorpresa, duque de Benavente. Cuanto os dije no os ha de probar sino que del contenido de mi carta infiero que la vuestra os ha de sentar bien.

—Dádmela pues.

—Tomad.

El almirante sacó de su bolsillo una carta, y de ella otra adjunta que entregó al duque, quien despues de haberla leido para sí, llamó sobre su contenido la atencion de don Alfonso, demostrando con sus estremos la alegría mas completa.

—Ved, don Alfonso, lo que me dice la entusiasta princesa; dijo muy contento el de Benavente. Voy á leeros la espresion de su inalterable simpatía hácia el que fué designado por su esposo.

«Mi amado duque:»—continuó leyendo—«la libertad de mi »tio el almirante portugués, puede poner término á la guer»ra de una manera que favorezca los deseos de ambas po»tencias y muy particularmente los nuestros. Mientras se »dé á mi boda un plazo largo, no desespereis, que algun »dia vendrá á interrumpirlo nuestro amor á la mitad del »camino. No os opongais á la nueva propuesta de mi padre, »ántes bien debeis instar á vuestro hermano para que ac»ceda á ella si viniere el caso de entrar en capitulacion »las fuerzas beligerantes; pues de este modo restableción»dose la paz por vuestra mediacion, los súbditos portu»gueses reconocerán vuestra abnegacion y buen servicio que »habreis prestado á sus pueblos y sereis proclamado prín»cipe, dando á vuestra candidatura una preferencia sobre »las otras. Si no lo hiciereis, si diereis á conocer que ca»receis de desprendimiento y que la ambicion os ciega, en»tonces la Inglaterra ó la Francia enemiga me ofrecerán »otro esposo, y con sentimiento de mi corazon tendré yo que »renunciar á la mano que apetezco. Moved cuántos resortes »estén á vuestro alcance para conseguir la pronta libertad »de mi tio, aunque sea á costa de algun sacrificio, que »bien podeis emplearlo en obsequio á la que sabrá compen»sar vuestra fineza con su aprecio. =Beatriz.

—¡Ah! no me detengo: esclamó don Fadrique. Decidla á la princesa que son tales mis deseos de complacerla, que para hacerme digno de ella, me haré indigno de mí. Hoy mismo..... ó mañana quizás daré la mano á Mendoza y le añadiré de nuevo la espada de mi padre. Olvidad cuanto os he referido de la ilustre dama de doña Leonor, porque... á pesar de todo es una mujer muy virtuosa y muy grande.

—¡Adios, duque! respondió el almirante con amable sorna. No olvideis lo del plazo y lo que harán las demás po-

tencias si no andais listo. Ved que mi libertad y vuestra boda corren parejas.

¡Necia ilusion la del duque! No era una batalla ni una tregua lo que debia decidir su suerte. Dios tenia proyectada otra cosa, y no previó que si se acortaba el plazo de la boda de doña Beatriz anulándose sus nuevos esponsales con el infante don Fernando, seria porque otro le llevaria ventaja en mal hora para los dos. Escribió á Violante dándole gracias por su mediacion y recomendándole de nuevo la instancia del prisionero, que fué acogida por la alavesa con benignidad y sentimiento. No podia ser otra cosa despues de recibida la carta de su resentido esposo. ¿Qué hacer en su apurada situacion? ¿Como conciliar en este caso su deber y su filantropía? Remitir la instancia directamente al rey, era una imprudencia que no tenia disculpa si llegaba á descubrirse; recomendarla á su esposo para que la diera curso, era aumentar sus sospechas y abrir de nuevo la herida que dejó en su corazon la otra carta recomendatoria; desechar la peticion del duque, era hacer traicion á su conciencia y esponer á su esposo á la enemistad interminable del hermano del rey; ni podia escusarse sin comprometer á Mendoza con el duque, ni apoyar la instancia sin comprometerse ella con Mendoza. Tal era la triste posicion de Violante.

La afligida señora de Fita necesitaba un buen consejo para salir de aquel conflicto, y aprovechó la ocasion de hallarse entonces en Cuellar el arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio; en quien tenia el rey depositada su confianza. Era el arzobispo hombre de mucha probidad, de recta conciencia, y á tan recomendables circunstancias reunia la de ser muy político y previsor, lo que le valió un concepto muy elevado en la córte de Castilla, de modo que en las cuestiones de estado mas graves y de mas importancia era siempre consultado, y su opinion prevalecia á la de todos. Las protestas continuadas en la declaracion de obediencia á Clemente VII y las innumerables diligencias que se practicaron para dar un testimonio irrecusable de las muchas precauciones que se tomaron en descargo

del rey, fueron obra del respetable prelado que durante tres reinados fué primado de las Castillas, habiendo gozado de una justa celebridad que glorificó su nombre. Los apuros en que se hallaba el reino hacian indispensable la mediacion de tan distinguido personaje, y por eso le llamó el rey cerca de su córte á fin de pedirle consejo sobre los asuntos de urgencia que pudiesen ocurrir en el estado en que se hallaban las cosas del reino. Debió ántes sin embargo detenerse en Cuellar algunos dias para dar á la reina algun consuelo por habérselo recomendado el rey encarecidamente, y como Violante conociese las buenas cualidades del prelado y su estremada reserva, no vaciló en referirle cuanto pasaba por ella, bien persuadida de que este era el mejor medio de salir airosa. En efecto: se presentó al arzobispo en ocasion en que se hallaba en palacio para visitar á doña Leonor, y llamándole aparte le reveló sus padecimientos y el compromiso á que la esponia la nueva instancia del duque de Benavente. Miró en torno suyo, y cogiendo á Tenorio de la mano le condujo á una pequeña sala de su habitacion, entornó la puerta, y luego invitó al prelado á que tomara asiento, y ella se sentó tambien.

—¿Me direis, hija mia, qué significa ese misterio incomprensible? Vos quereis hablarme muy reservadamente, y parece que os falta valor.

Violante dió un profundo suspiro acompañado de una dulce mirada al anciano sacerdote que acababa de dirigirle la palabra.

—Hablad sin ambajes ni rodeos, señora; que bien quisiera proporcionaros un consuelo quien se complace en serviros y os compadece de todo corazon.

La protesta de Tenorio vino á inspirar la mas lisonjera confianza á la afligida esposa del alavés.

—Fio de vos, señor, como de un preceptor que el cielo me envia para no perderme en el laberinto de confusiones, donde me ha metido mi estraña posicion siempre precaria y siempre condicional. Un rey se prendó de mi hermosura...

¡ maldita hermosura! cuando apenas habia entrado en la edad de los deleites.

—Os arrancó de un convento.

—¿Vos lo sabeis? Con halagos engañó á las buenas religiosas, y lo peor de todo fué que me engañó á mí que no conocia la perversidad de los hombres, y mi corazon todavía no habia tenido tiempo para corromperse.

—Pero vos no odiais la memoria del rey don Enrique ¿no es verdad, Violante?

—Le he querido demasiado para declararme su enemiga aun en la ocasion en que me estaba haciendo desgraciada. Entonces le guardaba resentimiento, mas despues de su muerte me ha infundido compasion y respeto; jamás le aborrecí, y aun cuando conocia la iniquidad de su seduccion, al considerar que era un hombre que me amaba tanto y con tan entrañable pasion, que mas de una vez hubiera rendido su corona á mis plantas, me hacia olvidar el mal inmenso que pesaba sobre mí la simple idea del infinito bien que me queria. El rey don Enrique fué de la pobre huérfana un amante muy leal: yo sentia en mi interior cierta tendencia simpática hácia mi soberano mucho tiempo ántes de conocerle; pues mi madre, siendo yo muy niña todavía, me hablaba de don Enrique con una aficion y un entusiasmo tan raro, que algunas veces pensando en ello he tenido la audacia de creer que tambien mi madre habia sufrido impresiones afectuosas hácia aquel monarca enamoradizo, como yo las sentí en la deliciosa primavera de mis años.

—¿De vuestro padre no os habló nunca esta pobre señora? preguntó el arzobispo con misterioso interés.

—Nó, respondió la alavesa llena de admiracion al notar en las palabras del arzobispo cierta reserva incomprensible. Solo me decia que era un bravo y que acabó sus dias gloriosamente en el campo de batalla cuando yo apenas contaba la escasa edad de cinco meses.

—Luego vos no habeis conocido á vuestro padre.

—No lo conocí, señor; por mi mala estrella no he podido

jamás implorar el socorro del mejor de los padres, que segun he oido referir me habia querido con idolatría, porque era un hombre muy bondadoso y amaba á mi madre tanto..... tanto quizás, como su hija es amada de Mendoza.

—¿Me direis el nombre de vuestro padre?

—Diz que se llamaba don Pedro Ordoñez, conocido entre los paladines por el intrépido, porque era tanto su valor y arrojo, que donde él blandia su acero era preciso hacerle plaza, y de este modo penetraba en las filas del enemigos abriéndose paso entre dos paredes de cadáveres. Tanto valor produjo en fin su muerte que se la dió un portugués traspasándole el corazon con un dardo que le envió por las espaldas, mientras que su coraje y fuerza de voluntad le hacian dueño conquistador de la plaza enemiga.

—¿Nunca os han enseñado el retrato de vuestro padre?

Violante hizo una suspension como si estuviese próxima á descubrir un enigma que hasta entonces no acertaba á comprender.

—No sé cómo interpretar el sentido de vuestras preguntas, que aunque en sí no ofrecen la menor estrañeza y pueden ser atribuidas á mera curiosidad y buen celo á favor de una mujer sin amparo, no obstante parece que vienen acompañadas de cierta intencion justamente laudable, como si quisierais estudiar en mi corazon si está dispuesto á recibir nuevas impresiones, ó como si os empeñaseis en prepararlo concienzudamente para hacerlo partícipe de algun secreto que guardais en el vuestro. Lo cierto es, señor, que sin querer me he distraido de lo que me llamaba á solicitar vuestro consejo saludable ocupándome esclusivamente de una historia que me habia propuesto echar en olvido y deteniéndome en minuciosidades que hubiera pasado por alto como de poca importancia; mas á pesar de haberme persuadido de ello, me convenceis con vuestras investigaciones de que sin duda son mas interesantes de lo que yo me habia imaginado esos pasajes estraños que se han ido sucediendo en mi vida llena de conflictos y de misteriosas aventuras. Creí que mi situacion

pasada no podia influir en mi posicion actual y por es eso que omitia el haceros partícipe de mi dolor refiriéndoos los pormenores de ciertas escenas, cuyo recuerdo pesa sobre mi conciencia como una maldicion.

—Sin embargo no se os ha de proporcionar el consuelo que reclama vuestra amargura sin divulgar la causa de vuestras aflicciones, dijo el arzobispo.

—Ya lo sé, mi señor: por eso voy á contaros lo que pasa por mí, para que vos me hagais luego el obsequio de dirigir mi conducta. Si hubiera podido prescindir de haceros entrar en conocimiento de lo que fuí, limitándome á manifestaros lo que soy ahora en la corte y cuánto sufro en ella, creed, señor, que no hubiera tenido la torpe audacia de azotar así mi rostro con funestas confesiones, porque siempre se le resiste á una mujer recatada el hablar mal de su honra.

—¡Recatada! ¿y lo fuisteis ¡infeliz! en tiempo de don Enrique?

Violante bajó los ojos sin atreverse á abrir los labios. El digno prelado la miró con amable dignidad, y tomándole la mano prosiguió con acento dulce.

—Bien está el pudor en vuestro rostro, Violante, pero estaria mejor ahora la franqueza en vuestro corazon.

—¿Qué me quereis?

—Una palabra, una sola palabra, aunque para proferirla tengais que romper el delicado sacrario de vuestro pecho. El prior del convento, en que fuisteis educada, era muy buen religioso y estaba tiernamente prendado de vuestro candor, cuando la fatalidad de conoceros un rey voluptuoso os arrancó de aquella casa de piedad donde las amables religiosas se esmeraban en cultivar vuestra inocencia, vuestro corazon de ángel. ¡Si supierais cuántas desazones produjo vuestra ausencia al respetable sacerdote, cuando despues de haberos dejado en la córte tuvo noticia de vuestra evasion dimanada de una causa tan opuesta á las doctrinas que profesabais en el convento!... ¡Oh! me parece verle todavía postrado á mis piés llorando como un niño, pidiendo que le absolviera la culpa

de haber creido tan de lijero las palabras afectuosas de un monarca católico y de haberse dejado usurpar la preciosa joya que ántes de morir habia depositado en su seno vuestra misma madre revelándole un secreto horrible... ¡oh, sí! muy horrible para vuestra madre, y mas para vos, y mas para..... para vuestro padre.

—Me haceis temblar, dijo horrorizada la señora de Fita.

—Sosegaos, Violante; porque al fin, de los personajes que formaban parte en aquella historia, solo habeis quedado vos que la ignorais, y que no debeis saberla mientras yo ignore hasta qué punto habeis sido criminal con don Enrique.

—¡Señor!

—La reina doña Juana os perdonó, porque era muy buena señora y tuvo un exacto conocimiento de los pormenores de aquella historia funesta.

—¿Ella tambien?

—Don Enrique se lo habia revelado todo para tranquilizarla poco tiempo ántes de partir para Santo Domingo de la Calzada, donde acabó sus dias despues de haber concluido el tratado de paz con el navarro. Si don Enrique no hubiese muerto, Violante no hubiera sido en la córte de Castilla mas que un objeto de veneracion.

—¿Si hubiese vivido el rey don Enrique, decís?

—Que os habia de admirar sabia de antemano. Con todo creed de buena fé la palabra de un prelado que os quiere bien y os salvará sin duda de mas de un contratiempo. El rey don Enrique se os hubiera humillado hasta frotar su corona con vuestros piés, y la reina doña Juana os hubiera llenado de bendiciones. Ella os habria dispensado su alta proteccion sin temer los amores que os dedicara su esposo, porque le bastaba una palabra para contener vuestra impureza. Esta palabra se la llevó su alteza en el sepulcro; pues debió meditarlo bien, y consideró que era lo mas prudente guardar reserva desde que dejó de existir el monarca arrepentido. Sí: don Enrique me lo dijo en confianza, y lo estaba de veras. Él tambien ignoraba lo que doña Juana os quiso ocultar á vos; el

secreto de vuestra madre que supo el prior por su propia boca, despues yo por el prior, el rey por mí y últimamente la reina por el rey. Solo falta que llegue á vuestro conocimiento en tiempo oportuno y provechoso. Decid, Violante; ¿las primeras impresiones que sentisteis hácia don Enrique os revelaron que el rey era vuestro amante?

—Yo no sabria haceros una descripcion de ellas; me es imposible. Sin embargo podré deciros que mi corazon se sentia inclinado á él, á pesar del respeto que me infundia su presencia.

—¿Y el rey? ¿Os queria á vos don Enrique?

—Estaba ardoroso y entusiasmado por mí.

—Pero respetaba vuestra inocencia, ¿no es verdad?

—En un principio la respetaba, y por eso vivia confiada y tranquila.

—¿Y despues?

—Despues me acariciaba demasiado.... y yo no me mostraba indiferente á sus caricias.

—¿Nunca?

—Nó tal: no me atreveria acusarle, porque ha dado á Dios su cuenta; pero vos estais empeñado en que rompa el sacrario de mi pecho, y aunque á otro hombre no complaciera en satisfacer tan repugnante exigencia, no obstante vos sois mi preceptor y teneis derecho de dirigirme con vuestros mandatos, que no serán por lo visto mas que exhortaciones saludables, de las cuales podré algun dia recoger un buen fruto. Yo os seré franca, padre mio: el rey don Enrique me tenia fascinada: mi amor hácia él era un delirio, y me daba celos la mas remota idea de otra mujer; hasta de la misma reina doña Juana los tenia devoradores. Pero esta envidia, que me ponia á menudo frenética y displicente, era llena de candidez y de pureza; puede un ángel ser envidioso como yo lo era, porque lo son tambien los inocentes niños, cuando por su buena índole quieren con entusiasmo al que les quiere con idolatría. Despues fué otra cosa; mi corazon no se habia pervertido cuando era candorosamente envidiosa;

un dia don Enrique probó de insultarme, y yo.... no queria ver lo que era el mundo y al fin.....

—¿Qué hiciste, desgraciada? preguntó interrumpiéndola el prelado.

—Me volví ciega; respondió la dama sonriéndose tímidamente.

Tenorio la miró con interés y compasion, y luego con acento cariñoso la invitó que cotinuase.

—Proseguid, hija mia.

—Lo haré, señor, aunque me suba al rostro el fuego de la vergüenza. El rey me arremetió, y esculpiendo ardorosos besos en mis mejillas encendidas, cogióme de ambas manos y me condujo.... no sé dónde, y sí solo que la reina entró en aquel mismo acto.

—Respiro, dijo el sabio prelado levantando los ojos al cielo en ademan de dar gracias al Omnipotente.

—Entonces conocí la gravedad de mi falta, continuó Violante, y dije para mí « el rey no es mio: » huí sus miradas que tanto me halagaban, y no podia recabar con él, porque me perseguia por todas partes. Un caballero me hacia la córte á escondidas del rey, y me decia que queria ser mi esposo, advirtiéndome que los amores de don Enrique me serian desgraciadamente funestos: yo no hacia caso de ese hombre, á pesar de que sus palabras eran para mi corazon un bálsamo de dulzura.—Un dia salió la reina de palacio, y el rey me tenia designada la hora de la salida de su alteza para conferenciar amorosamente conmigo. El peligro era inminente, y estuve largo tiempo luchando entre el deber y la conveniencia, no sabiendo si optar por las consecuencias de la seduccion ó por las del desaire inferido á un rey como don Enrique. Venció el deber: el monarca se me presentó y al verle quedé turbada. Me tendió la mano, y yo le dije: « ¡Enrique! ved que este sitio es peligroso, y si alguien nos descubre, la reina me echará de su presencia. Pasad á otra pieza distante de mi habitacion, y allí me aguardad. Dentro de un rato seré con vos. » Convenido el sitio de la entrevista,

el rey se confirió allí y un momento despues yo bajaba la escalera de palacio sin acertar á dar un paso. « ¿Dónde vais?» preguntó detrás de mí la voz de un hombre. Era el caballero Carrillo que me seguia. — «Salvadme, le dije: huyo de don Enrique, y acepto vuestro generoso ofrecimiento. Si la palabra de un caballero no es una mentira, yo seré vuestra esposa.... pero libradme del rey.. » Me ví montada á caballo como por encanto, y á mi lado el caballero llevando calada la visera; cruzamos angostas callejuelas, y sin ser vistos de nadie salimos de la ciudad y nos refugiamos en una casa de campo propia de Mendoza, y que aun en el dia es conocida por la *quinta del alavés*.

—¿Y el caballero? ¿qué se hizo de él?

—Me lo robaron.

—¿Cómo?

—Sí, padre mio; la reina me lo robó. Pero.... permitid, señor, que omita la relacion de hechos ajenos, porque me parece que tiempo es ya de guardar buena memoria á los que no existen. Los de este mundo son los que deben llamar nuestra atencion ahora, y de ellos me defendereis vos como entonces Carrillo me defendió de don Enrique. ¡Padre mio! defendedme del rey.

—¿A vos? preguntó Tenorio con ademan de sorpresa.

—Sí; mas advertid que contra el rey no tengo que dirigiros acriminacion alguna.

—Entonces.....

—Escuchad, padre mio: cuando mi bienhechora la reina doña Juana me arrancó de mi oscuridad, volvió á meterme en un nuevo laberinto de confusiones y de inquietudes.

—Ya lo sé, respondió el sabio prelado, á quien no se ocultaban los pormenores de cuanto pasaba en la real casa.—Doña Leonor me ha enterado de la bondad de vuestros sentimientos, y de lo que ha sufrido por vuestra causa sin ser vos culpable. Me ha dicho que don Alonso os habia perseguido, y que bien pronto espió su desvío con un acto de humillacion.

—Sí; pero yo soy tenida en la córte por la dama favorecida

del rey don Juan. ¡Yo, señor, que llevo la nota de haberlo sido tambien del rey don Enrique!..... El duque de Benavente me dirigió instancia para su hermano el rey, y fué atendida. Nada ménos que le concedió el completo perdon de sus rebeldías y le ha dado esperanzas de obtener la mano de la princesa doña Beatriz, si algun dia pueden celebrarse estas bodas sin oposicion del reino vecino. Ahora me reclama la solicitud de libertad instada por el almirante don Alfonso Téllez.

—Querrá sin duda contraer nuevos méritos á los ojos del portugués, y ganarse la novia con ellos. No es un despropósito vuestra recomendacion y hace tan bien el duque en procurársela, como hariais mal vos en desairarle; porque al fin es siempre laudable la obra que da al cautivo su rescate.

—Vos no sabeis..... ¡oh! vos no lo sabeis sin duda; Mendoza tiene celos del rey y se enfurece cuando accede benévolo á mis ruegos. Si vos os dignais recomendar á don Juan la instancia del almirante, yo os la entregaré en este momento.

—Decís bien: de este modo hareis una buena obra sin comprometeros con vuestro esposo.

Violante puso la instancia del prisionero en manos del sabio prelado, y este la dió todas las seguridades para conseguir el buen éxito de aquella empresa. Pero si el proyecto de la alavesa se habia realizado conforme con sus deseos, nó así la idea que llevaba el arzobispo, que se esforzaba en proceder á nuevas investigaciones para saber si la virtuosa Violante era digna del secreto de su madre.

—Cuando Mendoza tiene celos, la decia, le habrá dado el rey sus motivos. Por otra parte don Juan los inspiraba á su hermano don Alonso, la reina los tenia de vos, y el duque de Benavente para triunfar de sus opositores no se ha valido de mí, ni de otro familiar en la córte castellana, sino de la persona que está designada en palacio por la favorita del rey. Decidme, Violante, si con estos antecedentes puede un marido ser celoso con algun fundamento: yo creo que el motivo le sobra y que cualquier otro en su lugar sentiria como él todo el furor de una pasion tan terrible y desgarradora. ¿Lo estrañais vos?

—Nó; pero el rey me tiene dada su palabra de no importunarme.

—La palabra de un rey no tiene valor cuando la dá en calidad de amante. Don Juan no os hablaba como rey.

—Sí tal: quiso como soberano probar mi conciencia para saber si era yo digna de la munificencia de su madre. Ó mintió el rey, ó es esta la verdad.

—Estraño es del carácter de don Juan ese escrúpulo.

—¡Queria tanto á su alteza.....!

—Sí; pero de sus damas ¡maldito el cuidado que pasaba! Decidme sino, ¿por qué no trató de probar hasta qué punto doña Elvira Iñiguez se hizo acreedora á las bondades de doña Juana? Escuchad, Violante, y á propósito de pruebas sepamos las que hizo don Juan para inferir vuestra constancia en manteneros virtuosa. ¿Trató de seduciros?

La dama palideció, y su alteracion de fisonomía aumentó la curiosidad del prelado.

—Vuestro silencio, hija mia, es una prueba de la que debió procurarse el escrupuloso rey. ¿Tan necio le creeis al rey de Castilla ó tan virtuoso que quiera el roce de una mujer hermosa solo para estudiar sus virtudes? Don Juan queria algo mas; vuestra resistencia laudable hirió su amor propio, y no quiso pasar por amante burlado. En esto procedió como un rey caballero; pero en lo demás obró como otro amante cualquiera, y si pudierais estudiar sus sentimientos por los latidos de su corazon, diriais cuánto le hace sufrir la idea de no haber sido correspondido por vos. El rey os queria menos virtuosa.

—Todo me lo imagino... y os confieso, señor, que temeria á don Juan primero, si no estuviese destinada al servicio inmediato de la reina. De ella no me he de separar, á ménos que sea alejándome del reino y donde pueda esconderme á las miradas del monarca. Seguiré en esto el consejo de otro sacerdote que sabe definir por su historia la pasion de los reyes.

—¿Me hablais del conde de Denia?

—Sí, padre mio.

—Y él os dijo.....

—Como vos; que no me fiara de las palabras de don Juan primero.

—Y yo os digo mas; añadió el respetable arzobispo sacando del bolsillo un medallon y un papel, cuyo contenido leyó para sí rápidamente. —Si algun dia el rey de Castilla os sorprendiese, y al veros sola probase de emplear para la seduccion el medio vil de la violencia, decidle que su trono le debe mucho á vuestro padre, y ponedle de manifiesto su retrato.

—¡El retrato de mi padre! ¿Me lo dais, señor?

—Es para vos; tomad.

Un grito de consternacion salió del pecho afligido de la infortunada dama; la idea de su padre parecia que enajenaba su mente; besaba su efigie y tan pronto sus ojos brotaban lágrimas de dolor como miraban con horror en torno suyo, cual si los objetos que la rodeaban viniesen á demandarle cuenta de su conducta, de sus demostraciones afectuosas al autor de sus dias. ¿Qué estraña agitacion pudo revolver el espíritu de la noble señora de Fita por una causa que solo debia inspirarle sentimientos de ternura? Amor, respeto y dolor es lo único que engendra el recuerdo de un padre que ya no existe, pero el espanto y el asombro solo puede suceder á la triste consideracion de un crímen ó de una desgracia lamentable. ¿Fué criminal ó desgraciado el padre de Violante? ¡Hé aquí lo que nos resta de la historia de esta pobre mujer, de esta ventera miserable que, á medida que la suerte la iba elevando, la fatalidad la arrastraba á un abismo! El prelado conservaba todavía el escrito que contenia el secreto de la madre de la alavesa, y ántes de terminar su interesante conferencia pidió á la humilde jóven que lo guardase y no procediese á su lectura hasta que estuviese mejor preparada para sufrir otro golpe; pues no podia dejar de causarle una desazon inevitable la idea de los sufrimientos de su buena madre. Violante se manifestó muy resignada á sobrellevar cristianamente las nuevas penalidades que el cielo la enviase; con todo, bien aconsejada del venerable Tenorio, se reservó la lectura de aquella carta que escribió el prior del pio establecimiento de misericordia cuando tuvo noticia de que el rey don Enrique trataba de seducir á la

cándida huérfana que bajo las mas espresivas demostraciones de bondad habia estraido del convento. Esta carta fué una protesta formal del celoso sacerdote contra la conducta del monarca; pues de ella se desprende cuánto se arrepintió de no haber hecho resistencia á don Enrique, á pesar de ser el rey, cuando exigió que le fuese entregada aquella jóven para destinarla al servicio de su alteza la reina doña Juana. Tenia el prior sobrado motivo para creer de buena fé en la palabra del rey, y no estrañar las distinciones que dispensaba á Violante con preferencia á cualquiera otra niña de su edad. Las gracias de la alavesa eran envidiables al igual que sus virtudes, mas no fué solo la virtud y la belleza lo que en concepto del prior motivaba la predileccion que obtuvo de don Enrique esta niña en sus delicados años, en la primavera de su vida, cuando empezaba á percibirse el desarrollo de sus pasiones, en la época en que su corazon necesitaba el mejor cultivo: fué el secreto de su madre, ese misterio que el prior habia creido con fundamento que estaba al alcance del soberano. Mas aquella carta ¿qué significa? ¿cuál puede ser su alarmante contenido que tanto conmovió al rey seductor, y que con tanta eficacia la recomienda á Violante el arzobispo de Toledo? La señora de Fita se abstuvo de leerla en aquel acto; no obstante al anochecer del dia siguiente se la sorprendió por doña Leonor llorando con amargura y pidiendo perdon al cielo por ella y por su madre. «¿Qué será?» se preguntaba la reina interiormente... y los pajes serviciales y toda la nobleza y servidumbre de palacio se sentian picados de la misma curiosidad. «¿Qué será?» Mas nadie contestaba satisfactoriamente, y se quedaban todos con la misma duda.

Dejemos para mejor oportunidad el desenlace de estos pasajes misteriosos, y pues terminó felizmente la entrevista del arzobispo con la señora de Fita y Buitrago, veamos ahora si el digno prelado fué igualmente feliz en el desempeño de su mensaje. Hallábase todavía el rey con su córte en Ciudad-Rodrigo, desde cuyo punto habia dirigido las operaciones militares para destruir la plaza de Almeida, llevando al frente de sus temibles fuerzas al bizarro Mendoza, cuyo aspecto imponente

hacia temblar al enemigo. Mendoza era sin duda el gefe castellano, á quien el portugués guardaba mas respetos, y en quien por otra parte contaba con la seguridad de ser respetado; pues tan bravo como era en el combate, era con los vencidos compasivo y generoso; siempre grande, siempre caballero, nunca su corazon abrigaba el resentimiento y la venganza, y le llamaban por eso amigos y enemigos el paladin de mejor prez. El rey tenia en Mendoza un hombre de armas á toda prueba, y mas que nunca en aquellos momentos le convenia conservarlo en el punto que le tenia destinado para la direccion del terrible combate, así que para romper las hostilidades se diese la señal. El sitio seguia rigurosamente y la plaza de Almeida flaqueaba: el rey tuvo noticia de ello, y armado de punta en blanco montó con la mayor soltura el mas brioso corcel que se conocia en la caballería de Castilla; era un hermoso caballo de la Arabia que le fué regalado por un moro, á quien don Juan habia dado libertad, cuando las fiestas de su coronacion. Pasó revista de sus tropas acompañado del de Villena y de los mariscales de campo que habia nombrado en aquella ciudad, y luego regresó á su alcázar contando en cada soldado con una fortaleza.

No habia el arzobispo Tenorio hallado todavía ocasion oportuna de hacer á manos del rey la instancia del almirante Téllez, por haber llegado á Ciudad-Rodrigo en ocasion en que don Juan iba á revisar sus tropas, y no haber apenas tenido tiempo para felicitarle. Junto con él, ó pocos momentos despues, llegó el duque de Benavente, que saludó al arzobispo con mucha ceremonia y este le correspondió con la mayor sinceridad. Entablaron luego conversacion, que á propósito provocó el prelado haciéndola recaer insensiblemente en las pretensiones de don Fadrique; mas como quiera que este no contase con Tenorio ó tal vez no le inspirase el arzobispo la mejor confianza, se limitó en dar contestaciones evasivas, como si el ser esplícito se le resistiese, y así fué prosiguiendo hasta que el buen prelado le participó que llevaba encargo de la señora de Fita y Buitrago para recomendar al rey la ins-

tancia de indulto que tenia hecha el almirante portugués. Entonces conoció el de Benavente que incurria en imprudencia insistiendo en menospreciar las insinuaciones de tan alto personaje, que bajo todos conceptos era en Castilla de lo mas distinguido, y que bien podia de él solo depender en tan críticos momentos la decision favorable ó contraria á su anhelada boda con doña Beatriz.

—Parece que mudais de tono, dijo al duque el arzobispo sonriéndose con bellaquería.

—No ha de estrañarlo por cierto un hombre como vos, respondió el duque, estando como estais versado en no soltar una palabra sin haberla pesado ántes con aplomo.

Era en efecto don Pedro Tenorio un hombre reservadísimo, tanto que se le atribuia á defecto su taciturnidad por aquellos que no eran conocedores de su buen criterio: mas los que leian en su silencio y buen proceder el exacto conocimiento de los arduos asuntos que se le confiaban, le admiraban en su reserva y ensalzaban las virtudes que fácilmente inferian de ella. Lo cierto es que en tres reinados consecutivos mereció el aprecio de sus monarcas y mas que el aprecio la ilimitada confianza de dejarle árbitro, si así puede decirse, para dar solucion á las arduas dificultades que ofrecian ciertos asuntos políticos en aquellos tiempos de turbulencias. Esto mismo debió sin duda de hacerle contraer el hábito de guardar siempre un carácter reservado. El duque de Benavente lo conoció así, y fué por eso que le contestó oportunamente, disculpando bien su conducta con la alusion comparativa de la que el arzobispo acostumbraba á observar.

—No os acuso, duque, dijo con dignidad el respetable prelado; mas no os ofendais si me admiro de que tan pronto, con solo deciros una palabra, hayais trocado el papel desdeñoso que representabais á las mil maravillas, por otro que me satisface mas. Favor es para mí inmerecido el que me habeis hecho suponiéndome tan alto grado de prudencia, que fuera la misma virtud en su apogeo, en el punto mas elevado de perfeccion. Hablo poco, es verdad; pero débil como los otros y falible

como todos, no siempre están mis palabras fielmente meditadas para poder asegurar que las profiero con aplomo. Debo sin embargo advertiros que en otra cosa pudierais imitarme mejor.

—¿En qué?

—En ser franco: vos habreis admirado algunas veces mi carácter silencioso y tal vez insustancial; me habreis tenido por hombre.....

—Prudente, y nada mas.

—En este caso permitidme una reconvencion, de que os considero muy digno, duque de Benavente. Conmigo no os compareis cuando deis contestaciones evasivas, pues nunca las da el arzobispo de Toledo, que en vuestro caso hubiera respondido á secas un no sé, un no quiero ó un no puedo. De mi lenguaje no os habeis de admirar, don Fadrique, si consultando vuestra conciencia, quereis convenceros de que ofendisteis mi dignidad de hombre político y hasta mi estado sacerdotal. Yo no os quise hacer mal, no pude querer hacéroslo..... y con esto os digo lo bastante. Vuestra boda con doña Beatriz yo la aplaudiria, y si pensara otra cosa os dijera sin ambajes que no lleva ninguna conveniencia. Por eso aplaudo vuestro deseo en proteger al almirante prisionero por mas que no sea todo filantropía lo que os mueve. Si de mi influencia puede depender su libertad, estoy dispuesto en su favor.

—Yo os quedo muy reconocido.

—Es deber de todo sacerdote cumplir su mision de paz. Yo nunca me deniego á las súplicas de un desgraciado.

—Permitid, señor, que sea en algun modo exigente, pues si es vuestro ánimo que vuestra mediacion sea provechosa, no escusareis los medios á propósito para obtener con la mayor facilidad la gracia que vais á implorar á mi hermano. Ya sé que el respetable arzobispo de Toledo forma en sí el conjunto de todas las recomendaciones para inclinar la voluntad de don Juan, pero á veces la gracia de un rey se consigue con mas ó ménos largueza, segun los medios que emplea para obtenerla la persona influyente á quien el rey desea servir.

—Proponedme estos medios, duque; pues como vos deseo acertar en todas mis empresas, y si en el modo de recomendar la instancia del almirante Téllez se consigue el éxito que todos apetecemos, no seré yo quien omita el medio que me propongais, mientras sea digno de mí y de la distinguida persona por quien se emplee.

—Es muy sencillo, señor, dijo con viveza don Fadrique; lo que conviene es persuadir al rey de que la señora de Fita y Buitrago se interesa muy de veras por la suerte del prisionero. Con solo decirle á mi hermano que Violante reclama la libertad del tio de doña Beatriz, el rey no querrá saber otra cosa para acceder inmediatamente á la súplica.

—Bien está; respondió el arzobispo de Toledo despues de haber meditado profundamente las palabras del duque.—Yo creo que sin necesidad de aludir á otra persona concederia don Juan la gracia con solo decirle que me la dispensa á mí; pero si vos opinais que es mas acertado mencionar á la señora de Fita, como cosa que nace esclusivamente de ella, no me opondré á seguir vuestro consejo, mientras con él no sufra menoscabo mi dignidad sacerdotal.

—No os entiendo.

—Fácil será dejarme comprender, duque de Benavente. Pensad que es de una dama de quien me estais hablando, y si como suponeis tiene esta dama tanto valimiento para con don Juan primero, que basta pronunciar su nombre, como invocándolo en ausilio del desgraciado, para que el rey de Castilla decida de la suerte de un hombre sin mas conocimiento de causa, tal vez mi estado se rebaja dispensando por este medio proteccion á mis semejantes; porque cuando el rey no se para en la utilidad de su clemencia, sino que trata tan solo de complacer á una mujer hermosa..... yo no sé, duque, si seria mejor en este caso valeros de quien no fuese don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo.

—Me parece, señor arzobispo, que llevais las cosas á un estremo de delicadeza sobradamente refinada. Si se tratara de proteger los amores del rey con la esposa de su mayordomo,

seria otra cosa; mas ya veis que para esto no nos necesitan, y que ellos se entienden sin pedirnos vénia ni consejo. Lo que se necesita es el favor del rey, y en circunstancias apremiantes como las que corremos, en ocasion en que las fuerzas castellanas están organizadas de modo que la plaza de Almeida rigurosamente sitiada está próxima á rendirse, en estos momentos en que el conde de Cantabrigia no se atreverá responder al castellano si le convida á la batalla, tal vez creerá don Juan que la libertad del almirante portugués dará valor al enemigo, y en esta inteligencia no estaria ó prescindiria de ella si mediara la intercesion de su favorita. Ya veis, señor, que se trata ahora de hacer bien por un medio lícito; este medio es la recomendacion directa de Violante y no es ofensa ni á Dios ni á vuestro estado valeros de la mejor influencia para conseguir de mi hermano una obra buena, á cuyo éxito favorable va á quedaros el placer de haber contribuido directamente.

—¿Y será cumplir con los preceptos de mi mision evangélica el procurar la salvacion de un enemigo de mi patria, si como habeis dicho este acto de munificencia ejercido por el rey puede contribuir á encenderse la guerra encarnizadamente? ¿Qué garantías me da el prisionero?

—Su gratitud.

—No basta: yo necesito una promesa de paz entre los dos reinos; y no os parezca, duque, que el prelado Tenorio mire con indiferencia la suerte de Portugal, pues tengo con esa nacion mucha simpatía, porque nací en ella, por mas que os haya dicho que Castilla es mi patria. No obstante debo á los reyes castellanos todo el favor que me ha colocado á una altura inmerecida, y no he de abusar jamás de sus bondades y de la confianza ilimitada que me dispensan. Yo haré al almirante todo el bien que pueda hacérsele mientras no se ofenda el pabellon de Castilla: otra cosa no puedo ofrecer ni vos exigírmela.

—Puedo exigiros, señor, que no omitais el hacer mérito de la intercesion de Violante, porque la instancia os ha venido de ella, de la concubina.

—Pero como ella no sabe que el que ahora aboga por el almirante Téllez es un ingrato, que en pago de haberle salvado la vida, la insulta de una manera infame, llamándola concubina del rey... y miente, sí; mil veces miente.

—¡Señor!

—¡Don Fadrique! gritó el arzobispo lleno de indignacion y de enojo.—La alusion que haceis á vuestros bienhechores es una impostura. Si de ella intentais hacerme cómplice, yo os pediré cuenta ante el tridunal de Dios.

—Reportaos, bondadoso prelado; que si fuí con Violante descomedido, no por eso he dejado de ser atento con Tenorio.

—Ningun hijo de don Enrique de Trastamara tiene derecho de fijar los ojos en esta mujer, sino para respetarla y quererla. Eso mismo he de advertirles á vuestro hermano don Alonso y al mismo rey don Juan, si bien que á éste se lo advertirá mejor la desventurada Violante, y mas de una vez al pensar en ella pedirá perdon á vuestro padre.

Quedó el duque como perplejo sin atreverse proponer al prelado que aclarase su reconvencion misteriosa, pues por mas que queria formar comentarios sobre ella, no acertaba á adivinar la verdadera significacion de aquella advertencia proferida en tono profético con la dignidad que tanto caracterizaba al virtuoso Tenorio: «Los hijos del rey don Enrique de Trastamara, no pueden fijar los ojos en Violante, sino para respetarla y quererla.» Cuando el duque de Benavente veia en ella á la concubina de su padre, ganas le daban de responder al arzobispo que los hijos de don Enrique solo debian fijar los ojos en aquella mujer para despreciarla y escarnecerla. Pero tenian mucho valor las espresiones del prelado para que el duque hiciese de ellas menosprecio, sobre todo habiéndole tan injustamente reconvenido por su falta de agradecimiento; pues sea como fuere, Violante no dejó de proporcionar á don Fadrique un bien inmenso, que merecia ser correspondido con mas caballerosidad.

En este estado de la conversacion vino órden del rey para que el duque y el arzobispo pasasen á visitarle; no que-

dándole apenas tiempo á don Fadrique para recomendar de nuevo al prelado la instancia de don Alfonso Téllez. El rey les tendió la mano, y no dejó por cierto de causar la admiracion de todos el que así procediese con el duque de Benavente. Hallábase con el rey el bastardo don Alonso, y al contemplar á sus dos hermanos en tan buena disposicion de deponer para siempre sus desavenencias y olvidar sus rencillas pasadas, quedó como estasiado, no sabiendo si aquella ceremonia era efecto de un engaño ó un momento de distraccion; todo podia pensarlo, ménos que el rey y el duque fuesen verdaderamente amigos. Traslucida poco despues la causa de la benevolencia de don Juan, y viendo don Alonso que cuanto hacia el rey en obsequio al duque no era otra cosa que una prueba de buen afecto á la que inspiró sus amores desgraciados, apenas pudo contener los ímpetus de su cólera.

—Bien hiciste, duque, en valerte de la amable señora de Fita y Buitrago, para obtener mi perdon, mi amistad sincera, la amistad de un rey que tenia tan sobrados motivos para echarte de su presencia y perderte para siempre. Ninguno sino Violante podia vendarme los ojos para que no viese lo que habia pasado por mí; solo ella y no mas que ella podia distraer mi imaginacion para que no dirigiese un recuérdo á lo que he resuelto desterrar de mi memoria.

Si este modo de producirse don Juan no fué una confesion esplícita del amor que profesaba á Violante, éralo cuando ménos de la inclinacion y simpatía que sentia hácia ella, y es preciso confesar que á don Alonso no podia sentarle bien esa deferencia desmesurada del rey hácia la que un dia rechazó con dignidad y constancia de carácter sus pretensiones amorosas. El sabio prelado estudiaba en el semblante de los tres hermanos el efecto que á cada uno producia la idea de aquella mujer.

—¡Es una escelente señora la de Fita y Buitrago! dijo el arzobispo mirando á los tres; es una mujer tan buena que el mismo rey don Juan está prendado de sus virtudes.

—En efecto, respondió don Juan; yo creí que á un rey no

le quedaba nada que envidiar en este mundo, y por lo visto me engañé, porque apeteciera otro trono en Castilla para sentar en él á la que llaman mi favorita, y es por cierto muy digna de mi favor.

—¿Es posible? preguntó don Alonso reprimiendo su enojo.

—¿Te admiras? díjole el rey; pues á fé que no soy solo el que habré pecado prendándome de sus gracias; otros hay que se han visto despreciados por ella y me envidian la suerte ignorando si corre parejas con la suya.

—¿Y sabeis por qué, don Juan? preguntóle con amargura el hijo de la Iñiguez.

—¿Por qué? Veamos, respondióle con calma el rey.

—Porque no son reyes.

—¡Preocupacion, hermano! Si tu supieras cuán miserable es un rey que no merece la correspondencia amorosa de una dama, y que para no olvidarse de su elevada posicion debe fingir no quererla ni haberla querido nunca si quiere conservar sin mancha su dignidad real, no me tendrias envidia.

—Jamás á mi rey se la he tenido.

—Mientes ahora, don Alonso, díjole el rey con desenfado.

—¡Señores! esclamó el arzobispo; yo llevo de esta buena mujer otro encargo interesante; y creo que en estos momentos de entusiasmo en que el rey se halla tan dispuesto á ejercer actos de su habitual munificencia, no dejará desairada á la amable señora de Fita y Buitrago.

—Hablad, respetable prelado, dijo el rey con la mayor dulzura.—¿Qué quiere de mí Violante? ¿En qué puede complacerla don Juan primero?

—Leed, señor, esta instancia, que la dirigió para su recomendacion un almirante portugués.

Hizo el arzobispo entrega á don Juan de la solicitud de indulto instada por el almirante don Alfonso Téllez, y el rey se manifestó muy complaciente y dispuesto á dar á Violante otra prueba de su deferencia hácia ella, acogiendo con muestras de benignidad y buen aprecio la atenta súplica del pri-

sionero. No esperaba el duque de Benavente que el arzobispo Tenorio diese curso á la instancia del portugués, aludiendo tan encarecidamente á la recomendacion de la alavesa, despues de la amarga reconvencion que le dirigió por haberle insinuado el duque lo mismo que el prelado adoptó para el buen éxito de la importante mision que la dama le habia confiado; pero bien pronto observó don Fadrique que la conducta de aquel sabio pastor de la Iglesia no era contradictoria, como parecia á primera vista, ni cumplia tan eficazmente sus deseos como él se habia imaginado; pues sin faltar al compromiso que contrajo muy conforme con su estado sacerdotal, tampoco creyó prudente abusar de la munificencia del rey en grave perjuicio de los intereses del reino. Trató, pues, el arzobispo de Toledo de conciliar la gracia del soberano con la suerte de su patria, y estando próximo don Juan á estender el decreto de libertad en favor del almirante portugués, el arzobispo le hizo presente que era preciso proceder con madurez ántes de dar este paso, que podia muy bien desalentar á los castellanos al mismo tiempo que reanimaria el amortiguado valor del enemigo. Con esta oportunidad aprovechó el arzobispo la ocasion propicia de sacudirse la falta de delicadeza que se le pudiera atribuir por haber hablado de Violante en un sentido que parecia adular sus deslices como medio á propósito de bienquistarse la voluntad del rey.

—No es ocasion, mi rey y señor, de que os molesteis ejerciendo rasgos de generosidad, que pudieran costar á Castilla mas de un torrente de sangre, la cual gota á gota sintiera caer sobre mi cabeza y recordarme las víctimas de mi imprevision.

—¿Qué vais á decir? preguntó al arzobispo el duque de Benavente.

—Nada que pueda afectar á ningun castellano leal; contestó el insigne prelado.—Que el almirante portugués se salve yo lo imploro; que se decrete el alivio de su prision, tambien lo reclamo humildemente; pero que regrese á su pais perdiendo la condicion de prisionero de guerra al mismo tiempo que el toque del clarin os convida al combate, seria au-

mentar las fuerzas del enemigo en cambio de la munificencia que se le habria dispensado. Si la libertad de don Alfonso Téllez ha de producir un tratado de paz, toda dilacion en otorgársela seria un atentado contra la humanidad; pero si como yo creo ha de subsistir desgraciadamente la declaracion de guerra, le hace á Portugal mucha falta el almirante para defenderse en el mar: de consiguiente conviene ser cuerdo y no dejarse alucinar puerilmente por las exigencias de una mujer tan inesperta como bien intencionada. No diré, señor, que la noble dama de la reina, la virtuosa señora de Fita y Buitrago no sea muy y muy digna de las deferencias que pueda guardar don Juan primero á la persona de su mayor aprecio; mas Castilla y el decoro de su pabellon deben ser preferentes á toda afeccion personal, aunque fuese al amor mas ardoroso, á esa pasion de la naturaleza que es imposible entre un hijo de don Enrique de Trastamara y la esposa del mayordomo.

—Me estais hablando de un modo, dijo el rey al arzobispo, que ignoro si vuestras advertencias llevan el sello de la reconvencion.

—Perdonad, señor, replicó el prelado; yo nunca he tenido la presuncion vana de creerme bastante autorizado para reconvenir á mis reyes: pero con decir á los hijos del rey difunto que respeten á doña Violante, como ella debe esconder sus miradas á los hijos del difunto rey, cumplo un deber de conciencia que el tiempo os hará conocer algun dia oportunamente.

—Vuestro tono profético encierra un enigma que no pretendo descubrir en este instante en que, como habeis dicho perfectamente, debo ocuparme con preferencia de los asuntos de la guerra—dijo don Juan haciendo una suspension como si tratase de comentar interiormente las observaciones de Tenorio.—Mas tarde, añadió, me dareis una esplicacion detallada del concepto que habeis formado de mi debilidad humana; por de pronto no puedo ménos que manifestaros cuán agradable me ha sido vuestro consejo por lo tocante á la libertad del hermano de la reina de Portugal, que la iba á decretar

sin mas precedente que la atendible recomendacion de una persona, á quien no sé denegar una gracia, ni sabria imponer una pena, si por una fatalidad inesperada se hiciese acreedora al rigor de la justicia humana. Sin embargo vos me habeis trazado concienzudamente la senda que debia seguir en un asunto tan grave en que están interesadas la suerte del rey y la dignidad de su pabellon: yo admito gustoso el medio conciliatorio que me habeis propuesto, y desde hoy será reputado en Castilla el almirante don Alfonso Téllez cual si fuese un estranjero con derecho de permanecer en el pais, pero para los efectos de la guerra quedará privado el almirante de salir de mis posesiones hasta que otra cosa pueda resolver, segun el resultado de nuestras desavenencias con el reino vecino. Quedan así satisfechos los deseos de Violante y los vuestros y salvados los peligros que pudieran amagarnos por un esceso de generosidad que seria correspondido con otro esceso de ingratitud y de perfidia.

Dióse aviso al rey de que las tropas estaban dispuestas á emprender la marcha y se esperaba su mandato, á cuya insinuacion se levantó don Juan, invitando á sus hermanos y al prelado que le siguiesen. Pasó adelante con don Alonso, y siguiéronle á distancia el duque de Benavente y el arzobispo, conversando al parecer con calor y viveza.

—¡Os habeis lucido! le decia con enojo don Fadrique al buen prelado.

—Por supuesto; le respondió Tenorio resentido de su aspereza.—Si tuviese yo pretensiones con la princesa doña Beatriz, tal vez miraria tambien con alguna indiferencia el honor de las armas de Castilla.

—¿Aludís á mí?

—Sabed, duque, que me cansa ya tener que responderos tanto de mis actos. El rey, á quien doy cuenta de ellos en lo temporal, me ha aplaudido; vos, como buen vasallo, debeis aplaudirme á imitacion del monarca, porque no podeis olvidar que el reprobar un acto que ha obtenido la aprobacion y beneplácito del soberano, es mas que un solemne desacato una punible rebel-

día. ¿Cuándo dejará de ser rebelde el duque de Benavente?

—¿Y cuándo dejará de provocar mi indignacion el arzobispo de Toledo?

—Respetad mis hábitos, mal cristiano.

—Respetad mi cuna, mal.....

—De hoy mas no sé si podré dirigiros la palabra.

—De hoy mas escusaré vuestra bendicion.

—¡Miserable! gritó Tenorio, irguiendo su cabeza encanecida.

—¡Ah, señor! esclamó don Fadrique, hincando humildemente la rodilla con fervoroso arrepentimiento.

—Ya os perdono; díjole con gravedad el venerable sacerdote.

Y echóle su bendicion, y partieron juntos con don Juan primero.

Montado cual nunca supo montar el mejor ginete de los entusiastas tiempos de nuestra caballería, iba el rey don Juan al frente de sus tropas arrastrando las simpatías de los pueblos que querian seguirle en masa. Detúvose en Badajoz, donde entró con cinco mil hombres de armas y mil quinientos ginetes sin contar con la mucha infantería compuesta de lanceros y ballesteros que se le agregaron en el tránsito desde Ciudad-Rodrigo. Como Badajoz es plaza de armas fronteriza, muy importante por su posicion, los enemigos, para distraer las fuerzas que ponian sitio á la famosa plaza de Almeida en la provincia de Tras-los-Montes, se colocaron en Yelves á tres leguas del campo castellano intimando la rendicion de la capital de Estremadura. Don Juan reforzó las guarniciones del antiguo castillo, del de San Cristóbal, que está al oeste, y del de las Pardaleras que se halla situado hácia al este. Al mismo tiempo distribuia considerables fuerzas en la hermosa llanura, en el puente y en la ribera en que se mecen las cristalinas aguas del Guadiana. Los ingleses habian acudido al socorro del portugués contra Castilla, con cuyo ausilio se nivelaron las fuerzas de los campos beligerantes; los preparativos de guerra eran imponentes, y se aguardaba de un dia para otro

el momento estrepitoso de una batalla sangrienta, cuyo éxito era muy dudoso y daba que recelar á los hombres concienzudos y enemigos de desgracias y funestas calamidades, que en aquellas circunstancias eran inevitables. Ambos reyes enemigos ordenaron sus escuadrones con mucha táctica y maestría dirigiendo la voz á sus respectivos vasallos y convidándoles á morir por su patria, poniendo ellos al frente sus pechos donde irian dirigidos los primeros dardos del adversario. El valor y el entusiasmo se esparció por todas partes, el mas ínfimo soldado se enorgullecia de empuñar su arma en defensa de su rey, y de buscar á su lado una tumba de honor. Castellanos, portugueses é ingleses, todos se sentian dispuestos á obedecer la primera señal, todos anhelaban el glorioso momento del combate, todos se sentian inflamados de entusiasmo al contemplar la impavidez y nunca desmentida serenidad de los dos reyes. Dióse por fin la apetecida señal; las fuerzas avanzaron; los dos reyes se amenazaban á corta distancia sobre sus famosos corceles en que iban montados con tal gracia, que parecian ser con el caballo un mismo cuerpo, cual si caballos y ginetes formasen de ambos grupos dos fantasmas. Mirábanse con desprecio y sonreíanse con valor; próximos estaban á echarse encima; mas la caridad humana fué mas lista que el trote del alazan, y puso treguas á la lucha encarnizada ablandando el corazon de los valerosos monarcas. Mendoza se habia reunido con don Juan primero, y despues de haber conferenciado con el duque de Benavente y el arzobispo Tenorio, propuso al rey la tregua del combate, siguiendo su ejemplo los caballeros de mas prez de ambas potencias y muy particularmente los prelados, cuya mision evangélica nunca pudieron ejercer mejor que en aquellos momentos en que una lucha encarnizada entre enemigos cristianos iba á inundar de sangre aquellos campos y á sembrarlos para siempre de luto y de horror. En esta ocasion cumplió muy dignamente sus deberes de prelado castellano y de hijo de Portugal el arzobispo de Toledo; ambos reyes escucharon sus fervorosas súplicas con respeto y veneracion; don Juan de Castilla y don Fer-

nando de Portugal se sometieron á la voz del sabio sacerdote, como si fuese un enviado del cielo que les prevenia por órden del Señor que no esparciësen por sus reinos el desconsuelo y el espanto.

Conviniéronse por fin las cosas mediante la aceptacion formal que hizo don Juan de la última propuesta del portugués referente á las bodas de su hija la princesa doña Beatriz, anulándose en consecuencia los esponsales tratados con el príncipe don Enrique y contrayéndose con el infante don Fernando de Castilla, que por no haber cumplido todavía un año de edad quedaban diferidas las bodas de la princesa de Portugal para un plazo muy largo, durante el cual podia el duque de Benavente fundar las esperanzas mas halagüeñas en favor de su candidatura si un accidente inesperado no hubiese venido á frustrárselas para siempre. Desde entonces quedó sancionado el pensamiento del portugués de establecer por condicion entre los dos reinos de que las coronas de Portugal y de Castilla no pudiesen residir en una misma cabeza, condicion que desgraciadamente se cumplió, á pesar de haber nacido el derecho en los hijos de doña Beatriz para formar de los dos un solo reino. Fué tambien condicion precisa que el rey don Juan restituyese al portugués las veinte galeras que le habia tomado el almirante Sanchez Tovar, y diese libertad al suyo don Alonso Téllez y demás gente prisionera, viniendo á cargo de don Juan la prestacion de bajeles para que los ingleses pudiesen regresar á su pais, pagándole el flete, por estar surta la escuadra de Castilla delante de Lisboa y carecer de naves el portugués para la conduccion de sus aliados. Los deseos de una paz duradera que pudiese dar á Castilla una nueva era de reposo y bienandanza, movieron á don Juan al cumplimiento de cuanto le propuso su enemigo, cuya capitulacion se llevó á buen término, y el rey de Castilla regresó á la capital de Estremadura, donde permaneció algun tiempo con su córte, hasta que una nueva funesta le precisó retirarse de aquel sitio y trasladarse á Cuellar, donde residia la reina, que en aquella sazon se hallaba en los últimos dias de su preñez.

Con motivo de la paz, que se habia consolidado á satisfaccion de ambos reinos, se dispusieron las bodas de don Alonso con doña Isabel, hija natural del portugués, á cuyo matrimonio no hizo oposicion tenaz el padre de la novia como habia hecho al de su primogénita, por ser esta además legítima é inmediata sucesora de la corona de Portugal. Celebróse el contrato conforme con lo pactado con el difunto rey don Enrique de Trastamara, pero nó sin que ántes hubiese el novio reflexionado con la madurez que le permitia su edad de fuego sobre las conveniencias ó desventajas que eran consiguientes al nuevo estado que iba á tomar. Una carta de su madre, en que le prevenia dejase aparte sus locuras y meditase con detencion lo que seria de él si no fijaba de una vez su fortuna, aprovechando la oportunidad de estar los dos reinos en completa armonía, le decidió á asegurar su porvenir de una manera estable y digna de la cuna del hijo de un rey. Tomó consejo del célebre Tenorio, y este prelado respetable se lo dió conforme con los deseos de doña Elvira, disuadiéndole de sus pretensiones amorosas hácia Violante, sobre cuyo particular le habló en reserva, quedando muy satisfecho don Alonso de aquella importante conferencia, pues desde entonces no se le vió jamás dirigir á la señora de Fita ninguna demostracion afectuosa, ni siquiera se oyó salir de sus labios el nombre de Violante para hacer de ella alusiones ofensivas y en desdoro de su sexo y de su recato.

Ratificado el tratado matrimonial, que fué propuesto al rey don Enrique de Trastamara por el cardenal de Bolonia encargado de concertar las paces en el año 1373 y que acordaron los dos reyes dentro del Tajo junto á Santaren, debió don Juan ceder á su hermano don Alonso, por razon de su matrimonio, las posesiones de Viseo, Celorio y Linares, lo que hizo gustoso el rey de Castilla para de este modo salir de compromisos y despedir á un bastardo que no dejaba de serle embarazoso desde que se sintió enamorado de la esposa de su mayordomo.

El duque de Benavente, que contaba seguro su triunfo, sobre todo desde que vió dispuesto al portugués á conservar

los tratados celebrados entonces solemnemente por los dos monarcas, se declaró muy amigo de Mendoza por el obsequio que le habia dispensado su esposa volviéndole el favor del rey, que habia perdido por tantos conceptos y que tan difícil le era volverlo á recobrar. Escusado es decir que á Mendoza le hacia muy poca gracia la nueva amistad que contrajo, nó por la persona que le otorgaba generosamente el título de amigo, sino por la terrible causa que habia engendrado tan estraña simpatía. Don Fadrique iba á menudo en busca del alavés, y este escusaba siempre el dar con él, temeroso de cometer un desatino cuando le oia hablar de Violante y de don Juan en un sentido que no podia dejar de disgustarle. Eran muchos los momentos de frenesí, en que el bravo alavés hubiera perdido su razon y su vida, si de aquella idea constante que le martirizaba no le hubiese distraido algun tanto la continua agitacion en que estaba la fuerza armada, de que él era otro de los gefes principales. Un dia, sin embargo, no pudo evitar la presencia de don Fadrique por habérsele presentado inesperadamente en ocasion en que acababa de ser relevada la guarnicion del castillo de San Cristóbal, de donde Mendoza acababa de regresar, y como estuviese de mal humor y le incomodase la fúnebre idea de ser su esposa la favorecida de un rey, le habló al duque en tono algo altanero causándole á este gran sorpresa el modo estraño de dirigirse al hijo de un monarca.

—Yo tengo una satisfaccion especial... me complazco, Mendoza, en haber conocido tan á fondo los altos sentimientos que os distinguen, y muy particularmente los que distinguen á vuestra esposa; — le decia cortesmente el duque al alavés.

—¿Con esas me venís, señor duque? le contestó Mendoza con acritud. —Yo se bien hasta donde llega vuestro reconocimiento, pero como á mí nada me debeis, como yo nada hice en vuestro obsequio, no sé atinar á qué vienen vuestras demostraciones de gratitud, cuando no os he dado ninguna prueba que pueda hácia mí inspiraros tan noble sentimiento.

—Modesto sois en demasía, amigo Mendoza.

—No lo creais: yo soy franco, tal vez en un estremo que os ha de repugnar.

—Omitid los cumplimientos, y recibid la mas completa enhorabuena por las deferencias que el rey de Castilla guarda á los señores de Fita y Buitrago. Dádsela de mi parte á vuestra esposa, y decidla que si algun dia llego á ocupar el alto puesto, á que parece me tiene destinado mi buena estrella, me acordaré de lo que debo á su alta mediacion.

—Escuchad, duque; díjole Mendoza misteriosamente.—¿No me estais diciendo que sois mi amigo?

—Muy de veras os lo he dicho.

—Pues olvidad esos favores; y si vuestra atencion y delicadeza no os permiten echarlos en olvido, no me los recordeis, porque..... me da mucha pena oirlos referir con tanta frecuencia.

—Sois en estremo....

—Nada, señor duque. No me hableis de eso en vuestra vida y á Violante no le deis las gracias.

—Entiendo:—dijo don Fadrique sonriénse, cuya sonrisa significativa la sofocó Mendoza con una mirada de indignacion.

—¿Qué habeis entendido, señor duque?

—¡Lástima me dais, porque al fin sois un hombre de provecho!

—Haced merced de responder á mi pregunta de una manera mas categórica.

—No tengo en ello inconveniente, toda vez que os empeñais; pero es fuerza haceros cargo, y tenedlo bien entendido, de que yo no respondo de mi opinion, ni esta es hija de un íntimo convencimiento. Me equivoco tal vez, y vos me lo direis francamente.

—Hablad.

—Ante todas cosas permitidme dirigiros una pregunta. ¿Estais celoso, Mendoza?

El alavés vaciló y se arrepintió interiormente de haber aumentado las sospechas del duque contra la desgraciada Violante.

—Vuestro silencio, continuó don Fadrique, es un presentimiento...

—Nó, nó; mi silencio es una prueba evidente de que no hablo. La estrañeza de vuestra pregunta me hizo enmudecer, y no debeis admiraros ¡vive Cristo! de que no se atreva contestar á tan imprevista insinuacion un hombre como yo á un hombre como vos. Nadie gana en virtudes á mi esposa, y pues que esto me consta y de ello no me queda la menor duda, os he contestado negativamente.

—No tengo, pues, formada ninguna opinion; y ohora no entiendo porqué no quereis que me muestre agradecido con vuestra esposa.

—¿Pensasteis acaso, señor duque, que tenia celos de vos?

—Necio hubiera sido en soñarlo siquiera, y mas necio todavía en dároslo á conocer. No me tengo por tan afortunado, ni esa fortuna he buscado tampoco; de consiguiente creed bajo mi palabra que cuanto os dije no hace alusion á mi persona.

—Basta, señor duque: no quiero saber mas, y dispensadme si escuso esta conversacion, que puede desde ahora tomar otro giro.

—Como gusteis.

—Por fin las bodas de vuestro hermano se celebrarán muy pronto, segun parece.

—Me place en estremo; pues veo en ellas el preludio de las mias.

—Puede ser.

—No me atrevo dudarlo, y si me fuera lícito insistir en mi espresion de reconocimiento, diria que se lo debo todo á doña Violante, pues ella sola pudo aplacar el furor del rey; á ella mas que á vuestra mediacion y á la del arzobispo de Toledo se debe esta capitulacion honrosa que ha evitado el derramamiento de tanta sangre cristiana.

—¿A ella decís?

—Sí, porque el rey habia declarado la libertad del almirante Téllez ántes que se la propusiera el enemigo.

—Mas la declaracion de don Juan.....

—Fué otro rasgo de condescendencia á la poderosa mediacion de vuestra esposa, que es la persona de mas valimiento en Castilla.

—¡Mentís! dijo Mendoza desesperado con tal acceso de furor que echaba espuma por la boca.

—Reportaos y omitid insultos, que os perdono sin preguntaros esta vez si estais celoso y de quién. No miente quien dirigió á vuestra esposa la instancia de don Alfonso Téllez y la vió despues con sus propios ojos en manos de don Juan. Mas ¿qué os importa la atencion del monarca hácia la dama favorecida de su madre la reina doña Juana y ahora de su esposa la reina doña Leonor? Vuestro arrebato me diera qué pensar un imposible, tratándose de doña Violante y de un hijo del de Trastamara.

—No hagais caso, dijo el mayordomo del rey procurando disimular la impresion que le causaba aquella noticia inesperada.—Soy tan vivo de genio, que la menor cosa..... Por lo demás el rey don Juan es un buen castellano y tiene escelentes rasgos que le hacen accesible á la simple insinuacion de una persona dotada de sentimientos nobles y generosos. ¡Mi esposa es tan buena! El rey lo conoce así, y no sabe denegarle su favor.

—Necio fuerais en pensar de otro modo. ¿Me permitireis ahora que á la primera ocasion esprese mi reconocimiento á doña Violante?

Mendoza quedó como perplejo, mas luego reflexionando le contestó:

—¡Señor duque!.... haced lo que gusteis.

Despidiéronse afectuosamente, quedando el señor de Fita y Buitrago muy poco satisfecho de aquella entrevista que hubiera querido escusar á todo trance. «¿De dónde ha procedido, se preguntaba, esa complacencia del rey en servir á ella y solo á ella? ¿Por qué esta vez no se ha valido de mí para hacer á manos de don Juan la instancia del almirante prisionero? Se habrá entendido directamente con el rey, por haberla yo dicho que no sabia á quién dar las gracias de los

favores que la dispensaba el soberano siempre pronto en complacerla; pero no tenia razon ni derecho para vengarse tan villanamente de quien arde en celos por ella, porque la quiere con idolatría. Si ella supo tomar con sus propias manos el látigo de la venganza para azotar mi honra, yo con las mias pondré sobre su frente el sello de su ignominia, y mas tarde lo borraré con la sangre de su corazon y la de mis venas.» Bastábale á Mendoza una palabra para calmar su dolor: si la hubiese pronunciado el duque de Benavente, si hubiese dicho que el arzobispo de Toledo fué el encargado de hacer entrega al rey de la instancia de Téllez remitida á Violante, no hubiera el celoso alavés entrado en odiosas sospechas, que no carecian de fundamento si se atiende á la ignorancia de un hecho que bastaba por sí solo para dar un voto de reprobacion á la conducta observada por aquella mujer tan digna del aprecio de Mendoza. Persistiendo el mayordomo en sus profundas meditaciones, su indignacion acalorada le hizo ver las cosas bajo un prisma diferente y que aumentaba mas sus funestas sensaciones. No era ya la idea de una necia venganza adoptada por Violante la que dominaba al intrépido paladin; era la conviccion íntima de una inteligencia secreta entre su esposa y el rey la que oprimia y despedazaba su aguerrido corazon lleno de fuego y coraje. Hubiera preferido recibir á cada momento una súplica de Violante dirigida á don Juan primero, aunque hubiese venido concebida en términos exageradamente amistosos, á la ocultacion de una demanda respetuosa, por mas que en ella no se espresase otra cosa que la simple demostracion de un sentimiento laudable y digno de ser atendido por cualquier soberano, prescindiendo de la calidad y circunstancias de la persona que se interesase en obtener la real munificencia. Aislado en esta idea funesta, vínole órden para que pasase inmediatamente al salon de córte donde se hallaba el arzobispo de Toledo y la alta nobleza de Castilla, para felicitar á don Juan por el tratado de paz que se habia concertado con los portugueses. El rey se mostró mas amable y complaciente que de costum-

bre, pues parecia que acababa de conseguir mayor triunfo que si hubiese puesto otra vez á prueba la bravura de sus soldados.

—Bien sé, señores, que no debe atribuirse á nuestro valor, sino mas bien á nuestra generosidad, la paz que ahora va á disfrutar el reino de Castilla,—dijo el rey con agradable emocion; —pero no dejarán de temernos los que intenten audazmente despreciar con sarcasmo mi corona, porque el que supo hacerse dueño del mar no necesita hacer muchos esfuerzos para conquistar la tierra. Caballeros hemos sido, y á Dios le debemos todo el bien, porque viene á nuestro socorro. Desde que dí mi obediencia al papa Clemente VII, el cielo me ha colmado de beneficios inmensos por mas que la hipocresía haya maliciosamente fanatizado á los incautos. La muerte de mi madre fué una desgracia, nó un castigo; la última victoria y la sucesiva paz del reino forman la felicidad de mi reinado. Con tan buenos auspicios no puede ménos mi corazon que rebosar de alegría, y quiero que del júbilo sean partícipes mis vasallos; quiero que llenos de entusiasmo trasmitan á las generaciones venideras que Castilla fué muy feliz bajo el reinado de don Juan primero. Y lo dirán desde hoy ¡vive Dios! porque una voz me está diciendo que hoy mi felicidad empieza.

—¡Mi rey y señor! dijo un ugier entrando precipitadamente. —Volad á Cuellar... ¡ah! no me atrevo deciros lo que ocurre, porque es horroroso.

—Habla, dijo don Juan con la mayor ansiedad.

—La reina.... prosiguió el ugier sumamente turbado —la reina, señor.... á estas horas probablemente ya no existe.

—¡Maldicion! esclamó el rey.

Miráronse unos á otros, y metióse la confusion en aquel recinto.

—La voz que me hablaba, dijo don Juan lleno de cólera, me decia que era feliz y me engañaba. Sí: me habló una voz fementida... ¡y era la del demonio que me llamaba para arrastrarme al abismo!



CAPITULO II.

En que se habla de los últimos momentos de la reina doña Leonor, de las exigencias del duque de Benavente, y de lo que pasó entre el rey don Juan primero y la señora de Fita y Buitrago.



diez leguas de Segovia, de esa antigua ciudad de España que parece una nave sobre un peñasco con su proa mirando á occidente, y á oriente su popa; de esa ciudad que dista una legua de los montes Carpentanos de que forman parte las sierras de Peñalara y Fuenfria, se halla situada en una suave eminencia la hermosa villa de Cuellar, donde los antiguos reyes disfrutaban de las delicias de la campiña durante la primavera y verano. La reina doña Leonor habia escogido aquel sitio para fijar su residencia en los críticos momentos de su embarazo, pues no le permitia su delicado estado seguir la córte del rey sobre todo en las azarosas circunstancias de la guerra. Los segovianos esperaban recibir á su reina dentro de los muros de la ciudad por haberles ofrecido su alteza dispensarles esta gracia y dar allí á luz al infante ó infanta que le habia de nacer.

En vano esperó la antigua ciudad de Castilla la Vieja re-

coger en su seno á la hija de sus reyes y darla entrada á la cristiandad en sus fuentes bautismales; la reina habia suspendido su viaje para trasladarse á la eternidad que le tenia abiertas sus puertas. Un accidente inesperado detuvo los pasos de su alteza para no dejarla jamás pisar el suelo; la frecuencia de atroces dolores auguraban un parto difícil y crecia la ansiedad de todos á medida que las fuerzas de la reina iban en decadencia. Pasó un dia, pasaron dos... la reina no habia parido, y sin embargo los síntomas del parto no mentian; la reina habia de parir y no podia. Hiciéronse rogativas implorando al Dios de las alturas que tendiese una mirada de compasion hácia la mejor de las reinas, y que la librase de aquel trance horroroso... mas la omnipotencia en sus altos designios desestimó las súplicas de sus fieles, porque sin duda tenia recogido el voto de doña Leonor, cuyas preces fervorosas se dirigian todas á que el cielo no retardase en recibir su alma si don Juan no revocaba la obediencia de Castilla al antipapa, de que ella se creia fundadamente responsable.

La gran señora de Fita no abandonó jamás á la paciente reina: se miraban ambas con ternura y se mostraba doña Leonor muy agradecida al buen afecto y caridad de aquella dama simpática que habia tenido hasta entonces por su mayor enemiga. Nunca hubiera creido doña Leonor haber hallado en Violante el ángel de su consuelo cuando mas lo necesitaba; si no hubiera sido por esta muger heróica y por tantos conceptos desgraciada, tal vez la reina de Castilla hubiera muerto entregada á la desesperacion. La mejor amiga, la mejor de las madres no hubiera sentido en su corazon las tristes impresiones que esperimentó Violante en el trance angustioso de la reina doña Leonor, y como su alteza leyese en la fisonomía de su dama estas mismas impresiones, la cobró tal afecto que no parecia sino que habian sido siempre dos amigas inseparables desde la infancia.

—No te separes de mí, Violante, la decia cariñosamente dándole á la mano afectuosos apretones.—Tú eres muy buena y yo no lo habia conocido hasta ahora..... hasta ahora que

sía. Suspended el habla, y en otra ocasion, en que esteis mas bien dispuesta, podreis dispensarme el honor de escucharos sin quebrantar vuestra salud.

—Se me pasó, dijo la paciente dando un suspiro.

—Doy por ello mil gracias al cielo.

—Y á tí te las doy tambien, Violante, contestó la reina con agrado.—Decia.....

—Permitid que os interrumpa, señora, y que otra vez os suplique que no os agiteis demasiado sosteniendo una conversacion que ha de seros fatigosa y en estremo perjudicial á vuestra situacion delicada. Ya veis cuán sensible fuera que os sobreviniese un accidente por una circunstancia de la que podeis prescindir, por una cosa innecesaria..... porque todo debe ceder á la importancia de vuestra salud, y aunque sea repugnante á vuestra alteza el tener que ceder á las exigencias de una humilde vasalla, ¡señora! yo os amo demasiado para mantenerme sumisa á vuestra voluntad, cuando veo que esta insensiblemente os mata. Por vuestro bien, por un deber de conciencia no puedo dejar de advertiros que os esponeis á un contratiempo funesto, si insistís en continuar una conversacion que os cansa el pecho y debilita vuestras fuerzas.

—Bien, Violante; hablaré poco, despacio y quedo. Decia que si yo no hubiese cumplido mi promesa para con el cielo, no me quedara en la tierra el consuelo de nadie, y ahora que tú muy cándidamente me has dicho que el tuyo no me haria falta, yo he de contestarte que andas muy equivocada, porque...

La fuerza del dolor suspendió otra vez el habla de la reina hasta que le calmó algun tanto. Luego prosiguió:

—Te equivocaste.

—¿No os decia yo, señora, que podia daros un accidente? ¡Vos no haceis caso!....

—Se me pasó tambien esta vez. Óyeme: te engañaste, hija mia, porque si no hubiese cumplido con el cielo, tú... ¡pobre Violante! tú no existirias en la tierra.

—¡Señora! no comprendo.....

—Mi conducta no has comprendido: ya lo sé. Por eso te la esplico, por eso te refiero la penitencia sublime, á que yo misma me he condenado. Tú ignorabas cómo podia una reina ser penitente sin mortificar directamente el cuerpo; tú no sabias cómo se azotaba el espíritu de una mujer apasionada..... Si tú eres celosa, si tienes la desgracia de conocer la fuerza de esa pasion insufrible que enardece el corazon mas blando, y al mas sabio y prudente le vuelve indiscreto y loco, tú compadecerás mi resignacion santa en ser bondadosa contigo á pesar del odio que te he profesado hasta hoy, que tu mano enjuga el sudor de mi frente y lágrimas de ternura surcan tus mejilas. La que tanto quiere á su reina, no puede hacerle traicion ¡y yo sin embargo te acusaba de traidora! yo que no tengo ahora mas consuelo que el que tú me dispensas..... porque el rey no está aquí, y aunque todos mis serviciales digan que me quieren, solo de tu boca sale la verdad; tú eres muy buena.

Violante sintió que el corazon se le oprimia, y pidió permiso á su alteza para tomar asiento. La reina le otorgó gracia de estar sentada á su lado, y le fijó la vista con una dulce mirada.

—¿Qué tienes, Violante? la preguntó.

—¿Me lo preguntais, señora? Si para probar mi inocencia me quedase un medio que debiera costarme un suplicio, creed, mi amada reina, que lo emplearia gustosa para tranquilizaros.

—Dime ¡infeliz! ¿Quién, sino tú, pudo hacerle olvidar al rey el insolente desacato que su hermano el duque de Benavente habia cometido contra tu bienhechora la reina doña Juana?

—¡Señora! yo os pedí permiso para dirigir la instancia á don Juan, y despues de habérmelo otorgado, la remití á mi esposo para que él la recomendara en mi nombre.

—Cumpliste bien; pero mi permiso no llevó el sello de mi beneplácito, sino el de mi penitencia. Me dí un azote.

—¡Oh! si yo lo hubiese sabido.....

—Respóndeme á otra pregunta, insistió la reina. —¿Quién dió la libertad al almirante portugués?

—La instancia de don Alfonso Téllez, contestó Violante, la puse en manos del arzobispo de Toledo, que se encargó

apenas me queda tiempo para recompensar tu bondad, porque... ya lo ves, Violante; la reina de Castilla no pertenece á este mundo.

—¡Señora! esclamó la afligida dama bañando con sus lágrimas la mano de su alteza. —No temais por vuestra suerte, porque Dios tendrá misericordia de vos y la tendrá de Castilla, de esta nacion infortunada que fuera sin vos una pobre huérfana sumida al abandono, porque vos, señora, sois la madre de loscastellanos, y el cielo no permitirá que vuestros hijos queden privados del consuelo de su madre.

—¡Mis hijos!... Esta palabra me despedaza el corazon: yo pienso mucho en mis hijos. ¡Pobre Enrique! ¡pobre Fernando! ¿qué va á ser de ellos sin el consuelo de su madre? Tú lo has dicho, Violante.

—De vuestros súbditos hablaba y decia que Dios se compadecerá de ellos, mas no me atreví impacientaros con el recuerdo de sus altezas, á quienes el cielo tenderá con predileccion su mano misericordiosa.

—Ellos tal vez recogerán el fruto de mi espiacion. Si tú supieras cuán grande ha sido mi sacrificio para sacudir la maldicion del papa Urbano... Tú en mi lugar te estremecerias, como yo me estremezco, á la simple idea de la penitencia que me impuse con una resignacion que no está al alcance de ninguna mujer, y que otra reina que amara á su esposo como yo á don Juan, no se atreviera creerla.

—¡Vos penitente! dijo admirada la dama.

—Tu sorpresa no me estraña, porque al fin has tenido ocasion de observar que no he guardado un recogimiento, del que pudieras inferir que estaba haciendo penitencia; mas tú no previste que una reina puede ser penitente sin retirarse á un desierto, sin hincar las rodillas y sin dirigir al cielo contínuas oraciones. Hay santos que han mortificado su cuerpo con la abstinencia y el silicio... no obstante el dolor les consolaba, porque tranquilizaban su espíritu. Yo no hice como ellos, porque no era á la carne á quien debia mortificar, sino al espíritu que pecó... y le he dado azotes tan crueles, que me han debilitado el cuer-

po, mas que si lo hubiese oprimido con el silicio y estenuado con la abstinencia.

—Os ha devorado una atroz melancolía, señora.

—Te engañas: la melancolía carcome el corazon, pero no lo despedaza, no lo desgarra de una vez, no lo aplasta contra las paredes del pecho. ¡Si supieras!... Otra cosa peor me ha devorado.

Violante permaneció inmóvil aguardando que la reina esplicase los pormenores de sus padecimientos, no atreviéndose importunarla con preguntas que tal vez hubieran podido calificarse de indiscretas, si casualmente la indicacion de su alteza hubiera entrañado una reserva de aquellas que se encierran en la tumba con el que la posee. La reina conoció que sus insinuaciones habian llamado la atencion de la dama, que estaba ansiosa y ávida de curiosidad para saber en qué vino á parar su rigurosa penitencia.

—Me ha devorado... la rabia, —prosiguió doña Leonor. En ella hice consistir la afliccion voluntaria de mi espíritu sin cuidarme de atormentar directamente el cuerpo con santas mortificaciones. Podia, por mi calidad de reina, sacudir mi martirio y emplear para ello cualesquiera medios, aunque hubiese tenido que recurrir á los mas terribles y estrepitosos, porque nadie tenia derecho de hacerme responsable de mis actos, y sin embargo sufrí la rabia con atroz resignacion; era promesa hecha á Dios y he debido cumplirla. No me pesa á fé mia, pues en el trance horroroso en que me hallo, si no hubiese cumplido mi promesa á Dios, no tendria ahora consuelo de nadie.

—De vuestra vasalla, que habeis acogido con tanta benignidad, lo tendriais siempre, señora, dijo la alavesa con respeto y cortesía.

—¡Pobre Violante! le contestó la reina, entreviéndose en sus labios una dulce sonrisa, que cortó en seguida un dolor agudo obligándola á prorumpir en un plañidero gemido.

—¡Reposad, señora! No permite vuestro estado que os molesteis siguiendo una conversacion que os fatiga en dema-

su dama predilecta. Los médicos acudieron á la cabecera de la cama, y despues de haber tomado el pulso á su alteza y consultado con madurez acerca de su estado, manifestaron que todos los síntomas que ofrecia la reina parturiente eran de dar pronto á luz con felicidad la prole, cuyo nacimiento tanto retardaba. Por disposicion del rey don Juan el arzobispo de Toledo habia adelantado á marchas dobles su camino para suministrar á la reina doña Leonor los ausilios y consuelos espirituales que fueran necesarios, segun el estado mas ó ménos peligroso en que la encontrase. En el momento que llegó á palacio el prelado Tenorio, preguntó á los médicos por la parturiente, instándoles en nombre del rey para que acerca del estado peligroso de la reina espusiesen su diagnóstica y el consiguiente pronóstico que tenian formado de la enfermedad, á lo que respondieron contestes que si bien sobre el particular debian guardar la mas escrupulosa reserva, atendida la duracion del parto y las dificultades que ofreció en un principio, sin embargo opinaban que si permanecia con dolores y no sobrevenia un accidente que trastornase su naturaleza delicada, la reina saldria en bien, y el feto que llevaba naceria vivo. Inmediatamente el prelado mandó una comision á Segovia, donde en aquella sazon debia hallarse el rey con su córte y ejército esperando las noticias de Cuellar, á fin de que pusiese en su alto conocimiento al dictámen de los facultativos.

Una hora despues la reina doña Leonor, ausiliada por Violante y los facultativos, dió felizmente á luz una niña que fué bautizada en el mismo acto por el arzobispo de Toledo, y se llamó Leonor como su madre. ¡Qué desgracia! No bien se hubo despedido el mensaje para el rey don Juan participándole el feliz alumbramiento de la infanta, el sonido del clarin y repique de campanas anunció á los habitantes de Cuellar que el rey se hallaba en Segovia dispuesto á continuar su viaje hasta aquella villa segun fueran las noticias que recibiera de su esposa. Otro repique de campanas anunció que habia nacido una infanta y se habian salvado los dias de la reina doña

Leonor, por cuya fausta noticia se entonó un *Te-Deum* en todas las iglesias, que bien pronto fué sucedido del triste cántico de los difuntos.

—¿Qué novedad es esta? preguntó la reina azorada pocos momentos despues del parto.

—¡Señora! son las demostraciones del júbilo que instantáneamente se ha apoderado de estos buenos vecinos al saber por una parte que vuestra alteza está fuera de peligro, y por otra que el rey se acerca y esta próximo á abrazaros — dijo el arzobispo Tenorio.

—¡Qué escucho! esclamó doña Leonor.—¡Violante! ¿Lo has oido? El rey viene... y la alegría inesperada me quita el aliento..... Apenas..... puedo respirar.

—¡Señora! esclamaron los circunstantes.

—¡El rey!... ¡El rey!....

Y así diciendo la delicada reina recostó su cabeza en el pecho de Violante, y con asombro de todos quedó muerta en el pecho de su amiga. Pocos instantes despues los templos de Cuellar se cubrieron de luto, y las campanas, que con su repique acababan de llenar de entusiasmo á los castellanos, con sus badajadas imponentes dieron conocimiento al público de que la reina de Castilla habia pasado á la eternidad.

En aquellos momentos de confusion el discreto prelado reunió la nobleza que se hallaba en Cuellar, y tambien á los facultativos para determinar acertadamente lo que convenia hacer con el rey don Juan despues de recibida la noticia de haber la reina dado felizmente á luz una niña. Era un caso sorprendente que podia dar que sentir al monarca, tratándose de dos nuevas tan encontradas y opuestas entre sí. Los médicos atribuyeron el inesperado fallecimiento de doña Leonor á la fuerte impresion que produjo en su ánimo la alegría cuando supo que don Juan estaba próximo á llegar; y como se hallaba recien-parida de un parto tan peligroso, opinaron que la fiebre se apoderó de ella y la quitó el aliento, por no permitir la debilidad de sus fuerzas el peso de ninguna impresion vehemente. En vista de la relacion que hicieron los médicos de palacio se

de entregarla al rey bajo su recomendacion. Recordad, señora, que esto mismo os dije, y vos os dignasteis aprobar mi conducta despues de oidos los motivos que os espuse sin ocultaros que Mendoza tenia celos del rey.

—Lo tengo bien presente todo... y me acuerdo que disimulé mi enojo, porque Dios me hubiera reclamado el cumplimiento de mi promesa. Me dí otro azote.

—¡Dios mio!

—¿Y tu tristeza? Me dijiste que una carta del arzobispo.....

—¿Quereis verla, señora?

—Nó; que quiero dudar, porque de este modo podré estar celosa; quiero azotarme mas hasta morir de celos. ¿No te he dicho ya que era la rabia lo que me devoraba?

—Yo no puedo consentir vuestra impaciencia, dijo Violante con firme resolucion.—Reflexionad que Dios no exige de los hombres ningun sacrificio inmoral, y que vos con buena intencion estais pecando y perdiendo miserablemente vuestra alma. ¿Qué fuera de vuestra alteza, reina desdichada, si murieseis desesperadamente?

La reina se sintió terriblemente conmovida.

—Habla ya, mujer dichosa, que mereciste una morada en el pecho del rey que dió el ser á mi esposo.

—¡Cuánto os engañais! respondió Violante con dignidad. De don Enrique fuí mujer amada, pero su concubina...... jamás.

—¡Jamás! ¿y te amaba? ¿y era el rey don Enrique, el veleidoso?

—Parece increible; mas Dios nos dió á entrambos su ayuda y nos libró del pecado. El buen prelado Tenorio queda plenamente autorizado para haceros una descripcion exacta de mi vida, y deciros que no he sido una mala mujer.

—Me dejas absorta. ¿Y el rey don Juan? ¿Qué eres tú de don Juan primero?

—Soy su vasalla, su... ¡Señora! permitid que os lea la carta, ó si os place mejor, leedla si podeis.

—Venga.

Dió Violante á la reina la carta que recibió de manos del arzobispo de Toledo. Su alteza se incorporó apoyada en las espaldas de la dama; leyó para sí la carta con mucha dificultad, y á pesar de la violencia de sus dolores se leia en su fisonomía la impresion que le causaban las sentidas cláusulas que el respetable religioso continuó en el papel que la reina tenia en la mano. Sin acabar de concluir la lectura lo devolvió á la señora de Fita, y dió otra vez descanso á su cabeza sobre la almohada.

—Toma; dijo doña Leonor mordiendo un pañuelo.—No puedo mas.

—¡Señora! ¿no os dije que podiais haber aguardado otra ocasion?

—No importa, querida Violante: tal vez ahora saldré del paso... ahora que se ha tranquilizado mi corazon. Abrázame mujer incomparable, mártir inocente. ¡Bien podia haberlo sabido ántes! Vuela á mis brazos y no te separes jamás de tu reina que solo siente no haber tenido ocasion de conocer tus virtudes cuando estaba prevenida contra tí, cuando todos te volvian las espaldas acusándote de mujer impura... ¡á tí, Violante, que eres mas buena que las otras!

Difícil fuera hacer una reseña de la ternura que ofrecia aquel cuadro. ¡La reina doña Leonor abrazada con la alavesa! De este modo sorprendieron á las dos rivales las demás damas de honor y los médicos de cámara, causándoles admiracion el afecto amistoso que la reina dispensaba á Violante la ventera, la mujer del alavés, por tantos conceptos despreciable á los ojos de cuantos arriesgan el formar un juicio por simples conjeturas ó por apariencias de momento.

—¡Mis hijos! esclamó la paciente.

—En esta ocasion, señora, respondió Violante, solo debeis pensar en salir del apuro. Sus altezas siguen sin novedad. ¿Y vos, mi querida reina, os sentís mejor?

Los dolores aumentaron progresivamente, impidiendo á la reina contestar á la atenta pregunta que acababa de dirigirla

dirigió el arzobispo á los nobles, invitándoles para que espusiesen lo que en su concepto era mas prudente practicar con el rey don Juan.

—¿Debemos participar inmediatamente al soberano su estado de viudez, ó preparar con tiempo el golpe que ha de recibir por tan infausta nueva?

¡Hé aquí la pregunta que el prudente Tenorio puso á discusion! Los médicos aconsejaron que se adoptase el segundo medio, para evitar la revolucion que produjera en el ánimo del rey el choque de dos noticias encontradas, las cuales necesariamente debian causarle dos sensaciones de distinta naturaleza, pudiendo la sorpresa, al destruir en un momento la halagüeña esperanza que don Juan habria concebido con la primera noticia y la realidad de la segunda, trastornarle la tercera de tal modo que hasta su vida quedaria espuesta á un inminente peligro. Resolvióse pues unánimemente que se le enviara otro mensajero con súplica de que suspendiese su viaje, dejándole así en un estado de ansiedad y de duda, que se consideró el mas á propósito para prevenir el triste golpe sin que le viniese de sorpresa. No dió lugar el rey á este preparativo, pues inmediatamente de recibida la nueva de presentar el estado de la reina síntomas de un feliz parto, emprendió su viaje para Cuellar, en cuyo tránsito recibió la otra, mas satisfactoria todavía, de haber dado la reina felizmente á luz una hermosa infanta á quien por precaucion se le babia derramado el agua bautismal y dado el mismo nombre de su madre. Cuando el último comisionado observó que el rey se acercaba á toda prisa, retrocedió inmediatamente para ponerlo en conocimiento del prelado Tenorio, el cual tomó por su cuenta el preparativo de los medios que debieran adoptarse para hacer á don Juan ménos sorprendente y mas llevadera la triste noticia, que no podia ocultársele por mucho tiempo. Conferenció con la señora de Fita y Buitrago, y se puso con ella de acuerdo para entretener al rey y prevenir su ánimo de antemano. Inútil es advertir que le sobraba discrecion á Tenorio para tomar con respecto á Violante las precauciones necesarias, bien

persuadido de que el rey don Juan en aquellos críticos momentos no tendria valor para abusar de su poder y ménos de la posicion de la dama; pues si bien fué para el rey satisfactoria la última noticia que recibió, esta misma satisfaccion creyó el prelado que seria suficiente para contener el menor esceso. Se engañó sin embargo, porque el rey estaba sin duda mas apasionado de la alavesa que de su esposa, llegando al estremo de hacerle olvidar á esta la simple presencia de la primera. Pero el cielo es justo y castigó la indiscrecion de don Juan primero.

Dejemos ahora por un momento la esplicacion de la escena que ocurrió en el palacio de Cuellar entre el rey y la alavesa, y detengámonos como de paso en lo que aconteció en Segovia entre el mismo rey y su hermano el duque de Benavente, así que se tuvo conocimiento de que la vida de doña Leonor no corria el riesgo que se habia temido en un principio. El único pensamiento que dominaba á don Fadrique era la celebracion de sus bodas con la princesa de Portugal, y este era tambien el único motivo de los respetos y consideraciones que guardaba á su hermano, contra quien se hubiera rebelado si por un accidente cualquiera hubiese creido conveniente á sus planes la rebeldía y la traicion. No se ocultaban al rey las miras ambiciosas del duque, pero disimulaba su desagrado para hacerse mas agradable á la dama simpática que habia recomendado su solicitud. El de Benavente habia tomado sus medidas para bienquistarse con don Juan, disponiéndose á aprovechar toda ocasion favorable, y consideró propicia la de haber mejorado su alteza la reina doña Leonor. El duque fué el primero en felicitar á su hermano, y pudo muy bien en aquellos instantes de júbilo preparar el terreno sobre el que debia cimentar su fortuna.

—Soy el primero en felicitarte y ofrecerte mis servicios, don Juan; díjole al rey don Fadrique.—Siento un placer en poderte asegurar que nunca habia conocido el afecto que me inspira tu esposa, como en el acto de recibir la triste nueva de que estaba próxima á descender á la tumba. Entonces sentí mi corazon oprimido, y se aumentaba mi pena á medida que iba reflexionando cuanto sufria tu espíritu; enton-

ces conocí que no era posible olvidar la sangre que corre por nuestras venas, á pesar de haber estado desavenidos en circunstancias especiales que debemos desterrar de nuestra memoria.

—Mucho agradezco tu fineza, respondió don Juan, y de tí la agradezco mas, porque no la esperaba.

—Cuando nó por afecto, hubiera por deber felicitado á mi rey.

—Eso es cabalmente lo que yo me figuraba; que vendrias ceremoniosamente, y te volverias luego dándote por cumplido: creí que del rey te acordabas, pero que de tu hermano don Juan te habias olvidado.

—Ingrato fuera contigo, y lo seria no ménos con la esposa del mayordomo, si no me acordaba de mi libertad completa, de tu munificencia y de lo que puedes hacer todavía en mi favor.

—Con tan buena intercesora nunca se te hará temible mi severidad, hermano; porque ¿á quién no ablanda una súplica de Violante? Mas...... ¿pudiste comprender, ó sabes acaso de una manera positiva, el misterio que entrañaban las palabras del respetable Tenorio? Yo me sorprendí de veras, y no tuve ocasion oportuna para exigirle esplicaciones, que me las dará cumplidamente así que llegue á Cuellar, donde voy á conferirme sin dilacion.

—Tambien á mí me causaron estrañeza y me dejaron absorto.

—Mucho he meditado y por mas vueltas que le dé, me quedo en ayunas: hasta ahora no he sabido inferir lo mas mínimo, ni dar con el arcano.

—Él se esplicará.

—¡Oh! lo deseo en el alma, porque si supieras cuán grata es para mí la idea de esta mujer, no te atrevieras dar crédito á lo mismo que estarias viendo.

—¿Eres de ella tan apasionado?

—Soy un frenético, un loco..... y sea esto dicho entre los dos. Temo que el cielo me va á imponer pronto un ter-

rible castigo por haberme acordado mas de ella que de la paciente Leonor, aun en los críticos momentos en que la infeliz corria inminente riesgo de ser devorada por una muerte espantosa. No he conocido otra mujer de mas atractivo, y me tiene tan fascinado, que si no correspondiese al bravo Mendoza, si fuese libre y muriese la reina, yo partiria gustoso mi trono con ella y la haria reina de Castilla.

—No perteneciendo á la familia de otro rey, seria manchar.....

—¡Necio! ¿No está en el poder del rey la facultad de purificar la sangre de una mujer villana? ¿Quién osara contradecirme si con ser mi esposa nadie podria disputar su alta prosapia?

Una idea infernal se apoderó del duque de Benavente, temeroso de que si la reina llegase á morir, podria el rey don Juan entrar en pretensiones de unirse con la princesa doña Beatriz para lograr la confusion de los dos reinos por ser este el principal orígen de la discordia entre castellanos y portugueses. La pasion del rey hácia Violante debió tomarla en cuenta don Fadrique á fin de evitar el golpe que habia de hundir para siempre una esperanza, en la cual fundaba su felicidad y su ser.

—Si la reina muere, dijo el duque, siendo como eres tan poderoso, no debes pararte en nimiedades para conseguir el fin que te propongas. ¡Dichoso tú que tendrás esposa!

—¿Cómo? ¿Y quien fuera entonces mi esposa?

—Doña Violante.

—¿Has perdido el juicio, hermano? Olvidaste.....

—Que la señora de Fita está enlazada con tu mayordomo. ¿Es esto lo que vas á preguntarme?

—Por supuesto.

—¡Vive Dios! que si fuera yo rey como tú, no me detendria por tan poca cosa.

—¿Te atreves proponerle á un rey caballero, que para llenar de placeres su vida se decida á dar muerte al fiel mayordomo, que en cada combate ha recogido mil lauros? ¿Y hazaña tan ominosa se contara de don Juan primero? ¡Pues qué!

¿serias tú capaz de un proceder tan villano y tan opuesto á la dignidad de un rey?

—¡Nunca! Ni te aconsejo un asesinato, ni un adulterio.

—¿Pues de qué modo hace suya un rey á la esposa de otro?

—Con un repudio.

—¿Cómo?

—Se le hiciera un obsequio á Mendoza proponiéndole este medio lícito de deshacerse de una mujer que ha de serle embarazosa por mas de un concepto. Le das luego un condado con plenitud de dominio, y le nombras gran señor de pueblos y castillos distantes de la córte.

—Eso es tentarme demasiado.

—Si Mendoza puede observar tu inclinacion á Violante...

—Se burlará de mí.

—¿De un rey?

—Sí, duque: mi inclinacion á Violante no bastara para arrastrarla á mi corazon. Es preciso que ella tambien me quiera, y esto es imposible. Mendoza lo conoce y tendrá sobrado motivo para escarnecer al rey don Juan.

—¡Qué eso diga un rey!

—¿Te admira?

—¿No me ha de admirar? ¿Es acaso la señora de Fita de mejor condicion que las demás mujeres?

—Yo no sé si su bondad la coloca á mayor altura que á las otras, pero sí puedo asegurarte que no me espusiera á la prueba por temor de salir desairado en mi empresa.

—Cuando ella veria que no pertenece á tu mayordomo y que se le ofrece una corona... ¡nada ménos que una corona!.. porque lo primero que debieras procurar es evitar los celos del alavés, y esto al parecer no te seria difícil. Luego te hacias dueño del campo sin oposicion, pues vencida la primera dificultad, la plaza seria tuya. A mas de que tu disimulo acerca de su correspondencia no es mas que un rasgo de caballerosidad.

—Que tú lo has interpretado muy mal, y... basta mi palabra.

—No quisiera provocar tu enojo, dijo con sumision el du-

que; pero si he de ser franco, no habia creido hasta ahora que Violante dejase de ser tu concubina.

—El tiempo no perdamos miserablemente, duque; pues temo mucho que mi cabeza va á llenarse de ilusiones que han de desaparecer muy pronto. La salud de la reina es lo que ahora nos debe interesar, y de ella hemos hablado como si hubiera medio siglo que dejó de existir. Me parece que nuestra conversacion es poco piadosa, y que mejor seria aplazarla. Solo diré en tu obsequio que si la reina hubiese muerto, prefiriera la señora de Fita á la princesa de Portugal, y si á Violante podia hacerla reina de Castilla, te daria gustoso la mano de doña Beatriz, aunque tuviese que conquistarla á fuerza de armas.

Don Fadrique respiró desde entonces el aire de la ventura, y se esmeró en procurarse los medios de complacer á la señora de Fita y á su esposo el mayordomo del rey; pero todo fué en vano, y ¡ ay del rey don Juan y de Violante si hubiese tenido efecto el medio infame que propuso el duque para ceñir las sienes de aquella mujer la corona de Castilla. No era capaz el alavés para dejarse pisotear su honra por ningun hombre aunque fuese de cabeza coronada. El rey hubiera muerto de una estocada si á tal estremo hubiese llegado su inmoral procedimiento, porque solo la muerte de uno de los esposos podia separarlos, y á Mendoza le sobraba carácter para hacer que su esposa viviese honrada, y que la respetase el mismo rey don Juan primero. No dejó sin embargo de complacer al rey la indicacion del duque, y al duque la promesa condicional del rey: ambos quedaron satisfechos formando mil proyectos allá en su loca fantasía, pero ambos quedaron burlados, porque el cielo quiso que tan maligna satisfaccion fuese pasajera y sustituida por la amargura y el oprobio.

Emprendió el rey su viaje á caballo con el séquito de sus ginetes, viniendo con él sus hermanos y el intrépido Mendoza. En ménos de cinco horas llegó á la villa de Cuellar sin pompa ni ostentacion, causándole gran trizteza la frialdad con que fué recibi-

do, si bien luego la atribuyó á la necesidad que tenia la parturiente de guardar mucho sosiego. Apeóse en el palacio, viniendo acompañado del arzobispo de Toledo, de caballeros y grandes de Castilla que habian salido á su encuentro. Confirióse á una sala que el prelado habia dispuesto para su descanso, donde le aguardaba Violante llevando en sus brazos á la infanta recien-nacida, que tomó el rey en los suyos, dando á la dama una mirada penetrante, que atravesó el corazon de Mendoza cual si fuese una espina roedora. Despidió el rey á su séquito y quedó solo con Violante, quien volvió á tomar á la infanta despues de haberla su padre acariciado, entregándola luego á la nodriza que se retiró inmediatamente.

—¡Ira de Dios! esclamó Mendoza cerrando los puños.

—No os impacienteis, díjole el duque de Benavente.

Fuéronse los dos, y quedó el buen Tenorio paseando por las inmediaciones de la sala en que descansaba el rey don Juan.

—¿Cómo está la reina? preguntó el rey á la dama.

—Descansa, le respondió Violante esforzándose en reprimir sus lágrimas.

Don Juan la dirigió tristemente una dulce mirada, y la invitó para que tomase asiento á su lado.

—¡Señor!.....

—¿Te inspiro miedo, Violante?

—Nó, señor; pero me sorprende el obsequio que me haceis, y no sé si debiera calificarlo de desmesurado.

—¿Por qué?

—No os ofendais, señor; pero yo quisiera cumplir dignamente.

—Siéntate ya.

La esposa del mayordomo no pudo resistirse á la segunda invitacion del rey, y debió por fuerza tomar asiento.

—Sentada estás, prosiguió don Juan; mas para ello ha sido preciso que me revistiese de mi mando, y por poco me pones en el caso de ceñirme la corona para recordarte que era al rey á quien debias obedecer. Mucho me pesa haber reiterado

mis instancias; necio he sido en obligarte cuando de tí nada debiera exigir forzosamente, cuando no es tu sumision, sino tu complacencia la que puede complacer á quien te ama como un miserable esclavo.

—¡Qué eso diga un rey! ¡y un rey como don Juan primero, bien querido de su esposa y de sus vasallos!....

—De todos, ménos de tí, Violante; ¡yo que trocara por tu amor el aprecio de tantos castellanos!...

—¡De mi reina y señora...!

—No hablo de Leonor... porque soy caballero, y está la pobre recien parida. Yo de tí quiero hablar; de mi pasion que has rechazado tan cruelmente. Sí: tú eres la única mujer que ha tenido la audacia de resistirse á los amores de un monarca.

—¿La audacia decís? No confundais, señor, esta palabra con el deber; tened presente que la mujer á quien pretendeis, pertenece á otro.

—¡A otro que no es el rey de Castilla!

—Y es su esposo sin embargo á pesar de vuestro amor y del cetro que empuñais. No se os olvide, mi rey y señor, que me hicisteis una promesa muy formal al tiempo de espirar vuestra bondadosa madre, asegurándome que dejariais de probar hasta que punto era digna de la munificencia de su alteza, pues bastaba la prueba que os habiais procurado para no quedaros la menor duda de que podia continuar con toda confianza al servicio de la reina, destinándome al de doña Leonor. ¿Quereis acaso probar ahora hasta qué punto me hice digna del aprecio de vuestra esposa? ¡Ah, señor! He sido hasta aquí su amiga inseparable, he recibido la alta distincion de verla apoyada en mis brazos, y hasta sus labios se han acercado á mi rostro y han dejado en él la impresion de abundantes besos que me daba con la mayor ternura. Mis palabras fueron las únicas que la consolaron en los críticos momentos del parto; el ruido de mis pasos reanimaba su espíritu, y en su enfermedad no ha tenido quien la asistiese con tanto amor, con tan entrañable voluntad como su dama. Yo os lo juro, rey de Castilla: si me sintiera tan inclinada hácia vos que mi pasion desenfrenada, mi delirio me

hiciesen olvidar que soy la esposa de Mendoza, la sola idea del aprecio que he merecido de mi reina pondria freno á cualquier demasía y me condujera á la senda de mi deber. ¡ Pobre reina!... ¡ Don Juan primero! ¿Es posible que vos no tengais presente á la pobre reina?

La virtuosa señora de Fita cubrió su rostro con un pañuelo para enjugar sus abundantes lágrimas que, agolpadas en sus ojos, vinieron á correr por sus mejillas al hacer mencion de su alteza que ya en este mundo no era mas que el resto.

—¿Lloras, desventurada? preguntó el rey admirado.—¿No te he dicho, Violante, que omitieses el recuerdo de mi esposa con quien no nos es dado buscar entre las dos un tipo de comparacion, yo por deber de esposo, y tú por respeto á la reina, yo como caballero y tú como vasalla? ¿Por qué me has de hablar de Leonor si mientras ella descansa durmiendo un sueño tranquilo, nosotros podemos respirar aisladamente la dicha en el secreto de nuestros amores? ¡ No llores, nó, Violante! Tus lágrimas me enternecen, tu palidez me abrasa, tu voz simpática me llena de entusiasmo, y en tu acento, en cada palabra que profieres..... aunque tus reconvenciones me convencen de mi falta, al contemplar tu bondad y tu hermosura, me siento fascinado y me resisto á la razon, porque..... yo no quiero comprenderte. Si supieras, mujer cruelmente virtuosa, cuántos cálculos ha formado mi imaginacion en su vana ceguedad para poseerte y hacerte esclusivamente mia, le tendrias lástima á un rey tan perdido y humillado ante una mujer que le desecha.

—¡ Me haceis temblar, señor! dijo la dama con ademan de levantarse.

—No temas, nó, respondió don Juan deteniéndola.—Yo quisiera hacerte tan feliz como tú me has hecho desgraciado; quisiera robarle á tu esposo un cariño que no merece, porque Mendoza te ha faltado á la fé que te tenia jurada.

—¡ Callad, señor!

—No es digno de tu amor quien supo correr un velo á los

sacrificios inmensos que hiciste en su obsequio para probarle que eres virtuosa y que estabas dispuesta á inmolarte por su honra y por la tuya; quien despreció tu pasion insensata por un concubinato insolente con la madre de mi hermano don Alonso.

—¡Basta, señor, basta! ¿Y á eso llamais ser un rey caballero?

—Te engañas: yo no soy mas que un rey loco. Mira, Violante; mi amor hácia tí me vuelve maniático, y es fuerza que te lo diga ahora que tengo ocasion de hablarte á solas. Yo he formado mil proyectos, he trazado mil planes para tranquilizar á Mendoza y engrandecerte. Si la reina hubiese muerto, si mi esposa muriese... ¿pudiste creer que renunciaria á tu belleza siendo libres los dos?

—¿Los dos?

—Sí; porque la rivalidad de un rey ningun vasallo puede provocarla.

—Fuera el rey entonces quien provocara la rivalidad del vasallo.

—Pero el vasallo es fuerza que sucumba á la provocacion del rey.

—Si el vasallo no es don Pedro Gonzalez de Mendoza y el rey no es de Castilla, caballero y cristiano.

—¡Oh, qué apurar! Yo puedo dictar leyes á mis subordinados; puedo crear un tribunal que entienda de los divorcios y repudios segun mi voluntad suprema.

—¡No digais eso, señor!

—Puedo hacerlo todo, y... ¿quién será el osado que se resista á mi poder?

—El poder del cielo.

—Algo dejó Dios á mi arbitrio cuando me hizo superior á los otros. Tu esposo no puede competir con su rival, porque Mendoza es mi vasallo. El rey de Castilla no quiere rivales.

—Hareis bien, señor: vuestra dignidad lo exige y Dios os lo manda. Un rey cristiano debe dar ejemplo, y por lo mismo no puede provocar la rivalidad de nadie.

—¡Cuán cándida eres! dijo don Juan con la sonrisa en los labios.—¡Cuán bien sentada estás á mi lado! Parece que has nacido para ocupar el trono que mi padre me ha legado por decreto de la Providencia.

—Si algo vale para vos la memoria de vuestro padre y el trono que os legó, yo invoco en mi ausilio tan respetables objetos para que su recuerdo me libre de vuestro delirio, de vuestra loca fantasía.

—¡Imposible!

—Y si esto no basta, pido favor á la reina.

—Duerme; respondió don Juan con indiferencia.

—¡Ah!!!

Dió Violante un grito de terror que hizo estremecer al rey; mas como no estaba enterado de la triste novedad, creyó de buena fé que la esclamacion de la dama era efecto de la desesperacion que debia causarle el ver cerradas todas las puertas para salir del conflicto, á que la habia conducido su mala suerte.

—El socorro te ha de venir de mí, cuando serás mia, dijo el rey con amable acento.—Mientras viva Leonor....

Violante despidió un suspiro.

—No debes suspirar por ningun recelo que puedan infundirte mis palabras, Violante; prosiguió don Juan.—Yo respetaré tu voluntad, mientras la reina viva; pero si llega á morir, yo te haré reina de Castilla y Leon.

—¡Qué delirio!

—Tú de buen grado me pertenecerás.

—Nunca.

—¡Violante!

—Nunca: os lo repito.

—¿Quien lo ha de impedir?

—Vuestro padre, á quien estais ofendiendo... vuestra esposa á quien estais ultrajando... mi padre que os demandará desde el sepulcro la honra de su hija..... Mendoza que me quiere, y Dios que me oye y me lo prohibe.

—¿Mi padre?... ¡Ah! fué un rey muy dichoso. ¿Mi espo-

sa?... Descansará en la tumba. ¿Mendoza?.... Es mi vasallo. ¿Tu padre?... ¡Miserable! hizo bien en descender al sepulcro en vida del otro rey.

—¡Callad, señor, y respetad á los muertos! Ni vuestro padre, ni la hija del que llenais de oprobio merecen vuestra impostura.

—¿Tú no fuiste....?

—¡Rey de Castilla! No provoqueis el odio de Violante, ofendiendo á su padre.

—¡Perdona, vasalla heróica que esclavizas á tu rey! ¿Qué he dicho yo contra tu padre?

—No querais saberlo.

—Que has de ser mia, mal que te pese y mal que le pese á él: eso es lo que digo ahora que has osado desafiar mi poder implorando el ausilio de los muertos. Yo te adoro y has de ceder á mi frenesí, que al fin soy rey de Castilla... y mando á mi vasalla.

—¡Soltad, señor! esclamó Violante para deshacerse de la mano del rey, que la sujetaba fuertemente del brazo.—¡Ved que nos oyen!

—¿Qué me importa?

—Compadeced á una débil mujer, respetadla y sed caballero.

—Soy tu amante que delira.

—Sois el hijo de don Enrique; pensad en vuestro padre y en la reina doña Leonor.

—En mi amor, Violante; no mas que en mi amor.

—¡Padre mio! esclamó la dama; ven á mi socorro.

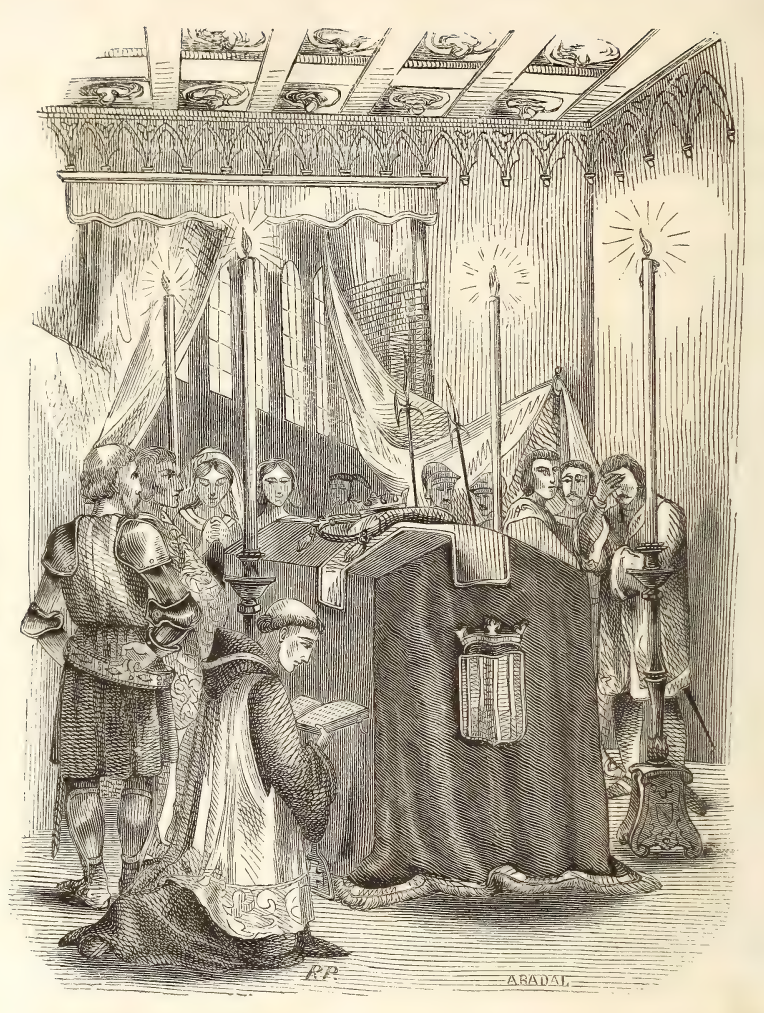
—¿Tu padre? ¡Desventurada! no se ha de levantar de la tumba para reconvenir á su rey.

—En él confio.

—Venga, pues.

—¡Vedle, atrevido!

Presentóle Violante la medalla en que estaba grabado el retrato de su padre, y el rey se levantó azorado, dando un paso atrás. Don Juan y Violante permanecieron largo rato silenciosos é inmóviles como dos estátuas.



D. Juan I·—*Lám. 16.*

—¿Estais satisfecho? preguntó temblando la señora de Fita.

Los ojos de don Juan parecia que iban á saltársele de sus órbitas. Despues de haber reflexionado se apoderó de él un furor implacable, creyendo que Violante le habia engañado.

—No te ha de valer ¡vive Dios! la estraña invencion con que has tratado de contenerme. Pudiste rechazar á tu rey, pero engañarle tan pérfidamente... no lo ha de tolerar don Juan primero.

—Leed la carta del prior...

—¡Mentira! ¡todo es mentira!... ¡Burlado con tanta insolencia por una mujer que me tiene sumiso á sus plantas!

—En vano he tratado de preparar vuestro ánimo..

—¿Para qué?

—Para que... os acordeis de la reina.

—Pretestos que no sirven. Yo no me acuerdo ahora mas que de tí, que me llenaste de fuego y quieres apagarlo con un sarcasmo. Tú has de ser mia, y si no quieres de grado, por fuerza lo serás.

—¡Teneos! gritó Violante colocándose de espaldas á una puerta de comunicacion con las habitaciones de la reina.—¡No deis un paso, don Juan primero! porque los muertos me defenderán de vos.

—No los temo.

—¡Atrás, rey de Castilla!

Acercóse el rey á la señora de Fita con tanto ardor que parecia un mónstruo que iba á devorarla. Violante dió un grito de espanto y abrió la puerta secreta que comunicaba con las habitaciones de la reina, esclamando al mismo tiempo:—«¡Señora! ¡señora!»

Iba á seguirla el rey don Juan; mas se detuvo al primer paso apoderándose de él un terror pánico que le hizo retroceder azorado cayendo en brazos del arzobispo Tenorio, el cual acudió á los gritos de la dama entrando por la puerta principal. ¡Qué horror! Lo primero que se ofreció á la vista de don Juan fué el túmulo funerario en que yacia su esposa

que habia creido dormida en su lecho descansando de la fatiga de un parto peligroso. Parecióle ver un espectro que le dirigia severas amenazas por su imprudencia. Violante aprovechó aquellos momentos de confusion, y se escapó de palacio, cumpliendo exactamente el saludable consejo que le habia dado el monge conde de Denia al despedirse de ella. « *Si por desgracia muere su alteza, si Dios dispone que doña Leonor baje al sepulcro, siendo vos todavía jóven y hermosa... en este caso huid de Castilla que es tierra de maldicion.* »

—¡Señor! dijo al rey el arzobispo.

—¿Qué significa lo que pasa por mí? preguntó don Juan temblando de espanto.—¿Por qué me habeis engañado?

—Un accidente imprevisto nos la arrebató del mundo, quedando la infanta para vuestro consuelo.

—¡Muerta! ¡Dios mio!... ¡Leonor muerta!

—¡Llorad, bondadoso rey! que las lágrimas y la oracion son el tributo que debemos á nuestros propios cuando dejan de existir.

—¿Preguntó por mí?

—La alegría inesperada que le causó la noticia de vuestra próxima llegada la impresionó de tal modo que perdió el aliento.

—¡Pobre Leonor!

—Luego la infeliz inclinó la cabeza y murió en los brazos de la virtuosa Violante, que ha sido para la reina un portento de bondad.

—¡Violante! esclamó el rey.—¿Donde está Violante, esta mujer sin igual á quien he ultrajado despues de haberme enseñado un retrato y asegurado que era...

—¡Ah, señor! ¿no os dije yo que debiais quererla y respetarla?

—¿Vos lo sabeis?

—Todo... y ella lo sabe por mí.

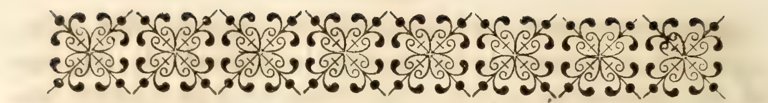
—Que venga, pues, á mis brazos. ¡Violante! ¡Violante!

—¡Señor! la llamais en vano, dijo un ugier desde el umbral de la puerta.—La señora de Fita y Buitrago ha salido de

palacio y montada en un brioso corcel se aleja de esta villa.

—Con el amparo de los muertos ha triunfado de mí, dijo el rey desazonado.—¡Ah, buen Tenorio! ¡mi querido arzobispo! Si estas son las glorias de mi reinado, quitadme por piedad esa corona, y decid al mundo entero que don Juan de Castilla es un rey muy infeliz.





CAPITULO III.

En que se habla de otra desgracia, de un proyecto de boda frustrada por otro proyecto que se llevó á término, y se refieren otras cosas curiosas.



L dia 13 de setiembre de 1381, en que murió la reina doña Leonor, fué de los mas aciagos para el reino de Castilla, sobre todo en concepto de aquellos que, dominados por un espíritu de fanatismo, atribuyeron las calamidades del rey don Juan á la obediencia que dió al antipapa Clemente VII. Si bien fueron pocos los castellanos que tuvieron inclinacion al verdadero papa desde que indujo á don Carlos de Durazo al destronamiento de la reina de Nápoles, no dejaron sin embargo sus agentes de esparcir la alarma entre los incautos y meter la desconfianza y el miedo en el ánimo de algunos sacerdotes y de otras personas categorizadas. La circunstancia de haberse augurado á don Juan primero un reinado feliz y la de haberle sobrevenido tantas calamidades despues de la declaracion de la obediencia al antipapa, declaracion que debió hacerse mas bien por miras políticas que en sentido puramente religioso, fueron induda-

blemente los elementos de zozobra que hicieron vacilar al mismo rey hasta el estremo de causarle horror el trono que ocupaba. El gran cardenal de Luna, interesado en desvanecer las hablillas que iban circulando por todas partes para malquistar á los fieles con el que fué eligido pontífice en Fondi y reconocido en Castilla por el verdadero vicario de Jesucristo, se confirió sin dilacion á la córte de don Juan, y puesto de acuerdo con los arzobispos de Toledo y de Santiago, consiguió persuadir al rey de que sus desgracias nada absolutamente tenian que ver con la cuestion del cisma; pues en los altos designios de la Omnipotencia se ponen á prueba los sufrimientos de los hombres por razones especiales que no están al alcance de nadie. Refirióle varios ejemplos de lo que habian padecido algunos santos, á quienes Dios tuvo á bien probarles la paciencia para hacerles mas acreedores á su misericordia, añadiendo otras reflexiones que le sugirió á don Pedro de Luna su facundia estraordinaria y sus altos conocimientos.

No era solo don Juan primero el que se lamentaba de la pérdida irreparable de aquella reina tan buena bajo todos conceptos, y que habia merecido las mas sinceras simpatías de los pueblos castellanos. Tambien el duque de Benavente deploraba amargamente la inesperada muerte de la esposa de su hermano; pero el sentimiento del duque no era por cierto una espresion de su buen afecto, sino mas bien un esceso de egoismo por el fundado temor que le tenia impaciente de ver frustrados de improviso los planes de su boda. Desde que Violante desapareció de la villa de Cuellar, conoció don Fadrique la imposibilidad de distraer al rey con el medio infernal que le habia propuesto de enlazarle con la señora de Fita, mediante obtener de antemano el repudio que de ella hiciese Mendoza, prévia la competente autorizacion de Clemente, que consideró asequible tratándose de favorecer á un rey de quien habia recibido tantas muestras de deferencia y que tanto habia contribuido en asegurar el solio pontificio de Aviñon. Se aumentó mas y mas todavía la desesperacion del duque de Benavente al hacerse cargo de cuán favorables eran á sus planes las circunstancias especiales de aquella época;

pues por lo mismo que el gran cardenal de Aragon se hallaba en la córte de Castilla para persuadir al rey don Juan de que sus desgracias no eran efecto del cisma, y por lo mismo que el antipapa estaba interesado en contentar al castellano para que sus escrúpulos de conciencia no le indujesen á negarle la obediencia de Castilla que le tenia otorgada, sintió el duque no poder aprovechar aquella ocasion propicia en que podia contar con el apoyo de Clemente para enlazar al rey don Juan con la infortunada doña Violante. Bien hizo el cielo en no permitir que tuviese efecto un plan tan escandaloso y lleno de inmoralidad. Sin embargo el duque de Benavente no desistia de su empeño, y llevaba prisa, como era natural, en desvanecer los proyectos de boda que podian proponerse entre el rey don Juan y la princesa doña Beatriz. El negocio era muy urgente y no se descuidó don Fadrique en hacer cuanto estuvo de su parte para asegurar su fortuna. Lo primero que procuró fué esplorar los sentimientos de Mendoza y probar si podia aprovechar su estado de enfurecimiento para hacerle desprender de una mujer que en vez de constituirse la compañera de su vida, lo habia sido tan solo de su desgracia, y mas que compañera fué sin querer la causa de las continuas inquietudes del mayordomo del rey.

Era sin embargo muy arriesgada la empresa del duque debiendo vencer obstáculos insuperables para entrar en indicaciones de esta naturaleza, nada ménos que con un Mendoza, cuyo carácter pundonoroso no tenia rival en la nobleza castellana. Mucha precaucion tenia que guardar para disimular el interés que debia moverle á proponer al alavés un imposible, el repudio de su esposa; no obstante la urgencia del caso le dió valor, y á pesar del riesgo que corria, atendido el carácter impetuoso de Mendoza, penetró en su habitacion y le habló con ánimo determinado de entablarle el odioso medio de salir de aquella situacion apurada y deshacerse de Violante, que tan mal correspondia á su amor frenético y desesperado.

—¡Mendoza! dijo el duque llamando al mayordomo desde el umbral de la puerta.

—¿Sois vos, duque? le dijo el alavés con acento de amargura.—¿Qué me quereis?

—Ofreceros mis servicios, y hacer cuanto esté de mi parte para mitigar vuestro dolor, si es posible. Veo que don Juan ha sido desgraciado, pero si como dicen las gentes su desgracia se debe al cisma, no sé como el cielo no ha sido mas piadoso permitiendo que pasase de él..... del rey hasta su mayordomo, que en la cuestion de la Iglesia poco ha tenido que discutir, no siendo de aquellas que las decide una espada, una lanza ó una ballesta.

—En efecto, mas vale que se pierda una mujer con la muerte que con la fuga.

—Por eso decia yo que erais mas digno de compasion todavía que don Juan primero, para quien y para el mundo murió la reina doña Leonor, pagando á la tierra y á Dios el tributo que todo mortal le debe. Vuestra esposa, cuya desaparicion os tiene tan desazonado, se ha perdido para vos sin deber á nadie su lamentable pérdida.

—¿Á nadie? ¡Oh! preguntádselo á vuestros hermanos que se la disputaron, y al fin don Alonso triunfó.

Semejante ocurrencia no pudo ménos que sorprender altamente á don Fadrique; pues no sabia de qué inferir esa nueva inesperada estando, como estaba, en la íntima conviccion de que Violante habia salido de Cuellar para evitar la seduccion de don Juan primero. No obstante le vino de repente á la memoria la salida de don Alonso, que verificó en el mismo dia tomando el camino de Portugal para enlazarse con doña Inés, y de esta coincidencia dedujo acertadamente el duque, que el mayordomo atribuyó la salida de su esposa á un complot que tenia formado con el hijo de la Iñiguez. Parecia muy natural que en aquel acto desvaneciese don Fadrique los escrúpulos del celoso Mendoza; pero como en su interés estaba conservarle en aquel estado de odio y de furor contra su esposa, le abrió esta novedad un campo muy vasto para preparar mejor el terreno y someter por último al preocupado alavés á sus depravados consejos.

—¿Quién sabe? dijo el duque; ella mereció el amor de los dos y debia por fin dar la preferencia á uno ú otro. Eso es lo que puede haber sucedido; sin embargo ella es bien reputada, y mi hermano va á celebrar bodas con la hija natural del portugués. ¿Qué vá á ser de esta mujer en el estranjero? ¿Qué seguridades puede ofrecer don Alonso debiendo volver á Castilla con su novia? No habrá llegado vuestra esposa á tal estremo de necedad que no haya previsto los inconvenientes de su impremeditada desaparicion. Seamos francos; la córte de Castilla no puede convenir á una dama que se desvela demasiado en ser honrada, y que al fin su honra ha de sucumbir á las exigencias de tantos roces, de tantas miradas, de tantas demostraciones afectuosas. Si se resiste á las pretensiones de un palaciego seductor, debe luchar con la iniquidad de los magnates; si cede á las exigencias y se deja seducir, se espone á la venganza de un esposo encolerizado ó á la ira de otro amante que arde en celos. No niego á Violante sus virtudes, pero es mujer al fin dotada de una belleza que fascina y de un corazon sencillo que escita los latidos del que apenas ha percibido en el suyo una impresion noble. ¿Cómo podia vencer tantos obstáculos? Don Alonso por una parte, el rey por otra... todos la quieren y ella no puede pertenecerles, ni quiere provocar una rivalidad de esta naturaleza entre dos personas tan inmediatas. Debia decidirse por el uno ó por el otro, y... ¿qué camino tomar? El ménos arriesgado, el mas espedito... la fuga. Tal vez se sienta inclinada con preferencia á don Alonso, que al fin es mas jóven y de tal gallardía que escita la envidia de las mil cortesanas que admiten sus festejos; y si fuera como vos pensais... ¿quién sabe si en esa fuga precipitada hubo el objeto de vivir amancebados y renunciar mi hermano á la hija natural del portugués? ¡O quizás quiere hacerla su favorita sin perjuicio de la boda!.. Mas Violante no habrá consentido en ello, porque favorita por favorita, vale mas serlo de un rey.

—La ambigüedad de vuestras palabras no me permite deducir con exactitud el sentido en que las proferís, dijo Mendoza con aspereza.

—¿La ambigüedad de mis palabras? repitió admirado el duque de Benavente.

—Me habré equivocado, contestó Mendoza.—El contrasentido de vuestras espresiones, quise decir sin duda: eso es lo que no comprendo y lo que quisiera me pusieseis en claro. ¿Me hablais de Violante acusándola ó defendiéndola?

—Ni la acuso, ni la defiendo. Hablo de ella, porque de otro objeto no se os puede hablar en la situacion en que os encuentro, y cuanto de ella digo es mi íntima conviccion. De cierto nada sé, sino que el rey la quiere, que mi hermano don Alonso la quiere tambien; dudo de sus inclinaciones, cuando por una parte he tenido ocasion de admirar su recato, y por otra me sorprende su desaparicion repentina despues de haber conferenciado con don Juan y en ocasion en que éste parecia estar arrebatado de una pasion ardorosa. Ignoro si es virtud ó arrepentimiento lo que la obliga privaros de su presencia: todo puede ser y todo se concibe perfectamente. Si dejó de acceder á la seduccion del rey, obró bien en huir para conservarse pura y fiel á su esposo; si por su desgracia y por la vuestra cayó en poder del seductor, no podia hacer otra cosa que ocultaros su rostro ruborizado y esconderse donde vos no podais jamás dar con ella.

—¡Por piedad, duque de Benavente, sellad el labio! No exalteis mi imaginacion con una idea que hiere cruelmente mi amor propio y que me da tentaciones de exigirle estricta cuenta al mismo rey don Juan primero, subir de piés sobre su corona para juzgarle y hacerme luego su verdugo. Él me ha de responder de mi esposa: ¡vive Dios! que se la he de reclamar con la espada en la mano. ¿Piensa el rey de Castilla que se ha de elevar su poder mas allá del de Dios? La esposa que me concedió el cielo, ningun poder en la tierra puede arrebatármela, y si don Juan de Castilla contando con su impunidad se cree bastante autorizado para deshacer lo que Dios hizo, no ha de faltar quién le enseñe que el poder de la razon y la fuerza del brazo pueden precipitarlo desde el trono á la tumba y burlar una inviolabilidad de que tanto abusa.

—Sosegaos, Mendoza; no hagais alarde de vuestro frenesí imprudente, sobre todo ignorando hasta qué punto llega la responsabilidad del rey en la desaparicion de vuestra esposa. Vos habeis dicho hace poco que don Alonso habia triunfado y que el haber Violante salido de Cuellar en la misma ocasion en que salia mi hermano, era una prueba manifiesta de que se habia amparado de él para eludir mas cómodamente las exigencias del rey.

—Sin embargo, respondió Mendoza, don Alonso hizo una protesta formal de no importunarla, y se le humilló como un esclavo pidiéndole perdon por los males que le ocasionaba su conducta imprudente y poco caballerosa. Seria estraño que el hijo de un rey, en los momentos en que va á contraer enlace con la hija de otro rey, faltase tan pérfidamente á su palabra.

—Mas estraño es todavía què á su palabra y á su dignidad real haya faltado el mismo rey. ¡Pues qué! ¿no dió mi hermano don Juan todas las seguridades á vos y á ella? ¿y ha cumplido acaso sus ofrecimientos, su formal promesa con dos vasallos que le han servido con tanta lealtad?

—¡Callad, don Fadrique! esclamó el esposo de la fugitiva rechinando los dientes.—¿No os dije yo que era preciso enseñarle á don Juan que los reyes son responsables en la tierra si osan conjurarse contra el poder de Dios? ¿No os dije que con un corazon firme y un brazo fuerte se le puede disputar á un rey su abuso de poder y ponerle un esposo ultrajado al nivel del mas ínfimo vasallo?

—Necio fuerais por demás en valeros de un medio que si se os llega á frustrar por vuestra desgracia, diera á vuestro rival un nuevo triunfo y á vos una nueva afrenta.

—Entonces ¿qué medio me queda?

—Uno tan solo.

—¿Cuál?

—Es muy duro y se necesita mucha resignacion para emplearlo. Yo no sé si Mendoza sabrá tener bastante resolucion para ello.

—¡Tal vez!

—No es al rey á quien debeis dirigiros, ni á ningun rival que intente ofender el recato de la que hizo solemne voto de perteneceros y mantenerse fiel y esclusivamente vuestra. Dios recogió el voto proferido al pié del altar y es ella quien lo hizo; no lo pronunció el rey ni don Alonso. Ella debe cumplir su juramento; ni el rey ni don Alonso juraron respetar vuestro derecho que ella sola debia haberlo conservado. Pague, pues, ella su falta, ella sola espíe el crímen, porque el rey y don Alonso no han sido criminales.

—¿Olvidasteis, duque de Benavente, que mi esposa se ha fugado de la villa?

—¿Y qué?

—Que nada puedo hacerla, si escapó de mi poder.

—No lo creais, Mendoza; vos podeis renunciarla para siempre, podeis abandonarla y decirla: «No eres mi esposa, y si lo has sido hasta aquí, no lo serás ya jamás.»

—¿Donde está Violante? ¿Lo sabeis vos, duque?

—Pregunta es esta, Mendoza, que podiais muy bien haberla escusado. ¿Cómo he de saber yo dónde vá á parar vuestra esposa? ¿Soy por ventura su confidente? ¿Soy su cómplice?

—Pues yo tampoco sé dónde la conducen sus pasos, y podiais haber escusado vuestro consejo toda vez que mientras ignore su paradero no puedo decirla que de hoy mas deja de ser mi esposa.

—No es á ella á quien debierais decirlo.

—¿Pues á quien?

—Al mundo.

—¿Cómo?

—Ya os he dicho que se necesitaba mucha resignacion, y dudo mucho que con vuestro carácter celoso y vuestra imaginacion ardiente tengais sobrado valor para decidiros.

—¿Qué me venís á proponer? preguntó Mendoza, esperando ansioso una palabra indiscreta del atrevido duque.

—Un medio legal, respondió don Fadrique.—Justo es que sufra ella sola, ya que es sola la culpable.

—Proponedme este medio: hablad ya.

—Una declaracion formal, que autorice el legado del pontífice; un repudio.

—¡Un repudio! esclamó horrorizado el alavés.

—Ya os dije que el medio era muy duro.

—¡Oh! es atroz.

—Y que vos no tendriais valor para tanto, porque estais celoso, porque estais ciegamente enamorado de una mujer que os desecha y que se complace en carcomer vuestro corazon desgraciadamente suyo. Si ella os faltó y os quiere todavía, dejad que os vea enlazado con otra y hacedla rabiar dispensando á la novia el cariño que ella echará á ménos..... porque el rey y don Alonso tambien la rechazarán cuando no tenga un esposo que la defienda. Esta es la mejor venganza; reflexionadlo con calma y obrad con firmeza.

Mendoza quedó largo rato meditabundo, y despues de unos instantes en que solo reinó el silencio, lo rompió profundamente conmovido.

—Reflexionaré..... dijo temblando; obraré, mas..... siento una cosa.

—¿Qué?

—Que el consejo me haya venido de vos.

—Por no inspiraros confianza, por.....

—Porque sois un ingrato; porque sois hijo de don Enrique de Trastamara... y á Mendoza le vuelven loco los hijos de aquel rey.

—Mi consejo no es una ofensa.

—No os digo que me ofendais, ni tendria la suficiente calma para consentirlo; solo os pido que me dejeis reflexionar para que pueda obrar con firmeza. Vos mismo me habeis dicho que se necesitaba mucha resolucion; yo la tengo para todo y he dado pruebas. Mas... se trata ahora de repudiar á mi esposa, de decirla á la faz del mundo que ya no me pertenece, ni ha de volver á ser mia... Ya veis que esto no se ejecuta con la velocidad del pensamiento; que es preciso consultarlo y no comprometer la conciencia esponiéndola á remordimientos y á espiaciones crueles.

—Celebro infinito vuestra prudencia.

—Yo debo saber lo que va á ser de ella sin mí.

—Lo que de vos sin ella.

—Mi carácter impetuoso me decide con facilidad á dar una estocada; pero rencoroso no he sido nunca, ni cobarde para asesinar lentamente á una mujer. Yo con las damas he sido galante siempre, y no quisiera avergonzarme de tener luego de pedir perdon á mi ofensora.

—¡Tan débil! dijo el duque sonriéndose.

—¡Oh, duque! se conoce que no sois vos el esposo de Violante.

—Si yo fuera cual vos.....

—Tomad, si os place, la molestia de contestarme á una pregunta.

—Con mucho gusto.

—Escuchad, pues, duque.—Declarado el repudio ¿podrá mi esposa enlazarse con otro?

—¿No lo sabeis? Dejará de perteneceros y..... ¿quién la ha de querer despues?

—Y si mas tarde me arrepiento y ella encuentra quién supla mi falta, si llego á sorprenderla en brazos de otro, si sé que otro está gozando de un amor que solo á mí debia pertenecerme... decid, duque, ¿me habré vengado cumplidamente cuando la venganza se vuelva contra mí?

—No os impacienteis por cosa que arrojasteis de vuestra presencia para que se revuelque en el cieno. ¿Podeis despreciar mas á una mujer que mostrándoos indiferente á sus indiferencias, y tranquilo y contento cuando mas piensa haceros rabiar?

—Ya os lo he dicho, don Fadrique, y permitidme que os lo repita: vos no sois Mendoza; no sois el esposo de Violante, de esta mujer que si os perteneciese y la vieseis revolcarse en el cieno, como habeis supuesto, seriais el primero en levantarla, porque.. yo sé bien que en este momento, enfurecido, la abriria el corazon de una puñalada, pero sé tambien que mas tarde me abriria el mio para reemplazar mi sangre á la que

mi mano airada derramara ahora sin compasion. Esto es lo que va del duque á Mendoza, del consejero al aconsejado, del estraño al esposo y... os lo confieso, duque, no me admira vuestro modo de arreglar las cosas siendo vos quién sois y yo quién soy. Lo que sí me sorprende es que tratándose de Violante, vuestra ingratitud haya llegado al estremo de declararos su enemigo. Esta conducta... no acierto á comprenderla, y os aplazo para otro dia en que me deis esplicaciones satisfactorias, pues ahora necesito reflexionar con calma acerca del repudio que me aconsejais y en cuanto pueda encerrarla y privarla de contraer nuevo enlace mientras yo no lo contraiga, toda vez que es ella la culpable, la rehusaré y haré conocerla el mal que me irroga y el que se ocasiona á sí misma.

—Podeis hacerlo.

—Entonces... dejádmelo meditar con madurez.

—¡Valor, Mendoza! Hasta otro dia.

Poco le importaba á don Fadrique la precaucion que tomara el mayordomo á fin de no perder del todo á una esposa que tantos méritos habia contraido para ser adorada; pues debiendo disputársela á su rey y señor no le quedaba otro medio que sucumbir á la fuerza del poder real. Entonces le esplicara lo que va de don Juan primero á su meyordomo, del rey al simple vasallo. Mendoza sospechaba, pero no comprendia la malicia refinada del de Benavente.

— ¡Y esos son los hombres! decia á sus solas; ¡esos son los nobles y caballeros... porque se meció en su cuna la sangre de un rey! ¡Ah, Violante, Violante!... ¡cuán poco pensaste que la libertad de ese bastardo te seria correspondida con la ingratitud mas odiosa! Pero... es el cielo quien te castiga, quien te obliga á espiar tu falta con el desprecio de los hombres. ¡Ya lo ves, miserable! hasta el duque de Benavente te vuelve las espaldas en cambio de haberle tú dado la libertad y el favor del rey... de ese don Juan primero que me acongoja, y que tarde ó temprano se te ha de volver tan ingrato como el duque. ¿Qué esperas ¡infeliz! de los hijos de don Enrique? ¿qué te han dado sino ignominia y martirio? ¡Ya lo

ves!... ¡ya lo ves! ¡Vendida!.... ¡vendida hasta por tu libertado!..... ¡Oh! te compadezco, mujer tirana y veleidosa; mas... ¿quién eres tú para inspirarme tan noble sentimiento? ¿No lo oiste? Mi compasion se ha calificado de debilidad, y por ella se me acusa de poco pundonoroso. El duque tiene razon, sí; me ha dado un escelente consejo. ¡Revolcada en el cieno! pero de tal modo que nadie pueda levantarte, que el que lo intente se revuelque contigo, y en la hediondez os ahogueis los dos.

Así dijo el alavés en su terrible arrebato, llenando de espanto á su escudero que acababa de entrar al tiempo de proferir las últimas palabras.

—En mal estado os encuentro, señor; dijo el escudero. ¿Cuando acabarán vuestros sufrimientos? ¿Cuándo podré hablaros con la satisfaccion de que vuestro corazon esté alegre?

—¡Jamás, querido Perez! respondióle Mendoza.—La alegría se acabó para mí; solo puede rebosar de ella el que ha nacido para no pertenecer al mundo ó el que lo mira con sarcasmo y vive sin pudor. ¿Puedo ser ya mas desgraciado? Tú lo sabes, amigo Perez; tú has visto acercárseme la dicha, rozar conmigo y pasar de largo dejándome en su carrera un rastro de infortunios, tú me has visto apurar hasta las heces el cáliz de la amargura... sin embargo me quedaba una esperanza, una ilusion: me quedaba Violante... ¡Violante á quien he perdido para siempre!

—No creais eso.

—¡Que no lo crea! ¿Y has podido pensar que yo incurriré en la debilidad de acogerla y olvidar sus deslices?

—¿Quién os ha dicho que vuestra esposa se ha deslizado?

—Su desaparicion, el amor y el frenesí de don Juan me lo están diciendo.

—No fuera esta la primera vez que os he visto loco por simples apariencias, y luego descubrirse la verdad y quedar tranquilo. ¿No os acordais de vuestros arrepentimientos? ¿Cuántas veces la habeis maldecido, y mas tarde echado una bendicion?

—Esta vez, mi amado Perez...

—Como las demás; no me diera á mí ningun cuidado, porque ella sabe siempre lo que se hace y llena muy cumplidamente los deberes de esposa. Pruebas ha dado de su recato, y tal vez es otra esa partida misteriosa y repentina. Ella se esplicará; no se habrá olvidado de su Mendoza, y quizás os lo dice en esta carta que me acaba de entregar para vos un hombre á quien nunca habia visto.

—¡Una carta! esclamó Mendoza llorando de alegría.

—¿No veis? ¡Si estais ya blando y enternecido ántes de leerla!

Tomó el alavés la carta que le traia su escudero, y al ver letra de Violante sintió tan fuerte impresion que las manos le temblaron.

—¡Escucha, Perez; escucha los descargos de esta mujer, á quien estaba acusando y maldiciendo!

El escudero paró la atencion á la lectura que el mayordomo hizo del interesante escrito de su esposa, en el cual halló un rayo de esperanza y de consuelo capaz por sí solo de desvanecer la mal intencionada proposicion del duque de Benavente. Hé aquí el contenido de la carta de Violante.

«Calma tu inquetud, esposo de mi corazon: se ha salvado mi honra y la tuya; de consiguiente puedes quedar »tranquilo. Tienes sobrado motivo para estar cruelmente afec»tado, porque al fin todo cuanto pasa es un misterio que no deja »de obligarnos á permanecer en un estado de continua zozobra; »pero en cambio de estas penalidades el cielo nos ha conce»dido la firmeza de carácter suficiente á mí para no dejarme »arrastrar de los atractivos de la grandeza, y á tí para su»frir resignadamente unos vaivenes tan opuestos á tu bravura. »Nacimos el uno para el otro, y no ha de haber en la tier»ra un poder tan colosal que nos separe dejándonos con vida. »El rey don Juan ha sucumbido á la fuerza de un deber sa»grado, deber que le ha colocado en la triste necesidad de »avergonzarse á mi presencia, y de interesarse tanto como tú »en que mi honra y mi recato se mantengan ilesos para con-

»servar el buen nombre de una familia á quien el mismo rey »debe la dignidad de su trono. Ya sé que no aciertas á com- »prender la verdadera significacion de mis palabras, y que tal »vez no serán suficientes para desvanecer tus sospechas; ya »sé, Mendoza querido, que mis espresiones inconcebibles »no serán por de pronto suficientes para garantir mi conducta, »digna á primera vista de tu alta reprobacion; pero con tal »que logre que en estos momentos suspendas el juicio que »hayas podido formar de tu desventurada Violante, con tal »que consiga tranquilizarte ó siquiera amortiguar la terri- »ble emocion que te habrá causado mi fuga precipitada y mis- »teriosa, como si perseguida por la justicia humana tratase »de eludir la espiacion de un horroroso crímen, cesarán las »angustias de mi corazon y haré gustosa nuevos sacrificios para »poner término á nuestra desventura y preparar para los dos una »nueva era de bienandanza. Si fias de mi amor, si tu pobre »Violante es para tí aquella mujer que con solo mirarte te fas- »cinaba, no creas mas que su voz; recuerda que nunca ha »faltado á sus promesas y que tu felicidad deberá cifrarse en »tu prudencia haciéndote ciego á lo que veas y sordo á lo que »oigas, sin abrir los ojos mientras yo no te diga «¡vé!» ni »parar los oidos mientras yo no te diga «¡oye!» Conténtate »con ser instrumento de mis planes heróicos, obedece con »lealtad á don Juan primero, sé su vasallo mas fiel, y mal »que te pese, quiérelo en obsequio á lo mucho que yo te »quiero. Paso á los estados pontificios de Urbano, donde es- »pero alcanzar la bendicion de su santidad y terminar reli- »giosamente nuestras desventuras. Mi conducta conviene á en- »trambos, mas la razon de ella no intentes buscarla en sim- »ples apariencias ó en esplicaciones inoportunas. Bástate saber »que conviene, y para convencerte de ello bástate saber que »te lo jura la mujer que prefiriera morir á engañarte, tu es- »posa que dispierta y en sueños te idolatra como un dios de »la tierra, y se desvela para hacerte el hombre mas feliz.= »Violante.»

—¡Muy bien! ¡vive Dios! que yo no sé como no os te-

neis envidia á vos mismo de poseer una mujer que es un modelo entre las buenas esposas! —dijo el escudero apretando la mano al señor de Fita.

—Y que sin embargo iba á repudiarla.

—¿Cómo?... ¿Estais en vos, señor? ¿Vos ibais á intentar el repudio? ¡Me dejais absorto!

—A tal estremo llegó mi desesperacion, que si Dios no me hubiese asistido poniendo por vuestras manos esta carta en las mias, hoy mismo iba á rehusarla y perderla para siempre.

—¿Quién pudo induciros á tan imprudente desatino?

—Quien no puede estar prevenido contra mi esposa; el duque de Benavente.

—¿Don Fadrique? ¿Ha podido olvidar el bastardo ingrato lo que hizo vuestra esposa por él? ¿Y vos habeis creido que tan mal caballero os hablaba con la sinceridad de un buen amigo? Yo temiera siempre del que se portara con tan poco miramiento en dar consejos contra una dama. Es un traidor el que tan cobardemente maltrata á la esposa de otro, el que provoca la ira de un buen esposo para que llene de vilipendio... ¿á quién, señor? ¡á la que fué su libertadora! Diz que el duque no os habló con prevencion y al parecer estais seguro de su imparcialidad. ¿Olvidais, señor, que el rey es viudo y que doña Beatriz, princesa de Portugal, tiene necesidad de esposo? Si se ajustaran esas bodas, ¿dónde irian á parar las ilusiones del duque?

—No comprendo...

—Decia que un rey viudo puede enlazar tan bien con una princesa como con una mujer repudiada.

—No puede.

—Dictará una ley á su gusto, pedirá dispensacion pontificia... y al rey de Castilla se le otorgará cuanto pida... y el duque de Benavente será el esposo de doña Beatriz... y vos... vos, señor, no sereis el esposo de mi señora doña Violante.

—¡Perez! esclamó Mendoza; dáme la mano... y ruega á Dios que pueda burlar al duque.

—¡Ah, señor! dijo conmovido el escudero. —Sed ciego y

sordo como ella os previene en esta carta; el mejor partido que podeis tomar es no fiaros mas que de vuestra esposa, que sabe bien lo que se hace, creer á ciegas cuanto os diga y cumplir cuanto os prevenga. Este es el único camino por donde debeis pasar: no hay otro.

El buen escudero tenia razon; no le quedaba á Mendoza otro medio de salvarse que hacerse partidario de Violante, defendiendo sus proyectos, que solo podian ser hijos de un buen celo y del amor imponderable que le profesaba. El tiempo le dió á conocer las buenas cualidades de la infeliz mujer que iba á repudiar vergonzosamente, y mas de una vez se sentia arrepentido de haberla juzgado con lijereza.

Volvamos ahora la vista al rey viudo, que no encontraba medio de consuelo desde la muerte irreparable de su esposa y desaparicion de la alavesa. Pasaron dos ó tres dias sin que nadie pudiese hablarle, y solo la nodriza entraba en su aposento para presentarle la hermosa infanta, á quien don Juan prodigaba afectuosas caricias.

—¡Es hermosa... como su madre! decia el rey con entusiasmo y cariño.

Se conmovia, se la arrimaba en su seno y... ¿quién podia prever que aun no se habia calmado la ira de Dios contra el castellano? Mientras contemplaba las facciones de la niña y le recordaban las de doña Leonor, sobrevínole á aquella un accidente repentino, que hizo estremecer al rey y á la nodriza. Pidióse pronto socorro, los médicos acudieron presurosos, pero... todo fué en vano: una congestion celebral dió á la pobre niña muerte precoz teniéndola el rey en sus brazos.

—¡Cielo santo! esclamó el rey.—¿Cuándo te cansarás de poner á prueba las fuerzas de mi corazon? ¿Por qué ahora me has arrebatado la hermosa hija, que era el retrato de su madre?

Dijo..... y la nodriza retiró el cadáver de la infanta.

El gran cardenal de Luna y el arzobispo de Toledo no desampararon un momento al rey, procurando consolarle en su triste afliccion, mientras el duque de Benavente esperaba una

oportunidad para hablar á solas al legado del antipapa. El bastardo no sosegaba; vivia frenético, porque de un momento para otro veia escapársele la mano de la princesa, y era fuerza oponer obstáculos á la temible boda del rey. Logró por fin la apetecida conferencia, pero salió de la entrevista muy mal contento por no haber hallado en el de Luna el apoyo que esperaba. El pretesto de que se valió don Fadrique para proponer al de Luna la autorizacion del repudio de Violante en caso de que su esposo lo intentase, fué la necesidad de dar al rey un consuelo eficaz que le hiciese distraer del dolor que acababa de esperimentar por la pérdida de la reina y de la infanta, añadiendo que el mayor desconsuelo de don Juan consistia en lo que no habian previsto los que le rodeaban; esto es, en la desaparicion de la dama de quien estaba ciegamente apasionado.

—¿Pudisteis, duque, penetrar en el ánimo del rey para inferir con tanta seguridad las impresiones que está sufriendo y la causa motriz de los latidos de su corazon angustiado? preguntóle al de Benavente el legado de Roberto.

—Por su misma boca he sabido el orígen de sus penas y esa pasion devoradora que le vuelve loco; respondió el duque.—Por boca de Mendoza, he sabido su justa indignacion y los deseos que le animan para rehusar á la mujer veleidosa que tan dolosamente ha faltado al juramento solemne que profirió al pié de los altares. Esta coincidencia pudiera muy bien con la ayuda del pontífice poner término á la tristeza de don Juan primero, tristeza que ha de acabar con su vida si los que pueden favorecerle no le permiten dar pábulo á una pasion que le hará olvidar de los negocios apremiantes del reino, cayendo sobre Castilla todo el peso de la desgracia.

—¿Y si Violante hubiese muerto? preguntó el cardenal con mucha sorna.

—Entonces no habria medio de consolar al rey...

—Y el rey tendria que consolarse sin embargo. El tiempo se encarga de poner remedio á esos males inevitables, no siendo lícito á los hombres tantear un imposible para sacudírselos como

mejor les plazca. ¿Quién os ha dicho que por ese medio violento y escandaloso que me proponeis quedaria libre don Juan primero de las desgracias que le pueden sobrevenir en su reinado? ¿Quién asegura que las bodas del rey de Castilla celebradas con una mujer de humilde cuna y repudiada por Mendoza no han de afectar á las demás potencias y hacerle perder al rey el prestigio de que goza, el aprecio de la nobleza, la amistad de sus aliados, y por fin su trono y su corona? ¡Pues qué! ¿es cosa de tan poca importancia el matrimonio de un monarca? El rey se consolará, él se hará cargo de su dignidad real y de lo que conviene al bienestar de su reino y de sus vasallos; medios le sobran para favorecer á esa dama sin hacerla reina de Castilla. Vos, duque, no habeis previsto las consecuencias, ó tal vez las previsteis segun vuestras miras particulares, pues si no fuera vuestra pretension á la mano de la princesa de Portugal, dijera que os habeis olvidado completamente de que la corona que ciñe vuestro hermano la ha recibido de vuestro padre. Si me hubieseis propuesto que por todos los medios que están á mi corto alcance procurase diferir el estado de viudez de don Juan primero y activar vuestra boda con la princesa doña Beatriz ántes que vuestro hermano os salga al encuentro y tome por novia, como puede suceder, á la que os fué prometida por el rey de Portugal en vida de vuestro padre, seria esta proposicion mas razonable; pero rebajar la dignidad del rey de Castilla por medio de un acto religioso mediante la proteccion odiosa del pontífice Roberto, es tentar horriblemente al mismo demonio para que derrumbe á la vez el trono de Castilla y el solio pontificio de Aviñon. Ya veis, duque, que un legado de Clemente no debe olvidar lo mucho que le debe á la suerte, y á quien le manda solo para complacer á un rey que está triste y á un duque que está descontento. Por lo demás yo estoy pronto en serviros.

—¡Gracias, cardenal! respondió el bastardo al de Luna con sonrisa amarga y significativa de su resentimiento.

Poco previsor fué don Fadrique en pretender hacerle una sorpresa al sabio don Pedro de Luna, á quien debia haber disimu-

lado mas los deseos de hablarle sin tocar la cuestion de la boda sino como de paso, y hasta desaprobándola en parte, como si los amores del rey los mirase con cierta indiferencia y desprecio: de este modo habria siquiera disimulado algun tanto sus miras siniestras en conseguir su objeto sin pararse en los medios repugnantes que trataba de emplear en los críticos momentos en que se hacia urgente tantearlo todo para no ver burladas sus halagüeñas esperanzas. Lo cierto es que empezó don Fadrique á desconfiar de su suerte, mas no por eso dejó de mover todos los resortes, siquiera para entretener al rey y aprovechar un momento de oportunidad que desvaneciese el proyecto que sospechaba tendrian formado las dos potencias para llevar á cabo un enlace que estaba en abierta oposicion con el objeto manifestado por el portugués al proponer la nulidad de los esponsales de su primogénita con el primogénito de Castilla, y que se contrajesen con el infante don Fernando á fin de evitar la union de las dos coronas en una sola cabeza. Recordando esta máxima emitida por el rey de Portugal, escribió el duque de Benavente á la princesa doña Beatriz y á su tio el almirante don Alfonso Téllez para que en caso de ofrecerse á don Juan la mano de aquella, se hiciese presente á don Fernando la contradiccion de esta nueva propuesta con la anterior, advirtiendo á la princesa que se opusiese á ese contrato en cumplimiento de la promesa que le tenia hecha, especialmente al tiempo de encargarle su intercesion por la libertad de su tio.

Cansado el rey castellano de su permanencia en Cuellar, donde fué tan desgraciado, se confirió á la villa de Pinto, disponiendo ántes de su partida que los restos de la reina y de la infanta fuesen trasladados á Toledo, y depositados en la capilla de los Reyes Nuevos, dejando especial encargo al arzobispo Tenorio y al maestre don Pedro Fernandez para que hiciesen los preparativos convenientes, y en su nombre acompañasen los cuerpos de sus altezas á la última morada. La ciudad de Toledo se habia vestido de luto, y el toque de difuntos convidó á los toledanos á salir al encuentro de su malograda



D. Juan I.—Lám. 12.

reina, acompañando á la tumba sus restos funerarios despues de celebrado el oficio religioso. Dada sepultura á los cadáveres, el arzobispo echó la bendicion al séquito y despidió el duelo en nombre del rey, quedando en el templo con el maestre de Santiago, á quienes llamó la atencion la novedad de ver al cura de la capilla muy distraido hablando con una dama, cuya faz estaba velada, y que al parecer trataba de ocultar su presencia á los dos personajes que la estaban acechando. Diéronse ambos una mirada de inteligencia y se retiraron con disimulo fingiendo no haber parado la atencion en aquel pasaje; salieron juntos, y á un tiempo se preguntaron: «¿Quién podrá ser?» Llevaba la dama una corona de flores en la mano; corrió el velo que le cubria su rostro, y se detuvo en el claustro de la iglesia sin ser vista de nadie levantando los ojos al cielo y despidiendo profundos suspiros. Un instante despues volvió al templo y postrada ante el panteon de don Enrique dejó encima la corona y dijo con voz balbuciente. «Acepta, rey bondadoso, esta corona, como aceptó tu cariño la infeliz mujer que te la ofrece.» Permaneció de rodillas orando con devocion y fervor, mientras que el cura de la capilla fué á ponerse á las órdenes del venerable prelado.

—¡Perdonad, señor! dijo el cura al arzobispo despues de haber hincado la rodilla y besádole el anillo.—Yo no habia advertido que salieseis del templo.....

—Distraido estabais conversando con una mujer misteriosa; contestóle el prelado.

—Sí, á fé. Pidióme encarecidamente que la dejase orar por el alma de un rey, y ahora va á rezar por la de las reinas doña Juana y doña Leonor, segun me ha dicho. Está la pobre muy abatida, y no he sabido denegarle un obsequio que es en alivio de los difuntos y para mayor gloria de Dios.

—Habeis cumplido como un buen sacerdote y no podiais obrar de otra manera. Doy á vuestro proceder un voto de aprobacion.

Don Pedro Fernandez se habia retirado durante el corto diá-

logo de los religiosos, y temiendo el delicado arzobispo faltarle á la atencion, fué en su busca; mas como no le encontrase, resolvió entrar en la capilla, en cuyo acto oyó la voz de la dama que con dignidad y energía proferia esclamaciones contra el maestre de Santiago.

—¡Profano! decia.—Nadie tiene derecho para interrumpir mi devocion. Estais en el templo, don Pedro Fernandez; y en este lugar santo no os es dado llegar hasta á una mujer para decirla que os siga en nombre del rey. Vos me lo habeis dicho, y yo en nombre de Dios os hago resistencia.

¡Era Violante! que fué á rogar por los reyes difuntos ántes de emprender su viaje para Roma. El respetable pastor de la Iglesia prestó su ayuda á la dama ultrajada y reconvino severamente al maestre por su indiscrecion.

—Hasta aquí, dijo Tenorio, el poder del rey no llega. Violante está en el templo bajo el amparo del Señor; este es su asilo, y es fuerza dejarla en paz.

—Tengo órdenes reservadas del soberano.....—contestó Fernandez.

—Tambien las tendreis mias; replicóle el arzobispo.—Yo os mando que la dejeis.

—¿Vos, señor, en abierta oposicion con el rey de Castilla? preguntó admirado el maestre.—¿Don Pedro Tenorio contra don Juan primero?

—Ya veis, maestre, cuan convencido debo estar de que el poder de don Juan no penetra en este recinto; respondió el prelado.—¡Yo don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo contradiciendo la órden del soberano!... Por lo mismo que es esto muy admirable, no dudeis que cuando así procedo no debe faltarme derecho para ello. Nada puede disponerse en el templo en nombre del rey; todo se hace aquí en nombre de Dios, de quien yo soy ministro, y es á mí solo á quien debeis obedecer si no quereis incurrir en sacrilegio.

—Respeto el altar, y ante sus aras vuestra voz me impone el deber de contenerme, mas... cuando salga del templo la gran señora de Fita y Buitrago...

—¡Señor maestre! dijo interrumpiendo á Fernandez el bondadoso arzobispo.—Dos palabras he de hablaros; y como debeis oirlas en reserva, tomad la molestia de escucharme y haced despues fuera del templo lo que os dicte vuestra conciencia y vuestro deber.

—¡Para obedecer á un rey dejar de ser caballero! esclamó con dignidad la ilustre dama.—¿Y es todo un maestre el que ejerce un oficio tan villano? ¡Don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca!... si yo fuese cual vos, me avergonzara de haber nacido.

—¡Señora! gritó enojado el maestre.

—¡Basta! dijo Tenorio con dignidad.—Estais en el templo.

Salieron de la capilla el arzobispo y Fernandez trasladándose á la habitacion del cura, donde permanecieron por espacio de una hora, entablando Tenorio una conversacion larga para persuadir al maestre de la necesidad que tenia Violante de continuar su proyectado viaje, manifestándole que el sabia la causa y que la conducta de la dama era dirigida por su consejo. No dejaron de afectarle al maestre las observaciones del prudente Tenorio; no obstante se resistió tenazmente á complacerle, en vista de lo cual díjole el arzobispo que obrase como quisiese, cuando Violante estuviese fuera de la capilla. Inmediatamente mandó Fernandez colocar centinelas de vista en las inmediaciones del templo con órden de detener á Violante cuando estuviese á distancia del sagrado asilo. Las horas pasaban y Violante no salia: paseábase por aquellas inmediaciones el humilde cura de la capilla de los Reyes, y al dar con el maestre de Santiago le dirigió una mirada traviesa y en cierto modo burlona que obligó á Fernandez á hacer una suspension como si hubiese comprendido lo que el cura quiso espresarle con sus ojos.

—Ya os entiendo, buen sacerdote; dijo el maestre.—Permitidme de nuevo entrar en la capilla.

—¿Para qué? preguntó el sacerdote sonriéndose.

—Para rezar; contestóle Fernandez correspondiéndole con otra sonrisa.

—No podeis hacer otra cosa.

—¿Hace mucho que se escapó?

—¡Vírgen santa! ya no hay quien la alcance.

—Mientras el prelado.....

—En el mismo instante que salisteis de aquí, montó á caballo, echó á correr con una velocidad.... ¡Oh! ¡qué cacaballo! parecia que el viento se lo llevaba.

—¿No habrá medio de alcanzarla?

—¡Imposible!

—¿Dónde habrá ido á parar?

—Dijo que iba á continuar su viaje y..... nada mas.

—¡Me ha burlado! dijo el maestre dando con el pié un golpe en el suelo.

—¡Señor maestre! me habeis dicho que queriais entrar en el templo á rezar. Si os place podeis hacerlo, pues queda abierto para cuando gusteis.....

—No es menester.

Asomó en aquel acto el arzobispo en un balconcito de la habitacion del cura, levantó Fernandez la cabeza y con tono burlon y espresivo á su resentimiento dijo á Tenorio:

—¡Gracias, señor, gracias!

El respetable prelado no se atrevió responderle, y viendo que el maestre le tenia clavados los ojos, le echó la bendicion con mucha gravedad y se retiró. De este modo terminó la escena de la fugitiva, siendo muy singular que el maestre de Santiago se hubiese propuesto detener á una señora ilustre de un modo tan grosero, llevándosela como prisionera en nombre del rey don Juan. ¿Cuando dió el monarca á don Pedro Fernandez la órden reservada que alegó al invitar á Violante para que la siguiese, intimándola su detencion? Y si don Juan no hizo ni pudo hacer al maestre esta confianza por ignorar el rumbo que habia tomado la alavesa ¿con qué idea se valió el maestre de una estratajema tan singular, abusando de su posicion para ultrajar á una dama sin asistirle razon ni derecho? ¿Qué objeto pudo moverle á tal esceso de arbitrariedad? Dos cosas solamente pueden concebirse para esplicar la conducta del maestre. Ó quiso dar al rey una prueba inequívoca de su lealtad prestándole un servicio ig-

norado y altamente oficioso, ó la consideracion de que la bella Violante estaba desamparada de todos, incluso su esposo, le movió á arrastrarla á la seduccion valiéndose de un pretesto que no lo hubiera sabido nadie si Dios no hubiese permitido que Violante se enojase y acudiese el prelado á sus voces. El tiempo descubrirá la realidad de este asunto, ó mas bien la intencion que llevaba el maestre en proceder de una manera tan indiscreta.

Hallábase ya en la villa de Pinto el rey don Juan, á quien no abandonó su hermano el duque de Benavente siguiéndole tambien Mendoza que eludia toda ocasion de entrar con aquél en nuevas relaciones, temeroso de incurrir en el desagrado del monarca si llegase á saber que su persona le habia dado motivo á recelar la correspondencia amorosa que suponia existir entre él y Violante. Conveníale sin embargo al duque una contestacion definitiva para hablar al rey con seguridad acerca de la instancia del repudio que intentara el mayordomo contra su esposa; pues habiendo quedado que Mendoza lo meditaria profundamente, nada podia decirle de positivo á don Juan hasta despues de otra entrevista que decidiese esta cuestion. Pero ¿cómo podia don Fadrique dirigirle á Mendoza una interpelacion tan oficiosa, debiendo por otra parte disimular la intencion que tenia formada acerca del repudio? ¿Qué esplicaciones le diera de su misteriosa conducta despues de habérselas exigido el mal aconsejado esposo de la dama repudiada? Las circustancias eran apremiantes; de un dia para el otro podia el Portugal enviar embajadores al rey de Castilla; era indispensable prevenir á don Juan y obligarle al ménos á que suspendiese el compromiso de la boda hasta tanto que se decidiese definitivamente el repudio de la mujer que le ofrecia en esposa, y atendida la urgencia del caso debió resolverse á participarle la buena disposicion que habia observado en el alavés para llevar á buen término el proyecto que concibió en la ciudad de Segovia. El rey, despues de lo que le habia pasado con Violante, no pudo ménos que oir con cierta prevencion á su hermano don Fadrique, y se le renovó la idea de lo poco

caballerosamente que el bastardo de la Ponce de Leon se habia portado con su alteza la reina doña Juana. No consideró prudente rechazarlo en un principio, pero salió el duque peor chasqueado, cuando vió la mutacion repentina de su hermano y de Mendoza, lo cual, unido á la boda que el portugués propuso á don Juan, mató para siempre sus halagüeñas esperanzas.

—¿Mendoza al fin cederá? dijo el rey á don Fadrique.

—Así lo espero, contestó el bastardo; mas se ofrece un inconveniente que á un rey no le ha de ser difícil vencerlo.

—¡Un inconveniente!

—Sí por cierto. Mendoza quiere el repudio, pero no quisiera ver nunca á la repudiada enlazada con otro.

—Entonces...

—Escucha. Tú eres una escepcion de la regla, y cuando se trata de elegir una reina.....

—¿Eso dice Mendoza?

—No es él quien lo dice, nó; Mendoza no ha hecho ninguna distincion. Yo soy quien lo advierto en tu provecho, y voy á esplicarte el plan que ha inventado mi imaginacion alucinada.

—Creo que en realidad has visto muchas fantasmas.

—No sé; pero mi proyecto me parece asequible. Una vez repudiada Violante, le pides dispensa á Clemente y pones á tu mayordomo una mordaza en la boca.

—Pero..... ¿Mendoza está dispuesto á formar la instancia de repudio?

—Se inclinaba á ello.

—¡Venga Mendoza!

—¿Para qué?

Tocó el rey una campanilla y se le presentó un ugier.

—¡Que entre mi mayordomo! mandó el rey con altivez.

Mendoza compareció en el acto, y don Juan le fijó la vista en ademan de amenaza.

—¡Señor! dijo Mendoza hincando la rodilla,—¿qué me mandais?

—¡Óyeme! contestó el rey.—Escoge de mis posesiones

las que quieras, y de ellas te hago duque y señor sin limitacion de derechos. En cambio me has de dar una halaja, que es para tí un ente embarazoso.

—Disponed de vuestro vasallo lo que gusteis.

—A ese precio... me has de vender tu esposa.

—¿Os burlais señor?

—Vas á repudiarla, y lo demás corre por mi cuenta. Te haré rey.

—Pero me ceñireis la corona en la tumba ¿no es verdad?

—¿Qué ha de ser ya para tí la mujer que hayas rehusado?

—Mi mujer.

—¿Despues del repudio?

—Siempre lo será.

—Me haré dispensar gracia pontificia.....

—Y os casareis con ella y nos habreis hecho reyes á los dos!.... ¡Señor! ántes que vasallo del rey de Castilla soy cristiano y hombre de conciencia. Permitid que os advierta, si no os burlais, que vos tambien sois cristiano antes que rey, y que os hicierais indigno del favor del cielo si faltarais á sus preceptos. Mi esposa no puede ser mas que mia, porque no es dado á los hombres deshacer el lazo que Dios hizo. Ni en ella podeis pensar, ni ultrajarla con una mirada, pues no se dispensa á los reyes la condicion de hombres y la de pecadores; no tienen los reyes ante el tribunal de Dios predileccion sobre sus vasallos. Yo, señor, si hablais de veras, me someto á un pacto mas razonable y será el mejor modo de hacer reina á Violante, de hacerla vuestra esposa sin menoscabar vuestro trono, ni rebajar en lo mas mínimo vuestra dignidad real.

El rey y el duque se miraron rápidamente, volviendo ambos los ojos hácia el mayordomo que les estaba observando con maliciosa sorna.

—El pacto es muy sencillo y os ha de costar muy poco; prosiguió el alavés. — A mi esposa ántes que reina hacedla viuda; sino buscad otra que os corresponda mas... la princesa de Portugal por ejemplo.

—¿Qué estais diciendo? Preguntó azorado el duque de Benavente.

—No hablo con vos, respondió Mendoza sin gastarle cortesía.—Es al rey á quien dirijo ahora la palabra y cuya atencion molesto..... al rey que no ha de ser vuestro juguete, ni lo será su mayordomo mientras por sus venas corra una gota de sangre, mientras su corazon dé un latido. Yo no repudio á mi esposa, porque es buena mujer; yo no quisiera repudiarla, aunque fuese mala, por no seguir el consejo del duque, que tan mal corresponde á la mujer bienhechora que le dió la libertad y el favor del rey que tan justamente habia perdido.

—Dejaras de ser mi mayordomo y señor de Fita y Buitrago, si no cumplieses tu palabra; dijo el rey con dignidad.—Yo tambien he querido probar hasta dónde llegaba la perfidia de este bastardo imprudente que queria sembrar de espinas el trono de Castilla, queria derrumbarlo para levantar luego el de Portugal sobre sus ruinas.

—¡Hermano! esclamó el duque.

—¡Acuérdate de mi madre! díjole el rey enojado.—La condicion no se ha cumplido ni puede cumplirse, don Fadrique.

Se anunció por el ugier la embajada portuguesa, y el rey dió audiencia á los embajadores en el mismo acto. Don Enrique palideció, y apenas tuvo fuerzas para reprimir su ira, cuando vió entrar á los legados portugueses, cuya mision sospechosa hacia trizas todos sus planes. En efecto, vino por fin la propuesta del rey de Portugal ofreciendo al castellano por su esposa la princesa doña Beatriz. Esta vez al ménos manifestó don Fernando algun deseo de casar á su hija, pues el haber contratado ántes sus esponsales, primero con don Enrique y despues con el infante don Fernando, que apenas contaba un año, podia mas bien atribuirse á un medio dilatorio de la guerra que á un deseo de asegurar la paz. Don Juan de Castilla estaba muy interesado en la celebracion de estas bodas que eran por cierto mas racionales que las otras, y desde luego á presencia del duque de Benavente, de su mayordomo, y del arzobispo de Santiago, abrazó el buen par-

tido que acababa de ofrecérsele, y respondió á los embajadores que pronto enviaria los suyos para que concluyesen el tratado. El rey miró al duque con desprecio; Mendoza miró al rey con entusiasmo, y el duque miró á los dos con vergüenza y enfurecimiento. ¡Cuánta falta le hacia don Alonso á don Fadrique en aquellos momentos desesperados! Siquiera con el hijo de la Iñiguez se hubiera desahogado trazando planes de venganza, porque era el de Benavente tan vengativo como ambicioso y tan cobarde como vengativo. Esperó, reflexionó, y á su vez llegó por fin el dia de vengarse completamente.

—Creo, señores, obtener de vosotros un voto solemne de aprobacion por haber elegido la esposa que ha de ocupar á mi lado el trono de Castilla. Esta eleccion entiendo que es una necesidad para el reino castellano, y me he dado prisa en abrazarlo sin consultar el parecer de mis córtes, porque temo siempre la indecision del portugués, quien parece hacer burla de mí anulando con frecuencia los tratados que me propone. Esta vez me resintiera mas que nunca de su volubilidad, pues fuera con engaño directo á mi persona, y confieso, señores, que su audacia le habia de costar muy cara. No temo el engaño sin embargo: pues mejor partido el portugués no podia ofrecer á su hija que el sentarla en un trono que es la envidia de los solios europeos. Mas vale así que el no casarla nunca, pues con el paso que llevaba el portugués, la princesa de aquel reino quedaba espuesta á morir soltera. Mis bodas con doña Beatriz pueden considerarse un cálculo provechoso, una conveniencia para ambos reyes, porque todos están interesados en conservar la paz, y era difícil consolidarla sin mezclar los derechos á la sucesion de ambas coronas para que con el tiempo formen un solo reino los de Castilla y Portugal. Despues de vosotros, las córtes aprobarán mi voluntad; mis vasallos me darán la mas completa enhorabuena, y al rey don Fernando se la darán los suyos; ambos habremos hecho una especulacion política engrandeciendo un reino que dictará la ley á los demás; nuestros descendientes serán felices y res-

petados por todos. Temblará el mar de Inglaterra y se harán nuestros súbditos los demás monarcas. Esto habia de ser; Dios tenia predestinadas las dos potencias para patentizar al mundo hasta dónde llega el esplendor del trono castellano. En pos de mis desgracias, perdida para siempre aquella Leonor que repartió conmigo los placeres y las penas, el cielo se habrá apiadado de mí y reparará mis males con beneficios inmensos. Lo espero, porque veo muy claro el horizonte de Castilla; lo espero porque despues de lo mucho que he sufrido, me considero acreedor á la clemencia del Omnipotente.

El duque hizo un gesto de reprobacion que desgraciadamente observó don Juan primero.

—¡Tú estabas aquí! preguntó el rey á don Fadrique con tal enojo que hizo temblar al bastardo.—Yo creí que no éramos mas que tres, y hablaba únicamente con el arzobispo y mi mayordomo. ¡Necio hubiera sido en esperar de tan mala conciencia un voto de aprobacion á lo que puede dar á tu patria y al trono de tu padre una gloria inmensa! De tí no pretendo alcanzar la aprobacion de mi proyecto, pero no consiento por eso que me lo repruebes cara á cara, ni que hagas á mi presencia el menor ademan de desagrado.

—¡Rey de Castilla! contestó muy afectado el duque de Benavente.—No ha llegado mi audacia hasta el estremo de olvidar que soy castellano. Me siento afectado, es verdad; pero á pesar de mi natural afectacion acato la voluntad de mi rey y le deseo un buen acierto en el enlace que contraiga aun que sea á costas de mi felicidad, aunque una sola palabra haya muerto para siempre mi porvenir dichoso. Mi demostracion, al parecer ingrata, no fué una señal de desagrado sino de sentimiento. Yo el primero aprobaré la boda que celebrará mi hermano con la que fué mi prometida esposa en vida de mi padre; mas tengo un funesto presentimiento de que el rey de Castilla no será tan afortunado como presume y como yo deseo. Un temor vago é incomprensible me está diciendo que á doña Beatriz y á sus hijos les ha de caer encima el trono de Portugal para oprimirles debajo de sus gra-

das. Por lo demás yo mismo presentaré la novia al rey don Juan, y la sentaré á su lado, dándole así una prueba irrecusable de mi noble abnegacion y de mi buen afecto.

—Venga esa mano, dijo el rey con agradable acento tendiendo la suya á don Fadrique. —Mi boda no es una usurpacion de tu novia, sino una necesidad del reino. Dios sabe si he de ser mas feliz ó mas desgraciado, pero al ménos me quedará tranquila la conciencia obrando conforme con lo que dicta la política en la situacion apurada de mis estados. Vos, venerable prelado, quedais encargado de poner término al tratado de mi segundo matrimonio, —añadió don Juan dirigiéndose al arzobispo de Santiago. —Yo os conferiré mis poderes para que lo agencieis con toda urgencia.

—¡Señor! respondió el arzobispo; la confianza de mi rey será para mí el colmo de una honra inmerecida, á la que corresponderé con mi gratitud, y ofrezco cumplir mi delicada mision con el celo y actividad que requiere el caso y que dicta mi pundonor y mi entusiasmo hácia un monarca que me ha dispensado las mas altas distinciones.

Despidió el rey al arzobispo y á Mendoza, quedando solo con el duque de Benavente.

—¡Y bien, Fadrique! ¿no es mejor eso que esperar el repudio que mi mayordomo haga de su mujer?

—¿Qué se yo?... ¡Tal vez!

—Me propusiste un imposible.

— Me iba en ello la novia y el derecho de ocupar á su lado el trono de Portugal.

—¡Es sensible! pero como tus esponsales fueron anulados, mi hijo Fernando tendria ahora mayor motivo de queja alegando el que tu...

—Mi derecho era mas antiguo que el del infante. Tu madre te hizo encargo...

—¡Mi madre!... va á ser vengada.

—¿No lo olvidaste?

—Sí, lo olvidé hasta hoy que vuelvo á recordarlo.

El rostro de don Fadrique tomó el color de fuego, que inflamó ardorosamente una mirada burlona del monarca, quien le volvió las espaldas, diciéndole con sorna:—«Tú tambien á mi madre la engañaste y te burlaste de ella... ¡y era una reina!»

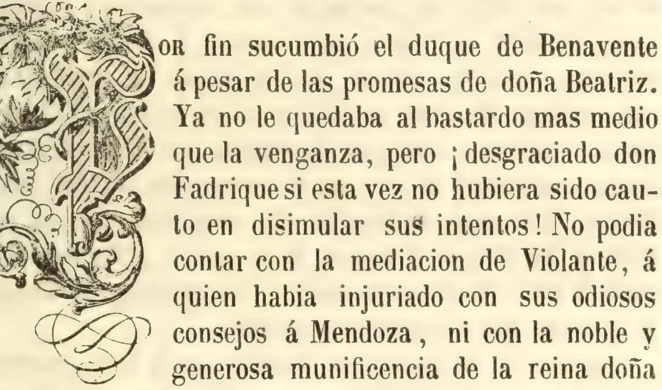
—¡Maldicion! esclamó el duque así que don Juan hubo pasado el umbral de la puerta.—¡Rey de Castilla! ¡cuán pronto olvidaste á doña Leonor!... Te atrae la idea de otra corona ¿no es verdad? ¡Ah, miserable! déjalo por mi cuenta, que si un dia tus sienes llegan á ceñir la de Portugal, se te volverá de espinas.





CAPITULO IV.

En que se habla del matrimonio que celebró don Juan primero con la princesa doña Beatriz de Portugal, y de la rebelion de los bastardos don Fadrique y don Alonso.



OR fin sucumbió el duque de Benavente á pesar de las promesas de doña Beatriz. Ya no le quedaba al bastardo mas medio que la venganza, pero ¡desgraciado don Fadrique si esta vez no hubiera sido cauto en disimular sus intentos! No podia contar con la mediacion de Violante, á quien habia injuriado con sus odiosos consejos á Mendoza, ni con la noble y generosa munificencia de la reina doña Juana, cuyo recuerdo debia infundirle los mas atroces remordimientos, y cuya pérdida debia lamentar en aquella ocasion funesta, en que veia pasar á los brazos de su hermano la mujer que mas queria y la fortuna que mas ambicionaba. El rey habia resuelto su segundo enlace y la novia estaba pronto: doña Beatriz de Portugal era la designada para ocupar al lado de don Juan primero el solio de Castilla. Ningun suceso podia

interrumpir la marcha del contrato y en vano se hubiera intentado hacerlo retroceder.

¿Y Violante? ¿Cómo el rey don Juan se desprendió de esta mujer misteriosa? ¡Hé aquí una idea que ocupaba frecuentemente la imaginacion de don Fadrique! ¿Y Mendoza? ¿Cómo el alavés á presencia del rey se mostró tan benéfico con su esposa, á pesar de su desaparicion, que pocos dias ántes le tenia desesperado y fuera de sí? ¡Hé aquí otro pensamiento que hizo formar á don Fadrique mil conjeturas en diferentes sentidos! «O Mendoza es un cobarde, decia á sus solas, y tiembla á presencia del rey, ó es un malvado sin pudor ni vergüenza que consiente un concubinato secreto, ó es un vil instrumento que presta á mi hermano un escelente servicio para poner en planta sus planes vengativos.» Sea como fuere, el rey iba á casarse con la princesa doña Beatriz, cuyas bodas se difirieron algun tiempo por accidentes imprevistos. Don Fadrique se mostró muy complaciente con el rey don Juan y con doña Beatriz. En las córtes que abrió el rey con objeto de participar su resolucion y publicarla, y para consultar el tratado matrimonial á fin de asegurar los intereses de ambos reinos, fué el duque de Benavente el que con sorpresa de todos se distinguió en tributar aplausos á la buena y acertada eleccion de esposa que habia hecho su hermano, quedando el rey muy reconocido de tan inesperada fineza, por cuyo motivo le dió comision especial para que fuése á su tiempo á buscar á la novia. ¡Qué horrible obsequio le hizo el rey al bastardo! Sin embargo el duque aceptó gustoso tan repugnante comision.

Antes de entrar en los detalles de la boda, conviene hacer mencion del tratado matrimonial que no pudo concluirse hasta mediados de marzo de 1383, segun consta del poder que dió el rey al arzobispo de Santiago. El capítulo que ofrece mas interés es el siguiente en que se establece el órden de sucesion á la corona de Portugal. «*Muriendo el rey de Portugal sin hijo varon, herede el reino doña Beatriz su hija mayor, y su marido el rey de Castilla se intitule rey de*

Portugal; pero quedando viuda doña Leonor, sea gobernadora del reino durante su vida, ó hasta que doña Beatriz y su marido tengan hijo ó hija de edad de catorce años, que en tal caso deberá pasar á esta el gobierno. Luego que tengan hijo ó hija dejarán los padres de llamarse reyes de Portugal, y lo serán el hijo ó hija.» De este capítulo se infiere que no se quiso con el matrimonio unir las dos coronas en una cabeza, pues el derecho de sucesion á la de Portugal lo perdia doña Beatriz teniendo hijo de catorce años y aunque su marido el rey de Castilla podia intitularse rey de Portugal, no por eso sucedia á la corona, pues el título no lo tuviera mas que en la simple calidad de esposo y debia perderlo si su esposa le premuriese. Los contratos matrimoniales fueron firmados por ambas partes en Salvatierra de Magos á los dos dias del mes de abril y dicho año 1383. Don Juan pasó á Badajoz y el duque de Benavente tomó el camino de Lisboa.

Ya tenemos á don Fadrique ante la novia del rey de Castilla haciéndola el obsequio de etiqueta para acompañarla á su prometido esposo. Estaba el duque interesante, y doña Beatriz se prendó de su esbelta figura sin haberle conocido; la princesa estaba encantadora, y el duque al verla se enardeció de amor y de cólera al mismo tiempo.

—¡Princesa de Portugal! dijo el duque con ceremonia. Vais á sentaros en el solio de Castilla, que os aguarda para proclamaros reina. Mi hermano don Juan me ha dispensado el alto honor de acompañaros.

—Vos sois..... respondió turbada doña Beatriz.

—Don Fadrique, el duque de Benavente, que habiéndosele faltado á una promesa, viene ahora como caballero á dar una prueba manifiesta de su generosidad á los que le han engañado.

—¡Basta, noble duque! ya hablaremos á solas.

Tan corto y misterioso diálogo no dejó de afectar á cuantos lo presenciaron, particularmente al rey don Fernando que se creyó reconvenido por el duque con motivo de haber anulado los esponsales que se habian acordado en tiempo de don

Enrique; mas tuvo por conveniente disimular su desagrado al ver que su hija habia manifestado deseos de conferenciar privadamente con el que tuvo la audacia de apreciar en tan poco su dignidad real. Don Fernando ignoraba que obrase en poder del de Benavente una carta de su hija doña Beatriz, dándole esperanzas de renovarse sus anulados esponsales, y que esta promesa fuese corroborada en cierto modo por su cuñado el almirante don Alfonso Téllez en agradecimiento de la libertad que le dió el castellano á instancias de don Fadrique, siendo prisionero de guerra. Téllez fué quien lo refirió todo á don Fernando, y este no hizo caso de promesas amorosas que jamás podian tener resultado sin preceder previamente su soberana sancion. El duque hizo tambien á don Alonso severos cargos que este rechazó con escusas insustanciales; de modo que don Fadrique estaba representando en Lisboa el papel mas triste y degradante que pudiera encargarse al villano de ménos estimacion. Pero no por eso dejó de aprovechar á sus planes de venganza su espedicion á Lisboa, pues tenia por seguro encontrarse allí con su hermano don Alonso, que habia enlazado ya con doña Isabel, hija natural del portugués, y prevenir para mas tarde la rebelion contra los reyes castellanos. Don Alonso estaba siempre dispuesto á las rebeldías, por ser su carácter inquieto y enemigo de estar subordinado; tenia por otra parte mucho partido en los dos reinos, le era mas fácil que al duque sublevarse con gente armada, y por razon de su enlace podia contar con mayores probabilidades de buen éxito en sus empresas belicosas por el derecho de doña Isabel, su esposa, á la corona de Portugal, si doña Beatriz fuese rechazada por casar con rey castellano. Esto mismo previó el duque de Benavente, y le invitó para ponerse ambos de acuerdo bajo el concepto de que él secundaria sordamente sus proyectos sin ser visto; pues para ello le animaba tan solo un deseo de venganza y no pretendia sacar otro partido que el de vengarse cumplidamente de don Juan y de doña Beatriz privándoles de unir á un tiempo las dos coronas.

—Quién haya de suceder á don Fernando, decia el duque, lo decidirán las armas.

—Por eso no me opongo á la boda, contestó don Alonso, pero me reservo hacerlo cuando esté celebrada.

—¿Cuentas con fuerzas...?

—Sí, Fadrique: el primer saludo que les doy á don Juan y á su esposa, mi parabien, mi regalo de boda será levantarme con el castillo de Gijon.

—¡Vive Dios, que será desmesurado atrevimiento!

—Ya sé que don Juan con sus tropas me cercará la fortaleza y podrá darme una batida, pero tendrá en cuenta la dificultad que ofrece el cerco, y si no gano esta vez, doy siquiera un indicio de reprobacion que lo apoyarán los portugueses, quienes, muerto don Fernando, querrán nombrarse rey á su gusto, y no consentirán que los gobierne don Juan primero de Castilla.

—Eso me place; mas..... sintiera que sucumbieses, porque entonces no tendria el apoyo que deseo para mas tarde.

—Difícil es que sucumba siendo inespugnable aquella fortaleza y tan valientes mis soldados.

—Pero no lo son ménos los del rey de Castilla, y su número es imponderablemente mayor.

—Te advierto que no puedo volver atrás sin incurrir en la nota de cobarde.

—¡Cómo! ¿Está ya la cosa prevenida? preguntó admirado el de Benavente.

—¿Piensas que tu hermano duerme? respondióle don Alonso sonriéndose.—Tambien yo tengo mi ambicioncilla de ser rey.

—Creo que esta ocasion es inoportuna y que has obrado con demasiada precipitacion. Yo sintiera en el alma que te perdieses ahora miserablemente pudiendo aprovechar mejor oportunidad.

—Por de pronto no será mas que la señal de alerta; mas tarde se le dará á don Juan otra leccion, y veremos si es capaz de contrarestar el poder de los bastardos, á quienes mira con tanta indiferencia y trata con tanto desprecio. Somos al fin hijos del mismo padre que le legó el trono, y que á todos nos hubiera hecho reyes si hubiese tenido un trono para cada uno. Don Juan

se lo quiere todo para él, y si tan alto intenta subir, bueno será que le cortemos las piernas.

—Con oportunidad, hermano.

—Estoy comprometido y no puedo retroceder.

—¡Tuvieras al ménos un medio de salvarte en caso de apuro!...

—Corre por tu cuenta librarme del peligro.

—¿Qué hay que hacer?

—¡Escucha, Fadrique! dijo misteriosamente don Alonso. ¿Eres amigo de Mendoza?

—¿Quién? ¿yo?

—No fuera estraño que habiéndote libertado Violante.....

—De ella no te quise hablar, ni de mis planes audaces para poner en la mejor armonía sus amores con los del rey. Mendoza es un necio.

—¿Cómo?

—Sí, Alonso; yo intentaba quitarle un peso de encima y hacer reina á su esposa, mas él no quiso acceder al repudio y á que Violante fuese la esposa del rey don Juan.

—¿Estás loco?

—No me negarás, hermano, que era un medio escelente de evitar las bodas que van á celebrar ahora.

—¿Evitarlas? Tanto le hubieran valido al rey, como si las hubiese celebrado contigo.

—Mediante que el pontífice.... Yo me hice cargo de todo; yo conté desde luego con la necesidad que tiene Clemente VII de complacer á un rey que tanto favorece al solio pontificio de Aviñon.

—Pero ¿qué podia hacer el papa? Veamos.

—Autorizar el repudio, y dispensar el juramento á Violante.

—Mucho es eso, pero faltaria algo mas. Tú no sabes... por lo visto nada sabes, y estás ensartando horribles disparates. Lo que hay de positivo es que don Juan y Violante...

—Acaba.

—No se casan; ni tú tampoco con doña Beatriz, y yo...

estoy resuelto á dar á los novios una escelente enhorabuena.

—Me dirás...

—Te lo he dicho ya; tu amistad con Mendoza es indispensable.

—¿Por qué ha de ser Mendoza?

—Porque es el mas caballero de la nobleza de Castilla, y nosotros necesitamos un hombre de hidalguía y de influencia.

—El maestre de Santiago.....

—No me fio de él, ni de cuantos estén versados en la política; es un palaciego al fin.

—Nos sirviera tal vez.....

—Mendoza y nadie mas que Mendoza.

—Será un mal necesario, y por lo mismo... venga. Yo procuraré entrar en relaciones amistosas con el mayordomo, y cuando tu peligres, él te salvará.

—Por lo pronto no necesito otra cosa.

—Tropas...

—Me sobran para defender el castillo y hacerse temer.

—¡Valor y buena dicha!

—Dios te ayude en la venganza.

Puestos ya de acuerdo los dos bastardos, trató el duque de buscar ocasion favorable para conferenciar reservadamente con la princesa, y obtuvo por fin la correspondiente vénia á los dos dias de estar en Lisboa, no habiéndola podido conseguir ántes á causa de los actos de córte que celebraba doña Beatriz con motivo de las continuas felicitaciones de los nobles y caballeros portugueses. La hija de don Fernando se sintió poseida de un temor vago é incomprensible al otorgar una licencia que comprometia su delicadeza y amor propio; pues no debia descender hasta dar al de Benavente esplicaciones satisfactorias en descargo de la conducta que con él habia observado. Sin embargo una circunstancia le hizo olvidar en aquella sazon que el duque iba á contarse en el número de sus súbditos. No era la nulidad de aquellos esponsales, ni el compromiso que contrajo posteriormente con la carta que escribió

á don Fadrique lo que infundió á la princesa una especie de arrepentimiento; era otra causa mas poderosa la que le impulsaba á guardar ciertas deferencias con el hombre que le habia sido propuesto por esposo en 1373; era el amor que le profesaba y que aumentó su ilusion la presencia del objeto que le inspiró en un momento las mas gratas simpatías. El duque se sintió tambien fascinado al contemplar la belleza de la que debia intitularse su esposa, cuya esperanza quedó frustrada por la viudez del rey don Juan. Desvanecidas sus ilusiones como una nube que se aleja á impulsos del viento, y al reflexionar que el rey de Castilla le privaba de una dicha en que cifraba toda su fortuna, y que sus miras ambiciosas habian naufragado por un contratiempo imprevisto, hubiera saciado su implacable venganza aprovechando la oportunidad de hallarse solo con doña Beatriz si no hubiera temido que el resultado de su crímen no le dejara tan vengado como deseaba. A mas de que no era la princesa doña Beatriz contra quien debia blandir el punzante acero, ni tampoco podia convenir á sus miras un atentado tan infame. El duque de Benavente, puesto ya de acuerdo con su hermano don Alonso, debia mostrarse á la vez resentido y generoso con la princesa de Portugal, por mas que su resentimiento y generosidad fuesen incompatibles con la tremenda ira que le estaba abrasando. Llegó por fin el deseado momento de hallarse solos en la estancia de la princesa los dos amantes, entre quienes el poder de un trono habia colocado una barrera inmensa. Doña Beatriz temblaba y no sabia cómo empezar, esperando que el duque le abriese camino para proferir una palabra; don Fadrique de pié con ademan orgulloso, frunciendo las cejas se mantuvo taciturno como si se hubiese propuesto supeditar á la princesa. Permanecieron ambos en este estado de indecision hasta que doña Beatriz determinó romper el silencio.

—¿Estais aquí duque? preguntó balbuciente la princesa á don Fadrique.

—Aquí estoy, respondió el duque, aguardando que me digais lo que queriais decirme á solas. Creo, señora, que estamos ahora bien solos, y que os sobra tiempo para hablarme

cuanto quisierais; mas por lo que he visto estabais tan distraida que ni siquiera os acordabais de mí teniéndome á vuestra presencia, hasta que desvanecida vuestra fantasía habeis advertido que teniais delante de vos al hombre que se os debia presentar, y le habeis preguntado, como admirada y llena de sorpresa, «¿estais aquí, duque?»

—De otro que no fuese don Fadrique tomara muy á mal que me reconviniera, porque al fin de Portugal soy princesa.....

—Y de Castilla... reina. ¿No es eso lo que os proponiais echarme en cara? Ya sé, doña Beatriz, que os debo muchos respetos por muchos y muy altos conceptos; mas..... ¿vos á mí nada me debeis, señora?

—¿Yo? dijo alarmada la hija del portugués.

—Me engañaba: no erais vos la que se habia obligado al cumplimiento de una promesa, no; era la sobrina de un prisionero de guerra que obtuvo su libertad á mis instancias y que me propuso diferir una boda para elegirme su esposo, y despues se olvidó de su promesa por habérsele ofrecido otro partido mas ventajoso, eso sí; pero que puede costarle muy caro.

—Me amenaza... ¡y yo lo sufro!

—No era capaz una princesa de obrar con tanta lijereza como la sobrina del prisionero y de burlarse de un hombre como yo, valiéndose al efecto de una falacia. Vos no sabriais hacerlo, ¿no es verdad, princesa?

—Yo no engaño á nadie.

—Vos, nó: eso se deja para la sobrina del prisionero. Si vierais qué carta me escribió, y qué modo tiene de infundir entusiasmo en el corazon de un castellano..... ¿Quereis que os lea la carta?

—¿Para qué?

—Es que su contenido puede seros provechoso si algun dia teneis que pedir la libertad de un tio que caiga en la desgracia de parar á manos de un enemigo y ser declarado prisionero de guerra.

—¡Don Fadrique! esclamó doña Beatriz con energía.

—Sintiera molestaros, mi amada y respetable princesa, prosiguió el duque con la misma ironía; pero hay cosas que no deben despreciarse para cuando puedan aprovechar en circunstancias que tengan analogía con los sucesos que las motivaron ó para las que fueron empleadas. El contenido de esta carta es un modelo....

—De aprecio y no mas.

—De ingratitud y de perfidia, es una mofa, un sarcasmo que se resiste á toda persona bien nacida, un engaño que solo cabe en el alma.....

—¿De quién?

—De la sobrina del prisionero. Permitidme, señora, que proceda á la lectura de este interesante escrito ántes de juzgar mis palabras con tanta acritud.

—¡Don Fadriqe! la princesa doña Beatriz tiene un profundo conocimiento de la historia que estais refiriendo, y os prohibe continuar importunándola con ella. No esperaba yo tan poca galantería del duque, cuando hizo alarde de ser generoso y caballero. ¿Y os quejais todavía de haber sido engañado? Quién se engañó fué la sobrina del prisionero y ahora..... no le pesa. ¡Cuánto mas os hubiera valido oir sus descargos!

—¿De ella?

—Sí, duque; porque esa mujer no depende de sí misma, y á un tiempo se frustraron sus esperanzas y las del libertador de su tio.

—¿Es posible? ¿Puedo creerlo, Beatriz?

—¡Ah, Fadrique! ¡Cuánto diera yo para que vos fueseis el rey don Juan!

—Me estais tentando cruelmente, Beatriz. ¿No habria un medio....?

—¿Para qué, duque? ¿para qué?

—Para anular esa boda..... para resistiros á ella.

—¿Olvidasteis que es un rey el que va á ser mi esposo?

—No importa, Beatriz; la voluntad de una mujer es libre

libre y su consentimiento ha de ser espontáneo. Nadie puede privar á la princesa de Portugal que profiera una palabra... que al pié del altar responda negativamente al sacerdote; nadie le impide que esprese su albedrío, dando un *nó* al rey de Castilla, que ha esplotado sobre Portugal un volcan de sangre, cuya lava está próxima á abrasarlo.

—¡Cuánto os engaña vuestra ceguedad!

—No lo creais, princesa; mis palabras no son hijas de mi preocupacion ahora. ¡Pues qué! ¿os parece un imposible pertenecerme, y verme un dia sentado con vos ocupando el trono que os legará vuestro padre en herencia?

—Imposible.

—¿Necesita acaso vuestra cabeza dos coronas para ser reina?

—Ó dos, ó ninguna. Si renuncio á don Juan primero y contra la voluntad de mi padre os elijo por mi esposo, perderé el derecho á la sucesion.

—Las armas pueden conquistarlo.

—¡Que imposibles imaginais, Fadrique! ¿Dónde estaria la fuerza que protegiese mi derecho á la corona despues que el rey y el reino me hubiesen maldecido?

—Dejariais de ser reina, pero fuerais mi esposa, y os daria mejor trono en mi corazon.

—La condicion de cualquiera de mis damas es preferible á la mia. Yo se la envidio, duque, porque ellas al ménos son libres en la eleccion de esposo. ¿Qué hariais vos de mi mano despues de habérseme caido el cetro? Seria una mano yerta cuyo contacto os helaria la sangre.

—Me ruborizais.

—Vuestra ambicion conozco, y aunque de mí os prendeis, poco fuera para vos si dejara de ser princesa.

—Mal me conoceis, y es fuerza, Beatriz, que os sometais á la prueba.

—Es tarde ya. El clarin da la señal y la comitiva espera. Hoy mismo debo partir á Badajoz, donde me aguarda don Juan para hacerme reina de Castilla.

—Vuestra promesa es primero y la cumplireis. ¿No es verdad, Beatriz?

—Yo bien quisiera.....

—¡Diferid vuestro viaje, señora!

—¡Que lo difiera! ¿Está en mi mano acaso...?

—Ved que el peso de dos coronas puede hundiros la cabeza.

—Dios me dará fuerzas para soportarlas.

—¿No tendreis valor, al acordaros de don Fadrique, para dar un *nó* á don Juan primero?

—Tal vez lo tenga.

—¿Tal vez?... Ved, Beatriz, que se juega el todo por el todo y que ambos corremos una misma suerte. «¡Dos coronas ó ninguna!» vos lo habeis dicho. Asegurad bien en vuestras sienes la que ciñais primero; porque al poneros la otra, os caerán las dos. ¡Princesa! vamos ya, que el clarin repite la señal y la comitiva espera; don Juan está impaciente para proclamaros reina de Castilla, y el duque don Fadrique quiere ser el primero en saludaros.

Doña Beatriz quedó confusa al notar la mala intencion que entrañaba el sarcasmo mordaz del bastardo castellano. Salieron juntos... y una hora despues los portugueses despidieron del reino á su princesa.

Hallábase en aquella sazon el rey don Juan en la capital de Estremadura aguardando á la que debia ocupar el puesto eminente que dejó la desgraciada reina doña Leonor. Ya nadie se acordaba de la pérdida irreparable de la primera esposa del rey, porque el júbilo que causaron sus segundas nupcias hizo desaparecer la fúnebre idea del sepulcro y la alarma que produjo aquella infausta nueva despues de firmado por Castilla y Portugal un tratado de paz que al parecer debia ser muy duradera. Badajoz, esa ciudad que se levanta sobre la corriente del Guadiana, esa plaza fronteriza que fué teatro de las derrotas portuguesas, esa capital envidiada por la potencia vecina debia acoger en su seno á la hija de don Fernando para ceñirle una corona que pusiese

dique á las desavenencias de los dos reinos. Era en el mes de mayo; la hermosa llanura de Badajoz, donde el Guadiana esparce sus cristalinas aguas, ofrecia á la vista del campesino la frondosidad de las praderas y el precioso verde de las plantas. La orilla del rio estaba concurida por los estremeños, quienes botaban á la corriente lujosas barquillas para saludar desde ellas á la nueva reina que debia contemplarlos al atravesar el magnífico puente de sillería compuesto de veinte y ocho arcos.

Entre las barquillas se distinguia por su lujo y velocidad la de una persona distinguida cuyo traje esquisito daba una idea indisputable de la alta posicion que ocupaba. El soldan de Babilonia habia sido preso por el castellano y se temia por su vida, para cuya salvacion se interesó eficazmente Leon V rey de Armenia. A los ruegos del asiático accedió el de Castilla dando al soldan la mas amplia libertad. Son los armenios muy agradecidos y al mismo tiempo los mas animosos para emprender y concluir viajes muy largos. Debian dársele á don Juan primero las mas espresivas gracias por la libertad del soldan y era preciso que esta mision importante se confiase á un mensajero distinguido que manifestase personalmente al rey de Castilla el justo reconocimiento del de Armenia. ¿Y quién se encargó de este mensaje? ¿Quién emprendió el viaje desde el gran país del Asia donde estaba situado el paraíso, de este pais que dominaron los mas célebres conquistadores, de este pais que la historia no cuenta otro donde se hayan dado mas sangrientas y encarnizadas batallas? ¿Qué hijo de Dióscoro y Barsuma dejó sus fértiles tierras, que las riegan tantos y tan caudalosos rios, para ejercer un acto de humillacion con don Juan primero de Castilla? ¡Parece increible! el mismo rey de Armenia, Leon V en persona.... este monarca, temido y respetado de los mas valerosos y aguerridos, desamparó sus estados del Asia para conferirse á Castilla y dar por su propia boca las gracias al generoso libertador del soldan de Babilonia que acogió tan benignamente su solicitud. Fué para don Juan una gloria inmensa que le llenó de orgullo, el ver desocupado un trono del Asia

para ponerse otro rey bajo sus órdenes. La lujosa barquilla de Leon V de Armenia era la que recorria las aguas del Guadiana confundiéndose el rey asiático con los estremeños para dar á la vez con ellos un viva á doña Beatriz princesa de Portugal. Y el viva resonó por el espacio, y la novia de don Juan hizo su pomposa entrada en medio de las aclamaciones y regocijos de los entusiastas castellanos. Un dia sereno y delicioso convidaba á los pueblos al festejo; llegó al palacio la princesa y fué presentada al rey por el duque de Benavente y por el almirante don Alfonso Téllez que llevaba encargo especial de don Fernando, padre de la novia. El gran cardenal de Luna formó parte del séquito, y al entrar con los embajadores de ambas potencias puso en manos de don Juan primero la dispensa que para la celebracion de su proyectada boda concedió Clemente VII por mediar parentesco de cuarto grado entre los esposos.

A las diez horas de la mañana del 17 de mayo empezaron á repicar las campanas de las iglesias, y los vítores y las danzas fueron el preludio de las regias bodas que se celebraron con la mayor pompa, hallándose presente el rey de Armenia. Don Juan sentia una pena que le encolerizaba, y doña Beatriz sentia otra que la hacia palidecer. ¿Qué impresion tan encontrada privaba á los dos esposos de la participacion del júbilo? Doña Beatriz no sabia lo que pasaba en el reino, y apenas comprendia lo que pasaba por su corazon. Antes de proferir su promesa al pié del altar se le acercó el duque de Benavente y le dijo en voz baja y con disimulo.

—¡Beatriz! no olvideis vuestra promesa; acordaos de mí. ¡Valor, valor!

No bien hubo exigido el ministro la promesa del contrato y así que hubo preguntado á doña Beatriz si queria por esposo al rey don Juan, volvió el duque á acercársele y le dijo entre dientes:

—Nó, nó.

Mas la princesa doña Beatriz dijo *sí*... y se hizo reina de Castilla. Las facciones del duque se encendieron, y patentizaron

infaliblemente que se hallaba poseido de implacable cólera.

—¡Dos ó ninguna! dijo á media voz.—Empieza á cumplirse tu propósito, Beatriz; te falta la otra, pero... ¡ay de la reina cuando la una caiga! porque la otra amenazará ruina y pronto caerá.

—¡Duque! le contestó doña Beatriz, echándole una mirada de indignacion.

—Cumplióse el destino: ya eres reina.

En estos términos se produjo don Fadrique, pero de modo que nadie pudiese oirle mas que doña Beatriz; no obstante sus gestos y su inquietud no pasaron desapercibidos por el almirante don Alfonso Tellez, quien estaba ansioso de descubrir la misteriosa conducta de su sobrina con el de Benavente; pues si don Fadrique la importunaba debia reconvenirle con energía y echarlo ignominiosamente de su presencia, á ménos que sobre su conciencia pesase una culpa grave que la obligase á morderse la lengua. Concluyó la ceremonia, y el almirante portugués se colocó á propósito al lado de don Fadrique.

—¿Quién de los dos se ha casado con don Juan primero? preguntó don Alfonso al duque.—¿Vos ó mi sobrina?

—¿Quién ha de responderos? contestó el de Benavente. ¿Vuestra sobrina ó yo?

—Estabais de concepto, segun parece.

—Para mayor lucimiento del acto tomé el cargo de..... maestro de ceremonias.

—Lo habeis desempeñado perfectamente.

—Siempre desempeño bien cuanto me propongo. Decidlo sino vos cuando os hallabais en Sevilla por otro estilo que no estais ahora en Badajoz. ¿Os acordais, don Alfonso?

—Me acuerdo; mas... sé que os propusisteis casaros con Beatriz, y dar á vuestro rey por novia la esposa de su mayordomo. Por lo visto no os ha sido la suerte tan fiel como creiais... ¡Vos que desempeñais bien cuanto os proponeis!

—¡Qué mofa!

—No lo tomeis á mal, don Fadrique, ni acuseis de inconsecuente la conducta de la reina y la mia por un caso im-

previsto que no pudo tomarse en consideracion. ¿Sabíamos acaso que el rey don Juan estuviese en vísperas de enviudar?

—Confesad, don Alfonso, que habiéndose casado ya doña Beatriz, son bien inoportunos vuestros descargos. ¿Por ventura os he llamado á vos y á la reina á que me rindais cuentas pendientes? Habeis tratado de saldarlas, y mas tarde haremos el finiquito. ¡Dos ó ninguna!....

—Lo que os debo confesar es que no comprendo el arreglo... eso del *finiquito* y de *dos ó ninguna.* ¿Me direis...?

—Doña Beatriz lo sabe; mas ella no os lo dirá, porque al fin, don Alfonso... cada uno se entiende.

En vano trató el almirante Téllez de tantear los medios indagatorios que le ocurrieron para descubrir un enigma que le tenia desazonado. Todo fué inútil: ni el duque de Benavente, ni la reina doña Beatriz se prestaron á darle siquiera una queja de la que pudiese inferir la mayor ó menor gravedad de sus desavenencias. Muy al contrario: habiendo propuesto á su sobrina que emplease todo su poder para exigir al duque un pronto desagravio, una reparacion eficaz de cualquier ofensa ó que se vengase de él, aunque fuera mandándole á morir, le contestó resueltamente la reina: «Quiero demasiado á don Fadrique para dejar de perdonarle cuando me ofenda.» En efecto: la reina queria al duque mas que á su esposo, y sin embargo el duque fué demasiado severo con ella. Don Juan entró en recelos, y fortuna fué para el de Benavente el haber sido el rey tan poco disimulado, que sin ambajes ni rodeos se lo dijo, profiriendo al mismo tiempo grandes amenazas si alguna vez la reina conversase á solas con él. Hubieran sido por cierto peligrosos los amores de la reina con don Fadrique, y es innegable que la prevencion de don Juan á primera vista parece muy prudente y acertada; mas conociendo el rey el carácter de su hermano, debia haber tomado precauciones serias mandándole á larga distancia de la córte de Castilla para inutilizarle, si tratase de obrar mal. No le convenia á don Fadrique dar celos al rey, sino hacerse su amigo, procurando evitar hasta las miradas de la reina, y esto produjo un re-

sentimiento en el ánimo de doña Beatriz, que no omitia medio alguno para facilitar al duque ocasiones de conferenciar con ella.

No era solo el duque de Benavente el que dió qué sentir á don Juan primero en los críticos momentos de su enlace; no fué solo el bastardo de la Ponce de Leon quien amargó los placeres de una boda que tanto celebraron los mas eruditos en la política, los hombres mas pensadores de Castilla y Portugal. Un acontecimiento inesperado esparció la alarma en la ciudad de Badajoz, suspendiendo el júbilo que les causara un enlace tan conveniente á las dos potencias enemistadas. Las tropas salieron á toda prisa poniéndose en marcha para Gijon, donde se habia sublevado la guarnicion del castillo, á la que se agregaron muchos castellanos y portugueses armados. Mendoza y el maestre Fernandez eran los encargados de poner sitio á la plaza sublevada que contaba con fuerzas muy considerables; el rey estaba resuelto á salir para el punto de la rebelion y dió órden para pasar á degüello desde el gefe hasta el mas ínfimo soldado. ¡Y el gefe, el cabecilla de aquella sedicion imprevista era don Alonso que envió á su hermano el regalo de boda, conforme lo habia insinuado á don Fadrique! El rey lo sabia, y sin embargo hizo el propósito de escarmentar al hijo de la Iñiguez disponiendo su muerte caso de ser vencido en la pelea. Buscaba el duque á Mendoza para cumplir el compromiso que contrajo con don Alonso, pero el mayordomo del rey habia salido, y era imposible ir en su busca sin contraer nuevos compromisos, sin infundir sospechas de complicidad en el levantamiento de Gijon. Sitióse la plaza, los sediciosos se vieron acosados de todas las penalidades que lleva consigo el asedio, y al fin debieron sucumbir. Don Alonso tenia que rendirse á la fuerza y aguardó el último momento.

—¡Rendíos! dijo á cierta distancia el maestre Fernandez al gefe de los rebeldes.

—A vos no me rindo, contestóle don Alonso.

—Al rey.

—No me rindo tampoco á mi hermano.

—¡Rendíos! gritó del otro lado el arrogante alavés.

—¿Quién sois? preguntó don Alonso.

—Bástame decir que os estais perdiendo miserablemente.

—¿Sois Mendoza?

—Sí, don Alonso.

—Pues..... el castillo es vuestro y me entrego á vuestra discrecion. Al fin vos sois mas noble y caballero que los otros.

Tan inesperada deferencia no podia Mendoza corresponderla, sino con un rasgo de su natural caballerosidad. Llegó el rey don Juan con un refuerzo considerable de tropas de todas armas, pero fué innecesario su ausilio, pues la fortaleza se habia rendido y los rebeldes quedaron á disposicion del alavés.

—¡Mueran todos! dijo el rey enfurecido.

—¡Sálvense, señor! respondió Mendoza arrojándose á los piés del monarca.—No querais que el mundo maldiga vuestro nuevo enlace; no querais salpicar otra vez con sangre fratricida el trono de Castilla y Leon. ¡Sed compasivo, señor! ¡aprendan desde hoy á admiraros los portugueses! Que don Juan primero merezca las gratas simpatías de Castilla y Portugal.

—¡Siempre grande! dijo el rey á su mayordomo.— No dirán esta vez que solo soy condescendiente á la mediacion de tu esposa. Jure mi hermano no volver á sus rebeldías y dáles á todos libertad en nombre del rey y de la reina.

Cumplió Mendoza el precepto de don Juan, y dirigiéndose á sus prisioneros les habló con el mayor entusiasmo; diciéndoles:

—¡Miserables! vuestra loca tentativa os conducia al suplicio si don Juan se hubiese desprendido de aquellos sentimientos que le distinguen entre los reyes de la tierra. ¡Jurad fidelidad á don Juan primero y á la reina doña Beatriz!

Todos juraron: don Alonso fué el primero.

—¡Sed libres! continuó Mendoza.—Yo os perdono en nombre del rey y de la reina.

No bien hubo el mayordomo proferido estas palabras, los vítores á don Juan y á doña Beatriz resonaron por las bóvedas del fuerte como el estruendo de un trueno prolongado, y continuaron las fiestas y se auguró á los reyes de Castilla un reinado feliz. Don Fadrique no esperaba tan buena terminacion de aquel suceso, pues no habiendo podido hablar á Mendoza anticipadamente, creyó que el desenlace seria funesto.

Los bastardos celebraron otra conferencia, y aplazaron para mas tarde una nueva rebelion que asegurase el golpe decisivo y burlase las esperanzas de los buenos castellanos. Ellos estaban alerta..... ¡y el rey y la reina vivian tranquilos!



CAPITULO V.

En que se habla de la muerte del rey don Fernando de Portugal; de la proclamacion de la reina doña Beatriz, como sucesora de aquella corona; de una revolucion espantosa; de una peste, y de la célebre y mas desgraciada batalla de Aljubarrota.



os ó ninguna. ¡Hé aquí el único pensamiento que dominaba al duque de Benavente y que tenia esclusivamente ocupada su imaginacion! Dos ó ninguna..... ¡Hé aquí la única idea que recordaba á la reina doña Beatriz la amenaza funesta dirigida por un hombre ambicioso que la hacia injustamente responsable de un acto, al que no podia resistirse! Ella lo dijo sin embargo, mas no pecó por ambicion como el duque; el duque repitió la alternativa, mas no tomó en cuenta la necesidad como la reina. Ambos adoptaron el mismo emblema, pero cada uno se habia propuesto su fin. Podia la reina haber burlado los planes del vengativo duque; no obstante ¿qué proyectos habia de destruir? ¿dónde estaba la hostilidad de don Fadrique? ¿quién le vió jamás armarse contra sus reyes? En todas partes donde se hallaba don Juan, el duque estaba con él; por todas partes el duque le seguia; en los combates, en los torneos, en palacio siempre se le veia

conversar con el rey, sumiso á sus órdenes y á las de la reina..... ¿Qué podia alegar esta contra el duque de Benavente? No era por cierto sospechosa su conducta ni á los ojos de don Juan ni de doña Beatriz; su amenaza podia atribuirse á un resentimiento momentáneo... A mas de que él no amenazó á la reina ; no hizo mas que repetirle su espresion como el pronóstico de una desgracia. Así lo comprendió la reina y no tenia de consiguiente que hacer resistencia á ninguna pretension del duque. En vano hubiera tanteado procurarse los medios para rechazar un mal que en todo caso debia venirle de arriba; pues no se estingue la profecía con la muerte del profeta, y en el concepto de doña Beatriz don Fadrique no hizo mas que profetizar una desgracia inevitable. Ella consiguió llamarse reina de Castilla, porque así lo quiso su estrella, pero perdió las simpatías de los portugueses, que no querian ser gobernados por príncipes castellanos.

Llegó su vez al de Benavente; su aparente profecía no fué en realidad mas que la espresion de su venganza, y al decir «dos ó ninguna» quiso probar la suerte de los reyes de Castilla haciéndoles jugar el todo por el todo. Era el duque tan sagaz como rebelde, y sin hallarse poseido de una hipocresía refinada, logró con el estudio de su posicion saber observar una conducta engañosa, que difícilmente podia desempeñarla mejor y con mas constancia el que fuese habitualmente hipócrita. Nadie podia reconvenirle por sus actos criminosos, y sin embargo hizo al rey una guerra sorda, que á su tiempo esplotó como un rayo de destruccion y de esterminio. Sabia don Fadrique que su hermano el rey sospechaba de su proceder hácia la reina ; el duque no volvió jamás á dirigir á solas la palabra á su alteza. El rey temia una mancomunacion de los dos bastardos; el duque se separó de don Alonso y rehusó nuevas entrevistas con el hijo de la Iñiguez. En fin hizo el duque de Benavente cuanto estuvo de su parte para que el rey y la reina no pudiesen echarle en cara el menor recelo. Y sin embargo el duque era rebelde y vengativo, y hubo de dar el

último golpe de venganza, sin que nadie pudiese atribuir á su perversidad y mala índole las desgracias que sobrevinieron al solio castellano.

Hallábase el rey en Segovia, donde tuvo córtes, en las cuales se ordenaron varias cosas, se dictaron leyes y reformaron abusos, siendo muy notable que el rey mandó abrogar en sus reinos la *Era de César* y fechar las escrituras por los años del nacimiento de Cristo, de modo que empezó el dia primero de 1364 en 25 de diciembre de 1383, continuándose así hasta el año 1514, cuenta que ya andaba en Aragon desde el año de 1350. Despedidas las córtes partió de Segovia el rey para Sevilla y se detuvo en Torrijos, donde recibió de don Juan, maestre de Avis, hermano espureo del rey de Portugal, la siguiente carta fechada en Lisboa.

«¡Rey de Castilla! Yo os saludo. Para los efectos que »puedan conveniros, sabed: que hoy 22 del corriente octu»bre y hora de las 6 de la tarde, mi hermano y vuestro sue»gro el rey don Fernando de Portugal ha muerto, lo que »me apresuro á participaros por estraordinario, para que des»de luego paseis á recibir el cetro que pertenece á vuestra »esposa, mi amada reina doña Beatriz. Desde hoy contad »en el número de vuestros súbditos al que primero tiene el »honor de saludaros rey de Castilla y de Portugal. = Vuestro »tio, el maestre de Avis. =»

Desde aquel momento el rey preocupado aceptó este nuevo título y armas sin haberse tomado la molestia de esplorar el ánimo de los portugueses. El duque de Benavente dió muestras de alegría, y doña Beatriz tembló cuando vió la satisfaccion que por aquella nueva cabia á don Fadrique. Don Juan no sospechó por atribuir la impresion de su esposa al natural sentimiento que debia causarle la muerte de su padre; y al contemplar la súbita alegría de su hermano, creyó de buena fé que el bastardo de la Ponce de Leon se habia reducido á sus deberes, y que podia confiar en sus promesas. Mostrábase muy favorable á la causa de sus reyes el conde don Pedro, primo del rey é hijo del maestre de Santiago don Fa-

drique, á quien mató el rey don Pedro. Era el duque de Benavente íntimo amigo de este personaje, que por su lealtad y buenas cualidades no infundia á don Juan el menor recelo; ántes bien presumió que la conducta pacífica que observaba el duque se debia á los avisos y buenos consejos que le daba el conde. Tan grande era la confianza que el rey don Juan hacia del conde don Pedro, que temiendo nuevas rebeldías del intrépido don Alonso, le comisionó para que le hiciese entrar en razon y persuadiese de lo muy doloroso que le fuera tener que castigarle severamente si insistia en su sistema sedicioso y temerario. Don Fadrique dió con el conde en uno de los corredores de la real casa, y al rozar con su capa le dijo:

—¡Ya van dos, amigo conde!

—No ha llegado á ceñirla todavía, amigo duque.

—¿Caerán?

—Las dos.

Entró el duque en la estancia de don Juan donde se hallaba tambien la reina, quien para probar la conciencia del que tan inútilmente habia inflamado su corazon, se dignó interrogarle acerca de la situacion del reino portugués y concepto que hubiese formado de haber tomado el nuevo título y armas sin haber de antemano procurado ganarse las simpatías de los súbditos.

—¿Merecemos la enhorabuena? preguntó tristemente doña Beatriz á don Fadrique.

—¿No ha de merecerla un posesor de dos coronas? dijo el duque con intencion.

—Temo que Portugal se resistirá, prosiguió la reina.

—Otra corona no se desprecia como quiera, señora; contestóle el duque con afectada gravedad.—Si careciereis de derecho ó si vuestro derecho fuese dudoso, pudierais temer la resistencia.

—Pero ¿si se resiste? repreguntó don Juan.—Eso pregunta la reina.

—Entonces... se conquista á la fuerza, aunque sea entrar á degüello.

—Mendoza es de parecer contrario, dijo la reina; y aun añade que ántes que la conquista debiera hacerse la abdicacion.

—Se conoce, señora, que el mayordomo de palacio no debe su existencia á ningun rey, ni ambiciona ningun trono. ¿Qué rey fuera tan necio de abdicar una corona que le viene por línea recta, una corona que ha de adquirir por derecho propio? Esplorar la voluntad de los portugueses equivaldria á reconocerles el derecho de nombrar el rey que mejor les pareciese, y fuera rebajar la dignidad real conceder á los vasallos una facultad que está en oposicion directa con el derecho divino; pues á Dios solo debeis el trono que ha dejado don Fernando y nadie puede negaros la obediencia. Si algunos obstinados os la niegan, debeis reducirlos á la fuerza, toda vez que no es á ellos á quienes teneis que pedir lo que el mismo Dios os ha otorgado. Vuestra entrada en Portugal debe ser pomposa á la par que imponente; la fuerza armada de Castilla debe entrar con sus reyes en su nuevo reino para proteger á los obedientes y obligar á los rebeldes, aunque para ello sea preciso el derramamiento de sangre. Si así no lo hicierais, os espusierais á una derrota sin mediar combate... y cuando despues quisierais hacer entrar en razon á los disidentes, cuando fuerais á conquistar el cetro que os concedió la ley divina, no bastaria todo el poder castellano para arrancarlo del puño de un usurpador. Castilla en masa debe entrar de sorpresa en el otro reino, y una vez esteis sentados en el trono no habrá quién se atreva á levantarse contra vosotros. La entrada en Lusitania vendrá á decidir la suerte de los reyes castellanos, que debieran arrojar la corona de Castilla ántes que dejarse usurpar la de Portugal. O dos ó ninguna: hé aquí la única resolucion que debierias tomar para engrandeceros y hacer glorioso vuestro reinado.

—¡Bien! dijo el rey, creyendo de buena fé que las palabras del duque nacian de un buen deseo. — Yo me haré rey de Portugal ó dejaré de serlo de Castilla.

—No digais eso, don Juan; respondió la reina asustada por haberla causado nueva alarma la repeticion que hizo el duque

de aquella alternativa que jamás supo borrar de su memoria.

La indicacion del duque prevaleció en los repetidos consejos y consultas que tuvo don Juan acerca del modo mas conveniente de verificar su entrada en el reino vecino. Los votos estuvieron siempre muy discordes. Querian unos que enrase como rey acompañado de su mujer la reina, y córte, pero escoltados de un buen ejército para poner en razon á los que hiciesen resistencia. Otros aconsejaban á los reyes que pasasen á Salamanca y enviasen embajadores á la reina gobernadora de Portugal y á su consejo, recordándoles los capítulos matrimoniales que otorgó el difunto rey con su hija doña Beatriz y el castellano, y advirtiéndoles que el mejor camino que podian tomar era el de la paz, pues el de las armas no podia producir mas que un trastorno de consideracion para ambos reinos. Don Fadrique y el conde don Pedro se opusieron tenazmente á este dictámen, fundándose por una parte en la falta de valor que supondrian los portugueses en el castellano si se valia de las súplicas y exhortaciones para adquirir lo que nadie podia quitarle, y rechazando por otra la idea de recordar á la reina gobernadora unos capítulos segun los cuales no podian los reyes de Castilla tomar el gobierno del reino portugués durante la viudedad de la reina doña Leonor, mientras doña Beatriz y su marido no tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años, á quien, y nó á sus padres, debia pasar el gobierno del reino. Como el contenido de aquel contrato llevaba consigo el desheredamiento condicional de la inmediata sucesora del trono, dijeron el duque y el conde que los medios amistosos y conciliatorios no podian surtir el efecto que se deseaba toda vez que los capítulos matrimoniales eran mas bien en perjuicio que en beneficio de los reyes de Castilla. Añadieron que don Fernando no estaba autorizado para establecer el órden de sucesion á su corona, escluyendo en ningun caso á su hija primogénita, que era reina por derecho divino, y como segun los capítulos matrimoniales no podian gobernar los castellanos el reino de Portugal sino despues de finida la viudedad de doña Leonor y no teniendo hijo ó hija de catorce años, que-

daba en su virtud la princesa privada de gobernar y hasta escluida de la sucesion en el caso de efectuarse las condiciones del contrato. Estas observaciones, hechas con la malicia mas refinada, no dejaron de interesar á la mayor parte de los consejeros, y puesto á votacion este punto interesante quedó resuelto que los reyes verificasen su entrada en Portugal escoltados de un ejército poderoso, dispuesto á someter á la obediencia de los castellanos á cuantos pueblos se atreviesen rehusar á la inmediata sucesora del trono portugués.

El duque de Benavente y el conde don Pedro se dieron recíprocamente la mas completa enhorabuena por la determinacion que el último consejo acababa de tomar, y convinieron en seguir al rey don Juan en sus espediciones despues de oido el parecer de un personaje incógnito que se dirigia á Toledo con urgencia para tratar asuntos reservados y practicar ciertas diligencias de alguna importancia. El rey tuvo noticia de la aparicion de este personaje, y siguiéndole la pista , fué preso en Toledo y encerrado en una cárcel sin la menor comunicacion. El incógnito queria tambien ser rey de Portugal; era el infante don Juan hijo de doña Inés de Castro y hermano espúreo del rey difunto. Don Juan primero venció un fuerte obstáculo con la captura del infante portugués, pero no le bastaba inhabilitar á tan temible pretendiente; era preciso sofocar la rebelion en todas partes para entrar en el pais estraño sin nuevos opositores. Dirigióse á la Puebla de Montalban, y allí puso preso á su hermano don Alonso, que cansado ya de serle fiel entró en inteligencia con los portugueses para la sucesion de aquella corona que tambien pretendia corresponderle por derecho de su mujer, caso de no ser admitida la princesa doña Beatriz. Si bien parece estraño á primera vista que habiendo hijos varones espúreos de don Fernando de Portugal se intentase la sucesion de una hija natural con esclusion de la legítima; sin embargo no debe estrañarse que así sucediese siendo la cuestion mas bien que de derecho, de fuerza de armas; y mas que de fuerza , de intrigas y de favor.

No acomodó por cierto al duque de Benavente que su hermano don Alonso estuviese encarcelado, pero debió disimular su disgusto para que el rey no entrase en sospechas de la conjuracion que ambos habian fraguado á fin de que perdiesen los castellanos el gobierno de la Lusitania. Aun el mismo duque hubiera querido prevalerse de aquel estado de confusion para saciar cumplidamente sus deseos ambiciosos, y á este fin habia propuesto enlazarse con otra hija natural del portugués, contando que teniéndose presentes los buenos servicios que habia prestado á aquella nacion se le nombraria rey sin dificultad, sobre todo habiendo en cierto modo adquirido un mérito por haber sido el primer candidato que se propuso para la mano de doña Beatriz.

—Yo tambien puedo ser rey de Portugal, decia el de Benavente al conde don Pedro.—Con celebrar bodas con cualquiera de las hijas naturales de don Fernando y declararme abiertamente contrario á los reyes de Castilla...

—¡Delirio! respondió don Pedro.

—Me hallara en el mismo caso que mi hermano Alonso, replicó don Fadrique.

—Te hallaras en el caso de no poderte jamás intitularte rey de Portugal... y tal vez de inclinar tu cerviz á quien ménos quisieras que te mandase.

—Tal vez en un momento de confusion.....

—No es esta ocasion de pensar en matrimonios.

—Bien veo que el caso es apurado y urgente. Vale mas pensar en la batalla.

—Tampoco son los combates los que de improviso deben decidir la suerte de aquella nacion.

—Es verdad: lo que yo quiero.....

—Me lo imagino; pero tu hermano está preso.

—¡Vive Dios! Ya está visto: tendré que sucumbir al fin vergonzosamente.

—Tendreis que seguir á los reyes de Castilla y correr la suerte de los vengativos.

—Entiendo: vencer ó morir.

—Peor todavía: vencer ó humillarse.

De las espresiones de don Pedro no podia inferirse si corria de acuerdo con los bastardos; pues por una parte no se le ocultaban los planes de rebelion, y por otra era depositario de la confianza de don Juan y parecia no conformarse con los proyectos del rebelde don Fadrique. La reina doña Beatriz estaba perpleja sin saber qué partido tomar despues de las insinuaciones del duque y del resultado de la votacion en el último consejo. Ella veia con asombro que el rey estaba resuelto á conquistar el trono que dejó su padre don Fernando, si no podia obtenerlo buenamente; ella se sentia conmovida al reflexionar cuán encontrados fueron los pareceres de las personas ilustradas que el rey convocó en consulta para que le dirigiesen; ella, por fin, vió conformarse la mayoría de estas personas, nada sospechosas, con el parecer de un hombre, de quien tenia mucho que recelar. Estas ideas abrumaban su imaginacion y no la permitian augurar felizmente de su jornada á la córte de su difunto padre, porque siempre tenia á su presencia una fantasma que le estaba pronosticando su fatal sino. El rey no queria que la reina conferenciase á solas con el duque, y era esto sin embargo una necesidad de vida ó muerte. Si don Juan hubiese previsto la hipocresía que se habia creado su hermano don Fadrique para vengar la ofensa que entendió recibir no pudiendo enlazar con la primogénita de don Fernando, si hubiese considerado que la nueva é inusitada conducta que observaba el duque podia ser un fingimiento, no hubiera adoptado el medio que votó de buena fé la mayoría del concejo, sino que mas bien se hubiera valido de los medios amistosos que la minoría le habia propuesto, pues no correspondiéndole todavía el gobierno en virtud de las capitulaciones matrimoniales, lo que debia haber procurado era no hacerse odioso y ganarse las simpatías de aquellos que debian rendirle vasallaje, y podian negárselo si se les exigia á la fuerza y con violencia. Don Fadrique lo sabia; no ignoraba el duque el carácter de los portugueses, sobre todo tratándose

de una cuestion de gobierno que llevaba un objeto muy delicado y de la mas alta trascendencia; no dudaba que valiéndose los reyes castellanos de los medios amistosos que aconsejaba la prudencia en la crítica situacion de ambos reinos, podian sacar el partido que anhelaban y ser obedecidos sin la menor oposicion; así como estaba íntimamente convencido de que la menor indiscrecion les escitaba á la rebeldía y á repelerles del reino para no dejarles jamás pisar el suelo lusitano. ¡Hé aquí la causa del dictámen de don Fadrique! ¡hé aquí su buena voluntad hácia el rey su hermano y la legítima heredera del trono de Portugal! La venganza fué á la verdad muy estudiada, y el duque estaba resuelto á llevarla á término; pero ¿cómo podia hacerlo sin el ausilio de don Alonso? ¿De quién podia valerse para combinar los planes revolucionarios y darles oportunamente el impulso que exigian las circunstancias de momento? Porque el rey tenia ya dispuesta y organizada su escolta; el acta de la entrada régia se aproximaba; Portugal no tenia reyes que en aquella sazon fuesen á ocupar el trono... ¿Quién podia ocuparlo? El infante don Juan se hallaba preso en Toledo, don Alonso lo estaba en la Puebla de Montalvan, el maestre de Avis menor de dias que el infante prisionero fué cabalmente quien invitó á don Juan primero de Castilla para que fuése á recibir el cetro que reconoció corresponderle por su mujer, los reyes de Castilla podia decirse que tenian ya conquistada la plaza y que el trono les quedaba bien libre y espedito para ocuparlo cuando mejor les pareciese. Esta consideracion desesperaba á don Fadrique, pero no por eso desistió de su empeño, porque la tenacidad de una revolucion produce á veces consecuencias inesperadas, y podia serlo en la revuelta de Portugal el destronamiento de la reina doña Beatriz. Era sin embargo muy arriesgado el modo de ponerse en inteligencia el duque con las personas influentes del vecino reino, pues tenia por seguro que si escribia á un gefe de partido por creerlo equivocadamente contrario al rey de Castilla y le fuese adicto, pagaba su traicion con la vida: debió por lo

mismo asegurarse de uno que se entendiese con los demás, y se valió al efecto del alcaide del castillo de la Guardia, por donde debian pasar los reyes de Castilla, previniéndole que aunque el obispo hiciese entrega de la ciudad, se abstuviese él de entregar la fortaleza. Esta primera tentativa le salió muy bien al duque, pues á pesar de la escolta imponente que llevaba el castellano y de haberle sido entregada por el obispo la ciudad de la Guardia, el alcaide del castillo se mantuvo firme y no quiso entregarlo. Entonces empezó el rey á dudar del éxito de su empresa, que vió principiar con auspicios muy poco satisfactorios, y no se atrevió á poner sus tropas en movimiento para obligar al alcaide del castillo, porque temió meter la alarma en los pueblos, y esponerse á una derrota vergonzosa. Don Fadrique le instaba para que se hiciese obedecer á la fuerza, pero esta vez no quiso acceder el rey don Juan á los consejos de su hermano, y consideró mas prudente emplear ántes los medios amistosos para no hacerse acreedor á la odiosidad de los portugueses. A este fin resolvió escribir á su suegra la reina gobernadora, á las ciudades y á los caballeros que tuvo por conveniente, invitándoles á que recibiesen por reina á doña Beatriz y á él por rey, en calidad de esposo de la legítima heredera del trono. El resultado de esta medida fué indudablemente mas satisfactorio para don Juan que su entrada en la ciudad de la Guardia, pues los mas se conformaron con la admision propuesta, muy especialmente don Enrique Manuel conde de Sintra, que reunia la apreciable circunstancia de ser tio del rey de Castilla y del difunto rey don Fernando. Tomó el conde el pendon de las quinas y acompañado de mucha nobleza y de algunas gentes de la casa real, recorrió las calles de Lisboa clamando en alta voz, *Real*, *real; Portugal*, *Portugal por la reina doña Beatriz*.

Mientras esto pasaba en Lisboa se mantenian los reyes de Castilla en la ciudad de la Guardia esperando las noticias de la capital, y como quiera que el duque de Benavente instase á su hermano para que le permitiese investigar por sí mismo la disposicion de los pueblos, á fin de reducir por medio de la persua-

sion á cuantos intentasen negar la obediencia á su verdadera reina, no puso el rey ningun reparo en acceder á las insinuaciones del duque, por creerlas de buena fé hijas del mejor afecto.

Partió el duque con una pequeña escolta y tomó el camino de Lisboa mas bien para hostilizar al rey que para prestarle un buen servicio. La idea de llevar á cabo sus proyectos de venganza no abandonó jamás á don Fadrique á pesar de las miradas suplicativas que le dirigia la esposa de su hermano, ya que le era imposible dirigirle la palabra en secreto. Llegó á la capital cuando el conde de Sintra estaba proclamando á doña Beatriz por reina, y fué á hospedarse en el palacio para apersonarse inmediatamente con el maestre de Avis que en aquella sazon iba en busca del conde de Oren para vengar los agravios que le hizo en vida del rey don Fernando, de quien fué privado. Tal era el aborrecimiento que el maestre tenia al conde, que deseaba una oportunidad para darle la muerte. La ciudad entretanto se mantenia indecisa á las aclamaciones del de Sintra, y mientras unos vitoreaban á doña Beatriz y á su esposo el rey de Castilla, otros se declaraban por el infante don Juan que el castellano tenia preso en Toledo. Por de pronto los rumores iban á la sorda, si bien que fuera de la córte la fermentacion tomó incremento por haber revuelto los pueblos otro hermano del prisionero, llamado don Dionís, que manteniendo riguroso incógnito pudo escapar de las pesquisas del castellano. El duque de Benavente no habia podido conferenciar con el maestre, y habiendo sabido que don Dionís entraba en la ciudad, caló su visera y se dispuso para salir á su encuentro: mas de improviso fué sorprendido por unos cuantos hombres que le acometieron puñal en mano y fué á refugiarse en la estancia donde se hallaba el maestre.

—¡Á él, señor maestre! gritaron los asesinos.

El de Avis sacó su espada para envainarla en el pecho del duque, y lo hubiera realizado á no levantar don Fadrique su visera y dádose á conocer.

—¡No es él! esclamaron los confidentes del maestre, y se volvieron.

—¿Sois vos, duque? díjole el maestre envainando su espada.

—Mas vale así; respondió don Fadrique con desenfado.

—Y aun así, replicó el maestre, por poco no os valió el ser quien sois, y el no ser don Juan Fernandez Andero, conde de Oren.

—¿Quereis vengaros?

—Sí, duque; quiero vengarme, y á un tiempo á mi buena madre doña Teresa Lorente, cuya muerte fué ocasionada por el destierro que le dió don Fernando á instancias de ese conde maldito que fué su privado. No fuera yo hijo del rey don Pedro si no le hiciese pagar cara la privanza que tan inmerecidamente obtuvo de mi hermano.

—Si ha de venir á palacio ó salir de él, pronto estareis vengado, porque se necesita andar muy lijero para escapar de esos sayones.

—¡Perdonad, duque! dijo el maestre sonriéndose.—¡Una equivocacion es tan fácil!.... Decidme, don Fadrique: ¿Qué piensan hacer don Juan y su esposa doña Beatriz?

—Permitid que á mi vez tambien os pregunte: ¿Qué pensabais hacer vos con la invitacion que hicisteis á mi hermano para que pasase á recibir el cetro que le corresponde por su esposa? ¿Por qué ibais á privar del gobierno á doña Leonor? Lo bueno es que ahora será preciso que Portugal nombre rey á su gusto, como lo hizo Castilla con mi padre, porque ya está visto que los portugueses no quieren reyes castellanos.

—¿Eso decís? Entonces aprobais las demostraciones que hacen los amotinados en favor de mi hermano el infante don Juan, que el vuestro tiene preso en sus reinos.

—No las apruebo, maestre; porque al fin vuestro hermano está preso y el rey de Castilla no lo soltará. Otro hay mas bien quisto de los portugueses que el infante don Juan... y no es esclavo del castellano.

—¿Otro, decís?

—No llegue vuestra modestia al estremo de haceros el desentendido.

—¿Yo? ¿Hablais por mí, duque? Confieso que nunca me ocurrió la exorbitante idea.....

—Necio fuerais en despreciar la ocasion. Nadie piensa ahora en vos, porque no os dais á conocer; mas si en medio del rumor un accidente cualquiera, una sola voz vitorease al maestre de Avis, con las simpatías que inspirais á todos seriais coronado rey de Portugal á pesar del derecho de doña Beatriz, y de ser vuestro hermano don Juan mayor de dias que vos.

—¡Sois por cierto un buen mensajero del rey de Castilla, don Fadrique! dijo con acento irónico el maestre.

—Me robó la novia y el título. ¡Ya veis si tengo sobrado motivo para estar reconocido al buen afecto de mi hermano! Y pues me usurpó la fortuna, bien puedo sin pecar desear que no se goce en ella.

—Y doña Beatriz ¿qué culpa tiene?

—La de haber admitido un enlace faltándome á su palabra.

—No puede una princesa comprometerla jamás.

—Sí, puede; —contestó enojado el duque.

—¿Cómo?

—Dejando de ser princesa. Este rasgo de abnegacion le hubiera bastado á doña Beatriz para recibir de manos del pueblo esa misma corona que hubiera rehusado. Y ahora.... no será reina... ¡vive Dios, que no lo será! porque el pais no la quiere.... y vos, maestre, debeis ceñir la corona.

—Me dais tentaciones de probar fortuna.

—Hacedlo en un momento de efervescencia.

Apenas el duque de Benavente acababa de dar este consejo, al maestre de Avis, se oyeron blandir espadas en los corredores del palacio; la voz de *¡socorro!* llamó la atencion de entrambos, y salieron precipitadamente á ver lo que ocurria. Eran los confidentes del maestre de Avis, que acosaban al conde de Oren don Juan Fernandez Andero.

—¡Traidores! gritaba el conde. —¡Maestre de Avis! sois un cobarde. Vos solo debierais presentarme el cuerpo, y pelear como caballero en el campo de honor.

—Como caballero no has de morir, nó, —dijo el maestre enfurecido. —Tu muerte será la de los viles y de los infames. ¡Muere!

Le envió una estocada, y sus confidentes completaron la obra cosiendo á puñaladas el cuerpo del conde de Oren. Don Fadrique salió á la calle y esparció la voz de que el conde habia muerto al maestre, cuya falsa noticia produjo la alarma que el duque se habia propuesto para exasperar los ánimos y dar á la revolucion el impulso que convenia en aquel estado de cosas, atendidos los planes de venganza que tenia concebidos. Hubo entonces tal alboroto en la ciudad que era ya imposible contener las masas. Entraron estas de improviso en el real alcázar para hacer trizas del conde, que se reputaba el autor de tan terrible asesinato. Las gentes agrupadas en la plaza preguntaron por el maestre de Avis, y tuvo este que asomarse á una ventana y decirles que estaba salvo.

—¡Viva el maestre de Avis! gritó el duque de Benavente.

—¡Viva nuestro rey! contestaron los alborotados... y empezaron á declararse contra Castilla.

Un accidente tan estraño é imprevisto decidió el reinado de Portugal en favor del maestre, aunque al principio no fué proclamado mas que gobernador del reino, ínterin permaneciese preso en Castilla el infante don Juan, á quien querian por rey los portugueses. Las cosas llegaron á tal estado de agitacion que no era fácil contener los escesos de una plebe amotinada, ni convenia al de Avis sosegar los ánimos, toda vez que con las demostraciones contra Castilla vió que el pueblo estaba de su parte, y pudo sin dificultad apoderarse de las fortalezas de Lisboa.

La revolucion iba aumentando el prestigio, los pueblos circunvecinos se declararon partidarios del glorioso pronunciamiento, en todas partes se sintió resonar por el espacio como un grito de maldicion el de «¡mueran los castellanos!» Parecia que la ciudad temblaba como si la tierra esperimentase repetidas oscilaciones, como si estuviese próxima la esplosion de un volcan. ¿A qué tanto rumor?... El volcan iba á esplotar

esplotar, mas ¡ay! que no era fuego lo que despedia! ... era un volcan de sangre.

Una mujer que vestia hábito de penitencia, con la faz velada y los piés desnudos, y un crucifijo en la mano recorrió las calles de Lisboa implorando clemencia al Dios de las alturas. Nadie escuchó sus preces, ni quiso acompañarla en ellas, ántes bien la amenazaron, y una persona bien intencionada que salia del palacio real la aconsejó que se retirase.

—Debiera retirarme, es verdad, dijo la mujer misteriosa; pero ¿quién defenderá los hijos de Castilla, si yo me retiro?

—¿Podeis salvarlos acaso? preguntóle el caballero.

—Ya lo sé, mas puedo escitar vuestro celo para que vos los salveis.

—¿Yo? ¿No conoceis por mi acento bastante pronunciado que tambien soy castellano? ¿No veis, buena mujer, que yo tambien me he de poner á salvo?

—Vos debeis pelear. Si en vez de tomar mi mano un Crucificado, pudiera como vos blandir el acero, no olvidara como vos lo que debo á mi pais y á mis padres.

—¿Fué vuestro padre un buen soldado?

—Tanto como el vuestro.

Fijó el caballero la vista en el pecho de la muger y sintió una emocion incomprensible; mas bien pronto un temor vago le obligó á desistir de la curiosidad que le arrastraba á investigar el orígen de la desconocida. Los gritos de los sublevados se dirigian todos al esterminio de los castellanos, que se hallaban en Lisboa; un grupo que se habia formado en las inmediaciones del palacio empezó á trazar planes de destruccion, y oyó la mujer misteriosa que se habia propuesto atacar la casa episcopal, por ser hijo de Zamora el virtuoso prelado.

—¡A Dios, hijo de don Enrique! dijo la mujer al caballero.—Acuérdate de tu padre.

Dijo; y echó á correr con la velocidad de un dardo, de-

jando al curioso con la palabra en la boca. Era el duque de Benavente á quien reconvenia aquella mujer. Don Fadrique retrocedió otra vez para ponerse bajo el amparo del maestre de Avis, quien agradecido del buen servicio que le habia prestado, le dispensó toda su proteccion, y aconsejóle que durante aquellos momentos de efervescencia no se separase de su lado. Entretanto la mujer penitente con un valor heroico penetró en el motin, y cruzando las filas de los ballesteros se escurrió de entre los amotinados para poner en conocimiento del buen prelado el peligro que le amagaba.

—¡Salvaos, señor! dijo llorando la mujer incógnita al obispo.

—¿Que yo me salve? contestóle azorado el inocente pastor.

—Sois castellano, y hoy en Lisboa no hay respetos ni piedad para los hijos de Castilla.

—Seas quien fueres, yo te bendigo, hija mia. Roguemos por ellos; por los malos, que no pueden rogar.

—¡Daos prisa, padre mio!

Los sublevados se acercaban, y apenas le quedó tiempo al obispo para encerrarse en la torre de la iglesia. Detúvose la mujer en el umbral de la puerta, y presentando á las gentes alborotadas el santo Cristo que llevaba.—«¡Teneos! les dijo; la casa de Dios es el asilo de los pecadores que en ella se refugian. El obispo está en salvo!.... ¡Atrás, miserables!... ¡Sacrílegos! no deis un paso é hincad la rodilla ante el Redentor que derramó su sangre para purificar la vuestra, para que no derrameis la del prelado que es su ministro.

Detuviéronse los amotinados, é hincaron la rodilla obedeciendo al impulso de un sentimiento religioso. Mas... ¡qué horror! en medio de ellos y desde lo alto de la torre fué arrojado el obispo hecho cadáver á cuchilladas por unos cuantos sublevados que se hallaban á propósito en la iglesia para sorprender al prelado en el caso, desgraciadamente cierto, de refugiarse á ella. Un grito de horror asombró

aquel motin, y los sublevados confusos apenas se atrevian dirigirse una mirada.

—¡Pobre! esclamó la penitente.—¡Mártir castellano!.... Bien dijisteis ¡infeliz! que habíamos de rogar por ellos.

Disipóse el tumulto, y aquella mujer misteriosa desapareció de Lisboa como una fantasma.

La reina gobernadora llena de temor y de sobresalto suplicó al maestre de Avis que le facilitase los medios necesarios para salir de la ciudad y salvarse del conflicto á que se creia espuesta. Proporcionóle el maestre una escolta, con la cual pasó á la villa de Alanquer y de allí á Santaren, siguiéndola el duque de Benavente, quien despues de haber tomado venganza temió ser víctima de ella. Quedó, pues, el maestre dueño de Lisboa y mas todavía del corazon de los portugueses, quienes no cesaron de clamar que no querian por reina á doña Beatriz, y ménos por rey á don Juan primero de Castilla. Don Fadrique pasó á la Guardia con cartas de doña Leonor para el castellano, en que le participaba lo ocurrido y el gran partido que tenia en el reino el maestre de Avis; no obstante le advertia que con su ayuda no perdia las esperanzas de reconquistar las plazas ocupadas por los infidentes, pues ella contaba con parientes y amigos muy poderosos. Instóle al mismo tiempo para que pasase inmediatamente á Santaren, donde le aguardaba para hacer la entrega de las fortalezas, y renunciar en él el gobierno del reino.

No bien hubo llegado don Fadrique, se le acercó tímidamente doña Beatriz para que la informase del estado de las cosas y disposicion en que se hallaban los moradores de los pueblos por donde habia transitado hasta llegar á la capital.

—¿Qué es de Lisboa, duque? preguntó sobresaltada doña Beatriz.—¿Qué del reino lusitano? ¿Podré intitularme reina de Portugal?

—Esta corona, Beatriz, contestó el duque en voz baja, no es para vuestra cabeza, porque pesa mucho. Contentaos

con la que ciñen vuestras sienes, pero no olvideis que me dijisteis: «ó dos, ó ninguna.»

—¿Qué dices, Fadrique? preguntó á su vez el rey, que no pudo oir cuanto su hermano habló á la reina con cierta reserva y misterio.

—Que es preciso hacerse respetar mas por esa gente insubordinada, respondió el duque.—El pronunciamento de Lisboa es espantoso; el obispo ha sido bárbaramente asesinado á cuchilladas y arrojado su cadáver á la calle desde la torre de la iglesia; yo he salido vivo por milagro..... En fin, hermano, los castellanos residentes en la capital van á ser sacrificados todos por la ira de los portugueses. Somos perdidos; el maestre de Avis os ha vendido, y trata de usurparos la corona.

—¡El maestre! esclamaron á un tiempo don Juan y doña Beatriz.

—El mismo que os dió conocimiento de la muerte de don Fernando y os invitó para que vinieseis á recibir el cetro, sin duda con la malvada intencion de acabar con vuestras vidas. Sí: el maestre ha sido un traidor, que os ha vendido, contando que entrariais sin fuerzas como reyes de paz, y que con el prestigio que tiene podria apoderarse de vuestras personas y del mando de Castilla. Sus pensamientos son muy altos, y su ambicion infinita; yo me atreví á reconvenirle por su proceder innoble y tan poco caballeroso, y por su infame iniquidad en dar cobardemente la muerte al conde de Oren á fin de exaltar los ánimos y hacerse un partido imponente. No sé como tuve valor para tanto, y como no me hizo correr la suerte del conde. Por eso me dí prisa en escapar como pude.

—¿Y mi madre? dijo tristemente doña Beatriz.

—La dejé en Santaren, donde escribió las líneas que vienen en este pliego.

Don Juan tomó la carta de su suegra que leyó muy conmovido, y resolvió partir inmediatamente á la hermosa ciudad que Alfonso Enriquez ganó á los sarracenos.

—Renunciar definitivamente el cetro ó conquistarlo; dijo el duque aparentando buen deseo en favor de sus reyes.

—¡A las armas! gritó don Juan.—Sígueme, Fadrique: no es larga la jornada; y aunque para llegar á su término tengamos que pisar un suelo resbaladizo cubierto de nieve, las fuerzas no nos han de faltar; porque el calor sobra en nuestros pechos. ¡Atropellen mis hombres á esos pueblos insensatos..... maten, degüellen y cébense en sus víctimas! todo es lícito contra el portugués.

Montaron los reyes á caballo, y acompañados de su escolta se dirigieron á Santaren á pesar de la aspereza del camino, pues habia caido mucha nieve. La frialdad con que fueron recibidos durante su viaje, fué otra prueba inequívoca de lo poco que debian esperar de aquellas gentes. En Coimbra fueron rechazados por otro hermano de la reina viuda, quien no tan solo se resistió á hacerles entrega de la ciudad, sino que ni quiso darles acogida, ni siquiera decirles palabra. Hizo otro tanto el maestre de Cristo que estaba en la fortaleza de Tomar, no obstante sus relaciones de parentesco con la reina doña Leonor, de quien era sobrino. En una palabra, los reyes castellanos no hallaron señal alguna de buen auspicio hasta Santaren, donde la reina viuda les hizo entrega de las fortalezas y renunció en ellos, mal de su grado, la gobernacion del reino, lo que ocasionó que muchos caballeros diesen obediencia á los reyes don Juan y doña Beatriz y les entregasen varios castillos y fortalezas.

—¿Qué habeis hecho, señora? dijo en secreto un caballero castellano á la reina doña Leonor.

—Salvarme, respondió la reina; la necesidad me ha conducido á este sacrificio por culpa de mi hija, que no debia haber consentido mi renuncia faltando al contrato matrimonial que firmó su padre.

—Coimbra os será entregada.

—Tengo mi hermano allí.

—No conteis que vuestro hermano haga la entrega yendo con don Juan.

—¿Pues quién?

—Yo, señora. Quiero devolveros el gobierno que os ha sido arrebatado; pero es preciso llevar las cosas con disimulo. Le he dicho á don Juan que habia esperanzas de conseguir la importante capital de Beira, de esta ciudad magnífica que es patria de seis reyes, y puede hacer á Lisboa la forzosa estando allí vuestra alteza; pero sola, señora: absolutamente sola. Si entra el castellano, Coimbra se resistirá.

—Entonces.....

—El duque de Benavente está enterado de todo y os dirá lo que debeis hacer. Sed de nuevo reina gobernadora para renunciar luego el gobierno en el maestre de Avis, que os dará ricas posesiones, entre ellas Coimbra. Portugal os quedará reconocido, porque al fin el maestre es portugués. Si gobernara doña Beatriz sin la intervencion de su esposo seria por todos bien recibida la hija de don Fernando, pero quien tomaria entonces el gobierno del reino seria don Juan, y á eso no se avienen ni pueden avenirse los moradores de la Lusitania. Es cosa ya resuelta, señora; don Juan primero de Castilla nunca será rey de Portugal.

—No lo será, nó, dijo doña Leonor con firme resolucion. —Yo no quiero que lo sea... y no lo será.

¡Hé aquí la reina gobernadora conjurada tambien contra don Juan primero! Con la esperanza que se dió al rey de que la ciudad de Coimbra le seria entregada por ser su gobernador hermano de la reina viuda, se trasladó allí con su esposa y doña Leonor invitándole á la obediencia, comisionando al conde don Pedro para que se lo hiciese presente en su nombre, en el de doña Beatriz y en el de la reina gobernadora. Siguieron á don Pedro muchos hombres armados, y en vez de cumplir el mensaje, se pasaron todos á la plaza del portugués. ¡Y era don Pedro el caballero en quien tanto confiaba el rey de Castilla! ¡Y era el que hizo traicion á su rey y estaba mancomunado con don Fadrique y doña Leonor para sostener y sancionar el pronunciamento de Lisboa! Don Juan sospechó la inteligencia en que debió estar

la reina viuda de todo cuanto habia ocurrido, y dándose un golpe en la cabeza, esclamó: —«¡Todos me son traidores... hasta la madre de mi mujer!» Doña Beatriz se azoró y dió un abrazo á su madre, á quien creyó inocente de la imputacion que la dirigió el rey.

—No es posible, dijo la reina de Castilla á la viuda del portugués.—No es posible que mi madre se declare mi enemiga. ¿Qué os hice yo, señora?

—¿Tú tambien te atreves á ultrajarme? respondió doña Leonor.—¿No son bastantes para mi desventura las ofensas de tu esposo, que todavía quieres aumentarlas con impertinentes suposiciones y atrevidas dudas?

—¡Ah, nó, madre mia! yo sé bien que vos quisierais verme reina del universo.

—¡Mentira! respondió don Juan.—Ella quiere ser la reina y te tiene envidia.

—¡Don Juan! esclamó la reina madre.

—No me engañan ¡vive Dios! vuestras protestas fementidas, y esas maneras hipócritas con que tratais de alucinar á vuestra hija mientras preparais los medios de destronarla. ¡Vive el cielo, que se necesita saber ahogar á la misma naturaleza para ambicionar una madre la suerte de una hija querida!

—¡Don Juan!.... no me maltrateis. ¿Cómo podria hacerme proclamar reina, siendo mi hija, mi idolatrada Beatriz, la sucesora del trono? ¿Con qué título me hiciera soberana del reino? ¡Oh! si tal pensara, seria mas digna de compasion que de desprecio, porque hubiera perdido enteramente el juicio.

—El corazon de madre habeis perdido; porque sabiendo que Beatriz no puede, segun el tratado matrimonial, entrar en el gobierno mientras vos permanezcais viuda y ella no tenga prole de catorce años, estais bien segura de ser vos sola la reina de Portugal, á lo ménos por el largo espacio de catorce años, no quedándole á vuestra hija mas que el título durante este período. Si así no pensais, y si á tal es-

tremo no llega vuestra sed implacable de seguir gobernando á todo trance..... en este caso, señora, quereis otra cosa peor: quereis que la corona que pertenece á vuestra hija sea ceñida por las sienes de algun hijo espúreo de vuestro esposo. ¡Qué infamia! ¡Qué bajeza en una reina!

—Sed mas justo y razonable, don Juan.

—¡Callad, señora, callad!—dijo el rey con desenfado. Cuando hablasteis al conde don Pedro., os pusisteis de acuerdo los dos.

—Nó; replicó doña Leonor. Yo os acompañaré á poner el cerco á la capital, y vereis como á mi sombra se rendirá la plaza y con ella el reino.

—A la orilla derecha del Duero aguardareis mi vuelta.

—¿Dónde? preguntaron á la vez la reina viuda y doña Beatriz.

—En Tordesillas, contestó el rey.

—¿En el palacio? volvieron á preguntar sus altezas.

—Donde podais rogar á Dios por la suerte de vuestra hija. El templo será vuestra morada.

—¡Presa me conducen, hija mia! esclamó doña Leonor llorando amargamente.

En vano trató de buscar consuelo en el seno de doña Beatriz; en vano intentaban las dos reinas escitar hácia la madre la compasion del rey. La suerte de doña Leonor estaba decretada, y tuvo que ir presa á Tordesillas, donde el rey la mandó guardar en un convento de monjas.

Hallábase don Juan en los afueras de la ciudad, y desde la casa en que se habia hospedado oyó rumor en la calle. Supo que un centinela impedia la entrada á una pobre mujer vestida andrajosamente, que se titulaba adivina. Llevaba el rostro escondido dentro un pañuelo de gasa, y las gentes la zumbaban y querian ver sus facciones, á lo cual se resistia dando gritos de «¡socorro!» El rey dispuso que Mendoza fuése á ausiliarla y se la presentase, porque deseaba saber cual seria su destino, aunque se lo dijese una bruja. Entró, pues, la adivina en la estancia de don Juan, que con su

hermano el duque de Benavente la estaba aguardando. Mendoza se retiró, y hallándose sola la mujer con los dos hijos de don Enrique volvió la vista en torno suyo, y despues de esta prevencion misteriosa preguntó con voz apagada y fingida: — «¿Por quién he de empezar?» y habiéndole don Juan contestado que empezase por el que quisiere, lo hizo aparte con el duque de Benavente.

—¡Zozobrais ya, duque vengativo, porque hay en Toledo una cárcel, hay otra en la Puebla de Moltalvan y un convento de monjas en Tordesillas! Como habeis quedado solo, podrá ser que á vos no os llegue el turno, pero... cesad: ved que no os ha de valer siempre la indiscrecion. Ya estais vengado ahora.

—¿Yo? dijo el duque sorprendido.

—Cuando una mujer os pidió socorro por el prelado zamorano, dijisteis que vos erais tambien hijo de Castilla y le dejasteis matar. ¡Vos que siendo castellano fuisteis el primero en vitorear al maestre de Avis!

—¡Calla por Dios! no lo digas al rey...

—Si ha de venir vuestro turno, no será la adivina quien os conduzca á él.

Volvióse en seguida á don Juan primero y le dijo:

—El duque está despachado y puede retirarse, señor, porque á vos quiero hablar con mucha reserva.

Salió don Fadrique y la adivina se dió prisa á entornar la puerta.

—Solos estamos, don Juan, díjole al rey la mujer misteriosa.—No os faltaba otra cosa para vuestra desdicha que la ambicion de ocupar dos tronos, como si con uno no tuvieseis de sobras para ser bien infeliz.

—¿Empiezas por augurarme una gran desgracia?

—Muy grande, rey de Castilla. ¿Os acordais, señor, cuando á poco de haber espirado vuestra bondadosa madre, un monge de San Gerónimo os aconsejó que hicieseis penitencia? ¿La habeis hecho don Juan? No la habeis hecho, nó; pero estais á tiempo todavía. Desde entonces ¿cuántas degracias habeis contado?

— Pasaron ya.

— ¡Cuántas contaréis! ¿Cómo quereis que el cielo os dé su ayuda, si no pedís perdon á Dios por haber protegido el cisma de la Iglesia?

— ¿Cómo lo sabes?

— ¡Toma! ¡si soy adivina...!

— No debes de ser bruja cuando me hablas tanto de Dios y del cielo. Además eso de llevar la faz velada... ¿Podré verte la cara siquiera para formarme una idea?..

— Nó, nó, don Juan. — Mi rostro no habeis de ver mientras esteis en pecado.

— Si quisiera...

— Mal caballero no fuerais por tan poca cosa. Pensad alguna vez en los muertos y en aquellos que viven y sin embargo han muerto para vos.

Dijo la adivina y dirigióse á la puerta.

— ¿Vas á salir?

— Sí, don Juan.

— ¿Tan pronto?

— Creed lo que os digo y no os fieis de los que os rodean, mas que de vuestro mayordomo y de la adivina.

— Espera.

— No faltará quien á menudo os recuerde mi profecía, señor. Permitid que me despida.

— ¿Sin conocerte?

— Mas tarde.... ¡quizás!

Salió por fin, y á pocos pasos de la estancia del rey dió con Mendoza, á quien tocó lijeramente la cara sin decirle palabra. Vió la reina aquella accion, y al observar al trasluz de la gasa negra que cubria el rostro de la adivina unos ojos relucientes y mas negros todavía que el velo que los ocultaba, sintió clavársele una espina en el corazon, porque aquellos ojos no debió el Hacedor haberlos formado para oscurecerse en un rostro despreciable.

— Ya estais celosa; dijo sonriéndose la adivina al pasar por delante de la reina.

Doña Beatriz se sorprendió, y despues de haberla dado una mirada de indignacion se volvió á Mendoza que estaba como perplejo.

—¿La conoces? preguntó la reina al mayordomo.

—¿Cómo he de conocer, señora, á una mujer de tan mal porte y de tan malos modales? No la habia visto en mi vida, y sin embargo se ha tomado la libertad de tocarme la cara. ¡Habrá insolencia!

—¿Quién sabe si habrá tocado tambien la del rey?

—¡Señora! ¿qué estais diciendo?

—¡Ah, Mendoza! Esta mujer es un ser misterioso. Ni tú, ni yo la conocemos; mas el rey.... á estas horas la conoce perfectamente; mas de lo que yo quisiera.

Al bajar la escalera dió la adivina con el maestre don Pedro Fernandez, y sin detenerse le dijo: «¡Fernandez! no faltará quien os pida cuenta de haber ofendido á una mujer en el templo de Dios y usado el nombre del rey para encubrir mejor el odioso ultraje.» Pasó doña Beatriz á la estancia de su esposo, y viéndole pensativo y meditabundo le preguntó por la causa de su distraccion.

—¿Qué tienes? le dijo.—¿Qué te ha dicho esta mala mujer, que desde que la has visto te has entristecido repentinamente?

—Nada, Beatriz: me ha recordado cosas que me afligen y quisiera no haberlas oido. Mas tú me has asegurado que esta mujer era mala. ¿La conociste acaso?

—No la conocí. Y tú don Juan, ¿has llegado á conocerla?

—¡Ojalá!

—Estraño que habiendo tenido la precaucion de entornar la puerta, y despues de haber permanecido aquí largo rato..... sola contigo, no se te haya dado á conocer.

Sonrióse don Juan por no ocultársele la malicia de aquella reflexion.

—¡Y no es que sea corta de genio! añadió la reina; dígalo sino Mendoza tu mayordomo, á quien tocó la cara afectuosamente como si le fuese familiar.

—¿A Mendoza? ¿Eso ha hecho aquella mujer vestida de andrajos?

—¡Mucho te pesa!

—Sí, por mi vida; porque al fin quiero mucho al mayordomo y.....

—¿Le aborreces ya?

—No le tengo odio por eso, mas..... siento que la mano atrevida de una mujer toque á mi mayordomo, nada ménos que en la cara. ¡Y cómo se habrá ruborizado Mendoza!

—¡Qué ironía!

—Deja tus escrúpulos, Beatriz, y prepárate para continuar el viaje; porque este reino... si la adivina no miente, nos ha de costar muy caro. Me augura desgracias inevitables que me han de venir del cielo, porque obedezco á Clemente VII. Por lo visto esta mujer no es clementista y me acusa de cismático, mas desprecio ese temor vago que puedan haberme infundido sus palabras; porque no hay que fiar tanto de una mujer misteriosa que obra tal vez por cálculo mas bien que por ciencia, y deduce el porvenir por lo que cree mas bien que por lo que sabe. Puede ser un agente de Urbano ó de doña Constanza ó del maestre de Avis para meterme miedo y no lo lograrán; pues su poder es muy débil para contrarestar el mio. Ellos lo saben y temen; mas les conviene disimular su impotencia y tratan ahora de amedrentarme con el poder del cielo.

—Entonces he dicho bien que la fingida adivina era una mala mujer; pues segun el juicio que has podido formar de ella, si no es bruja es espía... y en ambos casos debia desaparecer del mundo.

—¿Cómo así? Don Juan primero de Castilla no proferirá jamás una sentencia de muerte por meras apariencias. ¡Eso nó, Beatriz! ¡Bruja! no llega á tal estremo mi loco fanatismo: tal vez es santa. Si fuera una despreciable confidente ¿qué vengaria yo en ella? Dejemos en paz á una mujer infeliz, que pudieran sus actos ser hijos de una buena intencion, y no demos importancia á sus pronósticos hasta despues de haber

visto un resultado. Tranquilízate y piensa en que voy á conquistar la corona que te ha usurpado el maestre de Avis.

¿Estaba celosa la reina? ¿De quién? Cuando gustosa hubiera dado su preferencia al duque de Benavente, si las razones políticas de los dos reinos enemigos no la hubiesen precisado á enlazarse con el castellano, poco debian importarle los torpes halagos y las caricias que dedicara su esposo á otra mujer. Pero ¿á esa adivina andrajosa pudo creer que don Juan se dedicara? Nó; doña Beatriz entendió que el traje de la mujer misteriosa era un disfraz y se convenció de ello al observar su precaucion de esconder el rostro detrás de un velo negro. Por eso se previno contra ella; por eso quiso probar si la mano del mismo rey le arrancaria la máscara. Por lo demás la reina estaba deseosa de un pretexto para entrar en inteligencias secretas con el duque; pero en vano, porque ni el rey ni el duque se hallaban dispuestos á satisfacer sus deseos.

Don Juan tuvo consejo, y en él se suscitó la duda de si pondria sitio formal á Lisboa, ó bien si recorreria el reino apoderándose de lo que pudiese con motivo del contagio que reinaba en la capital y sus cercanías. Mendoza era de parecer que se adoptase el último medio por creerlo mas humano, toda vez que el contagio aumentaba progresivamente y el ejército tenia que sufrir considerables bajas.

Necesitamos la fuerza, dijo Mendoza, y el contagio diezmará nuestros soldados.

—No es esta ocasion de pararnos en los medios para conseguir el fin que nos hemos propuesto, contestó el maestre Fernandez. —Para entrar en Lisboa se necesita sitiarla haya ó no haya peste, mueran pocos ó muchos. El trono está allí y en él debemos sentar á doña Beatriz y coronarla reina de Portugal.

—¡Señores! replicó el mayordomo del rey, yo no temo por mí, ni por vosotros. La vida de nuestros reyes queda tambien espuesta al rigor de la enfermedad reinante.

—¡Gracias, Mendoza! respondióle afectuosamente don Juan. El rey estará con vosotros corriendo los peligros que la Providen-

cia nos envia para nuestro azote: la reina se pondrá á salvo.

Quedó resuelto el cerco y empezaron las fuerzas castellanas á distribuirse por las inmediaciones de la capital, estrechando por mar y tierra á los enemigos. Al salir del consejo se presentó de nuevo al rey la misteriosa adivina para reprobar la determinacion que se habia tomado.

—¿Poneis sitio, don Juan? preguntó la mujer.

—Sí, por cierto; respondióla el rey.—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque pica peste, y de estos caballeros que os acompañan.... si mi saber no miente, muy pocos se salvarán, y no entrareis en Lisboa.

Desapareció la incógnita y cumplióse la profecía, pues fueron víctimas del contagio los nobles que eran tenidos en mas estima por su valor y altos conocimientos. Fué víctima el almirante Tovar que tantos dias de gloria habia dado al pabellon de Castilla; fuéronlo tambien el maestre don Ruy Gonzalez Mejía, don Pedro Ruiz Sandoval, el camarero del rey don Pedro Fernandez de Velasco, don Pedro Nuñez de Lara, don Pedro Ruiz Sarmiento, el mariscal don Fernando Álvarez de Toledo y otros infinitos. Hallábase en aquella sazon con el rey su cuñado el príncipe de Navarra, y ambos trataron con los del consejo sobre lo que debian hacer, y entonces prevaleció el dictámen de Mendoza que fué retirarse los reyes á Castilla y volver, cesada la peste, á pedir el reino. Mal de su grado hubo el rey de acomodarse á ello, pues muriéndosele cada dia del contagio aproximadamente unos doscientos hombres, muy pronto hubiera quedado sin fuerzas para hostilizar al portugués; así debió dar la vuelta para su reino y tomar la direccion de Sevilla, dejando buenos presidios en las plazas que le fueron obedientes.

No bien hubo don Juan emprendido su regreso acompañándole la reina y córte, volvió á aparecérsele la mujer misteriosa.

—¡Adios, rey de Castilla! le dijo.—Si hubieseis creido á la que bien os quiere, no tocarais ahora la retirada con el corazon lleno de tristeza y de luto.

—¿Te quedas tú? preguntóla el rey.

—Sí, don Juan: la caridad me llama á correr el riesgo de que vos vais á libertaros. Si muero, pensad en la adivina; y si salgo en bien... mas de una vez os la recordaré con mi presencia para que no se os olvide.

Don Juan palideció; la reina sintió hervir la sangre en sus arterias; Mendoza quedó como perplejo y el duque de Benavente... se puso muy contento al ver lo que pasaba. Durante el sitio de Lisboa, viendo el maestre de Avis que á pesar de habérsele muerto á don Juan en ménos de dos meses mas de dos mil hombres de armas insistia tenazmente en continuar el cerco, trató de acomodamiento y propuso que se le dejase el gobierno del reino hasta que doña Beatriz tuviese hijo de catorce años, conforme debian hacerlo con doña Leonor. El rey de Castilla no se avino á esta proposicion, ni aun despues de haber regresado á Sevilla, prefiriendo sucumbir á la fuerza de las armas á diferir la posesion del gobierno portugués para cuando tuviese un hijo de catorce años, que ignoraba todavía si le habia de nacer. El queria gobernar, y eso no lo hubiera conseguido admitiendo la proposicion del gran maestre.

Fundóse en aquel entonces una casa hospitalaria en las inmediaciones de Lisboa con el fin de socorrer á los sitiadores que se hallasen atacados de la peste. Hallábase al frente del piadoso establecimiento una gran señora que vestia el hábito de hermana de la caridad y tenia bajo su direccion otras hermanas que con amor religioso cuidaban con el mayor esmero á los enfermos contagiados. Algunos caballeros castellanos recorrian los pueblos de las inmediaciones de Lisboa, causando en ellos gravísimos daños, ora saqueando las casas, ora seduciendo á las mujeres, atropellando en fin todas las leyes de la humanidad y del decoro. Como un castigo del cielo la mayor parte de ellos fueron víctimas del contagio. El maestre de Santiago don Pedro Fernandez corrió tambien la suerte de los caballeros malhechores. Hallábase con los reyes de Castilla cuando se despidió de su vaticinadora, y deseoso de investigar quién podia ser aquella mujer que no

permitia á nadie verle el rostro, ni aun al mismo don Juan, la fué siguiendo hasta la casa hospitalaria, donde entró la adivina, y á pocos pasos de ella se introdujo el maestre, causando sorpresa á las pobres hermanas de caridad el atrevimiento del distinguido personaje. Las atenciones y respetos que guardaban las hermanas á la mujer andrajosa convencieron al maestre de que era la principal entre ellas, persuadiéndose de que seria sin duda la misteriosa fundadora, la cual era objeto de admiracion entre la nobleza de Castilla. Esta idea picó mas y mas la curiosidad de Fernandez, quien á todo trance quiso conocer á la adivina.

—¡Atrás, caballero! dijo la buena mujer.

—No sois vos bastante fuerte para obligar á un maestre de Santiago á que retroceda un paso, —contestó Fernandez.

La adivina penetró en un aposento, y el temerario maestre tuvo la audacia de seguirla y entornar la puerta despues que hubo entrado, quedando solo con la desconocida. En vano llamó esta á las hermanas para que le prestasen socorro; Fernandez se habia propuesto conocerla y no desistir de su empeño á pesar de la firme resistencia por parte de la ultrajada.

—Para vos nada hay seguro; dijo la mujer al atrevido. Esta es mi casa, señor; tenedlo entendido.

—Ni vuestra morada ni el templo fueran obstáculo para impedirme el que yo llegue á conoceros.

—En el templo y en la morada penetrais en nombre del rey.

—Esta vez no me conducen aquí sus mandatos, ni en Toledo perseguí á la fugitiva por órden de don Juan. En mi nombre y valiéndose de mi persona quiso el rey alcanzar unos amores que á mí solo debian pertenecerme; á mí que coloqué á Mendoza en la cúpula del favor, esperando que Violante no me seria ingrata. Cuando desapareció la heroica dama y el rey perdió toda esperanza, cuando la ví en la capilla de los Reyes Nuevos orando devotamente por el otro rey, se avivaron mis deseos de apropiarme á la que me hizo perder mi dignidad, ó fué al ménos causa de que me la

hiciese perder don Juan. Quiero á mi rey, pero no le sóy tan adicto que me comprometa á ser cómplice y encubridor de sus amores sin provecho propio. El rey pretendia jugar conmigo, yo con el rey; ambos buscábamos un mismo resultado, perdimos los dos y quedamos iguales. Ahora ha pretendido el rey conocer á la que le tiene vaticinada la suerte; yo no he de ser ménos que don Juan..... Tengo mi empeño en ello, mi curiosidad, mis deseos de encontrar lo que hasta hoy he buscado en vano y de ser feliz. ¡Señora! ¿os parece si yo desempeñara tan bien como vos el papel de adivino? Yo tambien sabria vaticinaros vuestra suerte.

—¿Ignora don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, que el que en este sitio entra sano puede salir muerto?

—¿Por qué me lo preguntaís?

—Para vaticinaros que vuestra felicidad puede convertirse en una fantasma.

—No está tan cerca de mí la muerte, que no me quede tiempo para ver un rostro que se habrá ocultado á todos los hombres, á todos..... ménos á mí.

—¡Imprudente!

—¡Señora! yo no me he de ir sin veros.

—¡Apartad esa mano, señor! esclamó la mujer rechazando al mal caballero, que tuvo la audacia de tocar el velo que cubria su rostro. —Ved que los ojos se os inflaman y la fulminante peste os cae encima con todo rigor. ¡Miserable! no quereis iros sin verme, mas...¡ ay de vos que cuando me habreis visto ya no os podreis marchar!

Las facciones de don Pedro Fernandez palidecieron súbitamente y muy pronto tomaron un color de tierra; la fiebre se apoderó de él, le entraron convulsiones atroces y tuvo que tenderse en el suelo no pudiendo soportar los agudos dolores del mortífero contagio.

—¡Dios me castiga! esclamó el paciente. —Su justa ira se ha fulminado al fin contra mí... ¡y vos me lo habeis pronosticado! Creo en Dios, mujer sublime, y creo tambien en vuestra profecía.

—¿Quereis conocerme ahora? dijo con voz apagada la misteriosa adivina. —¡Vedme ya!

Corrió su negro velo, y la hermosura de su rostro deslumbró al contagiado, quien dió un grito plañidero de entusiasmo y de arrepentimiento.

—¿Quereis saber, don Pedro, á quien habeis ultrajado? preguntóle la hermana. —Escuchad.

Hincó su rodilla junto á la cabeza del enfermo y le dijo al oido una palabra que obligó al maestre á pedirle perdon por su grave culpa. Los momentos de la muerte se acercaban; la mujer misteriosa sacó de su pecho un Crucifijo y presentándolo al moribundo, le exhortó y dió consuelo en el trance de la vida á la eternidad recogiéndole el último suspiro. Levantóse inmediatamente y tocó una campanilla; se presentaron dos hombres y les dijo: «¡Pronto, retirad este cadáver, y dadle sepultura!»

Las noticias de Portugal eran de cada vez peores para los reyes castellanos. Ya no se contentó el maestre de Avis con gobernar el reino; favorecido por el pueblo y la grandeza fué elegido rey á pesar de haber sido proclamado el infante don Juan, á quien tocaba mas bien que al maestre por ser mayor de edad y haberle don Pedro declarado legítimo y de legítimo matrimonio con doña Inés de Castro. La desgracia de hallarse el infante preso en Toledo le hizo perder un trono que hubiera ocupado sin contradiccion alguna por parte de los portugueses. De nada sirvió haber sido paseado su retrato por las calles de Lisboa representándolo cargado de enormes cadenas; de nada sus sufrimientos y legitimacion que le concedió su padre; prevaleció el derecho del afortunado que se hallaba presente y se habia ya granjeado la voluntad de sus súbditos, y en Coimbra, dia seis de abril, fué proclamado rey de Portugal por la nobleza, prelados y pueblo, escepto aquellos que se hallaban en poder del castellano, muchos de los cuales fueron sometidos á obediencia por la fuerza de las armas despues de reconquistadas algunas fortalezas, cómo Guimaraens, Braga, Puente de Lima y otras. Nombróse don Juan primero, y empezó á ejercer su

dignidad por dar la obediencia de su reino al papa Urbano.

Noticioso el castellano de cuanto habia ocurrido, envió su escuadra hácia Lisboa, y tenia su ejército en Badajoz para resolver la entrada de Portugal. De Badajoz pasó con todas las fuerzas á Ciudad-Rodrigo y determinó entrar en Portugal por Cellorico, como así lo verificó tomando la plaza y luego la de Coimbra y Leiva causando los mayores daños en la comarca.

—¡Tente, don Juan! no prosigas:—gritó la voz de una muger que se hallaba oculta entre unas ramas.

—¿Quién eres? preguntó el rey.

—Quien no ha de dejarte en la paz ni en la guerra hasta que cumplas el consejo del Conde-monge.

—Mas tarde.

Y el rey con su ejército avanzó su camino hasta avistarse con el ejército enemigo cerca de Aljubarrota. No quiso el portugués permitir que pasasen mas adelante las hostilidades del castellano y se previno para atajarlas; mas como sus fuerzas eran inferiores, pues no llegaban á una tercera parte de las de Castilla, se situó en parajes ventajosos, esperando el ataque.

—Si damos la batalla somos perdidos, dijo Mendoza á don Juan.

—Mi ejército cuenta treinta mil hombres, respondiόle el rey.

—Y sin embargo, señor, los diez mil del portugués nos llevan ventaja.

—Que lo decida mi consejo.

Convocados los principales gefes de todas armas y reunidos en el campo, tomando el rey en su alta consideracion las oportunas observaciones de su mayordomo empezaron á discutir sobre si convenia ó nó dar la batalla. Los mas esperimentados convinieron en que era un arrojo demasiado atrevido esponerse á una lucha desventajosa viniendo el ejército cansado y hambriento, y no pudiendo acometer ni llegar á los portugueses con buen órden, porque mediaba un valle á cada lado y solo podian acometer el centro. Pero esta opinion tan fundada, por desgracia de don Juan y del ejército castellano no prevaleció, porque los ménos espertos y mas fogosos

aconsejaron al rey lo que sus ardores juveniles les dictaban.

—¡Señor! dijo Hernan Ortiz que era otro de los atolondrados.—¿Qué dirán de nuestro pabellon, si teniendo un ejército tan superior al portugués, mostramos el menor recelo? Nuestra reputacion exige que acometamos sin demora para no alentar al enemigo. La victoria es nuestra.

—¡Bien, noble paladin! contestó el duque de Benavente. La victoria es de Castilla si acometemos pronto; lo habeis dicho perfectamente. En cuanto se retarde el momento del combate, el enemigo nos tendrá por cobardes y nos derribará.

Habia el mal intencionado duque preparado el ánimos de los jóvenes para precipitar mejor al castellano previendo lo imprudente y arriesgado que era aquel combate á pesar de las mayores fuerzas con que contaba el rey don Juan. Dió el clarin la señal de la lid y los castellanos acometieron con un valor espantoso; don Juan iba al frente y hubiéra llegado á manos con el maestre de Avis si un dardo enemigo no se hubiese escondido en el pecho de su caballo.

—¡Señor! esclamó el intrépido Mendoza dando un grito de espanto.—Subid á mis brazos y montad á mi caballo. Yo moriré peleando por mi rey; vos salvaos. ¡Huid, señor, huid! que nuestro ejército está perdido y con él la corona de Portugal. Nos hemos precipitado..... ¡bien lo decia yo! (1)

---

(1) La noble fineza de don Pedro Gonzalez de Mendoza en dar su caballo al rey para que salvase su vida, mientras él moria peleando por el honor de Castilla, fué celebrada por Hurtado de Velarde en los siguientes versos:

El caballo vos han muerto:
Sobid, Rey, á mi caballo,
Y si no quereis sobir,
Llegad, sobiros he en brazos.
Poned un pié en el estribo
Y el otro sobre mis manos:
¡Mirad que carga el gentio!
Aunque yo muera, libradvos.
Un poco es blando de boca,
Bien como á tal sofrenadlo:
Afirmadvos en la silla,
Dadle rienda, picad largo.
No os adeudo con tal fecho
A que me quedeis mirando
Que tal escutí ma debe
A su rey el buen vasallo.
Y si es deuda que os la debo



D. Juan I.—*Lám.* 17

Se escapó el rey con el caballo de su mayordomo, los portugueses esparcieron la muerte por todas partes y por encima de diez mil cadáveres castellanos se apoderaron del estandarte de Castilla. ¡Cuán terrible recuerdo deja á la memoria de los castellanos el catorce de agosto de 1385, en que se dió la desgraciada batalla (1)! Los castellanos huyeron desordenadamente y dejaron á los enemigos el campo y la victoria, nó por falta de valor, sino por desgracia, por arrojo imprudente, porque el combate era imposible.

El duque de Benavente habia desaparecido; la mujer desconocida dió acogida á don Juan; doña Beatriz estaba ansiosa y se le presentó don Fadrique frotándose las manos.

—¡Beatriz! «le dijo»—Perdiste una corona.

Non dirán que non la pago:
Nin las dueñas de mi tierra
Que á sus maridos fidalgos
Los dejé en el campo muertos
Y vivo del campo salgo.
A Diagote os encomiendo;
¡Mirad por él que es mochacho!
Sed padre y amparo suyo......
Y á Dios que va en vuestro amparo.
Dijo el valiente alavés,
Señor de Fita y Buitrago,
Al Rey don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

(1) En este dia celebran los portugueses el aniversario de su victoria con panegíricos insultantes.





CAPITULO VI.

(CONCLUSION.)

En que se dice que la mujer desconocida no lo es para el lector; se habla del modo como terminó la guerra entre Castilla y Portugal, y de la muerte desgraciada de don Juan primero.



Orillas del Tajo y pié de Santaren entran á bordo de una barquilla un hombre enfermo y una mujer que se oculta debajo de un manto negro y toman direccion hácia Lisboa; á larga distancia sigue otra barquilla conduciendo al parecer á un herido. Mas tarde con la flota real los dos hombres y aquella mujer entraron en Sevilla en medio de la confusion, de la tristeza y el llanto. Una sola voz se oyó desde el balcon de palacio vitoreando á don Juan primero entre una multitud silenciosa. Era el duque de Benavente que parecia hacer mofa de la derrota de su hermano. Salió al balcon la reina y esclamó: «¡es él!» mas bien pronto su alegría se convirtió en furor y dijo: «¡es ella!» Al entrar en palacio desapareció la mujer sin ser vista de los dos enfermos, quienes se dieron recíprocamente una mirada de dolor. Eran el rey y su mayor-

domo que venian de la triste espedicion que debió cubrir de luto al reino castellano. No bien hubieron subido el último escalon, salió la reina á su encuentro y esclamó: «¿Vives, don Juan?»

—Vivo, respondió el rey, si es que pueda haber vida donde hay mengua.

Sentóse junto á su esposa, y despues de un largo rato de silencio tomó don Juan la mano de su mayordomo y apretándola afectuosamente le dijo:—Tú me salvaste, y ¡ojalá hubiera seguido tu consejo! el reino de mi esposa se hubiera salvado tambien. Los vaticinios de aquella mujer fueron ciertos. ¡Oh, cuánto diera yo para retroceder! Antes de luchar con el poder de los hombres debia haber calmado la ira del cielo.

—Tal vez.....

—¿Qué vas á decir, Mendoza? No hay que pensar en Portugal: veamos mas bien cómo se salva el reino de Castilla. Tú estás herido; yo.... no soy bueno ya para la guerra.

—Mi herida es leve y vuestra salud mejorará.

—Sí, don Juan, esposo mio; añadió la reina.

—Ya no sirvo, díjoles el rey; ya no soy aquel don Juan primero que visteis pelear valerosamente con asombro del mundo; soy.... un miserable. Decid: ¿no valdria mas haber perdido la vida que una victoria contra el portugués? Me avergüenzo de enviar mensajeros al rey de Francia y al papa Clemente participándoles mi derrota: ¡á ellos que con el poderoso ausilio de mis armas cuentan tantas victorias contra el inglés!

—El maestre de Alcántara se mantuvo firme donde vos le mandasteis, y á él se han recogido muchos de los nuestros.

—Pero ¿qué harán, Mendoza? esclamó el rey.—¿Qué harán? Salvarse y nada mas; escapar con vida y regresar cabizbajos con el rubor en el rostro: ¡hé aquí lo que harán: lo único que pueden hacer! Castilla peligra ahora, porque el portugués no se contenta con hacerme perder el reino de mi esposa: renovará las alianzas y confederaciones con el duque de Alencastre y son tan osados que me harán despojo del reino de mi padre.

No le faltaba razon á don Juan primero. Con la victoria que obtuvo el enemigo, se hizo dueño de cuantas fortalezas

estaban en poder del castellano, y ni aun con esto se contentó, pues tuvo la audacia de mandar al condestable Pereira que entrase en Castilla por la comarca de Badajoz conquistando tierra y robando cuanto hallase. Esta vez parecia que iba á proporcionarse al ejército castellano la ocasion del desquite, y que Pereira con sus tropas iba á sucumbir á la bravura del maestre de Santiago don Pedro Muñiz de Godoy; pero como el cielo quiso que don Juan fuese un rey muy desgraciado, permitió que el maestre muriese en el combate y que sus soldados desmayasen dando así paso á los portugueses, por donde pudiesen salir del apuro. ¡Cuánto orgullo, cuánto valor recobró el maestre de Avis, ese rey tan afortunado! Al tiempo de dar relacion al duque de Alencastre de la gran victoria de Aljubarrota, le instó para que viniese á tomar el reino de Castilla que le correspondia por su mujer doña Constanza, como hija que era de don Pedro. Esta invitacion hechá por un rey que debió su trono á la fortuna y que se hallaba en el mismo caso que don Enrique de Trastamara, no dejaba de ser tan atrevida como original y opuesta á la coronacion del maestre; pues si el reino de Castilla correspondia á los descendientes de don Pedro por derecho propio, tambien por derecho propio el reino de Portugal correspondia á doña Beatriz como sucesora del último rey, y si por razones de alta política no se queria el gobierno de la heredera del portugués con la mira de que no residiesen á un tiempo las coronas de Castilla y Portugal en una sola cabeza, no le venia el reino por derecho propio al maestro de Avis, sino mas bien á los hijos de doña Inés de Castro. Sea como fuere, el rey de Portugal quiso hacer al de Castilla cuantos daños estuvieron en su alcance, y movido algun tanto por las instancias del duque de Benavente, que no abandonó jamás sus proyectos de venganza, se propuso destronar á don Juan primero y colocar á todo trance en el trono de san Fernando á la hija de Pedro el Bravo.

Las maquinaciones del duque de Benavente y su inteligencia con los enemigos de su hermano fueron reservadísimas, tanto que don Juan no pudo traslucirlas, ni hubiera creido

tanta perfidia en el bastardo, teniendo por otra parte pruebas, al parecer inequívocas, de su adhesion al trono de Castilla y al reinado de la augusta hija del portugués. Vivió engañado el rey; mas la reina entró en sospechas y tuvo la generosidad de disimularlas para no dar al duque nuevos motivos de resentimiento; por eso don Fadrique pudo obrar á la sorda y causar al reino otros dias de luto y desolacion.

Mejorado el rey algun tanto de su grave dolencia le aconsejó su mayordomo que pasase á Valladolid, donde podria abrir córtes para tratar de los asuntos del reino y prevenir defensas contra el duque de Alencastre y portugueses. Dióse mucha prisa el rey en acceder al saludable consejo de Mendoza, pues al paso que el francés y el antipapa le consolaron y ofrecieron ausiliarle en especial el primero, que le envió dos mil lanzas pagadas á cargo del duque de Borbon, su tio, y hermano de la desgraciada doña Blanca, mujer del rey don Pedro de Castilla, tuvo noticia cierta de que el maestre de Avis habia enviado una escuadra de navíos y galeras para conducir al duque de Alencastre y á su tropa que consistia en mil quinientas lanzas y otros tantos archeros. Las córtes se abrieron en primero de octubre de aquel año 1385, y despedidas que fueron anduvo el rey por las ciudades de Castilla levantando gente y aprestos para la próxima campaña.

Por primavera el duque de Alencastre se embarcó para Portugal con tanta satisfaccion y confianza de verse luego coronado rey de Castilla, que trajo consigo á su mujer doña Constanza y á sus hijas doña Catalina, doña Felipa y doña Isabel, si bien que las dos últimas eran de la primera mujer. Llegó al Padron y de allí á Santiago con toda su gente; era en el mes de julio de 1386, cuando en esta ciudad fué recibido con mejores auspicios que el rey de Castilla al verificar su entrada en el reino portugués, y eso que don Juan primero de Castilla demandaba en nombre de su esposa por un derecho de sucesion indisputable; porque nadie habia puesto en duda que doña Beatriz era la legítima é inmediata sucesora del trono de san Fernando. La ciudad de Santiago se vistió de gala; los pueblos comarcanos siguieron los impulsos de la ciudad; los duques de Alencastre fueron aclamados reyes de Castilla sin que nadie se les opusiese á una aclamacion tan imprudente como inesperada. ¿Qué le hizo don Juan primero al reino de Galicia para que tan rápidamente le negase la obediencia y la otorgase á un nuevo rey? Los

nobles se hicieron partidarios del duque, los pueblos de la comarca vitoreaban gustosos á la hija de don Pedro el Bravo; el duque de Alencastre y el maestre de Avis, esos reyes de fortuna se enviaban recíprocas embajadas y cumplimientos, y hasta tuvieron vistas en Ponte Monro, donde renovaron alianzas y confederaciones. Tan seguros estaban de que á don Juan se le caia de la cabeza la corona de Castilla, como que en las conferencias celebradas en Ponte Monro se concertó matrimonio del portugués con doña Felipa de Alencastre hija mayor del duque, con la particularidad de darla su padre en dote Ledesma, Placencia, Monleon, Grimaldo, Cáceres, Zafra, Fuente el Maestre, Medina y otros muchos pueblos de la Estremadura, que estaban todavía por conquistar y no llegó nunca á conquistarlos. No dejaron el duque y el maestre de obrar en esta parte con escesiva lijereza, que solo podia disculpar la pasion que les cegaba, al uno porque con la batalla de Aljubarrota creyó haber desvirtuado para siempre el prestigio del castellano y sometídole á su pujanza, y al otro por sus ardientes deseos de sentarse en el trono de Castilla.

Mas no siempre don Juan primero habia de ser desgrasiado, no debia otra vez sucumbir á una batalla, porque era castellano al fin y estaba dentro de sus reinos. Con el aucilio de las dos mil lanzas que le habia enviado el rey de Francia no le daba espina el atrevimiento del duque ausiliado por el portugués y por la Inglaterra. Deseaba el combate como en desquite de la funesta batalla que habia perdido tan miserablemente; era un rey guerrero, y la sangre hervia en su corazon y en sus arterias.

—¡Muramos con gloria, Mendoza! le decia á su mayordomo.—Vale mas un rey muerto en el campo de batalla que un rey vivo en el trono de la ignominia. Yo he de vengar tanto desafuero, y he de poner otra vez bajo mi pié la corona de mi enemigo, ya que el cielo no me permite ceñirla. ¡A las armas, y no mas que á las armas! Si otro ha de ocupar mi trono, tome al ménos posesion sobre mi sepulcro.

Dijo; y en aquel mismo acto se le presentaron mensajeros del duque de Alencastre para anunciarle que venian nada ménos que á tomarle los reinos de Castilla y Leon propios de su mujer doña Constanza, y que por lo mismo le intimaba el desocupo amonestándole que lo verificase luego.

—¡Guerra á muerte! esclamó don Juan con voz de trueno.

—¡Guerra á muerte! replicó Mendoza, como si fuese el

eco del monarca; y el grito de «¡guerra á muerte!» se estendió por Castilla como una densa nube amenazando otro diluvio.

Los mensajeros del duque retrocedieron azorados, y el rey se previno para otra campaña. Entretanto la reina doña Beatriz desconfiaba del éxito de las empresas de su esposo. El interés que mostraba el de Benavente en favor de Castilla la ponia en zozobra, porque veia en él cierto sarcasmo que se le clavaba en el corazon como la punta de una daga.

—¿Qué os parece, duque? preguntóle la reina en un momento que pudo hablarle á solas.—¿Qué será de Castilla?

—Vos lo dijisteis, Beatriz; respondió don Fadrique.—«Dos ó ninguna.» Perdisteis la de Portugal...

Y así se fué con su inteligible resistencia.

El rey, frenético, desesperado insistia en su propósito de vengar con sangre la que se habia derramado en los campos de Aljubarrota. Nadie podia hablarle de avenencia con el duque, y hasta su fiel mayordomo fué rechazado, cuando sobre esto le hizo una lijera insinuacion. Solo una persona pudo atreverse y ser oida; solo ella pudo aplacar la ira del monarca. Era la mujer misteriosa, que se le presentaba al rey como un espectro.

—¡Don Juan! dijo la mujer llamando á la puerta de la estancia del rey.

La puerta se abrió y entró la incógnita, mas nó sin ser vista como ella presumia, porque la reina doña Beatriz estaba alerta y consiguió acecharla. Cuando hubo entornado la puerta y quedado sola con el rey, pidió la reina á Mendoza que la dirigiese para espulsar de palacio á aquella mujer de modo que no volviese á poner los piés en el alcázar real, ni siquiera pudiese hablar á don Juan con tan misteriosas ceremonias. Mendoza se escusó manifestando que no le era lícito contrariar la voluntad del rey para complacer á su alteza, y se esforzó en persuadirla de que aquella mujer no podia infundir la menor sospecha, pues sabia por boca del mismo monarca que todavía no habia podido verle sus facciones. Dió el mayordomo esta contestacion sin poder ocultar á los ojos de la reina la pesadumbre que afligia su espíritu al hablar de aquel duende misterioso. En vista de que no podia sacar partido del mayordomo, determinóse impetrar el ausilio del duque de Benavente; mas como este le volviese las espaldas diciéndola que el rey tendria celos si les viese hablar á solas, se quedó sin poder llevar á cabo su proyecto. No obstante trazó sus planes para impedir la repeticion de tan estrañas entrevistas.

Sepamos ahora cuál fué el objeto de aquella interesante conferencia que daba tan mala espina á la reina doña Beatriz. Desde que se esparció la voz de alarma para rechazar de los dominios castellanos á los duques de Alencastre, se celebraron varias sesiones por personas inteligentes para dar á don Juan un buen consejo; pues muchos eran de parecer que solo en un caso estremo debia emplearse la fuerza de las armas. La desconocida tomó parte en una discusion que provocó el arzobispo de Toledo, y se encargó de poner su resultado en conocimiento del rey. Hé aquí lo que le dijo.

— Es preciso no dejarse arrastrar por un momento de arrebato. El guerrero que pierde una batalla es un desgraciado; el que pierde dos batallas es un débil, un impotente. ¿Quisierais menoscabar vuestra reputacion de guerrero, don Juan? ¡Sois tan poco afortunado!... ¿No lo veis, señor?

—¿Quisieras humillarme esta vez? dijo el rey con cierto resentimiento.

— Esta vez como las otras quisiera salvaros; contestó la incógnita. — No es ya un vaticinio mi advertencia, sino un consejo que os doy, un saludable consejo que os dará tambien el respetable arzobispo de Toledo, en quien podeis confiar mas que en una mujer sencilla. Los letrados se encargarán de patentizar al duque de Alencastre su falta de derecho, y si el esposo de doña Constanza no cede, entonces emplead las armas para hacer valer la dignidad de vuestro pabellon.

—¿El arzobispo me hablará?

—Hoy mismo. Si el duque os propone el enlace de su hija doña Catalina con vuestro primogénito, no desecheis esta proposicion, que puede en algun modo borrar la mancha de sangre que salpicó el trono de vuestro padre fratricida.

— ¡No digas mal de mi padre!

— ¿Qué he de decir yo? ¿Pensais que aprecio tan poco su memoria? Procurad la paz del reino y volvedla tambien á vuestra alma.

—¿Cómo?

— Cumpliendo el consejo del Conde-monge y dando libertad á los prisioneros políticos.

—¿Volverás á verme?

—Cuando esteis en peligro.

—Y te me darás á conocer ¿no es verdad?

—Si nadie me lo impide..... veremos.

A un mismo tiempo salió de la estancia del rey la dama misteriosa y entró el arzobispo de Toledo. Otra mujer

con faz velada estaba esperando á la desconocida en uno de los corredores por donde debia pasar para salir del real alcázar. Cuando estuvo delante de ella la cogió del brazo y la arrastró con violencia hasta conducirla á un aposento, cuya puerta entornó, y quedaron solas sin verse el rostro la una á la otra. La mujer de palacio ceñia daga en su cintura y desenvainándola dijo á su adversaria:

—Adivina lo que va á ser de tí.

—Lo que vos querais, señora; respondió la otra mujer. —No teneis motivo ni derecho para amenazar de muerte á quien vino aquí y está en todas partes para salvar al rey... y al reino de Castilla.

—¿Quién, tú?

—Y á la madre de la reina he libertado tambien.

La incógnita de palacio envainó la daga.

—Por el bien que has hecho te perdono el mal que hayas podido irrogar á mi persona.

—Ninguno.

—Tu cara..... tus facciones me lo dirán todo. Quiero ver tu rostro.

Levantóla el manto y dió un paso atrás.

—Comprendo tus hechizos, hipócrita adivina de Portugal, continuó.—Tú eres la mujer andrajosa que osaste vaticinar á la reina que su corazon ardía en celos; los ojos que vió brillar al trasluz de aquel pañuelo de gasa son los tuyos. Tú eres la hechicera del rey de Castilla..... y si como la suya supieras vaticinar tu suerte, fueras ménos atrevida. Yo soy adivina tambien..... como tú, y mi saber llega á tanto, que si me propongo profetizar lo que ha de ser de tí, verás como no me engaño. «No te acerques al trono de don Juan primero de Castilla, y huye su sombra; porque la reina es celosa..... y los celos de la reina te devorarán.»

¡Y era la reina, que al ver la belleza de la incógnita, atribuyó su misterio á una estratagema amorosa, á un convenio entre ella y el rey! Con la oportunidad de esos amores imaginarios procuró doña Beatriz estimular las simpatías del duque de Benavente ofreciéndole el manejo de las arcas del tesoro, proposicion que no debió disgustar á don Fadrique; mas no quiso el rey depositar en su hermano esta confianza, mucho ménos temiendo que podia ser un obsequio que le hacia doña Beatriz. Se aplazó para mas tarde el efecto de esta gracia que la reina queria dispensar á su cuñado

para darle una prueba de su afecto y contener los accesos de su mal reprimida cólera; pero viviendo el rey era imposible, y tuvo el duque que desconfiar de la transaccion propuesta por la reina.

A instancias de la mujer misteriosa y del arzobispo don Pedro Tenorio, resolvió el rey enviar letrados al duque de Alencastre para que desistiese de su estraña pretension, toda vez que su mujer doña Constanza carecia de derecho para suceder á la corona de Castilla.

—Mi esposa es reina, dijo el duque á los letrados.—Si don Juan quiere disputarle su derecho, le remito al tribunal de las armas.

Tan concluyente respuesta no abria camino á la avenencia; sin embargo se trató de cortar para siempre las disputas por medio del matrimonio de la nieta de don Pedro de Castilla con el príncipe don Enrique, y se conformaron las partes dilatándose algun tiempo el contrato á causa de las confederaciones que los padres de la novia tenian con el portugués para salirse de ellas sin rompimiento.

En la primavera del año siguiente 1387 entraron poderosamente en Castilla el duque y el rey de Portugal, sin embargo de haber peste en su campo, y llegaron á Benavente, donde se hallaba alguna gente armada á cargo del castellano Alvar Perez Osorio; mas no hubo ya necesidad de darse el combate, que esta vez le hubiera costado caro al maestre de Avis; pues convenida ya la boda de don Enrique y doña Catalina, despidió el rey de Castilla al duque de Borbon y á su tropa por contar ya las cosas fuera de peligro. Efectivamente se trató la boda con calor, enviando el castellano sus embajadores á la villa de Troncoso, donde se hallaba el duque de Alencastre, y se convino todo con que el rey de Castilla dotase á la novia con las ciudades, villas y lugares de Soria, Atienza, Almazan, Deza y Molina, y al duque diese por una vez seiscientos mil francos, y durante su vida ó la de la duquesa doña Constanza las villas de Guadalajara, Medina del Campo y Olmedo. Así se hizo, y los duques se trasladaron á Bayona para la ratificacion del contrato y renunciaron sus derechos á la sucesion de los reinos de Castilla y Leon, dejando el título de reyes que habian tomado.

Ajustadas felizmente las diferencias del de Alencastre con el rey de Castilla pasó la novia á Palencia, donde se hallaba el rey para celebrar córtes. Era esto por setiembre de 1388. Don Juan se portó con mucha galantería, con la cual pareció que quiso

borrar para siempre la mancha de sangre que habia puesto su padre en el trono que ocupaba. Esta idea que le habia imbuido como una prediccion del cielo la misteriosa mujer que tanto se desvelaba por su suerte, le indujo mas de una vez á espiar la falta de su padre llegando al estremo de proponer á su consejo la abdicacion de la corona en favor de don Enrique, para ver sentada en el trono de san Fernando á la nieta de don Pedro y decirla: «¡Mi padre arrebató la vida á su hermano y se apoderó de su trono! pues bien; ya estás vengada ahora. Tú eres mi hija y yo te cedo gustoso el trono de tu abuelo.» Mas le aconsejaron al rey que no abdicase por no convenir al reino, añadiéndole lo de Demetrio á Tolomeo: « *Si tú á otro lo das, tú no lo tendrás.* »

Castilla parecia haber vuelto á su primitivo esplendor; la paz reinaba en todas partes; habíanse con Portugal convenido treguas por seis años; todo era regocijo y entró el reino en una nueva era. Ya nadie se acordaba de las batallas mas que para alejarlas de su imaginacion. La nieta de don Pedro se enlazaba con el nieto de don Enrique, y tan gloriosa reparacion anunciaba al reino un porvenir dichoso. En la catedral de Palencia Dios y la mano de su ministro bendijeron el enlace del impúber don Enrique de nueve años, con doña Catalina de Alencastre que contaba los catorce. Las bodas de estos príncipes, que fueron los primeros en Castilla que tomaron el título de Asturias, á imitacion del heredero de Inglaterra que tenia el de príncipe de Gales, se celebraron con una suntuosidad y alegría que no habia mas que desear. La duquesa de Alencastre, la hija de don Pedro el Bravo, pidió permiso á su esposo para visitar el reino, en que su padre habia sido coronado rey. Don Juan la recibió con honor y fiestas; hiciéronse recíprocas demostraciones de buen afecto; regaló don Juan á la duquesa muchas joyas, y dióla además la villa de Huete con todos sus derechos, cuya fineza fué correspondida por el duque enviando al rey desde Bayona una preciosa corona de oro, que tenia prevenida para coronarse rey de Castilla y además una riquísima copa.

¿Y qué decia á todo esto el duque de Benavente? ¿Qué esperaba ya para saciar su venganza? ¿Quién podia arrebatar la corona de doña Beatriz habiendo don Juan desistido de abdicarla? En vano rebuscó los medios á propósito para inclinar á su hermano á la abdicacion; todo fué inútil, porque la reina aconsejaba á su esposo, y no quiso que el duque la mirase con sarcasmo. Don Fadrique en último apu-

ro contó con lo del manejo de las arcas, y se presentó sumiso á doña Beatriz para recordarle su promesa; mas la reina le miró con desprecio y con cierto ademan de indignacion.

—¿Cómo me tratais, señora?

—Como vos me habeis tratado hasta aquí... ¡y yo soy la reina!

—Perdonad. Vos me dijisteis...

—Tambien vos me habiais dicho «dos ó ninguna.»

—Eso lo dijisteis vos.

—Pero la de Portugal cayó. Mas la de Castilla, duque.... está muy bien sentada en mi cabeza. ¿Qué os parece?

—¡Señora!...

—Decid, duque.

—Me parece... que todavía se os puede caer.

Rióse la reina con mofa y dijo á don Fadrique:

—Cuando la corona de Castilla se me caiga de la cabeza, podrá el duque recoger las llaves de las arcas y encerrarla en una de ellas.

—Atended, señora...

—Nada hay que atender, don Fadrique. Ved que estamos solos y podemos infundir celos á don Juan.

No podia el carácter fogoso y vengativo del duque dejar pasar desapercibido ese sarcasmo, y estudió nuevos medios de vengarse y salir con la suya. Pero ¿cómo? Con el portugués no podia contar; los prisioneros fueron libertados, y si bien esta circunstancia podia favorecer sus miras, sin embargo no era ocasion oportuna de contraer nuevos compromisos; era preciso vengarse de una manera infame y por un medio vil que sorprendiese á la reina orgullosa que se contaba segura en el trono castellano.

El rey andaba enfermo y le acompañaban su mayordomo y el arzobispo de Toledo, á quienes hablaba con mucha frecuencia de aquella misteriosa incógnita que no habia vuelto á aparecer desde que su reino empezaba á disfrutar la paz que todos deseaban.

—¡Qué consejos! decia don Juan. Ella ha salvado mi trono, y yo le diera en cambio la mitad de mi vida.

Estas palabras escitaban el furor de Mendoza y la sonrisa del prelado; ambos disimulaban sin embargo la sensacion que esperimentaban, y procuraban secundar las ideas del monarca. En Guadalajara celebró el rey don Juan las últimas córtes de su reinado. Habíalas ya despedido dando á su hijo don Fernando el señorío de Lara, el ducado de Peñafiel y el condado de Mayorga con otras villas y rentas. Por junio y julio del año 1390

estuvo en Brihuega, Roa, Sotos-Albos y Segovia, donde vistió á diferentes caballeros un collar ó divisa de la órden del Espíritu Santo. Recordó el consejo del conde-monje así que hubo espirado su madre; tuvo muy presentes las palabras de aquella mujer que quisiera tenerla á su lado á cada instante, y todavía no se le habia dado á conocer.

—La echo ménos, decia á sus compañeros de viaje. Creo tambien, señores, que todos la conocemos. Tú, Mendoza, me parece que nos podrias hacer de ella una descripcion exacta; el arzobispo podria darnos otros pormenores. Sintiera morir sin verla, sintiera que no me sobreviniese un peligro, pues ella me ofreció volverme á ver en un caso apurado. No dirá ahora que no cumplo exactamente lo que me propuso. ¡Paz en el reino! ¡penitencia!.... ¡Oh! hago yo ahora una obra escelente; fundo en Val de Lozoya el convento de la Cartuja del Pobolar, y allí pienso pasar recogidamente los últimos dias de mi reinado.

A pesar de la vida ascética que proponia guardar don Juan, nunca se le ocurrió retirar la obediencia de sus reinos á Clemente séptimo y otorgarla al papa Urbano: parecia que en esta parte no sabia prescindir de las atenciones que debia á los franceses, á quienes no se atrevia desairar para no incurrir en la nota de ingrato. Además el rey de Castilla era el mejor ginete de aquellos tiempos caballerosos, y le daba tal aliciente la equitacion, que podia considerarse como una necesidad contraida por el hábito. Habia pasado algun tiempo en Torezano, y por el mes de octubre se vino para Alcalá de Henares, desde donde habia proyectado pasar á la Andalucía. Aguardóle en Alcalá el duque de Benavente, y para hacerle un obsequio de su gusto dispuso dar un torneo un dia festivo, invitando al rey á que fuése á honrarlo con su presencia. No se limitó á esto su invitacion, que podia considerarse de mera atencion y etiqueta, sino que además procuró persuadirle de que tomase parte en la fiesta, pretestando que algunos nobles suponian que no les diera cuidado habérselas con don Juan primero en un simulacro, por mas que tuviese fama de ser el mejor lidiador de aquellos tiempos. Picó esta insinuacion el orgullo y el amor propio del monarca, y dijo á su hermano que á pesar de su salud quebrantada iria á romper cañas y recoger lauros, y así lo determinó á pesar de haberle aconsejado lo contrario el arzobispo de Toledo, Mendoza, y muy particularmente los médicos de cámara que no consideraban prudente un ejercicio tan violento, atendido á que estaba su salud demasiado quebrantada.

¿Cómo podia inferirse que la malicia de don Fadrique llegase al estremo de aprovechar aquella oportunidad para vengarse de don Juan y burlar completamente á la reina doña Beatriz? Hallábase esta con los hijos del rey en Madrid mientras don Juan recorria el reino para buscar alivio en sus dolencias; el duque no quiso conferenciar mas con ella y prefirió salirse con la suya adoptando el medio de la venganza mas infame y encubierta. Habia el rey manifestado deseos de montar el brioso corcel que le regaló Mendoza para salvar su vida en la batalla de Aljubarrota. Contaba ya el caballo la edad de once años, y lo conservaba el rey como la joya mas preciosa. Sabida por el duque la resolucion del rey, quiso hacerle una burla que pudiese costarle la vida. En Alcalá de Henares se hallaba de tránsito un judío que tenia gran fama de alquimista; el duque de Benavente fué en su busca, y habiéndole encontrado muy de mañana le llamó al campo para conferenciar secretamente con él. Seguíale la pista á don Fadrique la dama misteriosa, y metida en una arboleda de modo que no pudiese ser vista, escuchó atentamente la conversacion habida entre el duque y el alquimista.

—Tienes adquirida muy buena reputacion en la ciencia que profesas, díjole don Fadrique al judío; pues si no mienten las gentes haces cosas maravillosas, preparas medicamentos...

—Para todo, señor; respondió el judío. —Si os conviene un narcótico que os haga parecer muerto por espacio de muchas horas, si quereis...

—Nada de eso; lo que me conviene es estimular la vida algunas horas, aunque despues deba seguirse la muerte. Quiero exasperar las fuerzas de un ser viviente, enardecerlas de modo que la menor agitacion le vuelva un rayo.

—Pero ¿quién me abona mi pellejo poniendo en grave riesgo la vida de un cristiano?

—No es la sangre de un hombre la que debes inflamar, judío.

—Es otra cosa. En este caso...

—Tu medicamento debe obrar en el cuerpo de un caballo.

—Será torpe y pesado el animal ¿no es verdad?

—No lo es tanto como tú, pero necesito que tú lo avives.

—¿Pero de modo que pueda montarse sin correr riesgo....?

—De modo que el ginete se caiga, y que él y caballo se hagan trizas en el suelo. ¿Comprendes ahora lo que quiero?

—Fácil será complaceros.

—Hoy mismo debe ser.



D. Juan I.—*Lám. 18.*

—Dentro de una hora, ¿dónde nos encontramos?

—En las caballerizas de palacio.

—Vos me direis.....

—Yo te enseñaré el caballo y con disimulo.....

—Bien está; mas falta saber ahora por cuenta de quién.....

—¡Judío! ¿tengo yo trazas de doloso?

—Pues á lo dicho: dentro de una hora en las caballerizas de palacio.

—Allí me aguardas ó yo te aguardo.

Salió la desconocida de su escondrijo, y confirióse al palacio para advertir al rey el peligro que le amagaba, mas la reina habia tomado sus precauciones para impedirle la entrada en la estancia del rey, y cuando iba á llamar á don Juan, la detuvieron los confidentes de doña Beatriz; la taparon la boca, la sujetaron, lleváronla á marchas dobles á Madrid, y condujéronla á la presencia de la reina.

—¡Imprudente! dijo su alteza á la dama.

—Dejad un epiteto que os puedo echar en cara. ¡Corred, salvad á vuestro esposo que está en peligro, y morirá por culpa vuestra; por vos, señora, que no me lo habeis dejado salvar!

—¿Qué decís?

—Que el caballo del rey está loco y rabioso, y el rey lo ignora. ¡Ah, señora! apenas lo habrá montado será víctima de su corcel. ¿Me comprendeis? La vida del rey peligra, y yo ofrecí salvársela, cuando se hallase en tan doloroso conflicto... Y ahora quiero cumplir mi palabra. ¡Quiero cumplirla, reina de Castilla, aunque vos os opongais; porque yo no quiero obedeceros... porque el rey es primero que vos!...

La reina quedó como perpleja.

—¿Qué aguardais, señora? dijo la dama con calor.—¿Qué hace aquí la reina? Partamos! mas..... ¡ay! que ya no estamos á tiempo.

Partió la real familia para Toledo, y el palacio arzobispal vestia luto. A la hora del torneo, no bien el rey hubo montado su brioso caballo, empezó á relinchar y desobedecer el freno, no bastándole las fuerzas á don Juan para sujetarlo. Desbocósele de improviso, y echándole de la silla, metido un pié en el estribo lo arrastró con violencia, sin que los esfuerzos de Mendoza fuesen bastantes para detener al impetuoso alazan que á las pocas horas murió repentinamente. El arzobispo Tenorio y el mayordomo del rey fueron los únicos que presenciaron la muerte del desgraciado monarca,

cuyo cadáver recogieron silenciosamente y lo condujeron al palacio arzobispal, donde se hallaba ya la real familia y la mujer desconocida. No bien hubo el resto de don Juan sido colocado en el túmulo funerario, un grito de terror vino á resonar en el alcázar del venerable arzobispo. La dama misteriosa se arrojó sobre el cadáver, y aquella accion imprevista produjo una conmocion que en el primer momento podia calificarse de escándalo. Doña Beatriz la cogió del vestido, y Mendoza del brazo. Se le habia separado el velo que ocultaba su rostro y al del cadáver de don Juan acababa de imprimir un prolongado beso.

—¡Insolente! dijo doña Beatriz.

—¡Malvada! gritó Mendoza al mismo tiempo enristrando su agudo puñal.

—¡Teneos! esclamó el arzobispo de Toledo corriendo al ausilio de la desventurada.

Era Violante.

—¿Y esa medalla que adorna su pecho? esclama el mayordomo. ¡Ese retrato!..No puede el arzobispo impedirme que yo castigue á la mujer que sin pudor ni vergüenza se hizo concubina de dos reyes.. engañándome, vendiendo mi honra. Yo repetiré sus palabras, que están escritas de su mano: «No abras los ojos mientras yo no te diga ¡vé! ni pares lo oidos mientras yo no te diga ¡oye!» Ella me queria ciego y sordo ¿no es verdad, Violante?

La alavesa se incorporó, y presentando valerosamente el pecho á su esposo, le dijo: «¡Hiere, si te atreves!»

—Calmaos; dijo el prudente arzobispo.

—Permitid, padre mio, que sea mi voz la que confunda al esposo celoso y á la reina enojada; dijo Violante con dignidad: —¡Mendoza! oye, vé: ¡Señora! ved, oid... El retrato... ¿veis este retrato? Pues... este es el retrato de mi padre.

—¿Cómo? dijeron á la vez la reina y Mendoza.

—¡Silencio! prosiguió Violante, sí; de don Enrique de Trastamara..... y el rey difunto es mi hermano.

—Es verdad, respondió Tenorio.

Un movimiento de sorpresa fué sucedido por un silencio sepulcral en aquel fúnebre recinto. Mendoza sin saber lo que le pasaba, arrojó la daga á los piés de su esposa; doña Beatriz sintió un pesar que abrumaba su conciencia, sin duda porque al contemplar el cadáver del rey, pesaba sobre ella un remordimiento atroz que la roia, viendo que su indiscrecion habia sido causa de aquella desgracia.

—¿Habrá quién diga que la dama misteriosa fué una mala

mujer? dijo Violante prorrumpiendo en amargo llanto. — ¿Hice mal en querer salvar á don Juan primero de Castilla?

— ¡ Violante! esclamó Mendoza. Por fin te vuelvo á ver tan grande y tan buena esposa como ántes. Tu inocencia me confunde, y apenas tengo valor para permanecer delante de tí, que me das la vida, cuando mi mano desapiadada iba á darte una muerte alevosa. Pero tú no lo crees, nó; tú no has visto nunca á Mendoza arremeterte puñal en mano; porque yo no era Mendoza cuando te ofendia. ¡ Insensato de mí! que no he sabido comprender lo que vales hasta despues de haber atentado contra tu preciosa vida... hasta despues de haberte colocado al borde del sepulcro! ¡ Cuán loco he sido! Mis ojos se habian cerrado mientras mi corazon..... mi pobre corazon se abria para acogerte en tu morada. ¡ Violante!

— ¡ Mendoza!

Así clamando la alavesa corrió presurosa á los brazos del mayordomo del rey.

— Bien me lo dijiste que querias hacerme el hombre mas feliz!

— ¿No veis, señor?... dijo acercándose á Mendoza su escudero Perez. — ¿No veis como ella y solo ella tenia razon?

— Salgamos, amigo Perez.

— ¡ Señora! dijo en reserva Violante á la reina. — Os suplico encarecidamente que guardeis en vuestro pecho el secreto de mi madre.

Salieron de palacio los esposos alaveses acompañándoles el entusiasta escudero. Violante para convencer á su esposo de que la conducta misteriosa que habia observado era mas bien digna de elogio que de reprension, le hizo entrega de la carta que el prior del convento, en que fué educada en sus primeros años, habia dirigido al arzobispo de Toledo, cuyo contenido patentiza su filiacion y la necesidad de guardar sobre ella el mas escrupuloso secreto. Dice así la carta.

«Mi venerable prelado: ¡ la paz del Señor sea con vos »y su bendicion os acompañe! El rey don Enrique sorprendió »mi buena fé llevándose con halagos una educanda, una pobre »huérfana que era el portento de todas las virtudes. Yo creí que »el rey sabia quién era esta inocente criatura, y en vez de escu»sarme aplaudí su obra. Pequé, señor, no resistiéndome con »todas mis furezas á que fuese estraida del convento aquella »joya que el cielo guardaba para modelo de las buenas muje»res; pequé por ignorancia mas bien que por debilidad, por»que ántes que el rey era Dios, y no me intimida el poder hu-

»mano cuando mi conciencia me prescribe que he de resistirlo. »La desgraciada Violante tal vez en estos momentos, corrom»pido su corazon de ángel, es ya víctima de la seduccion del »rey... ¡y el rey es su padre! ¡Ah! señor, me horroriza la idea »de tan enorme pecado, de un incesto tan repugnante, y esta »idea me obliga á romper el secreto de una madre moribun»da, que llena de espanto y de vergüenza me tomó la mano »y me dijo: *Fuí seducida caprichosamente por un hombre que »supe despues era el rey, y ese hombre no me ha visto mas, ni »me conoceria sin duda, ni ha vuelto tal vez á su memoria el re»cuerdo de la mujer á quien sedujo. La culpa es mia, porque mia »fué la torpeza, señor; mas Dios me la hizo espiar, permitien»do que de mi debilidad naciese el fruto.... esa hija de mis entra»ñas que os entrego en depósito para que la guardeis y la libreis »de la corrupcion de los hombres. En vos confío, buen sacerdo»te.... y perdonadme en nombre de Dios!* —Yo he quebrantado »el delicado depósito; guardadlo vos, Señor! Prevenid al rey, »salvad á Violante si estais todavía á tiempo.... y dirigid vues»tras preces al cielo para que perdone á su humilde ministro.»

Mendoza y Violante vivieron felices, y podemos ya dar por terminada su historia. Volvamos otra vez la vista al palacio del arzobispo, á cuyo balcon asoma un ugier anunciando al pueblo castellano la muerte de su rey.

—¡Don Juan primero de Castilla nuestro rey y señor ha muerto; dijo el ugier.

—¡Viva don Enrique! gritaron desde la plaza los dos bastardos del de Trastamara.

Subió el duque de Benavente al palacio arzobispal, donde se hallaba la reina viuda, y mirándola con desden y con ademan de triunfo, la dijo:

—¡Beatriz! ¿Lo habeis oido? ¡Viva don Enrique III, hijo de doña Leonor!.... ¡y su esposa doña Catalina es ahora la reina! ¿Dónde está la corona de Portugal? Y la de Castilla..... ¿quereis, señora, que os la guarde en las arcas del tesoro? «Dos ó ninguna.» No direis ahora que vuestros votos no se hayan cumplido perfectamente.

El duque se vengó, pero mas tarde fué muy desgraciado, y el nuevo rey le hizo espiar su venganza.

Al dia siguiente levantáronse pendones por el príncipe don Enrique. El pueblo de Madrid y luego el reino entero le aclamó con el mayor entusiasmo rey de Castilla y Leon.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA NOVELA

PAG.

INTRODUCCION.

PARTE PRIMERA.

UNA CORONA.

SEGUNDA PARTE.

FIN DEL INDICE.

ERRATAS.

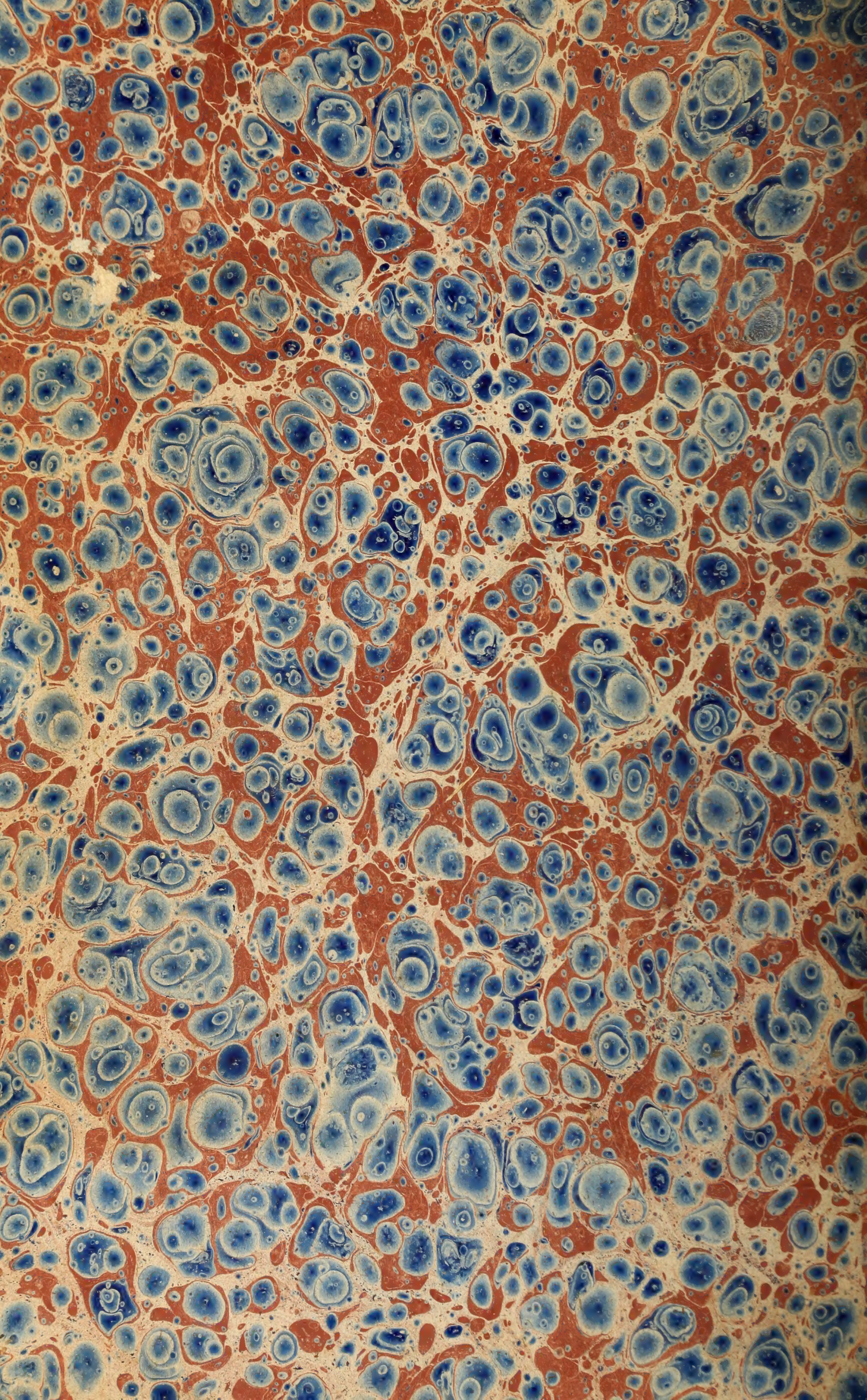
Pág.	Lin.	Donde dice	Léase
30	14	nuestras	vuestras
36	1	Alva	Alvar
36	16	reflecciones	reflexiones
56	20	acudió	accedió
61	28	querais	querais?
73	1	hacerle	hacerla
73	27	Fernando	Fernandez
91	9	Ahora	ahora
94	22	Tedeum	Te Deum
115	32	ira	enojo
134	24	l on	leon
159	13	pedonad	perdonad
169	21	hermano	hijo
168	19	con él	con ella
169	34	cuñado	hijo de mi esposo
291	31	cargo	encargo
292	28	á mi cuenta	por mi cuenta
294	32	espirar	aspirar
295	1	por mi	por mí,
295	9	mi paladin!	un paladin!
306	32	suponia	fingia
365	3 y 4	de quien exisgiste	de quien exigiste
448	15	roburiza	ruboriza

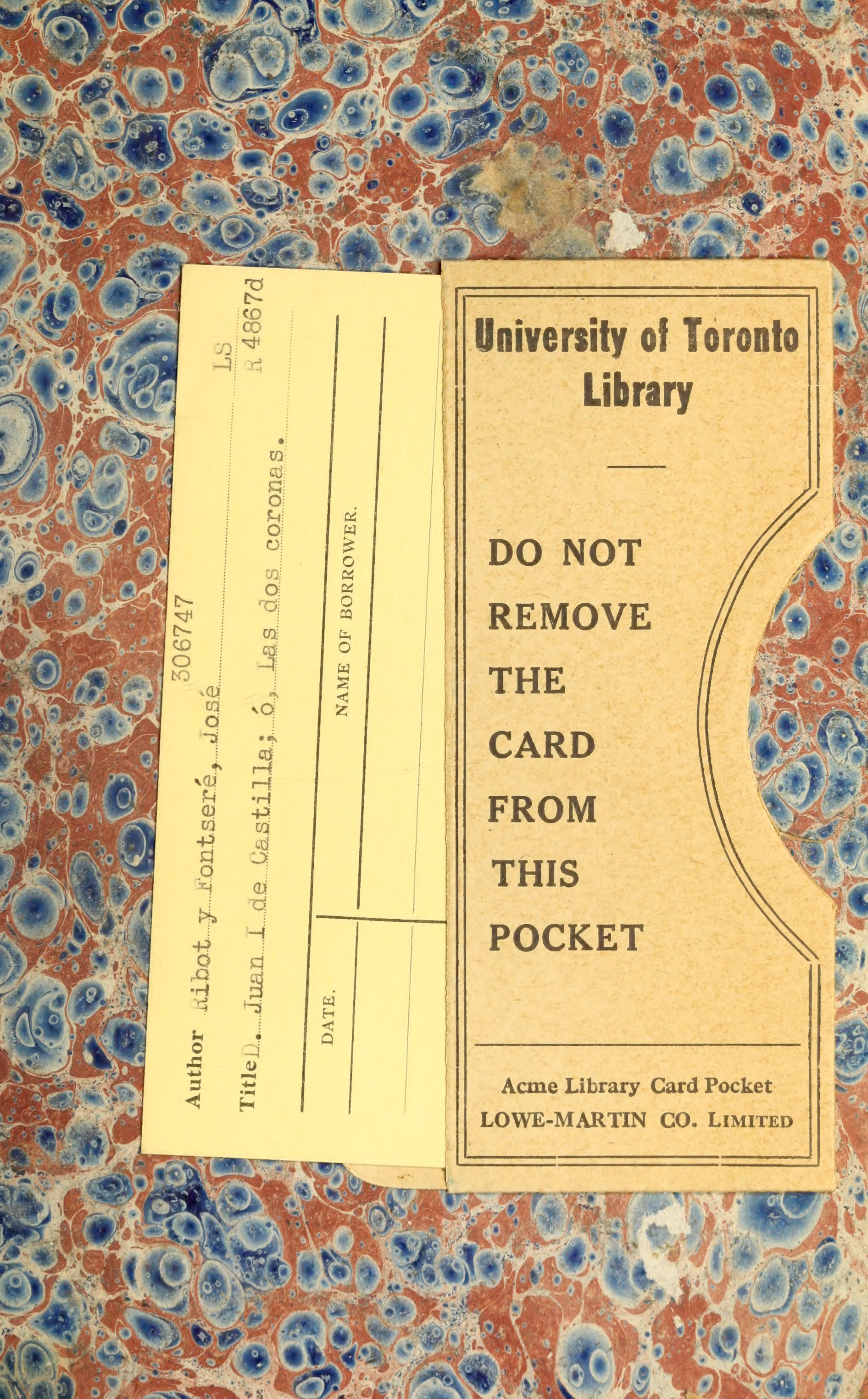
PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Lám.	Pág.
1.a	53
2.a	17
3.a	89
4.a	138
5.a	132
6.a	177
7.a	184
8.a	253
9.a	305
10.a	301
11.a	400
12.a	531
13.a	428
14.a	440
15.a	434
16.a	509
17.a	596
18.a	613

El retrato de don Juan I al principio de la obra.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
306747
LS
R 4867d
Author Ribot y Fontseré, José
Title D. Juan I de Castilla; ó, Las dos coronas.
NAME OF BORROWER.
DATE.

